

**Universidad Miguel Hernández de Elche**

**Departamento de Ciencias Sociales y Humanas**



**La ideología, como sustrato social de la  
opinión pública: un método de análisis**

**Doctorando: Ciro Enrique Hernández Rodríguez**

**Directores: Dr. José Luis González Esteban y  
Dr. José Manuel Pestano Rodríguez**

**Tesis Doctoral**

**Elche (Alicante), julio de 2017**



**Universidad Miguel Hernández de Elche**

**Departamento de Ciencias Sociales y Humanas**



**La ideología, como sustrato social de la  
opinión pública: un método de análisis**

**Doctorando: Ciro Enrique Hernández Rodríguez**

**Director: Dr. José Luis González Esteban y  
Dr. José Manuel Pestano Rodríguez**

**Tesis Doctoral**

**Elche (Alicante), julio de 2017**





D. José Alberto García Avilés, en calidad de Director del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Miguel Hernández de Elche,

#### INFORMO

Que doy mi conformidad a la lectura y defensa de la tesis doctoral presentada por D. Ciro Hernández Rodríguez, titulada "*La ideología como sustrato social de la opinión pública: un método de análisis*", bajo la dirección de los profesores doctores D. José Luis González Esteban y D. José Manuel Pestano Rodríguez, y la considero conforme en cuanto a forma y contenido para que sea presentada para su correspondiente exposición pública.

Y para que conste a los efectos oportunos, firmo el presente informe en mayo de 2017.

Fdo.: José Alberto García Avilés  
Director del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas



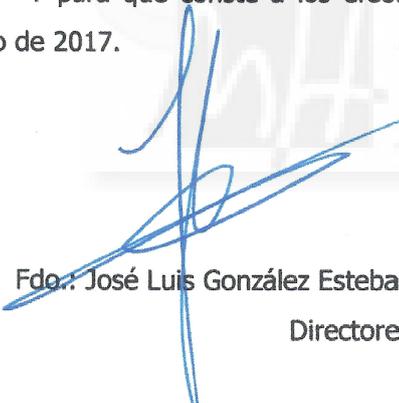


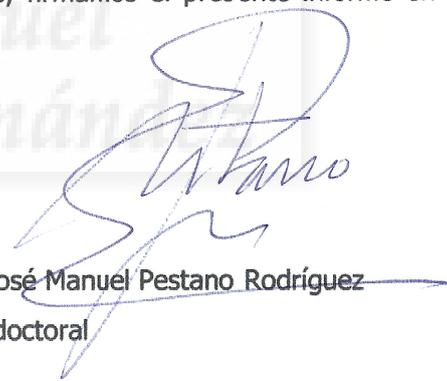
D. José Luis González Esteban y D. José Manuel Pestano Rodríguez, en calidad de directores de la tesis doctoral "*La ideología como sustrato social de la opinión pública: un método de análisis*",

#### INFORMAMOS

Que damos nuestra conformidad a la lectura y defensa de la tesis doctoral presentada por D. Ciro Hernández Rodríguez, "*La ideología como sustrato social de la opinión pública: un método de análisis*", y la consideramos conforme en cuanto a forma y contenido para que sea presentada para su correspondiente exposición pública.

Y para que conste a los efectos oportunos, firmamos el presente informe en mayo de 2017.

  
Fdo.: José Luis González Esteban

  
José Manuel Pestano Rodríguez

Directores de la tesis doctoral



A José Manuel de Pablos, por su generosa ayuda y constante apoyo; a los Directores de esta tesis, José Luis González Esteban y José Manuel Pestano Rodríguez, por su paciente dedicación y por sus invaluable orientaciones y consejos; a mi entrañable amigo Juan Soto, por su infatigable y estimulante espíritu crítico. Finalmente, al sentido recuerdo de mi padre, por su enorme honestidad intelectual que en vano yo trato de emular.





# Índice

## Parte I

### Introducción y Metodología

1.	Introducción.....	19
1.1.	La noción general de opinión pública: orígenes del concepto.....	19
1.2.	Opinión pública y gobierno: justificación y objetivos de una investigación.....	24
1.2.1.	Justificación.....	24
1.2.2.	Objetivos.....	26
1.4.	Causas alternativas que afectan al proceso de formación de la opinión: la ideología.....	32
2.	Metodología.....	35
2.1.	Características específicas de la investigación: el método para elaborar una herramienta metodológica.....	35
2.1.1.	El Contexto metodológico.....	36
2.1.2.	Estructural-funcionalismo.....	39
2.1.3.	Teoría crítica.....	41
2.2.	Fases para el desarrollo del trabajo de investigación: Investigación cualitativa de fuentes / estudio de la literatura crítica.....	43
2.2.1.	La indagación teórica de fuentes como método conceptual para determinar un concepto operativo de información y de opinión pública.....	43
2.2.2.	La exposición estructurada y cronológica de los presupuestos teóricos.....	44
2.2.3.	Interdependencia y determinación de la coincidencia semántica de significado.....	46
2.2.4.	El nuevo método, como adecuación del precedente.....	46
2.2.5.	Posibilidades de aplicación del nuevo método distintas del análisis de la Opinión Pública.....	46

Parte II  
Antecedentes

3.	En los inicios de la opinión pública.....	49
3.1.	La prehistoria de la opinión.....	49
3.2.	La opinión para la civilización griega.....	51
3.2.1.	La «doxa», según Platón.....	54
3.2.2.	La rehabilitación de la opinión: La importancia de la convención y las leyes para Aristóteles .....	57
3.2.3.	La polis: punto de partida para Habermas.....	60
3.3.	Cicerón. Un extraño giro aristotélico de la convención.....	61
3.4.	La dimensión político-institucional de la opinión, según Maquiavelo.....	64
4.	Hacia un concepto de opinión pública .....	73
4.1.	La imbricación masa y público: clave para comprender la transformación estructural de la Opinión Pública .....	75
4.1.1.	Consideraciones preliminares .....	75
4.1.2.	La idea de masa: historia de una invención .....	77
4.1.3.	Hanna Arendt: La culminación con una pseudoteoría política sobre las masas.....	94
4.1.4.	La idea de público: la relación entre el pueblo y su poder político.....	103
4.1.5.	Habermas: El surgimiento del público en la historia .....	116
4.1.6.	Contraste y perfusión de los conceptos de masa y público .....	125
4.1.7.	Los sesgos ideológicos en la noción de masa.....	129
4.1.8.	Las transformaciones en el estado social .....	135
4.1.9.	La evidencia.....	138
4.1.10.	Razón y opinión. La razón como criterio de demarcación entre la masa y el público.....	139
5.	Hacia un concepto de información. La información: realidad mediada o pseudorrealidad convenida.....	159
5.1.	La necesidad antropológica de saber .....	161
5.1.1.	La relevancia de la realidad. La superstición como pseudoconocimiento ...	161
5.1.2.	Rasgos genéricos del realismo aristotélico .....	162
5.1.3.	La razón como forma .....	162
5.1.4.	El renacimiento: La necesidad imperiosa de conocer el mundo, para existir en él.....	163
5.1.5.	Los grandes descubrimientos científicos .....	164
5.1.6.	La moderna ciencia instrumental: la nueva noción de verdad y el dominio de la naturaleza.....	165
5.1.7.	La razón, como causa única del conocimiento por encima de la realidad misma .....	166
5.1.8.	La Ilustración.....	167

5.1.9.	Las consecuencias del racionalismo extremo: La realidad acotada y limitada por la ciencia utilitarista. Aproximación a la escuela de Frankfurt: Crítica de la razón instrumental.....	168
5.1.10.	La historia del conocimiento: una conclusión .....	169
5.2.	La concepción tradicional de los medios de comunicación .....	170
	vista desde las primeras teorías mediológicas .....	170
5.2.1.	Las distintas teorías mediológicas desde sus orígenes:.....	172
	La investigación de la comunicación de masas, Crítica y Perspectivas (Mauro Wolf, 1987) .....	172
5.2.2.	Una conclusión determinante sobre la evolución de las teorías sobre la comunicación de masas .....	177
5.3.	Una breve historia de la información.....	177
5.3.1.	En los inicios de la información.....	177
5.3.2.	Textos manuscritos e imprenta .....	179
5.3.3.	La extensión de la libertad.....	181
5.3.4.	El desarrollo de la prensa .....	183
5.3.5.	Las limitaciones de la Opinión Pública a comienzos del siglo XX y sus trágicas consecuencias.....	186
5.3.6.	La propaganda.....	187
5.4.	La discusión deontológica, como línea argumental para un concepto de información.....	188
5.4.1.	El descrédito: La deontología, como su pretendida solución.....	188
5.4.2.	Informes sobre la información .....	188
5.4.3.	La discusión deontológica .....	190
5.4.4.	La enfermedad en la información y su cura: Los elementos del periodismo.....	193
5.4.5.	La publicidad: ¿«información» comercial? .....	193
6.	La caracterización deontológica de la información .....	195
6.1.	La veracidad en la información.....	195
6.2.	El concepto de verdad para la información.....	195
6.3.	Objetividad e independencia.....	196
6.4.	Objetividad e independencia versus neutralidad en la información de naturaleza política.....	196
6.5.	La percepción de la realidad .....	197
6.6.	Los efectos comunicativos por la falta de objetividad en las informaciones.....	198
6.7.	Las limitaciones de la neutralidad informativa .....	199
6.8.	El incumplimiento de los preceptos deontológicos y sus causas políticas: Las opacas relaciones entre la información y la política. El supuesto derecho a la subjetividad informativa .....	199
6.9.	La paradoja de la monopolización informativa .....	204
6.10.	Discusión: Las consecuencias de la comunicación en la Red sobre la subjetividad de los medios tradicionales.....	205
6.11.	Objetividad versus neutralidad informativa.....	206
6.12.	Racionalidad y objetividad.....	207
6.13.	Algunas claves y consecuencias sobre la ignorancia de la deontología al producir información.....	209

7.	Un concepto de información y de Opinión Pública, derivados de sus líneas de argumentación.....	211
7.1.	La necesidad de saber.....	211
7.1.1.	Consideraciones sobre el objeto del conocimiento.....	211
7.1.2.	La necesidad antropológica de conocer la realidad .....	212
7.2.	La evolución de las investigaciones y las teorías mediológicas en la determinación de la realidad informada .....	213
7.3.	La historia de la información: Desde la censura y el control por el poder político a la exigencia de la veracidad y de la participación de la opinión pública.....	213
7.4.	De la deontología para narrar la realidad a la realidad de la deontología .....	215
7.5.	Conclusión: un concepto de información y uno de opinión pública.....	216
7.5.1.	La información.....	216
7.5.2.	La opinión pública.....	218

### Parte III

#### El sustrato social de la Opinión Pública

8.	Causas de la Opinión Pública alternativas a la actualidad .....	225
8.1.	La ideología.....	225
8.1.1.	Origen del concepto.....	226
8.1.2.	La ideología en Marx.....	227
8.1.3.	La extensión del concepto de ideología de Marx.....	238
8.1.4.	Ideología y opinión pública.....	243
8.1.5.	Gramsci: El retorno a un sentido práctico del concepto de ideología .....	243
8.1.6.	La Escuela de Frankfurt y el psicoanálisis .....	247
8.1.7.	Althusser y «el sujeto» como constructo social.....	254
8.1.8.	La pretendida posmodernidad y la opinión pública .....	260
8.1.9.	El inconsciente freudiano, como sustrato psíquico de la ideología .....	266
8.1.10.	La estructura lingüística como ideología.....	271
8.1.11.	La engañosa e interesada confusión entre discurso e ideología .....	274
8.1.12.	Conclusión: un concepto de ideología y su intersección semántica con el de Opinión Pública.....	282
9.	La desconcertada reacción contra la ideología.....	287
9.1.	La obra de Daniel Bell.....	291
9.2.	La contribución de Hannah Arendt.....	297
9.3.	La pervivencia de las ideologías .....	299
9.4.	El espectro ideológico: Crítica al modelo político liberal .....	306

10. La ideología: sustrato social de la Opinión Pública.....	315
10.1. La ideología, según van Dijk.....	315
10.2. Las creencias sociales para la cognición.....	319
10.3. Hacia un concepto cognitivo de la ideología.....	321
10.4. Estructura y estrategia ideológicas.....	325
10.5. El modelo mental, clave para conectar las dimensiones social y personal de la ideología.....	332
10.6. Conocimiento, verdad e identidad.....	340
10.7. Cognición social e ideología y sociedad.....	346
10.8. La dimensión social de las ideologías: los grupos y el discurso.....	349
11. Relaciones ideológicas entre grupos e institucionales: intersección semántica de significados entre Ideología y opinión pública.....	355
11.1. Poder, dominación y política.....	355
11.2. Persuasión, conflicto, competencia y cooperación.....	358
11.3. Creación de las ideologías e ideología dominante.....	360
11.4. Ideología, medios de comunicación y Opinión Pública.....	363
12. Discurso y contexto.....	371
12.1. Introducción.....	371
12.2. Discurso.....	371
12.3. Contexto y reproducción de la ideología en el discurso.....	377
12.4. Discurso, semántica y persuasión.....	384
13. Cognición e ideología en la Opinión Pública.....	395
13.1. La legitimación política.....	395
13.2. Estructuras de persuasión ideológica del discurso: manipulación y Opinión Pública.....	399
13.3. Racionalidad crítica de la política.....	406
13.4. Un método de análisis de la Opinión Pública.....	409
13.5. La persuasión sobre Opinión Pública.....	412
13.6. Un ejemplo práctico para la persuasión ideológica sobre la Opinión Pública: Los marcos conceptuales en la teoría de la comunicación política de Georges Lakoff.....	415
14. Conclusiones.....	423
 Anexo I.....	 431
 Anexo II.....	 435



## Parte I

### Introducción y metodología

*Miguel  
Hernández*



# 1. Introducción

“Pues yo todavía no sé qué es la opinión pública” dijo un participante en la sesión matutina de una conferencia sobre la opinión pública cuando salía de la sala para la pausa del medio día. Eso fue en 1961 en Baden-Baden, en un simposio de profesionales e investigadores de los medios de comunicación. No era el único que se sentía incómodo. Generaciones de filósofos, juristas, historiadores, politólogos e investigadores del periodismo se han tirado de los pelos intentando formular una definición clara de opinión pública.

(Noelle-Neumann 2003, 83)

La opinión pública no es un objeto de investigación en absoluto novedoso, pero las construcciones teóricas que se han realizado hasta el momento sobre ella no han logrado aun cerrar un cuerpo de doctrina suficientemente riguroso y preciso. Mediante nuestra investigación no pretendemos ni mucho menos lograr un objetivo tan ambicioso y codiciado. Todo lo más que nos proponemos es realizar alguna novedosa aportación que pueda contribuir para lograrlo, si es que eso fuera posible.

## 1.1. La noción general de opinión pública: orígenes del concepto

El DRAE (Diccionario de la Real academia de la Lengua) ofrece los siguientes significados para el término opinión (Del lat. *opiniō, -ōnis*) «dictamen o juicio que se forma de algo cuestionable», o también «fama o concepto en que se tiene a alguien o algo»; y a continuación dice de la opinión pública que es el «sentir o estimación en que coincide la generalidad de las personas acerca de asuntos determinados». Curiosamente, esta aséptica definición no parece ser la más aceptada entre el público. Lo cierto es que la idea más común y generalizada sobre opinión pública entre el propio público es sin duda la que Alfred Sauvy expone en su libro *La Opinión Pública*. Esa idea ampliamente compartida se puede resumir a partir del texto de Sauvy cuando afirma que la opinión pública “...evoca con facilidad la noción de democracia y liberalismo, para algunos, se identifica incluso con el régimen democrático occidental, al enfrentar el concepto de opinión pública con el de gobierno autoritario o totalitario” (Sauvy, 1971, 5). Para él, la opinión pública es:

[...] un árbitro, una conciencia; casi podríamos decir que es un tribunal temible, desprovisto, bien es cierto, de todo poder jurídico, pero temible. Es el fuero interno de una nación[...] *La opinión pública, esta fuerza anónima, es a menudo una fuerza política, y esta fuerza no está prevista por ninguna constitución...* ¿Cómo se forma y cuáles son los orígenes de esta fuerza misteriosa?[...] *Para que la fuerza se ejerza, es necesario que encuentre un punto de apoyo, es decir una resistencia, una cierta oposición.*

(op. cit. 6)

La opinión pública debe poseer el carácter de oposición si queremos referir su mera existencia. Es una tensión que se opone con mayor a menor eficacia a ciertas instituciones, de tal modo que por lo general son “el Gobierno, el Parlamento o las autoridades quienes la constituyen; al menos se trata de vencer su inercia, estimular su energía, solicitada por todas partes” (ibíd.). En su caso, no serán las acciones institucionales y políticas concretas, como el sufragio popular, las principales manifestaciones de la opinión pública, pues “la opinión pública no es necesariamente el resultado de opiniones individuales, ni siquiera de la mayoría de ellas, en relación a un tema determinado” (op. cit. 7)

Para nosotros esta noción de Sauvy es la idea más generalizada a cerca de la opinión pública, con total independencia de que el concepto tenga unos complejos y difusos orígenes históricos que Monzón sitúa en la misma génesis de la humanidad. Monzón afirma que la existencia de relaciones horizontales sumada a la de alguna autoridad hace que en cualquier grupo humano aparezca la contestación y la participación en los asuntos políticos (Monzón, 2009, 59,60)

Como el propio Sauvy plantea acerca de la opinión pública con su evocación a «la noción de democracia y liberalismo», esta misma visión político-institucional de la opinión pública que la acompaña desde sus orígenes se afianza durante los inicios del estado liberal y democrático en la modernidad. En su momento recurriremos a aquellos autores que fueron pioneros en la utilización del concepto durante los acontecimientos que se produjeron en el desarrollo de la Ilustración según nos los propone Elizabeth Noelle-Neumann. Tal y como Inmanuel Kant la describió en su breve texto *Was ist aufklärung*, la Ilustración confiaba en que el «juicio crítico de todos» conduciría a la organización de toda la sociedad por la razón: el derecho, las instituciones, la convivencia... ello gracias a la extensión de la libertad a la generalidad en los órdenes de la vida. A su vez, la libertad ya venía siendo espoleada por el descubrimiento de la imprenta desde el siglo XV. Como nos relata Habermas, hacia finales del XVII se desarrolló en Alemania una publicidad, alimentada por un público que se incrementa por el aumento de libros y revistas, hasta que finalmente la Revolución Francesa politizó a esta publicidad. Esto fue lo que caracterizó “el cambio funcional de la red expansiva de comunicación pública hasta mediados de siglo XIX” (Habermas 2002, 3,4)

No obstante el importante impulso a la institución de la opinión pública que produjo la modernidad, aun hay que remontarse en la historia algunos siglos antes para descubrir cuando se empezó a fijar, de una manera sólida, en la literatura específica, el importante papel que juega la opinión pública para el ejercicio del gobierno. En el que está considerado como el primer tratado sistemático de gobierno, *El Príncipe*, su autor Nicolás de Maquiavelo ofrece consejos a los príncipes para lograr el éxito en su empresa de gobernar. De entre todos estos consejos, el más importante que resulta al de cabo su obra es el de que el príncipe debe lograr el aprecio y el apoyo de sus súbditos por encima de cualquier otra cosa:

Añádase que si el pueblo es enemigo del príncipe, este no se verá jamás seguro, pues el pueblo se compone de un número grandísimo de hombres[...] Lo peor que un príncipe puede temer de un pueblo que no le ama, es su abandono por él. [...] Un ciudadano llegado a príncipe por el favor del pueblo ha de tender a conservar su afecto... Pero el que llegó a ser príncipe con el apoyo de los grandes y contra el voto del pueblo, he de procurar conciliárselo, tomándolo bajo su protección.

(Maquiavelo 1983, 76,77)

El capítulo XV, *De las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados*, y también los capítulos sucesivos, los dedica Maquiavelo a explicar que vicios y virtudes le son reconocibles al príncipe por sus súbditos y como debe administrarlos.

A modo de anticipación de lo que acabará pasando con el correr del tiempo, si bien es cierto que en *El Príncipe* intenta someter la opinión al manejo de los gobernantes, en sus *Discursos*, Maquiavelo “legaliza las vías de expresión de la opinión como garantía de la estabilidad republicana” (Monzón 2009, 80). En el capítulo VII, al referirse Maquiavelo a los nombrados por una ciudad para guardianes de su libertad, concluye “[...] Nada contribuye más a la estabilidad y firmeza de una república como el organizarla de suerte que las opiniones que agitan los ánimos tengan vías legales de manifestarse” (Maquiavelo 1924, 29,30). Esta breve reflexión es con toda probabilidad la primera manifestación expresa del binomio libertades-opiniones públicas que se acabaría por imponer durante la ilustración.

Elizabeth Noelle-Neumann, tras titular el capítulo VI de su libro *El gobierno se basa en la opinión: David Hume, James Madison*, atribuye a David Hume la siguiente cita:

Nada resulta tan sorprendente [...] que la facilidad con que unos *pocos* gobiernan a *muchos* [...] Si indagamos un poco este milagro, descubriremos que los gobernantes no tienen nada que los sostenga excepto la opinión.

(Noelle-Neumann 2003, 104)

No obstante, conviene observar que este principio será relativizado por otros autores posteriores que también cita Noelle-Neumann.

Lo cierto es que las constantes referencias de muchos y variados autores y estudiosos a lo largo de la historia a esta dimensión político-institucional de la opinión pública, tal y como la concibe Sauvy, serán determinantes para orientar nuestra construcción teórica y es por eso que en lo sucesivo abundaremos en ella de manera reiterada.

Por lo pronto, aquí también merece un lugar destacado la cita de Ortega y Gasset, quien expresa la misma idea de una manera categórica hasta tal extremo que para él, como para Monzón, resulta ancestral:

El mando es el ejercicio normal de la autoridad. El cual se fundamenta siempre en la *opinión pública*[...] Jamás ha mandado nadie en la tierra nutriendo su mando esencialmente de otra cosa que de *opinión pública*[...] el hecho de que la *opinión pública* es la fuerza radical que en las sociedades humanas produce el fenómeno de mandar, es cosa tan antigua como el hombre mismo.

(Ortega y Gasset 1979, 175)

Tras este breve repaso a los orígenes y evolución para fijar su naturaleza político-institucional a la opinión, retomamos el texto de Sauvy. En él se distinguen cuatro formas de opinión: “la expresada claramente [...] la opinión oral [...] el sufragio universal, el referéndum o la encuesta de opinión sin obligación [...] el referéndum o la encuesta con voto obligatorio” (Sauvy, 1971, 8). Así, la opinión pública correspondería a las dos primeras y por fuerza dista mucho de coincidir con el mero sufragio popular:

[...] Algunos grupos y colectividades están[...] representados por hombres que disponen de medios de expresión más o menos amplios[...] en ocasiones simples individuos disponen de[...] periódicos[...] emisoras de radio, etc. El conjunto de estas voces constituyen en realidad la verdadera opinión pública, *cuando es relativamente coherente*.

(op. cit. 8)

Esta última afirmación de Sauvy es justamente la noción que viene a coincidir con el juicio popular sobre lo que es la opinión pública. Existe la creencia generalizada entre el público de que la opinión pública es claramente la expresada por los medios de comunicación, creencia perfectamente avalada por el prejuicio de que la opinión pública y la opinión publicada son por lo general una misma cosa. Pero ¿en verdad las cosas son así? Para aquel caso en el que tal coincidencia entre lo publicado y lo que piensa el público no se produzca, esto puede deberse a la falta de visión de los medios de comunicación para entender o captar lo que piensa el público y de este modo reflejarlo en sus contenidos, es decir, a la inexistencia de un método fiable para conocerla.

Pero también puede deberse a que los medios no son esos verdaderos formadores directos de la opinión a los que se refiere Sauvy. En este segundo caso caben dos nuevas posibilidades, o los medios nunca tuvieron un efecto tan directo sobre lo que piensa el público, o bien, ¿no podría ocurrir que un abuso por los medios como formadores de la opinión esté conduciendo a una cierta inmunización de los públicos frente sus mensajes?

Nosotros no pretendemos resolver esta cuestión, pero la ocurrencia sistemática de cualquiera de estos últimos casos viene sobradamente demostrada por la cuantiosa realización de estudios e investigaciones sobre la compleja e indirecta relación entre la opinión y los medios.

Por si nos quedara alguna duda acerca de esta intrincada relación, podemos comprobar la validez de tal idea si empezamos por considerar a la misma evolución de las teorías mediológicas según lo podemos seguir en el clásico texto de Mauro Wolf *La investigación de la comunicación de masas, Crítica y Perspectivas*. De dicha evolución se deriva que la toma de conciencia por los investigadores sobre la profunda interdependencia existente entre la estructura social por un lado, las características del público y el efecto que los mensajes puedan provocar en él por otro, son factores que determinan la necesidad de considerar las exigencias de ese público antes que las de los emisores de los mensajes (M. Wolf, 1987, *pássim*); claro está, siempre que se desee lograr el éxito en la comunicación.

James E. Gruning y Todd Hunt plantean la misma conclusión acerca de la difícil relación medios-opinión en su historia de las Relaciones Públicas, descrita a través de sus cuatro modelos –agente de prensa o publicity, modelo de información pública, modelo asimétrico bidireccional y modelo simétrico bidireccional–. Esta conclusión es obtenida a partir de los cambios en el tratamiento de los públicos en su relación con las organizaciones. Tales cambios nos conducen desde la mera consideración de los públicos como simples objetivos para las estrategias comunicativas de las organizaciones, hasta su plena integración como participantes proactivos en el proceso de la comunicación si al final lo que se desea es garantizar el logro de los objetivos de dicha comunicación (Gruning y Hunt 2003, 81-101). En casos extremos, para organizaciones de carácter público, ambos autores llegan a proponer invertir la relación entre los públicos y la organización dejando todo el protagonismo en la comunicación a los públicos.

Cándido Monzón afirma que “la opinión pública es un fenómeno psicosocial y comunicacional que depende de las circunstancias del tiempo y el lugar, del tipo de sociedad y de las nuevas que nos trae el acontecer diario” (Monzón, 2009, 41). Él mismo cita a V. Rogovatti: “La opinión pública nace en el seno de una colectividad en estrecha relación con el sistema sociocultural [...] en cuyo interior se articula un aparato cultural [...] y un subaparato informativo” (op. cit. 42). Además, elabora una breve lista de enunciados en la que trata de resumir los diferentes esquemas elaborados por J. Bryce, Ph. Davison, K. Young, R. Rivadeira y el ya citado A. Sauvy para explicar el proceso de formación de la opinión. Dichos enunciados apenas dejan dudas sobre el papel relativamente limitado que juegan los medios durante el proceso de formación de la opinión (op. cit. pp. 42-44).

Sotelo Enríquez nos describe, en la historia de los medios, el empleo intensivo que se llegó a hacer de ellos como instrumentos al servicio de la propaganda:

La propaganda no tiene el primer plano de referencia en los hechos del razonamiento verdadero. Presenta una reinterpretación favorable al emisor a través de mitos, leyendas y símbolos que modifican el entendimiento de las cosas y seducen a los destinatarios. Por ello, ante la falta de verdad, recurre a los procedimientos psicológicos [...] Con cierta frecuencia el público aceptaba los mensajes sin cuestionarlos.

(Sotelo Enríquez 2007, 65)

Esto fue así en los inicios de la comunicación de masas. En el cambio del siglo XIX al XX:

El imperialismo militante[...] adoptó un lenguaje halagador de las más bajas tendencias políticas, difundido por medio de una prensa accesible a millones de personas recién alfabetizadas a quienes el social-darwinismo[...] les sonaba a panacea de todos los males sociales.

(García Picazo 2004,129)

Las consecuencias de esto no se hicieron esperar. Los abusos realizados por los propagandistas con los medios hasta conducir la historia de la humanidad a un callejón sin salida durante la I y la II Guerra Mundial, tuvieron efectos negativos sobre su eficacia como modeladores de conciencias: de alguna manera, los destinatarios de sus mensajes aprendieron a desconfiar de los medios, inmunizándose en cierta medida contra su influencia. Por último, el mismo Sotelo Enríquez nos plantea que:

[...]la consideración tradicional del público como espectador que contempla la acción de otros y no interviene hasta el final [debe ser cambiada] por la de interlocutor o comunicante, que subraya que tanto la institución como las personas físicas y jurídicas unidas a ella son capaces de los mismos derechos y deberes en el mercado de la comunicación

(Sotelo Enríquez 2007, 82)

Como muy bien explica, la construcción de la imagen de la organización entre el público depende de cómo este la perciba, percepción que no siempre coincide con la que desea la propia organización.

De esta manera, al dar por constatada la dificultad creciente con la que se enfrentan los medios para que sus mensajes informativos calen en la conciencia del público ¿cómo

podemos aceptar la idea de Sauvy sobre la eficacia de los medios como formadores directos de la opinión por mucho que gran parte del público así lo crea?

Precisamente en la actualidad asistimos cada vez más menudo a variadas manifestaciones de esta desafección entre el público y los medios a la que nos estamos refiriendo. Recientemente, el peculiar fenómeno político conocido como Brexit, la victoria de Donald Trump en la carrera por la presidencia de los Estados Unidos, los resultados de los referendos para la reforma constitucional en Italia que acabaron con la dimisión de Matteo Renzi como primer ministro, o el de la fracasada validación del Proceso de Paz en Colombia, así como también las expectativas electorales que se abren para la ultraderecha populista en Europa, todas ellas son manifestaciones de la incapacidad de unos medios mayoritariamente favorables justo a las opciones contrarias a las resultantes en todos estos episodios políticos. En tal sentido, postulamos la existencia de un proceso de evolución institucional, al que denominamos «la autonomización de la Opinión Pública», consistente en la progresiva escisión entre la opinión del público y la que se vierte en los medios, cuyas causas son variadas y complejas, pero de las que nos ocupamos con más detalle en el curso de nuestra indagación.

Para nosotros, sobre esta sencilla evidencia la cuestión de la opinión pública adquiere un valor y una complejidad extraordinarios que en absoluto ha escapado a la mayoría de los investigadores y estudiosos del fenómeno. Así pues damos por sentado para una posterior argumentación que la opinión del público no es simplemente la que reflejan los medios, aunque estos la puedan influir en mayor o menor medida. Finalmente y antes de concluir este epígrafe, vemos la conveniencia de reiterar la relevancia que tiene para nuestro estudio la dimensión político-institucional de la opinión y por ello procuraremos dejar perfectamente avalada por la propia evidencia la definitiva relación existente entre Opinión Pública y política.

## **1.2. Opinión pública y gobierno: justificación y objetivos de una investigación**

### **1.2.1. Justificación**

Empezaremos recordando la aseveración sostenida con carácter general desde los orígenes de la idea de opinión pública: no se concibe el ejercicio del gobierno sin la aquiescencia de la Opinión Pública. Si nos atenemos a ello, referir la importancia creciente y cada vez más determinante que tiene la medida de esta para la función institucional del gobierno es tan tópico como trivial. La cantidad de recursos que destinan los gobiernos a ese fin son una buena muestra de lo acertado de la afirmación. A título de ejemplo, en España la proliferación de institutos de estudio e investigación a través de la realización de encuestas para conocer la opinión del público sobre los más variados temas de interés, deja pocas dudas acerca de ello.

La constante renovación y mejora de las técnicas de medida e investigación de la opinión que hacen posible los avances producidos en el tratamiento estadístico de los datos gracias a la progresión en la potencia informática, las mayores facilidades para la recogida de estos datos que permiten las nuevas técnicas de comunicación en red, el crecimiento de las estructuras, infraestructuras y la implementación de grandes proyectos de investigación en aquellos organismos oficiales como el INE, el CIS, heredero del antiguo IOP (Instituto de la Opinión Pública), los distintos Institutos de investigación estadística, aunque no siempre

orientada al exclusivo conocimiento de la opinión, en las comunidades autónomas (ISTAC, Instituto Aragonés de Estadística, Instituto de Estadística de Cataluña, de Madrid, etc.) y el sinfín de organismos privados o semioficiales que se dedican a la investigación para conocer la que «piensa el público» sobre distintos asuntos, todos ellos son claros indicativos de la importancia cada vez mayor que se le otorga a la medida y el conocimiento de la opinión.

Se solicitan respuestas hacia el público sobre los más variados asuntos de interés: educación, sanidad, seguridad ciudadana, etc. En su caso, estos resultados de la investigación social nos permiten seguir y valorar, por ejemplo, el éxito o el fracaso en la gestión e implementación de las políticas públicas, su valoración y su aceptación entre el público y hasta las tendencias expresas o subyacentes en todos estos procesos.

Son tanto la administración pública como los particulares los que reclaman constantemente este tipo de investigaciones para utilizar sus resultados en los cada vez más complejos procesos de toma de decisión. En el caso de la administración, los datos sobre la opinión resultan claves para no equivocarse y no poner en práctica políticas públicas, rechazables por el público, cuyos resultados carezcan de algún efecto positivo para el ciudadano común. Están en juego la legitimidad y la aceptación de las políticas institucionales y de las propias instituciones. Como refieren múltiples autores, la estabilidad de estas últimas, su capacidad de gobierno, dependen de la aceptación de sus acciones y decisiones por parte del público en general.

Esta última preocupación por la coincidencia entre las decisiones de gobierno y la opinión del público va ser el motivo a partir del cual nos proponemos este estudio de carácter teórico. El objetivo de nuestra indagación teórica parte de la ya referida dificultad, en primer lugar para establecer una idea operativa de opinión pública que responda al interés institucional por la opinión y por su adecuación a las decisiones de gobierno, en segundo lugar para su mero conocimiento y análisis. Pero, además de algún método, necesitamos un concepto de opinión pública más o menos cerrado que nos permita precisar su objeto y lograr una mayor integración entre la opinión del público y las actuaciones del gobierno en el ejercicio de su función institucional y ejecutiva.

Nos preocupa tanto la correcta adecuación del gobierno a los deseos de sus gobernados, como la posibilidad de que las estrategias comunicativas llevadas a cabo por el gobierno para informar sobre su responsabilidad, a la hora de tomar decisiones, tengan el éxito que se puedan merecer; siempre que esas decisiones sean también las más adecuadas al transcurso de los acontecimientos, tal y como constantemente quieren hacer valer los propios gobiernos. Por esto nos proponemos aportar otro método específico para el análisis de la opinión. A la vez queremos que sirva también como herramienta con la que elaborar estrategias comunicativas las cuales permitan a los gobiernos alcanzar un mayor éxito en su comunicación institucional.

Resumiendo lo que ya sabemos sobre la cuestión, y aunque no resulte nada novedoso el decirlo, el estado de la opinión es, desde sus remotos orígenes históricos, una de las más complejas e importantes cuestiones que ocupan a las ciencias sociales. El conocimiento del factor común, o simplemente del factor mayoritario, entre la opinión de los diferentes grupos y sectores sociales hasta abarcar al todo social, se encuentra en el mismo fundamento de los fenómenos comunicativos de masas. Saber que piensan distintos sectores sociales, o el conjunto de ellos, sobre las diferentes cuestiones capaces de atraer su atención, se ha convertido en el mayor desafío para la comunicación. Después de todo, la

validez de cualquier estrategia comunicativa de masas pasa por la verificación de sus efectos; esto es, por comprobar cómo el mensaje ha podido modificar la opinión de sus destinatarios sobre su objeto. Pero aun resulta más difícil lograr que esas estrategias comunicativas funcionen. Como ya hemos razonado, la evidencia ha venido a demostrar que esa eficacia comunicativa es limitada y depende de otros factores mucho más complejos que la simple difusión masiva del mensaje y de las cualidades y características del canal de difusión.

### 1.2.2. Objetivos

De este modo nos proponemos:

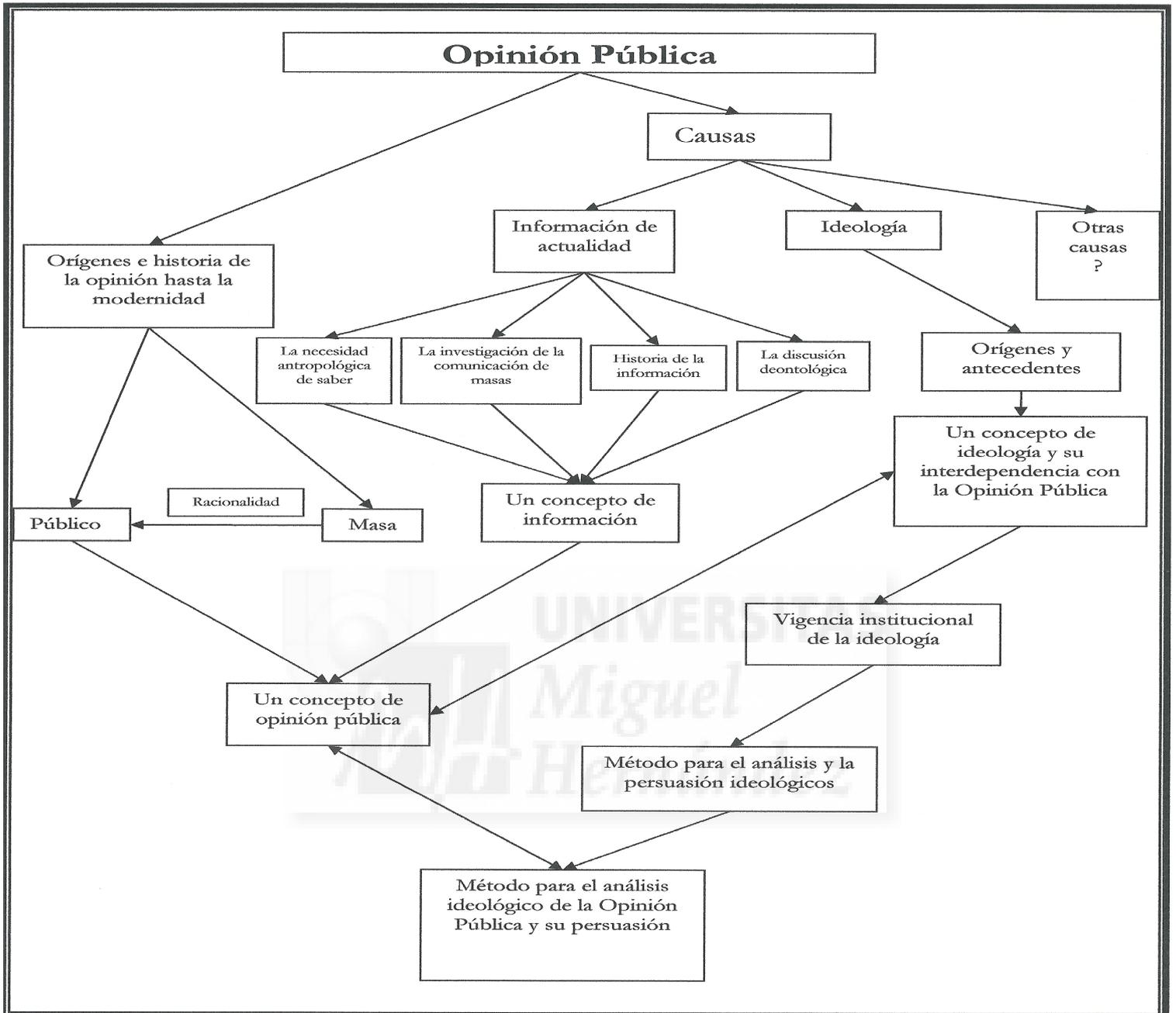
1. Establecer un concepto de información que vincule su función de ofrecer la actualidad con el proceso de formación de la Opinión Pública al reseñar aquellos acontecimientos que son más relevantes para el público en general. Este concepto lo procuraremos demostrar a través de cuatro desarrollos argumentales: primeramente abordaremos una línea filosófica y epistemológica; luego nos ocuparemos de la evolución de las teorías mediológicas; a continuación abordaremos la historia de los medios de comunicación y, finalmente, llevaremos a cabo la discusión deontológica en la información, discusión que concluirá con un análisis de los efectos y consecuencias deontológicas de la información de naturaleza política para los medios de comunicación españoles.

Dado que cada desarrollo contiene su propia conclusión acerca de los medios y de su función, toda esta argumentación la abordamos con la intención de sintetizar qué son los medios de comunicación de masas y cuál es su verdadera función institucional y sistémica. Dada la amplitud de un enfoque que nos pueda resultar adecuado a este objetivo, procuraremos realizar la selección de la bibliografía que estimamos relevante para alcanzarlo. Esta bibliografía será específica en el caso de la evolución de las teorías mediológicas; su evolución histórica nos conducirá hacia las distintas tradiciones de la teoría y las investigaciones mediológicas. Para ello tomaremos como texto guía el libro de Mauro Wolf *La investigación de la comunicación de masas*. Las demás líneas de argumentación tendentes hacia el concepto de Información por fuerza se dispersarán en una bibliografía bastante más amplia e inespecífica.

2. Derivar y establecer desde el propio concepto de información otro concepto de opinión pública adecuado al resto de nuestros propósitos. Este segundo objetivo, previamente conllevará la realización de un detenido estudio que repasará ampliamente la literatura más relevante sobre la cuestión de la Opinión pública. Esta labor conceptual se servirá en su momento de la indagación teórica que llevamos a cabo en el apartado de los antecedentes. Nos centraremos en el trabajo de Habermas: *Historia y crítica de la Opinión Pública, la transformación estructural de la vida pública*, y en la labor que realiza Elizabeth Noelle-Neumann en su obra *La espiral del silencio, Opinión pública: nuestra piel social* para rastrear sus orígenes. Ambos serán textos de referencia crítica para repasar la génesis y evolución del concepto. A su vez este último repaso nos habrá de conducir a los autores y a las obras más actuales, como la

ya citada de Noelle-Neumann y a otras, se trata de una amplia literatura crítica y de fuentes secundarias formada también por ensayos y artículos de investigación publicados algunos de ellos en formato electrónico.

3. Una vez delimitados ambos conceptos, el de Información y el de Opinión Pública, nos proponemos una nueva indagación teórica y doctrinal que nos permita rastrear y acotar aquella causa que elegimos como alternativa a la actualidad en el proceso de formación de la Opinión Pública: la Ideología. Una nueva y específica bibliografía se sumará a la existente para obtener una base teórica a partir de la cual poder establecer qué es la ideología y cuál es su relación determinante con la Opción Pública. Otros autores se convertirán en la referencia de esta labor específica, de entre los cuales hemos de reseñar a Terry Eagleton y su obra *Ideología, una introducción*. No obstante, también conviene referir nuevamente entre los muchos autores consultados y citados a Karl Marx y a Jünger Habermas y su obra *Teoría de la acción comunicativa*.
4. Ya delimitado también el concepto de ideología, dada la existencia de una corriente sociológica y del pensamiento político crítica con la noción de ideología y con su función sistémica, asumiremos además el objetivo de refutar críticamente la hipótesis del final de las ideologías, hipótesis que con tanta dedicación postularon los autores asistentes al Congreso Sobre el Futuro de la Libertad en 1955 en Viena tras el final de la II Guerra mundial. Para ello analizaremos con voluntad contradictoria la obra de Daniel Bell *El final de la ideología*, llevando a cabo un contraste con la realidad institucional de los sistemas políticos liberales en la actualidad y con los problemas de legitimación ideológica a los que se enfrentan.
5. A partir del concepto de Ideología que derivamos del desarrollo anterior, el siguiente paso será el de establecer su conexión con la Opinión Pública para demostrar su relación interdependiente y causal. Para la consecución de este último objetivo nos centraremos en la obra de Teun van Dijk *Ideología, Una aproximación multidisciplinaria*. Precisamente será su propio método de análisis del discurso ideológico el que, trasladado al análisis de la Opinión Pública, nos permitirá comprender y afectar mejor a su naturaleza. Es decir, a partir de la relación entre el análisis de la ideología y su efecto en el proceso de la formación de la Opinión Pública nos proponemos derivar a su vez un método de análisis de la Opinión pública.
6. Por último, exploraremos de forma meramente especulativa las posibilidades de influir en la opinión pública mediante técnicas comunicativas según el conocimiento que logremos sobre las dinámicas del discurso ideológico y su efecto sobre la opinión.



### 1.3. Dinámica de la opinión pública: la actualidad y el relativo papel de los medios de comunicación de masas frente a otras causas alternativas

Como dejamos establecido con anterioridad, nosotros pensamos que la opinión del público no se limita a la reflejada por los medios. Nos parece así que el proceso de formación de la opinión debe ser de una naturaleza mucho más compleja y cambiante de lo que es por lo general la mera opinión publicada. Por consiguiente, nos sumamos a una mayoría de autores que refieren esta complejidad.

No obstante lo dicho, paradójicamente, ya el solo hecho de considerar convencionalmente a la opinión como la opinión publicada da cuenta de su carácter dinámico y mudable. Si son supuestamente los medios los verdaderos artífices de la opinión pública, y además es bien sabido que la principal característica de los medios de comunicación es la de proporcionarnos la narración actualizada de los acontecimientos, resulta que los juicios de opinión que se reflejan en los medios se refieren por lo general a la actualidad. La actualidad es por definición permanentemente cambiante y las opiniones sobre ella también lo serán.

En tal sentido, aunque no pensamos que la relación medios-opinión sea directa hasta el extremo de crearla o poder representarla, en cambio sí coincidimos con esa mayoría de autores que ven a la información y a la actualidad como factores desencadenantes de la opinión: la influyen de una manera más o menos limitada. Así vimos que lo considera Monzón, «la opinión pública es un fenómeno psicosocial y comunicacional que depende... de las nuevas que nos trae el acontecer diario» (Monzón, 2009, 41), quién también cita a V. Rovigavatti, K. Deustch, Foote y Hart. Pero cualquiera de los autores que hemos citado hasta el momento, con la excepción de A. Sauvy y la prejuiciosa noción del público, ven a la Opinión Pública distinta de la simple opinión publicada y como el resultado de unas causas mucho más complejas e intrincadas desde los mismos orígenes históricos del fenómeno. Así pues, insistimos en que nosotros partiremos de la idea de que los medios no son los exclusivos creadores de las opiniones, pero comprobamos en los mismos medios que las opiniones se adecuan constantemente a la actualidad.

Lógicamente, esto quiere decir que entre el público existe un permanente proceso de formación de la opinión real. La opinión se nos asemeja así a un mecanismo de interacción entre los medios, los cuales proporcionan tanto actualidad como opiniones ya elaboradas, frente a los verdaderos detentadores de la opinión, el público en general. Decimos que se asemeja a un proceso de interacción porque influir en la opinión de los destinatarios de los mensajes informativos ya vimos que exige un conocimiento por los medios de las características de su audiencia-lectores. Los medios tratan de contar aquello que quiere leer, oír o ver la audiencia. Complementariamente, esto es así porque la audiencia selecciona tanto los mensajes como los medios que son de su interés en función del conocimiento que posee de ellos. Al final, la audiencia tan sólo se valdrá parcial y limitadamente de la actualidad filtrada y tratada por unos medios en los que necesita confiar para poder formarse sus propias opiniones:

Los receptores suelen poseer actitudes selectivas sobre aquellos problemas que le interesan de verdad y sobre los cuales toman posición permanentemente, actualizando y matizando sus opiniones con el tiempo[...] los medios actúan preferentemente reforzando las actitudes preexistentes y poco a favor del cambio de las mismas.

En cualquier caso, resulta lógico pensar que para ello deben existir otras causas alternativas, diferentes de la mera actualidad o de sus mutaciones, que actúan como criterios de dicha selección entre el público. Son estas otras causas las que influyen y determinan el proceso de formación de la opinión real para que esta resulte distinta de las opiniones publicadas, distinta para cada individuo, distinta entre las agrupaciones de ellos, distinta para la mayoría de ellos, o idealmente distinta para su totalidad.

Esas posibles causas alternativas pueden ser de naturaleza tan o más compleja que su consecuencia, la opinión. El campo de hipótesis que se abre para proponer otras posibles causas alternativas en la opinión es ilimitado. A buen seguro que cada investigador puede en este punto proporcionar diferentes teorías con bases disciplinares, o multidisciplinarias, tan variadas que apenas si logramos imaginarnos los novedosos campos de indagación para la comunicación: la psicología, la sociología, la neurociencia, por supuesto que la propia comunicación, la filosofía, la lingüística, la semiótica, hasta la historiografía; y todos y cada uno pueden aportar elementos y visiones para explicar las posibles causas alternativas en el proceso de formación de la opinión. A modo de ejemplos, desde la psicología social, Noelle-Neumann nos propone como causa muy estimable el miedo a la exclusión social. Por otro lado, de ninguna manera debemos olvidar aquí el novedoso y cada vez más relevante papel que desempeñan las redes sociales en el proceso de formación de la opinión como causa alternativa, papel que está siendo objeto de estudio e investigación a partir del concepto de interacción y del que nos ocuparemos en el presente trabajo.

Ante la amplitud de la cuestión que se nos plantea, lo primero que estimamos conveniente es la necesidad de empezar por delimitar nuestro campo de estudio. Ya que hemos referido a la actualidad como una causa del dinamismo de la opinión por su naturaleza permanentemente cambiante, por contraste nos parece oportuno buscar y proponer otras causas que sean perdurables y que puedan estar en el origen de las distintas opiniones. Es muy posible que ciertos aspectos de la opinión sean relativamente inmutables de unos individuos a otros. De esta manera, lo que pretendemos al cabo es determinar la existencia de algún tipo de estructura institucional que sirva a nuestro propósito de describir el proceso de formación de la opinión. Pero resulta que con la perdurabilidad apenas si hemos conseguido limitar nuestro campo de estudio.

Podemos añadir otra característica a la de la perdurabilidad que nos ayude a focalizar aun más la cuestión: la sociabilidad o comunidad de la causa, es decir, debemos centrarnos en aspectos comunes del proceso de formación de la opinión para muchos individuos, más que en las diferencias específicas entre ellos. De este modo, el conocimiento de la opinión y la capacidad para influirla no nos exigirá la tarea imposible de conocer a cada uno de ellos.

Complementariamente, cuando nos hemos referido al seguimiento de la evolución de las teorías mediológicas a través del texto de Wolf, *La investigación de la comunicación de masas, Crítica y Perspectivas*, concluíamos que las distintas teorías que se sucedieron para explicar la comunicación de masas transitaban desde sus orígenes a partir de aquella idea de que los mensajes eran inoculados por los medios en la audiencia, hasta las más recientes teorías que plantean la necesidad de tomar en consideración al receptor del mensaje inserto en su contexto social con el objeto de conocer que hará éste con el mensaje. La teoría hipodérmica consideraba que la mera exposición al mensaje ya bastaba para que tuviese su efecto en los receptores. Las teorías que le sucedieron: el modelo de Lasswell, la corriente empírico-experimental o de la persuasión, los estudios empíricos sobre el terreno o «de los

efectos limitados», la teoría funcionalista de las comunicaciones de masas, la teoría crítica, la teoría culturiológica, la perspectiva de los cultural studies, las teorías comunicativas, todas ellas en el mismo orden cronológico en el que fueron apareciendo intentaron dar respuesta al limitado efecto que tienen los medios para transmitir sus mensajes. La explicación común a todas se reduce al grado en el que la estructura y el contexto social determinan la eficacia de cada mensaje.

De algún modo estas teorías dejan clara la necesidad de buscar en la sociabilidad, y más concretamente en la cultura en su sentido antropológico, las causas para poder afectar de forma determinante al proceso de formación de la opinión (M. Wolf, 1987, *pássim*). También Elizabeth Noelle-Neumann atribuye una naturaleza social a la opinión al explicar en qué consiste *La piel social*: “¿Qué es eso que «expone» continuamente al individuo y exige que atienda a la dimensión social de su medio? Es el miedo al aislamiento” (Noelle-Neumann, 2003, 87). Además, en su momento referimos a Monzón y a los autores que él cita, que también coinciden en atribuir a la organización social y a la cultura un papel relevante en el proceso de formación de la opinión.

Pero además de la perdurabilidad y la sociabilidad, consideramos necesario cerrar aun más el abanico de opciones entre los posibles enfoques teóricos. Para ello constreñiremos a la opinión en la dimensión político-institucional que hemos propuesto como su fundamento histórico y epistémico. No obstante después de hacer estas acotaciones, no dudamos que todavía dentro del amplio campo teórico delimitado por ellas caben otros muchos enfoques los cuales permiten dar fundamento a la opinión y al proceso que la constituye. Esto significa que, prometedoramente, el enfoque del estudio propuesto queda abierto a cualquier aportación que lo pueda completar y complementar.

A partir de estos tres criterios, la perdurabilidad, la sociabilidad y su dimensión político-institucional, con independencia de los distintos factores que cada teoría mediológica determinó en su momento para el estudio de los mensajes informativos (o de cualquier otra naturaleza) y de sus posibles efectos, nosotros consideraremos a nuestros efectos prácticos tan solo una alternativa teórica para fundamentar a la opinión. A priori, pensamos que su desarrollo y aplicación puede generar una aportación significativa a la comprensión del proceso de formación de dicha opinión. El conocimiento aproximado que poseemos sobre esta perspectiva teórica en el momento de iniciar este trabajo nos permite afirmar la existencia de una intersección semántica entre los campos de significado de dicha perspectiva con el de la opinión, aunque la amplitud y coincidencia de dicha intersección trataremos de determinarla a lo largo nuestro trabajo.

Por último, nos debe interesar el hecho de que dicha perspectiva teórica posea alguna eficacia explicativa avalada tanto por las investigaciones, como por su solidez y rigor. Efectivamente, su aceptación previa como paradigma científico teórico entre algunos investigadores de su campo específico de estudio e investigación será una garantía para su empleo en el curso de nuestra labor, cuya finalidad ya recordamos que es la de dar nuevos fundamentos teóricos y prácticos al concepto de la opinión pública y el lograr su posible adecuación a las necesidades institucionales de las funciones ejecutivas de gobierno político.

#### 1.4. Causas alternativas que afectan al proceso de formación de la opinión: la ideología

Ciñéndonos a los tres criterios expuestos, la perdurabilidad, la sociabilidad y su dimensión político-institucional, el enfoque teórico que proponemos, la ideología, nos parece el más pertinente al objeto de considerar a ésta entre las posibles causas alternativas que operan en el proceso de formación de la opinión. El concepto de ideología es el que estimamos que está más arraigado de entre todos los posibles y es también el que contribuye en mayor medida a la dimensión político-institucional de la opinión.

Si bien la ideología fue prevista originalmente como la ciencia de las ideas en la obra de Destutt de Tracy, en tiempos de Marx:

[...]la ideología pasaría ser el conjunto de racionalizaciones y pseudoexplicaciones de clara procedencia económica y social con las que las personas tratan de explicarse el mundo en que viven de forma que sea congruente con sus intereses sin manifestarlo de un modo explícito.

(Guerrero y Cotarelo 2000, 187)

A la configuración de la ideología de cada individuo contribuye un sinnúmero de causas. Pero es lógico pensar que la cultura humana es determinante en ese proceso:

[...]la «cultura» en el sentido sociológico de la expresión, es para el hombre una especie de «ambiente artificial» creado por el mismo[...] como si de una segunda naturaleza se tratara[...] y que es transmitida y enseñada a todo individuo desde su nacimiento a través de diversos y complejos procesos de *socialización* y aprendizaje.

(Tezanos 1997, 58)

La ideología debe así ser esencialmente la consecuencia de una socialización en la que el sistema educativo, la familia (como grupo humano primario) y otros subsistemas sociales (la industria cultural y los medios de comunicación de masas), todos ellos producen una impronta en la conciencia de los individuos a través de la cual interpretan el mundo y la realidad. Estas cosmovisiones que construyen los individuos a través del prisma de su cultura, sus creencias y sus experiencias, son una pieza clave de la explicación clásica en la mayoría de los modelos teóricos sociales y políticos:

La existencia de ideologías en los sistemas políticos contemporáneos[...] es tan importante en la explicación de dichos sistemas que su omisión no permite dar cuenta de un modo satisfactorio del funcionamiento de esta realidad.

(Guerrero y Cotarelo 2000, 186)

Para Marx y para otros autores marxistas, resulta tópico decir que la ideología es una falsa conciencia que crea el sistema sobre la sociedad en general, y de los trabajadores en el sistema capitalista en particular. La sociedad de clases se reproduce en el capitalismo mediante la apropiación de los medios de la producción, donde la mayoría de los seres humanos agotan su existencia ofreciendo su trabajo en régimen de explotación a las burguesías para el mantenimiento de la maquinaria de dominación (escuela de Frankfurt) o de la superestructura jurídico-política basada en la propiedad, según explica el propio Marx.

En cualquier sistema de producción, «la ideología dominante es la ideología de la clase dominante». Se da origen así a una alienación:

[...]partiendo del concepto genérico de la “falsa conciencia” [...] el individuo se comportará como si estuviese dotado de un automatismo capaz de segregar todo aquello que pudiera modificar, ampliar o rectificar su propio sistema de ideas y valores, y esta incapacidad es la que le *aísla* o hace ajeno de todo influjo procedente de la sociedad de personas que le rodean[...]

(García Sierra, 307)

El sistema capitalista obliga a los trabajadores a pensar con unas ideas que en realidad no son las suyas, que son contrarias a sus propios intereses, condenándoles a una existencia alienada en la que sus vidas se resuelven en la disociación o extrañamiento que conlleva el vivirlas sin que sean las de ellos, sin que sean reales. De ser así, tal sistema tendría la capacidad de condicionar de antemano sus posibles opiniones a través de la ideología dominante, excluyendo aquellas que no forman parte de su ideario o que son contrarias a él; somete la conciencia de sectores sociales enteros hasta limitar las opciones en el proceso de formación de la opinión política reduciéndolo a un esquema muy limitado, legitimador y reproductor del orden social desigual.

Por otro lado, la mayoría de los críticos de las ideologías la consideran como una constricción de la libertad, ya que la visión totalizadora a la que propenden todas ellas pone en entredicho el derecho al cuestionamiento y a la disensión, ahogan la crítica y exigen del individuo que rinda sus principios, criterios y hasta sus opiniones a la uniformidad ortodoxa del adoctrinamiento ideológico, ya sea que esté basado en las creencias religiosas o en otras concepciones del mundo. Paradójicamente, una visión tan negativa y crítica de las ideologías pone en entredicho al origen mismo de la disensión y la discrepancia, pues toda forma de cuestionamiento del orden social y político imperante es por definición ideológica, incluso aquella que se presenta a sí misma como desideologizada. Pruebas sobradas de ello las hemos tenido en el más reciente acontecer político con el recurso por el poder político institucionalizado al pensamiento único, o la apelación por él a lo políticamente correcto, que a todas luces suponen una restricción en el proceso de formación de la opinión política aun mayor que el de las propias ideologías. Ambos presupuestos pretendieron acotar la crítica al sistema y sustituirla por otra perfectamente asimilable para él, restringiendo el ámbito de las opiniones para excluir las menos frecuentes y más críticas hacia el statu quo.

Con independencia de que exista una larga tradición ideológica que la sitúa en las mismas causas del moderno proceso de institucionalización política, de lo que no cabe la menor duda es del determinante papel que sigue desempeñando la ideología durante el juego político para los sistemas liberales en la actualidad. Casi de una manera intuitiva podemos adivinar que las opiniones tienen por fuerza un extremado arraigo ideológico. Su validez como enfoque sobre el que fundamentar a la opinión nos permite incluso afirmar de la ideología su capacidad para lograr la coincidencia de múltiples opiniones sobre un mismo hecho, incluso ya antes y con total independencia de que estas opiniones se lleguen a manifestar públicamente.



## 2. Metodología

### 2.1. Características específicas de la investigación: el método para elaborar una herramienta metodológica

El segundo capítulo de nuestra investigación habrá de presentar por fuerza unas grandes diferencias con los habituales apartados que acompañan a las investigaciones empíricas al uso. Dado el carácter teórico de nuestra labor no debe seguir las mismas pautas que cualquier otro trabajo similar en su objetivo de lograr el nuevo método para el análisis de la opinión pública. De haberse tratado de una investigación de carácter cuantitativo aplicada a la experiencia como son una mayoría, entonces el trabajo quedaría acabado en sus conclusiones acerca de unas hipótesis sobre el aspecto acotado de la realidad al que se refieran. Pero al tener como objeto la producción de un nuevo método del que con posterioridad se podrá valer cualquier otro investigador/a, antes conviene llevar cabo una serie de precisiones sobre el empleo potencial de dicha herramienta científica:

Cada procedimiento o instrumento de investigación está inextricablemente entrelazado con las interpretaciones particulares del mundo que el investigador tiene y los modos de conocer ese mundo que el investigador utiliza. Usar un cuestionario o una escala actitudinal, asumir el papel de observador participante o construir una muestra aleatoria[...] equivale a aceptar unas concepciones del mundo que permiten el uso de estos instrumentos para conseguir los objetivos establecidos. Ninguna teoría o método de investigación[...] se justifica por sí mismo: su eficacia, su propia calificación de instrumento de investigación[...] dependen en último término de justificaciones de tipo filosófico.

(Hughes 1980, 13, citado por Corbeta 2003)

Este breve texto de Hughes ilustra a la perfección la situación y las posibilidades reales de cualquier investigación, sobre todo de la investigación social. En particular refleja la dificultad real que enfrenta la ciencia para producir conocimiento cierto, por encima de su pretendida y aceptable validez como medio absoluto para lograrlo. Lo cierto es que lo único que podemos asegurar acerca de ella es que es el mejor y el más eficiente sistema conocido en el logro de ese objetivo, pero siempre sin ignorar las enormes limitaciones y problemas que acarrearán su aplicación y desarrollo.

Conviene no convertir a la ciencia en un nuevo mito en el que haya que creer ciegamente, supersticiosamente. De esta manera podremos permanecer ojo avizor para evitar que sus logros oculten sus fracasos, sus errores o su potencial dañino y destructivo. Como nos ha demostrado la historia reciente, nunca podremos acabar de prever las consecuencias de los descubrimientos científico-tecnológicos que hoy en día se suceden a un ritmo tan vertiginoso.

Los grandes hallazgos científicos apenas han conseguido librarnos de muchos de los males atávicos que aquejan a la humanidad muy a pesar de que sus ingentes utilidades hayan sido capaces de revolucionar la forma de la vida humana en apenas unas pocas décadas. Simultáneamente también se han mejorado enormemente los medios para provocar efectos devastadores entre la especie humana y todavía se está muy lejos de acabar, por ejemplo, con la guerra, el hambre, la enfermedad, la ignorancia o las amenazas medio-ambientales.

Por esto consideramos necesario poner el interés en otros aspectos de la condición humana que la ciencia y su método no han logrado racionalizar por sí solos. Precisamente donde más ineficaz se ha mostrado el pensamiento científico es en lograr una seguridad y una estabilidad que garanticen la preservación de la vida humana libre de amenazas siempre que su uso sea tan racional como fundamento.

En nuestro caso, como pasa por lo general con los avances científicos, el mejor conocimiento de las dinámicas de la Opinión Pública y de su propia naturaleza puede ser utilizado para llevarnos hacia mayores cotas progreso y emancipación humana o, por el contrario, puede servir para repetir episodios de un pasado no tan lejano en el que el control de la opinión y la propaganda se pusieron al servicio de la destrucción y el odio. Casi podemos sospechar que esto está pasando aun a diario sin que apenas nos percatemos de ello.

Por lo pronto, dado que nos proponemos realizar un trabajo propiamente metodológico, es decir, la producción de un nuevo método de análisis de la opinión, iniciar el camino hacia ese objetivo sin llevar a cabo una adecuada situación en su contexto de la discusión metodológica supondría incurrir en un grave sesgo por la omisión de las orientaciones y del posicionamiento dentro de dicho contexto.

### **2.1.1. El Contexto metodológico**

En este sentido, resulta que nuestra labor ha elegido a un autor de referencia particularmente crítico con aquel primer neopositivismo wittgenstiano que fuera corregido con posterioridad por el criterio de «falsabilidad» de Karl Popper frente a su «posibilidad de verificación». Jürgen Habermas se posicionó de forma meridiana en la polémica entre positivistas y dialécticos (Escohotado 1989, pp. 483-492). Pero nuestra elección no tuvo que ver con ninguna intención de tomar partido o simplemente de tener representada a la corriente crítica junto a la positivista en nuestra elaboración. Simplemente incluimos a Habermas entre las fuentes primarias a sabiendas de su importante aportación teórica para la teoría de la opinión. Tampoco es casual que alguna parte de nuestro trabajo quiera considerar la crítica a la industria de cultural que realizaron con tanto acierto Teodoro Adorno y Max Horkheimer (Adorno y Horkheimer 2009, pp. 165-212). Resulta evidente que esta crítica es determinante en la comprensión de las causas estructurales de la opinión. Según vimos en la introducción, el enfoque elegido para explicarla guarda una estrecha relación con la cultura en su sentido antropológico. En la actualidad, la cultura así entendida viene fuertemente condicionada por los medios de la industria cultural de masas.

Todo ello quiere significar que la presencia de importantes representantes de los partidarios de los procedimientos metodológicos dialécticos frente a los positivistas no responde a un intento premeditado por situar a priori nuestro trabajo metodológico en ningún terreno o de colocarlo fuera de cualquiera de ellos.

Así, no excluimos el empleo de los procedimientos dialécticos de la «complementariedad», la «implicación», la «ambigüedad», la «polarización» y la «reciprocidad de perspectivas» entre los criterios metodológicos de los que procuraremos valernos en la fase de indagación teórica para la determinación de los diferentes conceptos más o menos acabados que busquemos.

Desde el punto de vista puramente empírico y positivista nos interesa dejar sentado desde un principio que en aquel caso en el que realicemos nuestras proposiciones éstas únicamente serán verificables en un sentido «débil». La experiencia sólo nos permitirá presentarlas como probables y nunca como absolutamente verdaderas. Incluso pensamos que nuestras premisas solo serán indirectamente verificables tal y como estableció A.J. Ayer por poder cumplir sus dos condiciones:

- Que en conjunción con otras determinadas premisas indique una o más declaraciones directamente verificables, que no sean deducibles de estas otras premisas.
- Que las otras premisas sean, o analíticas, o directamente verificables.

(Escohotado 1989, 446)

No obstante, hemos de admitir que sobre todo nos moveremos en la lógica inductiva antes que en la deductiva como corresponde a todo trabajo de carácter doctrinal y teórico. Por esto último entendemos que nuestra indagación se alejará sensiblemente de los negativos prepuestos popperianos acerca de las limitaciones de toda lógica inductiva.

Dado que nos limitaremos a enunciar una teoría y un método que ofrecemos para que sea contrastado por otros, dejaremos para un momento posterior lo que nos propone Popper que se haga para lograr la «demarcación» de la teoría como teoría científica. No podemos hacer otra cosa que confiar en que otros sigan los pasos establecidos por Mario Bunge, citado por Tezanos, para el desarrollo de una investigación científica a partir de nuestras conclusiones teóricas:

- 1) Enunciar preguntas bien formuladas y verosímilmente fecundas
- 2) Arbitrar conjeturas, fundadas y contrastadas con la experiencia para contestar a las preguntas
- 3) Derivar consecuencias lógicas de las conjeturas
- 4) Arbitrar técnicas para someter a las conjeturas a contrastación
- 5) Someter a contratación esas técnicas para comprobar su relevancia y la fe que merecen
- 6) Llevar a cabo la contrastación e interpretar los resultados
- 7) Estimar la pretensión de verdad de las conjeturas y la fidelidad de las técnicas
- 8) Determinar los dominios en los cuales valen las conjeturas y las técnicas y formular los nuevos problemas originados por la investigación

(Tezanos 1996, pp. 412,413)

Por eso conviene reseñar que la labor de «falsación» es justo lo que Popper considera imprescindible para poder creer en la teoría a la espera de que otra prueba cualquiera la pueda refutar o bien que pueda confirmar su «vigencia». La prueba de su validez coyuntural

la dará el paso del tiempo dependiendo del éxito o del fracaso que coseche entre la comunidad de investigadores durante sus posibles aplicaciones.

En todo caso, de lo que sí pretendemos desmarcarnos de forma categórica es de la visión compartimentada y estanca de la ciencia que produce Thomas Kuhn. Esto es así porque su teoría sobre la historia de la ciencia, entendida como el continuo relevo selectivo de los paradigmas científicos dominantes y excluyentes entre sí, resulta claramente incompatible con nuestra voluntad de recorrer la historia de las nociones de Información, de Opinión Pública o de Ideología a la búsqueda de un consenso que considere los aspectos comunes que cada autor pueda aportar a un concepto concluido a partir de los demás.

Sin ir más lejos, determinar la existencia de alguna gran realización científica universalmente reconocida sobre la Opinión Pública ante la fragmentación que presenta el campo de la teoría habrá de resultar infructuoso. El modelo teórico que mejor recepción ha tenido hasta la fecha entre la comunidad científica es sin duda el de la Espiral del silencio de Noelle-Neumann, y referirla como paradigma científico universal se nos hace difícil precisamente porque sobre él realizaremos una crítica que para nosotros lo invalida en gran medida. Justo lo que pretendemos es aprovechar la dispersión teórica existente en la teoría de la opinión llevando a cabo nuestra labor de sistematización con la intención de producir aquella coherencia e integración de que seamos capaces, por limitada que resulte. De este modo ni mucho menos aspiramos al ambicioso objetivo de originar, ni siquiera de contribuir a, la construcción de un paradigma científico «universal» sobre la opinión pública. Nuestra pretensión no va más allá de hacer alguna contribución teórica que pueda ser de utilidad a aquellos investigadores que así lo consideren.

A lo mejor es por eso que el mayor acomodo que al final puede encontrar nuestra metodología sea precisamente el marco diseñado para la ciencia por Imre Lakatos por realizar su correspondiente crítica al criterio de demarcación, al falsacionismo y al excesivo deductivismo de Popper. Decir que nuestra indagación se asemeja a un «programa de investigación» quizás resulte exagerado, pero, como explica Escotado al referirse a la metodología de los «programas de investigación», según el propio Lakatos:

Los programas se constituyen en torno a un núcleo firme, rodeando ese centro de verdades primordiales de una serie de hipótesis, sugerencias y líneas de trabajo. El centro nunca se pone en duda, pero la crítica es necesaria para construir un buen cinturón protector[...] el programa tiene una parte de heurística positiva, que busca sugerencias nuevas, y aplicaciones diferentes, ampliando los límites del programa.

(Escotado 1989, pp. 472,473)

Si nos detenemos en los detalles de nuestra propuesta investigadora que realizamos a lo largo de la introducción es fácil apreciar que pretendemos un núcleo firme constituido por la noción de «opinión pública», noción que nos proponemos convertir en un concepto sintético y más o menos acabado. Por otro lado, también nos proponemos aproximarnos a dicho concepto para darle fundamento epistémico desde un enfoque teórico complementario de aquel tópico, cierto y limitado, que señala a la actualidad y a los medios de comunicación de masas como sus desencadenantes. De este modo, las relaciones de este otro enfoque teórico, la Ideología, con la noción de Opinión Pública se constituyen por sí mismas en hipótesis sugeridas a partir de las cuales llevaremos a cabo nuestro trabajo. Este será contenidamente crítico con la idea convencional sobre la determinación mediática de la

opinión pública sin llegar a negar en ningún momento su limitada influencia. Resulta trivial referir la heurística positiva que existe por el hecho de indagar el concepto de Opinión Pública a partir de sus antecedentes teóricos y también referir la heurística de la que parte la elaboración de un método que considere otras causas estructurales de la opinión distintas de la actualidad.

Cabe objetar, y esta es una objeción perfectamente razonable y muy bien ajustada, que la amplitud del trabajo que conlleva una tesis nunca puede constituirse por sí solo en todo un programa de investigación. Los programas de investigación a los que se refiere Lakatos son, sin duda alguna, mucho más extensos y normalmente producen una cantidad ingente de hipótesis e investigaciones específicas en torno a su núcleo. En tal sentido la pretensión de constituir en todo un programa de investigación a un solo trabajo, aunque este sea de carácter eminentemente teórico-doctrinal e inductivo, es excesiva y pretenciosa y, por supuesto, nosotros no la buscamos.

No obstante, a favor de nuestra adscripción al enfoque metodológico de Lakatos podemos considerar la particular apertura epistémica que presenta nuestra propuesta. Es evidente que la delimitación de nuestro objeto de investigación teórica imponiéndole cualquier acotación espaciotemporal daría lugar a una enorme carencia que haría imposible el logro de sus objetivos.

Lo cierto, como ya dijimos, es que el campo teórico de la «opinión pública» está tan disperso, fragmentado, falto de sistematicidad y escasamente desarrollado que todavía hoy es posible abarcarlo en una única tesis, más o menos amplia; ello a pesar de la relativa antigüedad de la noción de Opinión Pública cuyos orígenes son anteriores a la modernidad. Esa es nuestra mayor ventaja y es también nuestro peor inconveniente. Podríamos afirmar que la disciplina científica de la Opinión Pública todavía está en sus comienzos, que apenas si presenta un cuerpo de doctrina suficientemente completo y que por eso todavía es posible incidir en el núcleo de su programa de investigación, algo que según Lakatos resultaría muy difícil que sucediera con los programas de investigación consolidados –a salvo de los periodos de cambio de dichos programas–.

También es por ello que apelamos a la formulación de Lakatos acerca del pluralismo como medio para limitar, cuando no impedir, el dogmatismo y el anquilosamiento de la ciencia. Esta formulación, a la que terminará por sumarse Feyerabend en su deriva desde el popperismo hacia la negación de la ortodoxia empirista para lograr una ciencia libre y desprejuiciada, es también hacia la que se orienta preferentemente nuestra labor.

### **2.1.2. Estructural-funcionalismo**

Para concluir con las adscripciones metodológicas y su contexto, dado que la Opinión Pública debe ser considerada como una «institución social» de gran raigambre a partir de la modernidad, a partir del desarrollo de los «mass-media» y a partir de la formulación del Estado democrático liberal, a nosotros nos resultará tan procedente como oportuno no perder de vista el importante papel que esta institución desempeña para los enfoques metodológicos del Funcionalismo y del Estructuralismo. Por eso también trataremos de darle encaje a nuestra tarea en tales perspectivas dentro de las investigaciones sociales.

Sobre la naturaleza institucional de la opinión pública apenas deberíamos tener dudas a la luz de los múltiples autores citados en la introducción que la refieren –Sauvy, Monzón, Noelle-Neumann, Sotelo Enríquez, Jünger Habermas, Ortega y Gasset, Roiz,... –, una

interminable lista a la que debemos añadir de manera significativa a Merleau-Montani, quien en sus *Sociología de las relaciones internacionales* considera, efectivamente, a la «opinión pública internacional» como un importante y cada vez más influyente actor junto a los demás que él identifica en la escena internacional: los Estados, las OIG, Las ONG y las transnacionales, (Merle, 2003, pássim).

Pero si aún tuviéramos dudas acerca de esto, entonces nos bastaría con tomar la misma definición de las instituciones sociales entendidas de la manera que propuso Émile Durkheim: “Es **hecho social** toda manera de hacer, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o también, que es general dentro de la extensión de una sociedad dada a la vez que tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales.” (Durkheim, 1986, 42). Unas páginas antes, “En efecto se puede llamar *Institución*, sin desnaturalizar el sentido de esta palabra, a todas las creencias y a todos los modos de conducta instituidos por la colectividad.” (op. cit. 29)

Resumiendo, nos referimos a aquellas formas de organización humanas, reales o formales, que tienen vida propia con independencia de quienes las integran. Por eso resulta tan fácil de entender que esa es justo la misma naturaleza que posee la Opinión Pública. Con todo, resulta que a nuestros efectos esta formulación institucional es imprescindible. Ya fundamentábamos en la introducción que se trataba de un punto de partida para desarrollar nuestro trabajo: el de la dimensión «político-institucional» de la opinión.

Derivándolo del mismo concepto institucional de Durkheim, Escotado nos ofrece la siguiente definición del ideal funcionalista:

Un sistema social es un sistema en el que las partes tienen unas funciones que son esenciales para la persistencia, la extensión y el fortalecimiento del todo, y por eso son interdependientes y están integradas de una forma más o menos perfecta.

(Escotado 1989, 498)

Ya que el procedimiento para la obtención de conocimiento social de esta corriente se basa en «[...] aislar el acontecimiento [hecho] social objeto del estudio, y exponer de manera total y completa todos sus lazos y dependencias respecto del sistema social» (*Ibidem*), nuestra intención de estudiar las relaciones entre la opinión pública y otra concepción, la ideología, que también presenta el aspecto de una institución social, y el mismo hecho de hacerlo justamente en auxilio de la legitimidad institucional del Gobierno político, son claramente indicativos de nuestra disposición para la contribución a la estabilidad y la reproducción sistémica en la medida de sus posibilidades reales. Ello con total independencia de que nosotros no veamos ventaja alguna en forzar artificialmente el mantenimiento del status quo político-institucional más allá de ciertos límites razonables.

Sobra decir que este estudio de las instituciones nos conduce precisamente a la determinación de sus funciones. Tal es así que el mismo concepto que en su momento proponemos, tanto sobre la Información, como de la Opinión Pública se limitará justo a eso, a la identificación y asignación de su función social dentro del entramado institucional. Pero además es que la ideología también puede ser tomada bajo este mismo punto de vista. Así, todas estas regularidades sociales pueden ser consideradas como subsistemas institucionales encajados en la teoría estructural-funcionalista.

En esta misma dirección, tan sólo tenemos que hacer extensiva las nociones del funcionalismo al concepto de estructura para abarcar a toda la moderna corriente sociológica Estructural-funcionalista:

Podemos definir «estructura» como una ordenación determinada de elementos, como esquema, que permanece fijo aunque los elementos concretos varíen. Y veíamos que cada elemento no se definía por sus características, sino por sus relaciones: no es él lo que importa, sino su posición y su modo de comportarse.

(Escohotado 1989, 502)

Como ya explicábamos, la aplicación de este esquema al estudio de las relaciones de interdependencia entre las instituciones anteriormente citadas, procurando previamente llevar a cabo un estudio aislado y específico de cada una de ellas, da perfecta cuenta del carácter Estructural-funcional de nuestra investigación.

De este modo es como pensamos que respondemos a las preocupaciones del mismo Robert K. Merton, uno de los padres del funcionalismo, cuando se refiere a los tres aliados de los que precisa el análisis funcional: la teoría, el método y los datos (Merton 1964, p. 92). En cualquier caso queremos dejar perfectamente sentado que, como sostiene el propio Merton, “el análisis funcional, lo mismo que la dialéctica, no implica *necesariamente* un compromiso ideológico específico” (1964, p. 116). Nosotros nos atrevemos a observar que tampoco es necesario carecer de cualquier compromiso ideológico.

Finalmente, también nos resulta pertinente para la correcta adscripción a estas corrientes sociológicas la consideración de sus dos categorías: la «Sociología del conocimiento» y las «Comunicaciones para las Masas». En la preocupación de Merton por la investigación que se interesa por el juego recíproco entre estructura social y comunicaciones, atribuye a la Sociología del Conocimiento un origen netamente europeo y al estudio de las Comunicaciones para las Masas un origen americano.

La Sociología del Conocimiento “pertenece en su mayor parte al campo de los teóricos globales, en que la amplitud e importancia del problema justifica la dedicación a él”. Los estudios de las Comunicaciones para las Masas “se encuentran con mayor frecuencia en el campo contrario de los empiristas[...] Aquí se dio mayor importancia a la recolección de datos relativos al asunto general” (1964, p. 524). Para Merton la comparación de ambas tiene “otro objetivo más: el propugnar la unificación de los campos de investigación social relacionados entre sí, en busca de la feliz combinación de los dos que posea las virtudes científicas de ambos” (*ibidem*). Es manifiesto que nuestro propósito solo aborda el problema teórico global de la opinión pública. Queda pendiente la investigación empírica para el propósito unificador de ambos campos de investigación como pretende Merton.

### 2.1.3. Teoría crítica

Llegados a este punto, entendemos que cualquiera podría sacar la conclusión equivocada de que nuestra labor queda claramente enmarcada en el positivismo estructural-funcional por estas últimas consideraciones. Pero esto es cierto sólo en parte.

Al inicio de este apartado dejamos constancia del riesgo de un uso sesgado e instrumental de los resultados de este trabajo. Efectivamente, el empleo de nuestras eventuales aportaciones, sobre todo en lo que se refiere a la implementación de posibles técnicas para

mejorar la eficacia de la comunicación institucional, queda expuesta a la moralidad de quienes conozcan sus posibles ventajas y utilidades y se puedan valer de ellas.

Como no podía ser de otra manera para cualquier investigador preocupado socialmente, nosotros confiamos en que los posibles resultados de este trabajo no sean puestos al servicio de fines antisociales, pero en este sentido no podemos hacer nada para prevenir que esto suceda, salvo el abstenernos de conducirlo hasta sus objetivos finales. Dado que en teoría esto último supondría privar a la sociedad y a sus instituciones de un posible medio para favorecer y mejorar la comunicación social e institucional, nosotros no renunciaremos a priori a su realización. La valoración sobre las ventajas e inconvenientes que reportan la ciencia y su método a la humanidad quedaron debidamente relativizados justo al comienzo de este capítulo. Allí, nuestra posición al respecto de este debate aparece meridianamente fijada y alineada con los supuestos ético-rationales de la Escuela de Frankfurt.

Así pues, nosotros dejamos constancia de nuestra preocupación porque cualquier ajena «racionalidad instrumental» desconozca nuestra intención en no contribuir a cualquier causa opuesta a la condición humana.

Con esto queremos significar que nosotros estamos muy lejos de desviarnos en nuestra intención por comprender a la sociedad en su totalidad y que, antes que contribuir a una función de conservación del orden social preexistente para el que también podría servir, lo que pretendemos con nuestro trabajo es justamente favorecer el cuestionamiento crítico en del statu quo en pos de un proyecto social auténticamente emancipador.

Suscribimos la sentencia de Herbert Marcuse:

Los fines específicos de la *teoría crítica* son la organización de la vida en la que el destino de los individuos dependa no del azar y de la ciega necesidad de incontroladas relaciones económicas, sino de la programada realización de las posibilidades humanas.

(Marcuse 1936, 29)

Somos, por definirmos de alguna manera, «críticos de la comunicación social». Esta declaración de principios nos debe alejar de manera tajante de la práctica de una inexistente ciencia desideologizada y pretendidamente neutra. En el curso de la introducción referíamos a la ideología y a quienes se consideran capaces de sustraerse a ella. Como sostuvimos entonces, de ninguna manera nosotros pensamos que eso sea posible por la misma naturaleza de esa institución, la ideología, a la que justamente pretendemos someter a un riguroso escrutinio a lo largo de nuestro trabajo.

En este mismo sentido, la inclusión de la crítica de la «industria cultural» que realizaron Horkheimer y Adorno nos resultará clave en esta reflexión precisamente porque pensamos que es el principal medio de reproducción ideológica que alimenta a la Opinión Pública en las sociedades modernas.

Recordemos, además, que nos propusimos, desde un principio de este contexto metodológico, no excluirnos de ninguna de las grandes corrientes metodológicas. Por desconcertante que eso pueda parecer después de exponer las polémicas y enfrentamientos que se generaron en torno a los métodos «dialécticos» preconizados por la Escuela de

Frankfurt frente a los «neopositivistas», nosotros no hemos renunciado en ningún momento para que nuestra reflexión pueda ser incluida en alguna medida en cualquiera de esos paradigmas metodológicos porque de hecho se valdrá de los métodos y procedimientos de ambos, sin renunciar en absoluto a ninguna crítica general a las industrializadas sociedades capitalistas modernas como tendremos ocasión de comprobar.

Para finalizar, una prueba definitiva de la inclusión de nuestra labor en este último paradigma consiste en que una parte muy importante de ella seguirá cierta máxima de Horkheimer que, sacada de su contexto, reza literalmente de la siguiente manera:

[...]porque la verdad se forma en una evolución de ideas que se transforman y luchan entre sí. El pensamiento permanece en gran parte fiel a sí mismo en tanto en cuanto está dispuesto a contradecirse, conservando a la vez —como momentos inmanentes de verdad— el recuerdo de procesos a los que debe su propia existencia.

(Horkheimer 2002, 93)

Con carácter general, toda la indagación que desarrollamos en los Antecedentes se atiene a lo significado literalmente por esta breve sentencia.

## **2.2. Fases para el desarrollo del trabajo de investigación: Investigación cualitativa de fuentes / estudio de la literatura crítica.**

### **2.2.1. La indagación teórica de fuentes como método conceptual para determinar un concepto operativo de información y de opinión pública**

La parte más relevante de nuestra investigación se debe centrar en la meta de lograr el concepto operativo y el método de análisis de la opinión pública. En un principio, al tratarse de una indagación teórica cuyo objetivo ha de ser el de dar fundamento y consistencia al concepto propuesto, consideramos imprescindible remitirnos a sus mismos orígenes para poder rastrear la tendencia conceptual que subyace a todo ese proceso de surgimiento de la institución de la Opinión Pública. De este modo, el resultado será una consecuencia de lo que los diferentes autores han ido precisando sobre dicha institución, al mismo tiempo que también lo podamos derivar del concepto de información a cuya institución aparece estrechamente ligado a partir de la modernidad.

Por esto último, previamente al concepto de opinión, tal y como anticipábamos en la exposición de los objetivos en el curso de la introducción al presente trabajo, tenemos que establecer un concepto de información que vincule su función de ofrecer la actualidad con el mismo proceso de formación de la Opinión Pública, puesto que ellos son los que reseñan aquellos acontecimientos que son más relevantes para el público en general. También en la exposición de los objetivos veíamos que llegaremos a tal concepto de Información demostrándolo a través de cuatro desarrollos argumentales ordenados de la siguiente manera: una línea filosófica y epistemológica, la evolución de las teorías mediológicas, la historia de los medios de comunicación y la discusión deontológica en la información que concluiremos con un análisis de los efectos y consecuencias deontológicas de la información de naturaleza política en los medios de comunicación españoles.

Dado que cada desarrollo contendrá su propia conclusión acerca de los medios y de su función, estas cuatro líneas argumentales nos deben conducir hacia una síntesis de lo que

son los medios de comunicación de masas y de cuál es su verdadera función institucional y sistémica. También vimos que la amplitud de un enfoque que nos pueda resultar adecuado a este objetivo nos exigirá realizar la selección de la bibliografía pertinente para lograrlo. Recordemos que ésta será específica en el caso de la evolución de las teorías mediológicas; su evolución histórica nos habrá de llevar a las distintas tradiciones de la teoría y de las investigaciones mediológicas, para lo que tomaremos como texto guía el libro de Mauro Wolf *La investigación de la comunicación de masas, crítica y perspectivas*. Finalmente veíamos que las restantes líneas de argumentación orientadas hacia el concepto de Información tomarán en consideración una bibliografía forzosamente más amplia e inespecífica.

Pero no descuidemos el verdadero objetivo que nos hemos propuesto, el estudiar desde su génesis histórica la institución de la opinión pública. Para eso procuraremos guardar un escrupuloso respeto a la cronología de los hechos, las personas y las circunstancias que hayan tenido que ver con ella. De esta manera, el apartado de los antecedentes cobra una gran importancia y extensión que encuentran plena justificación en este objetivo. El concepto de opinión pública ha de resultar al mismo tiempo como síntesis y como conclusión de dicha indagación teórica tras rastrearlo a lo largo de su historia, procurando además que finalmente se adecue a los dos rasgos más sobresalientes que lo caracterizan. Por un lado el más relevante que como vimos ha sido referido por una mayoría de los autores: su dimensión «político-institucional». Por el otro, su relación funcional con los medios de comunicación de masas. Dada la relevancia que tiene la información en su papel de activar y de adecuar a la opinión pública a los acontecimientos de actualidad, por eso además tendremos que realizar aquel otro detenido estudio sobre la institución informativa. Así pues, esta última indagación sobre los medios de comunicación de masas, sobre sus orígenes y sobre su evolución, también ha de concluir con un concepto del que, a su vez, podamos derivar el de Opinión Pública.

Por lo pronto, en la indagación que previamente realizaremos sobre la historia de Opinión Pública repasaremos la literatura más relevante sobre la cuestión dentro del referido apartado de los antecedentes. Nos dedicaremos al estudio crítico de las obras consideradas más significadas, como el trabajo de Habermas: *Historia y crítica de la Opinión Pública, la transformación estructural de la vida pública*, y en la labor que realiza Noelle-Neumann en su obra *La espiral del silencio, Opinión pública: nuestra piel social* para rastrear sus orígenes. Si bien ambos serán textos de referencia para repasar la génesis del concepto, no soslayaremos aquellas obras de otros autores que se refirieron de una u otra manera el fenómeno de la opinión y que configuran la vasta bibliografía secundaria.

### **2.2.2. La exposición estructurada y cronológica de los presupuestos teóricos**

A partir de los resultados de este último trabajo y del concepto de Opinión Pública que pretendemos derivar de él, abordaremos una segunda tarea: la determinación de un método específico para el análisis y conocimiento de la opinión pública. Dicho método pretende atribuir sus significados a la opinión en su proceso de formación mediante determinados criterios. Como ya explicamos, tales criterios resultarán del estudio de otra causa alternativa que da fundamento al proceso de formación de la opinión pública y la determina con mayor precisión que la mera actualidad: la ideología.

Tal y como venimos insistiendo en la idea, dado que lo que nos proponemos es elaborar un nuevo método, por fuerza nuestro apartado de metodología se debe alejar del contenido de uno semejante en la mayoría de los trabajos de investigación empírica, normalmente

consistentes en un proceso deductivo. Nosotros no realizaremos una investigación cuantitativa en otros proyectos de investigación.

Alternativamente llevaremos a cabo una labor de naturaleza inductiva y buscaremos una nueva manera de poder realizar nuevas investigaciones empíricas de naturaleza deductiva. Por consiguiente, no podemos ofrecer el diseño de un procedimiento basado en una metodología ya conocida de antemano. En su lugar, nuestra labor consistirá en demostrar que el método propuesto debe servir para el propósito específico de atribuir significado a los procesos de formación de la opinión pública. Esta demostración debe inferirse de la coincidencia de significado que presentan el concepto de Opinión Pública con el de Ideología como una causa y una alternativa de la información de actualidad.

Abundando en la cuestión, para lograr llegar hasta este último extremo, previamente hemos de precisar de una manera relativamente exhaustiva a la ideología como aquella causa alternativa de la Opinión Pública a la Información de actualidad. Así, otro nuevo desarrollo teórico conceptual nos situará ante la noción de ideología que seguiremos desde sus mismos orígenes históricos. Una vez más trabajaremos a partir de otra bibliografía específica que preferentemente tomará como guía y referencia al texto de Terry Eagleton, *Ideología, una introducción*, pero que también reparará en mucha bibliografía secundaria de la que reseñamos al texto de Habermas, *Teoría de la acción comunicativa* y a la obra de Karl Marx. Nuevamente el propósito será obtener un concepto, ahora el de Ideología, resultado también de la síntesis de la evolución del concepto y de los diferentes significados que ha cobrado para los diferentes autores que lo refieren.

Con este procedimiento de ir concretando cada una de las partes institucionales: la Información, la Opinión Pública y la Ideología, ya apuntamos que nos adscribíamos al paradigma estructural-funcionalista porque de ordinario este lleva a cabo una segregación de las partes que integran un sistema, las estudia aisladamente y concluye determinando las interrelaciones entre ellas. Así, además de la relación basada en el efecto más o menos limitado y determinante como activador de la Información de actualidad sobre la Opinión Pública, también tendremos que averiguar cuál puede ser el efecto que tiene sobre ella la Ideología.

Lógicamente, antes de poder proceder de esta manera tendremos que refutar a las corrientes del pensamiento sociológico y filosófico que ponen en cuestión la pervivencia y eficacia institucional de la Ideología. Para ello, una vez obtenido el concepto de ideología a partir de la indagación de su significado, nos centraremos en la pertinente crítica hacia aquellos autores que lo cuestionan. Recordemos que el más significado de todos ellos fue el sociólogo Daniel Bell en su obra *El final de la ideología*, aunque comprobaremos que no fue el único. Dada la importancia que, como veremos, poseen las ideologías como medio de legitimación del poder político, también habrá ocasión para comprender mejor una probable causa en la crisis de legitimidad ideológica que presentan los sistemas liberales formalmente democráticos, de tanto arraigo entre los países occidentales.

Dado que no pretendemos aportar nada novedoso en relación a la ideología que no sea un concepto ajustado y útil para analizar y para poder afectar a la opinión pública, nos limitaremos a desarrollarlo con la suficiente extensión y profundidad para delimitar con la claridad necesaria su objeto de conocimiento. Al igual que hacemos con el concepto de Opinión Pública, insistimos en que repasaremos la literatura más relevante para poder caracterizar eficientemente a la Ideología. No obstante, el no llegar a desarrollarla en todo

su alcance no presupone que no busquemos sus causas más profundas, ya que a estas causas las necesitaremos para encontrar elementos comunes entre ella y la opinión.

### **2.2.3. Interdependencia y determinación de la coincidencia semántica de significado**

Una vez hayamos desarrollado y definido nuestro enfoque teórico, la Ideología, argumentaremos la procedencia de su empleo para la elaboración de nuestra metodología en relación al concepto que ofreceremos de opinión pública. Es decir, buscaremos y expondremos todos los aspectos comunes que presenta el enfoque teórico propuesto, como causa alternativa a la información de actualidad, con nuestro propio concepto de Opinión Pública para poder demostrar su naturaleza común e interdependiente. A esto lo llamamos «la determinación de la profundidad y el alcance de la intersección semántica de significado entre los enfoques elegidos y el concepto de opinión pública». Lógicamente, esta fase habrá de ser la que se derive del estudio aislado de la institución ideológica. Durante su transcurso determinaremos la inter-dependencia y las relaciones entre ella y la Opinión Pública ajustándonos así al paradigma metodológico estructural-funcional.

### **2.2.4. El nuevo método, como adecuación del precedente**

Concluida esa fase en la que deberán quedar fijadas las relaciones e interdependencia entre las instituciones que estudiamos, partiremos directamente del método ya elaborado por Teun van Dijk para el análisis y atribución de significado al discurso ideológico. Mediante su conveniente reelaboración y adecuación al objeto de conocimiento específico de la Opinión Pública elaboraremos un método particular para el análisis y atribución de significado a la opinión pública en su proceso de formación.

### **2.2.5. Posibilidades de aplicación del nuevo método distintas del análisis de la Opinión Pública**

Por otro lado, pensamos que dicho método nos permitirá influir en la Opinión Pública de una manera más o menos eficaz mediante el diseño de técnicas y estrategias comunicativas obtenidas a partir del conocimiento que nos proporcionará una mejor comprensión de las dinámicas ideológicas en su relación con la opinión. Nos proponemos ofrecer algún ejemplo, si bien no pretendemos otra cosa que dar algunas orientaciones para acotar y delimitar el ya de por sí amplio ámbito de nuestra investigación y dejar expedito el campo de pruebas para a quien lo quiera explorar.

En todo caso, la renuncia a indagar con mayor profundidad el campo de estas aplicaciones encuentra además su justificación en la dificultad que presentará el estudio de cada sociedad y cada cultura específica como requisito previo para caracterizar el mapa ideológico que ellas hayan construido para denotar y atribuir el propio significado a su realidad institucional. Una cosa es disponer del método para poder correlacionar aspectos ideológicos específicos de su cultura, de su organización institucional y de su influencia en la opinión; otra cosa bien distinta es el acceso completo a ese conociendo específico de su realidad socio-cultural que nos permita valernos de dicho método para analizar el proceso de la formación total de su opinión pública. A esto es lo nosotros llamamos la elaboración de la «imagen ideológica de la sociedad».



**Parte II**

**Antecedentes**



## 3. En los inicios de la opinión pública

### 3.1. La prehistoria de la opinión

Como ya expusimos en la introducción, los orígenes del concepto son difusos, pero la existencia del fenómeno es ancestral, pues es fácil razonar la dificultad con la que tropezamos para concebir cualquier organización social sin que opere alguna forma de coacción; ya sea normativa, ya sea consensuada por las normas, los usos y las costumbres, o ya sea por la mera imposición violenta de alguna voluntad o voluntades. Desde que existe el poder, un fenómeno indisolublemente ligado a toda forma organización social humana, existe lo que, reproduciendo aquella cita en la introducción, Moznón nos describe con gran acierto:

Entendida en un sentido amplio y referido al hecho en sí, fenómenos de opinión pública se han dado siempre, porque:

- La historia nos muestra desde sus orígenes la existencia de grupos, comunidades, sociedades y pueblos, cuyos miembros mantienen relaciones entre sí (relaciones horizontales)
- En toda comunidad siempre ha existido algún tipo de autoridad que se impone, se acepta o dirige a la población (relaciones verticales)
- Entre gobernantes y gobernados, incluso en los regímenes más autoritarios, se detecta algún tipo de comunicación (comunicación política) [...]
- Finalmente, siempre ha existido la posibilidad, aun cuando en algunas sociedades haya sido pobre o ejercida por una minoría, de contestación y participación del pueblo en los asuntos políticos.

(Moznón 2009, 59,60)

Es pues inconcebible el ejercicio de ningún poder que no se encuentre bajo el juicio de sus sometidos de manera explícita o implícita. Recurriendo al concepto de Max Weber, nadie ha podido, ni puede, obtener obediencia de los demás, sea por la imposición violenta de la voluntad del poderoso o por la cesión de la voluntad del sometido –autoridad–, sin ser juzgado por ello. Pero todavía habrá de resultar que esta concepción de la opinión que se anticipa a la más generalizada en la actualidad, la del juicio crítico del poder político, se hace más imprescindible aun en la medida en que el poder quiere convertirse en autoridad, en poder consentido. Entonces solo es posible sustentar el poder sobre la valoración positiva de su ejercicio. De ahí la importancia del concepto y del hecho mismo de la opinión pública.

No quisiéramos ignorar aquí la concepción del poder más extensa y pormenorizada que nos propone Foucault en *Microfísica del poder* ligada al efecto de las palabras y de los discursos creados por ellas, clave para el engañoso ejercicio de la autoridad y de otras formas de poder. Por eso acotamos la noción de poder al poder político, sin perder de vista la actitud crítica frente a cualquier forma de poder como algo contrario a la libertad, por legítimo, racional o habitual que se nos quiera presentar. De ahí también una buena parte de nuestra insistencia en considerar la dimensión político-institucional de la opinión.

Volviendo a nuestro propósito de indagar en la génesis del fenómeno de la opinión, si tomamos a las organizaciones tribales en la actualidad como modelos más o menos fiables de las originarias tribus en las que organizaron su vida social nuestros ancestros, la antropología nos tiene que ofrecer claves para comprender como operaba la opinión pública en los primeros estadios de la sociedad humana. Noelle-Neumann nos revela, a través del trabajo de algunos significados antropólogos a los que cita, particularmente de Margaret Mead, claras evidencias de ello:

Margaret Mead basa la utilidad de investigar lo opinión pública entre los pueblos primitivos en la posibilidad de estudiar allí, de una manera puramente cultural, la que en las sociedades modernas se tornado confuso. Podemos distinguir los procedimientos de los arapesh, los iatmul y los balineses por el grado en que el individuo puede o debe participar en el logro y en el planteamiento del consenso. Entre los arapesh, el individuo tiene que prestar una gran atención, porque las reglas son fluidas y lo correcto hoy puede ser incorrecto mañana, y uno puede encontrarse rápidamente desahuciado. En el sistema iatmul, el individuo sigue siendo importante como parte de uno de los dos bandos. En entre los balineses, para los que la mayor parte de las reglas se han vuelto rígidas, los individuos pueden carecer de toda influencia. La gran sensibilidad que desarrollan los arapesh contrasta con el completo fatalismo de los balineses. En este último caso, el órgano cuasiestadístico que permite evaluar el entrono debe atrofiarse.

(Noelle-Neumann 1995, 143)

Esta completa cita, aunque Noelle-Neumann la utiliza para dar verosimilitud a su hipótesis sobre la exclusión de unas opiniones y la prevalencia de sus contrarias fundada en la psicología, en cambio nosotros la queremos referir con la pretensión de caracterizar con más precisión a la evolución originaria del fenómeno de la opinión.

Si consideramos a cada una de estos modelos tribales, los arapesh, los iatmul y los balineses, como etapas en la organización social con un grado de institucionalización diferente y progresivo, podremos apreciar cómo, incluso antes de que la normalización se llegue producir como instancia de poder, ya operaba el fenómeno de la opinión pública. Esto es así por las necesidades que impone el mero mantenimiento de la integración y continuidad del grupo social. Basta simplemente con que, implícita o explícitamente, exista algún tipo de instancia que imponga sus exigencias a los individuos, aunque ésta todavía no se haya convertido en normas estables y aceptadas por todo el grupo, para que ya opere la opinión pública a modo de poder.

En el caso de los arapesh, Noelle-Neumann nos concreta la validez de su hipótesis en la evidencia de que existen los ingredientes necesarios para generar la dinámica de sustitución de unas opiniones por otras: la controversia, los dos bandos, el intento de actuar evitando

el aislamiento, la emoción que produce el saber que se está en lo cierto (op. cit. 140). La instancia de dominación sería la propia opinión pública sin mediaciones.

En el caso de los balineses, nosotros apreciamos que son las normas las que determinan de antemano la existencia, a modo de juicio, de la disposición a aceptarlas o no, o también la existencia del simple juicio y sanción a quien las incumple. La cuestión es que siempre aparece presente el fenómeno de la opinión como medio, más o menos coactivo, para la resolución de los conflictos dentro del grupo social para garantizar su integración y continuidad.

Explicar en este punto la importancia de la división del trabajo y la cooperación como estrategias de supervivencia y adaptación humana al medio es seguramente innecesario, pero para nosotros es éste y no otro el fundamento de las sociedades humanas. Las formas más o menos conscientes o inconscientes, espontáneas o automáticas, racionales o emocionales en las que se produce la integración social no serán objeto de nuestro trabajo si no guardan relación directa con la opinión.

A partir de estas consideraciones, no está por demás que tratemos de fijar nuestra atención en algunos importantes hitos de la historia humana para rastrear el fenómeno de la opinión. En tal sentido, la investigación arqueológica aporta importantes evidencias que sitúan la aparición de las primeras grandes civilizaciones agrícolas en las fértiles llanuras aluviales de grandes ríos entre Asia y el norte de África, como el Indo, el Río Amarillo, el Tigris, el Éufrates y el Nilo.

Fue la mejora y la organización de las técnicas de riego y explotación agrícolas la que hizo posible la producción de los excedentes alimentarios que permitieron una cierta civilización urbana, una estructura social y las primeras instituciones políticas de gobierno. «Por lo tanto, no es por casualidad que la escritura, una de las más importantes extensiones del hombre, haya sido desarrollada alrededor del año 3100 a.C. simultáneamente con el excedente agrícola en el valle del Tigris y el Éufrates.» (Sabine 2000, 24).

Como consecuencia de ello, esa misma civilización será, hacia el 1700 a.C., la que produzca el primer conjunto de leyes escritas cuando Babilonia se encontraba bajo la hegemonía del bárbaro amonita Hammurabi. En realidad, esta forma primigenia de protoestado fue el resultado de un cruento proceso de conquista y dominación que caracterizó de manera determinante su propia organización normativa en una forma tiránica. A su vez, ésta también será la precursora de otras formas de gobierno posteriores mucho más atentas a la opinión. En todo caso, no debemos olvidar que la opinión operaba como fenómeno asociado a esa misma forma de dominación que ya contaba con sus leyes escritas, ya sea para sancionarla o para reprobarla.

### **3.2. La opinión para la civilización griega**

El siguiente paso de relevancia para nuestra indagación nos conduce directamente a ese legado cultural-institucional con el que concluíamos el apartado anterior, pero bastante más evolucionado. La civilización griega se asentó en las ciudades-estado, las polis, aproximadamente en el siglo V a C:

[...] la *polis* interpuso una barrera entre sus miembros y los caprichos de la naturaleza, controló estrictamente los impulsos arbitrarios del magistrado y el gobernante y, a través del entrenamiento militar, tuvo éxito en la reducción de los

riesgos de la guerra a un mínimo. El ciudadano de tal ciudad era libre de estar sujeto a la voluntad ajena hasta donde es posible; sin embargo, su vida estaba regida rigurosamente por la ley.

(McNeil 1963, 215)

La descripción de McNeil señala los importantes progresos en la organización política de la polis, punto de partida para que la noción de opinión comience a cobrar cuerpo en la cosmovisión humana. Es fácil apreciar el efecto que tuvo la opinión a modo de mecanismo para limitar los atributos del poder político heredados de la tiranía como forma de gobierno. El sometimiento al derecho fue así la contrapartida que la propia opinión concedió a cambio de la liberación de los ciudadanos respecto del poder político. Sabine concreta aún más estos logros institucionales y sus consecuencias:

La mayor parte de los ideales políticos modernos –como, por ejemplo, la justicia, la libertad, el régimen constitucional y el respeto al derecho– o, al menos sus definiciones, comenzaron con la reflexión de los pensadores griegos sobre las instituciones de la ciudad-estado. [...] La ciudad-estado griega era tan diferente de las comunidades políticas actuales[...] que pintar su vida social y política requiere un no pequeño esfuerzo de imaginación. Los filósofos griegos reflexionaron sobre prácticas políticas muy diferentes de cualesquiera que hayan prevalecido de modo general en el mundo moderno y todo el clima de opinión en el que realizaron su trabajo era diferente al nuestro. [...] y el aparato ético con el que se valoraba y criticaba la vida política difería mucho del que hoy prevalece.

(Sabine 2000, 31)

A nuestros efectos el empleo que hace Sabine de la expresión clima de opinión tan solo representa una forma expresiva al uso, a la que sin duda recurre para simplificar lo que de otra manera requeriría una explicación más extensa y, a lo peor, menos eficiente. Lo cierto es que el autor atribuye a la época de la Grecia clásica una especificidad: la existencia de un clima de opinión. Cabe la posibilidad de que no pretendiera tanto como eso. No sabemos si era consciente o no del alcance de esta manera de explicar el significado de la cultura y la sociedad griegas para esta indagación. Pero al final resulta que hace patente la existencia de la opinión en la organización institucional de la polis. Y tiene todo el sentido del mundo pensar que así fue cuando también había un « [...] aparato ético con el que se valoraba y criticaba la vida política [...] », por muy distinto que fuera del actual.

Pero Sabine no concluye ahí con su uso de la opinión como recurso expresivo. En la explicación ya más pormenorizada de la evolución del pensamiento político griego antes de Platón afirma:

El ateniense del siglo V no era muy dado a leer ni a escribir libros [...] Sin embargo, hay indicaciones claras de que durante el siglo V hubo un pensamiento y una discusión muy activos respecto de los problemas políticos, así como de que habían cristalizado ya muchas de las concepciones que encontramos más tarde en Platón y Aristóteles. No es posible descubrir el origen y desarrollo de esas ideas y lo más que cabe hacer es sugerir la atmósfera de opinión en la que pudo evolucionar la filosofía política, más explícita, del siglo siguiente. (op. cit. 44)

No merece la pena reproducir el comentario anterior, pero la conclusión sería la misma para el empleo de la expresión atmósfera de opinión.

Muy sintéticamente, durante este mismo periodo en Grecia:

[...] desde el comienzo se aplicó la idea de armonía o proporcionalidad indiferentemente como principio físico o ético concibiéndosela como una propiedad de de la naturaleza en general o como propiedad razonable de la naturaleza humana. Sin embargo, el primer desarrollo del principio se produjo en la filosofía natural[...]

(op. cit. 47)

La consecuencia de esto fue que la observación de los detalles y de la apariencia en los acontecimientos y objetos del mundo físico se empezó a explicar cómo variaciones de una sustancia subyacente que en esencia seguía siendo la misma. Con independencia de los cambios operados en la superficie y en la apariencia de las cosas, debía existir una «naturaleza» inmutable con unas propiedades y leyes que eran eternas y que podían explicar esos cambios. Esta concepción obtuvo el logro de alumbrar una primera teoría atomista aproximadamente bien formalizada por Leucipo y Demócrito.

El intento posterior de extender esta relativamente eficiente concepción desde la física hasta el hombre llevará a los griegos del siglo V a. C. a descubrir la variedad y el flujo de la costumbre como resultado de la observación humana sobre sí misma:

[...] ¿Qué cosa más natural, entonces, que tratar de encontrar en la costumbre y la convención el análogo de las apariencias transitorias y que buscar una “naturaleza” o principio permanente que permitiera reducir las apariencias a una regularidad? [...] Con tal de que pudiese encontrarse tal ley permanente, sería posible llevar la vida humana a un cierto grado de racionalidad.

(op. cit. 49)

De esta contraposición entre la naturaleza y la convención es de donde nacerá la primera noción acerca de la opinión. Como nos sigue relatando Sabine, Antifón afirmaba que toda ley es convencional y contraria a la naturaleza:

El mal que hay en infringir la ley consiste en que se conozca la infracción sabiéndose quién la comete y se basa sólo «en la opinión», pero las malas consecuencias de obrar contra los dictados de la naturaleza son inevitables. La mayor parte de lo que es justo con arreglo a la ley, es contrario a la naturaleza, y los hombres que no son egoístas pierden, por lo común, más que ganan.

(op. cit. 49)

En la cita literal aparece entrecomillada la expresión «en la opinión». No sabemos si es posible atribuírsela directamente a Antifón, pero no cabe la menor duda del efecto que produce el conocimiento de la infracción, se supone que más o menos público, sobre quién la comete. Efectivamente, asociada a la fuerza de la ley aparece la consideración (pública) de quién la infringe. Los ideales que los atenienses desarrollaron en su filosofía política, como el de justicia y rectitud, diferenciaban claramente entre la propensión «natural» de los hombres al egoísmo antisocial y la necesidad de limitarla públicamente mediante la ley para lograr mantener el funcionamiento regular de las instituciones de la polis.

Una reacción radical a favor de estos ideales será la de Sócrates, quién a partir de su convicción de que el conocimiento es virtud y la virtud conocimiento, desde entonces dará origen a la inacabable búsqueda de una ética racional. Para él, si es posible definir los conceptos éticos, es posible también su aplicación científica a casos específicos, y entonces puede usarse esta ciencia para producir y mantener una sociedad de excelencia demostrable (op. cit. pp.52, 53).

La evolución de todos estos ideales políticos acabará por encontrar su continuidad en el discípulo más aventajado de este último. Siempre cabe suponer si no fue que el triste final de un hombre de la rectitud e integridad de Sócrates condujo a Platón a hacer su célebre distinción entre doxa y episteme, aunque sólo fuera presentada como una consecuencia de su teoría sobre las ideas y el conocimiento.

### 3.2.1. La «doxa», según Platón.

Como anticipamos en la introducción, Noelle-Neumann realiza una exhaustiva búsqueda de la idea de opinión pública, tanto rastreando el empleo de la expresión, como localizando textos completos que contengan total o parcialmente su particular idea de lo que es ésta. Para dar una idea de la magnitud del trabajo realizado:

En el Instituto de la Universidad de Maguncia diseñamos el cuestionario sobre libros en lugar personas[...] Durante años hemos utilizado este cuestionario en seminarios realizados en Maguncia para estudiar a unos cuatrocientos autores con el objeto de descubrir todo lo que pudiéramos sobre la opinión pública.

(Noelle-Neumann 1995, 240)

Tal cuestionario aparece reproducido en el apéndice de su libro. Entre los incontables hallazgos que refiere se encuentra el de Platón que, en el *Libro IV* de *La República*, habla de la moda, un fenómeno que Noelle-Neumann considera consecuencia de la cesión del individuo a la homogeneidad del grupo por miedo al aislamiento:

Para Platón, [por boca de Sócrates] «los peinados, la ropa, el calzado que usa la gente, todo el aspecto exterior», así como la clase de música forman parte de las leyes no escritas sobre las que se funda el Estado[...] «Hay que ser especialmente cauto al acoger una nueva clase de música»[...]La novedad se infiltra disfrazada de diversión y aparentando inocuidad. Adimanto[...] desarrolla el tema

(Noelle-Neumann 1995, 156)

Efectivamente, en el *Libro IV* de *La República*:

En efecto, en un principio no hace más que insinuarse poco a poco y deslizarse suavemente en los hábitos y en las costumbres. Después sigue aumentándose, y se introduce en las relaciones que tienen entre sí los miembros de la sociedad. Y desde aquí avanza hasta las leyes y principios de gobierno, que ataca, mi querido Sócrates, con la mayor insolencia: concluyendo por producir la ruina del estado y de los particulares.

(Platón 1994, 140)

Para nosotros resulta evidente que la preocupación de Platón con la opinión va más allá de la mera idea pscosociológica de Noelle-Neumann sobre el miedo al aislamiento. Además de esto, lo que hace Platón es exponer su temor al efecto que la novedad musical puede llegar a producir en el Estado. Platón, que como es habitual en él en su texto se vale del diálogo entre su maestro Sócrates y Adimanto (en este caso), trata de exponer su ideal del Estado en su obra. Particularmente, en el párrafo seleccionado, se muestra preocupado por los efectos que pueda llegar a tener la opinión sobre la preservación del estado. Entiéndase que la música para la época incluía el estudio e interpretación de las obras maestras de la poesía, junto con cantar y tocar la lira. Por eso era vista por Platón como una clave para la correcta educación del alma. (Sabine, 2000,72)

Para explicar a grandes rasgos su pensamiento, Platón hereda la tesis de que el bien no es más que un problema de conocimiento a partir de la consideración de su maestro sobre la identificación entre la virtud y el saber. A su vez, esta convicción de ambos procede de la anterior distinción entre naturaleza y convención como manifestaciones de la observación humana sobre sí misma y no sólo sobre el mundo físico. El problema seguía siendo el de encontrar esa «naturaleza» o principio permanente que permitiera reducir las apariencias de lo humano (las convenciones) a una regularidad ahora consistente en la realización del bien. El bien existe objetivamente; captar ese bien es el verdadero problema del conocimiento. Lo que el hombre quiere depende de lo que ve en el bien, no depende del mero deseo. Por eso el hombre que conoce debe tener un poder decisivo en el gobierno. Este hombre ya es virtuoso por el hecho de saber.

Recordemos que Antifón consideraba como opinión a las convenciones. Así pues, el intento de revelar los principios eternos de naturaleza, física o humana, solo puede proceder del verdadero conocimiento. Y este conocimiento de la naturaleza –humana– tiene que serlo del bien que los hombres sabios están en condiciones de lograr como atributo de su propia virtud. Esta distinción entre el conocimiento verdadero o episteme, y la opinión (la convención) o doxa, es la que Platón, por boca de Sócrates, nos sugiere al final del *libro VI* de *La República*:

- Figurémonos, por ejemplo, una línea cortada en dos partes iguales, y cada una de estas que representan al mundo visible y al mundo inteligible, cortada a su vez en otras dos, y tendrías de un lado la parte clara y del otro la parte oscura de cada uno de ellos. Una de las secciones de la parte visible te dará las imágenes; entiendo por imágenes, en primer lugar, las sombras, y después los fantasmas representados en las aguas y sobre las superficies de los cuerpos opacos, tersos y brillantes. ¿Comprendes mi pensamiento?
- Sí.
- La otra sección te dará los objetos que estas imágenes representan, quiero decir los animales, las plantas y todas las obras de la naturaleza y del arte.
- Lo concibo.
- ¿Opinas que aplicando esta división a lo verdadero y a lo falso, resulta la proporción siguiente: lo que las apariencias son a las cosas que las representan, es la opinión al conocimiento?
- Convengo en ello.

(Platón 1994, 244)

Platón degrada así la opinión –doxa– a la mera apariencia de las cosas. En cambio, el conocimiento verdadero –episteme–, es para él las cosas mimas.

Sabine titula a un apartado del *capítulo IV.-Platón: la República* en su obra con el revelador nombre de *La incompetencia de la opinión*:

[...] Pero, a juicio de Platón, las dificultades con que tropieza la ciudad-estado no son resultado únicamente de una educación defectuosa y aun menos de deficiencias morales en sus estadistas y maestros. Son el resultado de una enfermedad de todo el cuerpo político y de la misma naturaleza humana.[...], de que existe un hombre inferior del cual debe salvarse a toda costa el hombre superior. [...] la *República* era un estudio crítico de la ciudad-estado tal como realmente existía,[...] aunque por razones especiales prefirió exponer su teoría en forma de *polis* ideal. Este ideal debía revelar aquellos principios eternos de naturaleza que las *polis* existentes trataban de desafiar.

El principal de los abusos atacados por Platón era la ignorancia e incompetencia de los políticos, que es la maldición de las democracias. [...]

[...] pero hay otro defecto que Platón veía por igual en todas las formas de gobierno existentes. Era la extrema violencia y egoísmo de las luchas de partido que podía hacer en cualquier momento que una facción prefiriese su ventaja a la del estado. [...]

Este encendido espíritu de facción y de egoísmo de partido constituía, sin duda, una de las causas principales de la relativa inestabilidad del gobierno de las ciudades-estado.

(Sabine 2000, 59-61)

Esta manera de ver a la opinión como un conocimiento de lo aparente, de lo superficial que hay en las cosas reducidas a su mero aspecto, ya es de gran importancia para atribuir su dimensión político-institucional a la opinión. Según Platón, el gobierno se debe reservar para la virtud, verdadero conocimiento frente a aquella ley que no es más que pura convención y frente a todos aquellos que tratan de usarla en su provecho a costa del estado.

Así lo expone en el comienzo del *Libro IV* de *La República*, después de que Platón, por boca de Sócrates, le haya explicado a Adimanto cómo deben ser los guardianes del estado: una casta ideal segrega de la sociedad, preparada y educada para el gobierno de la polis en el cultivo de extraordinarias virtudes humanas. Adimanto le objetará entonces:

—¿Qué responderás, Sócrates, si te objeto que tus guerreros no son muy dichosos, y esto por falta suya, pues son realmente dueños del estado, y sin embargo están privados de todas las ventajas de la sociedad, no poseyendo como los demás ni tierras, ni casas grandes bellas y bien amuebladas; no pudiendo ni sacrificar a los dioses en una habitación doméstica, ni teniendo donde recibir huéspedes, ni poseer oro y plata, y, en fin, nada de lo que, en opinión de los hombres, sirve para hacer una vida cómoda y agradable?

—Añade—le dije yo— que su sueldo sólo consiste en el alimento, y además de esto que no tienen paga como las tropas ordinarias, y por tanto que no pueden salir de los límites del estado, ni viajar, ni regalar a libertinas, ni disponer de nada a su gusto, como hacen los ricos y los que se presumen

dichosos ¿Por qué pasas en silencio estos capítulos de acusación y otros muchos semejantes?

(Platón 1994, 134)

Queda así establecido por Platón mediante la referencia explícita a la opinión –doxa– que ella es lo propio de aquellos que no están específicamente capacitados para el gobierno del estado. A los idealmente elegidos para ese cometido Platón les reserva una condición especial particularmente virtuosa de renuncia a los placeres y posesiones vulgares a la que se accede por origen y educación. De aquí a suponer que esta casta de gobernantes sabios y virtuosos debe estar en una estima superior por los demás ciudadanos de la polis apenas queda ninguna distancia. Con ello ya tenemos una primera aproximación al juicio crítico del poder ejercido por los que «opinan». Aunque, paradójicamente, es justo a este juicio al que todavía le es negado cualquier racionalidad y valor; no es precisamente la episteme de los gobernantes ideales de Platón, sólo es la doxa de los demás.

Lo que ocurrió al final fue que la experiencia demostró que el peso real de la convención, o la «doxa», sobre el gobierno, era mayor del que Platón creía. Por eso fue por lo que esta situación acabó por cambiar y adecuarse a la idea hoy más generalizada sobre la opinión. Lo hizo gracias a las nuevas aportaciones a la teoría política esbozada por el propio Platón y posteriormente reintroducidas, a su vez, por su mejor discípulo, Aristóteles.

### **3.2.2. La rehabilitación de la opinión: La importancia de la convención y las leyes para Aristóteles**

La línea seguida por Platón en *La República* produjo una teoría en la que todo se subordina al ideal del filósofo-rey, cuyo único título de autoridad se debe al hecho de que él, y sólo él, conoce lo que es bueno para los hombres y para los estados. El desarrollo de este tipo de reflexión dio por resultado la total exclusión del derecho del estado ideal[...] Esto era absolutamente contrario a las convicciones más profundas de los griegos respecto al valor moral de la libertad bajo el derecho y al de la participación de los ciudadanos en la tarea del gobierno propio.

(Sabine 2000, 76)

La propia experiencia vital de Platón, particularmente la vivida en Siracusa, le condujo una y otra vez ante la dificultad para la realización de su ideal de Estado. Reiteradamente se enfrentó, por un lado, a la imposibilidad de lograr la personalidad ideal del filósofo-rey; por otro, a la imposibilidad de que sus «súbditos» aceptaran sin resistencia su gobierno por encima de unas leyes profundamente arraigadas en los usos y en las costumbres. Esto le hizo dudar de los mismos principios en los que había basado toda su filosofía. Aunque la ley no tuviera un origen racional, y en lugar de «episteme» no fuera otra cosa más que «doxa», a la hora de la verdad se hizo imposible ignorarla como elemento esencial e imprescindible para el ejercicio eficaz del gobierno.

En el «estado» descrito por la última teoría platónica, el que se expone en su obra *Las Leyes*, la sabiduría se ha transformado en la ley, de tal modo que las leyes entonces deben ser las mejores posibles. El gobierno resultará en una mezcla del conocimiento, de la «episteme» propia del filósofo-rey y de la democracia como organización política garante de la libertad. A regañadientes, Platón acepta que no se puede prescindir de un cierto margen para el ejercicio de la libre autonomía de las personas en la organización política de la polis. No

obstante, nunca le acabó de satisfacer la limitación que la experiencia le impuso a su ideal de estado. En contra de su propia voluntad se vio obligado a emprender el estudio histórico de las instituciones políticas y sociales para terminar por dar cabida a los usos y las costumbres entre sus principios de filosofía política. Esto era claramente contradictorio con su convicción socrática de que el conocimiento del bien era la auténtica virtud que la ignorancia nunca podría alcanzar.

Aristóteles, tras participar de sus enseñanzas en La Academia, heredará este interés platónico por el estudio de las instituciones llevado a cabo desde un punto de vista histórico y no tan filosófico. Realizó investigaciones verdaderamente empíricas que dieron como resultado el corpus que en la actualidad se nos ofrece como una auténtica teoría política. Esta aparece expuesta a lo largo de los libros que integran su obra conocida con el mismo título: *Política*.

Aunque en un principio se ajustó al mismo interés de su maestro Platón por la ética como fundamento exclusivo de la política, en fecha no muy lejana a la apertura del Liceo, Aristóteles amplió el campo de investigación. Decidió que había que ir más allá de los gobiernos ideales, que había que estudiar y enseñar el arte de gobernar y organizar auténticos estados cualquiera que fuese su forma. Que había que hacerlo de manera, no solo empírica y descriptiva, también de forma independiente de toda finalidad ética. En cierto modo esta llegará a ser, en parte, una anticipación a la teleología del poder expuesta muchos siglos después por Nicolás de Maquiavelo, aunque Aristóteles nunca renunció a la realización de un estado bueno integrado a su vez por hombres buenos.

La primera premisa que le impuso esta voluntad de conocer el arte del gobierno fue la de aceptar el principio que expresaba Platón en *Las Leyes*: en todo estado bueno el soberano debe ser la ley y no ninguna persona:

El gobierno con arreglo a derecho [...] es gobierno de interés público [...] es un régimen jurídico en el sentido de que el gobierno se realiza mediante regulaciones generales y no por decretos arbitrarios, y también en el sentido más vago de que el gobierno no se burla de las costumbres y convenciones permanentes de la constitución [...] el gobierno con arreglo a derecho significa gobierno de súbditos que obedecen voluntariamente y se diferencia del despotismo, que se apoya únicamente en la fuerza [...]

(Sabine 2000, 94)

Si consideramos separadamente cada uno de los requisitos que Platón exige al gobierno con arreglo a derecho según Sabine, en primer lugar nos encontramos con la noción de interés público. La mera mención del principio de lo «público» nos sitúa más cerca de la necesidad de conocer aquello que preocupa a ese público cuyo interés se desea satisfacer a través del gobierno. Dicha noción, de forma irremisible nos sitúa en los albores del concepto de opinión tal y como lo podemos entender en la actualidad.

En segundo lugar, la exigencia de generalidad de la norma frente a la arbitrariedad de los decretos lleva a pensar que, para el buen gobierno, es preciso estar en los antecedentes de lo que es generalmente aceptable y de lo que no es arbitrario; es decir, de lo que será aceptable para una mayoría o bien de lo que será percibido con rechazo por ella misma. Esto también se encuentra en estrecha relación con la noción de público ya estimada como primer requisito de un gobierno con arreglo a derecho.

En tercer lugar, nos encontramos con una mención explícita a la costumbre y la convención, la misma «doxa» de la que renegaban los principios platónicos, pero precisamente ahora se trata de salvarlos en su consideración llegado el momento para elaborar la regulación jurídica. Por último, la distinción entre el despotismo y el gobierno con arreglo a derecho también nos plantea abiertamente y de manera explícita la voluntariedad en la aceptación de la norma jurídica. Se refiere Aristóteles a la misma idea de autoridad que, como una forma particular del poder, nosotros hemos caracterizado ya desde los inicios del presente capítulo como especialmente necesitada de la valoración positiva por sus sometidos para alcanzar alguna eficacia.

Efectivamente, Sabine resuelve:

Pero esta concepción de la ley es imposible, a menos que suponga que mediante la acumulación de la experiencia se produce un aumento gradual de la sabiduría y que este creciente acervo de inteligencia social encarna en la ley y en la costumbre [...] Dicho de otro modo, la filosofía platónica yerra al no tomar en cuenta la experiencia de siglos, esa experiencia tiene que representar un auténtico conocimiento, aunque tal aumento se produzca en la costumbre más que en la ciencia [...] Hay que admitir que la opinión pública no es sólo una fuerza de la que no se puede prescindir, sino también, hasta cierto punto, un patrón político justificable.

(Sabine 2000, 97)

Con esta breve cita adquiere todo su sentido aquella afirmación de que «el sometimiento al derecho fue así la contrapartida que la propia opinión concedió a cambio de la liberación de los ciudadanos respecto del poder político» con la que iniciábamos el estudio de la opinión en la civilización griega. El curso del tiempo obró para que apareciera ese poso de sabiduría social que durante siglos cristalizó en la ley y la costumbre como una forma menos coactiva de integración alternativa al poder del gobierno político de la polis.

Es bien poco lo que consideramos necesario añadir a esa resolutiva conclusión de Sabine en su estudio del pensamiento político aristotélico. No se trata únicamente de la mención explícita a la Opinión Pública. Se trata del extraordinario valor político del concepto y del hecho que se deriva de toda la adecuación que realiza Aristóteles al estudio empírico del gobierno. Tras la corrección aristotélica a las ideas platónicas para que puedan ser operativas en una teoría eficiente del gobierno, por primera vez se hace patente en la historia del conocimiento la enorme importancia que le corresponde a la Opinión Pública en el proceso de institucionalización política.

Lo que nos revela Aristóteles es que la tajante división entre doxa y episteme debe ser relativizada y la doxa –opinión– debe ser puesta a valor. A partir de estas evidencias resultará baladí insistir en que cualquier concepto de Opinión Pública nos tiene que conducir obligatoriamente a la consideración de su dimensión político-institucional ya que, como vemos, se encuentra en sus mismos orígenes históricos de la idea en cuanto tal.

A pesar de este reconocimiento y rehabilitación política de la opinión, podremos comprobar cómo en el ulterior desarrollo y evolución histórica del concepto nunca se despojará de la consideración negativa que Platón vio en la doxa. Los diferentes autores que lo refieren a partir de entonces en su mayoría todavía intentarán demostrar que la opinión ha de quedar reservada para aquellos que dispongan de la necesaria competencia racional con la que producir la crítica al poder político.

Esto es algo así como que al sabio virtuoso, al filósofo-rey, ya no se le confina obligadamente en las funciones de gobierno con exclusividad, pero que aún hace falta poseer alguna sabiduría racional como la suya para poder ejercer la crítica al poder político. Se mantendrá todavía una relativa separación entre doxa y *exísteme*. Para precisar algo más la cuestión, lo cierto será que el término doxa, que es equivalente y de traducción directa como opinión, pasará a designar la importante función del control crítico del poder político, introduciéndose así una cierta confusión con la *episteme* originaria.

Pero para nosotros lo esencial de la opinión será su carácter empírico e ineludible en la construcción eficiente del gobierno político. Tendremos ocasión de descubrir cómo, con el curso del tiempo y los avances en todos los órdenes de la vida producidos por el progreso humano, parece que esta reveladora e importante función de la opinión se abrirá y se extenderá progresivamente hacia el conjunto de toda la sociedad.

### 3.2.3. La polis: punto de partida para Habermas

En *Historia y crítica de la opinión pública*, Habermas aborda el estudio de la opinión desde una perspectiva distinta, pero complementaria de la que venimos desarrollando. A Habermas le preocupa en particular la diferenciación de los ámbitos de lo público y lo privado como marcas distintivas en el surgimiento de la opinión pública. En tal sentido:

Lo que no quita para que pueda hablarse de lo «público» y de lo que no es público, de lo «privado», desde mucho antes.

[...]En la ciudad-estado griega plenamente formada, la esfera de la polis, común al ciudadano libre (*koyné*), está estrictamente separada de la esfera del *oikos*, en la que cada uno ha de apropiarse aisladamente de lo suyo (*idia*). La vida pública, *bios politikos*, se desenvuelve en el *agora*, pero no está localmente delimitada: la publicidad se constituye en la conversación (*lexis*), [...], así como en el hacer común (*praxis*), sea ésta la conducción de la guerra o el juego pugnaz. [...]. El orden político descansa, como es sabido, en una economía esclavista de forma patrimonial. [...]. La esfera privada no está solamente en el nombre (griego) ligada a la casa; [...]. La posición de la polis se basa, pues, en la posición del *oikodéspotas*. Bajo la cobertura de su dominio se realiza la reproducción de la vida, el trabajo de los esclavos, el servicio de las mujeres, acontece la vida y la muerte; el reino de la necesidad y la transitoriedad permanece anclado en las sombras de la esfera privada. Frente a ella se alza la publicidad, según auto comprensión de los griegos, como un reino de la libertad y de la continuidad. A la luz de la publicidad todo se manifiesta como es, todo se hace a todos visible. [...] Así como la necesidad vital y el mantenimiento de lo necesario para la vida están pudorosamente ocultos tras los límites del *oikos*, así también ofrece la polis el campo libre para la mención honorífica: los ciudadanos trafican como iguales con iguales (*homoioi*), pero todos procuran la preeminencia (*aristoeim*). Las virtudes, cuyo catálogo codificó Aristóteles, se preservan tan solo en la publicidad, allí encuentran reconocimiento.

(Habermas 2011, pp. 43, 44)

Antes de seguir a adelante nos conviene hacer alguna puntualización sobre la manera en la que Habermas utiliza este término de publicidad que nos puede resultar convencional y de uso más o menos frecuente. Lógicamente, con publicidad él no se refiere a la promoción

comercial de los productos y servicios para aumentar su demanda en el tráfico mercantil. En lugar de eso, cuando utiliza el término alude al ámbito y a la acción específicos de lo público. Le da a la idea un sentido mucho más amplio y mejor ajustado a su etimología que aquel con el que solemos utilizarlo convencionalmente. Esta aclaración, que resultará evidente para los que conozcan la obra de Habermas, no obstante la consideramos pertinente por tratarse de un concepto nuclear en todo el desarrollo que él despliega a lo largo de su estudio, columna vertebral del nuestro.

En esta completa cita, Habermas nos describe el momento en el que surgen lo público y lo privado como una lógica consecuencia de la organización de la polis. En lo que a nosotros nos conviene reparar es en la enorme limitación con la que la opinión comenzó a tener sus primeras manifestaciones en la conciencia humana.

Después de la original exclusión con la que la episteme se distinguía de la doxa por su calidad de conocimiento verdadero, cuando ya no quedó más remedio que elevar la doxa a la categoría de elemento imprescindible para lograr la eficacia del gobierno político, entonces tan sólo los hombres libres pudieron valerse de ella en la publicidad. De ésta, de la publicidad, estaba excluido el oikos, la esfera privada donde los esclavos y las mujeres se encontraban confinados sin llegar nunca a participar en el bios politikos ni tener alguna opción para procurar la aristoieim. Además, tampoco los extranjeros (metecos) podían acceder dicha publicidad. Esta es una prueba más de que la opinión, por necesaria que la praxis política la llegará a reclamar, difícilmente perderá su impronta de reserva acotada a determinados ámbitos sociales.

Por otro lado, la cita de Habermas también nos ofrece otras claves relevantes para comprender como se acabó por gestar el concepto de opinión. Su descripción de la polis concluye con el relato de alguno de los objetivos hacia los que orientaban sus acciones los hombres libres en el bios políticos. ¿Qué es esto de la búsqueda de la aristoieim? Una vez hemos comprobado la importancia que la filosofía socrática comenzó a dar a la ética no nos debe sorprender que Aristóteles acabe por codificar en un catálogo las virtudes que debían cultivar los ciudadanos en la polis. Habermas hace referencia explícita al reconocimiento que deben encontrar estas virtudes en la publicidad. El sentido literal de tal afirmación no deja lugar a dudas. Los ciudadanos libres de la polis desean ser reconocidos por los demás ciudadanos en “[...] el campo libre para la mención honorífica [...]” (op. cit. pp. 43, 44) como virtuosos. Cada uno busca ser tenido en alta estima y consideración de los demás por sus virtudes. A buen seguro que no podríamos conseguir mejor aproximación que esta evidencia al concepto genérico de la opinión que todos tuvieran sobre cada uno y entre ellos.

A continuación, Habermas afirma que este modelo de publicidad, no la formación que le subyace, sino el patrón ideológico del mismo ha preservado su continuidad durante siglos: “Por lo tanto están atravesando las categorías de lo público y de lo privado en las definiciones del Derecho romano, y la publicidad es contemplada en él como *res publica*.” (op. cit. 44)

### 3.3. Cicerón. Un extraño giro aristotélico de la convención

La *res publica*, origen etimológico del término república, es como denominó Cicerón a su ideal de estado. Imitando a Platón, Cicerón escribió dos textos en forma de diálogos, con homónimos títulos a los suyos: *La República*, y *Las leyes*. Pero en lugar de tratar de idear un

estado perfecto fruto de la especulación filosófica, en ellos Cicerón hace valer su experiencia tras haber pasado por el gobierno de Roma. Para él:

Hay un derecho natural universal que surge a la vez del providencial gobierno del mundo por Dios y de la naturaleza racional y social de los seres humanos que les hace afines a Dios. Es, como si dijéramos, la constitución del estado universal; es la misma en todas partes y obliga inmutablemente a todos los hombres y a todas las naciones. Ninguna legislación que la infrinja merece el nombre de ley, porque ningún gobernante ni pueblo puede convertir lo injusto en justo.

(Sabine 2000, 145)

La peculiaridad de esta ley eterna es la de ser la misma para todos los hombres, con total independencia de su origen y condición, porque todos los hombres son iguales. Por eso precisamente esa ley natural debe ser independiente de la opinión y de la convención:

Marco.- Son, efectivamente, importantes las cuestiones que se han tocado ahora brevemente. Pero de todos los temas sobre los que tratan las discusiones de los sabios, no hay nada que destaque más que el hecho de comprender claramente que hemos nacido con un objetivo: la justicia; y que el derecho no ha sido establecida por convención sino por naturaleza[...]

En efecto, no existe una cosa tan semejante ni tan igual a otra como somos todos nosotros comparados con nosotros mismos. Si la depravación de las costumbres o lo engañoso de las opiniones no quebraran la debilidad de nuestras almas y la doblegaran a cualquier cosa a la que hubiera comenzado a inclinarse, no habría nadie tan semejante a sí mismo como lo serían todos los hombres con respecto a los demás.

(Cicerón 1989, pp. 203,204)

Cicerón, nuevamente sitúa la ley en la naturaleza separándola con claridad meridiana de las costumbres y las opiniones. De este modo, nos devuelve al punto socrático de partida apelando a una naturaleza que, obviamente, tiene que ser la misma para todos los hombres. La ley debe ser hallada nuevamente en la virtud humana de la que todas las almas están dotadas antes de su corrupción:

Marco.- El punto siguiente es que la naturaleza nos creó para que tomemos parte y hagamos común el derecho entre nosotros. [...] Y si la opinión de los hombres fuera conforme a la naturaleza, juzgarían, como dice el poeta, que nada humano les es ajeno, y todos rendirían culto al derecho por igual. En efecto, a quienes la naturaleza les concedió la razón, también les dio recta razón y, por tanto, también la ley, que consiste en la rectitud de la razón en el acto de mandar y de prohibir; y si les dio la ley, también el derecho: y como al razón es para todos, en consecuencia, el derecho se les ha concedido a todos; [...]

(op. cit. pp. 205,205)

Dado que son pocas las almas que han sabido sustraerse esa degeneración, Cicerón presupone que la opinión de los hombres no es conforme a naturaleza y que por eso son incapaces de juzgar o, lo que es lo mismo, de poder opinar con virtud. Efectivamente:

Marco.-[...] el objetivo de es la consolidación de los Estados[...] Por ello, tengo el temor de aventurarme a platear principios que no están bien estudiados ni suficientemente meditados; y si lo hago no es para conseguir la aprobación de todos —cosa que es imposible—, pero sí la de quienes consideran que todo lo justo y honesto es deseable por sí mismo, y que no se ha de juzgar como bien más que aquello que es elogiado por sí mismo y que no se ha de tener por un gran bien nada que no pueda ser objeto de elogios por su propia naturaleza. [...] De todos estos quiero obtener la aprobación para mis palabras.

En cambio, a esos que se dedican a complacerse a sí mismos, convirtiéndose en esclavos de su cuerpo, y que todo lo que persiguen o rehúyen en la vida lo ponderan con el criterio del placer o el dolor, aunque estuvieran diciendo la verdad —pues no hay necesidad de discutir en este momento sobre eso— mandémosles a enseñarlo a sus jardines y pidámosles también que se alejen de toda participación en los asuntos del Estado, del que nunca han tenido ningún conocimiento ni lo tendrán.

(Cicerón, 1989, pp. 207-209)

Cicerón termina así por aclarar la manera en la que él cree que deben ser tratados los asuntos del estado excluyendo expresamente a un nutrido grupo de personas a los que considera incompetentes, tanto por su desconocimiento como por mostrar una actitud laxa de entrega incondicional a los placeres o de excesiva preocupación por el dolor. En cambio se muestra muy interesado por obtener la aprobación de otros a los que considera aptos para participar en la determinación del bien y su conversión en la ley. Dicho de otro modo, Cicerón, retomando la herencia de la escuela estoica en la filosofía griega, vuelve a rehacer la separación entre los que pueden decidir desde la sabiduría virtuosa y los que quedan relegados al ámbito de la opinión por no conocer ni obrar de acuerdo con la naturaleza.

La opinión ha vuelto a ser degradada por la naturaleza en la misma forma en la que el joven Platón quiso reservar la episteme a salvo de la doxa en el gobierno de la polis para los guardianes del estado como genuinos conocedores de la virtud-sabiduría socráticos. Las diferencias están en la consideración de la ley por encima de todos los hombres, incluso por encima del gobernante, y en el tratamiento de notables para ese nutrido grupo de hombres que él consideraba competentes de forma exclusiva para los asuntos del Estado.

La consecuencia de esto nos la explica Sabine:

Estos principios generales de gobierno —que la autoridad procede del pueblo, que sólo debe ser ejercida con el respaldo del derecho y que sólo está justificada por razones morales— alcanzaron una aceptación casi universal en un tiempo relativamente breve después de de la época en que escribió Cicerón y han seguido siendo aceptados en la filosofía política durante mucho siglos.

(Sabine 2000, 47)

Pero esto no puede significar por sí mismo la manera en la que estos principios pueden ser de aplicación directa, dado que su puesta en práctica suscita más incógnitas que las que resuelven tales principios. Por ejemplo:

En particular el hecho de que la autoridad política derive del pueblo no implica *per se* ninguna de las consecuencias democráticas que en la época moderna se han deducido del consentimiento de los gobernados. [Cicerón] No dice quién debe

hablar en nombre del pueblo, ni cómo llegue a tener derecho para hacerlo así, ni quién sea “el pueblo” en nombre del cual habla.

(*ibidem*)

Al final, Cicerón no se atrevió a reconocer el derecho al ejercicio del gobierno más que para aquellos a los que él juzgaba adecuados para ello según sus propios criterios morales. Esto en gran parte es el resultado de su atribulada experiencia política de gobierno porque ésta le llegó a suponer la persecución por sus enemigos políticos y el destierro. Ni siquiera su excelsa retórica, compendiada en sus *Discursos políticos y forenses*, logró persuadir a sus enemigos para que le reconociesen en su calidad de indiscutible notable del Senado de Roma; y tampoco le sirvió para salvarle de su animadversión.

Quizás sea por ese enconado enfrentamiento con sus rivales en la lucha por el poder de Roma que, aparte de postular una ley superior a todo Estado, pretendió excluir a sus adversarios políticos del gobierno a partir de sus principios de filosofía política. Lo cierto es que Cicerón tuvo que conocer la importancia de la opinión entendida como la valoración prejuiciosa sobre su propia persona y sus ideas políticas.

Es más, como evidencia de ello, fruto de aquella búsqueda de referencias explícitas o implícitas a la opinión pública llevada a cabo por Noelle-Noelle-Neumann y por su equipo, en la introducción a la segunda edición americana de su obra nos relata lo siguiente: “En una carta enviada a Ático en el año 50 a.C., Cicerón se disculpa por un error que ha cometido señalando que se había dejado llevar por la opinión pública, *públicam opinionem*.” (Noelle-Neumann, 1995, 9)

A la espera de que en fechas anteriores a esta se encuentre una conexión terminológica directa entre opinión y público, esta puede muy bien ser la primera referencia expresa a la idea de opinión pública.

### **3.4. La dimensión político-institucional de la opinión, según Maquiavelo**

Como es bien sabido, el periodo histórico que sucede a la progresiva desaparición del poder de Roma se extiende a lo largo de la Edad Media. Se trata de un periodo algo oscuro para la historia del pensamiento humano en el que los intentos por construir la comunidad universal de las almas bajo el poder del Papa, cabeza visible de la cristiandad, postergarán a la teoría y la filosofía políticas a meros asuntos mundanos frente las preocupaciones teológicas tan solo dedicadas a alimentar a la metafísica como «conocimiento». Esto hace relativamente estéril cualquier intento por indagar en los cambios del pensamiento político y filosófico en relación con la idea de la opinión porque ella es en sí misma una «irrelevante cuestión del hombre y de su poder terrenal y transitorio».

La estricta moral cristiana encorsetaba de tal forma el pensamiento que las opiniones apenas sí tenían existencia en el enrarecido clima creado por la ortodoxia de los doctores de la iglesia. Es difícil encontrar en ese periodo alguna innovación, como es difícil encontrar alguna opinión que pueda ser tenida como tal en la homogeneidad del pensamiento impuesta por la doctrina cristiana. Las opiniones quedaron arrinconadas en el seno de las mismas instituciones eclesiásticas. Simplemente, las cuestiones divinas no eran opinables de ningún modo si no era por la oculta labor de los doctores de la iglesia, exclusivos intérpretes de las sagradas escrituras. Sólo el Cisma durante el Concilio de Trento hizo volar por los aires, hecho añicos, este poderoso dogma, liberando a una parte importante de la cristiandad de la agobiante mordaza con que le atenazaba la jerarquía eclesiástica.

A pesar de todo, la reacción de Lutero y sus discípulos en su contra es la mejor evidencia que podemos ofrecer sobre la disensión que produce toda forma de poder. A una autoridad tan perfecta, que rinde de manera incondicional toda voluntad de los que se someten por «temor de Dios», también hubo quién la terminó por cuestionar y desafiar. La opinión siguió operando subrepticamente por debajo de la superstición y la ignorancia generalizadas de ese período histórico.

Quizás lo único que merezca la pena reseñar de este tiempo sea una de las tantas referencias a la opinión que localizó el equipo de Noelle-Neumann en el siglo XII. “Juan de Salisbury, un escolástico inglés empleó las expresiones *publica opinio* y *opinio publica* dos veces en latín en su *Policraticus* de 1159[...].” Según Noelle-Neumann “[...] no es sorprendente ya que Juan de Salisbury también había hallado en ellos la idea del poder de la *opinio publica*” (Noelle-Neumann, 1995, p. 242). A falta del adecuado contexto y de un conocimiento más completo de dicha obra, a nosotros tal afirmación nos resulta cuanto menos arriesgada teniendo en cuenta el curso en la evolución de la idea de opinión tal y como la venimos desarrollando.

Mientras duró este lapso de tinieblas para el conocimiento humano únicamente añadiríamos en relación con nuestra indagación la caracterización que Habermas realiza de la publicidad representativa en la sociedad estamental de la alta edad media, entendida como la pretensión del señor feudal de hacerse visible por medio de su presencia pública: “[...]en tanto el soberano y sus estamentos «son» el país, en vez de delegarlo meramente, pueden, en un específico sentido de la palabra, representar: ellos representan su dominio, en vez de para el pueblo, «ante» el pueblo [...]” (Habermas 2002, 47).

Esta es una clara evidencia de la necesidad de notoriedad que tenía el poder feudal para poder lograr su eficacia como cualquier otro. No obstante esta breve reseña, la misma cuestión preferimos posponerla a otro momento cuando iniciemos nuestro propio enfoque complementario respecto del desarrollo histórico de la opinión pública que tan pertinentemente lleva a cabo Habermas.

Aquí consideramos más fructífero para nuestro propósito ocuparnos directamente del que es tenido por el autor del primer tratado sistemático de gobierno que apareció en la historia. Los anteriores, en su mayoría diálogos o discursos fabricados ad hoc que incluyeron las importantes aportaciones de Aristóteles y sus categorías de gobierno, no se centraron de manera tan prolija y extensa como lo hace Maquiavelo en desarrollar toda una técnica del gobierno político. En esta técnica, la opinión llegará a jugar un papel extraordinariamente relevante como tendremos ocasión de comprobar.

Justo al comienzo del capítulo que Sabine dedica a Maquiavelo realiza una sintética y precisa descripción del «principio del fin» de la sociedad estamental:

La resurrección del absolutismo papal a mediados del siglo XV, asombrosamente rápida dada la degradación que el oficio papal había sufrido durante más de medio siglo, tuvo su paralelo en un tremendo desarrollo del poder monárquico en casi toda Europa occidental. En todos los reinos creció el poder regio a expensas de las instituciones rivales —nobleza, parlamentos, ciudades libres o clero— y en casi todos los países el declive del sistema representativo medieval fue permanente.

(Sabine 2000, 265)

En ese momento aparece una nueva clase social en ascenso hacia al poder político; la burguesía comercial aumentaba su presencia y su influencia cada vez más en el ámbito propio de las economías. Esta pujante fuerza:

[...]consideraba ventajosa la concentración militar y la administración de justicia en el mayor grado posible en manos del monarca. En conjunto lo que se ganó en gobierno ordenado y eficaz fue probablemente mucho. El poder regio llegó a ser, sin duda, arbitrario y con frecuencia, opresor, pero el gobierno de los príncipes era mejor que nada de lo que pudiera ofrecer en este aspecto la nobleza feudal.

(op. cit. 266)

El proceso habrá de adquirir connotaciones especiales en Italia, desde donde los papas todavía intentaban ejercer su influencia sobre todo el orbe cristiano cuando la cristiandad se resquebrajaba bajo el peso de los acelerados cambios en la naturaleza del poder. El poder divino era reemplazado por el poder mundano, y en la península italiana esto se reflejó en los desesperados intentos papales por conservar la soberanía en la Italia central.

Divididos entre sus múltiples estados, los italianos soportaban los excesos y abusos propios de las tiranías en cada uno de ellos. Maquiavelo consideraba a la iglesia especialmente responsable de este lamentable estado de división y enfrentamiento entre los italianos que les hacía particularmente débiles ante las ambiciones de otros Estados europeos. (Vivanti, 2013, *pássim*)

Con todo, Sabine nos describe la situación de Italia revelándonos unas condiciones excepcionales para que, nuevamente, la opinión prospere y se manifieste en toda su potencia:

La sociedad y la política italianas, tal y como las concebía Maquiavelo[...] son un ejemplo peculiar de decadencia institucional. Era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora, más emancipada que cualquiera otra en Europa de la trabas de la autoridad y dispuesta a enfrentarse al mundo con espíritu fríamente racional y empírico, y presa, sin embargo, de la peor corrupción política y de la más baja degradación moral.[...] La crueldad y el asesinato se habían convertido en procedimientos normales de gobierno; la buena fe y la lealtad, en escrúpulos a los que un hombre ilustrado apenas concedería el homenaje de un cumplido de labios afuera;[...] el egoísmo franco y desembozado sólo necesitaba del éxito para justificarse.

(Sabine 2000, 269)

En pleno renacimiento italiano y su recuperación del gusto por los clásicos, nos encontramos, por un lado, una propensión preilustrada intelectualmente brillante y más emancipada de la autoridad dispuesta a enfrentarse al mundo con espíritu fríamente racional y empírico; y por el otro lado tenemos una degradación moral e institucional en las prácticas de gobierno. La combinación de ambas situaciones por fuerza tiene que generar disensión y críticas públicas. Estos son los compuestos esenciales para que se reinicie la reacción del juicio crítico al poder político.

Muy bien podemos pensar que es el propio Maquiavelo el que se pone manos a la obra intentando introducir alguna racionalidad crítica mediante su teoría de gobierno. Pero es

mucho más que eso “Maquiavelo se propone como objetivo la construcción de un Estado, ordenado por instituciones y por leyes que lo mantengan estable, libre de corrupción y de las miserias en las que la vida italiana había caído.” (Vivanti, 2013, 116)

El contexto europeo era el de unas monarquías que se reforzaban afianzando la unidad interna de las modernas naciones europeas frente la tradicional fragmentación estamental y violenta heredada de los antiguos feudos medievales. La consecuencia lógica para el objetivo de Maquiavelo tiene que ser la de tratar de convencer a algún príncipe italiano de que asuma el mismo papel que cualquier otro rey, como el español o como el francés. En *El príncipe* se contiene el siguiente fragmento de su dedicatoria a *Lorenzo el magnífico, hijo de Pedro de Medicis [sic]*:

[...]Por mi parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda o regalo que pudiera demostraros mi rendido acatamiento, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que sea más cara, que mi conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido. [...]

(Maquiavelo 1983, 9)

En realidad, este tratado de gobierno con el que Maquiavelo quiere obsequiar a Lorenzo de Medici está salpicado de notas que se refieren a la consideración, sea para venerarlo o para temerlo, en la que los gobernados deben tener a su príncipe. La colección de citas en las que el príncipe debe mostrarse particularmente atento al juicio de sus gobernados comienza desde sus primeras páginas y se extiende a lo largo de toda la obra:

[...] Y es que el príncipe, por no tener causas ni necesidades de ofender a sus gobernados, es amado natural y razonablemente por éstos, a menos de poseer vicios irritables que le tornen aborrecible. [...] (op. cit. 9)

[...] los súbditos se alegrarán más de recurrir a un príncipe que está al lado suyo que no a uno que está distante, porque encuentran más ocasiones de tomarle amor, si quieren ser buenos, y temor, si quieren ser malos. [...] (op. cit. 21)

[...] los hombres que adquieren cuando pueden hacerlo serán alabados y nadie los censurará. Pero cuando no pueden, ni quieren hacerlo como conviene, serán tachados de error y todos los vituperarán. [...] (op. cit. 30)

[...] Siendo todos esclavos suyos y estándole reconocidos por sus favores, no es posible corromperlos tan fácilmente, y aunque esto se lograra, la utilidad no sería mucha mientras el soberano contase con el apoyo del pueblo. [...] (op. cit. 36)

[...] Si el conquistador la destruye, el temor desaparecerá por completo, pues los otros no gozan del mismo valimiento entre las masas populares[...] (op. cit. 36)

[...] Una ciudad acostumbrada a vivir libremente y que el príncipe quiere conservar, se contiene mucho más firmemente por medio del influjo directo de sus propios ciudadanos que de cualquier otro modo, [...] (op. cit. pp. 39, 40)

[...] Pero cuando han triunfado de ellos y empiezan a ser respetados, como han subyugado los hombres que les envidiaban su calidad de príncipes, quedan, al fin, asegurados, reverenciados y poderosos[...] (op. cit. 47)

[...] Es menester, pues, que el que adquiera un estado ponga atención en los actos de rigor que le es preciso ejecutar, a ejercerlos todos de una vez e inmediatamente, a fin de no verse obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará fácilmente, haciéndoles bien. (op. cit. 72)

[...]

Este incompleto trabajo de recopilación no tiene otro objetivo que el de demostrar la importancia que tiene la consideración por sus súbditos para el ejercicio práctico del gobierno de los príncipes. Se trata de una idea recurrente de enorme importancia en la teoría política de Maquiavelo. Efectivamente, podemos considerar que Maquiavelo sólo acaba de completar su trabajo con la misma cita de nuestra introducción, cuando atribuíamos al siguiente consejo en particular el lugar más destacado entre los demás que ofrece al príncipe:

Añádase que si el pueblo es enemigo del príncipe, este no se verá jamás seguro, pues el pueblo se compone de un número grandísimo de hombres[...] Lo peor que un príncipe puede temer de un pueblo que no le ama, es su abandono por él. [...] Un ciudadano llegado a príncipe por el favor del pueblo ha de tender a conservar su afecto... Pero el que llegó a ser príncipe con el apoyo de los grandes y contra el voto del pueblo, he de procurar conciliárselo, tomándolo bajo su protección.

(op. cit. pp. 76,77)

Para no dejar dudas sobre su definitiva importancia, tal como también hicimos valer en el curso de nuestra introducción, Maquiavelo dedicará el capítulo XV, *De las cosas por qué los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados*, y también los capítulos sucesivos, a explicar que vicios y virtudes le son reconocibles al príncipe por sus súbditos y como debe administrarlos. A nuestros efectos, el detalle de tales recomendaciones apenas nos sirve para comprender algo mejor en qué manera entendía Maquiavelo a la opinión. Pero para eso es más apropiado partir de algunas consideraciones previas sobre su filosofía política y entonces proceder a su análisis:

Maquiavelo, sin embargo, está de acuerdo con Cicerón en afirmar que una norma esencial de la política es la conservación del Estado, según el lema: «*Salus populi suprema lex esto*» (De legibus, III, 8) [La salud del pueblo es la ley suprema, con acuerdo]. De hecho escribe: «Que un príncipe gane y mantenga el Estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos».

(Vivanti 2013, p. 114)

Lo que Vivanti nos explica en esta cita es la tópica teleología del poder que se le atribuye a Maquiavelo. El florentino da un paso adelante con respecto a toda la tradición de la filosofía política y hace lo que nunca pensaron hacer Sócrates, Platón, Aristóteles y, con posterioridad, Cicerón. Para todos ellos, particularmente para el primero, la moral es clave

para la construcción del gobierno del estado. Por principio, en la moral de los gobernados no se quiso crear, pero la moral de los gobernantes fue considerada hasta ese momento un imprescindible requisito para el éxito del gobierno y el correcto funcionamiento de la república. Ni siquiera el oscuro periodo cristiano cuestionó este principio; todo lo contrario, lo reafirmo de manera exacerbada y agobiante.

Maquiavelo es más práctico y sabe adecuarse al momento en el que vive. Nos encontramos en una época donde el surgimiento de los nuevos estados-nación europeos se ve favorecido por la concentración del poder que el apoyo de la incipiente burguesía comercial con su afán por la riqueza y el desarrollo de las haciendas del Estado y las administraciones públicas procuran a las nacientes monarquías. Se están sentando las bases sociales y económicas para el absolutismo como forma de estado. Simultáneamente, toda la tradición del conocimiento sobre el gobierno político desde Platón ha arrojado una determinante conclusión: no es posible desconocer la ley, ya sea la ley natural y suprema de Cicerón, o bien la ley como convención y costumbre que Platón a regañadientes tiene que aceptar aún considerándola doxa.

En realidad, como nos explica en su cita Vivanti, no se puede gobernar de espaldas a la voluntad de los gobernados. Toda forma de poder está sometida permanentemente a la disensión y el cuestionamiento por sus sojuzgados. Además, dado que en Italia la inestabilidad política y los abusos de poder estaban a la orden del día, Maquiavelo pudo entender que habría alguna «normalidad» en esa situación de amoralidad de sus gobernantes. Recordemos que los elementos para lograr la síntesis espontánea de la opinión como juicio crítico del poder político estaban dados en esa sofocante atmósfera, mezcla de preilustración y degradación moral en el ejercicio del gobierno político.

Para terminar, fue en el desempeño de cargos públicos donde el propio Maquiavelo es testigo y víctima de las conjuras populares, por eso supo percibir la importancia de la opinión a la que experimentó como a una realidad personal e incuestionable. Tal es así que incluso dedicó una parte de su obra, que se nos ofrece bajo el título *De las conjuras*, a éste espinoso asunto. En ella nuevamente deja constancia explícita de su obsesión con la aprobación de la que debe gozar el príncipe para sus súbditos. Entre las primeras causas que apunta para las conjuras:

Y trataré primero las que se hacen contra un príncipe, y en primer lugar examinaré sus causas, que son muchas, pero hay una mucho más importante que las otras: el ser odiado por el universal; porque el príncipe que se ha traído ese odio general, es de suponer que haya ofendido más gravemente a algunas personas particulares, que desearán vengarse de él, y este deseo se verá acrecentado por el descontento de la colectividad.

(Maquiavelo 2012, 8)

La mayoría de los consejos que ofrece Maquiavelo al príncipe los extrae a partir de una combinación entre su experiencia política y las múltiples lecturas que él había realizado sobre obras y autores clásicos. Si meditamos sobre ello, el resultado evidente de ambas circunstancias tiene que ser el de la renuncia a la moral como principio de gobierno y su sustitución por la búsqueda del apoyo popular como sólido fundamento del poder político. El príncipe no tiene por qué ser virtuoso: tan solo tiene que parecerlo a los ojos de sus súbditos. Éste es un principio que se mostrará particularmente eficiente y pasará a ser consustancial en el acervo político absolutista, especialmente en el absolutismo ilustrado.

Ello no significa ni mucho menos que Maquiavelo tuviera en ninguna estima la opinión popular, al contrario “El cuadro trazado es sombrío: «Hay que tomar al vulgo tal y como es y según los acontecimientos, y –concluye amargamente– en el mundo no hay más que vulgo»” (Vivanti 2013, 114)

En absoluto nos oculta su menosprecio hacia el pueblo en general. No puede ser otra de manera cuando a lo largo de su obra da constantes muestras de aceptar al origen social de los hombres como marca distintiva de su «excelencia», incluso teniéndose a sí mismo por «un hombre de condición inferior», como expresa en la dedicatoria de *El Príncipe* (Maquiavelo 1983, 11) y a pesar de su odio declarado a la nobleza (Sabine 2000, 277).

Definitivamente, lo más relevante de su doctrina política para nuestro propósito es la importancia que Maquiavelo da a toda su estrategia diseñada para lograr el reconocimiento del gobernante por sus súbditos en los últimos capítulos de *El Príncipe* y puntualmente en otras obras como *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio* o *De las conjuras*. Con Maquiavelo nos encontramos cada vez más obligados a considerar la dimensión político-institucional de la opinión como una inevitable evidencia.

En la introducción nos referíamos a la anticipación de lo que acabará pasando con el correr del tiempo. Aunque todavía en *El Príncipe* intenta someter la opinión al manejo de los gobernantes, en sus *Discursos de la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo “[...] legaliza las vías de expresión de la opinión como garantía de la estabilidad republicana” (Monzón 2009, 80):

A los nombrados en una ciudad para guardianes de su libertad, no puede dárseles atribución mejor y más necesaria que la facultad de acusar ante el pueblo o ante un magistrado o consejo a los ciudadanos que de algún modo infringen las libertades públicas. Esta organización tiene dos resultados utilísimos para la república: consiste el primero en que los ciudadanos, por miedo a que los acusen, nada intentan contra el estado; y si lo intentan, sufren inmediato e inevitable castigo; y el segundo en abrir camino para el desahogo de la animadversión que por cualquiera causa llega a inspirar algún ciudadano; porque cuando estas antipatías no tienen medios ordinarios de manifestación, se apela a los extraordinarios, arruinando la república. Nada contribuye más a la estabilidad y firmeza de una república como el organizarla de suerte que las opiniones que agitan los ánimos tengan vías legales de manifestación.

(Maquiavelo 2013, cap. VII)

El último punto y seguido de esta cita acota una breve reflexión que es crucial para entender el curso histórico posterior que seguirá la opinión. Como ya anticipábamos, con toda probabilidad, esta es la primera manifestación expresa del binomio libertades-opiniones públicas que se acabará por imponer durante la ilustración.

También resulta ser otra prueba de la capacidad premonitoria y clarividente de Maquiavelo para las técnicas modernas de gobierno la siguiente cita que Noelle-Neumann le atribuye en el capítulo XXIV de *La espiral del silencio*, *Vox populi, vox Dei*: “No sin razón se llama a la voz del pueblo la voz de Dios, ya que *una opinione universale* predice los acontecimientos de un modo tan maravilloso que podría creerse en un oculto poder de profecía” (Noelle-Neumann 1995, 232). Es más, unas pocas líneas más abajo: “*Queale fama, o voce, o opinione fa, che il popolo comincia a favorire un cittadino* (¿Qué fama, qué voz, qué movimiento de opinión hace que el pueblo empiece a favorecer a un ciudadano?)” (*ibidem*)

Pero no será ésta la única vez que la autora de *La espiral del silencio* se refiera Maquiavelo. Casi a título de curiosidad, Noelle-Neumann estudia la semejanza pasmosa que presentan los trabajos de Erasmo de Rotterdam y Maquiavelo. Ambos escribieron sus obras para aconsejar a los príncipes. El primero *La Educación del Príncipe Cristiano*, el segundo *El Príncipe*. Pero las semejanzas en realidad se reducen a la importancia que ambos dan a la opinión pública.

Para Erasmo “[...] el poder del gobernante se basa esencialmente en el *consensus populí*” (op. cit. p. 240) Sobre Maquiavelo no cabe añadir nada más a lo ya dicho. Lo cierto es que a Erasmo le preocupaba particularmente la calidad moral del príncipe por sus propias convicciones cristianas. Así, para él, el príncipe no solo tenía que ser virtuoso, además tenía que parecerlo. En cambio ya sabemos que la primera cuestión es irrelevante para Maquiavelo, tan sólo le importa la segunda (op. cit. pp. 240, 241). En su caso, es la propia Noelle-Neumann quién sugiere que Erasmo leyó a Maquiavelo y no al revés, lo cual nos resultaría muy verosímil teniendo en cuenta las circunstancias ya descritas y el civismo seglar de Maquiavelo frente al humanismo cristiano que caracterizó a Erasmo.





## 4. Hacia un concepto de opinión pública

En éste punto al que hemos llegado siguiendo la lógica en la génesis de la opinión, ahora consideramos necesario realizar un quiebro en el desarrollo argumental y emplear otra metodología que combine el análisis conceptual con el curso de los desarrollos históricos. Así, a partir de aquí comprobaremos como en más de una ocasión perderemos el riguroso respeto a la cronología de los hechos que hemos observado hasta el momento. Este cambio de estrategia argumental responde a la necesidad de sintetizar lo más posible el ingente trabajo de sistematización de la gran cantidad de datos y relatos que concurren a partir del momento al que hemos llegado en la historia del concepto de opinión.

De esta ingente labor por realizar Noelle-Neumann nos ofrece las mejores evidencias a largo de su extenso trabajo. A la tarea ya referida que ella propone a su equipo de rastrear su idea psicosociológica sobre la opinión, así como las referencias directas a la expresión Opinión Pública, también se añade la enorme cantidad de bibliografía moderna consultada por ella de la que se pueden extraer conceptos e ideas acerca de la Opinión Pública “A mediados de los años sesenta un profesor de Princeton, Harwood Childs (1965, 14-26), emprendió la tediosa tarea de recoger definiciones y encontró cincuenta distintas en la literatura existente.” (Noelle-Neumann, 1995, 83)

Además:

En los siglos XIX y XX ha habido una inundación de ensayos y libros sobre la psicología de las masas en torno a esta sorprendente manifestación de la naturaleza humana. Desgraciadamente, esta literatura, de hecho, puede haber dificultado más que hecho avanzar la comprensión de los procesos de opinión pública. En el siglo XX se percibió al menos una difusa relación entre los disturbios de masas y la opinión pública, cuando no se los identificó [...] Esa concepción desdibujó, sin embargo, los elementos característicos del fenómeno psicosociológico de la opinión pública que habían sido delimitados tan claramente por los escritores de los siglos XVII y XVIII.

(op.cit. 146)

También obtenemos parecidas evidencias en el obra de Mozón, *Opinión pública, comunicación y política*, en el que la bibliografía referida no es tampoco de menor cuantía. En un intento por desbrozar de maleza teórica una selva bibliográfica tan espesa como la que exploran Mozón y Noelle-Neumann, nosotros apenas intentaremos referir aquella parte de esa misma bibliografía a la que consideramos más significativa para no perdernos en el

intricado follaje de ideas y nociones. Al fin y al cabo muchas de ellas resultarán ser redundantes o complementarias.

En nuestro caso, lo relevante y novedoso a partir de aquí será que el desarrollo histórico se verá truncado para dar cabida a las múltiples consideraciones conceptuales y analíticas en más de una ocasión. Estas, debidamente acotadas, son las que nos deben conducir al buscado concepto de Opinión Pública. Eso no significa que renunciemos a avanzar siguiendo la progresión de los tiempos. El que lo desee podrá extraer de nuestro trabajo una historia más o menos completa de la Opinión Pública. Lo podrá hacer, además de por qué a así nos lo propusimos, sobre todo porque *Historia y crítica de la opinión pública* es una de las obras de referencias para nuestra labor a la que le ofrece su columna vertebral. Las citas y la indagación histórica de Habermas serán constantes y su obra estará permanentemente presente en la nuestra. Todo ello con total independencia de que adoptemos un enfoque propio y alternativo, y de que en ocasiones seamos limitadamente críticos con el que para nosotros es su invaluable legado teórico.

Así pues, en lo sucesivo organizaremos la exposición de nuestra indagación teórica en dos grandes líneas de análisis separadas. Por un lado nos centraremos en el análisis de un relevante hecho que derivamos directamente de los presupuestos de Habermas, pero al que nosotros desarrollamos de manera autónoma y extensa con la intención de dar un nuevo fundamento al concepto de Opinión Pública al que queremos llegar. A dicha línea de análisis la referimos como «la imbricación de los conceptos de masa y público». Esta idea, que como veremos parte de ciertas evidencias aportadas por la teoría de Habermas, la consideramos clave para poder entender precisamente una parte importante de la transformación estructural de la Opinión Pública que él parece soslayar. Para su desarrollo arrancaremos desde el momento histórico al que hemos llegado, es decir, desde los mismos inicios de la modernidad.

Una vez completada esta línea de análisis y establecidas sus conclusiones, entonces trataremos de centrarnos en otro relevante aspecto de la opinión del que ya hemos dado cuenta brevemente, pero que resulta de vital importancia en el desarrollo de la Opinión Pública a partir precisamente de la modernidad. Rememorando nuestra Introducción, en ella nos referíamos a la actualidad como un detonante en el proceso de formación de la opinión. Efectivamente, establecíamos como causas de la opinión a la actualidad reflejada por los medios de comunicación de masas y relativizábamos su papel apuntando alguna otra causa social y alternativa a la que considerábamos «estructural: la ideología».

De la ideología como causa estructural de la Opinión Pública nos propusimos dar cuenta en otros capítulos donde encontrará un pormenorizado desarrollo. Pero de la actualidad, aquella causa a la que atribuíamos el dinamismo de la opinión, pasaremos a ocuparnos directamente en esta segunda línea de análisis porque hoy es imposible ofrecer ningún concepto de opinión pública que no se derive de un adecuado concepto de información, como demostraremos llegado el momento.

Recordemos que si bien no aceptábamos que los medios y la información fueran los que determinan en exclusiva la opinión pública, sin embargo la influyen poderosamente. A esta segunda línea de análisis la hemos querido nombrar como «la información, realidad mediada o pseudorrealidad convenida». A lo largo de su desarrollo nos proponemos concluir con una definición institucional de la información de la que, a su vez, podamos derivar el concepto que buscamos de Opinión Pública en congruencia con las conclusiones y las consecuencias de la imbricación de masa y público.

## 4.1. La imbricación masa y público: clave para comprender la transformación estructural de la Opinión Pública

### 4.1.1. Consideraciones preliminares

Con este nuevo curso de nuestra reflexión pretendemos, a partir de múltiples aportaciones teóricas, determinar como el concepto de Opinión Pública, cuya génesis hemos seguido hasta el inicio de la modernidad, precisa de una progresiva ampliación de la base social que lo constituye a través de la transformación estructural operada en su fundamento a lo largo de su evolución institucional, desde la sociedad estamental hasta el actual Estado democrático y social de derecho. Esta ampliación conlleva el cuestionamiento de la tradicional separación entre masa y público en la misma medida que el progreso social se ha ido extendiendo y generalizando al conjunto de la sociedad.

La historia de los medios de comunicación de masas se puede explicar a partir de aquellas innovaciones tecnológicas que hicieron posible la difusión masiva de la información. Paralelamente a estas innovaciones, lo que impulsó la necesidad de conocer los acontecimientos de forma generalizada fue la progresiva incorporación de grupos sociales cada vez más amplios, primero a un mayor conocimiento mediante la alfabetización, después a la participación en los ámbitos de decisión política por efecto de la democratización de las formas institucionales. Con la sociedad de masas, el ámbito propio de la Opinión Pública se fue abriendo y fortaleciendo aun más hasta convertirse en una firme promesa para abarcar al todo social.

El siempre inconcluso concepto de opinión pública por fuerza tiene que partir de ideas previas sobre la base social en que se sustenta. Sus orígenes y su evolución, según los venimos estudiando vinculan la naturaleza de la opinión desde sus inicios a una dimensión político-institucional que apenas deja dudas sobre la delimitación originaria de su objeto: la relación entre la sociedad/comunidad y su poder político.

De este modo, visto en perspectiva histórica, lo que ya habíamos visto que para Habermas comenzó con una publicidad representativa, entendida esta como la pretensión del señor feudal de hacerse visible por medio de su presencia pública: “[...] en tanto el soberano y sus estamentos «son» el país, en vez de delegarlo meramente, pueden, en un específico sentido de la palabra, representar: ellos representan su dominio, en vez de para el pueblo, «ante» el pueblo. [...]” (Habermas, 2002, 47)

Con el curso de los acontecimientos se convertirá en la publicidad burguesa nacida en el estado liberal tras las revoluciones decimonónicas:

[...] la publicidad aparece en la autocomprensión de la opinión pública como una e indivisible. [...] *Finalmente, la publicidad burguesa desarrollada acaba basándose en la ficticia identidad de las personas privadas reunidas en calidad de público en sus dos roles de propietario y hombre[...]*

(Habermas 2002, 92)

[...] Con todo, se había conseguido una aproximación tal al modelo liberal, que pudo identificarse el interés de la clase burguesa con el interés general, y pudo el tercer estamento establecerse como nación

(op. cit. 122)

Este mismo proceso, tan sintéticamente resumido de la extensa obra de Habermas, lo presentamos como la mejor evidencia de nuestro presupuesto de la progresiva extensión del ámbito de la opinión. Pero Habermas aún completará nuestro argumento al proseguir describiendo la evolución social del fenómeno de la «publicidad» acompasado a la propia evolución del Estado liberal camino ya de convertirse en Estado social de derecho:

[...] Sobre la base de la separación entre sociedad y Estado podría ciertamente una política intervencionista[...] limitar la autonomía de las personas privadas[...] La sociedad solo es cuestionada como esfera privada cuando los poderes sociales mismos solicitan la intervención de la autoridad pública y le dan competencias[...]

[...] El intervencionismo viene a ser una traducción política de los conflictos de intereses que no pueden ya seguir desarrollándose en el marco de la esfera privada. [...] Y con la extensión de de la autoridad pública sobre ámbitos privados tiene que ver también el proceso contrario de sustitución del poder estatal por el social. Sólo esa dialéctica de una progresiva estatalización de la sociedad paralela a la socialización del Estado comienza paulatinamente a destruir la base de la publicidad burguesa: la separación entre Estado y sociedad. [...]

(op. cit. pp. 172, 173)

Es manifiesto que la referida socialización debe ser comprendida, no solo como el cuestionamiento de la esfera privada, también puede entenderse como la ampliación de la esfera pública, en cuanto que es la sociedad en su conjunto y no solo el antiguo estamento burgués la que reclama la participación en ella. A Habermas le preocupa que este proceso produzca una pérdida en la eficacia como mecanismo de control del poder porque la publicidad parece ir perdiendo la potencia de su principio —la notoriedad, susceptible de crítica— a medida que se va extendiendo como esfera y socavando el ámbito privado (op. cit. p. 171). De hecho, dedica los últimos capítulos de su obra a demostrar los negativos efectos que produce esa pérdida en la separación entre el Estado y la esfera privada y a proponer medidas para prevenir que la democracia como sistema de legitimación del poder político pierda su eficacia:

[...] En la transformación estructural de la publicidad burguesa puede estudiarse hasta que punto depende del grado y del tipo de capacidad funcional *de está* el que el ejercicio de la dominación y del poder se enquisten, por así decirlo, como una constante negativa de la historia, o bien, siendo ella misma como es una categoría histórica, el que se preste a un cambio sustancial

(op. cit. 274)

A nuestros efectos, en cambio, lo que consideramos relevante es la socialización del Estado a la que se refiere como una consecuencia complementaria de la estatalización de la sociedad. Esta fusión de sociedad y Estado es precisamente la que exige que el ámbito de la opinión se amplíe a la sociedad en su conjunto para prevenir que, en esa pugna entre poder político y social, prevalezca el poder político frente al poder social como instancia de dominación.

Dada la función deslegitimadora de las mayorías en la formación de la voluntad política con la que se ha venido empleando la categoría de masa frente a la de público como base social

de la opinión, la consecuencia de lo anterior debería traducirse en la imbricación de las tradicionales categorías de masa y público. Esta imbricación es la que trataremos de explicar y demostrar como tendencia histórica en un progresivo afianzamiento de la opinión pública como instancia de control crítico del poder desde los orígenes de la modernidad.

Queda de esta manera aclarado que partimos de la función de la opinión pública como fuente de poder político. Esta es la dimensión político-institucional de la opinión, la misma que ya hemos logrado establecer como fundamento histórico del concepto a inicios de la modernidad. Habíamos alcanzado el punto de su desarrollo en el que Maquiavelo era incapaz de concebir que el príncipe pudiera gobernar sin el favor y el temor de su pueblo. De una manera más categórica, reproduciendo la cita de Ortega y Gasset en la introducción:

El mando es el ejercicio normal de la autoridad. El cual se fundamenta siempre en la *opinión pública*[...] Jamás ha mandado nadie en la tierra nutriendo su mando esencialmente de otra cosa que de *opinión pública*[...] el hecho de que la *opinión pública* es la fuerza radical que en las sociedades humanas produce el fenómeno de mandar, es cosa tan antigua como el hombre mismo.

(Ortega y Gasset 1979, 175)

#### 4.1.2. La idea de masa: historia de una invención

Esta última cita de Ortega y Gasset nos servirá para la indagación del papel que juega el concepto de masa en la construcción de la opinión. La obra más universal de este autor es *La rebelión de las masas* a la que pertenece. En ella, Ortega se centra en llevar a cabo la disección de lo que para él es un alarmante fenómeno que caracteriza a la sociedad en su tiempo:

Hay un hecho, que para bien o para mal, es el más importante en la vida pública de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas cabe padecer[...] se llama la rebelión de las masas.

(op. cit. 45)

Con este dramático párrafo arranca el primer capítulo de la primera parte de su obra. Poco hay que añadir a la contundencia de esta declaración, más que una advertencia casi un grito de auxilio con el que Ortega quiere llamar la atención sobre ese hecho que él considera amenazador.

Según Ortega las masas fueron anónimas hasta ese momento, pero aparecieron bajo la especie de la aglomeración. La muchedumbre se hizo visible, se instaló en los lugares preferentes de la sociedad: “[...] La sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores: minorías y masas. Las minorías son individuos o grupos de individuos especialmente cualificados. La masa es el grupo de personas no especialmente cualificadas.” (op. Cit. p. 48)

Inicia entonces una descripción contrastada entre las masa y las que él ve como a excelsas minorías. Nos relata que en las masas se produce una coincidencia de deseos, de ideas, de

modo de ser en los individuos que la integran. En cambio, en las minorías el deseo es el de no coincidir, es la singularidad de cada individuo que solo se agrega por su coincidencia en no coincidir. Para Ortega, cuando se habla de «minorías selectas» la bellaquería (sic) suele tergiversar el sentido de la expresión, fingiendo ignorar que el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás.

Pero estas breves reflexiones no son más que la introducción a un extenso relato de los defectos y vicios que atribuye al común de los mortales de su época, la mayoría social en aquel entonces, relato que consumirá la totalidad de dicha obra recreándose en todo lujo de detalles.

Con total independencia de su mayor o menor acierto en describir al hombre común de su época, de lo que no nos debe quedar la menor duda es del sentido absolutamente peyorativo y despreciativo con el que carga al concepto de «masa» a medida que despliega su reflexión sobre el «hombre-masa». Para Ortega este último, no se valora a sí mismo, es mediocre y falto de tradición, autosatisfecho y primitivo. Vive en «las masas», pura homogeneidad, en permanente dependencia y sumisión del Estado. Es vulgar, fatuo, banal, ignorante y, a su vez y por eso, también es responsable de todos los males que aquejan a su época, principalmente de la decadencia europea y occidental en el mundo. (op. Cit. *pássim*)

Antes de proseguir con nuestra argumentación, entendemos que es necesario realizar la siguiente puntualización: dar cuenta del surgimiento de la sociedad de masas durante la modernidad –una elaborada y prejuiciosa construcción sociológica creada por el pensamiento conservador decimonónico a partir de la revolución industrial y el desarrollo del primer capitalismo– desborda con creces el ámbito de este trabajo, más centrado en la opinión que en sus aspectos aledaños. El surgimiento y la caracterización de la «sociedad de masas» es una cuestión con suficiente calado como para ocupar por sí misma más de una tesis doctoral. Por necesaria que sea al menos una cierta comprensión previa para una correcta aproximación a la idea de masa, nosotros daremos por sobreentendido dicho proceso. Como mucho nos limitaremos a referir aquí la obra de Karl Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo*. En sus Primeras páginas Mannheim, nos introduce en la naturaleza de su trabajo:

Los cambios fundamentales de que somos testigos pueden imputarse, en último extremo, al hecho de que estamos viviendo en una sociedad de masas. El gobierno de las masas no puede lograrse sin una serie de invenciones y mejoras en el campo de las técnicas sociales, económicas y políticas. Entiendo por técnicas sociales el conjunto de métodos que tratan de influir la conducta humana y que en manos del gobierno operan como un medio de control singularmente poderoso.

(Mannheim 1966, pp. 9,10)

Una vez establecida esta cautela, habremos de tener en cuenta que, ya durante el siglo XX, las preocupaciones filosóficas, doctrinales y políticas que habían caracterizado a los estudios sobre la condición humana, a las que nos hemos referido en una parte importante hasta el inicio de la modernidad, son entonces sustituidas por las de carácter sociológico y psicológico con la emergencia de estas nuevas ciencias. De esa inquietud surgirán múltiples disciplinas, como fueron la sociología del conocimiento y el estudio de lo que por ese tiempo empezó a llamarse propiamente sociedad de masas.

Por resumirlo, en ese entonces las elites sociales pensaban que habían perdido definitivamente su papel dirigente, o que los papeles habían sido trastocados y «la masa» había pasado a gobernar desde la mediocridad (Mozón 2006, 152).

A consecuencia de esta percepción elitista, el proceso de teorización sobre la sociedad de masas se hizo acumulativo durante las primeras décadas del siglo XX. Noelle-Neumann, en el apartado *La opinión pública como función manifiesta: la formación de la opinión pública en democracia* del capítulo XXVII de *La espiral del silencio*, al citar a Robert Ezra Park lo sitúa dividido entre sus profesores en la Universidad de Berlín Ferdinand Tönnies y Oswald Spengler. Este último fue quién introdujo a Park en la psicología de masas, justamente otro de los nuevos campos de exploración científica derivados por entonces de las referidas ciencias emergentes. Tanto Noelle-Neumann (1995, p. 143) como Monzón (2006, p. 143) coinciden en atribuir los comienzos de estos nuevos campos a Gustave Le Bon y a Gabriel Tarde. Pero seríamos injustos si al referirnos a la psicología de masas dejáramos a un lado a uno de los padres de la psicología moderna, Sigmund Freud, a quién también cita Monzón.

Fue en 1895 cuando Gustave Le Bon escribió su libro titulado exactamente *Psicología de las masas*. En él Le Bon reactiva la teoría de las masas tratando de alertar sobre los mismos peligros para la civilización que acabarán por obsesionar a Ortega y a toda su generación de intelectuales conservadores:

En la actualidad, las reivindicaciones de las masas se hacen cada vez más definidas y tienden a destruir radicalmente la sociedad actual, para conducirla a aquel comunismo primitivo que fue el estado normal de todos los grupos humanos antes de la aurora de la civilización. Limitación de las horas de trabajo, expropiación de las minas, los ferrocarriles, las fábricas y el suelo; reparto equitativo de los productos, eliminación de las clases superiores en beneficio de las populares, etc. He aquí estas reivindicaciones.

Poco aptas para el razonamiento, las masas se muestran, por el contrario, muy hábiles para la acción. La organización actual convierte su fuerza en inmensa. Los dogmas que vemos nacer habrán adquirido muy pronto el poder de las viejas concepciones, es decir: la fuerza tiránica y soberana que queda fuera de discusión. El derecho divino de las masas sustituye al derecho divino de los reyes.

(Le Bon 2013, 10)

Lo más definitorio de las masas será para Le Bon lo que él llama la ley de la unidad mental de las masas:

El hecho más llamativo que presenta una masa psicológica es el siguiente: sean cuales fueren los individuos que la componen, por similares o distintos que puedan ser su género de vida, ocupaciones, carácter o inteligencia, el simple hecho de que se hayan transformado en masa les dota de una especie de alma colectiva. Este alma les hace sentir, pensar y actuar de un modo completamente distinto de como lo haría cada uno de ellos por separado. Determinadas ideas, ciertos sentimientos no surgen o no se transforman en actos más que en los individuos que forman una masa. La masa psicológica es un ser provisional, compuesto por elementos heterogéneos, soldados de forma momentánea, de un modo absolutamente igual a como las células de un cuerpo vivo forman, por su reunión, un ser nuevo que manifiesta características muy diferentes de las que posee cada una de las células que lo componen.

(op. cit. pp. 16,17)

De la siguiente manera caracteriza psicológicamente Le Bon al individuo formando parte de la masa:

Así pues, la desaparición de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente, la orientación de los sentimientos y las ideas en un mismo sentido, a través de la sugestión y del contagio, la tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas, son las principales características del individuo dentro de la masa. Ya no es él mismo, sino un autómatas cuya voluntad no puede ejercer dominio sobre nada. Por el mero hecho de formar parte de una masa, el hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización. Aislado era quizá un individuo cultivado, en la masa es un instintivo y, en consecuencia, un bárbaro. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroísmos de los seres primitivos a los que se aproxima más aún por su facilidad para dejarse impresionar por palabras, por imágenes y para permitir que le conduzcan a actos que vulneran sus más evidentes intereses. El individuo que forma parte de una masa es un grano de arena inmerso entre otros muchos que el viento agita a su capricho.

(op. cit. 19)

Quién se mostrará muy interesado en el trabajo de Le Bon será Sigmund Freud. En 1921 Freud escribió apenas cuarenta y dos páginas para realizar una fugaz incursión en el área de la psicología de masas en su ensayo titulado *Psicología de las masas y análisis del yo*. Dado que cuando escribe sobre el tema ya conocía la obra de Le Bon, las citas y referencias a este último son constantes desde el comienzo de la obra. No obstante, según nos deja entender Freud en esta cita que podemos aplicar directamente a la última que hemos hecho de Le Bon:

[...] Hemos citado íntegros estos pasajes para demostrar que Le Bon no se limita a comparar el estado del individuo integrado en una multitud con el estado hipnótico, sino que establece una verdadera identidad entre ambos. No nos proponemos contradecir aquí tal teoría, pero sí queremos señalar que las dos últimas causas mencionadas de la transformación del individuo en la masa, el contagio y la mayor sugestibilidad, no pueden ser consideradas como de igual naturaleza, puesto que, a juicio de nuestro autor, el contagio no es, a su vez, sino una manifestación de la sugestibilidad. Así pues, ha de parecernos que Le Bon no establece una diferenciación suficientemente precisa entre los efectos de tales dos causas.

Como mejor interpretaremos su pensamiento será, quizás, atribuyendo el contagio a la acción recíproca ejercida por los miembros de una multitud unos sobre otros y derivando los fenómenos de sugestión identificados por Le Bon con los de la influencia hipnótica de una distinta fuente. Pero ¿de cuál? Hemos de reconocer como una evidente laguna el hecho de que uno de los principales términos de esta identificación, a saber, la persona que para la multitud sustituye al hipnotizador, no aparezca mencionada en la exposición de Le Bon.

(Freud 2013, 5)

Lo que hace Freud es tratar de llevarse la cuestión hacia un terreno bien conocido para él, el del psicoanálisis. A partir de aquí, la referencia obligada a uno de los grandes fundadores de la psicología apenas puede aportar mucho más a nuestro interés por las *masas* en su relación con el *público* y con la opinión pública porque Freud se centrará particularmente en las relaciones entre el individuo y la masa. En su caso, nos resultará de utilidad la opinión que otro de los autores que figuran entre nuestras referencias sostiene sobre la idea que Freud tiene acerca las masas. Terry Eagleton hará el siguiente comentario en su obra *Ideología, una introducción* en relación a la posibilidad de que la religión pudiera ser un mito necesario para contener el descontento político:

En la más honorable tradición ilustrada, y a pesar de su temor elitista a las masas insensatas, Freud no puede llegar a aceptar que la mistificación tenga que ser una condición eterna de la humanidad. La idea de que una minoría de filósofos como él pueda conocer la verdad desnuda, mientras que la masa de hombres y mujeres sigan los engaños de una ilusión, es ofensiva para su humanismo racional.

(Eagleton 1997, 225)

Por su parte, Gabriel Tarde publica su obra *La opinión y la multitud* en 1901. En realidad esta obra es para ser tenida más en cuenta en el siguiente subapartado, *La idea de público*, que en este otro sobre *La idea de masa*, y esto es así por varias razones. Primero, porque Tarde no utiliza el término masa sino un sinónimo con un significado aproximado al suyo, pero menos peyorativo: la multitud. Segundo, porque su labor se centrará más en realizar la distinción entre la multitud y el público por contraste entre ambas realidades que en definir excluyentemente a una y al otro. Tercero porque, atribuye a la conversación un enorme poder en la formación de la opinión que rivaliza con el de la prensa, algo que le confiere cierta distancia de las concepciones sobre las masas como conglomerados totalmente inermes y manipulables de individuos. Su visión de las multitudes es algo menos pesimista y negativa que aquella que su misma generación de intelectuales posee sobre las masas. Quizás sea por eso que llegaremos comprobar los positivos efectos que tendrá esta circunstancia para nuestros propios objetivos.

Después del prólogo de Eloy Terrón a la edición en castellano, a partir del prólogo del propio Tarde, el texto se inicia con la siguiente puntualización:

La multitud no solamente atrae y arrastra irresistiblemente a su espectador, sino que su nombre ejerce un atractivo prestigioso sobre el lector contemporáneo y algunos escritores se sienten incitados a designar por esta palabra ambigua toda clase de agrupaciones humanas. Es preciso acabar con esta confusión y, sobre todo, no confundir multitud con *Público*, término asimismo susceptible de acepciones diversas, pero que voy a intentar precisar.

(Tarde 1986, 43)

Algunas líneas más adelante identifica al público surgido de la modernidad, al modo en que lo hace Habermas, como un público lector que le debe todo a la invención de la imprenta. Es entonces cuando reclama la realización de una psicología del público alternativamente a la de las multitudes:

[Un público...] entendido en este otro sentido, es decir, como una colectividad puramente espiritual, como una dispersión de individuos, físicamente separados y entre los cuales existe una cohesión sólo mental. De dónde procede el público,

cómo ha nacido, cómo se desarrolla; sus variedades; sus relaciones con sus directores, sus relaciones con la multitud, con las corporaciones, con los estados; su potencia para bien o para mal y sus formas de sentir y obrar; ahí está lo que nos proponemos investigar en este estudio.

(*ibídem*)

Refiriéndose a las diferencias entre público y multitud, abunda en la idea anterior y describe la mismísima esencia del supuesto habermasiano que da origen al «público rocinante con capacidad crítica» en la modernidad:

Hasta cierto punto, un público se confunde con lo se ha venido llamando un *mundo*, «el mundo literario», «el mundo político», etc., y salvo lo que esta última idea implica, entre las personas que forman parte de un mismo mundo, un contacto personal, un intercambio de visitas, de recepciones, que sólo puede existir entre los miembros de un mismo público. Pero la distancia de la multitud al público es inmensa, como se va ya, aunque el público proceda, en parte, de una especie de multitud, esto es del auditorio de los oradores.

Sin embargo, entre el público y la multitud existen diferencias muy esclarecedoras a las que todavía no me he referido. Por ejemplo, se puede pertenecer al mismo tiempo y, de hecho se pertenece siempre simultáneamente, a varios públicos como se pertenece a varias asociaciones o sectas, pero solamente se puede pertenecer a una única multitud, en cada momento. En esto radica la intolerancia mucho mayor de las multitudes y, por consiguiente en las naciones, en las que domina el espíritu de las multitudes, porque en este caso el ser es tomado todo entero y arrebatado irresistiblemente por una fuerza sin contrapeso. [...] En este sentido el público podía ser definido como una multitud en potencia. Pero esta caída del público en multitud, aunque sea peligrosa en el más alto grado, es, no obstante, bastante rara; y sin entrar a examinar si estas multitudes nacidas de un público son solamente un poco menos brutales, a pesar de todo, que las multitudes anteriores a la aparición del público, sigue siendo evidente que la oposición de dos públicos, siempre prestos a fusionarse por encima de sus fronteras indecisas, es un peligro mucho menor para la paz social que el enfrentamiento de dos multitudes opuestas.

(op. cit. 50)

De especial interés será la función que asigna a la prensa en la formación de la opinión por mediación de los que él llama publicistas, una suerte de individuos particulares con gran influencia en las multitudes. Seguramente podríamos referirnos a dichos publicistas como a consumados expertos en técnicas propagandísticas o, simplemente, a una categoría de personas capaces de influir poderosamente sobre la opinión de las multitudes con sus ideas:

Por consiguiente, la influencia que el publicista ejerce sobre su público aunque mucho menos intensa en un instante dado, por su continuidad, es muchísimo más poderosa que la impulsión breve y pasajera inculcada a la multitud por su inspirador; y además secundada, nunca combatida, por la influencia bastante más débil que los miembros de un mismo público ejercen sobre los otros, gracias a la coincidencia de sus ideas o de sus tendencias, de sus convicciones o de sus pasiones atizadas continuamente por el mismo fuelle.

(op. cit. 51)

Aún así, gracias a la pertenencia al público:

[...] el lector de un periódico conserva mejor su libertad de espíritu que el individuo perdido e inmerso en la multitud. Aquél puede reflexionar sobre lo que lee, en silencio y, a pesar de su pasividad habitual puede llegar a cambiar de periódico, hasta que encuentre el que le conviene o el que cree que le conviene. [...] El público reacciona pues a veces sobre el periodista, pero éste obra constantemente sobre el público.

(op. cit. 52)

Muy bien podemos concluir aquí este brevísimo repaso a la obra de Tarde con algunas conclusiones extraídas directamente del extenso prólogo que le dedica Eloy Terrón a la versión en castellano:

[...] el autor se enfrenta con el tema de la multitud, pero con un enfoque distinto, pues no sólo se esfuerza en analizar el comportamiento de las multitudes[...] sino que trata de entender el dinamismo de la multitudes en las nuevas condiciones de la civilización[...] es decir de la transformación de las multitudes en públicos bajo los efectos de la aparición de un fenómeno nuevo: los medios que configuran la opinión pública. Los medios, factores del cambio, los aporta la revolución industrial con sus tremendos avances tecnológicos, pero, de hecho, Tarde también llega a afirmar, o al menos lo insinúa, que hasta la opinión pública es nueva.

(op. cit. 27)

No es casualidad que nos queramos valer de las consecuencias que Terrón extrae de la obra de Tarde después de haberlas documentado apenas lo suficiente con nuestras propias citas. Como también nosotros comprobamos, Terrón atribuye a Tarde la visión de la transformación de las multitudes en públicos como consecuencia del progreso; es decir, fortuitamente Tarde parece avalar la misma hipótesis que pretendemos demostrar a lo largo de este apartado al que significativamente llamamos la imbricación masa y público.

Continuando con su desarrollo, en coincidencia con el juicio de Ortega, nos dice S. Giner (citado por Monzón) que Max Scheler creía que en la sociedad occidental se estaba produciendo una subversión de valores morales. A su vez, de ahí derivaba Scheler que esta subversión acarrea confusión psicológica, estética, política y moral. Todo ello traería como resultado final la desaparición de los rasgos diferenciadores de los hombres y de los grupos, algo que él interpretaba como masificación (Monzón 2006, 154). Efectivamente, en la siguiente cita Max Scheler hace expresa su preocupación al enumerar las que considera preocupantes causas de la decadencia del saber y la cultura alemanes. En ella también se trasluce su preocupación más general por la cultura europea y occidental en el mundo:

Los siguientes movimientos que en la actualidad alemana hostilizan toda filosofía y toda ciencia auténticas: 1º, la falsa erección de una ideología de clase –la ideología marxista del proletariado– en presunta “ciencia” especial, “ciencia proletaria”, que se contrapone a la “burguesa”, como *si* la ciencia (a diferencia de la “ideología”) pudiera ser nunca función de una “clase”; 2º, las falsas formas de un neorromanticismo gnóstico, que pretende diluir nuestro vigoroso sistema de ciencias especiales en una mendaz y pretenciosa filosofía, y diluir a su vez la filosofía misma en misticismo y en intuicionismo baratos (Bergson, círculo de S. George, Kahler); 3º, los escolásticos eclesiásticos, que cada día más invaden la

ciencia y la filosofía, y cuyo modo de pensar se ajusta a una época y a una sociedad muertas hace cuatro siglos; 4º, la forma “antroposófica”, antifilosófica y anticientífica de una gran parte de las corrientes ocultistas; 5º, las turbias ideologías de los movimientos populares nacionalistas, que, ciegos a la realidad europea y ebrios de imaginarios cuanto absolutos apriorismos raciales, oscurecen en todas las formas nuestro horizonte mundial, sin comprender la situación del mundo, que está pidiendo una nueva solidaridad de los pueblos europeos; 6º, las pretensiones de arbitristas de toda laya, salvadores del mundo, egocéntricos, ridículos y fantásticos, cuyo lamentable diletantismo se hace más inconsciente cuanto más se acrecienta su séquito de gentes afanosas de sometimiento. Todo esto es descomposición y decadencia.

(Scheler 2013, pp. 12-14)

Ortega y Gasset fue precisamente el autor del prólogo a la edición en español del que según Noelle-Neumann impartió su magisterio a Robert Ezra Park, Oswald Spengler. Spengler es otro más de aquellos intelectuales preocupados con la sociedad de masas que escribe su obra *La decadencia de Occidente* en 1918. En este título ya es muy fácil oír resonar la cantinela obsesiva y cacofónica con la que todos estos autores conservadores de principios de siglo XX clamaban contra el advenimiento de las masas.

Por lo pronto, Spengler no oculta en absoluto su rechazo a la democracia parlamentaria basada en el sufragio popular precisamente porque tal sistema reconoce el derecho de voto a la masa. Ni tan siquiera sabemos con certeza si reivindicaba el retorno a la democracia censitaria. Él considera como modelo a imitar a las democracias elitistas basadas en la tradición. En esto ve una de las mayores amenazas para la hegemonía de la civilización occidental:

Al parecer, existe una poderosa diferencia entre la democracia occidental parlamentaria y las democracias de la civilización egipcia, china, árabe, que no conocen la idea de elecciones populares. Pero para nosotros, en esta época, la masa, como *cuerpo electoral*, está «en forma», en el mismo sentido exactamente en que lo estaba antes, cuando era cuerpo de subditos (*sic.*), esto es, que *sigue siendo un objeto para un sujeto*, como lo era en Bagdad y Bizancio en figura de secta o clero regular, y en otros lugares en figura de ejército dominante, o asociación secreta o Estado particular dentro del Estado. La libertad es, como siempre, puramente negativa [...]. Consiste en la repulsa de la tradición, de la dinastía, de la oligarquía, del califato. Pero el poder efectivo pasa en seguida de estas formas a otras potencias nuevas, jefes de partido, dictadores, pretendientes, profetas y su séquito. Y ante éstos sigue siendo la masa *objeto sin condiciones* [...]. El «derecho del pueblo a regirse a sí mismo» es una frase cortés; en realidad, todo sufragio universal — inorgánico— nula (*sic.*) bien pronto el sentido primordial de la elección. Cuanto más a fondo quedan eliminadas las espontáneas articulaciones de clases y profesiones, tanto más amorfa se toma la masa electoral y tanto más indefensa queda entregada a los nuevos poderes, a los jefes de partido que dictan a la masa su voluntad, con todos los medios de la coacción espiritual, que luchan entre sí la lucha por el poder con métodos ignorados e incomprendidos por la masa y que esgrimen la opinión pública como arma para atacarse unos a otros. Así, la democracia va empujada por un impulso irresistible que la conduce a anularse a sí misma [...]

(Spengler 1966, cap. IV, 18)

De la opinión pública piensa que no es más que un mero pretexto para el enfrentamiento y termina por augurar el más negro de los presagios para la democracia. Por eso su ataque a la libertad formal de expresión, a la que considera libertad negativa, se dirige hacia la prensa. Él la ve como a un medio para ejercer un poder, no menos que absoluto, sobre unas masas las cuales parecen estar enteramente a su merced:

La lucha hoy gira alrededor de esas armas. En los ingenuos primeros tiempos, el poderío periodístico era menoscabado por la censura, que servía de arma defensiva a los representantes de la tradición. Entonces la burguesía puso el grito en el cielo, proclamando en peligro la libertad del espíritu. Hoy la masa sigue tranquilamente su camino; ha conquistado definitivamente esa libertad; pero entre bastidores se combaten invisibles los nuevos poderes, comprando la prensa. Sin que el lector lo note, cambia el periódico y, por tanto, el amo [...]. También aquí triunfa el dinero y obliga a su servicio a los espíritus libres. No hay domador de fieras que tenga mejor domesticada a su jauría. Cuando se le da suelta al pueblo — masa de lectores— precipitase por las calles, lánzase sobre el objetivo señalado, amenaza, ruge, rompe. Basta un gesto al estado mayor de la prensa para que todo se apacigüe y serene. La prensa es hoy un ejército, con armas distintas, cuidadosamente organizadas; los periodistas son los oficiales; los lectores son los soldados. Pero sucede aquí o que en todo ejército: el soldado obedece ciegamente y los cambios de objetivo y de plan de operaciones se verifican sin su conocimiento. El lector no sabe nada de lo que sucede y no ha de saber tampoco el papel que él representa.

(*ibidem*)

Así pues, Spengler, como Ortega, es taxativo en su consideración despreciativa hacia las masas. Las pretende excluir totalmente del ámbito de la decisión política ni tan siquiera para dar su voto. La única diferencia apreciable entre ambos está en la puesta en cuestión del valor que la opinión pública tiene para el poder. Ortega no se atreve a negarlo. Quizás esto se deba a las condiciones personales de cada uno. Después de todo, Ortega fue coeditor y dedicado colaborador de la publicación periódica *El Sol*. De hecho, su obra *La rebelión de las masas* contiene una recopilación de sus artículos aparecidos en las páginas de este periódico, con lo que muy lejos de ser tan crítico como Spengler hacia la prensa creadora de opinión se prestó a cooperar activamente en ella.

El discípulo de Spengler, Robert Ezra Park, ya había intentado encontrar una salida a esta distinción que llegaría a separar a Ortega y Spengler. Dado que ambos coincidieron en su consideración sobre la masa y difieren en el valor político de la opinión pública para el poder, Park se limitará a atribuir sentimientos a la masa y razón a la opinión pública (Noelle-Neumann, 1995, p. 282) en su ensayo *Masse und Publikum* publicado en 1904. Según Noelle-Neumann, el mismo desengaño que experimentó Park tras la publicación de su ensayo es el que debe esperar cualquiera que intente identificar a la opinión pública con la racionalidad. Dado que ésta es sin dudarla una cuestión clave, llegado su momento partiremos de la misma discusión que desarrolla Noelle-Neumann acerca de la racionalidad y la opinión para intentar ofrecer una nueva comprensión relativizada sobre las ideas de Park.

Detrás de la mayoría de estos autores ya podemos encontrar perfectamente agazapada una idea tremendamente negativa acerca de las masas. Monzón nos explica las causas para la aparición de esta idea cuando da inicio al apartado IV *La teoría de la sociedad de masas y la*

*opinión pública* del capítulo IV de su obra *Opinión pública, comunicación y política* con la siguiente aclaración:

Como una consecuencia lógica de dos factores: el primero, relacionado con una corriente de pensamiento denominada conservadora, elitista y aristocrática, que arranca desde los griegos y llega hasta el momento actual y, el segundo, estrechamente unido a una serie de circunstancias de tipo económico, social y político, harán que una serie de pensadores, en el periodo de entreguerras y al igual que ocurría con la sociología del conocimiento, teoricen sobre la sociedad actual como una sociedad de masas.

(Monzón 2006, 152)

Esta explicación es también la misma que nos resume Mauro Wolf:

El pensamiento político del siglo XIX de carácter conservador señala en la sociedad de masas el resultado de la progresiva industrialización, de la revolución en los transportes, en los comercios, en la difusión de los valores abstractos de igualdad y de libertad. Estos procesos sociales determinan la pérdida de exclusividad por parte de las *élites* que se encuentran expuestas a las masas. El debilitamiento de los vínculos tradicionales (de familia, de comunidad, de asociaciones profesionales, de religión, etc.) contribuye, por su parte, a debilitar el tejido conectivo de la sociedad y a preparar las condiciones para el aislamiento y la alienación de las masas.

(Wolf, 1987, 24)

En el mismo texto Wolf cita a Simmel. Para Simmel la masa es como la describe Le Bon:

[...] no se basa en la personalidad de sus miembros[...] sólo en aquellas partes que unifican a cada uno con todos los demás y equivalen a las formas más primitivas e íntimas de la evolución orgánica[...] las acciones de la masa apuntan directamente a su meta e intentan llegar a ella por la vía más breve: esto hace que las domine sea siempre *una única idea*, la más sencilla posible[...] Por otra parte, dada la complejidad de la realidad contemporánea, cada idea simple debe ser también la más radical y exclusiva.

(Simmel 1917,68)

Con este último y con Le Bon coincidirá Elías Canetti, quién, en su ensayo *Masa y poder*, pretende explicar la lógica de las masas atribuyendo a ese momento de igualdad y proximidad humanas la capacidad para representar el derribo de las barreras jerárquicas, físicas y psicológicas que hemos construido los unos frente a los otros en la vida ordinaria, haciéndonos así experimentar la satisfacción de un cierto anhelo de humanidad por esa igualdad. Desde de dicho momento de emancipación, la masa, sobre todo si es abierta a través de la descarga, adquiere vida propia y se empieza a comportar con independencia de la voluntad aislada de los que la integran. Se hace ávida de nuevos integrantes y se fija unos motivos para su existencia que en realidad son más aparentes que reales, pues lo que la crea y alimenta es el hecho de ser masa en sí misma. (Canetti, 2002, pp. 3-8)

En su extenso y concienzudo trabajo Elías Canetti atribuye a la masa las siguientes propiedades:

1. *La masa siempre quiere crecer.* [...]

2. *En el interior de la masa siempre reina la igualdad.* [...]
3. *La masa ama la densidad.* [...]
4. *La masa necesita una dirección.* [...]

(op. cit. pp. 22,23)

A partir de estos atributos realizará una pormenorizada tipología de los diferentes tipos de masa debidamente caracterizados. Precisamente en torno a su obra, durante el curso de la conversación que Canetti mantuviera con Teodoro W. Adorno, éste interpela a Canetti a la búsqueda de explicaciones y puntos de vista comunes con *Dialéctica de la ilustración*:

[...] ¿No serán después de todo las masas reales, efectivas, más importantes para la sociedad moderna que estos aspectos imaginarios, sociopolíticos, en el sentido más amplio de la palabra? Me refiero a la presión ejercida por ese sinnúmero de personas [...], es decir, a la presión de las masas reales sobre la formación de la voluntad política. Tal vez cabría recordar [...], que incluso ciertos movimientos que en apariencia constituyen dictaduras radicales, ajenas a cualquier consideración democrática con la voluntad popular, tales como el fascismo y el nacionalsocialismo, [...] que incluso estas formas de dominio que tiranizan a las masas siempre terminan por imponerse, por oculta que sea, cierta consideración con los intereses reales de aquellas [...]

(op. cit. p. CXVIII)

Tras la respuesta de Canetti a las inquietudes de Adorno, considerará lo siguiente:

[...] constituiría algo así como una mediación [...] suponer que, justo debido a que la presión real de las categorías de masa y poder —cuya profunda interrelación usted bien ha advertido— ha ido aumentando hasta un grado tal que dificultan enormemente la resistencia del individuo contra ellas, así como su autoafirmación en tanto que individuo; suponer, digo, que debido a ello también haya aumentado el significado simbólico de estas categorías.

(op. cit. p. CXIX)

Alarmado como estaba por el retorno del mito, que vuelve tras la ilustración de la mano de la razón subjetiva e instrumental, Adorno se nos muestra así profundamente preocupado con el efecto simbólico que puedan presentar tanto la categoría de masa como la de poder.

Esta misma preocupación que le suscita la categoría de *masa*, hecha explícita mediante su exposición, es la que se contiene en su obra escrita en coautoría con Max Horkheimer, la citada *Dialéctica de la ilustración*. Así, una primera aproximación a la idea de masa la encontramos en el siguiente párrafo:

La regresión de las masas consiste en la incapacidad de poder oír con los propios oídos aquello que no ha sido aún oído, de tocar con las propias manos aquello que no ha sido aún tocado: la nueva figura de ceguera que sustituye toda ceguera mítica vencida. A través de la mediación de la sociedad total, que invade todas las relaciones y todos los impulsos, los hombres son reducidos de nuevo a aquello contra lo cual se había vuelto la ley de desarrollo de la sociedad, el principio del *sí mismo*: a simples seres generales, iguales entre sí por aislamiento en la colectividad coactivamente dirigida.

(Horkheimer y Adorno 2009, 89)

La categoría de masa no puede ser más negativa en cuanto a la consideración a que conduce dicha idea. Pero no responsabiliza por esta condición de masa a quienes genéricamente la integran. Se limita a la constatación de los negativos efectos de la sociedad contemporánea sobre el individuo y a la descripción de sus características una vez ha sido subsumido en la categoría de masa. Efectivamente, ya en el capítulo significativamente llamado *La industria cultura de masas, Ilustración como engaño de masas*, completan la siguiente crónica referida a la sociedad de masas:

Si la tendencia social objetiva de la época se encarna en las oscuras intenciones subjetivas de los directores generales, éstos son, ante todo, los poderosos sectores de la industria: acero, petróleo, electricidad, y química. Los monopolios culturales son, comparados con ellos, débiles y dependientes. Deben apresurarse a satisfacer a los verdaderos poderosos para que su esfera en la sociedad de masas, cuyo tipo específico de mercancía tiene aún, con todo, mucho que ver con el liberalismo cordial y los intelectuales judíos, no sea sometida a una serie de acciones depuradoras. La dependencia de la más poderosa compañía radiofónica de la industria eléctrica, o de la de cine respecto de los bancos, define el entero sector cuyas ramas económicas están a su vez económicamente cooimplicadas entre sí. [...]. La desconsiderada unidad de la industria cultural da testimonio de la que se cierne sobre la vida política. [...] Para todos hay algo previsto, a fin de que ninguno pueda escapar; las diferencias son acuñadas y programadas artificialmente. El abastecimiento del público con una jerarquía de cualidades sirve sólo a una cuantificación tanto más compacta. Cada uno debe comportarse, por así decirlo, espontáneamente de acuerdo con su «nivel», que le ha sido asignado previamente sobre la base índices estadísticos, y echar mano de la categoría de productos de masa que ha sido fabricada para su tipo.

(Adorno y Horkheimer 2009, pp. 167,168)

Otro significado miembro de la Escuela de Frankfurt, aparte de Adorno y Horkheimer, fue Erich From, al que cita Noelle-Neumann. From es un neopsicoanalista que acepta una parte importante de los puntos que integran la teoría psicoanalítica original de Freud como aportes definitivos a la psicología. En cambio, éste y otros autores afines a la corriente neopsicoanalista rechazan la orientación biologicista de Freud y las consecuencias que ella trae implícitamente a su doctrina.

La siguiente cita matizará aun más las diferencias con Freud en cuestiones tan generales como su comprensión de la psicología social y el valor de las fuerzas psicológicas para la historia que, como veremos, sí resultarán imprescindibles para una adecuada contextualización de nuestro estudio sobre la psicología de masas:

De todo lo dicho se sigue que el punto de vista sustentado en este libro difiere del de Freud en tanto que rechaza netamente su interpretación de la historia como resultado de las fuerzas psicológicas que en sí mismas no se hallan socialmente condicionadas. Con igual claridad rechaza aquellas teorías que desprecian el papel del factor humano como uno de los elementos dinámicos del proceso social. Esta crítica no se dirige solamente contra las doctrinas sociológicas que tienden a eliminar explícitamente los problemas psicológicos de la sociología (como Durkheim y su escuela), sino también contra las teorías más o menos matizadas como conceptos inspirados en la psicología behaviorista. El supuesto común de

todas estas teorías es que la naturaleza humana no posee un dinamismo propio, y que los cambios psicológicos deben ser entendidos en términos de desarrollo de nuevos «hábitos», como adaptaciones a nuevas formas culturales [cultural patterns]. Tales teorías, aunque admiten un factor psicológico, lo reducen al mismo tiempo a una mera sombra de las formas culturales. [...] La naturaleza humana, aun cuando es producto de la evolución histórica, posee ciertos mecanismos y leyes inherentes, cuyo descubrimiento constituye la tarea de la psicología.

(From 2008, 48)

La importancia de esta declaración de supuestos que realiza From nos sitúa de lleno ante una de las claves más relevantes para comprender el problema de las «masas». Si se aceptasen los supuestos alternativos de Durkheim y del conductismo como integrantes de la ignota naturaleza humana, efectivamente entonces se haría muy difícil negar la enorme importancia del concepto de masa para la psicología social. Junto a la coerción sobre el individuo de que son capaces las regularidades institucionales según Durkheim, y como una más de ellas, la «masa» sería otra de las genuinas manifestaciones de un fenómeno en la que la individualidad, por consiguiente la psicología a secas, quedarían relegados a un papel absolutamente irrelevante. Eso es precisamente lo que afirma Le Bon que le ocurre al individuo cuando «se sumerge» en la masa: desaparece. A este supuesto se suma Canetti cuando afirma que la integración en la masa supone «el derribo de las barreras jerárquicas, físicas y psicológicas» que hemos construido los unos frente a los otros en la vida ordinaria. Ya por último, resulta evidente que también a Simmel y a Ortega los podemos incluir entre quienes piensan aproximadamente de esta manera.

Esta última concepción de la psicología social al final se reduce a atribuir conductas diferenciadas para la masa en su conjunto, como si ella se tratara de un individuo y, al mismo tiempo, a negarles estas conductas a los propios individuos que la integran. Tales visiones extremas del fenómeno ignoran lo que muy pertinentemente From nos quiere presentar como partes esenciales de la ignota naturaleza humana:

Las necesidades fisiológicamente condicionadas no constituyen la única parte de la naturaleza humana que posee carácter imperativo. Hay otra parte que es igualmente compulsiva, una parte que no se halla arraigada en los procesos corporales, pero sí en la esencia misma de la vida humana, en su forma y en su práctica: la necesidad de relacionarse con el mundo exterior, la necesidad de evitar el aislamiento. Sentirse completamente aislado y solitario conduce a la desintegración mental del mismo modo que la inanición conduce a la muerte.

(op. cit. 54)

Es decir, la construcción de la «masa» no le debería tanto a su propia eficacia radicalmente autoconstituida y dotada de voluntad propia frente al individuo como a la necesidad natural que tienen quienes las componen de contacto e integración humanos. Con total acierto From llama a su obra *El miedo a la libertad*. Resulta que el margen que dejan esas concepciones ultra-conservadoras sobre las masas a la libertad es insignificante. Quiénes integran esas masas concretas supuestamente rinden de manera incondicional su voluntad individual a la de la masa. Pero en realidad el sentido común y los principios doctrinales del liberalismo nos dicen que lo que hacen las personas cuando se manifiestan «masivamente» para expresar su descontento es justo lo contrario: ejercen su libertad de crítica pública frente al poder político.

Resulta llamativo que Walter Lippman, en su obra homónima y crítica con la función de la Opinión Pública, dejara claro que una de las distorsiones que los estereotipos crean en las imágenes de nuestra mente es la de tratar como personas de carne y hueso a hechos e instituciones sociales o viceversa:

Para lograr esto tendemos a personalizar cantidades y dramatizar relaciones. [...] todos tendemos a representar los asuntos del mundo como alegorías. De esta manera, tratamos como si fueran personas de carne y hueso a los Movimientos Sociales, las Fuerzas Económicas, los Intereses Nacionales y la Opinión Pública y, a su vez, personas como el Papa, el Presidente, Lenin, el banquero Morgan o el Rey se convierten en ideas e instituciones. El estereotipo humano más profundo es el que confiere naturaleza humana a cosas inanimadas o colectivas.

(Lippman 2003, 143)

Al parecer, los teorizadores que fundaron la psicología de masas fueron víctimas de este profundo estereotipo al no poder evitar tratar a la masa como si fuera un único individuo. ¿Cómo si no sería posible compatibilizar el presupuesto netamente individual de la psicología con los hechos colectivos?

Otra curiosa paradoja, una más, que también resulta algo difícil de resolver es la de que Noelle-Neumann encuentre su propia hipótesis sobre «el miedo al aislamiento» incompatible con las concepciones de Fromm. En un primer momento parece que se trataría justo de la misma «necesidad de evitar el aislamiento» que Fromm considera una parte esencial de la naturaleza humana. Pero según nos explica Noelle-Neumann:

Por supuesto, para que la espiral del silencio funcionase bastaría con que ese conocimiento existiera sólo inconscientemente. La tendencia descrita en la obra de Fromm a ser consciente de uno mismo como individuo, como ciudadano emancipado, y el abandono del esfuerzo de hacernos conscientes de nuestra naturaleza social (un término sin duda más apropiado que el peyorativo «hombre-masa» de Fromm) difícilmente puede producir percepciones y reconocimientos conscientes del tipo que buscamos.

(Noelle-Neumann 1995, 75)

Con independencia de que el mecanismo de sustitución de opiniones por la mayoritaria sea perfectamente razonable y no tenga porque ser inconsciente —como demostraremos— repararemos en lo siguiente: dado que Fromm pertenece a la Escuela de Frankfurt, al igual que sus más significados miembros suscribe la teoría de la masificación en el mismo sentido en el que Adorno y Horkheimer denuncian sus terribles consecuencias para el hombre estereotipado por la industria cultural de masas dentro de la sociedad contemporánea. Eso no significa que ninguno de ellos desprecie a las víctimas de semejante proceso de aculturación al que las personas se ven involuntariamente sometidas, como pretende Noelle-Neumann que hace Fromm al emplear la denominación hombre-masa. Mauro Wolf realiza la siguiente cita de Adorno en su obra *La investigación de la comunicación de masas* cuyo significado extenderemos en el apartado siguiente:

[...] cuanto más se materializan y esclerotizan los estereotipos[...], es menos probable que las personas modifiquen sus ideas preconcebidas con el progreso de sus experiencias. Cuanto más obtusa y complicada se torna la vida moderna, mayor

es la propensión de las personas a apearse a clichés que parecen conllevar un cierto orden en lo que de otra forma sería incomprensible. Así la gente puede no sólo perder la verdadera comprensión de la realidad, sino que puede llegar a tener fundamentalmente debilitada la capacidad de entender la experiencia de la vida por el uso constante de lentes ahumados.

(Adorno 1964, 390)

Todo lo más que tenemos que hacer ahora es reseñar la auténtica preocupación que La Escuela de Frankfurt muestra ante los procesos de alienación social y cultural.

Por su parte, la propia Noelle-Neumann, desarrolla también una cierta perspectiva respecto de las masas claramente orientada a avalar su hipótesis psicosociológica a partir del miedo al aislamiento. No encontraremos mejor momento que el de esta discusión sobre la psicología social para considerar sus argumentos. Reproduciendo la cita con la que comenzamos este apartado, Noelle-Neumann empieza por exponernos lo que ella y nosotros hemos documentado sobradamente:

En los siglos XIX y XX ha habido una inundación de ensayos y libros sobre la psicología de las masas en torno a esta sorprendente manifestación de la naturaleza humana. Desgraciadamente, esta literatura, de hecho, puede haber dificultado más que hecho avanzar la comprensión de los procesos de opinión pública. En el siglo XX se percibió al menos una difusa relación entre los disturbios de masas y la opinión pública, cuando no se los identificó[...] Esa concepción desdibujó, sin embargo, los elementos característicos del fenómeno psicosociológico de la opinión pública que habían sido delimitados tan claramente por los escritores de los siglos XVII y XVIII.

(Noelle-Neumann 1995, 146)

Según piensa, fueron los cuestionables enfoques sobre la psicología de masas a los que nos hemos referido los que desviaron la atención desde los elementos que caracterizaban al fenómeno de la opinión pública en los siglos precedentes. Para ella, dichos elementos se pueden resumir en su propia comprensión del fenómeno. La explicación que nos ofrece sobre la opinión pública sigue al relato de la toma de la Bastilla durante la revolución francesa:

[...] La opinión pública reside en las actitudes y los modos de comportamiento que reciben una fuerte adhesión en un lugar y una época determinados; que hay que demostrar para evitar el aislamiento social en cualquier medio de opiniones establecidas; y que, en un medio de opiniones cambiantes o en una nueva área de tensiones emergente, se *pueden* expresar sin aislarse.

(op. cit. 148)

Afirma que esta perspectiva quedó aislada de las teorizaciones en los siglos posteriores porque:

En los siglos XIX y XX han chocado repetidamente dos puntos de vista: el que subraya el comportamiento instintivo y considera al hombre determinado por los instintos gregarios, y el que supone que el hombre reacciona racionalmente ante la experiencia de la realidad, más en la línea de los ideales humanistas[...] Las escuelas de pensamiento que enfatizan la racionalidad del hombre consideran a la imitación como una estrategia eficaz de aprendizaje. Dado que prevalecieron

claramente sobre las teorías del instinto, el tema de la imitación por miedo al asilamiento cayó en el olvido.

(op. cit. 155)

Puesto que tal explicación no acaba de encajar en la argumentación que nosotros hemos venido desarrollando, iniciamos aquí otra breve discusión en la que esperamos poder hacer más explícita tanto la posición de Noelle-Neumann como la nuestra. Las teorías que prevalecieron en el XIX y el XX no presentaron a ningún individuo racional dentro de la masa, con capacidad y autonomía crítica. Más bien parece lo contrario.

Efectivamente, aunque Noelle-Neumann insiste a lo largo de su trabajo en la idea de que la imitación y el miedo al asilamiento son nuestras dos únicas estrategias de aprendizaje, en la cita anterior ella deja la puerta abierta a otras estrategias, de modo que no son exclusivamente esas dos las opciones para incrementar nuestro bagaje de conocimientos.

De ser esas dos las únicas estrategias, las personas careceríamos de ninguna inventiva para crear nuevas ideas, incluso seríamos incapaces de decidir y ni siquiera podríamos acceder a otras ideas y comprensiones por lo que imitamos o por lo que desestimamos. Sin duda la cuestión es con diferencia mucho más compleja de lo que se nos presenta. Salvo en el primer periodo de nuestras vidas, lo que realmente nos permite aprender hasta el extremo de constituir el mismo fundamento de nuestra capacidad para decidir –qué imitamos, qué rehusamos– es precisamente nuestra propia racionalidad. Es más, la racionalidad –muy sintéticamente, la habilidad en el empleo de la lógica formal– y la imitación, poco más allá de llevarnos a aceptar alguna pauta o de rechazarla, no nos parecen condiciones apenas compatibles entre sí ni siquiera como presupuestos del aprendizaje, particularmente si se trata de un aprendizaje auténticamente racional.

Pero, por si aun nos quedaran dudas sobre esto último, la misma Noelle-Neumann nos ofrecerá hacia el final de su trabajo la siguiente definición de racionalidad:

[...]la adquisición consciente de conocimiento mediante la razón y la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos a partir de ese conocimiento. La adquisición de conocimientos y la formación de juicios suponen el uso de transformaciones y deducciones lógicas. [...] La racionalidad aprehende así diferentes campos objetuales de los que se pueden derivar inferencias lógicas. El conocimiento de esos campos está configurado, pues, por la lógica, la causalidad y la consistencia. Los productos del pensamiento lógico son convincentes razonables y comprensibles intersubjetivamente.

(op. cit. 281)

Sobra cualquier añadido para aclarar la importancia de la racionalidad en el mismo proceso de aprendizaje al margen de la imitación y del miedo al asilamiento.

Lo cierto es que todas estas teorías sobre la psicología social y la psicología de masas a las que nos venimos refiriendo aparecieron en el contexto decimonónico del romanticismo, una visceral reacción a las aparentemente decepcionantes consecuencias de la racionalidad ilustrada. El romanticismo prolongará su influencia intelectual hasta bien entrado el siglo XX. Bajo su influencia estuvieron Scheler, Le Bon, Spengler, Ortega, Shimel..., herederos todos ellos de la más genuina tradición romántica. Todas estas teorías sobre el comportamiento de los individuos en la masa lo que hacen es negar el carácter racional del hombre para reducirlo a un conjunto de emociones, pulsiones gregarias, primarias y

destructivas. Son la misma negación de la «fe en la racionalidad ilustrada» a la que se acusó de estar en el origen de las violentas revoluciones que sacudieron el siglo XIX y los comienzos del XX, verdadero motivo para la aparición de todas estas concepciones claramente temerosas y precavidas frente a las movilizaciones sociales masivas y a sus intenciones políticas. Por todo ello, la explicación de Noelle-Neumann queda para nosotros muy debilitada.

No obstante su propia constatación en el éxito del segundo punto de vista sobre la racionalidad frente al del instinto, ella se adhiere al primero. Efectivamente, de una manera similar a como lo hacen Le Bon y su cohorte de acólitos, Noelle-Neumann todavía sigue pensando que hay algo compulsivo ligado a las emociones primarias y atávicas en la masa.

Llega al extremo de creer en el mecanismo de sustitución de opiniones como en un cierto instinto ancestral y puro que se hace manifiesto gracias a una cierta percepción cuasiestadística. Ella no lo acaba de ver simplemente como un efecto emergente resultado de una estrategia racional y adaptativa de supervivencia debida a la cooperación y la convivencia en sociedad, basada en la antropológica y utilitaria división del trabajo. Por eso es que al referirse específicamente a las masas al final desarrolla un discurso que nos resultará sumamente familiar y perfectamente asimilable a todas aquellas visiones de la psicología social de las que, paradójicamente, ha acusado de estar en el origen de «la ocultación de su hipótesis sobre la espiral del silencio»:

La gente encuentra cualquier situación emocionante, y a menudo estimulante cuando forma parte de una multitud[...] ¿Procede esta sensación de pertenencia de factores filogenéticos, de un estado de seguridad y de fuerza debido a que el individuo se libera por unos instantes del miedo al aislamiento?

(op. cit. 153)

[...]Estas masas nacen con el único objeto de alcanzar el clímax emocional que se produce al participar en una turba espontánea: la sensación de reciprocidad, la intensa excitación, la impaciencia, la sensación de fuerza y de poder irresistible, el orgullo, el permiso para ser intolerante, la pérdida del sentido de la realidad. A los miembros de de estos grupos nada les parece imposible; pueden creer cualquier cosa sin ponderaciones prolijas; les resulta fácil actuar sin responsabilidad y sin exigencias de constancia.

(op. cit.151)

A partir de aquí seguro que podemos entender mejor la afirmación que hace Noelle-Neumann de que la atribución de racionalidad a la Opinión Pública por cualquiera solo puede suponerle el mismo desengaño que le supuso a Ezra Park. Como acabará por sentenciar el capítulo XIV titulado *Vox populi, vox Dei* “No es la razón la que hace digna de ser tenida en cuenta a la opinión pública, sino precisamente todo lo contrario: el elemento irracional, el elemento de futuro, de destino” (op. cit. p. 232).

Una vez que Noelle-Neumann ha fijado su posición en cuanto a la racionalidad de la opinión pública preferimos dejar para otro momento más adecuado nuestra correspondiente consideración crítica cuando volvamos a la discusión que ella desarrolla hacia el final de su obra. Para concluir con las aportaciones de Noelle-Neumann a la noción de «masa», nosotros entendemos muy oportuna y pertinente la diferenciación que realiza entre dos clases de masa:

Las masas abstractas, latentes, y las masas concretas, efectivas, siguen leyes diferentes. En el primer caso se componen de personas con miedo al aislamiento; en el segundo, carecen de ese temor. La sensación de reciprocidad es tan penetrante en la masa concreta, que los individuos ya no necesitan asegurarse de cómo tienen que hablar o actuar. En una unión tan densa son posibles incluso cambios dramáticos.

(op. cit. 152)

Esta sentencia aparece al final de un capítulo XII, *La toma de la Bastilla. Opinión pública y psicología de masas*. El uso que hace Noelle-Neumann al distinguir entre las masas abstractas y latentes frente a las masas concretas y efectivas es adecuado a sus intenciones. La diferencia según se pueda experimentar el miedo al aislamiento o no en cada una. Deduce de su análisis previo que las masas concretas quedan liberadas de este freno por la misma proximidad que las une y que las identifica al punto de llegar a perderse la individualidad:

[...] Estas masas nacen con el único objeto de alcanzar el clímax emocional que se produce al participar en una turba espontánea: la sensación de reciprocidad, la intensa excitación, la impaciencia, la sensación de fuerza y de poder irresistible, el orgullo, el permiso para ser intolerante, la pérdida del sentido de la realidad. A los miembros de de estos grupos nada les parece imposible; pueden creer cualquier cosa sin ponderaciones prolijas; les resulta fácil actuar sin responsabilidad y sin exigencias de constancia.

(op. cit. 151)

Esta descripción de las masas concretas aproxima a Noelle-Neumann a las concepciones de Le Bon. Pero, como a la vez ya ha establecido una clara diferenciación entre esas masas concretas, donde se diluiría toda racionalidad, y aquellas masas abstractas, donde su racionalización por el miedo al aislamiento —entiéndase en el mismo sentido que le da From— se convierte en soporte de la opinión pública, nuevamente se vuelve distanciar de los presupuestos extremos de Le Bon sobre esas masas al relativizarlos.

Nosotros podemos albergar serias dudas a cerca de que en las masas concretas no opere también el miedo al aislamiento y una cierta racionalidad colectiva; simplemente por sentido común: en tales circunstancias es menos probable que en otras la disensión por cualquiera de sus integrantes. Pero consideramos muy pertinente la tipología elemental que Noelle-Neumann introduce en las masas al hablarnos de situaciones bien distintas que merecen ser tratadas de forma muy diferente, tal y como ella trata de hacerlo. La confusión procede precisamente del fácil recurso ideológico que encontraron los primeros teorizadores de las masas en la identificación y generalización de una conjetura peyorativa y prejuiciosa fabricada ad hoc para intentar frenar el transcurso de los acontecimientos: las masas, un sucio y andrajoso saco donde cabe todo.

#### **4.1.3. Hanna Arendt: La culminación con una pseudoteoría política sobre las masas**

Precisamente esta última sentencia nos servirá de anticipación para concluir este subapartado dedicado a la idea de masa. Con total intención hemos dejado para el final a una de las más influyentes autoras en el pensamiento político de la segunda mitad del siglo XX. Tanto Noelle-Neumann, Mozón como Habermas se refieren a ella. Hanna Arendt, que reivindicaba su aportación a la teoría política como un legado distinto de la filosofía,

debe a sus orígenes judíos toda una amarga experiencia de persecución y exilio durante la II Guerra Mundial.

Por pura humanidad, resultaría absurdo pensar que su trabajo no haya estado marcado por tan trágicas circunstancias de las que obtuvo una mayoría de sus ideas y concepciones políticas. A la fuerza su posición radical en la defensa de la libertad y la democracia como sistemas políticos para la organización de las sociedades modernas debe mucho a su experiencia personal. Precisamente fue por eso que construyó una explicación basada en la oposición contradictoria de las democracias liberales frente a los modelos de estado a los que consideró en absoluta contraposición a ellas: los regímenes totalitarios.

El éxito de su teorización política se debe en gran parte a la oportunidad con la que su trabajo apareció publicado tras la II Guerra mundial, cuando el régimen nazi alemán, como derrotado y verdadero responsable en todas las iniciativas de guerra, pudo ser presentado ante el mundo como el culpable de esa tragedia humana. Pero claro, en el contexto de la guerra fría que siguió a la victoria aliada, también resultó muy oportuno hacer corresponsable de la dramática situación de la guerra y la posguerra a la entonces Unión Soviética estalinista, con lo que la inclusión por Arendt de esa experiencia política equiparándola a la de la del régimen nazi en su explicación sobre el totalitarismo la llegarán a convertir en uno de los autores con mayor reconocimiento y proyección intelectual durante la segunda mitad del siglo XX. Su obra más universal, *Los orígenes del totalitarismo*, salió a la luz por primera vez en 1951.

Arendt señala múltiples factores que favorecieron o directamente provocaron la aparición de los regímenes a los que ella presenta como totalitarios en exclusiva, sin que al menos llegase a hacer extensiva esta consideración para muchos sistemas dictatoriales entonces vigentes en distintas partes del mundo, muy a pesar de que todos ellos habían suprimido el régimen de libertades de sus ordenamientos jurídico-políticos.

Con total independencia de la validez que a nuestro juicio poseen buena parte de sus postulados políticos, uno de los argumentos nucleares que despliega ésta autora para explicar el totalitarismo se centra en su caracterización de las masas. La razón es evidente. Para su amarga experiencia personal le debió resultar incomprensible el innegable apoyo popular que llegaron a recibir, tanto el régimen nazi por un lado, como el sistema soviético por el otro, tal y como ella caracterizó a este último a partir de unas inconsistentes fuentes de datos de las que duda ella misma a pié de página.

Seguro que fue absolutamente decepcionante para ella el comprobar cómo eran popularmente aceptados —a veces hasta aclamados— las persecuciones y los crímenes cometidos en nombre del poder, los mismos que ella y sus personas afines y próximas sufrieron sin recibir apoyo alguno, y ni tan siquiera llegar a comprobar apenas alguna reacción minoritaria organizada en la resistencia o protagonizada por algún filántropo asilado que fuera contraria hacia esas acciones criminales. Tuvo que ser una experiencia realmente muy penosa y exasperante.

En el capítulo titulado *Una sociedad sin clases* parece centrarse en esta labor de postular el «sórdido» poder de las masas. Inevitablemente, si lo que desea es explicar el apoyo de sus poblaciones a los que ella considera indiscutibles ejemplos de totalitarismo, no le quedará otro remedio sino atribuir a los sujetos que masivamente brindaron su sustento social al poder totalitario las propiedades de las «intrínsecamente perversas y manipulables masas»:

Sería más erróneo olvidar,[...], que los regímenes totalitarios, mientras se hallan en el poder, y los dirigentes totalitarios, mientras se hallan con vida, «gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas» hasta el final.

(Arendt 2007, 432)

En su arraigada convicción de que la responsabilidad del fenómeno totalitario recae directamente por su oscura naturaleza sobre las masas, Arendt llega al extremo de soslayar otras posibles causas:

Tampoco puede atribuirse su popularidad a la victoria de una propaganda dominante y mentirosa sobre la ignorancia y la estupidez. Porque la propaganda de los movimientos totalitarios que precede y acompaña a los regímenes totalitarios es inevitablemente tan franca como mendaz, y los dirigentes totalitarios comienzan usualmente sus carreras jactándose de sus delitos pasados y perfilando sus delitos futuros.

(op. cit. 433)

Completa el argumento haciendo una generalización absolutamente despreciativa hacia las masas a las que atribuye una naturaleza criminal y a las que ahora se refiere como populacho: “No es nada nueva la atracción que para la mentalidad del populacho supone el mal y el delito. Ha sido siempre cierto que el populacho acogerá satisfecho los «hechos de violencia con al siguiente observación admirativa: serán malos, pero son muy listos»” (op. cit. pp. 433, 434).

Para Arendt es un hecho que la materia social de la que están hechos los movimientos totalitarios, las masas, es distinta de la que constituye la ciudadanía organizada en partidos políticos y organizaciones de representación de intereses:

Los movimientos totalitarios pretenden organizar a las masas, no a las clases como, los antiguos partidos de intereses de las naciones-estado continentales; no a los ciudadanos con opiniones acerca del gobierno de los asuntos públicos y con intereses en éstos, como los partidos de los países anglosajones.

(op. cit. 435)

Y así, con la mera apariencia de una conclusión terminará por ofrecernos una completa definición de lo que ella entiende por las masas:

[...] Los movimientos totalitarios son posibles allí donde existen masas que, por una razón u otra, han adquirido el apetito de la organización política. Las masas no se mantienen unidas por la conciencia de un interés común y carecen de esa clase de diferenciación que se expresa en objetivos limitados y obtenibles. El término masa se aplica sólo cuando nos referimos a personas que, bien por su puro número, bien por indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común, en los partidos políticos, en los gobiernos municipales o en las organizaciones profesionales y los sindicatos. Potencialmente existen en cada país y contribuyen a la mayoría de esas muy poderosas personas neutrales y políticamente indiferentes, que jamás se adhieren a un partido y rara vez acuden a votar.

(op. cit. pp. 438,439)

Nosotros podemos coincidir con Arendt en el fondo de la cuestión por lo que tiene de denuncia de la pasividad y complicidad del público frente a los crímenes políticos. No obstante, a nuestro parecer, ni el puro número, ni la indiferencia de quienes no se integran en otras organizaciones de representación de intereses sociales o políticos, son en absoluto un argumento que deba ser tomado en cuenta por la racionalidad científica para explicar el surgimiento de los sistemas totalitarios. Semejante definición no alcanza ni siquiera la categoría de conjetura científica y mucho menos es una explicación apenas cuasi-racional: es incapaz de ofrecer razones por las que las masas adquieren inesperadamente el apetito de «organización política», algo de lo que, por otro lado, normalmente están exentas según postula la propia Arendt.

Incluso las ideas de Le Bon, a las que de alguna manera se las podría asimilar, tienen más valor explicativo que sus presupuestos argumentativos. ¿Por qué tienen que ser precisamente esas personas, y exclusivamente ellas, las que llegado el momento colaborarán con la organización de los posibles movimientos totalitarios o les cederán su apoyo? ¿Por qué precisamente ese segmento de la población que no se reconoce en las instituciones políticas de representación de intereses tiene una naturaleza criminal legitimadora de los abusos del poder? ¿Acaso existe una explicación procedente de la psicología social, quizás alguna investigación empírica que aporte los datos para llegar a semejantes conclusiones?

A la vista está que su definición resulta sólo como una consecuencia por su necesidad de explicar el éxito popular de los movimientos totalitarios sin más fundamento que sus prejuiciosas concepciones. Arendt se limita a reelaborar un discurso hecho a la medida y a sembrarlo en el terreno perfectamente abonado por las trágicas consecuencias de la II Guerra mundial y también por sus causas aparentes, el régimen nazi y el bolchevismo soviético. Este discurso encontrará en ese mismo terreno un perfecto arraigo sobre la tremenda acumulación teórica y especulativa acerca de las masas que se produjo desde finales del siglo XIX hasta la II Guerra Mundial.

Entonces cabe preguntarse ¿Por qué Arendt quiere establecer esa artificiosa diferenciación entre el público activo y participante en las organizaciones de representación de intereses y las «ponzoñosas masas»? A nosotros nos parece que es un mero subterfugio para señalar hacia un sistema institucional distinto del que ella piensa que se constituye en los regímenes totalitarios. Según Arendt, en ellos la fuente de legitimación del poder político descansa directamente sobre su reconocimiento por las masas. En cambio, el sistema democrático liberal supuestamente quedará a salvo de los excesos del poder totalitario tan sólo porque una parte significativa de la ciudadanía se sustrae a las masas y se organiza en esas instituciones de representación de intereses que participan y contribuyen desde la esfera pública al proceso consensuado de toma de decisiones políticas, supuestamente otorgando legitimidad al gobierno democrático de esa manera.

Lo cierto es que la distinción entre esta ciudadanía responsablemente democrática y las masas es puramente formal y no tiene por qué corresponderse con la realidad. Ahora bien, aunque, como veremos en el próximo subapartado, esa puede ser precisamente la misma diferenciación convenientemente matizada que hace Habermas entre masa y público, no obstante la naturaleza de ambas formas institucionales no está prefijada de antemano y según las presenta Arendt siguen una progresión en la historia que no se corresponde con la que desarrollará Habermas. Su explicación a partir de ellas se queda en una conjetura elaborada ad hoc hasta el extremo de no poder ser presentadas ninguna de estas formas como situaciones claramente diferenciadas y alternativas. Todo lo más a lo que pueden llegar es a ser complementarias dentro de cualquiera de los sistemas posibles.

En el estado totalitario no desaparecen las instituciones corporativas, incluso en apariencia ocurre lo contrario. Y en los sistemas formalmente democráticos sigue existiendo esa gran masa de ciudadanos neutrales que se abstienen de participar en las instituciones y en los procesos formalmente democráticos: las masas. Sólo hay que ver los crecientes índices de abstención y de desafección política que se registran en las democracias occidentales elección tras elección, la baja afiliación sindical y la falta de tejido asociativo en muchos de estos países en los que el funcionamiento de su sistema político se reduce prácticamente al relevo alternativo de los dos principales partidos políticos en el gobierno.

Efectivamente, como una prueba más de lo que venimos exponiendo, su propia línea de argumentación le conduce irremisiblemente a cuestionar los endebles supuestos básicos sobre los que se sustentaba en aquel momento el sistema democrático a la luz de los acontecimientos políticos previos en la emergencia de los gobiernos totalitarios:

Entonces hicieron evidente lo que ningún otro órgano de la opinión pública había sido capaz de mostrar, es decir, que el gobierno democrático había descansado tanto en la aprobación tácita y en la tolerancia de secciones indiferentes e indiferenciadas del pueblo como en las instituciones diferenciadas y visibles del país. Así, cuando los movimientos totalitarios invadieron el Parlamento con su desprecio por el gobierno parlamentario parecieron sencillamente inconsecuentes; pero en realidad lograron convencer al pueblo en general de que las mayorías parlamentarias eran espurias y no correspondían a las necesidades del país, minando así el respeto propio y la confianza de los gobiernos que también creían en la regla de la mayoría más que en sus constituciones.

(op. cit. 440)

Pero claro, Arendt necesita entonces ofrecer alguna explicación para poder demostrar de donde provenía esa debilidad política de las instituciones diferenciadas y visibles del país frente a las secciones indiferentes e indiferenciadas del pueblo. Y tal explicación la encuentra en una sorprendente y desconcertante suposición sobre la reciente historia institucional de las sociedades industriales:

La ruptura del sistema de clases, la única estratificación social y política de las naciones-estado europeas, fue, ciertamente, «uno de los acontecimientos más dramáticos de la reciente historia alemana» y tan favorable para el auge del nazismo como la ausencia de estratificación social en la inmensa población rural en Rusia[...] La indiferencia ante los asuntos públicos, la neutralidad en los asuntos políticos, no son en sí mismos causa suficiente para el auge de los movimientos totalitarios. La sociedad competitiva y adquisitiva de la burguesía ha producido la apatía, incluso la hostilidad, hacia la vida pública no sólo, y ni siquiera primariamente, en los estratos sociales que fueron explotados y excluidos de la participación en la dominación política del país, sino, en primer lugar, dentro de su propia clase.

(op. cit. pp. 440,441)

Es decir, paradójicamente Arendt entiende que los orígenes de la desafección política, lejos de tener su causa en la compartimentación de la sociedad en unas clases que se perciben entre ellas como rivales en su disputa por la dominación política y por la riqueza económica, justamente se debe a la posible inexistencia de tal división de la sociedad en estas clases sociales. ¿Acaso es que Arendt piensa que las organizaciones políticas para la

defensa de sus intereses de las clases, los partidos, sirven para ocultar la realidad del conflicto entre ellas en lugar de hacerlo explícito en la esfera pública?

Según ella, la misma mentalidad burguesa es la que lleva a excluirse a una parte de la burguesía en su lucha por la supervivencia de la pesada responsabilidad de los asuntos públicos (*ibidem*).

Para pretender explicar como la deriva de las modernas sociedades de masas pudo orientarse hacia el totalitarismo, Arendt distingue entre las organizaciones del populacho del siglo XIX y los movimientos de masas del siglo XX. Según ella, el individualismo caracterizaba tanto al populacho como a la burguesía en el XIX, así los movimientos totalitarios pueden justamente afirmar que son los primeros partidos antiburgueses en el XX:

La relación entre la sociedad de clases dominada por la burguesía y las masas que emergieron de su ruptura no es la misma que la relación entre la burguesía y el populacho. [...] Las masas no heredan, como el populacho [...], las normas y actitudes de la clase dominante, sino que reflejan en alguna forma y de alguna manera pervierten las normas y las actitudes hacia los asuntos públicos de todas las clases. Las normas del hombre-masa se hallan determinadas no sólo, ni siquiera primariamente, por la clase específica a la que perteneció una vez, sino más bien por las influencias y convicciones omnipenetrantes que eran tácita e indiferenciadamente compartidas por todas las clases de la sociedad.

(op. cit. 442)

De esta manera tan misteriosa como artificiosa, Arendt ya ha pretendido establecer que las masas emergieron en el momento de la ruptura de la sociedad de clases como una clara diferenciación del populacho. Tal y como ella sigue argumentando, hasta ese momento:

El hecho de que la mayoría del pueblo permaneciera al margen de todos los partidos y de toda organización política no importaba a nadie y no era más cierto para una clase particular que para otra. En otras palabras, la pertenencia a una clase, sus limitadas actitudes de grupo y sus actitudes tradicionales hacia el gobierno impedían el desarrollo de una ciudadanía que se sintiera individual y personalmente responsable del país. El carácter apolítico del país surgió cuando se quebró el sistema de clases, llevándose consigo todo el tejido de hilos visibles e invisibles que ligaban al pueblo con el cuerpo político. La ruptura del sistema de clases significa automáticamente la ruptura del sistema de partidos, principalmente porque estos partidos siendo partidos de intereses, ya no podían representar los intereses de clase.

(op. cit. pp. 442, 443)

La pertinente aclaración que nos ofrece Arendt a todas las dudas que restaban a lo largo de su razonamiento ha hecho perfectamente explícito su oscuro propósito. Según ella, la situación en la que se debe lograr la estabilidad y la legitimidad políticas es aquella en la que la mayoría del pueblo permanece al margen de todos los partidos y de toda organización política por su carencia de preparación ciudadana para ocuparse de los asuntos públicos.

Entonces la cosa no puede estar más clara. Si la principal característica de las masas es su inhibición frente a la política, las masas ya existían antes de que se produjera la ruptura de la sociedad de clases y justamente como una consecuencia de ella. Al menos ya existían en la

imaginativa y prejuiciosa mentalidad de Arendt, porque en ella el pueblo ni participaba, ni debe participar, en política, aunque, al mismo tiempo, eso sea precisamente lo que dice que lo convierte en masa.

Ahora ya sabemos por qué el orden en el que han ido apareciendo las razones ha sido el inverso. Arendt ha presentado primero la conclusión –la ruptura de la sociedad de clases es el origen de las masas– y después la causa. Esta tenía que quedar para el final: la supuesta ruptura de la sociedad de clases es el motivo de que aparezcan las masas tan sólo porque los partidos ya no representan a los intereses de las inexistentes clases. ¿Qué más da si estas clases están por definición permanentemente enfrentadas por el poder político en la defensa de sus intereses? Mientras que estén debidamente representadas, según ella, las clases no son masa, lo serán cuando desaparezca esa representación política de sus intereses aunque las excluya de participar directamente en el proceso político de decisión. Curiosa argucia ¿Cómo podría Arendt establecer si no semejantes fundamentos para una argumentación tan descabellada sin intentar convencernos subrepticamente y de antemano de su conclusión?

Pero el propósito de Arendt tiene otros motivos igual de serios para su fracaso. ¿Por qué hemos de presuponer que la sociedad de clases experimentó alguna ruptura en la Alemania nazi o en la Rusia soviética? ¿Cuál es el fundamento de una afirmación que ella nos presenta categóricamente como un hecho consumado sin aportar ninguna evidencia para demostrarla? ¿Acaso es por su mera declaración como partidos anti-burgueses de las organizaciones que protagonizaron los dos movimientos para ella igualmente totalitarios?

No parece del todo claro a qué intereses de clase pretendieron representar los nazis. Ellos proclamaban no representar a los intereses de ninguna clase en concreto, aunque esto procuraremos aclararlo a continuación. De lo que no cabe ni la más mínima duda es de la clase a la que representaba la organización bolchevique, a la clase trabajadora.

La propia Arendt confiesa que pudo existir un apoyo del empresariado alemán hacia el partido nazi durante los estertores de la República de Weimar. Reputados historiadores avalan la idea de que la corporación Krupp financió y apoyo al partido nazi, y también de que sus filas se nutrieron con una desencantada burguesía golpeada por el Crack del 1929, temerosa de la izquierda y de su programa revolucionario de nacionalizaciones. Incluso hay evidencias de que el partido nazi recibió generosas aportaciones del magnate americano de la industria de la automoción Henry Ford, con cuya causa simpatizaba, y también de que las recibió de la Banca Suiza. A la vista de tales evidencias, su declaración por el partido nazi como organización anti-burguesa parece más aparente y retórica que real. Lo que ocurrió fue que de esta manera los nazis consiguieron reclutar entre sus filas y obtuvieron una parte importante de los votos de la clase trabajadora alemana con los que llegarían al poder. Nada parece indicar que, una vez en el poder, ni la estructura de la propiedad, ni la estratificación social cambiaran significativamente en Alemania más allá de la mejora general de la situación económica heredada del gran Crack de 1929 y de la dramática esclavización y exterminio de las minorías raciales y políticas.

Otra cosa fue lo que ocurrió en la Rusia Soviética, donde el movimiento bolchevique si aspiraba a la superación de la sociedad de clases. De hecho este era uno de sus presupuestos doctrinales. También en esto parece haber un cierto consenso entre los historiadores de que la sociedad rusa llevaba por entonces un importante retraso en el proceso de modernización que ya se había producido en una mayoría de países europeos al que también se refiere Arendt.

La estructura social Rusa aun a principios del siglo XX conservaba bastante de la sociedad estamental del alto medioevo. Todavía no se había producido en Rusia una revolución industrial, la necesaria propulsora de la mecanización del campo como la causa de los excedentes de población rural desocupada y posteriormente desplazada hacia los cinturones industriales de las grandes urbes a la búsqueda de nuevas formas de ganarse la vida trabajando para la naciente industria. El éxodo rural estaba pendiente de producirse y las masas campesinas eran tan cuantiosas como escasa era la población de obreros y trabajadores de una casi inexistente industria. Así pues, lejos de poder suponer la ocurrencia de ninguna sociedad de clases previa que no fuera la estamental, donde apenas si había alguna burguesía porque casi no se realizaba actividad industrial, tras el final de la Rusia zarista los bolcheviques tuvieron que enfrentarse a la titánica labor de industrializar el país, para lo que Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, propuso la NEP. La Nueva Política Económica consistió precisamente en posponer el objetivo de superar las clases sociales hasta lograr un grado de industrialización suficiente mediante la creación de una incipiente burguesía y un nutrido y cuantioso proletariado industrial favoreciendo un fuerte éxodo rural.

Así pues, en Rusia no se produjo más ruptura de la sociedad de clases que la de completar la transición desde la estructura social estamental hacia el nacimiento de una burguesía y un proletariado industrial a costa de la población rural. Eso más bien parece la promoción de una sociedad de clases en el sentido al que se refiere Arendt, justo lo contrario de lo que postula ella que sucedió.

Evidentemente, Arendt está convencida de haber sentado su razonamiento sobre unos fundamentos que cree son bien sólidos, pero resulta que sólo lo son en su apariencia. Al igual que hiciera Ortega y Gasset, entonces prosigue adelante con absoluta determinación convirtiendo el resto de la argumentación en una ilusoria y pormenorizada explicación sobre cómo se comportan las clases cuando existen y como lo hacen las masas cuando las sustituyen.

En realidad lo que hace es fabricar un pretendido razonamiento abundando en ideas preconcebidas que acabaran por establecer una conclusión muy cuestionable desde ese mismo punto de vista moral que ella reivindica para el ejercicio regular del poder político: la conveniencia de que la sociedad esté estratificada en clases sociales para evitar su deriva totalitaria. A eso se debe el título del capítulo que es claramente indicativo de su contenido y conclusiones: *Una sociedad sin clases*. Semejante resultado era y es perfectamente conveniente al mantenimiento del status quo político y social de las sociedades capitalistas occidentales: unas democracias liberales estratificadas en clases por su economía de mercado. De ahí el enorme éxito y predicamento que todavía tiene esta obra en los ámbitos intelectuales y culturales de estas sociedades que se encuentran bajo el gobierno de sus burguesías, ilustradas o no.

Para Arendt, debería quedar entonces claro que es una profunda equivocación creer que la progresiva desafección política en estas sociedades sea la lógica consecuencia por el resentimiento de las clases económicamente desfavorecidas y excluidas de la participación política en el poder, dada su teórica falta de preparación para la ciudadanía, pero nosotros no podemos evitar pensar de esta forma. Según ella las cosas no pueden ser de otra manera que como son si lo que se desea es evitar que las «despreciables masas» tomen nuevamente las riendas de un poder ya para entonces totalitario.

Está por demás insistir en que todo eso no es más que una invención de su fecunda imaginación estimulada por las ocurrencias de quienes le precedieron en su convicción de organizar el poder excluyendo de él a una parte significativa de sus sometidos pueblos. A pesar de que la evidente tensión y el resentimiento político entre las clases excluidas sea la mejor de las explicaciones posibles, para poder dar cuenta de cómo el poder totalitario obtuvo el favor popular Arendt se vio obligada a alimentar la superstición sobre un monstruo de mil cabezas que encarnase todo el mal que ella y los suyos habían sufrido: las masas. Lo malo es que las mentiras y las medias verdades nunca han sido un buen antídoto contra el mal.

Por si nos quedaran dudas de esto, ella misma reconoce el magnífico soporte que le otorgó la literatura previa a su pretendida explicación sobre lo mucho que le debe el poder totalitario a las «perversas masas»:

Eminentes investigadores y políticos europeos habían predicho desde comienzos del siglo XIX la aparición del hombre-masa y la llegada de una época de las masas. Toda una literatura sobre el comportamiento de las masas y la psicología de las masas había demostrado y popularizado el conocimiento, tan familiar a los antiguos, de la afinidad ente democracia y dictadura, entre la dominación del populacho y la tiranía. Habían preparado a ciertos sectores políticos conscientes y superconscientes del mundo instruido occidental para la emergencia de demagogos, para la credulidad, para la superstición y para la brutalidad.

(op. cit. 444)

Pero a esa literatura ya nos hemos referido, y seguiremos refiriéndonos en lo sucesivo.

Ya por último, queremos dejar perfecta constancia de nuestro acuerdo con una parte significativa de las preocupaciones de Arendt sobre el concepto y la realidad del totalitarismo, entendido este como un poder político caracterizado por el empleo desproporcionado de la fuerza y la coacción para ahogar la libertad en todos los órdenes de la vida humana. Sobra decir que además de reconocer la realidad de tales formas políticas, también somos radicalmente contrarios a su mera existencia. A pesar de nuestras coincidencias, concluiremos este subapartado con un escueto ejemplo de los argumentos con los que, paradójicamente, Arendt todavía pretenderá sustentar hasta el final del capítulo sus conclusiones basadas en sus prejuicios antipopulares, en su consideración despreciativa hacia un pueblo que aparece tratado como populacho, ejemplo en el que se mezclan realidad y fantasía a partes iguales:

[...] Sólo el populacho y la élite pueden sentirse atraídos por el ímpetu mismo del totalitarismo, las masas tienen que ser ganadas por la propaganda. Bajo las condiciones del gobierno constitucional y de la libertad de opinión, los movimientos totalitarios que luchan por el poder pueden emplear el terror sólo hasta un determinado grado[...]

(Arendt 2007, 474)

Como es sobradamente conocido, en la experiencia alemana los nazis lograron el apoyo popular antes de suprimir las garantías constitucionales y la libertad de opinión. No es de extrañar que Arendt haya experimentado tales problemas para la recepción de sus ideas por la teoría política teniendo en cuenta los cada vez más exigentes criterios metodológicos que requiere la práctica de esta disciplina científica.

#### 4.1.4. La idea de público: la relación entre el pueblo y su poder político

Una vez hemos hecho las aportaciones, filtradas por nuestra crítica, de los que nosotros consideramos algunos de los más relevantes antecedentes teóricos del concepto de masas, trataremos de estudiar el de público y el por qué de que esta idea esté en el mismo fundamento de la opinión, convencionalmente caracterizada como pública.

El DRAE (Diccionario de la Real academia de la Lengua) ofrece los siguientes significados para el término *público, ca.* (Del lat. *publicus*), 1. Notorio, patente, manifiesto, visto o sabido por todos, 2. Vulgar, común y notado de todos, 3. Se dice de la potestad, jurisdicción y autoridad para hacer algo, como contrapuesto a *privado*, 4. Perteneciente o relativo a todo el pueblo, 5. Común del pueblo o ciudad, 6. Conjunto de las personas que participan de unas mismas aficiones o con preferencia concurren a determinado lugar, 7. Conjunto de las personas reunidas en determinado lugar para asistir a un espectáculo o con otro fin semejante.

De este conjunto de significados ya es perfectamente posible obtener otros significados actualizados de los que podremos valernos para nuestro propósito, pues los cinco primeros podrían resumirse en otros dos que sirven para enlazar su campo semántico con el de la dimensión político-institucional de la opinión tenida por pública. Un primer significado hace referencia a una autoridad o poder expuesto a la consideración de todos y un segundo significado nos habla de manera explícita de lo común o perteneciente a una comunidad.

A partir de aquí, para reiniciar el rastreo del concepto de lo público, aunque Habermas nos llegue a situar en la misma prehistoria del concepto, recordemos que entre los primeros teorizadores de las masas Tarde se significó de una manera diferenciada a la mayoría de los intelectuales de su época.

En su momento explicamos que Tarde no utilizó el término masa sino un sinónimo con un significado aproximado al suyo, pero menos peyorativo: la multitud. Además vimos que centró más su labor en realizar la distinción entre la multitud y el público por contraste entre ambas realidades que en definir excluyentemente a una y al otro, dejando una frontera laxa y extensa entre ambos. Ya por último, atribuyó a la conversación un enorme poder en la formación de la opinión que rivaliza con el de la prensa, cediendo la suficiente autonomía a los individuos para adecuar sus opiniones entre ellos con bastante independencia frente a las presiones de los poderes instituidos.

Todo ello le otorga cierta distancia de aquellas entonces predominantes concepciones sobre las masas entendidas como conglomerados totalmente inermes y manipulables de individuos. No obstante, ya nos prevenimos contra su visión de las multitudes porque sólo es algo menos pesimista y negativa que aquella otra que su misma generación de intelectuales posee sobre las masas.

Lo cierto es que estas tres razones que hemos reproducido nuevamente hacen que la visión de Tarde sobre las multitudes esté más próxima a la caracterización de un público que la de cualquiera otro de los pertenecientes a la cohorte de acólitos de Le Bon, que por ese entonces estaban más ocupados en alertarnos contra la llegada de las «amenazantes masas» que en cualquier otra cosa. No obstante, será el propio Tarde el que insista en caracterizar al público y a la multitud de una manera diferente. Recordemos que lo hace al reclamar la realización de una psicología del público alternativa a la de las multitudes:

[Un público...] entendido en este otro sentido, es decir, como una colectividad puramente espiritual, como una dispersión de individuos, físicamente separados y entre los cuales existe una cohesión sólo mental. De dónde procede el público, cómo ha nacido, cómo se desarrolla; sus variedades; sus relaciones con sus directores, sus relaciones con la multitud, con las corporaciones, con los estados; su potencia para bien o para mal y sus formas de sentir y obrar; ahí está lo que nos proponemos investigar en este estudio.

(Tarde 1986, 43)

También encontramos procedente volver a remitirnos aquí a aquella larga cita en la que abunda en las diferencias entre público y multitud dando respuestas a parte de las cuestiones que dejó planteadas en la cita anterior (Tarde, 1986, p. 50). No consideramos pertinente reproducirla nuevamente para no ser redundantes, pero remitimos a su relectura. Con aquellas ideas que vierte en dicha cita deja claras las difusas fronteras existentes y la condición voluble e intercambiable entre los públicos y las muchedumbres. Justo se trata de aquello que nosotros pretendemos sentar como el resultado de la evolución de las formas institucionales y que derivamos directamente del desarrollo de la historia de la opinión pública según Habermas: la imbricación de masa y público. Ya por último, tenemos que recordar que esa es precisamente una de las conclusiones que fortuitamente Eloy Terrón extrajo del texto de Tarde durante el prólogo que él dedica a la edición en castellano y que no queremos perder la oportunidad de volver a reproducir dada la importancia que para nosotros tiene el argumento:

[...] el autor se enfrenta con el tema de la multitud, pero con un enfoque distinto, pues no sólo se esfuerza en analizar el comportamiento de las multitudes[...] sino que trata de entender el dinamismo de la multitudes en las nuevas condiciones de la civilización[...] es decir de la transformación de las multitudes en públicos bajo los efectos de la aparición de un fenómeno nuevo: los medios que configuran la opinión pública. Los medios, factores del cambio, los aporta la revolución industrial con sus tremendos avances tecnológicos, pero, de hecho, Tarde también llega a afirmar, o al menos lo insinúa, que hasta la opinión pública es nueva.

(op. cit. 27)

Monzón no se distanciará demasiado de esta comprensión de lo público que tanto el diccionario de la RAE como Tarde parecen apuntar. Él, como haremos de forma extensa nosotros mismos, cita a Habermas para resumir a lo público en una cierta idea de la esfera pública que expresa de la siguiente manera:

Cuando las personas salen de la esfera de lo privado y, a través de la comunicación y el diálogo, se interesan por el acontecer público, ocupan un espacio en la vida social que se encuentra expuesto a la mirada de los demás. Es el espacio público formado por aquellas personas que dialogan y discuten en la calle, los cafés, las plazas, el parlamento, los foros, y sobre todo, en los medios de comunicación. La comunicación crea una nueva realidad que convierte en públicas las opiniones que participan en ella.

(Monzón 2006, p. 33)

Tras realizar otras aportaciones al concepto, Monzón opta por abordarlo contrastándolo con otros que le son afines y que guardan una proximidad semántica con el concepto de

público, algunos de las cuales ya los hemos tratado en el curso de nuestra argumentación. De esta forma se refiere a las siguientes categorías:

- 1) *Pueblo*. Hace referencia al conjunto de ciudadanos que forman parte de una comunidad o estado. (sic)[...]
- 2) *Población*. Así como «pueblo» es un concepto jurídico y antropológico población es un concepto estadístico y demográfico. Nos conduce al número de habitantes de un país región o Estado[...]
- 3) *Electorado*. Hay algunas definiciones que reducen a la opinión pública a aquella que se manifiesta en las urnas y sitúa al sujeto en el cuerpo electoral.[...]
- 4) *Muchedumbre*. Cuando los individuos manifiestan conductas semejantes pero se dirigen a diferentes lugares y no comparten ningún objetivo se puede hablar de un agregado o agregación. [...] Si estos agregados encuentran un foco común de atención, pueden convertirse fácilmente en una muchedumbre o una multitud.[...]Las muchedumbres se diferencian claramente de los públicos, porque las primeras suelen estar concentradas en un lugar, mientras los segundos tienen a sus miembros dispersos. [...]
- 5) *Multitud*. Una multitud —dice K. Young— es una masa de individuos que ante un centro común de atención, libera ciertas actitudes, emociones y acciones profundas. Son muchedumbres activas movidas por el odio, la agresividad, el miedo, los intereses, los valores, los prejuicios, las frustraciones y sobre todo, por aquellos rasgos de la personalidad primitiva enraizados en el *ello* y en el inconsciente.[...]
- 6) *Masa*. El concepto masa es tan ambiguo como difusa es la realidad que pretende definir. La segunda mitad del siglo XIX masa y multitud definían prácticamente el mismo comportamiento. [...] Es un concepto negativo que será aprovechado por todos aquellos movimientos sociales e ideologías de signo autoritario de los años treinta para expresar la dependencia, organización y control desde el poder de las masas de ciudadanos. Cuando se habla de masas en la actualidad nos estamos refiriendo a al conjunto de conglomerados sociales, sin organización ni cohesión alguna, expuestos a comportamientos uniformes bajo la influencia y la presión de aquellos organismos que tienen el poder. Las masas están muy lejos de ser el sujeto de la opinión pública, pero siempre que la opinión se encuentra manipulada, controlada o dirigida, el público de la opinión pública se acerca al concepto de masa.
- 7) *Auditorio*. [...] las personas que lo forman a) tienen un propósito definido al saber dónde van y que van a oír y a ver, b) se reúnen en un lugar y tiempo determinado y c) poseen una forma definida de polarización e interacción. Los concepto de auditorio y público se confunden con frecuencia. [...]
- 8) *Audiencia*. Cuando en el proceso de comunicación colectiva [...] el destinatario es un grupo de personas entonces se suele hablar de auditorio, público, audiencia o masa. [...] La audiencia está formada por individuos que buscan satisfacer sus intereses particulares en la comunicación, pertenecen a diferentes agrupaciones[...] y están expuestos tanto a la comunicación de los medios como a la comunicación intragrupo e intergrupo.

(op. cit., pp. 34-37)

Esta oportuna categorización tan minuciosamente realizada por Monzón nos servirá para explicarnos mejor las diferenciaciones que se han venido realizando sobre un concepto cuyo origen común es el que muy atinadamente se encuentra el primero de su lista. Es

decir, el *demos* griego, el *populum romano*, son el mismo término primigenio que nos exige vincular la opinión a su dimensión político-institucional. El pueblo es aquello que Maquiavelo pensaba que debe preocupar al gobernante por encima de todo. Es el sujeto protagonista de la relación entre la sociedad (el pueblo) y su organización política del poder. En tal sentido resulta evidente que cabe concebir una hipotética y utópica sociedad donde el poder político sea ejercido directamente por el pueblo ajustadamente al significado etimológico del término democracia. Pero es absolutamente imposible imaginarse cualquier tipo de poder político sin una comunidad humana, un pueblo, que posibilite su ejercicio, ya sea de una manera consentida o que le sea impuesta. El pueblo es la misma materia prima imprescindible para la producción del poder político.

Efectivamente, desde esta idea antropológica y jurídica del pueblo, tal y como él la refiere, derivaran otras nociones meramente técnicas como la de población, a la que nosotros añadiremos la de audiencia y la de auditorio por entender que tienen también una finalidad excesivamente limitada y muy práctica. Las otras categorías, el electorado, la muchedumbre, la multitud y la masa, sólo han servido para escindir al sujeto original del poder político, al pueblo, en otras formas segmentadas que lo componen en función de la evolución de las formas político-institucionales. A estas tenemos que añadir la categoría de público a la que, por razones obvias, aquí trataremos de forma separada y más extensa como también lo hace Mozn.

A partir de la primera experiencia con pretensiones democráticas registrada en la civilización griega muy a pesar de su reclusión en el oikos de las mujeres y los esclavos y su exclusión del *bios politikos* de estos mismos y de los extranjeros, ya en la modernidad la categoría de electorado surgió por la necesidad de acotar aquella parte del pueblo a la que se reconoce el derecho a elegir durante el proceso de constitución del poder político desde aquel primer intento por retomar el ideal democrático griego. Como documentaremos más adelante, el electorado empezó su andadura tras las revoluciones populares contra el absolutismo con la tremenda limitación de excluir a la mayoría del pueblo: a las mujeres y a los que carecían de propiedad y acceso a la educación más básica. Aquello fue lo que hoy conocemos como el sufragio censitario. El correr del tiempo haría de la reclamación del sufragio universal un poderoso motor político que impulsó los acelerados cambios institucionales en las democracias de masas más avanzadas social y políticamente en el siglo XIX y principios del XX.

Hoy, el sufragio universal apenas excluye del derecho al voto a los menores y a muy pocas personas reconocidas como incapaces por sus limitaciones psíquicas asimilables a la minoría de edad, por supuesto que a salvo por contar todos con la tutela y protección de los poderes públicos. Es decir, el electorado ya comprende a la inmensa mayoría del pueblo, en ocasiones incluidos nutridos colectivos de extranjeros inmigrantes siempre que sean residentes.

Por otro lado, tanto la muchedumbre como la multitud son conceptos muy parecidos que aparecieron como el resultado de escindir al pueblo en aquella parte a la que los poderes conservadores contemplaban con temor por su apariencia «amenazadora» para la organización tradicional de la sociedad. Parten de la misma situación en la que el electorado se encontraba restringido y no son otra cosa que un pretexto para cuestionar la universalización del sufragio. Así lo refiere, por ejemplo, Ortega y Gasset cuando afirma que bajo la especie de la aglomeración, la muchedumbre se hizo visible y se instaló en los lugares preferentes de la sociedad. También lo hace valer Oswald Spengler quien en 1919 todavía cuestionaba el derecho al voto de la masa.

Aunque Mozón cita a Young para definir diferenciadamente ambos conceptos de muchedumbre y multitud, su idea indudablemente piscosociológica de la multitud es perfectamente asimilable a las nociones que nos ofrecen de la misma multitud Tarde, y de la masa Le Bon. Quizás podamos considerar a ambos conceptos, muchedumbre y multitud, como los antecesores del más visceral concepto de masa y por eso habrán de resultar algo menos negativos y más eufemísticos para referirse a los agregados de individuos de los que nos habla Monzón, pero ya escindidos del pueblo.

Lo cierto es que las más importantes y generalmente más utilizadas de las escisiones del pueblo son el público y la masa. Nos interesa reparar en la distinción que Monzón realiza entre la masa tal y como ya sabemos que era vista por una mayoría de autores de la segunda mitad del siglo XIX y como es vista en la actualidad. Aquella comprensión y utilización decimonónica que el mismo Mozón atribuye finalmente a los «movimientos sociales e ideologías de signo autoritario de los años treinta para expresar la dependencia, organización y control desde el poder de las masas de ciudadanos» hoy la presenta algo más atemperada y matizada, si bien no exenta de negatividad. Como él dice, las masas están lejos de ser el sujeto de la opinión pública. Pero, si se dan las condiciones de manipulación y control político del público este se transformará en masa. Monzón coincide así con Tarde en su apreciación de que el público puede degenerar fácilmente en multitud (o en masa).

Nosotros consideramos a esta corrección realizada por el tiempo y a la posible confusión fáctica de ambos sujetos, público y multitud, o masa, como una prueba más de la imbricación de la masa y el público, dadas sus cada vez más difusas y volubles fronteras.

El público parece ser una escisión del pueblo relativamente moderna, aunque por fuerza anterior a su pretendido complemento popular y antagonista, la masa. Habermas sitúa su nacimiento justo en los orígenes de la modernidad. Mozón, tras realizar múltiples citas, concluye con la siguiente definición que también resultará sumamente reveladora para nuestro propósito:

El sujeto de la opinión pública es el público y con este término nos referimos tanto a las minorías cultas e influyentes de la sociedad (como ocurría en los orígenes de la opinión pública) como aquella parte activa de la población, al actuar como personas privadas, se preocupan de los asuntos de interés general. No participan todas con la misma intensidad, pero son personas atentas a lo público, en gran parte informadas y expuestas a los medios de comunicación. Utilizan las redes de comunicación humana para transmitir mensajes y preocupaciones con la conciencia de que participan de la idea o sentimiento común y que esta participación atañe a muchos. El público de la opinión pública goza de un sentimiento de universalidad, de opinión compartida que, al ser pública, actúa como elemento de cohesión y refuerzo. Los medios de comunicación, los grupos de presión, los líderes y el interés personal contribuyen a esta convergencia de opiniones y actitudes en el público.

(op. cit., pp. 38,39)

En coincidencia con Habermas, Monzón nos remite a los orígenes de la opinión pública para señalar la gran limitación con la que nació el público. Por no anticiparnos a la extensa explicación que ofreceremos sobre la teoría de Habermas, aquí nos limitaremos a reseñar nuestro acuerdo con el concepto y sobre todo con la evolución del público y su composición, en el que Monzón hoy incluye tanto a minorías cultas e influyentes como a la

parte activa de la población que se proyecta desde su privacidad en la esfera pública. Le atribuye al público de la Opinión Pública un sentimiento de universalidad en el que un conjunto amplio y heterogéneo de instituciones sociales influyen con mayor o menor éxito.

A ese sentido extenso del público y de quienes lo influyen que nos ofrece Monzón nosotros apenas si añadiríamos sus posibles factores estructurales, particularmente a la ideología, que pretendemos demostrar se encuentra en el sustrato social de la Opinión Pública como elemento antropológico de su «ontogénesis». Lo cierto es que para nuestro objetivo inmediato resulta de gran relevancia la ampliación en su composición del público de la Opinión Pública, ampliación que corre paralela a la evolución general experimentada en su base social de la Opinión Pública por los cambios institucionales ocurridos en las modernas democracias sociales de masas.

Ya por último, para concluir con las aportaciones de Monzón que hemos considerado más relevantes para la idea de público, resumiremos las principales categorías que él reseña en su obra, sus relaciones y los cambios que han experimentado: a partir de una primera escisión del pueblo en el electorado, las categorías que se suceden son precisamente la consecuencia de caracterizar a quienes pueden, y a quienes no, influir en el ejercicio regular del poder político una vez constituido. Entre el público originario se encontrarán los que logran afectarlo con sus opiniones e iniciativas en la toma de decisiones políticas, o bien directamente forman parte del mismo poder político dentro el entramado institucional de selección y establecimiento de la representación.

La muchedumbre, la multitud y la masa son escisiones del pueblo para denotar la incompetencia de una gran parte de este al actuar en el ejercicio regular del poder político. Hoy, esta parte supuestamente sólo puede participar para sancionarlo en su constitución de una manera formal mediante la emisión de su voto. Aunque esto ni siquiera fue así en los comienzos de la modernidad, finalmente el electorado se acabará por convertir con la llegada del sufragio universal en la práctica totalidad del pueblo. En la misma medida que el sufragio se ha ido universalizando, las categorías que escindían y limitaban al pueblo excluyéndolo del poder, la muchedumbre, la multitud y la masa, han ido perdiendo su fuerza y su vigencia a la par que el público ha ido ampliando su extensión y su composición.

Alguien que coincidirá con Monzón, contrariando explícitamente a Habermas, en esa amplitud que caracteriza al público de la opinión pública será Noelle-Neumann:

Tampoco hay restricción respecto al tema de quién es el portador de la opinión que hay que tener en cuenta. Desde este punto de vista, la opinión pública no les pertenece sólo a los que sienten esa vocación o los críticos talentosos, al público políticamente activo de Habermas (1962, 117). Todos estamos implicados.

(Noelle-Neumann 1995, p. 90)

Pero no la hará porque crea que eso es acorde con los tiempos. Como ya sabemos, Noelle-Neumann se muestra particularmente interesada por atribuir el origen de la opinión pública prioritariamente al miedo al asilamiento, y por consiguiente sus investigaciones no excluyen a ningún segmento de la población dejándolo fuera de sus medidas demoscópicas realizadas con la intención de describir lo que ella considera una cuasi-percepción humana: “la capacidad de registrar fiablemente los aumentos de las disminuciones de la aprobación y la desaprobación de las ideas y las personas” (op. cit. 180). Tal capacidad formaría parte de

nuestra naturaleza y todos la poseeríamos con independencia de nuestros orígenes y condición. Aunque prácticamente todas sus investigaciones se centraron en candentes cuestiones de la actualidad política en Alemania durante las décadas de los años sesenta y los setenta del siglo XX, ella tratará de hacer extensivas sus conclusiones a cualquiera de los temas capaces de suscitar algún interés común con independencia de su carácter coyunturalmente político.

No obstante, es fácil entender el acierto de Noelle-Neumann en el diseño y la elección de las encuestas de las que se vale porque, como ha ocurrido desde que el Instituto Gallup realizara sus primeros sondeos de opinión, mayoritariamente estos se han centrado en el interés por anticiparse a determinados acontecimientos políticos, o bien han servido para fundamentar las decisiones políticas en los deseos del público. Resulta llamativo ese interés que Noelle-Neumann muestra por generalizar el objeto de la opinión para poderlo adecuar a su hipótesis psicosociológica como una característica de la ignota y general naturaleza humana. Al final, la práctica totalidad de los temas que eligió acabaron por tener una naturaleza política, confirmando sin pretenderlo la dimensión político-institucional de la opinión.

Pero lo que a nosotros nos debe ocupar ahora no es tanto el objeto de la opinión como su sujeto: el público. Lo cierto es que el interés de Noelle-Neumann por generalizar sus conclusiones al conjunto de la población la empujaron a aceptar que nadie debe quedar excluido de la opinión, dejando fuera de sus consideraciones cualquier posible escisión del pueblo tomado en su sentido antropológico. A ella la preocupa particularmente la distinción que intentan hacer los intelectuales:

[...] Los intelectuales, fascinados por el ideal de individuo emancipado e independiente, apenas han caído en la cuenta de la existencia del individuo asilado y temeroso de la opinión de sus iguales. [...] Han investigado el *contenido* de la opinión pública, partiendo de que versa sobre temas importantes, de «relevancia pública». También han estudiado de quién es la opinión que se puede considerar como pública concretamente la de los miembros de la sociedad que quieren y pueden expresarse responsablemente sobre los asuntos de relevancia pública, ejerciendo así una misión de crítica del gobierno en nombre de los gobernados. Asimismo han reflexionado sobre las formas de la opinión pública, identificándolas como las que se expresan abiertamente y son, por ello, accesibles a todos, especialmente las que se hacen públicas en los medios de comunicación de masas.

(op. cit. p. 88)

Entonces es verdad que Noelle-Neumann extiende en la opinión al sujeto, el público, al conjunto de la población, y al objeto más allá de la política; todo por su conveniencia para adecuarse mejor a los objetivos de su investigación, pero no es menos cierto que la hipótesis de que esto sea realmente así en el caso del público no es ni mucho menos descabellada. La prueba de ello es que por lo general los diseños de las muestras en los sondeos de opinión, aunque en unas pocas ocasiones se realizan para segregar a grupos de población excluyendo al resto de la muestra, en la mayoría son representativos del total aun a riesgo de registrar altos niveles de no respuesta. En el caso del objeto de la opinión, también es ese mismo diseño el que demuestra que la inmensa mayoría de las medidas demoscópicas están relacionadas con la política o con las necesidades y desafíos que plantea la toma de decisiones por el gobierno o por la administración pública.

Así pues, por su dependencia de los intereses específicos en Noelle-Neumann el público coincide con la totalidad de las personas, es decir con el pueblo, lo cual no tiene por qué dejar de ser una acertada percepción que ya se puede permitir para dar un mejor fundamento a su hipótesis cuando ella elabora su trabajo por primera vez en 1982. Pero a la hora de evaluar lo que ella piensa sobre ese hecho hemos de ser algo más cautos y pensar que, como ya citamos en su caracterización de las masas, no cree que a la opinión pública se le pueda atribuir ninguna racionalidad. Premeditadamente, ella funde al público con las masas de una manera muy distinta y casi opuesta a como nosotros pensamos que está ocurriendo esta fusión.

En su intento por demostrar el origen meramente psicosociológico de la opinión al margen de toda racionalidad, entre la cuantiosa relación de autores que encontró en su exhaustiva búsqueda de enemigos temerosos por su irracionalidad de la opinión pública, Noelle-Neumann todavía nos ofrecerá otra interesante aportación acerca de la evolución del público en la que, si le damos la vuelta, nos resultará muy interesante reparar. En una cita que nosotros reproducimos directamente de su obra después de resultar infructuoso nuestro intento por localizar la tesina de la que procede, Alexis de Tocqueville explica cómo es que la igualdad causa el predominio de la opinión:

[...]Si examinamos[...] El noble ha bajado en la escala social y el plebeyo ha subido. Uno desciende cuando el otro asciende. Cada medio siglo está más cerca, y pronto van a encontrarse. Esto no es exclusivo de Francia. En cualquier lugar que miremos percibiremos la misma revolución sucediendo en todo el orbe cristiano[...] El desarrollo gradual del principio de la igualdad es, pues, un hecho providencial[...] y que sigue avanzando entre las ruinas que ha provocado[...]

Cuando los rasgos sociales son desiguales y los hombres distintos unos de otros en su condición, hay algunos individuos que disponen del poder de una mayor inteligencia, saber e ilustración,[...]Porque parecería probable que, como todos cuentan con los mismos elementos de juicio, la mayor verdad debería ser la de la mayoría[...]

(op. cit. pp. 123,124)

Efectivamente, si quisiéramos buscar un mejor precedente para explicar porqué la base social que constituye a la opinión se ha ido ampliando gradualmente hasta ser una firme promesa para abarcar al todo social, muy probablemente no lo encontraríamos. Gracias a esta breve e insospechada cita sabemos que Alexis de Tocqueville dio con la clave precisa que explica el largo proceso histórico que va desde su tiempo hasta la actualidad y que él tuvo la afortunada intuición de ver ya por aquel entonces.

El problema es que Tocqueville, lejos de ver en ello una oportunidad para la condición humana vio una seria amenaza para su futuro:

Siempre que las circunstancias sociales son igualitarias, la opinión pública presiona las mentes de los individuos con una fuerza enorme. Los rodea, los oprime y los dirige. Y esto se debe mucho más a la propia constitución de la sociedad que a las leyes políticas. Cuanto más se parecen los hombres, más débil se vuelve cada uno de ellos en comparación con los demás. Como no percibe nada que le eleve considerablemente por encima de los demás o los distinga de ellos, pierde la confianza en sí mismo cuando le atacan. No sólo desconfía de su fuerza sino

también del derecho. Y se halla muy cerca de reconocer que está equivocado cuando la mayoría de sus compatriotas afirma que lo está.

(op. cit. pp. 124,125)

La crítica a esta reflexión se hace evidente por sí misma. La presuposición de que una igualdad absoluta entre los hombres se pueda derivar de unas imposibles circunstancias sociales igualitarias dista tanto de ser real como la aceptación voluntaria de quienes quedan por debajo de los demás en un alternativo orden social premeditadamente desigual. Evidentemente, tendremos ocasión de comprobar cómo Tocqueville se encontraba formando parte de aquella reacción liberal contraria al tránsito desde el Estado liberal burgués de derecho hacía el Estado democrático y social de masas que veremos cuando nos centremos en la evolución de las formas institucionales según Habermas y otros autores. Tocqueville está entre los primeros que empezaron a clamar contra las masas sin llegar a referirse a ellas.

Noelle-Neumann, como tendremos ocasión de ver más adelante, recurrirá también a otros autores en los que se pueda apoyar para negar la racionalidad de la opinión pública. Entre ellos cita de manera detenida a Walter Lippman, quién escribe su obra *Public Opinion* en 1922. En ella, Lippman analiza las limitaciones que él encuentra entre el público para adecuarse a la función que le reserva la teoría democrática liberal. En su enfoque hace al público extensivo a todo el pueblo, pero describe una serie de limitaciones que le incapacitan para decidir o para influir en la marcha de los asuntos públicos de una manera generalizada, tal y como le conviene a Noelle-Neumann. Esencialmente, considera que por lo general nuestra noción de la realidad se reduce a una serie de imágenes mentales fuertemente condicionadas por los estereotipos culturales, institucionales y sociales los cuales nos impiden llegar a comprenderla:

En general denominamos asuntos públicos a los aspectos del mundo exterior que están relacionados con comportamientos desarrollados por terceros y que en alguna medida interfieren con el nuestro, dependen de nosotros o nos interesan. Las imágenes mentales de ellos mismos, de otros individuos, de sus necesidades, propósitos y relaciones constituyen sus opiniones públicas. Las imágenes que provocan reacciones por parte de grupos de grupos de personas, o de individuos que actúan en nombre de grupos, constituyen la *Opinión Pública* con mayúsculas.[...] analizaremos en primer lugar algunas causas de la confusión que en las imágenes mentales introducen con frecuencia en la relación existente entre los individuos y el entorno exterior.[...]

[...] nos centraremos en la manera en la que la continua aparición de mensajes procedentes del exterior se ve afectada por las imágenes almacenadas en nuestra mente, y por nuestras ideas y prejuicios.

(Lippman 2003, p. 42)

Lippman extraerá alguna de sus ideas de la obra del filósofo John Dewey *How we think* al que cita (op. cit. p 81). James E. Grüning y Todd Hunt, tuvieron el relativo acierto de exponer la relación del público con la masa igual que en su tiempo lo hiciera Tarde. Casualmente, en su obra *Dirección de relaciones públicas* citan al sociólogo Herbert Blumberg y también al filósofo John Dewey como autores de un concepto de público obtenido por contraste con el de masas:

Por ejemplo los científicos sociales, las empresas de la investigación comercial y los Relaciones Públicas «miden la opinión pública» a través de encuestas o sondeos. La definición de «público» de Blumer y Dewey deja bien claro que estos sondeos pueden medir opiniones, pero no las de los públicos, sino de las de las masas.

[...] La masa es heterogénea, un público es homogéneo. Los individuos forman una masa no porque tengan algo en común, sino porque todos sintonizan el mismo medio de comunicación o resulta, sencillamente, que viven en la misma ciudad o país. Los miembros de un público, por contra, tienen algo en común. Están afectados por el mismo problema o tema.

Según Blumer, un público es un grupo de individuos que:

1. Se ve enfrentado a un problema o tema.
2. Está dividido en sus ideas respecto a la manera de hacer frente al problema.
3. Discute sobre el problema.

Dewey definió a un público de una forma muy parecida. Dijo que un público es un grupo de personas que:

1. Se enfrentan a un problema similar.
2. Reconoce que el problema existe.
3. Se organiza para hacer algo respecto al problema.

(Grüning, Hunt 2003, pp. 234, 235)

Este concepto, adoptado por la conveniencia de los autores de la obra por resultar conveniente y operativo para el limitado ámbito de sus investigaciones sobre las relaciones públicas, recibirá por nuestra parte la adecuada revisión crítica llegado su momento.

Con independencia de ello también veremos más adelante, a través de las explicaciones de Noelle-Neumann, como Herbert Blumer elabora una teoría con un concepto, magistral en su propia expresión de Noelle-Neumann, sobre una opinión pública racional con la función manifiesta de informar a los grupos políticos sobre las actitudes de los grupos funcionales dentro de la organización social. Para eso dibujará a un público netamente habermasiano. (Noelle-Neumann 1995, 285)

Por su parte John Dewey realiza una aproximación a la idea de público bastante más exhaustiva que la que aparece en la cita de Hunt y Grüning. En su obra *La opinión pública y sus problemas* Dewey dedica el primer capítulo, *En busca del público*, a explicar la aparición del público en función de su peculiar concepto no causal del Estado:

[...] la línea que separa lo privado y lo público debe trazarse sobre la base de la amplitud y el alcance de las consecuencias de aquellos actos que son tan importantes que se deben controlar, sea a través de su constricción o de su promoción. [...] en esta distinción se encuentra la clave de la naturaleza y la función del Estado. [...] el público lo componen todos aquellos que se ven afectados por las consecuencias indirectas de las transacciones, hasta el punto en el que resulta necesario ocuparse sistemáticamente de esas consecuencias. Los funcionarios son quienes vigilan y se ocupan de los intereses así afectados. [...] El

público, en cuanto organizado mediante los funcionarios y las instituciones materiales que se ocupan de las consecuencias indirectas extensivas y duraderas de las transacciones entre personas, constituye el *Populus*.

(Dewey, 2004, p. 65)

Dewey considera al surgimiento del Estado por sus consecuencias y no por sus causas. Ello le lleva a ver a los funcionarios y las instituciones que se ocupan de los intereses del público como el medio para la resolución de los conflictos surgidos entre ese mismo público. Es por esto que no le parece que el público pueda existir antes de que algún problema o comunidad de intereses reconocidos por el propio público le puedan otorgar su estatus político:

La característica del público como un Estado surge del hecho de que todos los modos de conducta asociativa pueden tener unas consecuencias extensivas y permanentes que involucran a otros que no son directamente los implicados. Cuando, a su vez, estas consecuencias son objeto de pensamiento y sentimiento, su reconocimiento supone una reacción para recomponer las condiciones de las que surgieron. [...] Porque la esencia de las consecuencias que exigen la presencia de un ámbito público es el hecho de que se extiendan más allá de los individuos directamente involucrados en su producción[...]

(op. cit. p. 71)

[...] Los afectados indirecta y seriamente para bien o para mal forman un grupo lo bastante distintivo como exigir un reconocimiento y un nombre. El nombre escogido es El Público. Este se organiza y se hace efectivo mediante los representantes que, como guardianes de las costumbres, como legisladores, como ejecutivos, jueces, etc., se ocupan de sus intereses específicos, [...]el público se constituye como un Estado político.

(op. cit. p. 75)

Con independencia de que se trate de una ratificación de la dimensión político-institucional de la opinión en cuanto que la tomamos por pública, lo interesante de esta manera de entender el ámbito de lo público como un hecho marcadamente político es que Dewey primero ha intentado huir de las definiciones causales del Estado, entre las que ha incluido a la racionalidad institucionalizada del poder que apuntara Hegel. Lo hace desde su justificado temor a que cualquier concepto causal del Estado pueda derivar hacia su carácter inevitablemente social desde su misma definición; sobre todo si como lo hace él se le reconoce también su ineludible aspecto político. De hecho, en una forma bastante paradójica, intentará realizar un deslinde parcial entre lo público y lo social que resultará tan peculiar como su convicción sobre ciertos aspectos sociales que él aprecia en lo privado. A ambos supuestos los presentará más basados en la casuística que en las verdaderas regularidades institucionales.

Ese intento por definir lo público como el Estado y, a su vez, separarlo parcialmente de lo social al mismo tiempo que considera social a lo privado, es coherente con la doctrina económica liberal que caracteriza la cultura política de los Estados Unidos y a los constantes intentos de su dirigencia por recluir al Estado y a los asuntos públicos en la marginalidad institucional. Evidentemente esta obra fue escrita antes del New Deal, y también de que la denominación constitucional generalizada con la que bastantes Estados europeos hoy se reconocen a sí mismos sea como Estados democráticos y sociales de derecho.

Un pensamiento social con este relativo sesgo conservador por fuerza también tiene que ver a la masa como a la misma institución limitada y embargada por quienes la dirigen a la que ya se han referido la mayoría de autores de su generación. Pero al igual que hiciera Tarde, efectivamente, Dewey trata de marcar de una manera contrastada la diferencia entre una muchedumbre/masa bien racionalizada y desmitificada frente al público:

[...]Es verdad que hay que tomar muy en cuenta a quienes[...] Han desarrollado una extraordinaria facilidad para sacar provecho de la inercia, los prejuicios y de las adhesiones ciegas de las masas mediante el uso de técnicas que impiden la libre investigación y expresión. Parecería que nos estamos aproximando a un estado de gobierno de unos los promotores de opinión contratados, los agentes publicitarios. Pero el enemigo más peligroso se esconde más bien en trincheras más ocultas.

Los hábitos emocionales y las tendencias intelectuales que dominan a las masas generan condiciones de las que se benefician exclusivamente lo explotadores de sentimientos de la opinión.

(op. cit. pp. 148, 149)

Los seres humanos individuales pueden perder su identidad entre la muchedumbre, o en un acuerdo político, o en una sociedad anónima, o en las votaciones. Pero esto no significa que un misterioso organismo colectivo tome las decisiones, sino que algunas personas que saben lo que tienen entre manos se aprovechan de la fuerza de la masa para conducir a la muchedumbre a su manera, para manipular una maquinaria política, o para dirigir los asuntos de la empresa. Cuando el público constituido como Estado interviene en la configuración de las disposiciones sociales[...] sigue actuando a través de sujetos concretos. Las personas son ahora funcionarios, representantes del interés público compartido. La diferencia es importante. Pero no es una diferencia entre los humanos individuales y una voluntad colectiva impersonal. [...] Los funcionarios son, en efecto, agentes públicos, pero agentes en el sentido de unos factores que hacen el trabajo de otros para determinar y poner de manifiesto las consecuencias que les afectan.

(op. cit. 67)

La de Dewey es una noción cuasi-hegeliana del Estado que él trata de separar por todos los medios a su alcance de su formulación originaria. A nuestros efectos, la composición del público así considerado resulta un tanto ambigua a la hora de permitirnos determinar su extensión, aunque directamente ya él lo identifica con el *populus*. Si nos atenemos a su presupuesto de que el estado y el público se confunden, aunque él quiera cuestionar el carácter social de lo público, es inevitable considerar a toda la sociedad como integrante del público. A esta misma idea contribuye su contraposición entre lo público y lo privado. Pero esto resulta algo difícil de deducir de su forma de argumentar porque limitará los asuntos públicos al alcance social de sus consecuencias. Según el asunto de que se trate, tales consecuencias pueden afectar a toda la sociedad, o solo a una parte de ella. En cualquier caso, no excluye a nadie de formar potencialmente parte del público.

A medida que progresamos en la lectura de su obra esto es precisamente lo que se hace patente. Se ponen de manifiesto, tanto el título de la misma, como su incuestionable preocupación por la existencia del público como elemento nuclear del Estado. Esta

preocupación es claramente indicativa de que el público debe ser tan amplio como heterogéneo, pero al mismo tiempo debe ser único y auto-reconocible. En el capítulo IV titulado *El eclipse del público*, se centra en analizar las causas de la desintegración del público a partir de ciertos factores coyunturales y en proponer las alternativas para recomponerlo:

La era mecánica ha extendido, multiplicado, intensificado y complicado tan enormemente al alcance de las consecuencias indirectas, ha creado conexiones esferas de acción tan inmensas e integradas, sobre un base impersonal más que comunitaria, que el público resultante no puede identificarse ni distinguirse a sí mismo. [...] Hay demasiados públicos y demasiados intereses públicos implicados en los recursos existentes como para poder abrazarlos. El problema de un público organizado democráticamente es primario y esencialmente un problema intelectual, en un grado que no tiene paralelo con los asuntos políticos de épocas anteriores. [...] nuestro cometido concreto es señalar su relación con las dificultades con se topa la organización de un público democrático.

(op. cit. 125)

[...]Un público potencial es capaz de organizarse sólo cuando se logran percibir las consecuencias indirectas, y cuando es posible proyectar instancias que controlan su acción efectiva. Hoy muchas consecuencias se sienten más que se perciben; se sufren, pero no se puede decir que se conozcan, porque quienes las experimentan no pueden rastrearlas hasta sus orígenes. [...] De ahí que los públicos sean amorfos e inarticulados.

(op. cit. 127)

[...]La apatía política, que es producto natural de las discrepancias entre las prácticas reales y los mecanismos tradicionales, surge de la incapacidad del individuo para identificarse con problemas definidos. Éstos son difíciles de encontrar y localizar dentro de las inmensas complejidades de la vida actual. [...] La confusión que ha derivado de la magnitud y las ramificaciones de las actividades sociales ha hecho que los hombres se sientan escépticos ante la eficacia de la acción política. [...] Los hombres se sienten atrapados en la marea de unas fuerzas demasiado amplias como para comprenderlas o dominarlas. El pensamiento se estanca en un punto muerto y la acción se paraliza.

(op. cit. pp. 129,130)

Esta larga cita que resume el capítulo la hemos incluido en su extensión a partir de nuestra convicción de que el problema para la organización de un público cuando Dewey escribía su obra representaba justo el mismo desafío que nosotros hoy vemos en el cauce de su solución con la imbricación de la masa y el público. Dejando perfecta constancia de sus dotes de visionario adelantado a su época, resulta que una de las razones para este logro actualmente consiste justo en la realización de la solución que él propuso:

Los instrumentos intelectuales para la formación de un público organizado son más inadecuados que sus medios abiertos. [...] Hoy disponemos, como nunca lo hicimos antes, de las herramientas físicas de la comunicación. Pero, los pensamientos y las aspiraciones congruentes con ellas no se comunican y, por tanto, no son comunes. Sin esa comunicación el público seguirá ensombrecido e informe, perdido en una búsqueda espasmódica de sí mismo, pero abarcando y

sosteniendo su sombra en vez de su sustancia. [...] Sólo la comunicación puede crear una gran comunidad.

(op. cit. pp. 133,134)

Contribuyendo así a nuestro desarrollo argumental posterior, anticipamos que el espectacular desarrollo de los medios de comunicación y de autocomunicación de masas (Castell, 2009, *pássim*), gracias a las TIC (Tecnologías de la Información), no será la única causa para el resurgimiento del público transformado desde las masas al que hoy asistimos. Como veremos a continuación, el mismo desarrollo social impulsado por el progreso general de las sociedades más avanzadas contribuirá de una manera muy significativa para ese objetivo mediante la extensión de la racionalidad.

No será en vano su comprensión sobre la falta de competencia del hombre medio de entonces por su incapacidad para reconocer las consecuencias de la tremenda complejidad operada en la sociedad y la economía de su tiempo. Por oposición a ello, Dewey se refiere a una idea que él, a su vez, tomará de Lippman: la del individuo «omnicompetente» para diseñar planes políticos, para juzgar sus resultados; competente para saber, en todas las situaciones que exijan una acción política, qué conviene para su propio bien; y competente para hacer realidad su idea del bien y la voluntad de llevarla a la práctica contra fuerzas opuestas. (Dewey 2004, p. 143)

Para concluir este y abrir paso al próximo subapartado, la siguiente cita de Dewey resultará sumamente clarificadora anticipadora de nuestros propósitos “[...] Porque la opinión pública es el juicio que se forman y mantienen quienes componen el público, y se refiere a los asuntos públicos” (op. cit. 153)

#### **4.1.5. Habermas: El surgimiento del público en la historia**

En línea con esta última, la aproximación a la idea de público que mejor se adecua al ámbito institucional, particularmente a la dimensión político-institucional de la Opinión Pública, es el extenso estudio que realiza Habermas sobre la publicidad en HYCOP (*Historia y crítica de la opinión pública*), entendida ésta no en su sentido convencional como el fenómeno de la difusión y promoción comercial, sino como el surgimiento del ámbito de lo público y su diferenciación frente a lo privado. Aunque en las consideraciones preliminares al inicio del subapartado ya realizamos una síntesis muy ajustada sobre ello, ahora nos extenderemos algo más para intentar captar con mayor precisión la tendencia que se sigue en los grandes cambios que originaron la idea de opinión pública y como estos interactúan con los conceptos de público y masa.

Ya en la introducción de su obra, coincidiendo en gran medida con los significados que atribuye el DRAE al término público, Habermas afirma cautelosamente que dicho término se usa con los siguientes significados:

El uso lingüístico de «público» y «publicidad» denota una variedad de significados concurrentes. Proceden de fases históricas diversas y, en su sincrónica aplicación a las circunstancias de la sociedad burguesa industrialmente avanzada y social-estatalmente constituida, se prestan a una turbia conexión.

[...]«Públicas» llamamos a aquellas organizaciones que, en contraposición a sociedades cerradas, son accesibles a todos;[...]Pero ya el hablar de «edificios públicos» implica algo más que la alusión a su accesibilidad general; ni siquiera

tendrían porque estar abiertos al tráfico del público; albergan instalaciones del Estado y ya sólo por eso cabría predicar de ellos la publicidad. El Estado es la «administración pública». Debe el atributo de la publicidad a su tarea: cuidar del bien común, público, de todos los ciudadanos[...]

Con todo, la utilización más frecuente de la categoría en el sentido de la opinión pública, de una publicidad sublevada o sojuzgada, implica unas significaciones que tienen que ver con público, con notoriedad pública, con publicar, pero que no coincide en absoluto con éstos. El sujeto de esa publicidad es el público como portador de opinión pública, y la notoriedad pública está vinculada con la función pública crítica de aquélla;[...]

(Habermas 2002, pp. 41,42)

A partir de estas consideraciones, da inicio a su denso estudio sobre los orígenes históricos e institucionales del concepto de «publicidad». Efectivamente, para Habermas “los significados concurrentes del término proceden de fases históricas diversas [...] en sincrónica aplicación a las circunstancias de la sociedad burguesa socialmente avanzada”. Aceptando que son esas circunstancias las que han hecho variar su significado, tras explicar una primera irrupción de la idea a través de la publicidad representativa estamental a la que ya nos referíamos en las consideraciones preliminares como atributo del señor feudal en su voluntad de hacerse visible por medio de su presencia pública: “[...]en tanto el soberano y sus estamentos «son» el país, en vez de delegarlo meramente, pueden, en un específico sentido de la palabra, representar: ellos representan su dominio, en vez de para el pueblo, «ante» el pueblo. [...]” (op. cit. 47)

Está misma publicidad acabará por derivar en la publicidad burguesa con la llegada de la modernidad:

El proceso en el cual el público compuesto por personas privadas racionantes se apropia de la publicidad reglamentada desde arriba, convirtiéndola en una esfera crítica del poder público, se completa con la transformación del funcionamiento de la publicidad literaria, dotada ya con organizaciones del público y con plataformas de discusión. [...]

(op. cit. 88)

[...] *Finalmente, la publicidad burguesa desarrollada acaba basándose en la ficticia identidad de las personas privadas reunidas en calidad de público en sus roles de propietario y hombre.*

(op. cit. 92)

La cita es indicadora de la enorme limitación con la que nació la publicidad burguesa. La privacidad emanaba de la esfera de la intimidad que, a su vez, estaba recluida en el ámbito de la familia patriarcal, la cual era la norma general en el orden social de la época. La mujer, tanto como las personas sin propiedad y sin instrucción, quedaron todos excluidos de esta incipiente publicidad. Desde ese momento, la evolución de los acontecimientos, las revoluciones y las transformaciones que dan origen al moderno Estado burgués de derecho, fijarán sus funciones políticas a la publicidad burguesa:

La fijación constitucional de una publicidad políticamente activa muestra ya en el artículo central –que afirma que todo poder procede del pueblo– el carácter de una ordenación esforzadamente conseguida recurriendo al poder mismo. Por lo

demás el Estado burgués de derecho pretende, sobre la base de la publicidad políticamente activa, una organización del poder público que preserva la subordinación de este a las necesidades de una esfera privada que se presenta a sí misma como neutralizada desde el punto de vista del poder y como emancipada respecto de la dominación.

(op. cit. 119)

Los párrafos que siguen resultarán claves para el argumento que pretendemos desarrollar y es por lo que los presentamos formalmente autonomizados de su contexto, lo que ni mucho menos significa que puedan tener sentido por sí mismos:

Las normas constitucionales están ancladas en un modelo de sociedad burguesa que en modo alguno coincide con la realidad de esta. Las categorías, sacadas del proceso histórico del capitalismo, también de su fase liberal, tienen incluso un carácter histórico: señalan tendencias (pero no más que tendencias). Así son las «personas privadas» —con cuya autonomía, garantizada socialmente por la propiedad, cuenta el Estado de derecho tanto como con la instrucción del público que ellas forman— una pequeña minoría, incluso cuando se incluye en ellas a la pequeña burguesía. Incomparablemente más numeroso es el «pueblo»[...]

[...]El público anticipa en sus consideraciones la pertinencia de todos los hombres[...] Mientras tanto el público había adquirido ya una forma perfectamente definida; el público lector burgués del siglo XVIII. Esa publicidad sigue siendo literaria cuando desarrolla sus funciones políticas: la instrucción es un criterio de admisión, la propiedad, el otro. [...] Los estamentos instruidos son también los estamentos propietarios. [...]

(op. cit. pp.119, 120)

Habermas denuncia en estos párrafos la, solo en apariencia, legitimidad del Estado burgués de derecho. Supuestamente, esta legitimidad se ha de lograr a partir del hecho de que éste Estado somete al poder público a la acción de la crítica de la publicidad políticamente activa en la esfera privada. Es algo así como que el poder solo se reproduce entonces subordinado a las necesidades de dicha esfera privada que “[...]se presenta a sí misma como neutralizada desde el punto de vista del poder y como emancipada respecto de la dominación[...]”. Pero la realidad de dicha esfera privada es que, aunque en los constituciones aparece referida a la pertinencia e inclusión de todos las personas como genérico de la humanidad, en la práctica el público excluye a las mujeres, a los no propietarios y a los que carecen de instrucción, quiénes, por lo general, coincidirán y son legión en las primeras etapas de ese proceso.

Tal es así que, hasta finales del siglo XIX, la norma electoral en las constituciones fue el sufragio censitario tal y como ya anticipábamos:

Hemos comprobado que el primer Estado liberal tiene un fuerte contenido de clase que se manifiesta en todos los actos del Estado[...] Frente a este Estado de clase se alza un movimiento de sentido democratizador en el que abunda casi toda la población. [...]

Parte del postulado de la igualdad formulado por la revolución francesa como ampliación del enunciado famoso de Rousseau[...] este movimiento se organiza

por cauces conspirativos y revolucionarios. [Pero] los demócratas abandonan las perspectivas revolucionarias y se integran en el ámbito de las instituciones poniendo su objetivo en el logro del sufragio universal[...] contra[...]los representantes censitarios

Entre finales del siglo XIX y el primer tercio del XX se consigue la implantación generalizada del sufragio universal (masculino) en casi toda Europa; el femenino tardará algo más en imponerse[...]

(Guerrero y Cotarelo 2000, pp. 90, 91)

Lo cierto fue que el proceso iniciado por la publicidad burguesa en los comienzos del Estado liberal seguirá su curso natural:

[...]Más tuvieron que observar, los reflexivos coetáneos de la publicidad burguesa desarrollada, cómo ésta rasgaba velos; por lo pronto, el público se va ampliando, informalmente, a través de la divulgación de la prensa y la propaganda; junto a su exclusividad social perderá también la conexión que le aseguraban las instituciones del tráfico social, y perderá también un relativamente alto nivel de instrucción. Los conflictos hasta aquel momento reservados a la esfera privada aparecerán ahora en el escenario de la publicidad[...]

(Habermas 2002, pp. 162,163)

#### **4.1.5.1. La evolución de las formas institucionales: El tránsito del Estado liberal burgués de derecho al Estado democrático y social**

El paso siguiente en la evolución del moderno Estado liberal burgués será el de su progresiva transformación en el actual Estado social. Como ya anticipamos, esta evolución habrá de discurrir dentro del cauce abierto por la misma publicidad burguesa:

[...] Los conflictos hasta aquel momento reservados a la esfera privada aparecerán ahora en el escenario de la publicidad; necesidades de grupos sociales que ninguna satisfacción podían esperar de un mercado autorregulado, tenderán a ser reguladas por el Estado. La publicidad encargada ahora de mediar en las reivindicaciones, se convertirá en el campo de enfrentamiento de intereses, enfrentamiento que adquirirá los rasgos de una disputa violenta. Las leyes, promulgadas bajo la «presión de la calle», difícilmente pueden ahora entenderse como normas emanadas del razonable consenso entre personas privadas que polemizan en público[...]

(op. cit.163)

De Blas Guerrero y Cotarelo acompañan la aparición del nuevo Estado a la generalización de los procesos democráticos:

En todo caso el sufragio universal hace cambiar sustancialmente el mecanismo representativo del Parlamento. Paralelamente a la extensión del sufragio y del ingreso de los ciudadanos en la Administración Pública parece producirse un fenómeno de pérdida política paulatina de importancia de la organización parlamentaria, así como un aumento también de la importancia real de las instancias ejecutivas a medida que las formaciones económico-sociales del modo de producción capitalista van transformándose en sociedades avanzadas

industriales o sociedades de masas caracterizadas por la generalización de los procedimientos democráticos.

(Guerrero y Cotarelo 2000, 92)

Esta transformación de las formaciones económico-sociales es precisamente la que describe Habermas. Reproduciendo aquí las citas al inicio del apartado:

[...] Sobre la base de la separación entre sociedad y Estado podría ciertamente una política intervencionista[...] limitar la autonomía de las personas privadas[...] . La sociedad solo es cuestionada como esfera privada cuando los poderes sociales mismos solicitan la intervención de la autoridad pública y le dan competencias[...]

[...] El intervencionismo viene a ser una traducción política de los conflictos de intereses que no pueden ya seguir desarrollándose en el marco de la esfera privada. [...] Y con la extensión de de la autoridad pública sobre ámbitos privados tiene que ver también el proceso contrario de sustitución del poder estatal por el social. Sólo esa dialéctica de una progresiva estatalización de la sociedad paralela a la socialización del Estado comienza paulatinamente a destruir la base de la publicidad burguesa: la separación entre Estado y sociedad. [...]

(Habermas 2002, pp. 172, 173)

Más específicamente, estos procesos se concretan y arrojan sus consecuencias transformadoras en el orden social y económico capitalista:

Las intervenciones del Estado en la esfera privada desde finales del pasado siglo permiten apreciar que las amplias masas —aceptadas ahora para la gestión política— traducen los antagonismos en económicos a conflictos políticos: a veces e realizan las intervenciones en contra de los intereses de los económicamente más débiles, a veces en su defensa. [...] Pero, por lo general, puede decirse que las intervenciones actúan en provecho del mantenimiento del equilibrio del sistema, equilibrio que no puede ya ser garantizado en el plano del mercado libre. [...]

[...]Un indicio de la creciente actividad estatal lo ofrecen ya las dimensiones del presupuesto estatal[...] Junto a las tradicionales funciones de mantenimiento del orden[...] perceptibles ya en la era liberal, surgen ahora funciones de configuración. La distinción se hace, naturalmente, tanto más fácil cuanto más se va diferenciando a lo largo del siglo XX el círculo de tareas sociales del Estado. Ya hemos mencionado la tarea de protección, reparación y compensación destinada a los grupos económicamente más débiles, los obreros y los empleados, los arrendatarios, los consumidores, etc. (a este ámbito pertenecen, por ejemplo, las medidas tendentes una reorganización del reparto de la renta). [...]Los procesos de concentración no sólo reclaman que la política coyuntural se atenga a un plan; con su tendencia a las grandes unidades, crean también determinados presupuestos que posibilitan una tal política a gran escala: la economía se hace accesible a los métodos econométricos del cálculo económico[...]

(op. cit. pp. 176, 177)

#### 4.1.5.2. La resistencia al cambio y la pérdida del sentido crítico de la publicidad burguesa

No obstante, el cambio se no produjo sin que aparecieran las lógicas reacciones en su contra.

[...]La interpretación liberalista del Estado burgués de derecho es reaccionaria: reacciona frente a la fuerza adquirida en las instituciones de ese Estado por la idea de autodeterminación de un público racionante tan pronto como este es transformado por la entrada de las masas, incultas y desposeídas. Lejos de mantener unidos desde el comienzo a los llamados momentos democráticos con los originariamente liberales, esto es, lejos de haber tenido nunca reunidos los motivos heterogéneos, el Estado burgués de derecho es ahora interpretado bajo el prisma dual del liberalismo. [...] Mill[...] opina que «las cuestiones políticas no deben ser decididas mediante un llamamiento directo o indirecto a la inteligencia o a la voluntad de un conjunto instruido, sino sólo mediante la pertinente consideración de los puntos de vista instruidos y cultivados de un relativamente reducido número de personas especialmente llamadas para esta tarea». Tocqueville comparte la concepción de Mill respecto del *representative government*: la opinión pública determinada por los padecimientos de la masa necesita purificarse mediante los puntos de vista ejemplares de ciudadanos materialmente independientes; la prensa, aun cuando importante instrumento de la ilustración, no basta para este propósito [...]

[...] frente a la opinión pública que, al parecer, de instrumento de emancipación que era se ha convertido en una instancia opresiva, no le queda otro remedio al liberalismo, de acuerdo con su propia lógica, que emplear todas sus fuerzas en combatirla[...]

(op. cit. pp. 167, 168)

Esta idea sobre la restricción del ámbito de la opinión a una minoría instruida tiene que ver con aquella percepción de las elites sociales burguesas que referíamos en el apartado *La idea de masa*. Recordemos la cita de Mozón: “por ese entonces, las elites ya pensaban que perdían su papel dirigente, o que los papeles se acabarían por trastocar y «la masa» gobernaría desde la mediocridad más tarde o más temprano”. Efectivamente, debemos entender que la idea del dominio político que se esconde tras esta reacción del primer liberalismo político buscó perpetuar el orden social capitalista burgués mediante una democracia restringida de mercado carácter elitista. El propio Habermas nos había prevenido contra la, sólo en apariencia, legitimidad del Estado liberal burgués, dada la mera existencia de una esfera pública neutralizada respecto del poder del Estado en la que no participaban los que carecían de instrucción y propiedad ni tampoco las mujeres. Pero será el mismo progreso social el que se ocupará de ampliar progresivamente esa esfera pública.

Con todo, Habermas, en su propósito de dar sentido a los cambios operados en la publicidad burguesa con la llegada del Estado social y la sociedad de masas, continúa adelante con su ardua explicación. Ya en el V capítulo, titulado *La transformación social de la estructura de la publicidad*, nos expone en el apartado *Del público culto al público consumidor de cultura* lo siguiente:

[...]Cuando las leyes del mercado, que controlan la esfera del tráfico mercantil y del trabajo social, penetran también la esfera reservada a las personas privadas en

su calidad de público, el raciocinio tiende a transformarse en consumo, y el marco de la comunicación pública se disgrega en el acto, siempre uniformizado, de la recepción individual.

De todo ello resulta una inversión de aquella privacidad inserta en público. Los modelos, compuestos antes literariamente con material de ella, circulan hoy como secreto a voces de una industria cultural que produce con patentes, y cuyos productos, públicamente divulgados por los medios de comunicación de masas, sólo en la consciencia del consumidor desarrollan, a su vez, la apariencia de privacidad burguesa. Esa transformación socio-psicológica de la originaria relación entre ámbito íntimo y publicidad literaria coincide sociológicamente con el cambio estructural de la familia misma. [...]

[...]Desde mediados del siglo XIX se trastornan las instituciones que constituían hasta entonces el marco público rocinante. La familia pierde la función de «círculo de propaganda literaria» [...]

(op. cit. pp. 190, 191)

Esta descripción explica el proceso que llevó a la pérdida en la publicidad burguesa de su sentido crítico tal y como funcionó durante sus orígenes. La elaboración en masa de los productos literarios que fundamentaban esa crítica pública permite conservar la apariencia de la publicidad burguesa en la consciencia del consumidor. Pero el raciocinio que la caracterizó se reduce en realidad al consumo personal porque las instituciones en las que se desarrollaba, entre ellas la familia, se transforman:

[...]Cuando la familia pierde su marco literario, pasa también de moda el salón burgués[...] La discusión social de los individuos cede a las más o menos obligatorias actividades de grupo. También éstas se hacen con formas sólidas en las reuniones informales; les falta, no obstante, aquella específica fuerza que daba la institución, antaño garante, como sustrato que era de la comunicación pública, de los contactos sociales. –En torno a las *group activities* no se constituye público alguno– [...]

(op. cit. pp.191, 192)

La mera recepción de la publicidad literaria no es el ejercicio del debate y el contraste de opiniones crítico del poder. A partir de aquí, como aventajado discípulo del Instituto de Ciencias Sociales de Frankfurt, Habermas abunda y amplía en la crítica a la industria cultural de masas que ya vimos cuando citamos a Horkheimer y Adorno, pero en perfecta relación con su objeto de estudio, la publicidad burguesa:

La prensa de masas se basa en la transformación comercial de la participación de amplias capas en la publicidad, que tiende a hacerla accesible sobre todo a las masas. Esa publicidad ampliada mermó el carácter político de la prensa en la medida en el medio de la «facilitación psicológica» pudo convertirse en el fin en sí mismo de un mantenimiento comercialmente fijado del consumo. Ya en aquella temprana «prensa de penique» puede observarse como para la maximización de las ventas se cuenta con una despolitización del contenido: [...]

(op. cit. p. 197)

[...] Sólo en apariencia es el mundo producido por los medios de comunicación de masas publicidad; pero también la integridad de la esfera privada garantizada a los consumidores es pura ilusión. [...]

(op. Cit. p. 199)

Habermas procede entonces a una crítica demoledora de las instituciones creadas por la industria cultural de masas contrastando el sentido tradicional y crítico de la publicidad burguesa políticamente activa con la situación creada por la nueva publicidad manipuladora:

[...]Originariamente, la publicidad garantizaba la conexión del raciocinio público tanto con la fundamentación legislativa del dominio como también con la crítica de su ejercicio. Ocurre, empero, que ella ha ido posibilitando la verdadera ambivalencia que es el dominio público de la opinión no pública: la publicidad es funcional tanto a la manipulación *del* público como a la legitimación *ante él*. La publicidad crítica ha sido desplazada por la publicidad manipuladora. [...]

(op. Cit. p. 205)

[...]Ciertamente que el público mediatizado está reclamado con mucha más frecuencia y desde muchos más lados —en el marco de una esfera de la publicidad inmensamente ampliada— para los fines de la aclamación pública; pero está, al mismo tiempo, tan lejos de los procesos de compensación del poder, que no se necesita ya de la racionalización que, mediante el principio de publicidad, podría él proporcionar (y, si no se necesita de ella, menos aún se tiende a protegerla o garantizarla)

(op. cit. pp. 207, 208)

Con esta crítica, que todavía se extenderá hasta el final de su obra, intenta precisamente sustraer a la idea de la opinión pública de los excesos y desviaciones en que incurrirá por la generalización del «reclamo publicitario»<sup>1</sup> y su extensión al ámbito de la dominación política (Habermas lo ilustra perfectamente con su empleo intensivo y limitado a los procesos electorales orientados a la lograr la aclamación plebiscitaria). Así viene a resultar que la institución de la opinión pública ha perdido totalmente su sentido crítico originario. Las estrategias socio-psicológicas desplegadas para lograr la conformidad y la continuidad del status quo son también confirmadas por el intento de clarificación sociológica del concepto de opinión pública:

El material de los sondeos de opinión —opiniones cualesquiera de grupos cualesquiera de la población— no se califica como opinión pública por el mero hecho de que se la convierta en materia de reflexiones, decisiones y disposiciones políticamente relevantes. La retro-dependencia de las opiniones de grupos definidas en los criterios de investigación, ya respecto de procedimientos del Gobierno o de la Administración, ya respecto de la formación de la voluntad,

---

<sup>1</sup> Entiéndase, entonces sí, que bajo esta expresión de «reclamo publicitario» se esconde el sentido convencional de publicidad entendida como las técnicas persuasivas para el convencimiento comercial al consumo.

políticamente influenciada por la notoriedad pública «representativa»<sup>2</sup> o manipulativamente desarrollada, no puede cerrar la brecha abierta en la ficción de opinión pública del Estado de derecho y la disolución socio-psicológica del concepto de esta.

(op. cit. pp 268, 269)

A la conclusión de su obra, Habermas describe un complejo proceso de formación de la opinión pública en las condiciones de una democracia de masas constituida por el Estado social. Afirma que tal opinión pública sólo puede producirse en los ámbitos comunicativos que sean mediados por el ámbito de la *notoriedad pública crítica* (op. cit. 272). Hace entonces una larga cita de C.W. Mills, quién:

[...]a partir de una contraposición entre «público» y «masa», construye unos criterios empíricamente utilizables para la definición de opinión pública: « in a *public*, as we may understand the term, virtually as many people express opinion as receive them. Public communication are organized that there is a chance immediately and effectively to answer back any opinion expressed in public. Opinion formed by such discussion readily finds an outlet in effective action, even against —if necessary— the prevailing system of authority. And authoritative institutions do not penetrate the public, which is thus more or less autonomous in its operation». En cambio, las opiniones pierden en publicidad cuando están atrapadas en el contexto comunicativo de una «masa»: «in a *mass* 1. far fewer people express opinions than receive them; for the community of publics become an abstract collection of individuals who receive impressions from the mass media. 2. The communications that prevail are so organized that it is difficult or impossible for the individual to answer back immediately or with any effect»

(op. cit. 272)

Damos por cierta a la unidireccionalidad de los medios de comunicación de masas tradicionales como causa de la tremenda limitación en la formación de una opinión crítica autónoma del poder, y sólo en parte también aceptamos la consiguiente explicación mediante el recurso a la contraposición «masa» y «público» caracterizada en la forma en la que la realiza C.W. Mills, aunque por ahora nos reservamos en la crítica a un momento posterior. No obstante, pensamos que, por encima de esa limitación, está el hecho probado de que la opinión ha tenido que ampliar su base social para dar cabida a sectores de la población tradicionalmente excluidos de la formación de la opinión en la pugna por reservarla para personas particularmente instruidas.

Es decir, lo que nos viene a interesar es la constatación del aumento de la base social de la publicidad: “[...]la participación de amplias capas en la publicidad, que tiende a hacerla accesible sobre todo a las masas”. Entendemos que este es el verdadero cambio, a pesar de la insistencia de Habermas en que ese mismo proceso haya hecho perder su eficacia a las funciones políticas de la publicidad por la disminución de la notoriedad pública crítica. Así pues, con total independencia de su precedente crítica por la pérdida de esa importante función política de

---

<sup>2</sup> Habermas afirma que las características de la nueva publicidad la retrotrae a la «publicidad representativa» estamental.

la publicidad originaria en la génesis del Estado liberal burgués, lo cierto es que el público se ha ido transformando en masa y la masa ha pasado a integrar el grueso del público, tal y como trataremos de demostrar a continuación.

#### **4.1.6. Contraste y perfusión de los conceptos de masa y público**

Lo más conveniente a nuestros efectos es comprender aquella interpenetración de la sociedad en el Estado y del Estado en la sociedad; o lo que es lo mismo, comprender la progresiva desaparición de la separación entre lo público y lo privado. Recordemos que es la presión de la sociedad sobre el Estado para ampliar sus funciones y para regular los variados aspectos del tráfico mercantil lo que está en el origen del intervencionismo que da lugar al Estado social y a la sociedad de masas.

En realidad, si lo pensamos detenidamente, la limitación que quiso imponer el primer liberalismo a la esfera pública está en el origen mismo de ese sentido cargado de negatividad que arrostra el concepto de masa.

Ya los primeros liberales, Mill y Tocqueville, a los que cita Habermas, descubrieron alarmados los efectos que, por entonces, estaba produciendo la publicidad burguesa después del tiempo en el que acabó por desbancar a la publicidad representativa estamental. La irrupción de las clases sociales desposeídas en la esfera pública empezó a ser percibida por ellos como una nueva instancia de dominación alternativa a la del gobierno político de la sociedad, como una nueva amenaza. Esto se debió precisamente a las mismas funciones críticas y de control del poder que tenía atribuidas la publicidad burguesa. El hasta entonces restringido ámbito de la publicidad burguesa había quedado reservado para las personas privadas que tuvieran autonomía y que por eso podían insertarse en esa publicidad. Ésta autonomía sólo la podían garantizar, dentro del tráfico mercantil entendido como el ámbito propiamente diferenciado del Estado –la sociedad civil–, la propiedad y la instrucción.

Como muy bien relata Habermas, la progresiva limitación en el acceso a la propiedad que conllevó el proceso de acumulación capitalista en las primeras fases de la industrialización y la expansión comercial a escala global, puso de manifiesto el estrecho margen para la legitimación del poder sometido a la crítica y al control de la opinión pública cuando amplias capas sociales pugnaron por acceder a la esfera pública. La crítica acabó por reducir su eficacia a la apariencia de ella misma.

Los conflictos de clase se manifestaron entonces en esa esfera pública. Las masas, a través de sus organizaciones y partidos, irrumpieron en ella reclamando la intervención del Estado mediante la ampliación de sus funciones sociales y la regulación del tráfico mercantil para hacer efectivo el principio de igualdad sólo formalmente proclamado por las constituciones.

De esta prejuiciosa y conservadora consideración sobre las masas sobradamente documentada –a las que Mill, Tocqueville y Tarde trataban de muchedumbre, Le Bon, Ortega y Gasset, Max Scheler, Oswald Spengler, Hanna Arendt desprecian, Canetti, estudia como a un ser indómito y destructivo, incluso Adorno y Horkheimer, y el propio Habermas, las ven todavía con un bienintencionado y condescendiente recelo– es de donde procede la voluntad de establecer la diferenciación tajante entre masa y público, y de mantener a la masa a efectos de su categorización fuera de la participación política como muy bien sabemos.

Pero en realidad, los procesos de progreso social que se han ido generalizando en todas las sociedades democráticas industrializadas avanzadas por la acción de las propias masas permiten hacer una nueva relectura de ésta categoría que, a estas alturas, sólo parece formar parte esencial de un discurso de tintes claramente con servadores.

Muy al contrario, el término público nació con el marchamo de prestigio que, en tiempos de la publicidad representativa estamental, le confería el ser atributo del rey, de la nobleza y de la misma representación estamental. Estos, simbolizaban a la nación. Esa aura de estimación y deferencia hacia lo público se trasladará al público propiamente entendido con el surgimiento del Estado liberal burgués de derecho. Esto ocurrió gracias al descubrimiento de la imprenta y a la agitación política que se hizo entonces posible por la difusión masiva de la publicidad literaria. El proceso acabó por originar a un público con las características de la ilustración, a un público ilustrado y racionante. Reproduciendo la cita de Habermas, es:

El proceso en el cual el público compuesto por personas privadas racionantes se apropia de la publicidad reglamentada desde arriba, convirtiéndola en una esfera crítica del poder público, se completa con la transformación del funcionamiento de la publicidad literaria, dotada ya con organizaciones del público y con plataformas de discusión. [...]

(Habermas 2002, 88)

“[...] Finalmente, la publicidad burguesa desarrollada acaba basándose en la ficticia identidad de las personas privadas reunidas en calidad de público en sus roles de propietario y hombre.” (op. cit. 92). Sólo con las transformaciones del Estado burgués de derecho el término público empieza adquirir connotaciones peyorativas. La ya descrita irrupción de las masas en la esfera pública y la interpenetración del Estado y la sociedad, despiertan un profundo recelo entre los liberales, tan temerosos como estaban que el orden socioeconómico capitalista legado por la modernidad se pudiera ver comprometido. Entonces el discurso liberal elabora una argumentación ad hoc para prevenir el efecto del creciente protagonismo del Estado en la sociedad y viceversa. La economía política liberal tratará de imponer, a modo de axioma teórico, la ineficacia y la ineficiencia de la iniciativa pública frente a la privada en el tráfico mercantil con la voluntad premedita de retrotraer al Estado en la sociedad hacia sus dimensiones mínimas, las mismas que sólo se dieron en el capitalismo primigenio durante el tránsito de la sociedad estamental al Estado liberal burgués de derecho.

Pero más bien parece que el mercado –el tráfico mercantil– con el transcurso del tiempo se muestra más incapaz e inoperante frente a las generalizadas demandas sociales a las que no alcanza para atender. Las externalidades económicas aumentan. Al discurso liberal le resulta cada vez difícil cuestionar ante las propias masas, convertidas en público dotado de notoriedad pública crítica a través de sus organizaciones, su reconocimiento hacia las socializadas instancias estatales que se ocupan de garantizar la atención a sus derechos sociales.

Lo público se revalúa por su propio desempeño social frente a la propensión de lo privado hacia el lucro de una iniciativa que muchas veces se extingue ante su incapacidad para satisfacerlo. Cada vez más, lo privado es percibido como negocio particular y lo público como servicio a la comunidad. Esto es precisamente parte del proceso que lleva al desdibujamiento de la separación entre lo público y lo privado a la que se refiere Habermas. Aunque él la explica de una manera mucho más extensa y pormenorizada, los potenciales beneficiarios de la acción social del Estado se perciben a sí mismos como personas

privadas por el mismo origen y evolución de la privacidad inserta en el tráfico mercantil. Pero aceptan y reclaman del Estado que les sustraiga de ese tráfico para que satisfaga sus necesidades de distinto orden ante su propia incapacidad para lograr satisfacerlas por sí mismos en las condiciones inequitativas del mercado.

Buena prueba de la prevalencia en la estimación social de lo público nos la ofrecen los significados del término público que según el DRAE todavía se conservan en el leguaje más común. Ninguno de los siete significados allí contenidos posee connotaciones peyorativas. En su caso, a nosotros, más que la dialéctica público-privado, lo que nos debe preocupar es el contraste entre masa y público, y mejor que eso la tendencia a la desaparición de la separación entre ambos conceptos.

#### 4.1.6.1. El público como masa y la masa como público

En más de una ocasión, alguno de los autores que citamos ha querido valerse de la diferenciación masa/público para establecer sus propias categorías. Eso pasó con Tarde, aunque él utilizaba el término multitud y no el de masa frente al de público. También pasaba con James E. Grüning y Todd Hunt. Recordemos que en su obra *Dirección de relaciones públicas* citaban al sociólogo Herbert Blumer y al filósofo John Dewey como los presumibles autores de un concepto de público obtenido por contraste con el de masas:

Por ejemplo los científicos sociales, las empresas de la investigación comercial y los Relaciones Públicas «miden la opinión pública» a través de encuestas o sondeos. La definición de «público» de Blumer y Dewey deja bien claro que estos sondeos pueden medir opiniones, pero no las de los públicos, sino de las de las masas.

[...] La masa es heterogénea, un público es homogéneo. Los individuos forman una masa no porque tengan algo en común, sino porque todos sintonizan el mismo medio de comunicación o resulta, sencillamente, que viven en la misma ciudad o país. Los miembros de un público, por contra, tienen algo en común. Están afectados por el mismo problema o tema.

(Grüning y Hunt 2003, pp. 234, 235)

Al reproducir nosotros esta misma cita nos comprometimos para realizar la crítica de las categorías establecidas en ella. Blumer y Dewey deciden que la medida demoscópica de la opinión no es la del público, sino la de la masa. Para establecer esta diferenciación, atribuyen propiedades distintas a uno y a otra. Según Grüning y Hunt la masa es heterogénea y el público homogéneo.

En realidad, a la forzada acotación de masa reducida así a aquellos que sintonizan el mismo medio de comunicación o que resulta, sencillamente, que viven en un país, acotación imposible de casar con los amplios y sofisticados criterios que refieren la práctica totalidad de los autores consultados sobre el concepto de masa, además de ello también se sigue que el público sólo se constituye en un momento muy preciso y ya segregado como grupo al que exclusivamente une la existencia de un problema común.

Sin duda que a Grüning y Hunt las restricciones en las nociones de masa y público que pudieron tomar de Blumer y Dewey les resultaron muy convenientes para realizar su posterior tipología de los públicos con la voluntad de explicar su diseño de estrategias para

la comunicación persuasiva o la adecuación de la política y la práctica institucionales según criterios de rentabilidad económica para la construcción del good will. Pero recordemos que John Dewey en su obra se refiere al público, en singular, como un elemento clave del Estado cuya extensión no es ni mucho menos lo limitada ni lo homogénea que nos la presentan estos autores.

En su caso, de ser esto como sostienen Grüning y Hunt, entonces quedaría invalidada toda la teoría que Habermas desarrolla para explicar la constitución del público. En realidad parece que Dewey y Habermas se están refiriendo precisamente al mismo sujeto político de la opinión: “[...] Finalmente, la publicidad burguesa desarrollada acaba basándose en la ficticia identidad de las personas privadas reunidas en calidad de público en sus roles de propietario y hombre.” (Habermas 2002, 92)

Alternativamente, y en línea con la propuesta de Grüning y Hunt, cabe suponer que el «único» problema común que une al público en su constitución sea el control crítico del poder político en el Estado liberal burgués de derecho; pero esto, evidentemente, no sólo es que no pueda ser un momento preciso, además resulta que el control crítico del poder se descompone en el curso de un permanente debate y discusión en todas las cuestiones que tengan que ver con el tráfico mercantil. Esta explicación se puede convalidar perfectamente con la misma idea de Dewey sobre el alcance de las indirectas consecuencias de las transacciones (Dewey 2004, 65).

El universo de intereses en permanente pugna exige de ese público que tenga por definición una composición muy heterogénea, exactamente la que expone Habermas cuando nos explica la enorme variedad social de personas privadas que concurren en ese público primigenio: aristócratas y burgueses ilustrados, comerciantes, artesanos, científicos, escritores y editores, críticos de arte, de literatura, de la moral pública y privada... A veces, en esa ficticia identidad con la que el público se percibe a sí mismo, el mismo requisito que le impone Dewey para su mera existencia, Habermas habla de públicos para explicar que éste se sabe mucho más amplio y heterogéneo de lo que aparenta.

Pero aún más crítica e inconsistente se volverá la consideración sobre un público homogéneo en la medida que la base de la publicidad se amplía enormemente con las ya descritas transformaciones del Estado liberal burgués hacia el Estado social. Con todo, todavía cabe suscribir la objeción de Habermas a su consideración como público de esas masas incorporadas a la esfera pública por la pérdida de la notoriedad pública crítica que acompaña al proceso. De esta cuestión trataremos de dar cuenta más adelante. Aquí nos interesa ahora resolver aquella otra contraposición público/masa que cierra la obra de Habermas cuando cita a C.W. Mills. Nosotros pensamos que la enumeración de características que realiza este último cuando se refiere al público adolece de una función esencial. Consideramos que la opinión –en todo momento nos hemos referido al público como portador de opinión pública– solo se puede realizar entre las personas privadas que integran un público mediada por la actualidad.

Ni mucho menos pensamos que la actualidad sea el único sustrato estructural en el que se apoya y crece la opinión. Los medios no determinan la opinión, tan sólo la influyen. El proceso es mucho más complejo y en el origen de la opinión intervienen otros factores, como pudiera ser la racionalidad. Como apuntamos en nuestra introducción y en el título de este trabajo, de algún otro factor social, de la ideología, trataremos de dar cuenta en el curso nuestro trabajo. En su caso no concebimos que la crítica del público se pueda

construir sin un objeto que, como regla general, lo constituye la actualidad o alguno de sus aspectos más peculiares.

Aceptaríamos aquí que una parte de la actualidad no esté dictada por la agenda de los medios de comunicación de masas convencionales –sobre todo con el desarrollo espectacular de la autocomunicación de masas (Castells, 2009, *pássim*) en la web y a través de las redes sociales–, pero en todo caso aún seguiría existiendo un casi obligado arbitraje de los medios de comunicación de masas tradicionales que son, por definición, los portadores de la actualidad.

No nos cabe ninguna duda de que esta consideración sobre el papel de los medios de comunicación de masas entre un público portador de opinión, crítica o no, no se puede soslayar en la caracterización de ese público. De este modo, la estricta separación entre público y masa –para esta última él reserva en exclusiva la mediatización de los propios medios de comunicación de masas– a la que se refiere C.W. Mills, en realidad no existe, porque los medios de comunicación de masas son esenciales en la constitución del público portador de opinión. Por eso tendremos que referirnos obligatoriamente a la imbricación público/masa, tal como nos hemos propuesto en demostrar y también por eso sostuvimos que, sólo en parte, aceptábamos una eventual contraposición público/masa.

Más aun tendremos que hablar de la imbricación masa/público si nos referimos a la autocomunicación de masas; el propio Castells, quien acuñó la expresión, le atribuye esa misma propiedad de masas al referirla de esa modo. Suponemos que lo hace, primero, por extensión del concepto de medios de comunicación de masas a su objeto de estudio. También suponemos que lo hace a sabiendas de que, en la actualidad, ésta es la única forma en la que el público compuesto por personas privadas racionantes puede cumplir con los mismos requisitos que C.W. Mills enumera para esa categoría de público frente a la de masa; pero, finalmente, además también suponemos que lo hace en plena conciencia de que el fenómeno no se circunscribe sólo a un público o al público, sino que, efectivamente, su base sociológica es mucho más amplia y comprende también a las masas por la extensa y cada vez más heterogénea composición social de quienes acceden a las redes sociales y participan en ellas.

#### **4.1.7. Los sesgos ideológicos en la noción de masa**

En un intento por sintetizar cómo Habermas nos relata la historia de la opinión pública, si nuevamente nos retrotraemos al momento clave en el que, según él, surge el público como autopercepción de las personas privadas racionantes reunidas en sus roles de hombre y propietario, queda perfectamente claro el fundamento burgués de la institución en sus inicios. La institución de la publicidad burguesa fue masculina porque entonces la estructura familiar patriarcal estaba generalizada entre la población. Esta familia patriarcal era la que, en su calidad de esfera íntima, garantizaba la privacidad inserta en el público.

Así pues, la publicidad burguesa desde sus orígenes conllevó una fuerte restricción social en su composición que excluyó a las personas no propietarias, a las carentes de instrucción y a las mujeres. En el periodo en el que tuvo auténtica vigencia excluía, casi nada, a toda la población rural que en su práctica totalidad era analfabeta, al conjunto de la población femenina y amplias capas sociales urbanas que por lo general no disponían de otro medio de vida que ofrecer a la venta su fuerza de trabajo manual en el tráfico mercantil.

La institución de la publicidad burguesa nació con una indudable vocación elitista alimentada por un entonces incipiente capitalismo que veía crecer y expandirse el tráfico mercantil hasta al punto de forzar la recomposición del antiguo orden estamental para dar cabida en el juego del poder político a los intereses de los cada vez más ricos e influyentes burgueses.

La ideología detonadora de estos cambios fue la ideología liberal. Las ideas de la libertad e igualdad entre los hombres acabaron por prender en las cabezas de las personas en las nuevas capas sociales enriquecidas con el comercio e ilustradas gracias al extraordinario efecto en la producción literaria que trajo el invento de Gutenberg. Fue este conjunto de circunstancias el que provocó la autonomización de un público racionante y crítico del poder.

Ahora bien, la igualdad de oportunidades –como base formal de la igualdad–, que sólo en apariencia ponía al alcance de todas las personas la posibilidad de acceso a la propiedad, a la autonomía y al público como persona privada inserta en la publicidad burguesa, se empezó a revelar cada vez más limitada e imposible de lograr para el grueso de la población. Fue esa misma institución la que entonces se convirtió progresivamente en el ámbito preferente para dirimir todos los conflictos de intereses que concurrían en el tráfico mercantil precisamente por sus funciones de crítica y control del poder. La burguesía ilustrada, que hasta es momento ejercía las funciones de control crítico del poder ya en el Estado liberal burgués de derecho, advierte que su esquema de dominación empieza a ser cuestionado desde la esfera pública por la irrupción de las masas en ella y por la progresiva ampliación de la base social de la publicidad burguesa. Es cuando la opinión pública, de instrumento de emancipación respecto de la dominación que había sido, empieza a ser considerada por la burguesía liberal como una nueva instancia de dominación, como una amenaza.

Visto de esta manera cabe entonces preguntarse ¿qué puede haber de negativo en que este proceso siga su curso natural hasta que el todo social integre esa esfera pública de control crítico del poder? ¿Acaso no supondría esto la democratización absoluta de la sociedad? ¿No será que, de manera tan lógica como predecible, eso es lo que ha estado sucediendo en la misma medida que el progreso y las garantías sociales ampliamente reclamadas por las sociedades contemporáneas se han ido extendiendo?

La que ocurrió entonces es que la reacción de los liberales fue radical. El liberalismo doctrinario elabora un discurso ad hoc con el que excluir a las proactivas masas de la esfera de la publicidad antes de que pudieran dar al traste con un orden social y económico para ellos tan adecuado a las funciones del control crítico del poder del Estado como instancia de dominación para que no pueda intervenir en el tráfico mercantil. En su consideración despreciativa hacia las capas sociales hasta ese momento excluidas de la esfera pública acuñan la categoría de masa para referirlas, categoría que pasará ser nuclear en su discurso.

Lo sorprendente es el éxito que tuvo, y que todavía mantiene en gran parte, esa categoría como paradigma sociológico sobre el que explicar el proceso de transformación económica, social y política del Estado burgués de derecho en el Estado social. Como hemos tenido la ocasión de documentar ampliamente, el término masa tiene un abstracto y oscuro origen a caballo entre la filosofía, la sociología y la psicología, pero en realidad no se definió por oposición al de público. El liberalismo doctrinario lo quiso definir por oposición a uno de sus preceptos ideológicos, el individualismo. Como ya vimos que ocurre con Le Bon y su cohorte de acólitos, masa aparece desde sus primeras

formulaciones como lo opuesto a individuo, y todavía en el curso de la discusión entre Canetti y Adorno éste último se muestra particularmente preocupado por:

[...]que la presión real de las categorías de masa y poder —cuya profunda interrelación usted bien ha advertido— ha ido aumentando hasta un grado tal que dificultan enormemente la resistencia del individuo contra ellas, así como su autoafirmación en tanto que individuo[...]

(Canetti 2002, p. CXIX)

Además sabemos que el liberalismo pretendió excluir a una gran parte del pueblo de su participación política, y también Adorno insistirá todavía en esa idea radicalmente defendida desde Le Bon hasta Hanna Arendt: «[...] Me refiero a la presión ejercida por ese sinnúmero de personas[...], es decir, a la presión de las masas reales sobre la formación de la voluntad política. [...]» (op. cit. p. CXVIII).

Está claro que esto se debió al gran empeño que pusieron aquellos liberales decimonónicos y a los que habitaron el cambio de siglo en las primeras décadas del XX en preservar su orden elitista. Ese fue el resultado de un ingente legado teórico cuyo peso dejó una huella indeleble en el pensamiento humano que marcará a las sucesivas generaciones de estudiosos e investigadores. Nosotros creemos que la reacción más extrema en tal sentido fue la del universal filósofo hispano José Ortega y Gasset en su ya referida obra *La rebelión de las masas*. La breve reseña contenida al inicio del subapartado *La idea de masa, historia de una invención* —a cuya relectura nuevamente remitimos— es indicativa de la virulencia con la que Ortega se despacha contra su «despreciado y despreciable» hombre-masa. Sin duda, a un lector de nuestro tiempo por fuerza le tiene producir un rechazo y una indignación más o menos intensos el progresar en la lectura de la obra de Ortega. A modo de prueba, intentaremos en los siguientes párrafos desplegar una breve, aunque muy ilustrativa, crítica al pensamiento de Ortega, no exenta de juicios morales, que resultará clave en la comprensión de la tendencia básica en la histórica hacia la imbricación de masa y público.

#### 4.1.7.1. Crítica al pensamiento social de Ortega como ideología

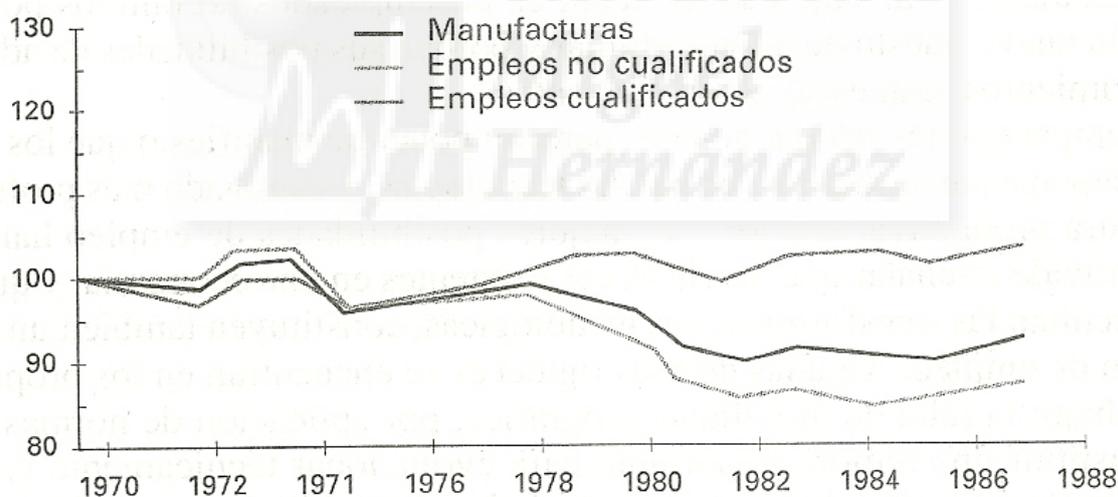
La hipótesis básica de Ortega consiste en defender el orden social legado por el siglo XIX a toda costa, y lo hace pensando que todos sus logros se pudieron ver comprometidos por culpa de la relativa abundancia material y la promesa de mejoras en la calidad y en el nivel de la vida. Según él, desde los comienzos de la modernidad estos logros calaron en la conciencia media de las personas, proyectándolas hacia una vida cómoda, carente de metas y de los sacrificios que exige el lograrlas.

Para demostrarlo parte de la inconsistente convicción de que la mayoría de la sociedad no puede, ni debe, alcanzar la excelente condición de una minoría. Ella es la que conlleva el exclusivo privilegio de la abundancia, y para ella él reserva un papel dirigente y protagonista frente a los demás. No hace el más mínimo esfuerzo para convertir en tesis tan desconcertante y descabellada ‘hipótesis’; simplemente la sostiene, la reproduce y la desarrolla, repitiendo *ad nauseam* sus prejuicios sobre una supuesta e ignota ‘naturaleza’ de orden universal.

#### 4.1.7.1.1. La educación como valor y derecho universal no discriminatorio

El más elemental sentido común nos indica que la generalidad de las personas somos semejantes en cuanto a competencias y capacidades, a salvo de las naturales limitaciones físicas o mentales de unas pocas que tampoco son responsables de ellas y que por eso merecen una adecuación a sus involuntarias limitaciones. Sólo son muy pocos los que se desvían apreciablemente por encima o por debajo de la media. Esta realidad ha sido constatada en las sociedades contemporáneas precisamente con la extensión del derecho a la educación universal. Hoy en día, los gobiernos están más preocupados por lograr la eficacia de sus sistemas educativos y en evitar efectos indeseados como el fracaso escolar que en preparar a personas con distintas cualificaciones. La experiencia está demostrando que los países con los mejores sistemas educativos, los que logran extender y generalizar la formación de sus ciudadanos aumentando la calidad y cantidad de sus conocimientos, son también los que gozan de una mejor ventaja comparativa en la propia competencia económica del capitalismo global.

Con independencia de que esta formación contribuya más o menos a la estratificación en la sociedad, lo cierto es que una mayoría de población adulta preparada les ha reportado a esos países una incuestionable ventaja sobre otros, tal y como demuestran los ejemplos particulares de Japón, Alemania o Corea del Sur. También esto es lo que se puede inferir a partir del siguiente gráfico sobre la evolución de la ocupación en los países de la OCDE hace ya dos décadas:



Citado por R. Kerbo: Cap. 4 de *The OCDE Jobs Stud: Evidence and Explanations*, OCDE 1994.

(R. Kerbo 2003, 303)

Por otro lado, lo que también se ha hecho evidente es que la preocupación por la educación generalizada de la población también se ha transformado en un clamor de generaciones enteras las cuales se han estado percibiendo como 'perdedoras' en los mismos términos que acuñará la ideología liberal clasista dentro de sociedades referentes de esa ideología como la americana. Estas generaciones, a las que falsamente se las convenció de que su baja posición social relativa se debió a su falta de constancia en el esfuerzo por completar sus estudios y su preparación, ahora contemplan con inquietud como sus descendientes repiten sus mismos supuestos errores y se preocupan por estimularles para

que logren una educación universitaria. Por lo general, los sistemas educativos pretenden ofrecer una aparente igualdad de oportunidades basada en la concesión de becas y ayudas para justificar el hecho de que las desigualdades terminen por prevalecer entre las personas, aunque ya vemos que su educación no es principalmente la causa de esa prevalencia.

Pero además viene a resultar que este relativo engaño de adscripción social según su formación la sociología se ha ocupado en demostrar científicamente mediante la realización de investigaciones sobre la estructura social que la igualdad de oportunidades no existe en ninguna sociedad desigual como la capitalista. (op. cit. pp. 174-182)

Salvo contadas excepciones, el potencial que la mayoría de las personas poseemos para nuestro desarrollo humano es muy similar según considera la UNESCO y, si se dieran las condiciones adecuadas, aproximadamente todos aportaríamos al esfuerzo común necesario para el desarrollo de la sociedad y la economía en igual medida y con competencias asimilables.

#### 4.1.7.1.2. Los prejuicios elitistas de Ortega

Qué contradictorio resulta Ortega cuando acusa a las *masas* de aspirar a la vida de las «minorías excelentes» y al mismo tiempo rebusca en la misma existencia de la distinción y la superioridad la explicación para la decadencia de Europa. Es la misma decadencia que él acaba por encontrar en la autocomplacencia de la época; como si desde su propia concepción de la superioridad no existiera otra motivación para esforzarse que no fuera precisamente la de obtener lo ya logrado por otros o, mejor aún para sus egoístas y miserables prejuicios, obtener aun más que ellos.

Sin pensar de otra manera que cómo lo hace él, la referencia para una mayoría de personas debería ser la ventaja en su envidiable prosperidad de las «minorías excelentes»; porque en realidad no hay ningún motivo para sospechar que el resto no se «mida» con ellas sí, como él mismo afirma, aspiran a ocupar su posición social. Si tan evidente resulta que los placeres del arte y otros placeres de su privilegiada y abundante vida son la consecuencia de una meritoria existencia llena de renunciaciones, retos y desafíos ¿Por qué hemos de suponer que los demás estén llamados a llevar una penosa existencia de privaciones y necesidad sin llegar de ninguna manera a comprometerse en aceptar los retos que les plantea el mejorar sus vidas? ¿Cómo es que el resto no se da cuenta de los méritos que tienen que contraer para escapar a su pobre y triste destino de necesidad y servidumbre? ¿No será... porque el destino «marca» de una manera incondicional la posición social de cada uno en una estructura social determinada por su propia, atávica e ignota «naturaleza»...?

Ortega no pretende así ni siquiera a la moderna ideología meritocrática que actualmente rige en las democracias liberales. Hoy, como expusimos en el subapartado anterior, la ideología liberal se obstina en explicar a las desigualdades sociales a partir de la responsabilidad de cada cual en saber adoptar las elecciones correctas dentro de un sistema lleno de verdaderas oportunidades. Con independencia de la relativa falsedad de este último postulado, lo cierto es que la teoría sociológica estructural-funcional (Parsons-Luhmann) considera a la movilidad dentro de la estructura social como un poderoso factor de estabilidad para el último capitalismo.

Ortega ni tan siquiera piensa así. Él reivindica una estructura social tradicional, rígida e inmutable, basada en un «ancestral orden natural del mundo» que selecciona y asigna desde su nacimiento a cada uno dentro de su posición social.

Está claro que lo que hay de más en todo el razonamiento orteguiano es el suponer que las minorías son «superiores» porque sí y el resto es «vago y ocioso» porque lo dice él. Esto no puede ser presentado ante la racionalidad científica más que como un prejuicio ideológico.

#### 4.1.7.1.3. Los orígenes y la evolución social de las democracias liberales

Sin ninguna duda que lo anacrónico del pensamiento de Ortega hoy resulta evidente al comprobar que su visión elitista y excluyente de las mayorías en la organización y el gobierno de la sociedad ha quedado relegada a su venerado y vetusto siglo XIX.

En la actualidad nadie auténticamente competente se atreve a hablar de la sociedad democrática sin referirse a uno de sus ingredientes fundamentales, las «clases medias». Estas mayorías ciudadanas dentro de la estructura en las sociedades contemporáneas más democráticas serían el correlato del *hombre-masa* vulgar en el esquema orteguiano. Hoy por hoy, esas mayoritarias clases medias afortunadamente son las que deciden el rumbo de las democracias más avanzadas del planeta y son las que dan la necesaria legitimidad y estabilidad a los gobiernos constituidos por sufragio universal mediante su voto. Los procesos de toma de decisión política, el diseño e implementación de las políticas públicas, los cálculos electorales, las declaraciones públicas, los presupuestos de los Estados... todas las iniciativas de gobierno buscan la aquiescencia de las mayorías sociales representadas por las clases medias, aunque muchas veces lo hagan de forma más o menos engañosa. Todo esto incluso a salvo de las situaciones excepcionales que también son tratadas con la misma voluntad integradora en la opinión de esas mayorías.

Lo que se esconde detrás del pensamiento de Ortega no es otra cosa que el miedo a la realización de los mejores ideales democráticos: la emancipación social y política de las mayorías, de los pueblos sin escisiones de ningún tipo. Este proceso, el mismo que describe Habermas, puesto en marcha por los liberales hacia el final del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX con el establecimiento definitivo de la publicidad y de las revoluciones burguesas, lo ve él como una amenaza para los enormes logros que le suceden. No llega a comprender en ningún momento la lógica interna de la liberación de esas poderosas fuerzas sociales que son las propias *masas*, ni tampoco entiende sus consecuencias. Al revés, él las deforma grotescamente para lograr su finalidad de preservar su venerado orden social jerárquico y clasista.

Lo que ocurre con Ortega es que tiene una comprensión puramente instrumental del sistema democrático representativo. Para él éste no es más que un pretexto para la estabilidad política basado en la falsa apariencia del gobierno formal desde las mayorías. Por eso considera que es una fórmula ideal para «desactivar su innata propensión a la violencia como única razón de las masas» (Ortega y Gasset, 1979, 87). A esta estabilidad, y a la técnica, atribuye él el progreso logrado en el siglo anterior al suyo.

Basado en suposiciones y conjeturas, todas absurdamente avaladas por una experiencia histórica muy mal sistematizada por su peculiar «razón histórica», su argumentación pretende entonces ignorar el papel de las masas en el proceso de industrialización, en el logro de la suficiencia alimenticia y material de toda la sociedad, en la generación del excedente económico, en el inicio del camino hacia el crecimiento humano puesto en marcha por la alfabetización general de la sociedad, en el progreso de la libertad en todos los órdenes de la vida social: el cultural, el científico, el artístico...

Sucintamente, su visión es muy estrecha y timorata. Justamente se reduce a contemplar, asustado, los primeros y vacilantes pasos de ese nuevo destino común tan prometedor para la humanidad, tan pletórico de oportunidades. En tan colosal proceso sólo aprecia con alarma creciente una, para él, indeseable igualación social y económica de las personas que le aparta, junto a su venerada elite, del privilegio y la exclusividad, que le permite a cualquiera ser como son «ellos».

#### 4.1.8. Las transformaciones en el estado social

La sociología se ha ocupado de estudiar y describir los cambios operados en el actual Estado social; precisamente lo ha hecho dando cuenta de todos estos aspectos positivos que Ortega no supo ver en los progresos de su tiempo. En línea con ese conjunto de avances es fácil constatar que la misma masa ha experimentado una absoluta transformación desde su composición social originaria. Ahora aparece integrada por los coetáneos trabajadores de alta cualificación desplazados desde los sectores primario y secundario de la economía por efecto de la terciarización en una sociedad y una economía que apenas sí puede ya dar más ocupación en el sector servicios. Aparece también integrada por las mujeres insertas en el tráfico mercantil a través de su incorporación masiva al mercado laboral por la crisis de la familia patriarcal tradicional. Y, finalmente, la masa aparece integrada por la totalidad de las personas del mundo rural y urbano que se han beneficiado de la generalización de una instrucción cada vez más exigente, preñada de mayores y mejores contenidos, que cuenta con el auxilio de novedosos y más eficaces métodos pedagógicos y de nuevos soportes para su difusión instantánea en la sociedad del conocimiento.

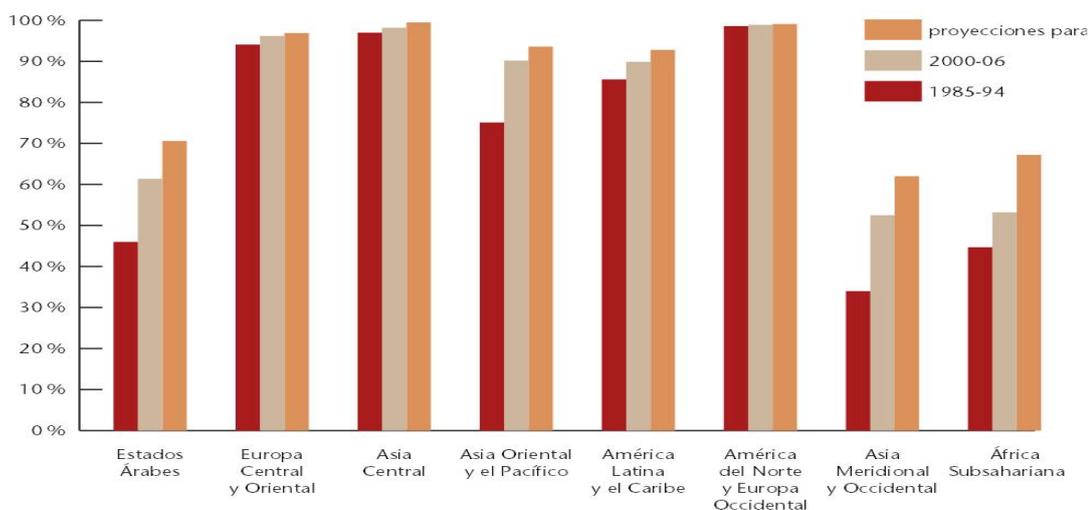
También Daniel Bell se orienta en esta misma dirección al realizar su exhaustivo análisis de los cambios operados en la estructura social de las sociedades post-industriales. Aunque se trate de una conclusión obtenida del modo mucho más detenido y detallado en él que realiza dicho análisis, avalado por un sinfín de datos, a lo a largo de su obra *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, la siguiente cita es muy ilustrativa:

La cuestión de qué constituye *la* revolución de nuestra época es demasiado amplia y vaga. Evidentemente, es una parte tecnológica. Pero también es política en cuanto que, por vez primera, estamos observando la inclusión en la sociedad de vastas masas de gente, un proceso que implica la redefinición de los derechos sociales, civiles y políticos.

(Bell 2006, pp. 225,226)

Aun así, consideramos pertinente ofrecer, a modo de prueba de la realidad y de sus consecuencias del proceso, la previsible evolución de la alfabetización de la mujer por regiones mundiales, en cuanto que genuino representante del pueblo originariamente excluido del público. Será la siguiente para el primer decenio del siglo XXI según la UNESCO:

## Tendencias de las tasas de alfabetización de la mujer, por región (%)



Fuente: base de datos UIS

Fuente secundaria: *El desafío mundial de la alfabetización*

Entonces, la oportuna y procedente explicación ofrecida por la Escuela de Frankfurt sobre los efectos alienadores que la industria cultural produce en las masas, y la más específica y acertada observación de Habermas sobre la pérdida de sus funciones críticas del poder en la publicidad burguesa originaria con las transformaciones que trajeron la sociedad de masas y el Estado social, podrían muy bien no ser más que un precio a pagar y una mera etapa de transición hacia a la mayoría de edad de un público racionante integrado por una mayoría social, ahora sí, de *citoyens*, no de *bourgeois*. Un público en el que definitivamente se acabarían por disolver las masas mediante el ejercicio de la función del control crítico del poder.

Atendiendo a la prometida crítica a la habermasiana preocupación por la pérdida de notoriedad pública crítica y por los efectos de la publicidad manipuladora en las masas dada su aparente aquiescencia y actitud aclamativa y plebiscitaria hacia al poder del Estado, señalamos como un relevante motivo para ese aprecio de lo público a la percepción que tienen las propias masas por la existencia de una instancia de dominación dentro del tráfico mercantil a la que experimentan como a una verdadera amenaza, mayor que el Estado, sobre sus derechos sociales y sobre sus aspiraciones a una vida mejor. Nos referimos a la permanente presión de los mercados, del capital, para mermar sus condiciones y derechos sociales.

Así pues, las nuevas masas, transformadas desde sus limitaciones sociales originarias durante el Estado liberal burgués de derecho por el constante progreso social hacia el mismo Estado social de masas, proceden a constituirse en público con el verdadero atributo que poseía la persona privada durante la vigencia de la publicidad burguesa para legitimarse ante esa instancia, el de la instrucción. Resulta evidente que los atributos de la masculinidad y la propiedad tan sólo eran limitaciones impuestas por la tradición y por las características del orden social y económico propios del Estado liberal burgués de derecho, y también es evidente que la generalización de la educación ha situado a los antaño

excluidos en posesión del preciado atributo de la instrucción, imprescindible para el ejercicio de la función crítica del poder como personas privadas que integran el público racionante. A esto mismo es a lo que se refiere Michel Foucault cuando, en *Diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, afirma:

[...] Ahora bien, los intelectuales han descubierto, después de las recientes luchas, que las masas no los necesitan para saber; ellas saben perfectamente, claramente, mucho mejor que ellos; y además lo dicen muy bien. Sin embargo existe un sistema de poder que interpreta, prohíbe, invalida ese discurso y ese saber[...] Lucha contra el poder, lucha para hacerlo desaparecer y herirlo allí donde es invisible y más insidioso, o lucha por una «toma de conciencia» (hace tiempo que la conciencia como saber fue adquirida por las masas y que la conciencia como sujeto fue tomada, ocupada, por la burguesía) [...]

(Foucault 2012, p. 32)

Es bien conocida la importante contribución que hicieron las ideas de Foucault a la revolución parisina de mayo de 1968. Aquella fue una auténtica demostración de movilización de las masas en la que dieron una importante lección de civilidad con la renuncia expresa a cualquier intento de derrocar al poder político por una acción revolucionaria violenta. El movimiento social se conformó con forzar la convocatoria de elecciones anticipadas por De Gaulle, presidente entonces de la República Francesa. Así quedó perfectamente demostrado el cambio cualitativo de las masas ya en esas históricas fechas, por lo que Foucault no tuvo ningún problema a la hora de proclamar su autosuficiencia, liberándolas así de su negativa condición de monstruoso mito destructor de civilizaciones.

Ya para terminar, antes de proceder a esta necesaria conclusión de nuestra indagación por sus antecedentes, no queremos dejar de reseñar los recientes hechos protagonizados por amplios sectores sociales para encarar las duras condiciones creadas por la última crisis estructural y sistémica del capitalismo. La experiencia en las movilizaciones masivas, de masas, ha revelado bajo la luz de tales acontecimientos la actitud madura y responsable de un auténtico público que ya cuenta, a través de la autocomunicación de masas, mediante el encuentro y el debate en las redes sociales en la web, con un ámbito ideal para la realización de sus funciones de control crítico del poder en las taxativas condiciones que exigía C.W. Mills para su consideración como público de esas amplias y heterogéneas masas. La estrecha limitación que Habermas proponía para la constitución de un público que cumpliera con esas mismas exigencias en las condiciones del Estado social mediante la recomposición de la notoriedad pública crítica dentro de unas organizaciones de masas más transparentes y democráticas, no parece ya ser la única vía. Las movilizaciones espontáneas y asamblearias facilitadas por las redes sociales al margen de los partidos y sindicatos tradicionales así lo demostraron. Pruebas todas ellas también incuestionables de que la imbricación de masa y público resulta cada vez más una clara evidencia que se afianza como tendencia histórica.

Tampoco nuestra explicación puede adolecer de la siguiente consideración sin quedar claramente sesgada e incompleta. A la hora de referirnos a ese fenómeno de la expansión y la extensión del conocimiento a partir de la alfabetización como la calve para alcanzar su condición de público por las masas, es necesario referirse a la brecha que se produce entre los países más desarrollados y la inmensa mayoría de la humanidad que reside en los hoy todavía mal llamados países en vías de desarrollo. Entre los primeros se encuentran esencialmente aquellos países pertenecientes a la órbita de los países occidentales en los que

se ha venido centrando por sus múltiples autores nuestra historia de la emancipación de la opinión pública.

Un problema nada desdeñable para el resto de la humanidad es el de la distancia cada vez mayor de conocimiento que se interpone entre ellos y los países occidentales precisamente por ese factor liberador de las masas que se hace posible gracias al empleo generalizado de las nuevas tecnologías de la información. Pero si bien es verdad que el retraso es considerable para una mayoría de ellos, no es menos cierto que la velocidad de difusión de las TIC (Tecnologías de la información) es superior al de la extensión desde su nacimiento en los países pertenecientes a la OCDE para el caso del grupo de los llamados BRIC.

El brusco reequilibrio de la economía mundial a favor de la potencia económica de esos países así lo sugiere. Cabe albergar la esperanza de que en un futuro próximo el resto de los países también se beneficiará de estos importantes avances favorecedores del desarrollo y la extensión del conocimiento, situando a sus actuales masas sociales en condiciones de forzar los cambios institucionales que las liberen de su condición de excluidas para su participación crítica en el poder político de sus sociedades.

#### **4.1.9. La evidencia**

Por no alterar en lo más mínimo la exposición de nuestro propósito cuando fijamos el objetivo de nuestra indagación al inicio de este subapartado, *La imbricación de masa y público, clave para comprender la transformación de la opinión pública* lo reproducimos aquí textualmente para dejar perfecta constancia de su realización a lo largo de nuestra elaboración.

Recordemos que, tras citar a Habermas, determinamos la relevancia de sus hallazgos en función de nuestros propios criterios y propuestas de explicación. Concretamente nos referíamos a la ampliación de la base social que constituye a la opinión pública como resultado de las transformaciones del Estado liberal burgués de derecho camino hacia al Estado social:

A nuestros efectos, en cambio, lo que consideramos relevante es la socialización del Estado a la que se refiere [Habermas] como una consecuencia complementaria de la estatalización de la sociedad. Esta fusión de sociedad y Estado es precisamente la que exige que el ámbito de la opinión se amplíe a la sociedad en su conjunto para prevenir que, en esa pugna entre poder político y social, prevalezca el poder político frente al poder social como instancia de dominación.

Dada la función deslegitimadora de las mayorías en la formación de la voluntad política con la que se ha venido empleando la categoría de masa frente a la de público como base social de la opinión, la consecuencia de lo anterior debería traducirse en la imbricación de las tradicionales categorías de masa y público. Esta imbricación es la que trataremos de explicar y demostrar como tendencia histórica en un progresivo afianzamiento de la opinión pública como instancia de control crítico del poder desde los orígenes de la modernidad.

Llegados a este punto, no consideramos ni mucho menos necesario repetir el largo y laborioso proceso a lo largo del cual, en el curso de su discusión, efectivamente, aportamos un sinnúmero de argumentos teóricos y prácticos que sientan sólidamente la validez de nuestra hipótesis sobre la imbricación de masa y público como tendencia histórica positiva.

#### 4.1.10. Razón y opinión. La razón como criterio de demarcación entre la masa y el público

De la explicación de Habermas es fácil concluir que el público rocinante que integrará la opinión lo puede hacer precisamente por estar dotado de esa competencia, la racionalidad. Si nos retrotraemos a los inicios de la opinión en la civilización griega vemos que, efectivamente, Platón realiza su distinción entre doxa y episteme intentando reservar el filtro de la racionalidad para mantener separados a la mera opinión y la convención (doxa) del conocimiento verdadero (episteme). La razón es la calve que convierte a la primera en el segundo. La experiencia le llevaría a replantearse esta separación ante la inviabilidad de un poder político eficaz que no tomara en consideración a la opinión o la convención. Pero desde ese preciso momento, la opinión arrostra la condición de conocimiento degradado, se encontrará bajo la sospecha no ser «racional» hasta la llegada la modernidad, y aun en pleno siglo XX todavía hay quienes niegan que exista ninguna opinión pública que pueda ser considerada racional.

El concepto, tras pasar de mano en mano de los sucesivos autores en permanente pugnan por seguir reservando la principal competencia moral y racional para el gobernante frente al gobernado, llega al punto en el que Maquiavelo despoja al príncipe de su compromiso moral al tiempo que desarrolla una nueva racionalidad instrumental<sup>3</sup> para el ejercicio del gobierno. Precisamente esa racionalidad instrumental orientada a la pervivencia y reproducción del poder es justo la que lleva a este autor a obsesionarse con la opinión que el pueblo debe tener de su príncipe.

El salto cualitativo siguiente nos lo ofrece la explicación que Habermas reinicia a partir de la modernidad. En línea de continuidad con las obsesiones y observaciones de Maquiavelo sobre el reconocimiento popular hacia el príncipe, en la práctica los gobiernos absolutistas empezaron a verse popularmente cuestionados, ya antes de la ilustración, por la racionalidad de un público burgués surgido de la crítica literaria. Un público que se manifestaba en la esfera pública, y que se presentaba a sí mismo como neutralizado respecto del poder. El poder de los príncipes y los monarcas absolutos comenzó a quedar en evidencia cuando el desarrollo del comercio y las comunicaciones, unidos al efecto que tuvo la invención de la imprenta, aceleraron el proceso crítico-racional hacia un poder político que acabaría cuestionando al absolutismo como forma de estado. Al final este poder cedió ante el empuje de las burguesías deseosas de instaurar los estados democrático-liberales.

El ciclo se fue completando. De la mano de la ilustración la opinión dejará de ser definitivamente la denostada doxa platónica para convertirse en aquella razón crítica kantiana que habría de conducir a la emancipación y a la mayoría de edad de la humanidad, una vez desahuciados definitivamente el mito y la superstición fuera de su pensamiento a partir del proceso ilustrado. El gran mérito de esta razón crítica consistió en saber presentarse como un eficaz antídoto contra los excesos del poder político allí donde la crítica racional al poder político podía ejercitarse libremente. Pero el traspaso de la racionalidad desde la episteme y la moral del gobernante hacia la opinión y la moral del

---

<sup>3</sup> Esta expresión alude a la precisa crítica que Horkheimer y Adorno realizan de la racionalidad ilustrada en *Dialéctica de la Ilustración*.

gobernado no se acabó de completar porque el pueblo como portador de la opinión fue escindido por el mismo público originario a comienzos de la modernidad. Como ya vimos, no se tardaría tanto tiempo en categorizar al resto del pueblo que no era público como masa ante el temor de que su irrupción en la esfera pública para ejercer la crítica del poder pudiera tener el mismo resultado para el gobierno liberal que tuvo para el absolutismo.

Efectivamente, el primer argumento con el que se pretende excluir al pueblo, mayoritariamente considerado masa, de su participación política fue el de atribuirle una absoluta irracionalidad. Recordemos que Tocqueville y Mills ya se muestran preocupados, y que desde Le Bon el argumento de la irracionalidad de las masas pasa a formar parte de la psicología social. Semejante criterio es entonces igualmente sostenido y afianzado por Ortega y Gasset, Max Scheler, Oswald Spengler, Hanna Arendt, Elías Canetti... y en cierta medida por el mismo Habermas cuando se muestra tan preocupado por la pérdida de la notoriedad pública crítica de la publicidad burguesa.

Sabemos que Tarde introduce una distinción entre multitud y público que Habermas acabará por convertir en una diferencia estructural de la vida pública tras comprobar que el origen de la publicidad, entendida como el ámbito de lo público, se puede situar con claridad en la transición de la sociedad estamental a la modernidad. Aunque desde sus mismos orígenes se constituyera de una manera muy restringida, Habermas define al público por su capacidad de crítica racional al poder y lo escinde de las masas en el momento que surge la sociedad de masas. Todo lo más que había que hacer era dejarse llevar por esa atribución a la masa de la irracionalidad con la que se la señaló por los muchos autores obsesionados con los luctuosos sucesos que acompañaron a las mismas revoluciones burguesas porque estas contaron con la violencia del pueblo para sus fines de cambio. Además de esto se empezó a percibir la amenazante irrupción de las muchedumbres en la esfera pública.

Nosotros no discutiremos ni valoraremos que, efectivamente, el escaso desarrollo de determinadas instituciones sociales, como la institución educativa antes de que se llegase a convertir en un derecho universal, obligatorio, libre y gratuito, o también unos medios de comunicación tecnológicamente limitados para la difusión de las informaciones, todos ellos tuvieran que ver para que el orden liberal primigenio se configurase con carácter netamente elitista y adecuado a esa fase en el desarrollo histórico en las instituciones políticas. De esta manera, la masa tenía que quedar coyunturalmente incapacitada para ejercer esa función de control crítico-racional al gobierno y por eso se acabó de consumir la escisión del pueblo entre masa y público en el siglo XIX y principios del XX.

Ahora bien, el que esta versión algo mejorada de la opinión pública asimilada a la institución de un público rocinante escindido de la masa haya terminado por generalizarse entre los autores contemporáneos, como Ezra Park, Gruning y Hunt, Herbert Blumber, John Dewey, Monzón, C.W. Mills, convirtiéndose en la norma, es un claro indicativo de la tendencia histórica que acompaña el desarrollo de las citadas instituciones sociales. No obstante, a comienzos del siglo XX todavía eran legión los que consideraban como «amenazante masa» a la inmensa mayoría del pueblo y cuestionaban el derecho al sufragio universal para recuperar el censitario. Hoy semejante perspectiva nos resulta descabellada.

#### 4.1.10.1. **Crítica a la teoría extemporánea de Noelle-Neumann**

En esta particular cronología de la opinión pública el caso de Noelle-Neumann se llega a convertir en algo todavía más extremo y extemporáneo. Su necesidad de demostrar que el

mecanismo de la espiral del silencio es una pulsión la cual forma parte del sistema primario de nuestros instintos, que se trata de un rasgo constitutivamente humano formando parte de nuestra «naturaleza», la empuja en direcciones aparentemente contrarias. Por un lado amplía la composición del público de la opinión a todo el pueblo confirmando nuestro supuesto de la progresiva imbricación de la masa y el público. Por otro lado se ve obligada a negar cualquier posible racionalidad en la opinión para poder sostener que el origen de la opinión es piscosociológico, instintivo y emocional, que es irracional.

Lo que intenta Noelle-Neumann con sus referencias a estudios etológicos (Noelle-Neumann 1995, pp. 257-225) y sus citas antropológicas es determinar la existencia de un procedimiento para la resolución de conflictos interpersonales en el seno de una comunidad con la intención de sentar el principio del miedo al aislamiento como la causa exclusiva del fenómeno de la espiral del silencio de una manera mecánicamente determinada por la ignota ‘naturaleza social’ en la especie humana. Tal mecanismo requeriría, además, de la existencia de un sentido cuasiestadístico del que estaríamos dotados para poder estimar el clima de opinión y saber así qué opiniones están ganando terreno y cuales lo están perdiendo. (Noelle-Neumann 1995, pp. 274,275)

El debate racional de las controversias queda de esta manera fuera de su empeño por confirmar su concepción inmanente del efecto de la opinión mayoritaria sobre la minoritaria.

Para avalar su tesis Noelle-Neumann recurre también a la cita del sinfín de autores que desde sus orígenes ven a la opinión como a una amenazante, peligrosa e irracional manifestación contraria al orden y a la jerarquía social. A modo de ejemplo, en su trabajo incluye una viñeta aparecida en Inglaterra ya en 1641, ocho años antes de la decapitación de Carlos I en el curso de las revoluciones de Cronwell. En esta viñeta se satiriza a la opinión pública representándola en la forma de un extraño árbol al que inquiere un desconcertado joven noble de la época. Lo más revelador de la anécdota que refiere Noelle-Neumann es su propia conclusión al final del párrafo:

¿Y por qué es un «tonto necio» el que riega algo tan importante como la opinión pública? Porque el necio es el que le da vida verdadera. Nos toca a nosotros imaginar el aspecto de los necios que «riegan» la opinión pública en la actualidad.

(op. cit. 249)

Aparte de aquella cita de Tocqueville (op. cit. pp. 123,124) que ya realizamos cuando referimos las aportaciones de Noelle-Neumann a la idea de *público*, además le parece encontrar en Gersdoff un sólido aval para su hipótesis: “La opinión pública, tal y como yo la veo debe existir siempre en la vida intelectual [...] mientras las personas tengan una vida social [...] no puede, pues, dejar de existir, faltar ni quedar destruida, está en todas partes y siempre[.]” (op. cit. 253)

De él sostiene Noelle-Neumann que «[...] afirma también explícitamente que los procesos de formación de opinión no proceden apenas de consideraciones racionales, sino que son más de bien de origen psicoantropológico» (*ibidem*). Para completar la argumentación repasa en sus citas a los creadores de la prejuiciosa psicología social originaria, desde Le Bon a Oswald Spengler, para concluir con aquella sentencia en la que amenaza con la misma maldición que cayó sobre Robert Ezra Park por atribuir racionalidad a la opinión pública (op. cit. p. 282).

En este punto nos parece necesario mediar para dejar claro que nosotros no pensamos que el mecanismo de adecuación de las opiniones a las mayoritarias sea nada fisiológicamente constitutivo de la «naturaleza humana». Antes que considerar al fenómeno de la espiral del silencio como una impronta en la conducta humana, nosotros preferimos pensar que sólo es un efecto emergente el cual se manifiesta a partir de la lógica de sus presupuestos. Es decir, para nosotros no se trata más que de una consecuencia de nuestra manera de entender la convivencia: la renuncia a manifestar nuestras propias opiniones y la aceptación de otras más comunes es tan sólo una de las tantas que realizamos a cambio de las infinitas ventajas que obtenemos de la vida en comunidad. Ese es, p. e., el origen de la normatividad y su coerción racional y voluntariamente aceptada. De una manera más general, ésta es gran parte de la explicación en la eficacia coercitiva de las instituciones sociales a la que se refiere Durkheim. Y mucho más sencillamente es también el origen de sentencias populares del castellano como «allí donde fueres, haz lo que vieres», así que no digamos ya si de lo que se trata es simplemente de opinar como los demás y no en contra de ellos.

La misma expresión «sentido común» (common sense) tiene justo el significado preciso para poder explicarnos tal y como lo estamos haciendo, es decir, se trata de lo que a la vista de cualquiera resulta evidente por tener el mismo significado para la mayoría de la gente precisamente porque así lo hemos convenido culturalmente y a priori. Un ejemplo más de nuestra voluntaria disposición a la convivencia. Pero el sentido común no siempre es racional, como lo demuestra el clima de opinión antisemita creado por la propaganda nazi.

Por eso no sólo es que no hablemos de un instinto, más bien parece que nos referimos a una mera racionalización de la conducta individual condicionada desde sus orígenes por la estrategia adaptativa seguida en nuestra especie, a lo largo del curso de la evolución, consistente en la práctica de la cooperación para mejorar nuestras opciones de supervivencia. No es más que una consecuencia de las ventajas derivadas de la división social del trabajo, de la especialización funcional dentro de la comunidad. Efectivamente, la necesaria integración comunitaria impone ciertas limitaciones y renunciaciones individuales entre las que la propia opinión es de las más tolerables para cada uno.

A riesgo de parecer incoherentes, en cambio sí que aceptamos el hecho de que este proceso de adaptación evolutiva a la vida en comunidad haya podido condicionar nuestra psique de una manera definitiva y por eso queremos rescatar nuevamente la cita que hacíamos de Erich Fromm en la que incluye entre nuestras necesidades fisiológicamente condicionadas a la de evitar el aislamiento:

Las necesidades fisiológicamente condicionadas no constituyen la única parte de la naturaleza humana que posee carácter imperativo. Hay otra parte que es igualmente compulsiva, una parte que no se halla arraigada en los procesos corporales, pero sí en la esencia misma de la vida humana, en su forma y en su práctica: la necesidad de relacionarse con el mundo exterior, la necesidad de evitar el aislamiento. Sentirse completamente aislado y solitario conduce a la desintegración mental del mismo modo que la inanición conduce a la muerte.

(From 2008, 54)

Estamos biológicamente programados para la convivencia. La prueba más tónica que nos ofrece la psicología es la constatación reiterada por la evidencia de los autodestructivos brotes sicóticos que invariablemente experimentan todos los ermitaños como un síntoma

de su locura de soledad. También Noelle-Neumann cita a Csikszentmihalyi quién, a través del «método de muestreo de experiencias», demuestra que la soledad va unida a la depresión y el desaliento para la mayoría de las personas. (Noelle-Neumann 1995, 289)

Recordemos que lo paradójico resultaba en el distanciamiento que Noelle-Neumann realizó en su momento respecto de este autor, a pesar de lo correcto que le hubiera resultado para su hipótesis psicosociológica sobre las opiniones la consideración de esa necesidad biológica de evitar el asilamiento. (op. cit. 75).

Así pues, esta necesidad de evitar el aislamiento sí que nos parece en sí misma una impronta de la conducta marcada ancestralmente por la evolución y la adaptación selectiva. Pero esa no tiene por qué ser la única causa directa del fenómeno de sustitución de las opiniones aunque tenga algo o mucho que ver en ello. Así lo reconoce finalmente la propia Noelle-Neumann después de intentar sostener contra viento y marea lo contrario: “[...] El miedo al aislamiento público es solo uno de los múltiples factores que determinan el proceso de la opinión pública[...].” (op. cit. 272)

De ser ella la exclusiva causa, no podríamos esperar que al final del proceso de sustitución de opiniones pudiera quedar ningún núcleo duro capaz de resistirse al curso de imposición de la opinión dominante (op. cit. 276). Lógicamente, tampoco podríamos apenas pensar en la posibilidad de que se generasen nuevas opiniones ni que estas pudieran renovarse porque la propia lógica del dominio de las opiniones mayoritarias excluiría automáticamente a las nuevas y minoritarias.

Con esto queremos reseñar que, efectivamente, el fenómeno de la espiral del silencio, con haber sido observado a través de muchas medidas empíricas, debe estar mediado por otras variables psicosociológicas distintas del miedo al aislamiento. Para Noelle-Neumann este mismo miedo sería también el responsable de la existencia del sentido cuasiestadístico del que estaríamos dotados para poder estimar el clima de opinión. Pero una hipótesis alternativa mucho más verosímil es la de que las personas valoramos la prevalencia de las opiniones en función de cómo se proyectan desde los medios de comunicación de masas. Según esto, no existiría ninguna propia estimación del clima de opinión que pueda ir más allá de la atribución del peso relativo de las opiniones según su presencia en los medios de comunicación masas. Esto es lo que parece confirmar ella misma con su razonamiento, pero invertido:

[...]El proceso de la opinión pública no se ha opuesto ni una sola vez a la línea adoptada por los medios. El que un individuo sea consciente de que los medios apoyan su opinión es un factor importante que influye en la predisposición de esa persona a expresarse[...]

(op. cit. 258)

De hecho, Habermas sitúa la aparición del público en el mismo momento en el que las comunicaciones y el invento de la imprenta hicieron posible la crítica literaria a partir de las primeras publicaciones, tanto periódicas (periódicos) como ocasionales (obras literarias y panfletos). Estos precursores de los medios de comunicación de masas estaban plagados de opiniones que fueron críticamente debatidas en las casas de café y los salones de la época (Habermas, 2002, pp. 69-79). Es difícil imaginar unos medios mejores que la prensa y las demás publicaciones para la difusión de opiniones susceptibles de competir por ganarse el favor del público. Pero además es igualmente acertado y aceptado pensar que ese fue precisamente el fermento de la racionalidad ilustrada. Por eso, tras considerar al factor de

los medios de comunicación como la más plausible fuente de estimación para las opiniones, entre las causas que nosotros apreciamos como alterativas y distintas al miedo al aislamiento no dudamos ni un momento en situar en un primer lugar a la racionalidad. Simplemente, una vez estimada la opinión que gana peso en los medios, una racionalidad no crítica, alicorta y acomodaticia es la primera que aconseja sumarse a la mayoría por imitación. Es la renuncia a la propia opinión para contribuir a la integración social.

Pero la racionalidad afortunadamente va mucho más allá de facilitarnos la adecuación a la opinión mayoritaria por imitación. Dado el importante papel que nosotros le reservamos en su momento a la racionalidad durante el proceso de aprendizaje y su relevancia en el proceso de innovación de nuestras ideas frente al miedo al aislamiento y frente a la imitación, no tiene nada de particular que queramos devolverle el protagonismo que le atribuíamos entonces, pero ahora como causa de la opinión. En lo sucesivo, gran parte de nuestra labor se centrará en demostrar la relación entre la racionalidad y las causas estructurales de la opinión.

Noelle-Neumann, acaba su obra desarrollando su discusión acerca de la racionalidad del público de la opinión pública. Para ello comienza por reducir las cincuenta definiciones recogidas por Childs a dos conceptos:

1. La opinión pública como racionalidad que construye el proceso de formación de la opinión y de toma de decisiones en una democracia.
2. La opinión pública como control social. Su papel consiste en promover la integración social y garantizar que haya un nivel suficiente de consenso en la puedan basarse las acciones y las decisiones.

(op. cit. 258)

A su vez, atribuye estas dos concepciones a la distinción realizada por Robert Merton en *Social Theory and Social Structure* entre *funciones manifiestas* y *funciones latentes* (Merton 1964, 92)

Según le parece a ella, la opinión pública como racionalidad es una función manifiesta porque es una consecuencia objetiva que contribuye al ajuste o adaptación del sistema pretendida y reconocida por los participantes del sistema. Reproduciendo una misma cita que ya empleamos con anterioridad, tras presentar a la racionalidad como:

[...] la adquisición consciente de conocimiento mediante la razón y la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos a partir de ese conocimiento. La adquisición de conocimientos y la formación de juicios suponen el uso de transformaciones y deducciones lógicas. [...] La racionalidad aprehende así diferentes campos objetuales de los que se pueden derivar inferencias lógicas. El conocimiento de esos campos está configurado, pues, por la lógica, la causalidad y la consistencia. Los productos del pensamiento lógico son convincentes razonables y comprensibles intersubjetivamente.

(op. cit. 281)

Entonces inicia una larga exposición de citas de otros autores que, efectivamente, sirven para avalar la racionalidad de la opinión por la cuantiosa bibliografía que se la atribuye, comenzando por Hans Speier, para el que la relación entre ambos es directa. Pero a partir de ahí, las citas se acompañan de su actitud crítica y explícita hacia este presupuesto que atribuye racionalidad a la opinión.

Según ella la idea generalizada de que la opinión pública había aparecido durante el siglo XVIII en plena ilustración es la responsable de la creencia también generalizada en este presupuesto de su racionalidad. Se debe entender así que, como ya ocurriera con otros sesgos del conocimiento humano tales como «la ocultación de la naturaleza psicosociológica de la opinión por la psicología de masas», la atribución de racionalidad a la opinión no es más que un prejuicio de índole coyuntural debido al prestigioso papel que jugó la razón en el curso del proceso ilustrado.

Noelle-Neumann trata de afianzar su criterio para negar la racionalidad a la opinión apuntando al uso instrumental que la teoría democrática ha hecho de la idea de la opinión pública como instancia de control político. Esto nos parece equivalente a un intento por negar toda la historia institucional que tan sintéticamente nos expone Habermas a partir de un sinfín de hechos bien contrastados. Pero, por supuesto, la comprensión de los hechos históricos ofrece determinadas evidencias que se nos revelan con total independencia de quién las exponga: la democracia como sistema político es una regularidad institucional cada más generalizada en las sociedades avanzadas desde hace ya muchas décadas y el papel del control popular del poder es su esencia y su sustancia.

Aunque las citas que le siguen son cada vez más críticas con este presupuesto de la racionalidad de la opinión tan acertadamente argumentado y desarrollado por Habermas, Noelle-Neumann en su intento por invalidarlo no puede evitar tropezar con Blumer, uno de los potenciales autores junto a Dewey de aquella idea de público restringida a la conveniencia de Hunt y Grüning y su teoría y práctica de las Relaciones Públicas Herbert Blumer fue un destacado sociólogo del XX reconocido mundialmente por su contribución a la sociología mediante su teoría sobre el interaccionismo simbólico. Aunque la propia Noelle-Neumann y otros autores encontraron en las encuestas un buen motivo para considerar a la opinión asilada de sus causas racionales, al final se vio obligada a aceptar la oportuna crítica de Blumer a las encuestas como mero procedimiento; nunca como el objeto de estudio, sino sólo como simple contribución al objeto estudiado.

La propia Noelle-Neumann entonces reconoce el brillante resultado de su trabajo al construir un concepto de opinión pública racional con la función manifiesta de informar a los políticos de la democracia sobre las actitudes de los grupos funcionales dentro de la organización social. (op. cit. 285). Blumer precisa que la opinión, tal y como piensa Habermas, es en realidad la consecuencia de un público ilustrado y racionante con una competencia específica para ejercer la crítica al poder político desde las organizaciones políticas de representación de intereses. Por eso Noelle-Neumann esperará hasta el final de su explicación para hacer valer contra Blumer el mismo argumento que nosotros ya hemos empleado a nuestro favor: las medidas demoscópicas de la opinión pública no segregan a ningún público por su competencia racional específica. Por lo general, toman a la totalidad de la población en la representación de la muestra para llevar a cabo la medida. Para nosotros, ésta es precisamente una buena prueba de que la opinión pública, aun partiendo de un público tan amplio y heterogéneo en su base social, puede tener la racionalidad suficiente para ejercer la función crítica de control del poder político directa o indirectamente. Sólo es cuestión de tiempo y de la competencia que le confieran al conjunto de la población su avanzada instrucción pública y la actualidad correctamente mediada por las modernas y eficientes TIC.

Paradójicamente, Noelle-Neumann sostiene que las teorías de la elección racional en el campo de la ciencia política y la fascinación creciente por los procesos cognitivos entre los

psicólogos suponen a finales del siglo XX el atrincheramiento de las teorías sobre la racionalidad de la opinión pública. A modo de ejemplo, realiza una desconcertante cita de James Beniger en la que, después de reclamar una comunicación con componentes afectivos, este revela contradictoriamente que la información creíble puede crear un impacto más duradero en la opinión pública que las apelaciones persuasivas. (op. cit. 286). Esto es, como si la racionalidad de la opinión no fuera precisamente lo que le permite optar y resolver entre los hechos y las meras sugerencias emocionales.

Hasta aquí, Noelle-Neumann ha planteado su crítica a la racionalidad como función manifiesta de la opinión pública. Pero, alternativamente, ella considera al control social asociado al miedo al asilamiento y ejercido por el mecanismo de sustitución de las opiniones por las mayoritarias como una función latente, es decir, como una función que, según las categorías de Merton, no es pretendida ni reconocida.

Entonces expone su consideración sobre la opinión pública como contrapoder imposible de neutralizar contra el que ningún poder político puede ejercitarse. Cita a Locke, a Aristóteles, a Hume, a Cicerón, quienes, efectivamente, ven en la opinión pública un exagerado poder mítico y desproporcionado contra el que nada puede hacerse. Por consiguiente, para Noelle-Neumann el «omnipotente control social» nada tiene que ver con el bienintencionado juicio racional:

El poder de una opinión pública racionalmente configurada se basa en la idea de un ciudadano informado y capaz de formular argumentos razonables y juicios correctos. Este juicio se centra en la vida política y en las controversias políticas. La mayor parte de los autores que emplean este concepto reconocen que sólo un pequeño grupo de ciudadanos informados e interesados participa realmente en esas discusiones y juicios.

(op. cit. 286)

A la vista está. Esta evidencia es indiscutible hasta el momento. Pero justamente en eso consiste la novedad de nuestro trabajo con el que modestamente pretendemos alterar tales ideas sobre unas perdurables y consolidadas democracias controladas por elites competentes racionalmente. Dadas las características y limitaciones del desarrollo social y humano de cada momento, queremos dejar constancia de que estas formas políticas han tenido, y todavía tienen, una perfecta adecuación a las etapas históricas en las que se han constituido. Pero la evolución de las formas políticas es un hecho histórico perfectamente demostrado a partir de los cambios y transformaciones operados en la sociedad y la economía por los avances en las diferentes técnicas asociadas al progreso humano de todas las épocas. Tales cambios tecnológicos no dejan de producirse constantemente, y lo hacen a un ritmo cada vez más acelerado, así que ya es un tópico decir que la labor del investigador social debe ser la de desentrañar los consecuentes cambios en el orden social, político y económico en la medida de sus limitadas posibilidades.

Noelle-Neumann continúa exponiendo los argumentos a favor de la opinión pública tomada como control social. Hace valer el hecho de que afecta a todos los miembros de la sociedad por igual y afirma que el concepto de la opinión pública como control social no tiene en cuenta la calidad de los argumentos. Para ella se trata de un mecanismo de fuerza e imposición en el que gana el bando que logra amenazar al contrario con el aislamiento, el rechazo y el ostracismo:

Muchos escritores se han dado cuenta intuitivamente de que la victoria o la derrota en el proceso de la opinión pública no depende de lo que esté bien o mal. Por ello, la desaprobación con la que se castiga la conducta desviada no tiene, [...] un carácter racional como la desaprobación de una «conclusión lógicamente incorrecta, un error en la resolución de un problema aritmético o una obra de arte fallida». Más bien se expresa como la «reacción práctica de la comunidad, consciente o inconsciente, ante la lesión de sus intereses, una defensa para la propia protección» [...] En otras palabras, es una cuestión de cohesión y consenso de valores en la sociedad. Esto solo puede basarse en valores morales –bueno o malo– o en valores estéticos –bello o feo–, ya que sólo éstos tienen el componente emocional capaz de poner en marcha la amenaza de asilamiento y el miedo al aislamiento.

(op. cit. 288)

En el curso de nuestra argumentación esta explicación resultará falaz. Los estereotipos culturales, las convenciones y también algo a lo que llamábamos sentido común, efectivamente, son todos ellos muy capaces de contraponerse a los procesos racionales porque no todo el mundo es competente para resolver las controversias empleando la lógica, la deducción y la inferencia. Desgraciadamente y por su misma definición, hasta nos resulta muy difícil discutir que las cuestiones morales y estéticas no tengan que ver tanto con la racionalidad, pero sí con las emociones. Ahora bien, de ahí a sostener que un juicio equivocado en su racionalidad sea mayoritariamente compartido por el miedo al asilamiento hay toda una enorme distancia.

Nos encontramos exactamente ante la distinción que realizara Platón entre doxa o convención y episteme o conocimiento cierto. Definitivamente la opinión tomada como convención no siempre es, ni ha sido, racional. Muchas veces es puro hábito o costumbre. Aunque no siempre se realice de esa manera, justo puede ser el resultado de la imitación. Por eso fue el empeño de muchos autores en mantenerla alejada del poder político hasta la modernidad. Pero no podemos hacer de esa actitud gregaria, presente en diferente grado dentro de toda cultura humana, una situación absolutamente generalizada en cualquier tiempo y lugar. Eso equivale a negar toda la historia del progreso humano. Y mucho menos podemos suponer que esa comunidad de actitudes, juicios y prejuicios se deba exclusivamente al miedo al asilamiento; como ya dijimos, en realidad no tiene por qué ser otra cosa más que una cómoda conveniencia racional de las personas que facilita su integración y la convivencia. Un mero efecto emergente por agregación.

Noelle-Neumann no da por concluida la discusión y procede a la comparación de los dos conceptos. Repite los argumentos de la limitación del objeto y el sujeto en la opinión pública tomada como proceso racional dentro de la sociedad democrática y propone alternativamente a la opinión pública como control social justo porque no presenta esas limitaciones. Añade que, al contrario de lo que ocurre con el concepto de la teoría democrática acotada a la racionalidad de ciertas elites políticas, el proceso de la opinión pública considerado como control social puede ser observado por las encuestas de opinión representativas de toda la población, pero, según ella, ampliando las preguntas a aquellas que sean reveladoras del clima de opinión. El clima de opinión debe ser entendido como la valoración de cuáles son las opiniones que tienden a prevalecer y cuáles a ceder frente a ellas.

Pero más allá de esto, Noelle-Neumann se muestra desconcertada por el escaso éxito que presenta el concepto de la opinión pública como control social ante la teoría del proceso

racional de la opinión pública. Para poder explicarlo empieza por plantearse las limitaciones que presenta su teoría del control social para vincularse a otras teorías reconociendo la ventaja de la teoría de la racionalidad de la opinión pública en ese campo. Entonces recurre a la enumeración de cuatro criterios con los que convencionalmente la filosofía de la ciencia es capaz de comprobar la calidad de conceptos rivales:

1. Aplicación empírica.
2. ¿Qué hechos quedan explicados por el concepto? ¿Qué potencial de clarificación tiene éste?
3. Grado de complejidad, es decir, magnitud de los ámbitos incluidos, o número de variables incluidas.
4. Compatibilidad con otras teorías.

(op. cit. 291)

Procede en su intento por demostrar que el concepto de opinión pública como control social cumple precisamente con los tres primeros mejor que la teoría del proceso racional de la opinión pública.

En primer lugar, ella afirma que puede comprobarse empíricamente porque permite predecir comportamientos individuales y también sobre la distribución de las opiniones en la sociedad. Pero nosotros ya hayamos razonado que muy presumiblemente el proceso debe estar mediado por otras variables distintas del miedo al asilamiento y que el clima de opinión, en lugar de ser evaluado instintivamente, parece estar más directamente condicionado, por ejemplo, por la presencia relativa de cada opinión en unos medios cuya influencia es absolutamente imposible de suprimir en las condiciones reales de cualquier medida.

En segundo lugar, afirma que el control social tiene poder explicativo porque la teoría de la espiral del silencio produce futuribles, o sea, que relaciona los fenómenos observados con otros fenómenos, afirmando y probando que existen unas determinadas reglas sociales. Efectivamente, es innegable que existe una relación bien comprobada entre las actitudes frente a las opiniones, la disposición a manifestarlas y los cambios previsibles en ellas. Pero queda por demostrar que la causa de tales cambios consista en algún oscuro mecanismo de temor hacia los demás y no en simple empatía, o en una disposición apenas racionalizada hacia la convivencia.

Tampoco es del todo exacto presumir la existencia de un cierto instinto humano cuasiestadístico y evaluador del peso de las opiniones para el conjunto de la sociedad. Insistimos en que es mucho más verosímil atribuir esta evaluación al efecto directo de su exposición variable en los medios de comunicación para que los individuos puedan estimar sesgadamente la extensión social de las opiniones. Así pues, nosotros entendemos que, como la verificación empírica es solo de una parte de la teoría de la espiral del silencio, la capacidad explicativa de su teoría es bastante más limitada de la que nos presenta Noelle-Neumann.

Pero es que ella además niega la capacidad explicativa de la teoría rival por su ineficacia para dar cuenta de algunos de algunos fenómenos explicados por la teoría de la espiral del silencio. Dada su casuística, no nos detendremos a analizar los primeros. En cambio si nos ocuparemos del último de los casos que presenta ya que no tiene nada que ver con los fenómenos de la opinión que ha podido verificar y explicar empíricamente. Afirma que la teoría de la racionalidad de la opinión pública no puede explicar que muchas veces las

opiniones racionales acuñadas por expertos se queden asiladas frente al conjunto de la sociedad con independencia de su calidad racional. La verdad es que éste argumento puesto en el desarrollo de nuestra explicación se cae por sí solo.

Nuestra convicción compartida con otros autores en que la opinión racional ha tenido casi hasta la fecha un ámbito limitado que en ocasiones impide su efectividad frente a la convención y el prejuicio social hunde sus raíces históricas en los mismos orígenes de la opinión. A estas alturas sobran más explicaciones de por qué esto ha sido y, en parte, todavía puede ser así, aunque tienda a relativizarse y a subsanarse por efecto del progreso social. Lo cierto es que la baja frecuencia en la ocurrencia de estos casos de aislamiento social de la racionalidad no puede invalidar la explicación de toda una regularidad institucional, que se reproduce de manera recurrente en un elevado número de países con ligeras variantes en su organización, consistente en un poder político democrático avalado por la opinión pública. Tal y como reconoce la misma Noelle-Neumann, en esa misma explicación se integra con total naturalidad la teoría de la opinión pública racional, mientras que la teoría del control social apenas si tiene cabida.

A pesar de sus dificultades de encaje en otras teorías con objetos de conocimiento complementarios, para Noelle-Neumann el tercer requisito, la magnitud de los ámbitos incluidos, es mayor en la teoría del control social porque su objeto no se limita a la política y porque, además, conecta el nivel individual con el social.

Como ya dijimos, a ella solo le resta por explicar porqué entonces la mayoría de las investigaciones demoscópicas que nos presenta para demostrar su teoría son precisamente de índole político o relacionados directamente con las necesidades públicas, del gobierno o de la administración. Tampoco es que en la actualidad la iniciativa privada haya renunciado a realizar sus estudios de mercado a partir de sondeos sobre gustos y tendencias en el consumo de bienes y servicios. Pero el sentido común nos dice que los sondeos de Opinión Pública propiamente dichos siguen reservados para su realización por organismos oficiales que ofrecen el resultado de su trabajo al gobierno y a la administración. De nada sirve ampliar el objeto de estudio si este queda claramente fuera de los límites reales del fenómeno que queremos explicar y conocer, esto es: la Opinión Pública.

Por otro lado, resulta bastante difícil de negar que la teoría del proceso racional de la opinión pública tenga unas claras implicaciones sociales cuando en todos los casos –Tarde, Dewey, Blumer, Habermas– las dinámicas sociales han quedado perfectamente reflejadas en el nivel de la representación de las organizaciones o asociaciones de interés. En cambio la conexión individual a la que se refiere Noelle-Neumann con la teoría del control social no es más que una entelequia estadística sin mayores efectos prácticos para los individuos que el de revelar la previsible evolución de su comportamiento por agregación. Apenas no hace alguna contribución a la solución del verdadero problema de índole práctico: la articulación del poder político.

En realidad, una particularidad que presenta el uso de estos cuatro criterios para la evaluación de la calidad de los conceptos es que los criterios están relacionados y coimplicados entre sí. Cuanto mejor sea el encaje de una teoría con otras que tengan un objeto de conocimiento distinto y complementario, mucho más amplia resultará la magnitud de los ámbitos incluidos y la capacidad explicativa de todas ellas juntas. También resultará mejor la contribución de cada una para el fundamento de las demás, tal y como ocurre con las teorías políticas democráticas y la del proceso racional de la opinión pública, lo que efectivamente deja en una clara desventaja a la teoría del control social.

Antes de acabar su obra, Noelle-Neumann reconoce que ambas teorías no son excluyentes y que, por consiguiente, la teoría del proceso racional de la opinión pública a su juicio tan sólo está necesitada de demostración empírica a pesar de su absoluta evidencia institucional. Pero a la postre, todo su esfuerzo argumentativo persigue una finalidad explícita: la de destronar a esta teoría de su consideración como función manifiesta y relevarla por la teoría del control social. Para ello no menos que plantea como mera apariencia al proceso público de deliberación racional de las decisiones y como una función real a la función latente, o sea, a la idea de que la opinión pública ejerce una presión hacia la conformidad del individuo y nunca al revés. Esto puede llevar a pensar que cuando Noelle-Neumann busca con tanto empeño la aquiescencia de los «intelectuales» (op. cit. 1995, pp. 88, 293), más que respeto, consideración o deferencia lo que existe en realidad es algo de prejuicio, temor y un tanto de rechazo hacia «ellos».

#### 4.1.10.2. **La razón, verdadero fundamento de la opinión**

También nuestra voluntad de anular el argumento sobre la irracionalidad de la opinión que con tanto ahínco ha defendido Noelle-Neumann tiene una finalidad explícita. Retomando el hilo de nuestra argumentación donde la dejamos antes de realizar el excursus sobre la teoría de Noelle-Neumann, explicábamos entonces que el ciclo de transferencia de la razón como atributo del poder político ejercido por el gobernante frente a la denostada doxa platónica que caracterizó al pueblo se había ido completando. De la mano de la ilustración la opinión dejaría de ser definitivamente apenas sustentada por el uso y la costumbre para convertirse en aquella razón crítica kantiana que habría de conducir a la emancipación y a la mayoría de edad de la humanidad a partir del proceso ilustrado. Esta razón sería la encargada de convertir en verdadera episteme a la opinión pública con la aparición de la esfera pública.

El gran mérito de esta razón crítica consistió en saber presentarse como un eficaz antídoto contra los excesos del poder político allí donde la crítica racional al poder político podía ejercitarse libremente. Pero, como expusimos, en realidad el traspaso de la racionalidad desde la episteme y la moral del gobernante hacia la opinión y la moral del gobernado no se acabó de completar porque el pueblo como portador de la opinión fue escindido por el público originario a comienzos de la modernidad. Pudimos comprobar que no se tardaría tanto tiempo en categorizar al resto del pueblo que no era público como masa ante el temor de que su irrupción en la esfera pública para ejercer la crítica del poder pudiera tener el mismo resultado para el gobierno liberal que tuvo para el absolutismo.

En realidad afirmar que el proceso de generalización popular de la competencia racional se puede llegar a completar requiere mucha cautela. Determinar con rigor en qué grado la razón deja de ser el patrimonio exclusivo de elites sociales y políticas cultivadas y se generaliza entre la población es de una enorme dificultad. Por eso, antes que embarcarnos en un proyecto de tal envergadura preferimos señalar ciertas evidencias que ya hemos hecho valer y que apuntan hacia una tendencia marcada claramente por el progreso social, económico y tecnológico, con las consecuencias que señala Habermas en las estructuras políticas de los modernos Estados sociales de masas.

A esas evidencias que empezamos a detallar en la *Crítica al pensamiento social como ideología* y completábamos con *Las transformaciones en el Estado social*, muy bien podemos añadir la presente crisis institucional que hoy apreciamos en las democracias representativas tradicionales, particularmente en aquellos modelos bipartidistas europeos en los que los

sistemas electorales basados en la atribución de la representación se venía realizando con sesgos mayoritarios que rompen la proporcionalidad y el principio universal «una persona, un voto». Estas fórmulas institucionales han funcionado con relativa eficacia política hasta hace bien poco garantizando la estabilidad y la gobernabilidad dentro del modelo.

Pero de un tiempo a esta parte, como un efecto de la crisis económica iniciada en a finales del 2007 y sus evidentes consecuencias sociales, particularmente en los países del sur europeo, tales esquemas basados en la mediación política de los tradicionales partidos y organizaciones de representación de intereses están siendo ampliamente cuestionados en la misma medida que se acelera la desafección popular hacia las instituciones políticas tradicionales. Es evidente que este esquema ha sido esencial hasta hoy en la reproducción de un sistema institucional fundamentado en el proceso racional de una opinión pública acotada a la racionalidad de las minorías competentes.

Ahora, la mayoría de las soluciones de organización institucional del poder político alternativas que tenemos sobre la mesa toman como soporte la extensión del principio de participación política directa frente al de representación de intereses en el proceso de la toma de decisiones políticas.

En gran medida eso se ha hecho posible gracias al pujante fenómeno de las redes sociales facilitadas por el uso generalizado entre la población de las emergentes y eficientes TIC. Particularmente nos referimos a la «autocomunicación de masas» que nos refiere Castells. Esto significa que, efectivamente, la presión social en la calle, sobre todo en los países del sur de Europa, clamó por hacer valer su propia y masiva racionalidad frente la impotencia de aquella racionalidad acotada y frente a la inoperancia de las organizaciones de representación de intereses tradicionales para hacer frente a la situación.

La competencia se da entre los debates en las redes sociales que actúan como vehículos de una racionalidad extendida, frente y mucho más allá del efecto de aquella racionalidad acotada y predeterminada por los medios tradicionales. Esta competencia está teniendo unos efectos devastadores sobre el modelo institucional convencional. Los medios de masas tradicionales no consiguen que prevalezcan entre el público sus mensajes, las más de las veces intencionales, por culpa de la libertad, la velocidad y la extensión con la que circulan en Internet y entre los dispositivos móviles los mensajes alternativos, haciendo dudar cada vez más sobre la credibilidad de los medios tradicionales a una nueva opinión pública aumentada.

Esta nueva opinión pública pugna por ampliar y extender su base social a la par que el debate racional de las controversias se lleva a cabo fuera de los límites del antaño público racionante. Ahora, un público mucho más amplio, masivo y organizado al margen de las organizaciones de representación de intereses está tomando el protagonismo político. A veces lo hace en la forma de masas concretas que se manifiestan pacíficamente en la calles para hacer valer sus reivindicaciones. Pero el debate racional de las controversias ya no se produce sólo en la plaza pública. La esfera íntima a la que se refiere Habermas como el ámbito alternativo al de la publicidad ahora es el lugar desde el que se puede mediar en las controversias gracias a la interconexión instantánea y ubicua que permiten los dispositivos móviles y portables para el procesamiento y difusión masiva de la información interactiva.

Internet y la blogosfera son la nueva ágora; koiné ya no está estrictamente separada del oikos. La publicidad –en el sentido de lo público– y la conversación (lexis) se reproducen la mayoría de las veces sin ubicación ni delimitación antropológica, espacial o temporal. Lo

hacen dentro de un ciberespacio virtual que está erosionando cada vez más la esfera de la intimidad.

No obstante todas las evidencias que nosotros podamos aportar, la cuestión de la racionalidad extendida es de una extraordinaria complejidad porque en el curso de la explicación sobre la universalización de la racionalidad además tendríamos que dar cuenta de involuciones y sesgos en su proceso ilustrado de emancipación de la condición humana por la razón. En tal sentido, nosotros nos sumamos a la crítica a la razón ilustrada que desarrollará la Escuela de Frankfurt y su denuncia de las consecuencias muchas veces trágicas en todos los órdenes de la vida que ha tenido el empleo generalizado de la razón subjetiva e instrumental:

La ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo proceso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y de constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad. El programa de la ilustración era el desencadenamiento del mundo. Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia[...]

(Horkheimer y Adorno 2009, 59)

En esta aceptación queda implícita aquella crítica específica a la sociedad y la industria cultural de masas que por sus alienantes efectos sobre las personas entra en clara contradicción con los posibles efectos emancipadores que nosotros hemos atribuido a los medios de comunicación de masas y también a las nuevas tecnologías de la información.

Desde esta posición crítica hacia el modelo cultural de masas, la denuncia de Giovanni Sartori contra el *Homo Videns* (Sartori, 2012) es muy indicativa de los negativos efectos de aculturación que llegan a producir las TIC. Como toda innovación tecnológica, se nos ofrece para su contemplación presentándonos las dos caras de Jano. De los efectos positivos y emancipadores hemos dado cuenta, de los efectos alienadores e indeseables daremos cuenta a continuación. En el capítulo VII, *Racionalidad y postpensamiento*, de su obra Sartori describe la situación creada con el siguiente llamamiento alarmante:

[...]la tesis fundamental de este libro es que un hombre que pierde la capacidad de abstracción es *eo ipso* incapaz de racionalidad y es, por tanto, un animal simbólico que ya no tiene capacidad para sostener y menos aun para alimentar el mundo construido por el *homo sapiens*. Sobre este aspecto, los especialistas en los medios callan a ultranza, y su parloteo sólo nos cuenta la radiante llegada de un «universo en vertiginosa evolución[...] en el que todo individuo y toda realidad están destinados a disolverse y fundirse. El hombre se ha reducido a ser pura relación, *homo communicans*, inmerso en el incesante flujo mediático » (De Matteis, 1995, pág. 37) Sí, *homo communicans*; pero ¿qué comunica? El vacío comunica vacío, y el video-niño o el hombre disuelto en los flujos mediáticos ésta sólo disuelto.

(Sartori 2012, 150)

Pero, naturalmente, esta nueva y justificada denuncia contra los limitadores efectos de los medios de comunicación de masas en el desenvolvimiento de la racionalidad es para nosotros otra manifestación de las involuciones y de los sesgos en la marcha del proceso ilustrado. La validez del enunciado de Sartori sobre los efectos de las TIC nos resulta

incuestionable, pero esperanzadoramente también la vemos como parte del precio a pagar y como mero efecto coyuntural en la transición hacia la realización de los ideales emancipadores de la ilustración por los que él se nos muestra también preocupado. A fin de cuentas, la posible pérdida ocasional de la perspectiva racional durante la etapa de transición hacia la mayoría de edad de la humanidad es un mal menor frente a la situación de analfabetismo generalizado entre la mayoría de la población que caracterizó a otras épocas históricas anteriores, cuando el mito y la superstición se habían enseñoreado del pensamiento humano. Esto, con independencia de que, efectivamente, hoy se esté produciendo una cierta mitología tecnológica.

Sin restar valor, todo lo contrario, a esta justificada llamada de atención que nos hace Sartori para reorientar nuestra actitud hacia las TIC, lo cierto es que nunca antes se había hecho uso de la competencia lecto-escritora de una manera tan abusiva y rudimentaria como, a la vez, generalizada gracias a ellas. Cabe esperar que las cosas puedan ser mejor en el futuro.

También el periodista e investigador Pascual Serrano denuncia las limitaciones políticas de la sociedad en red en el artículo aparecido en su página web personal el 7/4/2013 bajo el título *Ciberactivismo*. Serrano comienza por enumerar los ya descritos efectos liberadores de las TIC:

Las nuevas tecnologías, internet, las redes sociales han llegado a la ciudadanía con una aureola de democratización, participación e igualitarismo. No solamente se trataba de aparatos, formatos y soportes fascinantes tecnológicamente -como toda tecnología innovadora-, sino que además resultaban -en tanto que igualitarias y baratas- libertadoras puesto que rompían el monopolio de la difusión de los grandes grupos de comunicación y las grandes empresas. No se podía pedir más. No negaremos que parte de todo esto es verdad, pero no basta con esa conclusión,[...]

Pero, tras una detenida aclaración, acaba por desarrollar las pertinentes objeciones que él hace al modelo de «democracia virtual» para concluir con una nueva alusión al carácter de muchedumbre atomizada que todavía se le podría atribuir a los cibernautas:

Las redes sociales y el mundo virtual han socavado el histórico derecho de reunión y lo han sustituido por un hecho social alucinatorio: la falsa conciencia de reunión, la «ilusión de reunión». La conciencia espectadora, presa de la pantalla, tras la cual ha sido deportada la propia vida, sólo encuentra interlocutores ficticios que desemboca en un autismo espectacular. En palabras premonitorias de adónde nos ha llevado Internet, Guy Debord afirmó que «la 'misión histórica de instaurar la verdad en el mundo' no pueden realizarla ni el individuo aislado ni la muchedumbre atomizada». Y, hoy, cada uno de nosotros, frente a nuestro ordenador, no somos otra cosa que muchedumbre atomizada.

(Serrano 2013)

Entendidas las cautelas que hemos de afrontar para comprender cabalmente el proceso crítico-racional y su universalización, nosotros no hemos renunciado a nuestra convicción de que la razón kantiana es un auténtico proyecto emancipador que hoy sigue su curso natural entre avances y retrocesos.

El siguiente texto lo hemos seleccionado con la doble intención de ilustrar ésta cuestión aparentemente contradictoria de la crítica al proceso ilustrado y de la fe en él, y también

para explicar a un mismo tiempo como la concepción kantiana se refiere a una Opinión Pública universal como causa y como consecuencia del mismo proceso sin llegar emplear tal expresión. No obstante, reiteramos nuestra convicción de que, dado su carácter de proceso, es lógico que la institucionalización del poder político haya conocido y conozca etapas caracterizadas por la reserva de la crítica racional para quienes poseían la competencia en exclusiva. En su obra *Sobre la ilustración*, Foucault analiza el conocido texto publicado por Immanuel Kant en el periódico *Berlinische Monatschrift* en diciembre de 1784 en el que daba respuesta a la pregunta *Was ist Aufklärung?* — ¿Qué es la ilustración?—. Foucault se centra en interpretar una a una las sentencias que se contienen en él, indicando sus sentidos e implicaciones. Refiriéndose a aquella minoría de edad que caracterizaba a la humanidad hasta la llegada de la ilustración afirmará:

Desde el primer párrafo hace notar que el propio hombre es responsable de su estado de minoría. Por tanto, hay que suponer que no podrá salir de ese estado si no es por un cambio que el mismo ha de efectuar sobre sí mismo. De una manera significativa, Kant dice que esa *Aufklärung* tiene una «divisa» [*Wahlspruch*]: ahora bien la divisa es un rasgo distintivo por el que se hace reconocer; es también una consigna que se da a sí misma y que se propone a los otros. ¿Y cuál es esa consigna? *Aude sapere*, «ten el coraje, la audacia de saber». Por tanto, hay que considerar que la *Aufklärung* es a la vez un proceso del que los hombres forman parte colectivamente y un acto de coraje a efectuar personalmente. [...]

(Foucault 2006, 75)

Una vez que Kant ya ha hecho la caracterización general del fenómeno de la ilustración como un proceso de dimensión humana y personal, Foucault entonces nos explica como dice Kant que podemos distinguir la minoría de la mayoría de edad: “Para caracterizar brevemente el estado de minoría, cita la expresión corriente: «obedeced, no razonéis»[...]La humanidad se hará mayor cuando ya no tenga que obedecer, sino cuando se le diga: «obedeced, y podréis razonar cuanto queráis»” (op. cit. 76).

Pero a nosotros lo que nos interesa de toda esta reflexión es precisamente la distinción que Foucault le atribuye a Kant entre el uso privado y el uso público de la razón:

El hombre, dice Kant, hace un uso privado de su razón cuando es una «pieza de una máquina»; es decir, cuando tiene un papel que representar en la sociedad y unas funciones que ejercer: ser soldado, tener que pagar impuestos, estar a cargo de una parroquia, ser funcionario del gobierno, todo esto hace del ser humano un segmento particular en la sociedad. [...] Por tanto no puede haber ahí un uso libre de la razón.

En cambio, cuando se razona más que para hacer uso de la razón, cuando se razona en tanto que ser razonable (y no tanto que pieza de una máquina), cuando se razona como miembro de la humanidad razonable, entonces el uso de la razón debe ser libre y público. Por tanto, la *Aufklärung* no es solamente el proceso por el cual los individuos verían garantizada su libertad personal de pensamiento. Hay *Aufklärung* cuando hay superposición del uso universal, del uso libre y del uso público de la razón.

(op. cit. 78)

Efectivamente, Kant apenas deja dudas sobre la universalidad, el uso libre y el uso público que se debe hacer de la razón. Otra buena prueba de que, desde una época tan temprana,

antes siquiera de que se acuñara la expresión, cualquier ideal sobre la Opinión Pública como juicio racional solo podía encontrar un adecuado fundamento sin hacer ninguna escisión entre quienes tuvieran la competencia racional y quiénes no. Para convalidar esta cuestión, Foucault extrae otras interesantes conclusiones del texto de Kant que sitúan a la *Aufklärung* ante sus consecuencias políticas:

La *Aufklärung* no debe ser concebida simplemente como un proceso general que afecta a toda la humanidad; no debe ser concebida solamente como una obligación prescrita a los individuos: ahora aparece como un problema político. [...] Y Kant, para terminar, propone a Federico II, en términos apenas velados, una especie de contrato. Lo que podía llamarse el contrato del despotismo racional con la libre razón: el uso público y libre de la razón autónoma será la mejor garantía de la obediencia, pero a condición de que el propio principio político al cual hay que obedecer sea conforme a la razón universal.

(op. cit. pp. 78,79)

A nuestro juicio con esto queda definitivamente zanjada la inevitable relación que existe entre la razón, la opinión pública y su dimensión político-institucional. Dotar de racionalidad universal al principio político que hay que obedecer es toda la razón de ser y de existir de la opinión pública. La opinión pública aparece como el guardián de la racionalidad del poder político. Nos estamos refiriendo a la misma racionalidad que ya Sócrates le exigía al gobernante mediante su ética, la misma que Platón, Aristóteles y Cicerón trataron de preservar, y que, finalmente, Maquiavelo convirtió en la apariencia que debería revestir al príncipe para que no fuera destronado por su pueblo.

Foucault todavía se extenderá más en su explicación y hacia el final de la obra nos ofrecerá ciertas conclusiones sobre la crítica a la ilustración, una parte de las cuales resuelven y reflejan nuestra propia posición crítica respecto de la *Aufklärung*. Las reproducimos a continuación:

[...] el hilo que puede ligarnos a la *Aufklärung* no es la fidelidad a unos elementos de doctrina, sino más bien la reactivación permanente de una actitud; es decir, de un *ethos* filosófico que podría caracterizarse como crítica permanente de nuestro ser histórico. Es este *ethos* lo que muy brevemente quisiera caracterizar.

A. *Negativamente.*

[...] Hay que intentar hacer el análisis de nosotros mismos en tanto que seres históricamente determinados, en cierta medida, por la *Aufklärung*. Eso implica una serie de investigaciones históricas tan precisas como sea posible; y estas investigaciones no estarán orientadas retrospectivamente hacia el «núcleo esencial de la racionalidad» que puede encontrarse en la *Aufklärung* y que habría que salvar a toda costa; Estarán orientadas hacia los límites actuales de lo necesario: es decir, hacia aquello que no es o no es ya indispensable para la constitución de nosotros mismos como sujetos autónomos. [...]

B. *Positivamente.*

Pero una vez tenidas en cuenta estas precauciones, evidentemente hay que dar contenido más positivo a lo que puede ser ese *ethos* filosófico consistente en una crítica de lo que decimos, pensamos y hacemos, a través de una ontología histórica de nosotros mismos.

1. Este ethos filosófico puede caracterizarse como una *actitud límite*. [...]. La crítica es, ciertamente, el análisis de los límites y la reflexión sobre ellos. Pero si la cuestión kantiana era saber los límites que el conocimiento debía renunciar a franquear, me parece que hoy la cuestión crítica debe ser convertida en cuestión positiva. [...]. En suma se trata de transformar la crítica ejercida bajo la forma de limitación necesaria en una crítica práctica bajo la forma de transgresión [*franchissement*] posible. [...]

(op. cit. pp. 90,91)

La racionalidad la entendemos así en su dimensión fundamentalmente de crítica práctica. La crítica a las consecuencias negativas de la racionalidad abriéndose camino en el mundo real y en la historia es una parte consustancial de ella misma. Por eso hemos reparado superficialmente en esa misma crítica hacia la razón instrumental de la mano de la Escuela de Frankfurt o de otros autores cautos y también críticos con las consecuencias prácticas de los avances de la ciencia, de la técnica y de las consecuencias indeseadas de la ilustración.

La ilustración propiamente dicha no fue sino una fase algo más significada de un proceso que empezó con los primeros pensadores griegos que fueron capaces de formalizar rudimentariamente algunos aspectos de la realidad física con los fundamentos matemáticos. Recordemos que a través de la observación de los detalles y de la apariencia en los acontecimientos y objetos del mundo físico, éstos se empezaron a explicar cómo variaciones de una sustancia subyacente que en esencia seguía siendo la misma. Con independencia de los cambios en la superficie y en la apariencia de las cosas, aquellos pensadores supusieron que debía existir una «naturaleza» inmutable con unas propiedades y leyes que eran eternas y que podían explicar esos cambios.

Por extensión, el proceso para desentrañar cual es la materia primigenia de la que está hecha la «la naturaleza humana» no ha dejado de desplegar de manera infructuosa desde entonces; pero ninguna otra manera de conocer el mundo, incluídla en él la todavía la ignota «naturaleza humana», ha producido mejores resultados que la razón. Para que no queden dudas, la razón surgió de la necesidad por explicar con mayor precisión los hechos, o la realidad, que viene a ser lo mismo. Como expusimos en su momento, la distinción platónica entre doxa y episteme pretendió explicar la diferencia entre la engañosa apariencia de las cosas y las cosas mismas. Se manifestaba, ya desde antes, la voluntad de conocer el mundo más allá su mero aspecto sensible. La herramienta de la que se dotó el conocimiento para lograrlo fue la razón. El propia idea de «verdad», alétheia, quedo condicionada al uso de la razón como medio para su determinación.

La cuestión de la racionalidad es mucho más compleja e inabarcable de lo que muy sintéticamente la podemos resumir aquí. Cabría extenderse a lo largo en un sinfín de documentos, todos ellos muy prolijos en sus enormes implicaciones, sobre el saber y sobre la historia del conocimiento. A título de curiosidad, ya vemos que estos partirían de las «ideas» de Paltón y de su discípulo Aristóteles, hasta llegar a dar cuenta de las teorías de los racionalistas ilustrados, comenzando por René Descartes, yendo directamente a Kant, a sus críticas, y a Hegel, saltando entonces a Max Weber, acabando por Foucault y su *Arqueología del Saber* además del sofisticado y pormenorizado tratamiento que le dedica Habermas en su obra *Teoría de la acción comunicativa* a la racionalidad. Aún así, quedarían fuera de nuestra consideración un sinfín de autores, muchos de ellos críticos románticos, que se ocupan del tema de la razón y de sus implicaciones desde diferentes áreas y perspectivas del conocimiento. Evidentemente, semejante propósito desborda de forma inconmensurable el limitado ámbito de este trabajo.

Así es que no será mucho más lo que aportaremos aquí en relación a este tema que no consista en una cierta visión antropológica la cual tendrá a la racionalidad como protagonista y causa para la justificación de una característica humana: si la razón se originó por la necesidad de conocer la realidad, de conocer la verdad –más allá de la mera apariencia de las cosas– fue precisamente porque existió y existe lo que podemos denominar «la necesidad antropológica de saber» desde los albores de la humanidad. Este mismo enunciado es el que abre el siguiente capítulo, al que ya nos referíamos, y que concluirá con un concepto de información y otro sobre la Opinión Pública que derivaremos de lo expuesto y de lo que añadimos a continuación.





## 5. Hacia un concepto de información. La información: realidad mediada o pseudorrealidad convenida

“Los *mass media*[...] se ven obligados a construir realidad y, a decir verdad, a construir una realidad distinta frente a su propia realidad” (Luhman 2000, 7) Así es como Niklas Luhman entiende los medios de comunicación de masas en su ensayo *La realidad de los medios de masas*. Según explica:

Las teorías constructivistas afirman que los sistemas no están en situación de distinguir entre condiciones de existencia y condiciones de conocimiento de los objetos reales. La realidad primera no se encuentra situada «en el mundo de afuera», sino en las operaciones mismas de la cognición.

(op. cit. pp. 8,9)

Precisamente abrimos el apartado con esta idea de Luhman para posicionarnos críticamente frente a la filosofía constructivista heredera de la tradición filosófica idealista. Entendemos la realidad como una noción omniabarcante de la que todos formamos parte junto a los conocimientos que podamos obtener sobre ella, los cuales serán los que conformen nuestra conciencia. No pensamos que la intelección de la realidad presuponga su inexistencia. El desafío entonces es y será el de obtener una idea lo más precisa de ella. A eso es lo que debe contribuir la función social de la información. Por esto la conceptuaremos como una institución social cuya finalidad es el relato de la actualidad –de los acontecimientos de la realidad dentro de un lapso del presente–. Hacia ese concepto de información trataremos de aproximarnos desde distintos enfoques y perspectivas mediante el seguimiento de cuatro líneas de argumentación principales:

- 1 En primer lugar, nos proponemos, a lo largo del apartado cuyo título es la *Necesidad antropológica del saber*, determinar cuál es el supuesto fundamental que el conocimiento ha ido fijando a través de su evolución como constitutivo de su propio sentido. Somos conscientes de que semejante pretensión, a la vista de la vasta extensión de los conocimientos atesorados por la cultura y el conocimiento humanos a lo largo de los siglos, resulta a los ojos de cualquiera pretenciosa, desmedida y quimérica. Sin duda que así es, ya que en tan breve espacio como el que le dedicamos a esta cuestión es imposible tratar la infinidad de los aspectos relacionados con ella.

Dado que pensamos que aquel supuesto que da sentido al saber consiste en la conceptualización constante de la realidad para dotarla de sentido y significado – conocer la realidad hasta donde ello sea posible–, partiremos de ese supuesto como si fuera un fundamento esencial de la cultura humana. Su finalidad será determinar cuál ha de ser el papel que hoy se adecua mejor a las percepciones que sus usuarios tienen de los medios de comunicación tradicionales. De esta manera, esta percepción se la atribuimos a la necesidad de adquirir conocimiento de la realidad permanentemente actualizada a través de ellos.

Dicho de otro modo, nos proponemos demostrar que para las comunidades humanas más avanzadas, la exigencia de captar la realidad de una manera continua, actualizada y con la mayor precisión posible, es una necesidad que se sitúa más allá de la noción tradicional de mera información. Esa necesidad se encuentra dentro de la misma cultura (en su sentido antropológico).

No obstante, quedarán fuera de nuestra consideración una cantidad ingente de teorías, explicaciones, enfoques, desarrollos y visiones que exigirían un trabajo más amplio y exhaustivo que éste. El vasto raudal de concepciones sobre la realidad forzosamente habrá de ser ignorado no porque se quiera, sino porque exceden de las pretensiones de este trabajo. Como sintetiza Merton al tratar de establecer criterios para clasificar y analizar los estudios de sociología del conocimiento, las soluciones van desde la pretensión “de que «la génesis del pensamiento no tiene una relación necesaria con su validez» hasta la posición relativista extrema de que la verdad es «una simple» función de una base social o cultural” que descansa únicamente en el consenso social (Merton 1964, 546). En cualquier caso, no renunciamos a este fundamento y por eso apelaremos al sentido común, al uso convencional de la idea de realidad y a una exposición muy esquemática de la historia del conocimiento para concluir sobre esta cuestión.

- 2 En segundo lugar, seguiremos el curso de las investigaciones y teorías mediológicas a través del texto de Mauro Wolf: *La investigación de la comunicación de masas, Crítica y Perspectivas*, para precisar la tendencia conceptual subyacente a todos los cambios y transformaciones que han resultado de las investigaciones y de las hipótesis teóricas que se han ido sucediendo unas a otras, superponiéndose hasta señalar hacia esa función para la interpretación de la realidad que hemos atribuido a la información.
- 3 En tercer lugar, repasaremos una breve historia de la opinión, la información y los medios de comunicación de masas para comprobar que su evolución también parece orientarse hacia esa misma función institucional de la información como explicación más o menos limitada de la realidad.
- 4 Finalmente, tomaremos en consideración la discusión deontológica, sus circunstancias y sus propuestas, para terminar apuntando al mismo objetivo que las anteriores líneas de argumentación.

## 5.1. La necesidad antropológica de saber

### 5.1.1. La relevancia de la realidad. La superstición como pseudoconocimiento

En línea con el enfoque filosófico adoptado, la necesidad de conocer la realidad, tal cual es, se remonta a los mismos comienzos y a las primeras manifestaciones de la cultura humana. Incluso antes de que el florecimiento de la cultura griega diera origen a las grandes ideas de las que parte nuestra concepción racional del mundo y todo lo que hay en él, los mitos, los ritos y las leyendas no eran más que intentos equivocados de explicar el mundo a partir de las manifestaciones naturales más determinantes para la vida de los seres humanos en ese estadio de la evolución. Manifestaciones de la naturaleza tales como todo lo relacionado con los ciclos astronómicos (desde el día y la noche, las estaciones, hasta los astros) o bien los grandes cataclismos naturales, eran convertidas por la superstición en revelaciones de la divinidad como forma rudimentaria de interpretar el curso de la realidad.

La posterior evolución del conocimiento derivada de la invención de la escritura y las matemáticas desembocarían, a través de un lento proceso que pasó por las civilizaciones mesopotámica en las fértiles vegas del Tigris y el Éufrates y la egipcia en la rivera del Nilo, en la rica experiencia intelectual del pueblo Griego.

En ese intento por dar explicación al mundo mediante conjeturas más o menos precisas que fueron desafiando lentamente las convenciones míticas y supersticiosas se seguirían dando pasos decididos. El ya citado por Sabine, Demócrito de Abdera, hará su fructífera tentativa por comprender la realidad. Tal tentativa ya contenía ideas esenciales sobre nuestra relación con ella: la realidad/verdad (alétheia) percibida por los sentidos se diferencia claramente de la imagen (eidola) de ella:

Demócrito es uno de los fundadores del atomismo. Admitía dos elementos primarios: los átomos y el vacío[...] partes indivisibles de la materia, eran invariables, eternos, se hallaban en movimiento constante y se diferenciaban entre sí únicamente por su forma, magnitud, situación y orden. Tales propiedades como sonido, color, sabor[...] no son propias de los átomos, sino que existen sólo eventualmente, «no por la naturaleza de las cosas mismas»[...] de los cuerpos fluyen –se desprenden, se separan– finas envolturas («ídolos», imágenes) de las cosas, que actúan sobre los órganos de los sentidos. La percepción sensorial[...] proporciona sólo un saber «confuso» de los objetos; sobre este se eleva [...] el saber por el intelecto, que conduce al conocimiento de la esencia del mundo.

(Rosental y Udin 1965, 111)

Como no podía ser de otra manera, esta explicación coincide plenamente con aquella que nos ofreciera Sabine: la observación de los detalles y de la apariencia en los acontecimientos y objetos del mundo físico se empezó a explicar por los griegos como variaciones de una misma sustancia subyacente.

### 5.1.2. Rasgos genéricos del realismo aristotélico

Otro gran paso en la obstinada búsqueda de las explicaciones al mundo se concreta en aquellos rasgos de los que dotó Aristóteles a su noción de la realidad. Ya sabemos que Platón consagró en su distinción entre doxa y episteme la diferencia entre el conocimiento sensible y el verdadero. Para él los universales en cuanto que ideas existían separados de las cosas concretas. Fue así como su sistema de las ideas dio origen al idealismo filosófico precisamente por la radical importancia que daba a las ideas frente a la percepción sensible. Por el contrario, para su discípulo Aristóteles los universales no existen separados de las cosas concretas; son las formas o esencias inscritas en las cosas mismas. Según él los universales son precisamente la esencia de las cosas. Aristóteles “No negó algún tipo de realidad a los conceptos generales, como virtud, belleza o bondad. Lo designado con estos nombres generales tiene existencia, pero no al margen de las cosas individuales, sino *en ellas*” (Pascual *et al*, 2008, 73). De esta forma el realismo inmanente aristotélico responde a los siguientes caracteres:

- Escepticismo ante un mundo ideal como única realidad verdadera. Estamos inmersos en una dimensión física, donde incumbe observar cuidadosamente y razonar con pulcritud. Si hay disparidad entre una convicción y en una observación procede confiar siempre en lo segundo.
- Los sentidos no tienen en sí mismos nada de vil o engañoso[...] son la mayor fuente de placer y conocimiento. La tarea de la conciencia es elevar los datos del sentido a conceptos, mostrando la íntima cooperación de lo sensible y lo inteligible.
- El universo real no es algo sometido a una normatividad trascendente – como el bien o la belleza–, sino el fundamento del que se deriva cualquier normatividad. En vez de depender el mundo de la perfección, son la perfección y la imperfección quienes dependen de él.
- El principio de lo real es el ser como determinación física suprema, como «entidad» (*ousía*). Pero esto que «es en sí y por sí se concibe» no está sometido a inamovilidad y trascendencia; no es tanto el Ser como los seres o entidades, una colección de sustancias particulares, indefinidas en número.
- El ser es una vida; la inteligencia es una vida. Bios constituye lo común a las diversas cosas o sustancias. En uno de los extremos de esa vida está el éter intelectual comprendiéndolo todo, libre por su sutileza, y en el otro unas polvorientas piedras, cerradas sobre su propia densidad. La oposición de esos extremos no merma la unidad de la vida, suspendida por definición entre el nacer y el morir.
- La perfección es definición, límite. Lo ilimitado es imperfecto.

(Escohotado 1989, pp. 140,141)

### 5.1.3. La razón como forma

El error arranca siempre de relacionar o combinar falsamente aquello que los sentidos revelan. Aunque la razón humana puede analizarse a partir de sus propias causas, es también lo que abre y presenta la naturaleza, el instrumento (*organon*) de contacto con el mundo. Si los sentidos fuesen engañosos, la lógica sería una logomaquia, un discurso solipsista que jamás llegaría a lo mentado. En Aristóteles *logos* constituye la expresión de la *physis*. (Escohotado 1989, pp. 140-142).

#### 5.1.4. El renacimiento: La necesidad imperiosa de conocer el mundo, para existir en él

A la absorción del legado civilizatorio griego por Roma y su Imperio, sigue entonces la decadencia de este último. Y esta decadencia sigue el periodo medieval, aquel tiempo al que ya caracterizábamos como un periodo algo oscuro para la historia del pensamiento humano en el que los intentos por construir la comunidad universal de las almas bajo el poder del Papa, cabeza visible de la cristiandad, postergarán a la teoría y la filosofía natural a meros asuntos mundanos frente las preocupaciones teológicas tan solo dedicadas a alimentar a la metafísica como ‘conocimiento’. Tras la descomposición del Sacro Imperio y la crisis del papado, El Renacimiento trajo consigo la recuperación de las artes y las ciencias que surgieron en Grecia cinco siglos antes de la era cristiana. Se cifran las expectativas de un futuro y una vida mejores en el desarrollo del conocimiento de la naturaleza. De alguna manera, se deja de pensar en la vida como mero preámbulo para la vida eterna, en la salvación o en la condenación, y se empieza a centrar el interés en la vida que *realmente* vivimos y en todo lo que dentro de ella se manifiesta de una manera sensible y perceptible. Todo ello da un gran impulso al interés por el conocimiento de la naturaleza como medio para lograr esa vida mejor.

En el espacio de unos pocos siglos se suceden un sinnúmero de pensadores y académicos autores de grandes hallazgos para la física, la astronomía, las humanidades y el conocimiento en general.

Desde una fecha tan temprana como 1211 la escuela toledana de traductores pone en manos de Europa el *Almagesto*, el tratado astronómico de Ptolomeo, junto con otras significadas obras árabes y judías de autores como Alfarabi, Avicena, Algazel, Avenbrol y Averroes: “Hacia el año 1250 era conocida la mayoría de estas obras y en todas partes se notó la eficacia de su estímulo para el avance científico” (Hirschberger 1976, I, 352).

“Pero el avance llegó a su punto cumbre cuando se acometió la traducción directa del griego de todo Aristóteles” (op. cit. I, p. 354). A pesar de la rabiosa reacción de la iglesia contra el pensamiento del estagirita, ya por entonces las universidades se han convertido en centros de fuerza no sólo intelectual sino política, con un grado notable de libertad (op. cit. I, pp. 356,357)

En Oxford el obispo Grosseteste (1175-1253) trabaja con resultados en metodología de las ciencias. Elabora tratados de óptica –metafísica de la luz–, acústica, astronomía y meteorología (op.cit. pp. 363, 364). Su principal discípulo, Rogerio Bacon (1210-1292) defendió la materialización del conocimiento y el valor de la experimentación (op.cit. I, 365).

Un siglo después en París, se atribuye la mención a una «fuerza impresa» -conceptos nucleares de Galileo y Newton- por primera vez a un discípulo de Duns de Escoto, Francesco de Marchia en 1320. Dos años más tarde, Juan Boridán es nombrado rector de la misma Universidad parisina y retoma la noción del ímpetu sugerida por el bizantino Juan de Filopón desde mediados del siglo VI, preparando de esta manera la presentación del principio de inercia bajo dos novedosos supuestos. (Gustavo *et al*, 2014)

Nicolás Krebs es nombrado cardenal de Cusa (1401-1464) y se revela como el mayor pensador de su tiempo. A partir de la idea de que “la docta ignorancia viene a trazar como

un camino infinito en el conocer” (Hirschberger 1976, I, 453) terminará por afirmar que “si el universo también es infinito[...] no habrá propiamente un punto central cósmico” (op. cit. I, 458). Y de esta manera deriva la poco pitagórica concepción de un universo infinito, idea que habrá de convertirse en el núcleo de todos los desarrollos científicos renacentistas y post-renacentistas. En dicho universo, la Tierra se encuentra en movimiento como el resto de los astros.

La universidad de Padua hereda el espíritu de Oxford y de París. Someterse a una república independiente como Venecia facilita la recuperación del Aristóteles griego, lo que acaba por sentar principios y razonamientos contrarios a la fe (Escohotado 1989, 197). En Florencia, la Academia patrocinada por los Medici difunde los diálogos más pitagóricos de Platón (*Timeo* y *Fedón*) como la verdadera filosofía y, por tanto, como la única religión digna de obediencia, antecedente formal de «la religión intelectual» de la Ilustración en el siglo XVII. Pico de Mirándola intenta una síntesis de platonismo y aristotelismo, difundiendo el ideal humanista que inaugura una cierta contraposición con lo divino que hasta el momento había sido el objeto prevalente del conocimiento (op. cit. 198). En la misma explicación de Hirschberger: “Por lo tanto se revela un sentimiento religioso acentuadamente natural, es decir, genéricamente humano y no específicamente cristiano” (Hirschberger 1976, I, 470)

En suma, con el Renacimiento, la esperanza del ser humano no es ahora sólo el fin de los tiempos y el severo juicio divino de cada vida, sino el desarrollo de la ciencia, el cultivo de la belleza, el reconocimiento del mundo y la naturaleza en sus posibles manifestaciones para la propia vida. Por eso, desde entonces se empieza a pensar que merece la pena que la vida sea experimentada y vivida por y para sí misma (Escohotado 1989, 199).

Timoteo Álvarez reduce los niveles de presentación del clasicismo para caracterizarlo por los siguientes elementos:

1. *Desacralización*, o búsqueda racional, de la ley que actúa en la naturaleza, en las cosas mismas. Dicha búsqueda es la ciencia. Tales leyes generales constituyen el “logos”, lo universal, el modelo perfecto al que el hombre debe ajustarse.
2. *Racionalización*, o vía única del hombre para acercarse a la perfección o “logos”, conociéndose, observándose a sí mismo, dignificando los valores humanos.
3. *Humanismo*. El individuo, aislado, capaz de autonomía, y apoyado en su sola razón y no en las normas recibidas.

(Álvarez 1991, 31)

### 5.1.5. Los grandes descubrimientos científicos

Giordano Bruno (1548-1600) “tiene ante sí las ideas de Krebs[...] y las ideas de Copérnico” (1976, I, p. 488). Según Escohotado, Copérnico (1474-1543) había publicado, tras recibir la influencia de un discípulo de Krebs que fuera su profesor de astronomía, su gran obra: *Sobre las revoluciones de los orbes celestes*. En ella:

Tras descartar al comienzo las teorías de los orbes concéntricos, añade que el sistema de Tolomeo[...] no presenta los movimientos planetarios como revoluciones circulares uniformes y que el artificio del «punto ecuante» no sirve por no consistir en un punto real, físico.

(Escohotado 1989, 206)

Esta puesta en cuestión del sistema tolemáico hizo que Giordano Bruno acabara con lo poco que quedaba de él. Aunque Copérnico todavía pensaba que el Sol seguía siendo el centro del universo, para Bruno, en un universo infinito “nuestro sistema solar es sólo una parte englobada en otro sistema más amplio, y este en otro, y así sucesivamente” (Hirschberger 1976, I, 488)

Pero serán las tres leyes sobre el movimiento de los planetas, formuladas por Johannes Kepler, las que sienten la primera constatación de una geometría exacta en la naturaleza desde el descubrimiento de las proporciones musicales por los pitagóricos. “Kepler llegó a sus resultados con ayuda de un proceso inductivo y de cálculo, que estudiaba los fenómenos en sus puros aspectos mecánico y dinámico” (op. cit. I, 490). Fue de esta manera cómo se reforzó el empleo de la matemática en la explicación de los fenómenos observables.

Galileo Galilei (1564-1642) “perfeccionó los rudimentarios telescopios que habían comenzado a aparecer en Flandes e hizo observaciones que cambiaron la imagen del sistema solar” (Escohotado 1989, 223). Tras recibir el apoyo del mathematicus imperial Kepler frente a las numerosas críticas que recibió por sus hallazgos, Galileo le corresponde entonces con la prueba y defensa de la tesis heliocéntrica formulada por Kepler. Esto le llegará a acarrear la inculpación de herejía por el Santo Oficio (op. cit. pp. 223, 224). Además de esta última concepción heliocéntrica probada por Galileo tenemos que añadir a su producción científica sus no menos relevantes principios en física teórica, como La ley de la caída y El principio de inercia. Frente a la tradición aristotélico-escolástica, Galileo adopta una actitud crítica hacia Aristóteles: “Sobre todo echa de menos en él el método matemático[...]; pues el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático y sus letras son triángulos, círculos y demás figuras geométricas” (Hirschberger 1976, I, 491).

#### **5.1.6. La moderna ciencia instrumental: la nueva noción de verdad y el dominio de la naturaleza**

Galileo fue coetáneo del hombre que afirma por vez primera que «saber es poder» (op.cit, I, 496). Para Francis Bacon (1561-1626) el sentido utilitarista del saber lo lleva a considerarlo “no ya como un fin en sí, como en tiempos anteriores, sino como un medio” (*Ibidem*). La consecuencia que se sigue de ello es inevitable: el conocimiento de la naturaleza es inseparable de su conquista. En Bacon cristaliza la tendencia orientada hacia la metodología empírica y en esa línea *La enciclopedia* le ensalzará como padre de la ciencia experimental (Escohotado 1989, p. 230). La finalidad racional de la ciencia es averiguar las leyes naturales y permitir al hombre explotar dicho conocimiento en su beneficio: «a la naturaleza sólo se la puede mandar obedeciéndola» (op. cit. 231).

Así, “desde Aristóteles,[...] la ciencia y la sabiduría fueron durante siglos cultivadas por amor a ellas mismas; fueron contemplación de la verdad y contemplación de los valores” (Hirschberger 1976, I, 496). Aunque los griegos inventaron la matemática teórica y el proyecto científico, las tesis de Galileo y Bacon revelan que desde entonces había cambiado la noción de ‘verdad’. Esta deja de considerar a la physis como realidad auto-construida. Para los griegos, una física matemática sólo hubiera sido posible prescindiendo de la vida en lo físico, algo impensable para ellos (Escohotado 1989, 233).

Pero habrá de ser Newton el que finalmente proponga un sistema completo del mundo:

[...]sobre la base de la caída de los cuerpos de Galileo, construye su teoría de la gravitación y su doctrina sobre las órbitas de los planetas. Con ello, alcanza su pleno desarrollo un sistema cerrado de la mecánica que la edad moderna consideró como la única manera de ver la naturaleza.

(Hirschberger 1976, 492)

Como nos explica exhaustivamente Escotado (1989, pp. 256-258), su corpus científico doctrinal se compone principalmente de dos extensos tratados: *Principios matemáticos de la filosofía natural* (1648) y *Óptica* (1704). En el libro III de los *Principios* comienza con «las reglas para filosofar». La primera enuncia el principio aristotélico de que la naturaleza no hace nada en vano y «se complace en la simplicidad». La segunda deduce de la anterior que «a los mismos efectos hemos de asignar, en la medida de lo posible, las mismas causas». La tercera propone que «las cualidades pertenecientes a todos los cuerpos al alcance de nuestros experimentos deben estimarse cualidades universales de ellos». La cuarta y última opone a la argumentación hipotética la inductiva. Las ideas de Newton, constitutivas de la Filosofía Natural, combinaban su habilidad de fusionar las pruebas axiomáticas con las observaciones físicas en sistemas coherentes de predicciones verificables. Esto proporcionó el sentido positivista de la mayor parte de lo que sobrevendría en el siglo posterior, tras la publicación de sus *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*.

#### **5.1.7. La razón, como causa única del conocimiento por encima de la realidad misma**

Siguiendo el curso de los cambios en la historia del pensamiento, a partir de aquella idea aristotélica de ‘La razón como forma’ que ya citábamos en el apartado de los *Rasgos genéricos del realismo aristotélico*, una versión visceral de este supuesto más próxima a los postulados ‘ideales’ de Platón que a los del propio Aristóteles, dará origen al Racionalismo. Se trata de un movimiento filosófico desarrollado particularmente en la Europa continental durante los siglos XVII y XVIII, caracterizado por la primacía que dieron sus integrantes a la razón en la fundamentación del conocimiento. Las ideas que lo dominaron fueron la fascinación absoluta por la matemática, la defensa de la existencia de ideas innatas y la importancia de la intuición intelectual. “Se trata de hacer valer la exigencia del concepto en términos radicales[...] Semejante unidad mediada del ser y pensamiento es aquello que estos filósofos –con toda justicia– llamarán «razón»” (Escotado 1989, 269). La idea quedó perfectamente expresada en el cogito cartesiano: *cogito ergo sum*. El término racionalismo se utiliza primordialmente para referirse a la corriente filosófica de la Edad Moderna que se inició precisamente con Descartes, se desarrolla con Spinoza, Malebranche y Leibniz. Como se hace evidente, en su recuperación de los «ideales» platónicos de la ciencia griega el racionalismo se opone al empirismo inglés. Sus rasgos esenciales se podrían resumir de la siguiente manera:

1. Una confianza absoluta en la autosuficiencia de la razón para conocer la verdad. Los racionalistas desconfiaban de las informaciones de los sentidos.
2. La existencia de verdades primeras, ideas innatas no aprendidas o adquiridas por los sentidos. Este *innatismo* precisamente significa que para estos racionalistas la razón no viene del mundo, como pensaba Platón.
3. Por esto, para la filosofía anterior, desde los griegos, la tarea de la razón había sido conocer las realidades objetivas. Para los modernos racionalistas, el entendimiento o razón no conoce directamente la realidad externa, sino solo las ideas presentes

en la mente a la que llaman también *yo*, conciencia o sujeto. Este rasgo es el que dará origen a la concepción del *subjetivismo*.

4. Todos tenemos la capacidad racional de distinguir lo verdadero de lo falso. Lo que nos diferencia a unos de los otros es el disponer o no de un método adecuado para hacerlo. Según Descartes, el método adecuado consiste en una doble operación:
  - captar de modo directo e inmediato, por intuición, ciertas verdades simples e innatas dadas en la propia razón
  - enlazar estas verdades con otras en sucesivas intuiciones, la así llamada por él deducción.
5. A partir de estas premisas, la única manera en la que los racionalistas pudieron tener alguna certeza de que los conocimientos de la razón, las ideas, se correspondían con la realidad experimental fue la creencia en que Dios garantiza la identidad entre lo pensado y lo real.

(Pascual *et al* 2008, pp. 231-233)

Este paso en la historia del conocimiento pretendió la reconstrucción ideal de lo real en la convicción de que las ideas podían tener más valor que la experiencia sensible o la percepción, en contra de lo que pensaban por ese entonces los empiristas ingleses. Desde que Platón realizara la distinción entre doxa y episteme como conocimientos sensible y verdadero, no es que la razón no se haya revelado como el mejor aliado del pensamiento para el conocimiento de la realidad. Pero en ese entonces se abrió un tiempo, el que culminará con la Ilustración, en el que el exceso de optimismo y la fe ciega en la razón como intérprete casi exclusivo de la realidad, distanciándonos de su percepción sensible y de su observación empírica, acabará por alejarnos de ella para retornarnos al mito y a la superstición. Como veremos, lo peor fue que este racionalismo, tal y como se produjo y como fue entendido por quien lo recibiera, dejará en la cultura humana una profunda huella cuyas consecuencias se han hecho sentir de forma dramática en su reciente historia. No obstante, conviene reparar en que aun el abuso de la razón meramente instrumental siempre tuvo como finalidad a la «realidad» como objeto de conocimiento, fuera trascendente o no. Además, lo que pretendió la razón instrumental con ello fue someterla a la voluntad humana, tal y como ya propugnaba el utilitarismo de los empiristas ingleses.

#### 5.1.8. La Ilustración

Desde el siglo XVII, el pensamiento europeo era atravesado por una ola de cambios muy bien ejemplificados por la filosofía natural de Isaac Newton. Ya en el XVIII, entre 1751 y 1765, se publica en Francia la primera Enciclopedia que pretendía recoger el pensamiento ilustrado por Denis Diderot y Jean Le Rond D'Alembert. Estos autores querían educar a la sociedad porque creían que una sociedad culta, que piensa por sí misma, era la mejor forma de asegurar el fin del Antiguo Régimen (el absolutismo y las autocracias se sostuvieron en la ignorancia del pueblo para poder dominarlo). En su redacción colaboraron otros pensadores ilustrados como Montesquieu, Rousseau y Voltaire. De esta manera aparece una nueva fe en el progreso, entendido este como la mejora permanente de la sociedad y la existencia humanas, una fe que confiaba en que la razón iba a organizar toda la sociedad: el derecho, las instituciones, la convivencia.

Recordemos aquí que en su obra *Sobre la ilustración*, Michel Foucault analiza el significado texto publicado por Immanuel Kant en el periódico *Berlinische Monatschrift* en diciembre de 1784 en el que daba respuesta a la pregunta *Was ist Aufklärung?* — ¿Qué es la ilustración?—. Nada más comenzar su breve texto, Kant sentenciaba:

«La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro... *sapete aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!»

La culminación del proceso iniciado en el renacimiento para lograr una vida mejor a través del conocimiento se acaba por transformar en una sólida promesa de libertad, traída por el logro de la independencia de la sempiterna necesidad humana. En el futuro, esa necesidad será satisfecha gracias a la aplicación generalizada de la ciencia y la técnica a todos los órdenes de la vida para que, de una vez, deje de estar sujeta a los imperativos de la naturaleza. Pero con el correr del tiempo esta promesa de libertad no se llegará a realizar y la aspiración a la superación del mito que acompaña a los ideales de la ilustración, que se remonta a la misma génesis del saber, acabará frustrada.

### **5.1.9. Las consecuencias del racionalismo extremo: La realidad acotada y limitada por la ciencia utilitarista. Aproximación a la escuela de Frankfurt: Crítica de la razón instrumental**

En el breve texto así titulado, Max Horkheimer se centra en la labor de clarificar el concepto de razón subjetiva o formal/instrumental, argumento esencial en su crítica. Ésta es presentada como la mera adecuación de los comportamientos a los fines; es decir, fines razonables quiere decir que sean convenientes para los intereses del sujeto, para su autoconservación económica y vital (Horkheimer 2002, pp. 45-47). A ella se le opone la razón objetiva que siempre se refirió en la historia del pensamiento a la totalidad de lo existente:

La crisis contemporánea de la razón consiste en que llegando en su evolución a una determinada etapa, el pensamiento o bien perdió por completo la capacidad de concebir tal objetividad, o bien comenzó a combatirla como un espejismo. Este proceso vino poco a poco a afectar hasta el contenido objetivo de todo concepto racional. Finalmente no hay realidad singular alguna que pueda aparecer como racional *per se*.

(Horkheimer 2002, 48)

Pero la razón subjetiva en realidad es tan sólo una parte de la objetiva. Fue la razón subjetiva la que consumió la separación del saber, entre la religión y la filosofía de la ciencia (Adorno y Horkheimer 1966, 263). Pero lo hizo de tal manera que sus lamentables consecuencias todavía las estamos sufriendo. Los filósofos de la Ilustración se opusieron activamente a la religión argumentando con la razón. Pero lo que lograron fue acabar con la metafísica y al mismo tiempo con el concepto de razón. “Finalmente la razón pasó a ser considerada, en cuanto órgano de la aprehensión de la verdadera naturaleza de las cosas y de la determinación de los principios rectores, como anticuada” (Horkheimer 2002, 56). Para el filósofo intelectual moderno solo existe una autoridad: la ciencia. “La afirmación de que la justicia y la libertad son mejores que la injusticia y la opresión no es científicamente verificable y resultará inútil” (op. cit. 61). De esta manera “el proceso de la ilustración[...] se vuelve finalmente contra los conceptos que habían permanecido «naturales» [...], tales como los de libertad y paz, de igualdad humana en sentido último, de santidad de la vida del hombre y de justicia” (Adorno y Horkheimer 1966, 261). Las consecuencias no se hacen esperar:

Cuanto más se debilita el concepto de razón, tanto más fácilmente queda a merced de la manipulación ideológica y de la difusión de las mentiras más descaradas. El avance de la ilustración disuelve la idea de razón objetiva, el dogmatismo y la superstición; pero a menudo son precisamente la reacción y el oscurantismo los que más ventajas sacan de esta solución. Intereses creados, opuestos a los tradicionales valores humanitarios, acostumbran a reclamarse, en nombre del «sano sentido común», de la razón neutralizada, impotente.

(Horkheimer 2002, 61)

Lo cierto es que el intento de disolver los mitos mediante el desencadenamiento del mundo para liberar al ser humano de su servidumbre respecto de la naturaleza, conducirá al ensalzamiento del saber científico-técnico como medio idóneo para lograrlo (Horkheimer y Adorno, 1969, 59). “Todo uso de los conceptos que vaya más allá de su puro significado instrumental cae bajo el veredicto de estar detenido en la superstición” (Horkheimer y Adorno 1966, 265). Pero la transformación del lenguaje para que sólo signifique lo que se puede verificar bajo el criterio y la finalidad de la razón subjetiva e instrumental, lleva a que el pretendido dominio sobre la naturaleza externa se extienda sobre la naturaleza interna del hombre y de la sociedad:

El proceso técnico en el que el sujeto se ha reificado tras su eliminación de la conciencia está libre de la ambigüedad del pensamiento mítico como de todo significado en sí, pues la razón misma se ha convertido en simple medio auxiliar del aparato económico omnicomprendido. La razón sirve como instrumento universal, útil para la fabricación de todos los demás, rígidamente orientado a su función, fatal como el trabajo exactamente calculado en la producción material, cuyo resultado para los hombres se sustrae a todo cálculo.

(Horkheimer y Adorno 2009, 83)

En el momento en que el hombre se amputa la conciencia de sí mismo como naturaleza, todos los fines por los que se mantiene en vida: el progreso social, el incremento de todas las fuerzas materiales e intelectuales, incluso la conciencia misma, pierden todo su valor, y la entronización del medio como fin, que adquiere en el capitalismo tardío el carácter de locura, es perceptible ya en la prehistoria de la subjetividad.

(op. cit. 107)

El espíritu no sólo no se ha liberado, sino que se ha quedado encadenado al absurdo de la alienación y la dominación. De este modo, la sociedad se reifica al servicio del poder y la naturaleza se ha desquitado por haber sido olvidada por el espíritu; la ilustración, por tanto, se ha autodestruido.

#### **5.1.10. La historia del conocimiento: una conclusión**

En este apartado, al que hemos titulado *La necesidad antropológica de saber*, hemos hecho un repaso muy esquemático, una mirada muy fugaz al trazo grueso que perfila el conocimiento humano desde su génesis hasta nuestros días. Lo hemos hecho con la intención de establecer cuál es la causa de esta laboriosa actividad humana que arroja una ingente producción de ideas imposibles de abarcar para ningún ser humano contemporáneo. Pero

la historia de la filosofía arroja un saldo difícil de cuestionar a la vista de la trayectoria más general por la que discurre su desarrollo.

Como afirmábamos al inicio, la necesidad de conocer la realidad, tal cual es, se remonta a los mismos comienzos y a las primeras manifestaciones de la cultura humana. El objeto principal de esta incesante e ingente labor es el conocimiento del mundo. El conocimiento de un universo del que la existencia humana no es más que una parte insignificante dotada de una cierta capacidad y de toda la voluntad para conocerlo. La búsqueda de la verdad, en todas las formas que haya adoptado, ya sean míticas y supersticiosas, ya sean idealistas, metafísicas y trascendentes o ya bien que sean científicas, objetivas y materialistas, todas tratan de conocer aquello que posee existencia en el mundo o fuera de él, aquello que es real. La realidad es a lo que se vincula la noción de verdad desde que la filosofía de los griegos acuñara el término para referirse así a lo real mismo. Por eso este afán humano por conocer la realidad per se será uno de los fundamentos sobre los que construiremos nuestro concepto de información.

Para completar esta conclusión, como se sigue del esquema básico de la historia del conocimiento, aunque no resultará despreciable su aportación a una comprensión algo mejor de la racionalidad, tampoco estará por demás que reparemos en la importancia que tiene la razón objetiva como factor esencial en la determinación de la realidad. Por encima de la procedente crítica a su uso instrumental, queda así fijado que la razón es este factor que hace posible la transformación del conocimiento sensible en conocimiento verdadero, tal y como Platón lo postulara en sus diálogos. Por eso también ya podemos entrever el por qué de la importancia que tiene la racionalidad en la conformación de la opinión pública más allá de que así lo hayamos querido dejar sentado en concordancia con otros autores.

Pero todavía no podemos dar por terminada esta explicación sin volver a hacer valer su pertinencia. La importancia de esta conclusión es de tal magnitud para nuestra teoría porque la necesidad antropológica de saber está en el mismo fundamento de la información tal y como la hemos venido entendiendo en su sentido más tradicional. El indiscutible éxito de esta institución de la información desde los mismos orígenes de la difusión masiva de conocimiento iniciado en la pre-ilustración con el invento de Gutenberg se encuentra precisamente en esa necesidad antropológica de saber que ha arrojado como evidencia la propia historia del conocimiento.

Con la aparición de las nuevas posibilidades técnicas para la difusión masiva del conocimiento no tardó tanto tiempo en producirse una diferenciación. Rápidamente surgió una institución, la información, bien delimitada del resto, dedicada al relato de la actualidad y que cosechó un indiscutible éxito entre un público que la demandaba con gran interés garantizando su viabilidad económica. La avidez por el conocimiento impulsó de forma determinante su propia puesta al día a través de las novedosas posibilidades de imprimirlo con tipos móviles y difundirlo en tiempos menores de los que habían permitido hasta entonces la tradición oral, las técnicas rudimentarias de impresión y las transcripciones de puño y letra.

## **5.2. La concepción tradicional de los medios de comunicación, vista desde las primeras teorías mediológicas**

Con el surgimiento de la institución informativa no todo fueron avances y mejoras para la sociedad y para el conocimiento humano. De la ilimitada cantidad de problemas y conflictos que la acompañaron desde sus orígenes da cuenta su propia historia y la

evolución de las concepciones dispares a que ha dado origen el intento de explicarla. Para introducirnos en esta problemática la siguiente cita de Adorno y Horkheimer nos ofrece una buena presentación:

“Y, en realidad, es en el círculo de manipulación y de necesidad que la refuerza donde el sistema se afianza más cada vez. Pero en todo ello se silencia que el terreno sobre el que la técnica adquiere poder sobre la sociedad es el poder de los económicamente más fuertes sobre la sociedad. La racionalidad técnica es hoy la racionalidad sobre el dominio mismo. Es el carácter coactivo de la sociedad alienada de sí misma[...] Reducidos a material estadístico, los consumidores son distribuidos sobre el mapa geográfico de las oficinas de investigación de mercado, que ya no se diferencian prácticamente de las de propaganda, en grupos según ingresos, en campos rojos, verdes y azules.

La televisión tiende a una síntesis de radio y cine, que está siendo frenada hasta que las partes interesadas se hayan puesto completamente de acuerdo, pero cuyas posibilidades ilimitadas pueden ser elevadas hasta tal punto por el empobrecimiento de los materiales estéticos que la identidad hoy apenas velada de todos los productos de la industria cultural podrá mañana triunfar abiertamente, como realización sarcástica del sueño wagneriano de la «obra de arte total»

(Adorno 1964, pp. 166-169)

Con independencia de su historia, obtener una comprensión más precisa acerca del concepto tradicional de la información y rastrear todos sus aspectos, tanto los negativos como los positivos, nos exige situarnos en los primeros estudios sobre la comunicación de masas. A partir de ahí, podremos conocer los distintos conceptos a los que han dado origen las diversas corrientes investigadoras que se han superpuesto y sucedido hasta la actualidad, debidamente identificadas y clasificadas. Para realizar esta labor nos ceñiremos, siempre con voluntad interpretativa y sinóptica, al texto de Mauro Wolf *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y Perspectivas*.

Tomamos el trabajo de Wolf porque nos lo presenta organizado según una cronología que parte de los primeros intentos por dar explicación al fenómeno institucional de la comunicación para las masas. Entonces nos expone de forma ordenada las ideas acerca de ella según se han ido transformando a través de las prácticas, de las investigaciones y de las transformaciones en la estructura social contemporánea.

Dado el relevante papel que la teoría de Wolf juega en el hilo de nuestra argumentación, hemos considerado conveniente ofrecer un destilado sintético de su contenido para facilitar la comprensión más detallada y obtener un mejor fundamento para nuestro propósito. Por razones obvias no lo incluiremos en el cuerpo del texto de nuestro desarrollo y remitiremos a su lectura en el anexo II para quien desee profundizar en el suyo sin necesidad de remitirse a su obra original.

Esto significa que a lo largo de ese anexo II no realizaremos apenas una cita que no sean las hechas por el propio autor. Nos limitaremos a transponer muy sintéticamente el texto de Wolf. Si bien entendemos que una comprensión aun más detallada y completa siempre nos debe remitir obligatoriamente al texto original.

Lo cierto es que no podríamos encontrar mejor argumento para reflejar con relativa certeza lo que los usuarios esperan de los medios de comunicación que los mismos cambios que se han ido operando en las diferentes teorías mediológicas, es decir, que las distintas explicaciones que ellas han venido dando sobre su objeto de estudio.

En lo sucesivo insertamos una relación de escuetas observaciones sobre los diferentes conceptos a los que han dando origen las diversas corrientes investigadoras en el mismo orden cronológico en el que produjeron. Como hemos indicado, un fundamento más completo requiere cuanto menos la consulta del referido anexo II. Así dispuestas, estas observaciones demostrarán que las concepciones se han ido aproximando progresivamente a la función que nosotros les atribuimos a los medios como intérpretes de la realidad.

### **5.2.1. Las distintas teorías mediológicas desde sus orígenes: La investigación de la comunicación de masas. Crítica y Perspectivas (Mauro Wolf, 1987)**

#### **5.2.1.1. Las primeras teorías mediológicas**

- La teoría hipodérmica

Es evidente que en ese entonces el concepto de información no tenía otro sentido que el de la mera propaganda. La información no pasaba de ser un instrumento en manos de distintos agentes políticos y económicos para la manipulación de las masas en el exacto sentido que establece esta teoría.

- El modelo de Lasswell

La única novedad es la vocación investigadora de cada aspecto de la comunicación que lleva a comprobar los resultados en el receptor del mensaje, algo que no hacía la teoría hipodérmica. Además y como consecuencia de ese afán investigador, se estudian los contenidos de los mensajes. Como podemos apreciar, las diferencias con la teoría hipodérmica, de la que parte, se reducen a cuestiones de procedimiento; no es más que una versión evolucionada y más sofisticada de ella. El concepto de información se conserva con muy pocas diferencias: la descomposición del concepto y la apertura a la investigación independiente de cada uno de los aspectos de la comunicación.

- La corriente empírico-experimental o de la persuasión

Está claro que esta corriente se rinde a la evidencia de que la audiencia posee un criterio propio frente a los intentos de condicionarla como pretenden los emisores institucionales. Dado que se limitan a la eficacia de las campañas de comunicación, es difícil inferir si la actitud más o menos reticente del público tiene que ver con la necesidad de que le ofrezcan un conocimiento cabal de la realidad. No obstante, aunque por definición las campañas (también las informativas) se centran en aspectos muy particulares de la realidad, resulta que el deseo del público respecto de estos aspectos puede ser bien distinto del deseo de los promotores de esas campañas. El interés con el que cada parte contempla la cuestión rara vez coincide, pero si coincidiera tendría que hacerlo seguro en la comprensión exacta y ajustada de la única misma realidad para ambos.

- Los estudios empíricos sobre el terreno o «de los efectos limitados»

A partir de estas experiencias, podemos empezar a dar por sentado un hecho fundamental para nuestro propósito de cuestionar el concepto tradicional de comunicación: hay algo cíclico, o cuanto menos cambiante, en la presencia y reaparición de algunos «climas de opinión» (y correspondientes tendencias investigadoras) sobre el tema de la capacidad de los media de influenciar al público. Dicho carácter cíclico (o cambiante en general) está vinculado a las transformaciones de la sociedad, a las de la implantación institucional y organizativa de los media, y a las circunstancias históricas en las que estos actúan.

Es fácil comprobar que las ideas sobre los media han cambiado desde su consideración como condicionantes absolutos de la conducta hacia una comprensión de la limitación real de sus efectos sobre ella, limitación que aparece determinada por una progresiva complejidad del fenómeno y sus relaciones e interdependencias con la estructura social. De ahí a concluir que los destinatarios de los mensajes de los media no esperan otra cosa de ellos sino que se les informen de la realidad todavía hay un buen trecho, pero todo se andará con el correr del tiempo y la aparición de las nuevas corrientes y teorías mediológicas.

- La teoría funcionalista de las comunicaciones de masas

Considerada en su conjunto, la teoría funcionalista de las comunicaciones de masas supone un avance en la dirección que nos dirigimos, claramente explicitado por su reconocimiento sin ambages del contexto en el que se produce la comunicación de masas como la clave para su éxito. Ello nos sitúa aun más cerca de nuestra hipótesis final. Las funciones respecto a la sociedad: “[...] proporcionar la posibilidad, frente a amenazas y peligros inesperados, de alertar a los ciudadanos; proporcionar los instrumentos para realizar algunas actividades cotidianas institucionalizadas en la sociedad”, son un estupendo anticipo de nuestro concepto. También la puesta en evidencia, como una verdadera disfunción de los media de lo que tienden a omitir (clave para el nuevo enfoque), por ejemplo: “[...] todo lo que vaya en contra del beneficio económico”, constituye una reivindicación del compromiso con la realidad que debe caracterizar a la información.

La teoría de las gratificaciones, preocupada con lo que hacen los destinatarios de la información con los medios, ya le atribuye a esos destinatarios un papel activo en el proceso de la comunicación que sólo podrá concretarse para todos ellos en la demanda de lo único que comparten en su totalidad. La inter-subjetividad empieza a cobrar sentido, y es probable que dicho sentido no se alcance plenamente hasta que no se transmute en objetividad: la realidad en la que se desenvuelven las existencias de todos es el único referente común que les vincula con la necesidad de conocer el acontecer de la actualidad. Así, respecto de esta variante de los usos y las gratificaciones, está claro que la mera inversión de la pregunta ya es todo logro. Justamente la definición que ofreceremos como conclusión del trabajo se fundamenta en las necesidades del público antes que en la pretendida autonomía de los media frente a su audiencia. No menos importante a nuestros efectos resulta la estructura de las necesidades del público en general. Si tuviéramos que atender al conjunto de necesidades relacionadas procurando que la totalidad del público se identificase con esa atención, ya habríamos prefigurado el metaconcepto clave en nuestra definición: la realidad.

No obstante, en el caso de la teoría funcionalista, su preocupación por el equilibrio, la estabilidad y supervivencia del orden social le lleva a sostener para los media una autonomía respecto al público y a sus deseos de información, fundada en la desconfianza hacia él que se expresa al atribuirles a los media funciones restrictivas para que contribuyan

al objetivo de la estabilidad social: “[...] sobre todo en lo que no se dice” (Lazarsfeld-Merton, 1948, 86).

- La teoría crítica

Para esta teoría, la alienación a la que somete el sistema capitalista al individuo es perfectamente reconocible en los dramáticos efectos que la industria cultural, de la que son parte esencial los medios de comunicación de masas, tienen sobre su conciencia. Esto ocurre si los medios logran privar al individuo de su autonomía y contribuyen a su sometimiento interior para la sociedad y para el gigantesco y potente mecanismo económico.

Particularmente importante es aquella cita explícita que afirma que el individuo puede “[...] perder la verdadera comprensión de *la realidad*, además puede llegar a tener debilitada la capacidad de entender la experiencia de la vida por el uso constante de lentes ahumados”. Poco que objetar a la crítica que se formula en su totalidad a la sociedad y al papel que se reserva a los medios dentro de la industria cultural de masas. Aunque no se concrete en lo que conocemos de la exposición de la teoría, suponemos que se puede invertir ese papel alienador del individuo si conseguimos atribuirles una función emancipadora: Si por alienación, o enajenación, o extrañamiento hemos de entender a toda circunstancia en la que vive la persona que no es dueña de sí misma, ni es responsable última de sus acciones y pensamientos, que:

[...] partiendo del concepto genérico de la «falsa conciencia» [...] se comportará como si estuviese dotado de un automatismo capaz de segregar todo aquello que pudiera modificar, ampliar o rectificar su propio sistema de ideas y valores, y esta incapacidad es la que le *aisla* o hace ajeno de todo influjo procedente de la sociedad de personas que le rodean.

(García Sierra, 307)

Resulta fácil comprender que la función alienadora de los medios se invierte cuando estos aspiran a situar al individuo en una realidad de la que tenga «verdadera conciencia», dando cuenta de ella de manera permanente y actualizada. Entendemos que para la Teoría crítica la relación de dependencia entre los medios de masas y los individuos debe invertirse: los medios han de contribuir para la plena emancipación del individuo y no para su alienación.

- La teoría culturiológica

Dado que más que centrarse en los medios en sí, se dispersa en consideraciones mucho más generales sobre la cultura de masas como consecuencia y manifestación del consumo en la sociedad tecno-industrial, a nuestros efectos, esta teoría carece una relevancia que vaya más allá de la que le precedió, y sólo cabe decir de ella lo que se dijo de la anterior. Como mucho es interesante tomar en consideración la descripción de los mecanismos del mercado y sus efectos en la cultura de masas primero, en la sociedad y en todas sus instancias intermedias, hasta llegar a un individuo que es tomado como mero objeto de utilidad para la «supermáquina social». Cabe reseñar la referencia precisa y escueta a la confusión entre ficción literaria y realidad informativa por lo que puede tener de alienadora en los mismos términos en los que ya la hemos definido.

- La perspectiva de los «cultural studies»

Esta corriente da un nuevo impulso a la consideración sociológica de los media, a los que ve claramente interrelacionados con la dinámica social. Es clave el enfoque antropológico y cultural, en consonancia con la misma visión que nosotros tenemos del fenómeno de la información. Al igual que las inmediatamente anteriores, muestra un particular interés por la imagen de la realidad social y por la atribución de sentido a ella, situándonos ya de esta manera en nuestra misma perspectiva.

- Las teorías comunicativas

La forma de insertar estas teorías comunicativas en el contexto argumentativo que desarrollamos se presenta limitada por sus contenidos. Estas tienden a centrarse de tal modo en el fenómeno de la comunicación que apenas nos pueden aportar elementos conceptuales para una teoría de la información si no se basan exclusivamente en los más o menos acertados esquemas comunicativos y la caracterización de sus procesos. La consideración de la información como la transferencia ordenada de significados (realizada con mayor o menor éxito) sólo nos resulta útil si la logramos situar, primero en su contexto cultural y social, después en la función concreta que deben desempeñar los medios de comunicación de masas dentro de él. En caso contrario, lo que tenemos es un concepto excesivamente amplio.

Precisamente en ese último caso, lo que consideramos relevante es la constatación de que tal concepto de información es excesivamente amplio y tiende a confundirse erróneamente con el de conocimiento en general. Efectivamente, la superposición de esta idea de la información con la extensión de los media al ámbito de la cultura entera, que deriva de los cultural studies, es la causa de este error en la apreciación sobre la idea de información. Su amplitud epistémica es de tal calibre que nos sitúa ante la disyuntiva de aceptar o rechazar que el conocimiento sólo es posible a partir del acto comunicativo, lo que sin duda es verosímil. Pero nos resulta excesivo presentar una causa, la comunicación, como si fuera su consecuencia, el conocimiento.

Por lo pronto, no todo lo que se comunica es, o tiene por qué ser sólo información, aún en el caso de que sea siempre conocimiento. Esto es, no es pertinente confundir la comunicación con la información ni a esta última con el conocimiento.

En tal sentido, el concepto tan genérico que se nos ofrece como información se corresponde en realidad con la idea de comunicación. Es decir, todo lo que se transfiere en el acto comunicativo son significados ordenados según ciertos códigos, pero no todos los significados ordenados susceptibles de transferirse son siempre conocimiento, ni mucho menos son siempre información. Precisamente nos venimos proponiendo ofrecer y justificar un concepto debidamente acotado de información por la delimitación del objeto de tal comunicación y del tipo o clase de conocimiento que se transfiere en ella.

#### **5.2.1.2. La preocupación de las últimas teorías mediológicas: la eficacia de los medios para acotar con acierto y precisión la realidad social**

Como ya vimos en su momento, el título que da Mauro Wolf a la segunda parte de su texto es literalmente: Nuevas tendencias de la investigación: Medios de comunicación y construcción de la realidad. Siendo, como cualquier otro título, un anticipo

extremadamente sinóptico del contenido del epígrafe, la definición no puede ser más explícita y categórica. Es evidente que nos sitúa en las concepciones más avanzadas y actuales de la investigación mediológica, las mismas que nos aproximan a marchas forzadas a la que nosotros propondremos como una consecuencia lógica de sus transformaciones: la construcción de la imagen fiel de la realidad en la conciencia de los individuos.

- La hipótesis de la agenda-setting

Respecto de esta teoría, otra vez más comprobamos cómo su pretensión inicial, esto es, que la comprensión que tiene la gente de la realidad social se modifica por los media, al final tiene que ser relativizada por las evidencias que arrojan diferentes estudios e investigaciones.

Estas evidencias obligan a introducir otras consideraciones sobre sus pretendidos efectos a largo plazo, consideraciones progresivamente más complejas que nos sitúan nuevamente ante la naturaleza de la audiencia y de cómo ésta construye la referida visión de la realidad. Lo cierto y fundamental en este caso es el reconocimiento de aquello que esperan los usuarios de los medios, o sea, que les den cuenta de la realidad social. También resulta importante la constatación de que, en última instancia, la construcción de la imagen de la realidad depende de cada uno y de las visiones previas que los individuos ya posean. Esta es una idea que ya hemos referido. En gran parte es el fundamento de nuestra labor de indagación para la determinación de alguna causa alternativa a la actualidad en la formación de la opinión: la ideología.

- Los estudios sobre los emisores: desde el «gatekeeper» al «newsmaking»

Los estudiosos de este enfoque de los *gatekeeper* tienen conciencia plena del problema que supone para el «correcto funcionamiento» de los medios la capacidad que posean para atender al público, a sus características y preferencias. Deben hacerlo antes que atender a otras causas que pueden determinar el proceso de producción de la información.

- El «newsmaking»: criterios de importancia y «noticiabilidad»

Una vez hemos determinado la importancia de seleccionar entre la multitud de hechos a aquellos que merecen ser tomados como noticia, nos enfrentamos al reto de establecer unos determinados criterios para llevar a cabo esa selección. La investigación de las prácticas habituales lo único que hace es poner de manifiesto las limitaciones de los procedimientos establecidos por la mera experiencia profesional. Eso sí, la preocupación por llevar a la audiencia la mejor de las informaciones posibles se hace manifiesta por el investigador y también por los responsables de la información que desean cumplir lo mejor posible con su cometido. Buscan escapar a las críticas del público y retener su atención, cuando no ganase su reconocimiento. El problema estriba en saber lo que espera el público de los medios de información, qué es aquello que pueden ofrecerle desde sus prácticas institucionalizadas y sus limitaciones técnicas para cubrir los hechos. De ahí que estos dos últimos aspectos se manifiesten como un elemento de la distorsión involuntaria que aleja a la información de ser reflejo de la realidad social.

- El «newsmaking»: los valores/noticia

El análisis de los criterios y de sus limitaciones en los procedimientos establecidos para seleccionar aquellos hechos que serán convertidos en noticias lleva a la distinción entre los

criterios sustantivos y los relativos al medio, al desconocimiento del público y a la competencia. Los criterios sustantivos establecen la relevancia y trascendencia del hecho medida por factores más o menos objetivos. Los relativos al medio, al desconocimiento del público y a la competencia limitan la objetividad en la producción de la información con las consecuencias ya conocidas, constituyéndose en una seria preocupación para la teoría y la investigación. La objetividad sigue siendo la clave de la información de calidad informativa.

#### — Las rutinas productivas

Este último es un estudio de carácter descriptivo sobre la forma de funcionar y organizarse de los medios, particularmente de cara a la elaboración final de la noticia. Hace hincapié en las limitaciones que presenta el proceso para la consecución de un fin. Tal fin queda explicitado por la preocupación en la poca eficacia del conjunto. Particularmente esto se debe a la dudosa y problemática naturaleza de las fuentes como origen de las informaciones, también a la falta de objetividad en una selección condicionada por las limitaciones técnicas, productivas y las de los valores/noticia. Finalmente, lo que se produce es una adaptación engañosa de la noticia al gusto del público. Se hace para ocultar el proceso previo, sus enormes defectos y sus graves limitaciones. Todo ello se lleva a cabo con la finalidad deliberada de «devolver a la información su aspecto de espejo de lo que sucede en la realidad exterior independientemente del aparato informativo.» No es necesario volver a reincidir nuevamente en el deseo expreso del público demandante de información.

### **5.2.2. Una conclusión determinante sobre la evolución de las teorías sobre la comunicación de masas**

La toma de conciencia por los investigadores mediológicos de la profunda relación existente entre la estructura social, las características del público y el efecto que los mensajes informativos puedan llegar a provocar en él, determina la necesidad de considerar las exigencias del público antes que las de los emisores de los mensajes informativos para lograr el éxito en la comunicación. El resultado de las investigaciones mediológicas apunta a que esas exigencias del público se resumen en un cometido preciso para los medios de comunicación de masas: que los medios sepan darle cuenta de la realidad.

Concluido este esquemático resumen sobre la evolución de las distintas teorías mediológicas nos centraremos a continuación en la historia de la institución informativa. Lo haremos con la misma finalidad de concluir también a partir de ella su principal papel institucional entendido como revelador público de los acontecimientos más relevantes de la actualidad.

## **5.3. Una breve historia de la información**

### **5.3.1. En los inicios de la información**

Habíamos visto que en el surgimiento de la institución informativa no todo fueron avances y mejoras para la sociedad y para el conocimiento humano. También nos habíamos referidos a la necesidad de conocer su atribulada historia para dar cuenta de sus consecuencias negativas de la información. Si podemos identificarlas estaremos en mejores condiciones para elaborar un concepto de ella que ayude a liberarla de la pesada carga de limitaciones que arrostra desde sus inicios históricos. Hasta ahora nos habíamos centrado

en las teorías mediológicas tal y como las explicó Wolf para concluir con una aproximación al concepto de información. Pero un resumen de la historia de los medios también resultará ser concluyente para la búsqueda de nuestro concepto.

De este modo, situar el origen de la información en un momento específico de la historia es no menos que imposible porque la institución informativa aparece ligada a un fenómeno mucho más general y determinante de la condición humana: la comunicación. La comunicación tiene unos orígenes que la sitúan en el campo de la antropología. Por eso nos conviene definir algunos caracteres de la información para poder identificarla como una institución netamente diferenciada de la comunicación. En este sentido Timoteo Álvarez nos habla de la necesaria existencia de un emisor consciente de mensajes y de una regularidad, hecho que se da por primera vez en las *Actas Diurnas* de Roma (Álvarez 1991, p. 20). Pero es el propio Timoteo Álvarez el que se cuestiona si los comunicados en la antigüedad significan lo mismo que significan los periódicos a partir de los siglos XVII, XIX y XX. En respuesta a su pregunta concluye el capítulo de su libro afirmando que los actuales medios encuentran sus precedentes en las civilizaciones clásicas, pero que “sus orígenes y evolución están intrínsecamente ligados al desarrollo de la burguesía occidental” (op. cit. p. 25). En todo caso, no estará de más añadir a la intencionalidad consciente y a la regularidad el efecto de la publicidad (su difusión a un círculo amplio de personas) para poder referir a un fenómeno comunicativo como información. De esta manera es posible deslindar la producción de documentos administrativos para que la mera gestión de los asuntos públicos quede fuera de su consideración como información.

Si nos remontamos a los inicios de la modernidad, uno de los primeros antecedentes de las modernas noticias a las que se refiere este autor son los *Fogli a mano*, *Avvisi* o *Gacetas*. En el siglo XII un importante renacimiento de la navegación comercial por el Mediterráneo favorece la aparición de los Mercaderes de noticias o *Menenti*, manuscritos sin título y sin firma con el nombre de la ciudad donde se redactaban y con la fecha de emisión, llenos de noticias sobre el lugar (op. cit. p. 42). A este se vienen a sumar otros antecedentes de las modernas publicaciones informativas. Las *Crónica cívica* eran las encargadas de dejar constancia escrita para posteridad de las glorias y desventuras de la propia ciudad. Las Cartas-Diario están relacionadas con los informes a grandes comerciantes o prestamistas, informes que contenían información detallada que remitían los agentes de cambio a la banca central cada vez que tenía lugar una feria. A su vez, estas Cartas diario empezaron a ser remitidas por la misma banca central a los demás agentes (op. cit. p. 44). Los *Price Currents* centraban sus contenidos en relaciones de precios de mercancías en el mercado internacional, si bien también informaban de otras cosas. Los Almanagues, herederos directos de los calendarios egipcios, griegos y romanos, se hicieron cada vez más sofisticados y empezaron a ofrecer datos astronómicos, informaciones eclesiásticas o sobre el tiempo hasta alcanzar un aceptable éxito popular durante los siglos XVII y XVIII (op. cit. pp. 45,46).

Con independencia de su mayor o menor acierto a la hora de ofrecer las noticias, todos estos formatos antecedentes de la moderna información ya presentaban una característica común que los diferenciaba de otro tipo de documentos como pudieran ser los literarios: todos se desmarcaban de la ficción. En lugar de ser el producto de la fecunda imaginación de algún autor o referir episodios milagrosos o míticos se centraban en presentar hechos y datos reales antes que en ofrecer historias más o menos fantásticas. Esta es precisamente la diferencia que marcaba su carácter de noticias frente a otro tipo de relatos manuscritos o impresos aun a pesar de sus más que previsibles imprecisiones. No obstante ello no los acaba de diferenciar de los documentos administrativos por entonces también ofrecen y

presentan datos reales. Lo que les falta a estos últimos para poder constituirse en información es precisamente su difusión o publicidad.

### 5.3.2. Textos manuscritos e imprenta

Según nos relatan Briggs & Burke en su obra *De Gutenberg a Internet*, los cambios que llevó consigo la invención de la imprenta en 1450 en Europa tuvieron lugar por lo menos a lo largo de tres siglos, desde la publicación la Biblia de Gutenberg hasta la de la enciclopedia (p. 34). La adaptación al nuevo medio fue muy lenta. La nueva tecnología no desplazó inmediatamente a las anteriores y la imprenta siguió coexistiendo con la tradición oral y el manuscrito.

Según Briggs & Burke (2002, pp. 44, 45), hay que tener en cuenta que Europa en el siglo XV era una sociedad con un alto índice de analfabetismo en la que solo una minoría de la población (sobre todo varones, urbanos y religiosos) sabían leer. Aun eran menos los que sabían escribir. Ello dio origen a un peculiar fenómeno cultural que podemos llamar como alfabetización mediada. Este fenómeno consistió en la explotación de la capacidad lectora de quienes la poseían en provecho de los analfabetos. Los lugares públicos: las plazas, los hogares, los mercados; y los lugares privados: círculos familiares, de amigos y de vecindad, todos estaban permanentemente expuestos a la lectura de las cartas y de cualquier tipo de producción textual para su conocimiento por quienes no sabían leer y aun menos escribir. Se trataba, como es lógico, de una sociedad sobre todo oral. Esto marcó profundamente la estructura social.

En ese entonces podemos distinguir entre los hábitos de lectura según la clase social –la clase media solía leer en privado y las clases trabajadoras escuchaban las lecturas y alegatos públicos–, lo que no impidió que en muchas ocasiones las lecturas a viva voz se hicieran entre sujetos pertenecientes a las distintas clases. Así, hay quien podría entender la historia de la lectura en términos de transición de lo público a lo privado. Aun así la imparable alfabetización multiplicó las oportunidades de contrastar las diversas opiniones sobre los diferentes temas tratados por distintos libros y la lectura se transformó en progresivamente crítica (op.cit. 75).

Algo que contribuyó tanto a la alfabetización como a la aparición de la información fue el tráfico comercial que experimentó un imparable aumento precisamente a partir del siglo XV. Timoteo Álvarez nos explica que asociado a este tráfico comercial el intercambio epistolar basado en los servicios públicos de correos entre comerciantes, cortesanos y funcionarios pertenecientes a las novedosas administraciones estatales abrió nuevos caminos para agilizar la comunicación escrita mediante las cartas. Los maestros de posta, los encargados de las casas de posta, especialmente aquellas en las que convergían muchos caminos, eran personajes bien informados que no tardaron en vender información a los príncipes o los particulares que las desearan (Álvarez 1991, p. 50). Esta actividad acabaría siendo espoleada por la imprenta y por su capacidad técnica de reproducción de las informaciones. A la par, la extensión de la nueva tecnología y su progresiva mejora aumentó la eficiencia en la reproducción bibliográfica multiplicando la producción textual en un proceso retroalimentado de la demanda de producción literaria y la alfabetización.

Finalmente, las autoridades de los estados y de la iglesia empezaron a ver a la lectura como una dedicación peligrosa que cuestionaba directamente los principios religiosos en su misma esencia, atacaba los fundamentos de la sociedad y el poder, hacía retroceder las buenas costumbres y favorecía la pérdida del sentido del buen gusto y del orden público

(Briggs & Burke, 2002, p. 62). El hábito de la lectura había llegado a ser tan sospechoso para la inquisición y otras instituciones estamentales que el analfabetismo podía resultar deseable y honroso:

La censura de los medios de comunicación constituyó en Europa una preocupación importante de las autoridades de los Estados y las Iglesias, tanto la protestante como la católica, durante el periodo moderno temprano, preocupación cuyos temas principales eran la herejía, la sedición o la inmoralidad. (*ibidem*)

Para Guillaumet (2004, p. 51) una de las formas originarias del periodismo hasta el siglo XVII consistió en las apariciones irregulares de las relaciones u hojas de noticias, de los libelos u hojas de opinión y propaganda y de los *canards* o relatos de hechos curiosos y extraordinarios: “La prehistoria de los periódicos fue amplia y fluida, y más que en los precedentes de la periodicidad hay que fijarse en la circulación de noticias”. Son los hechos lo que realmente importa. No obstante esto último, los libelos consistieron en “un escrito difamatorio contra alguna persona o cosa, según una palabra proveniente de la historia religiosa del antiguo Israel, que se aplicó por extensión a los excesos del periodismo de opinión” (op. cit. 53). Estas primeras expresiones de la opinión dieron lugar a una violenta reacción de los gobiernos que impusieron castigos y multas para autores e impresores y restringieron el establecimiento de imprentas. Pero estas medidas no conseguirán frenar la expansión del fenómeno. Como relata este mismo autor “El siglo XVI es el siglo de la eclosión de la curiosidad pública –entendida como el interés por los acontecimientos, tal como se concebía en la época– y de la demanda de la información” (*Ibidem*). Es decir, ya en las más primitivas formas de la información impresa el interés del público por ellas se centraba en los hechos reales o los acontecimientos, incluso por encima de las opiniones a los que estos pudieran dar lugar.

Ahora bien, no podemos hablar de información periodística propiamente dicha hasta la llegada de la periodicidad. En tal sentido, algo que no debemos ignorar es el motivo por el que el fenómeno informativo se hizo periódico y recurrente. A las facilidades de inmediatez ofrecidas por las modernas técnicas de impresión se sumaron las ya referidas mejoras en las comunicaciones marítimas y terrestres y su efecto sobre la reducción de los tiempos del servicio postal además de la misma presión que ejerció la demanda de informaciones actualizadas. Estar a la última de las noticias, particularmente en las noticias relacionadas con el comercio y las finanzas, se empezó percibir como una clara ventaja que espoleó la rápida puesta al día de los hechos y los datos. Por eso las hojas y gacetas semanales de noticias sucedieron a los avisos y relaciones irregulares:

Las gacetas semanales dieron lugar al primer modelo de periódico informativo. Las antiguas relaciones solían publicar el relato extenso de una única noticia, mientras que las semanales publicaban de manera sucinta todas aquellas que el correo regular les proporcionaba.

(op. cit. 56)

Con la impresión de las gacetas en el siglo XVI se empieza a opinar sobre cuestiones políticas y a comentar noticias en ámbitos cada vez más amplios que en algunos casos llegaban a circular inalteradas por toda Europa. Frente a este nuevo fenómeno los gobernantes no supieron qué hacer. Cayeron en la cuenta de que una reacción sólo en términos de prohibición total era imposible, así que se decidieron por permitir y promover gacetas impresas controladas, medida que difícilmente pudo frenar el proceso que se estaba desatando. El conjunto de la población comenzó a juzgar y a valorar de forma más

homogénea y más general respecto del pasado cualquier cambio operado por su príncipe en sus vidas. Los príncipes ya no podían quedar al margen del juicio crítico de la Opinión Pública. De esta manera lo vemos reflejado entre las preocupaciones principales de Maquiavelo y de su teoría sobre el gobierno político. En palabras de Timoteo Álvarez (1991, p. 60): “El estado considera a los periódicos y a la imprenta como enemigos potenciales ante los que es obligatorio planificar con una política de control y vigilancia, política organizada en dos campos paralelos, uno *defensivo*, otro *ofensivo*.”

Se pretende combinar la censura con la producción de información oficial para neutralizar el efecto de la crítica y de sus consecuencias limitadoras para el ejercicio del poder político.

A partir de aquí, la historia del absolutismo tiene los días contados frente a su imposibilidad de justificar su propia naturaleza política autocrática ni tan siquiera con un férreo control de una información que no cesará de crecer y expandirse impulsada por la crítica ejercida desde la naciente Opinión Pública.

Es fácil concluir que, ya desde entonces, el sentido profundo de la información para que se llegue a reactivar el juicio crítico hacia el poder no puede consistir en otra cosa que en alimentarlo con hechos reales y veraces. Solo desde el contraste entre el ser y el deber ser de las cosas es posible que la opinión más o menos generalizada pueda posicionarse a favor o en contra de los hechos de naturaleza política, reconociéndolos y validándolos, o bien reaccionando contra ellos para cambiarlos. La materia de la que está hecha la información, los hechos, es y debe ser la realidad misma porque así lo reclaman sus destinatarios incluso cuando se intenta ocultar tales hechos o se presentan de manera falseada. En buena lógica, las mentiras siempre se vuelven en contra de quien las emite si no es capaz de ocultarlas permanentemente.

### 5.3.3. La extensión de la libertad

Tras un largo periodo de forcejeo entre autores y editores y los gobiernos de los Estados absolutos, finalmente la libertad de prensa será uno de los primeros y más importantes derechos que recoja el acervo liberal. Timoteo Álvarez lo explica de una manera que a estas alturas nos tiene que resultar más que familiar:

Las causas del nacimiento de una opinión pública crítica fueron múltiples. Lo fue la Reforma protestante, el Renacimiento y el humanismo; lo fue la existencia de banderías y “partidos” dentro del mismo absolutismo; lo fue incluso el mismo interés exagerado de los gobiernos absolutistas por su imagen, pero, sobre todo y fundamentalmente, el responsable de esta opinión fue el movimiento liberal y su lenta pero imparable evolución.

(Álvarez 1991, 93)

De la contienda de los poderes absolutos intentando ejercer la censura y el control frente a los editores y autores da buena cuenta el trabajo de Jaume Guillamet que analiza en detalle las *Primeras tradiciones nacionales y modelos de prensa* (2004, pp. 51-71). Las describe país por país, poniendo en evidencia los avances y retrocesos que sufrió el proceso para lograr la libertad de prensa a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX. El hito más relevante en todo este periodo hasta la llegada las revolucionarias proclamaciones de los derechos del hombre fue el discurso del filósofo John Milton en 1644 a favor libertad de prensa – *Aeropagítica. A speech for liberty of Unlicensed Printings*– que “ha quedado como la primera defensa pública de la libertad de expresión” (op. cit. 63).

Ya en el siglo XVI, John Locke, Rousseau y Tocqueville habían realizado la formulación más o menos acotada del liberalismo, formulación que ve a la Opinión Pública como un instrumento de guía y control para el gobernante. Pero ésta no siempre será tenida como una positiva influencia para el gobierno, según esos mismos autores. Noelle-Neumann nos explica que Tocqueville expone sus reticencias y las ve como a la inevitable tiranía de la mayoría (Noelle-Neumann, 1995, pp. 121-126). Para Noelle-Neumann, el primero en utilizar la expresión Opinión Pública será Rousseau en 1744 (op. cit. 111).

El derecho a recibir información y a facilitar información fue un derecho incluido en la Carta Fundacional suscrita por las trece colonias hasta entonces inglesas en la Conferencia de Virginia para proclamar su independencia de Inglaterra. También fue incluido en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano proclamada durante la Revolución Francesa en 1789 y en las constituciones de las revoluciones burguesas de 1848. De este modo, el papel intermediador del periodismo surgió en el XIX y se consolidó en el XX sobre todo durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, si bien lo hará de forma un tanto atribulada.

En un proceso del que ya nos hemos ocupado en mayor detalle con anterioridad, el siglo XIX está marcado en todos los manuales de historia como un periodo en el que se sucedieron, a un ritmo vertiginoso, múltiples avances relacionados con el progreso en todos los ámbitos de la sociedad, la economía, la cultura y el conocimiento. Es tópico decir que el fermento de estos cambios fue la libertad abriéndose camino entre todo tipo de dificultades, pero los resultados en términos de progreso para la cultura y la civilización occidental no parecen discutibles si no es para las mentalidades más conservadoras. Entre revoluciones e involuciones, los derechos políticos se generalizan –particularmente el de libre expresión de ideas y opiniones– y, como no podía ser de otra manera, se crearon nuevos espacios de libertad que impulsarán la aparición de una Opinión Pública más fuerte y eficaz de lo que fue nunca antes en la historia. La inclusión de amplias capas sociales en los ámbitos de decisión política, a través de la lenta y progresiva generalización del sufragio cada vez más universal, aumentó la demanda de información política. Pero algunos luctuosos acontecimientos políticos que se sucederán a partir de entonces dejarán en evidencia a los ojos de muchos todos los logros alcanzados y hasta la misma conveniencia de que alguna Opinión Pública, previamente manipulada, pueda decidir sobre el curso de los acontecimientos.

Sánchez Aranda (2004, p. 84) describe este periodo de extensión de la concepción liberal de la información. A partir de 1815 se produce la progresiva consolidación del régimen liberal en los países hasta entonces dominados por el absolutismo. En un primer momento la extensión de la libertad de prensa se adecuó a las limitaciones del sufragio censitario. Las clases burguesas propietarias se reservaron para sí el derecho al voto pretendidamente amparadas por el hecho de que su contribución a las finanzas públicas les otorgaba en exclusiva la representatividad política. En el terreno de la información descubrieron mecanismos económicos que les permitieron controlar a los periódicos para que solo se publicaran los que defendían sus intereses. El sistema más empleado fue del depósito previo o caución, procedimiento consistente en cierta cantidad de dinero que tenían que entregar los periódicos a la autoridad competente para poder salir a la calle. Lógicamente esta fue una medida que solo se aplicó a las publicaciones de tipo político con la intención de orillar a los grupos radicales en su acceso a la Opinión Pública. Esto acabaría por condenarlos a la clandestinidad dentro de un sistema que hipócritamente proclamaba una libertad solo posible para algunos.

Si bien al comienzo del proceso la demanda de información política actuó como un poderoso aliciente para el desarrollo de la prensa, finalmente llegaría el momento en que el hartazgo entre el público con las publicaciones políticas favoreció la aparición de una prensa «profesionalizada». Esta buscó marcar una prudente distancia de la información política y centrarse en las noticias. En expresión de Sánchez Aranda:

El nuevo modo de hacer periódicos trataba de dar al público lo que le interesaba, es decir: noticias. Puso su afán en no aparecer unido a un grupo concreto, pues convenía aparecer como independiente para así desarrollar mejor su tarea. No obstante, dado que las principales fuentes de información eran las gubernamentales y no convenía enemistarse con ellas, la independencia distaba bastante de ser real.

(Aranda 2004, 86)

Para nosotros, tanto la imposibilidad de deslindar la información de sus aspectos políticos – dimensión político institucional de la opinión– como el interés del público en las «noticias» resultarán operativos a los efectos de definir a la Opinión Pública y a la misma información entendida como reflejo de la realidad.

Lo cierto es que a lo largo de este siglo XIX los partidarios de las reformas democráticas terminarán por hacer suya la formulación liberal. Por eso sus promotores consideraban a la Opinión Pública como una salvaguarda contra el gobierno y sus abusos o también como un factor de progreso. Pero ya vemos que no todos los actores políticos estuvieron de acuerdo en sus benéficos efectos. De hecho, el pensamiento burgués y conservador, crítico de esta posición, consideraba potencialmente peligrosa, superficial y transitoria la Opinión Pública. Muy sintéticamente, según ellos, la opinión pública necesitaba de un control como el de la censura, a la que se veía como una especie de tribunal reservado para determinadas ocasiones en las que el poder político precisaba conservar el reconocimiento de sus sometidos. Particularmente esta censura y prohibición se ejercitaron en los primeros momentos de las revoluciones burguesas como medio para evitar la descomposición de las instituciones y el desgobierno.

Pero lo que no debemos olvidar en todos estos acontecimientos es el fondo de la cuestión. Lo que la pujante Opinión Pública demandaba entonces era el conocimiento de los hechos. Pretendía obtener una comprensión cabal de la realidad a partir de la cual formular sus opiniones. Y lo que los gobiernos debían temer de la Opinión Pública no era tanto a un juicio equivocado como a las consecuencias de los errores políticos cometidos por ellos mismos o su mera incapacidad para justificar sus decisiones ante las mayorías sociales.

#### **5.3.4. El desarrollo de la prensa**

Dada la importancia de la prensa política en todo este proceso al que nos hemos estado refiriendo hasta la llegada de la prensa «profesional», Timoteo Álvarez distingue entre los dos grandes bloques a partir de los cuales se produce el crecimiento y extensión de la prensa moderna: la prensa propiamente «política» y la prensa «de negocio».

La prensa «política», a la que nos hemos referido hasta ahora, estaba caracterizada por la utilización de los medios como arma política. Se trata justo del llamado periodismo liberal, el mismo que jugó un importante papel en la consolidación de los sistemas políticos liberales y en el desarrollo de las sociedades democráticas contemporáneas a pesar de sus

intentos por estrangular la prensa radical. La prensa «de negocio» era aquella cuyos objetivos inmediatos fueron los beneficios económicos y el negocio. No obstante su delimitación, esta diferenciación debe quedar matizada porque se trata de dos modelos que se entrecruzan mutuamente en sus cometidos y estrategias (Álvarez 1991, 106).

Como nos explica su autor, la prensa «de negocio» nace en Inglaterra. Lo hace gracias a la aprobación por el Parlamento Inglés de la *Libel Act* en 1792 que reconoce y regula el derecho a la libertad de expresión. A esta circunstancia se vienen a sumar otros factores que facilitarán el despegue industrial de la prensa en este país. Estos factores son (op. cit. pp. 107-110):

1. Desarrollo técnico. La mejora de las máquinas de impresión y su mecanización con la aplicación del motor de vapor aumentará notablemente la rapidez y la eficacia de la impresión sobre papeles hechos con mejores materias primas y con tintas también mejoradas.
2. Infraestructura de información. A los primeros reporteros apostados en los principales lugares de origen de la información política, como El Parlamento y la sede del Gobierno, se unieron las redes de corresponsales que acabarían por constituirse en agencias informativas con la llegada del telégrafo. A estas formas ordinarias de obtener noticias se sumaban otros medios que no dudaban en utilizar el chantaje o bordear las fronteras de la ley. Si en la obtención y recogida de noticias se dieron pasos de gigantes, lo mismo pasó con la distribución gracias a las mejoras en los servicios de correos y en las comunicaciones, como ocurrió con las redes de ferrocarriles. Un último elemento que favoreció enormemente la distribución fueron las salas de lectura.
3. Nueva mentalidad o mentalidad industrial. A las proclamaciones de neutralidad política le siguen las de independencia. El tratamiento ‘aséptico’ de la información garantizaba que el espectro de lectores interesados fuera el mayor posible. Si eso sumamos la irrupción de la publicidad en las páginas del diario, e incluso la publicación de comunicados y avisos por quien los pudiera pagar, el diario queda definitivamente configurado como un negocio que supedita todo lo demás a un balance saneado. La búsqueda del prestigio no tiene más finalidad que alcanzar mayores ventas.
4. Nuevos tipos de publicaciones periódicas. A la variedad de tipos de medios existentes: los periódicos diarios, la prensa “moral”, los “magazines”, los “advertisers”... se añaden los dominicales (*Sunday papers*) publicados justo el día que más tiempo libre tiene el público. Por eso su finalidad es el pasatiempo y sus contenidos consisten en todo tipo de entretenimientos, de historias y de historietas destinadas a la distracción. Se trata de una fórmula con una enorme rentabilidad y gran éxito económico.

A nuestros efectos, reparar en estos factores nos debe servir para identificar la finalidad de los cambios operados en la prensa y para saber qué demandaron entonces de ella sus lectores. Excluidos los nuevos tipos de publicaciones y el desarrollo técnico, los otros dos factores son una contribución neta para que el periódico pueda acceder a un mayor número de lectores mediante la oferta de hechos bien contrastados desde su mismo origen hasta su conversión en noticias. La infraestructura de la información y la nueva mentalidad industrial se concretan en compromisos por ofrecer hechos veraces cuyo conocimiento se

obtiene y se presenta de manera ajustada a su autenticidad. El desarrollo técnico y los nuevos tipos de publicaciones solo coadyuvan buscando llegar a un público más extenso por el número de ejemplares o mediante una oferta lúdica, siendo ésta mayor extensión del público la verdadera finalidad del modelo de prensa «de negocio».

Este modelo de publicaciones no tardará tanto en extenderse por América y por Europa impulsado por su propio éxito. En Inglaterra, otros acontecimientos favorecieron su crecimiento hasta dar origen a la conocida como prensa de masas. Según Sánchez Aranda (2004, p. 98) en 1855, la supresión del impuesto público sobre los periódicos provocó una reducción global del precio de la prensa y un aumento de su circulación. *The Daily Telegraph* apareció nada más desaparecer dicho impuesto, en un momento en el que ya había diez periódicos diarios en Londres. *The Times* se vendía a siete peniques, mientras que la mayoría de los demás, incluidos *The Standard* y *The Daily News*, se vendían a seis. *The Telegraph* se lanzó al precio de dos peniques. Los precios fueron disminuyendo a finales del siglo XIX al irse abaratando el papel y disponerse de mejores máquinas de impresión. Al tiempo que aumentaba la circulación creció la publicidad, proporcionando a los editores una fuente importante de financiación adicional a la procedente de las ventas directas.

Pero la auténtica prensa de masas aparecería en América. A medida que los periódicos comenzaron a competir entre sí para aumentar aún más su tirada con objeto de conseguir más publicidad, los editores Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst empezaron a practicar un nuevo tipo de periodismo. Pulitzer, en *The New York World*, y Hearst en *The San Francisco Examiner* y *The New York Morning Journal*. Sánchez Aranda atribuye a Pulitzer las siguientes innovaciones algunas de las cuales definen lo que se dio en llamar el sensacionalismo (op. cit. 110):

Siete elementos pueden resumir las peculiaridades de su nuevo periodismo: precio barato, lenguaje sencillo, presentación formal llamativa, autopromoción constante del periódico, búsqueda de una identificación entre el lector y su periódico, provocación de la noticia y preocupación por la mejora de los electos informativos del periódico.

La provocación de la noticia le llevó a Pulitzer a tomar la iniciativa convirtiendo a su periódico en agitador social. El periódico promovía acciones de interés social y benéfico. Pero “Pulitzer no llegó a rebasar el nivel de lo aceptable y por ello respetaba la verdad” (op. cit. 112). No ocurrió lo mismo con su competidor Hearst. El amarillismo consistió en una radicalización del sensacionalismo en el que el principio de provocación de la noticia llegó al extremo de inventarla. Su periódico incurría en tendenciosidad, deformando la realidad de forma voluntaria o involuntaria.

Estas importantes innovaciones suponen una fractura en la manera que se planteó el periodismo desde que la prensa se popularizó tras su aparente despolitización. Hasta ese momento la información se había convertido en la noticia. Los hechos desplazaron a las opiniones —políticas— acaparando el protagonismo. La eficacia y la popularidad de esta fórmula informativa dejaron pocas dudas sobre las verdaderas exigencias del público lector: conocer los acontecimientos más reseñables de la actualidad. Pero la avidez por vender más periódicos llevó a los nuevos editores a adaptar su oferta haciéndole perder su asepsia informativa y su neutralidad. Lo sorprendente es que la simple exageración sensacionalista o el engaño amarillista apenas ocultaron el deseo del público por la autenticidad de las informaciones. Exagerarlas o inventárselas podía atraer la atención del público, pero si los lectores hubieran sido conscientes de su utilización con fines meramente comerciales lo

más probable es que hubieran rechazado cualquier oferta informativa deformada o tendenciosa. Como vimos, la credibilidad y el rigor se configuraron como elementos esenciales para el prestigio de una publicación desde los orígenes de la prensa cuando ya aparece claramente desmarcada de la ficción literaria salvo en sus aspectos más lúdicos. Ante la percepción de falta de prestigio los diarios tuvieron que responder con la autopromoción descarnada para forzar hacia su periódico las preferencias de un público poco exigente por su baja racionalidad. No olvidemos que las condiciones de alfabetización en amplios sectores sociales eran todavía muy precarias. De hecho parte de la oferta sensacionalista consistió en simplificar el lenguaje y los contenidos para hacerlos comprensibles a estos sectores sociales populares (op. cit. 111).

### **5.3.5. Las limitaciones de la Opinión Pública a comienzos del siglo XX y sus trágicas consecuencias**

Como vimos en su momento la limitada racionalidad de amplios sectores sociales recién alfabetizados será el pretexto de las elites intelectuales del comienzo del siglo XX para acuñar la categoría de masa y prevenirse contra los efectos de la Opinión Pública sobre el ejercicio del poder político.

Recordemos muy sintéticamente que en aquel tiempo las preocupaciones filosóficas, doctrinales y políticas que habían caracterizado a los estudios sobre la condición humana fueron sustituidos por las de carácter sociológico y psicológico con la emergencia de estas nuevas ciencias. De esa inquietud surgirán múltiples disciplinas, como fueron la sociología del conocimiento y el estudio de lo que empezó a llamarse propiamente sociedad de masas.

Como nos explica Monzón (2006, 152), en ese entonces las elites sociales pensaban que habían perdido definitivamente su papel dirigente, o que los papeles habían sido trastocados y «la masa» había pasado a gobernar desde la mediocridad.

Antes que recuperar la extensa discusión sobre el concepto de masa —al que considerábamos una elaborada y prejuiciosa construcción sociológica creada por el pensamiento conservador decimonónico a partir de la revolución industrial y el desarrollo del primer capitalismo— ahora nos limitaremos a recordar al grupo de intelectuales afanados en alimentar semejante idea muchas veces de una manera meticulosa y exhaustiva: Gustav Levon, Grabiél Tarde, Ortega y Gassete, Max Scheler, Spengler, Elías Canetti, Hanna Arendt, Freud... Todos ellos configuran una constelación de pensadores críticos de las consecuencias de la ilustración que pugnan por preservar el ejercicio del poder en manos de las elites ilustradas. Pero lo cierto es que esas elites no solo no lograrán evitar, e incluso contribuirán activamente, a la tremenda calamidad de las dos grandes guerras mundiales y a la emergencia de los fascismos en toda Europa.

Mucho tuvo que ver en eso el uso que dio la razón instrumental a unos medios de comunicación de masas que a esas alturas de la historia, potenciados por las innovaciones tecnológicas, hicieron posible la difusión de propaganda a gran escala hasta controlar las conciencias y abocarlas al desastre. El efecto que tuvo esa propaganda fue una expansión del poder político como no se conoció nunca antes, de tal modo que acabó por degenerar en los más luctuosos episodios bélicos de la historia. En el período de entreguerras, las técnicas de manipulación de ideas y percepciones que tenían las «masas» alcanzaron tal nivel de eficiencia, durante la experiencia nazi y otras parecidas, que nada pudo evitar el trágico desenlace.

Ignorar que amplios sectores sociales populares en ese entonces accedían masivamente por primera vez en la historia a la alfabetización supondría ponerse de espaldas a la realidad. Su poca racionalidad los convirtió en presas fáciles para la propaganda de guerra. Esto mismo es lo que sostiene García Picazo (2004,129) que ocurrió:

El imperialismo militante[...] adoptó un lenguaje halagador de las más bajas tendencias políticas, difundido por medio de una prensa accesible a millones de personas recién alfabetizadas a quienes el social-darwinismo[...] les sonaba a panacea de todos los males sociales.

En este mismo periodo, la invención y la rápida expansión de dos nuevas tecnologías mediáticas, la radio y la televisión, no sólo hicieron una enorme contribución para lograr la eficacia de la propaganda, además y precisamente lo hicieron porque demostraron unas peculiares capacidades en su eficacia vinculadas a la propia noción de información como reflejo de la realidad.

La diferencia fundamental de ambos medios con la prensa tradicional es la de su capacidad de añadir a la información un plus de veracidad que no posee la información impresa.

La mediación de la información escrita está limitada al menos por dos de sus características intrínsecas. La primera es el nivel de abstracción implícito que presenta el texto escrito para describir hechos los cuales no son percibidos directamente de ninguna forma, lo que por fuerza entorpece su impresión de realidad. En cambio, la radio y la televisión tienen la capacidad de ofrecernos elementos de la noticia que podemos percibir de forma directa: imágenes y sonidos que estimulan nuestros sentidos como si fuéramos testigos directos de los acontecimientos.

La segunda característica que limita la eficacia de la prensa frente a la radio y la televisión es la de la pérdida de actualidad que conllevan los periodos de tiempo entre edición y edición. Los acontecimientos muchas veces van más rápidos que las veinticuatro horas que transcurren entre dos tiradas sucesivas del mismo diario. De hecho, con independencia de la mayor o menor frecuencia de los boletines informativos en radio y televisión, no existe ningún modo posible de que el periódico dé la sensación de simultaneidad entre el hecho y la información, lo que sí permiten las transmisiones en directo a través de la radio y de la televisión. En suma, la mediación de la realidad de la radio y la televisión resulta mucho más verosímil, aunque la codificación del mensaje audiovisual también haya demostrado sobradamente sus posibilidades de manipulación.

En su caso, no podemos encontrar mejor prueba de lo que esperan de los medios de información los receptores de los mensajes informativos de una forma casi natural. Lo que buscan es ser testigos si puede ser perceptivos de los hechos: captar la realidad tal cual es. De ahí la enorme ventaja y eficacia de la radio y la televisión para ofrecer información frente a la prensa tradicional.

### **5.3.6. La propaganda**

Aunque en sus orígenes el término propaganda tuvo una acepción neutra y no pasaba de definirse por su etimología como “conjunto de acciones organizadas para difundir o defender algo, sobre todo ideas, ideales, proyectos, convicciones, creencias, una persona, una institución o cualquier cosa” (Blázquez, 2002, 96), Leonard Doob, citado por Sotelo

Enríquez (2001, p. 65), llegará a decir del propagandista que aspira a modificar la personalidad y controlar el comportamiento de los individuos con fines de dudoso valor para el todo social. Desde su punto de vista, el receptor mantiene una actitud pasiva, incapaz de reaccionar ante el mensaje. Según el propio Doob, propaganda y educación son disciplinas análogas en los contenidos de los mensajes y en los fines.

Según el propio Sotelo Enríquez, precisamente la característica esencial de la propaganda es la de que no tiene el primer plano de referencia en los hechos del razonamiento verdadero. Presenta una reinterpretación favorable al emisor a través de mitos, leyendas y símbolos que modifican el entendimiento cabal de las cosas y seducen a los destinatarios. Por ello, ante la falta de verdad, recurre a los procedimientos psicológicos. La tesis resulta evidente debido al estudio de las experiencias de la propaganda tanto en la evolución de los regímenes totalitarios como durante las dos guerras mundiales. En unos y en otras los recursos propagandísticos se habían basado en la simplificación de los hechos, la reescritura de la historia y de la realidad para acomodarlas a nuevos principios, y también en la explotación de valores a menudo cercanos a mitos y leyendas. Con cierta frecuencia el público aceptaba los mensajes sin llegar a cuestionarlos.

#### **5.4. La discusión deontológica, como línea argumental para un concepto de información**

##### **5.4.1. El descrédito: La deontología, como su pretendida solución**

Lógicamente, los abusos realizados por los propagandistas con los medios de comunicación de masas para conducir la historia de la humanidad a un callejón sin salida tuvieron efectos negativos sobre su eficacia como modeladores de conciencias. De alguna manera, los destinatarios de sus mensajes aprendieron a desconfiar de ellos, se inmunizaron en cierta medida contra sus efectos. Además, es muy posible que en los efectos de la comunicación mediática de masas tuvieran que ver otros aspectos más complejos que la pura transmisión de los mensajes, como demostraría la investigación sobre el fenómeno con el correr del tiempo.

##### **5.4.2. Informes sobre la información**

En cualquier caso, el descrédito de los medios no solo se debió a los efectos de la propaganda. Además, el exitoso modelo de prensa “de negocio” no tardaría en hacer evidentes sus propias limitaciones por su evolución hacia el amarillismo y el sensacionalismo y por la extraordinaria dependencia que llegaría a tener la prensa de la publicidad. Aunque ya desde las primeras décadas del siglo XX se produjeron múltiples iniciativas de ética periodística, sobre todo en los Estados Unidos (Blázquez, 2002, p. 119), no será hasta el año 1942, cuando ya la II Guerra Mundial se encontraba en pleno desarrollo, que el responsable de la revista *Time*, Henri Luce, le encargará al entonces rector de la Universidad de Chicago, Robert Maynard Hutchins, y a un grupo de expertos la realización de un informe sobre el estado de la prensa. Tras cinco años de elaboración sus conclusiones fueron demolidoras.

Tal y como resume el portal de *Infoamérica* (2013) las reflexiones de Hutchins y su grupo de expertos expresaban su preocupación por los grandes riesgos para el sistema democrático y la libertad de expresión a la vista de la enorme concentración de la propiedad de unos medios cada vez más centrados en sus intereses mercantiles. Para hacerle frente a esos riesgos sugieren la necesidad de la autorregulación de los medios con el objeto de evitar la

intervención del Estado para que garantizara el ejercicio de una auténtica libertad de crítica y opinión. El mercado no había nacido para defender las libertades públicas. Pero lo más revelador del primer informe -*A Free and Responsible Press: A General Report on Mass Communication: Newspapers, Radio, Motion Pictures, Magazines, and Books*- publicado por la comisión en 1947 a nuestro criterio es lo que reza literalmente la información de este sitio web:

La comisión describió cinco de las funciones a las que tenían que responder los medios en una sociedad democrática: uno, hacer un real, comprensivo e inteligente relato de los acontecimientos diarios con contexto y sentido; dos, servir de foro para el intercambio de comentarios y críticas; tres, proyectar la visión de la realidad de los grupos relevantes en la sociedad; cuatro, presentar y explicar las metas y valores de la sociedad; y cinco, garantizar el acceso pleno a la información relevante del día.

Las conclusiones chocaron frontalmente con el espíritu imperante en la política de Washington y con la preocupación intervencionista sobre los medios observada por el House Un-American Activities Committee (HUAC) del senador Joseph McCarthy, por lo que la doctrina de la responsabilidad social quedó relegada a un segundo plano, si bien son muchas los trabajos que hoy reivindican en Estados Unidos su plena vigencia.

La conclusión no puede ser más determinante a cerca de cuál debe ser el cometido de los medios de información. Al informe de la Comisión Hutchins se refería también el mismo Blázquez (1994, 2), quien también afirma que la Comisión piensa que «la prensa debería suministrar “un relato veraz, completo e inteligente de los acontecimientos del día en su contexto propio que les dé significado”».

Pero no será esta la única ocasión en la que alguna iniciativa institucional trate de delimitar la función social de la información. Entre otras muchas iniciativas, también Blázquez (2002, 176) se refiere al *Informe McBride*. En 1980 se publica el Informe de la Comisión Internacional de la UNESCO sobre el problema de la comunicación conteniendo cuatro tipos de responsabilidades o deberes específicos de los profesionales de la información que para ese entonces ya se reflejan profusamente en los códigos deontológicos de la profesión:

- 1) Responsabilidad contractual para con los órganos de la información y en función de su estructura interna.
- 2) Responsabilidad social que entraña obligaciones para con la opinión pública y la sociedad en su conjunto.
- 3) Responsabilidad derivada del respeto debido a la ley.
- 4) Responsabilidad para con la comunidad internacional por relación al respeto debido a los valores universales.

Junto al establecimiento de estos compromisos sociales por parte del informador, el informe también hace hincapié en que «hoy en día no se respetan universalmente los valores tales como la veracidad, la exactitud y el respeto a los derechos humanos». El establecimiento de obligaciones y responsabilidades sociales para los informadores que vayan más allá del ejercicio discrecional de la profesión, y particularmente el compromiso con la veracidad, convierten la información en un ámbito naturalmente acotado. La exigencia de veracidad delimita la naturaleza de la información a la realidad, a la descripción lo más exacta posible de los hechos.

### 5.4.3. La discusión deontológica

A esto mismo también se refiere Bonete Perales al hablar de la responsabilidad del periodista. Distingue entre la responsabilidad sintáctica y la semántica para exigir respectivamente al informador que se atenga a la corrección en la expresión y a la verdad en las explicaciones de los hechos: “Igualmente la responsabilidad semántica del periodista se conecta con la ética descriptiva de la información ya que todo mensaje informativo debe ser necesariamente objetivo, con pretensión de representar la realidad” (Perales 1995, 41). Esto, a su vez, lo deriva Bonete al explicar los orígenes de la deontología directamente por su creador, J. Bentham, quien afirma que la base de la disciplina es “el *principio de utilidad*, es decir, la afirmación de que la bondad o maldad, aprobación o desaprobación de cualquier acción se encuentra en su tendencia a aumentar o disminuir la suma total de la felicidad o bienestar público” (op.cit. 43). Así, la doctrina utilitarista aplicada al ámbito del periodismo:

[...] vendría a constituir uno de los principios éticos generales que implícitamente guían la práctica de esta profesión: servirse de la información como medio para alcanzar un máximo de bienestar social, concretado en un mayor conocimiento de la realidad, mayor libertad, mayor justicia social [...]

(op. cit. pp. 43,44)

En esta misma obra que coordina Bonete Perales, Rodríguez Dupla sostiene que:

[...] no hay por qué temer la presunta pérdida de autonomía por parte del público [...] La verdadera autonomía hunde sus raíces en el contacto con la realidad [...] *no hay emancipación sin verdad*. Sustituir la realidad por un universo ilusorio, reemplazar las experiencias profundamente humanas por la ñoñería, so pretexto de que acaso el público prefiera esto después de todo, no es más que una forma de encadenar las conciencias, por más que se haga bajo el estandarte de la libertad.

(op. cit. 77)

Y dentro de este mismo trabajo colectivo que resulta de la recopilación de otras aportaciones, Domingo Moratalla, tras proponernos como la primera de las paradojas que plantea el desafío ético de la información a la *paradoja de lo real*, es decir, a la afirmación de que los medios lo mismo pueden aproximarnos a la realidad que separarnos de ella (op. cit. 112), entonces utiliza el concepto de «hecho» como ejemplo para ilustrar el modo en el que, según Gadamer, “la «teoría» no es solo un comportamiento momentáneo por el cual vemos puntualmente la realidad, sino una actitud en virtud de la cual éste ver la realidad es estar y participar en ella.” Denuncia que estamos acostumbrados a oír que la realidad no es más que un conjunto de «hechos» presentados de manera distorsionada por las valoraciones de periodistas y científicos. Sin embargo, el concepto de «hecho» es hermenéutico porque solo puede determinarse por un marco de referencias. Así que el informador responsable es aquel que, además de ver lo que sucede, descubre, determina y asume tanto el lugar desde el que trabaja como el grado de participación en lo que transmite (op. cit. pp. 120-121).

Quizás sin proponérselo Gadamer nos sitúa ante el verdadero dilema ético de la información. Como plantea Blázquez Fernández (2002, 183) éste consiste en el conflicto entre la responsabilidad profesional y la libertad. De un lado «el hecho de admitir la responsabilidad social de los periodistas conduciría a someter las actividades de la información a un control por el Estado y el gobierno, lo cual es incompatible con el principio de la libertad información». Por otro lado «el deber constituye un elemento

intrínseco de la libertad; el principio de la libertad de información no puede aplicarse si no se reconoce la responsabilidad de las consecuencias y de la influencia que la comunicación pública tiene en la vida de las personas y de la sociedad». El problema consiste entonces en determinar cuál debe ser ese deber al que obliga la responsabilidad social de la información. Resultará pues que ninguna otra cosa puede ser común a los intereses de todos los que se ven concernidos por la información, tanto de los que la ofrecen como de los que la reciben, que no sea la misma intersubjetividad o, más apropiadamente, la objetividad. La descripción lo más exacta que se pueda hacer de la realidad debe ser el objeto primordial de la información en cuanto que cualquier otro relato que no sea la verdad sobre los hechos y acontecimientos es por definición incapaz de responder equilibradamente a la totalidad de los intereses en juego.

Es perfectamente posible que a los destinatarios de la información les convenga ver las cosas desde un determinado punto de vista no siempre coincidente con el real. También es posible que el informador se vea empujado a informar atendiendo a intereses políticos, económicos, editoriales, comerciales... o de cualquier otra índole que al final introduzcan distancia y confusión entre la información y la realidad. Pero de lo que no cabe la menor duda es que lo más conveniente para atender equilibradamente a la disparidad de intereses que inexorablemente entran en juego cuando se informa es responder al sencillo principio de informar con toda la veracidad que le sea posible al informador. Esta es a todas luces, además, la manera más adecuada de cumplir con el principio de utilidad al que se refiere J. Bentham, pero en el ámbito específico de la información.

Esto último es por añadidura lo que se desprende tras repasar detenidamente la recopilación de códigos deontológicos y normas complementarias compilados por Pérez Fuentes. Ya desde los primeros y más universales códigos deontológicos se establece como obligación la objetividad en las informaciones.

Es el caso de *Los principios internacionales de Ética profesional del Periodismo* acordados el 20 de noviembre de 19893 en la UNESCO, que en su artículo uno establece el derecho del pueblo a una información verdadera y en su artículo dos la adhesión del periodista a la realidad objetiva (p. 17,18).

También *La Declaración de los principios sobre la conducta de los periodistas* de la Federación Internacional de Periodistas exige desde su artículo uno respetar la verdad y el derecho que tiene el público a conocerla como principio constitutivo del deber primordial del periodista (p. 21). En la misma línea, la Resolución 1003 del Consejo de Europa *Sobre ética del periodismo* establece en su artículo tres la clara diferenciación entre las noticias, entendidas como las informaciones de los hechos y datos, y las opiniones que expresan pensamientos, ideas, creencias o juicios de valor (p. 23).

La Federación Iberoamericana de Periodistas en su Código Latinoamericano de Ética Periodística establece en su artículo cuatro que, en su labor profesional, el periodista adoptará los principios de la veracidad y de la ecuanimidad y faltará a la ética cuando silencie, falsee o tergiversar los hechos (p. 32).

La Asociación de Periodistas Iberoamericanos y Técnicos dentro de sus Normas de Ética y de Deontología Profesional recogen en su artículo uno los apartados *a)* la veracidad; *b)* la objetividad en la información; *c)* la imparcialidad en la interpretación de los hechos (p. 34).

Con un carácter aun más general es fácil comprobar que el sinnúmero de códigos y normas deontológicas de instituciones nacionales, regionales, autonómicas y también el de los diferentes medios que han creado sus propios códigos éticos y manuales de estilo, casi todos ellos, con muy pocas excepciones, aluden a la obligación de atenerse a la veracidad y la objetividad en las informaciones.

Seguramente por esto mismo también N. Blázquez, ya en su obra de 1993 *Ética y Medios de Comunicación*, se detiene a denunciar la actitud de lo que él llama el comunicador posmoderno:

El comunicador posmoderno no informa sobre la realidad objetiva de hechos y acontecimientos, sino que trata de «crear» esa presunta realidad. Con el aditivo del sonido y de las imágenes, las posibilidades de falsificación del contenido de las noticias son casi ilimitadas. En los medios audiovisuales la imagen tiende a sustituir a la realidad, lo ficticio a lo natural, lo morboso a lo equilibrado y el sentimiento a la razón.

(Blázquez 1993, 12)

Su preocupación contra el distanciamiento entre información y realidad se hace recurrente a lo largo del primer capítulo de su obra:

Insisto en que el gran giro ético de los MCS contemporáneos consiste en su desplazamiento progresivo hacia las instancias de poder en lo económico, en lo político y en lo ideológico. La clave ética ya no es la verdad objetiva como paradigma ideal, sino la sinceridad subjetiva con la menor carga posible de responsabilidad. Ya no se trata de informar de acuerdo con la realidad, sino de informar «creando» la realidad que más interesa al emisor o al destinatario. La verdad informativa en la nueva clave ética no es la que se conforma a una realidad original y se transmite por los canales informativos, sino la realidad que el propio medio fabrica y transmite como obra exclusiva suya.

(op. cit. 13)

Y de esta manera completa la argumentación:

Los medios audiovisuales contemporáneos propician la creación de un mundo irreal en contraste con la realidad objetiva de la vida. La imaginación y el sentimiento imponen sus criterios a la razón, que se encuentra fatalmente debilitada. Los MCS satisfacen más a los requerimientos del sentimiento y de la imaginación que a la razón serena.

(op. cit. 16)

Con todo ello, no serán todavía únicamente las iniciativas vistas hasta aquí las que se pondrán en marcha para hacer frente a las consecuencias de los abusos cometidos por los MCS en su disfuncionalidad social. Entre otras destacamos la de Bill Kovach y Tom Rosentiel, quienes se verán impelidos a ofrecer aun más orientaciones para hacer frente al creciente descrédito del periodismo como profesión.

#### 5.4.4. La enfermedad en la información y su cura: Los elementos del periodismo

Ante la evidencia de que en 1997 la profesión periodística atravesaba momentos difíciles, directores de grandes periódicos, figuras influyentes de la radio y la televisión, académicos notables y varias de las primeras firmas de los Estados Unidos constituyen un grupo con el nombre de Committee of Concerned Journalist, CCJ, para realizar el más concienzudo de los estudios sobre la profesión hecho hasta entonces. *Los elementos del periodismo* (2003) es la consecuencia de este estudio y sus autores, Bill Kovach y Tom Rosentiel eran, respectivamente, el presidente de este comité y el director del *Project for Excellence in Journalism*.

Una vez hecho el diagnóstico a partir de veintidós foros, de investigaciones universitarias, de entrevistas a los profesionales y de las experiencias de aquellos que les precedieron, concluyeron que la profesión comparte unos principios definidos cuyo cumplimiento esperan los receptores habituales de la información: Ceñirse a La verdad, guardar lealtad a los ciudadanos, ejercer la verificación, la independencia, un control independiente del poder, ofrecer un foro público, información sugerente y relevante, noticias exhaustivas y proporcionadas, respetar la conciencia individual de los profesionales.

Como podemos comprobar, nuevamente la idea esencial volverá a ser la búsqueda de la verdad a la hora de elaborar las informaciones.

No obstante todo lo tratado hasta aquí acerca de la deontología de los MCS, dado que una de las principales fuentes de financiación de los medios es la publicidad y ésta demostró en la investigación Hutchins ser causa de una poderosa fuente de intereses que acaban por afectar a la producción de información veraz, entonces se hace necesaria la consideración del fenómeno de la publicidad desde la perspectiva de la deontología y de una forma aislada. La relación de dependencia entre la información y la publicidad puede llevar a cierta confusión en cuanto a sus diversos medios y fines.

#### 5.4.5. La publicidad: ¿«información» comercial?

La publicidad tiene como finalidad deliberada persuadir al consumidor/receptor a través del mensaje informativo para que adapte sus gustos y preferencias a las necesidades comerciales de los distintos productores de bienes y servicios que realizan su oferta en el mercado. De esa vocación persuasiva proviene la confusión vulgar entre publicidad y propaganda. La verdad es que resulta relativamente fácil que los editores de la información confundan dos ámbitos tan próximos e interdependientes como el de la información y la publicidad, y así caigan en la tentación de valerse de la primera según el mismo interés lucrativo que mueve la actividad publicitaria recurriendo a sus mismos métodos y finalidades persuasivas.

Guy Durandin, en *La mentira y la propaganda política* sostiene que a pesar de que en teoría la función de la publicidad se limita a 'informar' sobre los productos y los servicios existentes en el mercado, lo cierto es que la publicidad se apoya básicamente en el engaño. La que mejor se coloca se apoya también en mentir de la manera lo más eficaz posible. La sinopsis sobre su obra en el portal *Infoamérica* (2013) dispone lo siguiente:

Tanto la propaganda como la publicidad están destinadas a influir, a ejercer desplegar determinadas inducciones en las conductas y los hábitos desde una posición de interés o de dominio. El manejo entreverado de las fuentes, el relieve

de las noticias, las técnicas constructivas del periodismo abren un amplio margen para el empleo de soluciones eficaces que no se basan en la narración de la realidad o que ocultan parte de ésta. En muchos casos, esa labor se reasigna a la información, por lo que Durandín se plantea la necesidad de conocer algo más que la credibilidad, esto es, el grado de veracidad o de falsedad de la misma. ¿Cómo entender el empleo de la falsedad o de las parcialidades como respuesta a las demandas de información basadas en un derecho democrático? Para Durandín, el pasado siglo, fue el de la manipulación y del engaño como expresión estratégica de las diferentes manifestaciones del poder. También, el de una tácita connivencia del poder y los medios.



## **6. La caracterización deontológica de la información**

### **6.1. La veracidad en la información**

De todo lo dicho es muy fácil y evidente concluir: la información tiene que ser verdad. La información que no es verdad, no es información. La verdad es la realidad que acontece, o es simplemente la realidad.

Cuando se seleccionan determinados hechos de la realidad para convertirlos en noticias se deben seleccionar aquellos que sean de mayor interés social. Esa selección es la que determina el mayor o menor éxito en el desempeño de la función social de los MCS desde el punto de vista de su responsabilidad social. Pero, ¿quién y cómo decide lo que es de interés social, de interés general? Esta pregunta no tiene una respuesta tan sencilla.

En todo caso, no solo es la selección de los hechos la que se plantea como un desafío para el informador a la hora de lograr una reconstrucción de la realidad a través de la información.

### **6.2. El concepto de verdad para la información**

A los efectos prácticos deontológicos, lo que resulta esencial es aquel concepto de verdad que apela a la realidad informada, a la misma realidad que se pueda reconstruir en la conciencia de los informados de la forma más exacta posible.

Lo cierto es que la verdad o la realidad es aquello que acontece al margen de que lo conozcamos o no. Situados ante los hechos, hay muchas cosas que ocurren pero que no las percibimos, lo cual no obsta para que no exista un concepto de verdad objetiva u ontológica, una verdad que apela a toda la realidad tal cual es y que debería ser el mismo fundamento de toda información.

Si ante un hecho sólo podemos percibir parte de su realidad objetiva significa que otra persona también puede experimentar la percepción de ese mismo hecho, pero hacerlo de

forma distinta a como lo hacemos nosotros. De este modo es como resulta la forma subjetiva de percibir la realidad, o lo que así podemos llamar realidad subjetiva.

La verdad lógica es el resultado de traducir la percepción que tengamos de la realidad a su expresión lingüística. Como veremos en la extensa discusión que desarrollaremos con posterioridad sobre la objetividad en la información política, para lograr una correcta traducción de la percepción de la realidad a su expresión lingüística la racionalidad resultará determinante.

Dado que además no tenemos otra forma de acceder a la realidad que no sea la información por la simple imposibilidad de ser apenas ubicuos para percibir todos aquellos hechos de los que no somos testigos presenciales, la información adquiere una enorme carga de responsabilidad frente a la sociedad porque ésta última está conociendo la verdad a través suyo. Por eso, el peso de la subjetividad en la apreciación de los hechos cuando se informa debe ser el mínimo posible.

### **6.3. Objetividad e independencia**

La base de la objetividad es la adecuación de todas las percepciones del mismo hecho, acción u objeto. El término independencia, aplicado a un medio de comunicación, presupone que éste funciona con autonomía política, económica, ideológica, e incluso, del propio grupo multimedia al cual pertenece. En suma, es la posibilidad de difundir la información obtenida sin supeditarse a presiones de ningún tipo.

Pese a que constantemente se predica y se presupone esa pretendida autonomía, como afirman Bill Kovach y Tom Rosentiel, y antes que ellos Hutchins, lo que ha demostrado sobradamente la experiencia es que la libre competencia no garantiza ni la objetividad ni la independencia para los MCS.

En su caso hemos concordado que la opinión pública es la crítica racional al poder político –dimensión político institucional de la opinión pública–, por lo que la objetividad y la independencia informativa en el ámbito de la política adquieren un significado especial que requiere de un tratamiento diferenciado dentro en el curso de nuestra indagación.

### **6.4. Objetividad e independencia versus neutralidad en la información de naturaleza política**

Ya hemos visto que el debate en torno a la objetividad de los medios no es ni mucho menos nuevo. Pero la falta de novedad en el tema no le ha hecho perder su relevancia y actualidad en absoluto. Deberíamos preguntarnos por qué este tema no acaba de cerrarse después de los muchos ríos de tinta vertidos que han acabado por desbordarse a su paso por la política, anegándolo todo una y otra vez. Como afirmaba Blázquez Fernández cuando se refería a la incompatibilidad entre la responsabilidad profesional del informador y su libertad, al final de lo que se trata es de un binomio aparentemente irresoluble que se nos presenta bajo el falso e interesado conflicto entre la libertad y la objetividad. Dada entonces la relevancia de la dimensión político-institucional que hemos atribuido a la Opinión Pública, nos vemos en la necesidad de precisar lo que nos sea posible sobre esta cuestión.

De este modo, también vimos que, desde que la distinción platónica entre doxa y episteme hiciera evidente la diferente calidad de los conocimientos según que se redujeran a las

meras impresiones o, alternativamente, que estas impresiones fueran sometidas al juicio crítico de la razón, la búsqueda de la determinación de la verdad se ha convertido en un galimatías sólo comprensible para los iniciados en las habilidades de la investigación científica. El método, *El discurso del método*, de René Descartes, no fue el principio de este proceso, pero marcó un importante hito que, tras algunos escarceos, acabará por fundirse con la preocupación práctica de los empiristas ingleses para impulsar los más sorprendentes y espectaculares avances del conocimiento humano a partir del siglo XVIII. La breve y esquemática historia del conocimiento que sinterizamos para concluir con la necesidad antropológica de saber repasaba los grandes hitos y descubrimientos científicos que precedieron y sucedieron a la eclosión de la racionalidad de la que se acompañó el proceso ilustrado. Así sabemos que nunca antes desde sus orígenes nada le ofreció a la especie humana una perspectiva tan clara como la que obtuvo Charles Darwin al insertarla en el curso de su teoría evolutiva. Sin duda este es uno de los mejores ejemplos que se nos pueden ofrecer de la eficacia explicativa de la realidad por la ciencia y por su método objetivo.

Lo cierto es que muchos informadores creen muy equivocadamente que la práctica de la objetividad es tan utópica como innecesaria. A pesar de la eficacia demostrada por el método objetivo de la ciencia en la historia del conocimiento humano para dar cuenta de la realidad de los hechos ¿por qué hemos de ignorar dicho método en la elaboración de las informaciones? Formulada así la cuestión apenas deja lugar a dudas. Entonces ¿cómo es que hay quienes se empeñan en rechazar la objetividad como principio informativo? Parece ser que esto ocurre porque la objetividad impide al informador presentar una versión de los hechos creada a la medida de sus prejuicios e intereses, o de los de su medio. Aparentemente resulta difícil encontrar otra razón de peso para recurrir a la libertad como pretexto para eludir el compromiso de atenerse y ajustarse a los hechos a la hora de interpretarlos.

### **6.5. La percepción de la realidad**

Como ya apreciábamos, sin duda que dos testigos cualesquiera de un mismo hecho pueden ofrecer versiones distintas dadas las percepciones parciales que todos tenemos de la realidad. Estas limitaciones de cada observador en las percepciones de los hechos dependen de una multiplicidad de factores entre los que podemos considerar, en primer lugar, su propia competencia comprensiva, es decir, su capacidad para gestionar y formalizar los datos que él pueda extraer de sus impresiones; en segundo lugar, los esquemas, explicaciones y pseudorracionalizaciones que guarda en su memoria fruto de experiencias anteriores con las que comparar las presentes; en tercer lugar, la cosmovisión que su cultura de origen antropológico le haya inculcado a través de la educación, la socialización y el sistema simbólico-representativo de su lengua acerca del mundo; finalmente nos encontramos ante el factor auténticamente subjetivo, al que nosotros vemos como una consecuencia de la inventiva y la imaginación de cada individuo para distorsionar los hechos acomodándolos a su conveniencia.

Seguramente existirán otras claves que sirven para dar cuenta de la variedad de explicaciones posibles que se suscitan por diferentes individuos ante un mismo hecho. Apuntamos a estas cuatro como las principales y más determinantes con la intención de simplificar un problema de enorme complejidad. Como sea, el resultado del proceso diferenciado en estos factores lleva a que cada individuo elabore una explicación distinta. Ahora bien, las diferencias entre las explicaciones no son absolutas. Incluso la mayoría de las veces suele haber un alto grado de similitud entre ellas y por eso podemos referirnos a la

objetividad o verdad ontológica. En el caso contrario, los testimonios ofrecidos por los testigos de los hechos en el curso de los juicios carecerían de algún valor probatorio. No obstante, ya referimos que hay quien ha convenido que a la objetividad solo la podemos entender como intersubjetividad (Escotado 1989, 521).

Lo desconcertante de ello es que por lo general los informadores se esfuerzan por conseguir que sus relatos sobre los hechos de actualidad que ofrecen al público prevalezcan como la única versión de la realidad aceptable para sus destinatarios. Entonces, ¿por qué la versión que se le ofrece al público tiene que ser precisamente la de un medio o la de un la informador dado?

Lo verdaderamente cierto como veremos es que en el proceso de producir la información la falta de objetividad se acabará convirtiendo en pérdida de credibilidad.

#### **6.6. Los efectos comunicativos por la falta de objetividad en las informaciones**

Veamos, el primer factor es el de las competencias para extraer y gestionar los datos de los hechos. Cuando la interpretación es objetiva, esta labor se habrá efectuado por el informador para el receptor del mensaje. Lo único que debe hacer éste es validar su fiabilidad a partir de su propia competencia. Si su competencia es baja, cabe suponer que la solución objetiva propuesta por el informador no puede ofrecer dudas para quién es relativamente incapaz de procesar la información por sí mismo. No ocurre lo mismo cuando el receptor es competente o muy competente. En este caso lo mejor que puede ocurrir es que el receptor pueda comprobar mediante su propio juicio crítico-racional la validez de la información a partir de la objetividad que presenta o, en caso contrario, la rechazará por su incongruencia, con la consiguiente pérdida de credibilidad.

En cuanto al segundo factor, los esquemas, explicaciones, creencias y pseudorracionalizaciones de cada uno son fruto de una experiencia vital que se va retroalimentando en base a las nociones sobre diferentes situaciones *reales* por similitud con otras vividas anteriormente. Si la información que se ofrece a este sistema discursivo construido por la experiencia vital *real* de cada uno es objetiva, entonces la interpretación de los hechos que se le presenta para su comparación con sus experiencias previas presentará un alto grado de similitud. Así resultarán más fáciles de convalidar aquellas explicaciones objetivas de los hechos que las subjetivas. Por definición, estas últimas se corresponden con la exclusiva experiencia e imaginación interpretativa del informador.

En tercer lugar, aun aceptando la definición de la objetividad como intersubjetividad, las cosmovisiones que la cultura de origen antropológico nos inculca a través de la educación, la socialización y el sistema simbólico-representativo de la lengua acerca del mundo suelen ser las mismas dentro de cada comunidad. Estas cosmovisiones se constituyen así en un componente intersubjetivo/objetivo que exige al informador no desviarse mucho de ellas al ofrecer su interpretación de los hechos para que su público la valide sin dificultad. Este factor debe quedar bajo una prudente cautela, porque no todas las cosmovisiones de cada comunidad tienen en sí mismas una base racional y objetiva. Nosotros nos estamos refiriendo a la función de los medios y su objetividad en las sociedades más avanzadas, donde ya se ha operado la extensión de la racionalidad.

Ya por último, nos queda el factor auténticamente subjetivo, la inventiva e imaginación del individuo. Cuanto más objetiva es la información, más difícil le resultará al receptor del

mensaje informativo hacer valer su propia subjetividad frente al mensaje para rechazarlo. No obstante, este sigue siendo el verdadero factor que pone en cuestión la eficacia comunicativa de la información cuando es objetiva. En principio nada hace pensar que sea un factor determinante frente a los demás. En gran medida depende de la capacidad racional de las personas, lo que nuevamente nos remite al primer factor, cuestión de la que nos ocuparemos con posterioridad.

### **6.7. Las limitaciones de la neutralidad informativa**

Alternativamente a la práctica de la objetividad como fundamento de información se propone la práctica de una neutralidad generalmente reducida a la exposición de las distintas versiones sobre los hechos que puedan ofrecer las fuentes implicadas o involucradas en ellos. Tal procedimiento responde a la idea de que la objetividad, lejos de consistir en la intención y en el método para averiguar la verdad, consiste en la intersubjetividad. Si cada testigo de los hechos tiene una versión subjetiva de ellos, entonces lo lógico sería pensar que la manera de explicarlos consiste en dejar a cada uno que ofrezca su propia versión.

Así, por definición la versión que cada fuente ofrece de temas controvertidos es la que más le conviene. ¿Acaso será que el exponerlas todas y dejar al lector-telespectador oyente la elección de una versión, o que este mismo efectúe la mera imbricación de ellas a su gusto, eso supone que prevalecerá la verdad? ¿Se puede estructurar alguna conciencia de los hechos reales cuando se ofrecen desde puntos de vista distintos tan interesados, de los que ignoramos su auténtica veracidad?

### **6.8. El incumplimiento de los preceptos deontológicos y sus causas políticas: Las opacas relaciones entre la información y la política. El supuesto derecho a la subjetividad informativa**

Si la falta de objetividad conlleva la pérdida de credibilidad, ¿a qué se debe la insistencia en negar la objetividad aún siendo un claro factor de eficacia comunicativa de la información?

La existencia de toda una teoría sociológica y política favorecedora del pluralismo como principio organizativo institucional sobre el que conducir un debate público y «libre» es en gran parte responsable de esta peculiar concepción subjetiva de la información que cuestiona la objetividad como principio informativo. Aunque como vimos esta tradición se remonta a los mismos orígenes del liberalismo y fue recuperada por los participantes en el Congreso Para el Futuro de la Libertad celebrado en Viena en plena posguerra mundial, entre los principales autores que hoy alimentan esta concepción del pluralismo institucional destaca Robert A. Dahl, autor extraordinariamente prolífico de la teoría sobre la democracia liberal concebida como poliarquía. El concepto fue acuñado para discutirle a C. Wright Mills su tesis de que la democracia estadounidense estaba regida en realidad por una reducida elite de intereses corporativos (Wright 2000, *pásim*). Curiosamente, esta última tesis se ha terminado por generalizar entre una opinión pública americana que hoy se muestra preocupada por una connivencia entre el Congreso y el Senado estadounidenses, Wall Street y el complejo militar-industrial vinculado al Pentágono popularmente referida como «*establishment*». (Navarro 2008, *pásim*)

El procedimiento para lograr la pluralidad consiste entonces en el estímulo artificial y permanente de una disensión, algunas veces irracional, que reduce al conjunto de la actividad comunicativa a puro ruido. Se crea así una falsa apariencia de libertad en la que la

opinión aparece entremezclada y confundida con la información. Los hechos se presentan permanente distorsionados desde una infinidad de puntos de vista que impiden una cabal comprensión de su naturaleza y consecuencias. Resulta imposible estructurar la conciencia de unos acontecimientos que se nos presentan de una manera tan azarosa como descontextualizada. Se pretende de este modo que la confusión, entre los hechos y las opiniones al momento de interpretarlos, favorezca el mantenimiento artificial de una controversia política para que se pueda reconducir por el poder político dentro de unos cauces «razonables» para el mantenimiento del statu quo.

Si las controversias se plantearan en términos reales, ateniéndose rigurosamente a los hechos, la información no presentaría entonces unos extremos tan diferenciados que hasta ahora han favorecido la confrontación de todos contra todos. Han atomizado a la iniciativa política popular entre múltiples sujetos políticos y sociales para que prevalezca la del gobierno y el sistema institucional que lo sustenta. La consecuencia de ello es clara: una absoluta dificultad para lograr un consenso basado sobre la unidad de las evidencias reales aportadas por una información objetiva.

La subjetividad, a la que la ideología liberal presenta como el mismo fundamento de la libertad individual, no es así más que un pretexto para legitimar a un potente mecanismo desinformativo alienador. Este mecanismo tira de los derechos políticos de libre expresión y difusión de las ideas propias a través de los medios de información de masas para generar gran cantidad de ruido y confusión tras el que se esconde a los ojos del cuerpo social la verdadera naturaleza de unos hechos sistemáticamente incómodos para el poder político. Lo peor de esta falacia sobre una libertad de expresión tan alienadora y tan mal entendida viene a resultar una vez suprimida la objetividad en la información, porque lo que queda en realidad no es la subjetividad, ni tan siquiera la intersubjetividad; es la pura, simple y manipulable arbitrariedad.

Pero el colmo de los colmos es que, aun con la existencia de un desconcertante número de medios de información para orquestar la confusión, constantemente al final el repaso al sinnúmero de ellos refleja una pasmosa información uniforme discrepante sólo en su apariencia, pero no porque todos se atengan a una misma realidad de los hechos, sino porque eventualmente se establecen consensos mediáticos. Tales consensos mediáticos se establecen precisamente para ofrecer una misma versión del acontecer convenientemente adecuada al mantenimiento del statu quo institucional. La presentación del mosaico de medios se convierte en un subterfugio para inducir a pensar que la verdad es lo que refleja la mayoría de ellos, cuando muchas veces la verdad se esconde en la parte más insignificante de todo el barullo mediático o permanece definitivamente oculta.

En todo caso, precisamente a este intento de control de la información llevado cabo desde las instancias políticas se refiere Andreu Casero Ripollés en su artículo *El control político de la información periodística* (2009, pp. 354-366) afirma al término de su explicación que “[...] los intentos de control político de la información periodística son habituales, constantes y sistemáticos[...].” (op. cit.). También sostiene que “[...]el control político de la información va más allá de la mera manipulación o del uso propagandístico de los medios y pone en juego complejos y diversos mecanismos de carácter estratégico[...].” (op. cit.). Crear una pseudorrealidad informativa y ocultar la auténtica realidad mediada para la perpetuación del statu quo político-institucional.

La cantidad y variedad de autores que en la actualidad llevan a cabo trabajos basados en el seguimiento de las noticias y de las campañas informativas con la finalidad de determinar el

tratamiento informativo y los sesgos interesados que tiñen la información es tan abrumadora como ingente. Podríamos decir que el seguimiento de las informaciones y su tratamiento se han convertido en una pandemia académica que afecta a una infinidad de trabajos de investigación como acredita una breve ojeada a las revistas especializadas. La consecuencia de este fenómeno no puede ser más evidente: la información dista mucho de atenerse a los criterios expuestos sobre la deontología profesional.

A modo ejemplo, nos iniciaremos con dos autores españoles por su prolija producción de investigaciones a cerca de la manipulación mediática sobre los que nos extenderemos algo más en lo sucesivo para demostrar cómo la información es constantemente tergiversada. José Manuel de Pablos Coello en *El periodismo herido* lleva a cabo una larga investigación basada en la lectura crítica y sosegada de noticias y fotos publicadas en prensa. Esta labor pone de manifiesto el divorcio que existe entre la información y la sociedad. Para estudiar el fenómeno el autor recurre a *El País*, periódico español de referencia en el que acaba constatando el cambio de rumbo que se ha producido bajo la presión de la empresa editora, Prisa, desde diario de calidad a prensa amarilla.

También Pascual Serrano en sus obras *Medios violentos, palabras e imágenes para el odio y la guerra*, y *Desinformación, como los medios ocultan el mundo* revela la forma en la que se distorsionan los hechos para hacer una presentación de estos que pueda servir para que la opinión pública española acepte su realidad institucional como 'la menos mala'. La primera de estas obras revela con numerosos y elocuentes ejemplos la implicación hasta criminal que los medios de comunicación pueden llegar a tener en el fomento del odio, la xenofobia, el racismo y el culto a la guerra y a las armas. Después de repasar la cobertura informativa de muchos conflictos declarados o latentes como el iraquí, el afgano, el árabe-israelí, el indonesio, el ruandés, el colombiano o el de Kosovo... o el tratamiento informativo sesgado que reciben cuestiones de interés para la opinión pública como el caso de las caricaturas de Mahoma, el golpe de estado en Venezuela, la emigración, el acoso a Cuba y a su gobierno... concluye lo siguiente:

Las sociedades modernas se encuentran sometidas al mayor sistema de control global que ha existido nunca en la historia de la humanidad. Una gigantesca y poderosa estructura que domina la información que se difunde, los valores que se propugnan y los liderazgos que se promueven. Esa estructura la conforman los medios de comunicación, productoras de cine, mercados del ocio y toda una industria que ya ha conseguido convertir el planeta en un mismo zoco donde toda esa operación ideológica ininterrumpida se encuentra idéntica y simultáneamente en cualquier lugar[...]

La segunda obra de Pascual Serrano, *Desinformación*, queda resumida en la misma reseña que en su día publicó la publicación periódica digital *Rebelión* bajo nuestra autoría *Los medios de que deforman y distorsionan la realidad* (Hernández 2009). A modo de prueba de lo que hemos venido afirmando, nos interesa reseñar que la mayor parte de la obra es un constante recordatorio de ese empleo político-institucional interesado y subjetivo que sistemáticamente se hace de la información. Pascual Serrano es bien conocido como periodista e investigador incluso fuera del ámbito académico. Su trabajo se ha centrado en desvelar los sesgos, omisiones e interpretaciones interesadas que se enseñorean de la información convencional, lo hace señalando un sinfín de «noticias» falaces travestidas de información. Serrano, muchas veces valiéndose del sentido común, otras del contraste de fuentes, revela además el uso de términos ambiguos y eufemismos, la selección interesada de los hechos o la descontextualización, el simple engaño y la mentira, la ocultación parcial

o total de los hechos... todos ellos consistentes en prácticas atentatorias contra la objetividad que acaban sirviendo para reproducir y mantener el *statu quo* político-institucional nacional e internacional.

Pero la iniciativa académica más ambiciosa para sacar a la luz pública la falta de deontología informativa es la que conocemos como *Project Censored*. La conciencia entre los académicos e investigadores de la comunicación sobre la manipulación a la que se encuentran sometidos los medios es tal que, Sonoma State of California University, en colaboración con la *Fundación para la Libertad de los Medios*, han promovido una iniciativa para recoger noticias censuradas a lo largo del mundo. Para ello, convocan a una multitud de equipos de investigación formados por dos profesores tutores y muy pocos alumnos en cada universidad donde decidan constituir al menos un solo equipo como máximo. Cada equipo compite con los demás de otras universidades para averiguar aquellos hechos noticiosos que han sido censurados por la prensa y los grandes medios ya sea en uno o en varios países. Una vez al año esta universidad convoca a concurso a todas las facultades de comunicación alrededor del mundo en una interesante concurrencia bajo la denominación de *Project Censored: The Top 25 Censored Stories of the Year*. Una vez recogidas las propuestas de cada equipo, no menos de tres noticias omitidas por los medios y hasta cinco como máximo, se constituye un mecanismo para su puntuación que le es asignada por la totalidad de los tutores, determinando la relevancia y el alcance de cada propuesta, todo ello con la finalidad de elaborar un ranking con las noticias ordenadas según ese mismo criterio. Finalizado el proceso de ordenación de esos hechos omitidos por los grandes medios, *Project Censored*, recopila y publica las veinticinco noticias censuradas ordenadas por su relevancia. El éxito cosechado hasta el momento por el *Project Censored* es fácil de medir por la cantidad de propuestas que quedan fuera del ranking y por la importancia de los hechos ocultados a la opinión pública. Año tras año, la convocatoria consigue reunir una ingente cantidad de potenciales noticias las cuales nunca llegaron a serlo por su censura en los grandes medios de comunicación. Esto deja a las claras el amplio espectro de la realidad informativa que permanece oculto a la opinión pública de todos los países.

No obstante la abrumadora evidencia que supone la recopilación de noticias censuradas en la prensa de empresa por *Project Censored*, ahora nos valdremos de los mismos autores con los que nos iniciamos contra la vulneración de los principios de la deontología para empezar una breve recopilación de trabajos publicados que nos servirá para avalar la hipótesis de la adecuación de la información al interés en la perpetuación institucional.

Precisamente en la obra de Pascual Serrano *Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo* éste se refiere explícitamente a la *Reverencia a las monarquías* (2009, pp. 120-127) en uno de sus apartados que se detiene al analizar el tratamiento diferenciado que se prestaba a la monarquía española por los medios informativos españoles para preservarla. Estos han venido ofreciendo una imagen estereotipada y falsa de la institución. De todos es ya conocido que, finalmente, se acabó por romper ese tácito consenso mediático que existió en el pasado. Algunos medios pugnaron entonces por sacar a la luz pública su verdadera naturaleza. La mejor prueba sobre el cambio en el tratamiento informativo subjetivo y oficial que recibía la institución borbónica lo pudimos constatar tras la publicación del artículo de investigación *Prensa española y monarquía: el «silencio crítico» se termina. Estudio de caso* firmado por José Manuel de Pablos y Alberto Ardévol Abreu (2009, 237-253), donde sus autores analizan el «efecto arrastre» que ha estado ejerciendo el diario *Público* sobre otras publicaciones desde que ésta se inició con la ruptura del pacto de «silencio crítico». Pero no será esta la única investigación dedicada a la ruptura del “tabú” informativo en torno a la institución monárquica. También F. Ramos Fernández nos ofrece un exhaustivo trabajo en

el que demuestra que los jóvenes se muestran cada vez más desafectos hacia la institución. Para Ramos, a su vez, éste es el origen de una campaña mediática promovida para recuperar su imagen. Todo ello es lo que se concluye de su investigación *El "tabú" periodístico de la monarquía en España. La crisis real y la crisis coyuntural* (2013, pp. 217-247).

Algo aun más indicativo de nuestra misma hipótesis constituirá el tema preferente en el trabajo de Pascual Serrano cuando evidencia la descarada falta de objetividad informativa en la información de carácter internacional. Literalmente se trata de un «campo de batalla» propagandístico en el que las noticias son presentadas con la intención de crear una imagen del mundo a la medida de la hegemonía occidental como reflejo del statu quo internacional. Dada la gran cantidad de casos referidos, consideramos conveniente ofrecer solo unos pocos ejemplos bien expuestos en las rigurosas investigaciones mediológicas de otros autores. Será el mismo José Manuel de Pablos quien nos ofrezca algunos trabajos centrados en esta temática. Su artículo *Propuesta de metodología para duelos mediáticos en periodismo político. Aplicación al tratamiento informativo de El País a la crisis entre Uribe y Chávez por los rehenes de las FARC (2007 – 2008)* (2008, 149-173) es uno de ellos. Tras partir “[...]de la idea de que la objetividad periodística debería ser una de las bazas de todo medio informativo, no sólo en la teoría.[...]” (op. cit. p. 151) formula como la segunda de las hipótesis de su trabajo la siguiente:

- Segunda hipótesis: aplicado el sistema ADMeP al periódico madrileño *El País* durante el enfrentamiento dialéctico de los presidentes de Venezuela, Hugo Chávez Frías, y de Colombia, Álvaro Uribe Vélez, durante la crisis de los rehenes de las FARC (2007 – 2008), va a ser posible transferir a datos numéricos las simpatías de *El País* hacia el presidente colombiano y sus antipatías hacia el presidente venezolano.

(op. cit. 153)

Hipótesis que, efectivamente, queda debidamente avalada por la adecuada metodología cuantitativa de la que él se vale.

Otro caso estudiado por este autor es el que aparece en la revista *Comunicar* bajo el título *El frenesí informativo como desinformación* (2008, pp. 173-179). Ahora, De Pablos se propone:

[...]Tratar de conocer la estrategia ideada en el periódico «El País» en mayo de 2007, cuando el gobierno de Venezuela no renovó la licencia administrativa que le vencía a la emisora privada Radio Caracas Televisión, RCTV. Mostrar de qué manera el periódico faltó a la verdad y cómo la noticia final del estudio (julio, 2007) evidenció que lo sucedido no era como se había contado durante ocho días seguidos de mayo.[...]

(op. cit. p. 174)

También del mismo J.M. de Pablos, en coautoría con Alberto Ardévol, aparece nuevamente en la publicación *Estudios sobre el mensaje periodístico* la investigación titulada *Prensa española, ante la condena de la ONU a Israel por la invasión a Gaza* (De Pablos y Ardévol 2009, pp.189-206). Esta consiste en una indagación sobre las noticias aparecidas en los principales medios españoles acerca del bombardeo a la sede de la ONU en Gaza durante el ataque israelí en 2008-2009. Demuestra que la afirmación de un grupo de catorce integrantes del Congreso de EEUU asegurando que “los principales medios de comunicación españoles son antisemitas” resultará ser falsa precisamente por el sesgo

manipulador de todos estos medios que subrepticamente fueron favorables a la parte israelí.

Pero no sólo la profusión de trabajos de investigación centrados en la manipulación o la censura informativas confirma nuestra hipótesis sobre el control informativo tendente a la reproducción del statu quo político e institucional. Otro interesante artículo publicado en *Revista Latina de Comunicación Social* explica muy gráficamente los esfuerzos por mantener el debate político dentro de unos cauces «razonables» previamente pactados. Las circunstancias que concurrieron en la organización y posterior transmisión del debate electoral entre los dos candidatos a la presidencia del gobierno antes de las elecciones generales del 2008 en España hicieron manifiesto hasta qué punto se quiere limitar las controversias políticas. Xosé Soengas Pérez hace un estudio de caso en su artículo *Los límites de la información en los debates pactados* (2009, pp. 988-999).

Para cerrar esta serie de casos, entendemos que la cita al artículo *El discurso hegemónico sobre la verdad y la comunicación en la autorreferencia mediática en Prensa* aparecido también en *Revista Latina de Comunicación Social* (2010, 572-594) es obligada porque sintetiza la cuestión de la objetividad de la información entre los medios españoles. José Luís Rodríguez Piñuel y Juan Antonio Gaitan realizan una investigación acerca de la falta de adecuación en la construcción de la realidad referencial sobre los acontecimientos en curso por parte de los medios de comunicación de masas españoles. En teoría, desde esta realidad debería partir toda información para constituirse en un fiel reflejo de la verdad. En lugar de ello, dicha realidad es sustituida por:

[...]

- Los objetos, los acontecimientos y los valores de información (“segunda realidad” superpuesta ante el curso de los hechos dichos) transformados en referencias sociales, [que] adquieren una existencia autónoma independiente de la naturaleza de los hechos de los que se habla y cara a los cuales los protagonistas sociales pasan a enfrentarse entre sí por entrar en competencia. [...] en los relatos de prensa se habla más bien de lo que se dice, y esto a propósito sobre todo de lo que se dice o de lo que sucede, pero no de lo que se hace.

(op. cit.)

Aunque sus autores no lo lleguen a declarar de este modo, nosotros entendemos que el permanente intento de los medios por condicionar el curso de los acontecimientos lo que pretende es adecuarlos al ya consabido mantenimiento del statu quo institucional.

## 6.9. La paradoja de la monopolización informativa

Ya vemos que sólo en apariencia la existencia de múltiples fuentes informativas sirve al propósito de construir la conciencia de la realidad a través de la información, de hecho hemos tratado de ejemplarizar con algunas investigaciones que demuestran justo lo contrario. No porque existan más fuentes de información institucionales la información tiene porqué ser más variada, pero sobre todo, no tiene porqué ser más verdadera. La cantidad de medios de información no solo es independiente de la objetividad, más bien parece que sirve al propósito deliberado de soslayarla.

Pero mucho más desconcertante nos resultará el comprobar cómo en ocasiones la misma práctica institucional del pluralismo se hace inviable. Un buen ejemplo de esto nos lo

ofrece la investigación aparecida en *Revista Latina de Comunicación Social* firmado por Nuria Almiron Roig. Con el título de *La regulación del pluralismo en Francia. Contexto, análisis e interpretación* (2010, pp. 482-487) Almiron desarrolla un estudio sobre la limitada eficacia de la regulación para la preservación del pluralismo informativo en ese país. Las conclusiones no pueden ser más elocuentes. Tras su exposición nos propone, entre otras, la siguiente idea para su discusión:

La dificultad de combatir lo que constituye una cultura profundamente arraigada en todos los niveles sociales se pone de manifiesto en la poca eficacia de organismos como el CSA, autoridad de referencia en Europa pero que no ha logrado[...] el pluralismo interno. A este respecto, la autocrítica realizada por este organismo en un documento de 2006 (“Réflexions sur les modalités de pluralisme”) es en nuestra opinión la mejor síntesis de su labor real: excesivamente compleja y a la vez limitada. [...] probablemente uno de los mejores espejos de la feroz y desigual lucha de intereses experimentada en las democracias modernas entre los principios democráticos y el capitalismo neoliberal. Francia, uno de los principales enclaves de la tradición igualitaria democrática occidental constituiría uno de los escenarios de mayor choque frontal entre las dos citadas fuerzas.

(op. cit.)

En este caso particular, a los poderes fácticos sustentadores del status quo institucional les convendría la estrategia contraria de restringir las fuentes a unas pocas para lograr la labor de control. Esto ocurre precisamente por la larga tradición democrática y de libertad que atesora por su historia la Opinión Pública francesa y que «aconseja» la monopolización de la información. Su competencia crítico-racional y la cosmovisión ilustrada que posee la cultura francesa la ponen en condiciones de desafiar cualquier intento por confundirla con la sobreexposición informativa.

#### **6.10. Discusión: Las consecuencias de la comunicación en la Red sobre la subjetividad de los medios tradicionales**

Curiosamente, la profusión de los nuevos medios interactivos para difundir información en la Red está teniendo un doble e interesante efecto sobre la Opinión Pública y sobre su capacidad resolutoria de la realidad a través de la información. El entorno de la Red es ideal para que prospere una apabullante abundancia de información subjetiva que contribuya a la maniobra de la confusión. Por el otro, la posibilidad de que la circulación de la información objetiva –la descripción rigurosa y más o menos precisa de los hechos– escape de sus privilegiados circuitos instrumentales, de los ámbitos cerrados y acotados del gobierno, de la administración pública y de su connivencia corporativa, es cada vez mayor gracias a la autocomunicación de masas (Castells 2009, *págsim*). Lo que en otros tiempos nunca hubiera llegado al conocimiento de la opinión pública por la complicidad mediática en ocultarlo, hoy en la RED se llega a hacer evidente para las mayorías sociales en una progresión casi instantánea. Como consecuencia de ello, lo primero que está quedando en cuestión es precisamente la objetividad de los medios de comunicación de masas tradicionales que experimentan una desafección cada vez mayor y que apenas es compensada por su misma presencia en la RED.

Por esto mismo, Lara Tiscar propone:

En plena crisis de la objetividad como principio, los medios han de arrimarse a los ciudadanos, conocer sus demandas, vertebrar espacios de colaboración para la articulación de iniciativas sociales y dinamizar las comunidades desde un periodismo social más comprometido.

(Tiscar 2008, citada por J.L. González Esteban)

Cabe preguntarse entonces ¿Cómo es posible que muchas veces los mensajes anónimos, procedentes de fuentes desconocidas, lleguen a tener más eficacia comunicativa que los de los medios tradicionales? No parece haber otra explicación que la de su potencial objetividad. Es muy probable que aquellos cuatro factores individuales que apuntamos al comienzo estén teniendo un papel más relevante en la «validación» de las informaciones que la «neutralidad informativa». Ya sabemos las limitaciones de ese método defendido por los *subjetivistas* de la información.

### 6.11. Objetividad versus neutralidad informativa

Sería muy fácil demostrar a lo largo de un sinnúmero de casos que el abuso en el equilibrio dentro de las informaciones ha inducido en muchas ocasiones a la confusión y a la frustración de los receptores de los mensajes informativos, porque ofrecer las versiones interesadas de las fuentes dista bastante de explicar la realidad ajustadamente. Esto, a su vez, ha llevado a mejorar la fórmula de la «neutralidad» recurriendo a la tópica contextualización para que el propio destinatario de la información disponga de más elementos de juicio a partir de los cuales resolver los asuntos controvertidos decidiendo entre las distintas versiones.

Entonces, ¿Qué supone la contextualización sino el inicio de una investigación tendente al esclarecimiento de la verdad de los hechos? ¿Acaso reunir los datos, circunstancias y elementos que rodean a los hechos y exponerlos de manera organizada para facilitar la labor de su comprensión es otra cosa? Es cierto que ordenar con lógica y racionalidad los datos disponibles una vez se han hecho las averiguaciones pertinentes no es una tarea fácil. Además, también es cierto que la velocidad vertiginosa que impone la actualidad no deja tiempo para detenerse a investigar sin correr el riesgo de llegar tarde por la fugacidad del acontecer. Pero, si esta labor de método se les exige a los científicos para validar sus averiguaciones ¿Porqué no se le puede reclamar a los profesionales de la información? Pongámonos en el caso paralelo de un proceso judicial para entenderlo mejor: toda una investigación criminal tiene que estar avalada por una rigurosa metodología científica en la que la indagación y las pruebas periciales juegan un papel clave durante la instrucción para la correcta reconstrucción de los hechos.

Preparar a los informadores durante sus estudios universitarios de comunicación para que sepan realizar averiguaciones metódicas no resulta difícil. De hecho, los programas docentes ya incluyen la asignatura de metodología de investigación científica, aunque lo hacen para desarrollar habilidades en el campo de las investigaciones mediológicas y no con vistas a la práctica de la actividad informativa. Como sea, los alumnos salen ya con las capacidades necesarias para utilizar la metodología inductivo-deductiva y para realizar inferencias lógicas. La inclusión de algunos ejercicios de lógica formal para ejercitarla ayudaría a completar su formación. Esto les permitiría emplear sus aptitudes científicas en el establecimiento de los hechos y su posterior conversión en noticia. No nos planteamos que haya que exigir a los informadores la laboriosa verificación experimental de los hechos según la prueba de falsación de Karl Popper, o que sepan establecer siempre predicados de verdad al modo de Wittgenstein, sólo se trata de reducir sus errores interpretativos de la

realidad todo lo que sea posible. Darles una relativa capacidad y, sobre todo, una voluntad de ser objetivos. También sería necesario reorientar la asignatura de deontología profesional de la información para motivar la práctica de la objetividad; si no como exigencia, sí al menos como principio.

Sorprendentemente, es muy posible que la imbricación entre el paradigma metodológico de la «neutralidad informativa» y de la «objetividad informativa» se esté produciendo ya en España. Así se pueden explicar algunos de los cambios que observamos en el panorama informativo español, como la pérdida del ‘tabú’ en torno a la institución monárquica y la larga exposición pública de los casos de corrupción política que hasta no hace mucho pasaban desapercibidos para el gran público. De manera más general, esta circunstancia puede estar en el origen del potente resurgir de un género con un indiscutible éxito bien medido entre las audiencias: propiamente el del «periodismo de investigación». Todo ello empieza a sacar a la información de los estrechos cauces que le impusieron para la preservación del statu quo político-institucional.

## **6.12. Racionalidad y objetividad**

Al exponer el esquema de validación de la información por los receptores del mensaje informativo dejamos pendiente la cuestión de la racionalidad. La racionalidad, o su carencia, juegan un papel determinante para neutralizar o favorecer respectivamente la distorsión provocada por la inventiva y la imaginación. Por eso planteábamos que la racionalidad remitía directamente al primer factor para la interpretación de los hechos: el de las competencias para extraer y gestionar los datos a partir de las impresiones.

También justo en el apartado dedicado a los efectos de la comunicación en la Red concluíamos que aparentemente la objetividad operaba en la validación de ciertos mensajes anónimos difundidos por la Red frente a la falta de objetividad de los medios. Pero sostener que la mayoría de los mensajes emitidos por cualesquiera serán tenidos por más objetivos que otros emitidos por los medios tradicionales es absurdo. No todo lo que aparece en la Red se convierte en «trending topic», o mucho menos puede llegar a desbancar a la información tradicional. Ahora bien, si hubiera que establecer un criterio capaz de determinar el éxito de un mensaje en la Red como mínimo habría que recurrir al sentido común para justificar su aceptación más o menos generalizada.

Pero resulta que cada vez más el sentido común tiende a identificarse con la racionalidad a medida que el estándar cultural y educativo se incrementa y se generaliza en las sociedades más avanzadas, generación tras generación. Como hemos demostrado extensamente, la tradicional separación entre masa y público se desvanece por efecto de la extensión de la racionalidad en el seno de dichas sociedades hacia todas las capas sociales. Ya no se puede despreciar la capacidad crítico-racional de unos comunicantes que antes solo eran receptores. Cada vez resultará más difícil manipular o engañar a una opinión pública más expandida por el cuerpo social. A este proceso de emancipación están contribuyendo enormemente las TIC. A la par que incrementan el flujo comunicativo general, sirven como plataformas para la difusión del conocimiento y también para facilitar las labores educativas potenciando su eficacia, lo que, en suma, aumenta y promueve la racionalidad.

Ya sabemos que el concepto de racionalidad es aún mucho más complejo y extenso en sus implicaciones que el de objetividad. Así pues, huyendo como ya lo hemos venido haciendo de la extensísima tradición filosófica de la idea, para entender mejor como afecta a la interpretación de los hechos nosotros nos valdremos de la misma definición de

racionalidad que nos ha ofrecido Noelle-Neumann. Nos sigue interesando este mismo concepto por su simplicidad y su eficacia explicativa frente a la concepción platónica, la aristotélica, la de los racionalistas ilustrados o la de sus críticos románticos y también postmodernos. Recordemos una vez más que en su obra *La espiral del silencio* nos ofrece la siguiente definición que ahora presentamos abreviada para adecuarla a nuestro propósito práctico:

[...] la adquisición consciente de conocimiento mediante la razón y la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos a partir de ese conocimiento. La adquisición de conocimientos y la formación de juicios suponen el uso de transformaciones y deducciones lógicas. [...] La racionalidad aprehende así diferentes campos objetuales de los que se pueden derivar inferencias lógicas. El conocimiento de esos campos está configurado, pues, por la lógica, la causalidad y la consistencia. Los productos del pensamiento lógico son convincentes, razonables y comprensibles intersubjetivamente.

(Noelle-Neumann 1995, 281)

Es fácil entender que cualquiera que disponga de las habilidades necesarias para manejar su propio conocimiento de esta manera se encuentra en las mejores condiciones para lograr una acertada interpretación de los hechos. Tan solo tiene que aplicar esta capacidad racional para estructurar la más aproximada conciencia de la realidad. Semejante habilidad le deja muy poco juego a la inventiva y a la imaginación para resolver equivocadamente los hechos.

En este concepto acabado de Noelle-Neumann es posible concluir que las explicaciones racionales están dotadas de la capacidad de ser comprensibles objetiva o/y intersubjetivamente. Tan solo añadiríamos a esta idea de la racionalidad la distancia con la que se debe tratar racionalmente a todo «objeto» de investigación para ser idealmente objetivos con él. En el caso de la información esta actitud es particularmente difícil porque el «objeto» suele aparecer vinculado a las vidas de los informadores. La exigencia pasa así por disciplinarse para lograr los mejores resultados posibles. Ser objetivos no puede consistir de este modo en hacer un uso instrumental de la racionalidad. La racionalidad objetiva no puede estar al servicio de tales o cuales intereses.

La mejor forma de conseguir un resultado óptimo será conseguir ajustarse lo más posible a la descripción de los hechos y las circunstancias que los rodean. Hay que emplear, además del distanciamiento necesario “[...] la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos [...]” para adquirir y transmitir el conocimiento de ellos. De esta manera, al final, tras su transformación en noticia deben presentar “[...] el conocimiento [de los hechos] [...] configurado [...] por la lógica, la causalidad y la consistencia [...]”. No debemos olvidar que “[...] los productos del pensamiento son convincentes, razonables y comprensibles intersubjetivamente”.

Basta pararse a pensar en esto para entender que cuanto mayor sea el número de receptores de la información que dispongan de habilidades lógico-racionales, tanto peor será para nosotros ofrecerles información que no esté elaborada con criterios de racionalidad objetiva. De no hacerlo así, ellos mismos serán capaces de ponerla en cuestión valiéndose de sus propias competencias racionales.

### **6.13. Algunas claves y consecuencias sobre la ignorancia de la deontología al producir información**

Si nos atemos a ciertas claves que resultan ser las causas del incumpliendo de los preceptos de la deontología y también de sus consecuencias, las cuales las podemos enumerar sintéticamente como:

- La comprobación del interés en el condicionamiento permanente de la información por el orden político-institucional para el mantenimiento del statu quo.
- La clarificación de las posibles estrategias para conseguirlo, particularmente la del pluralismo hipertrofiado y la de la monopolización informativa.
- La procedente crítica a la «neutralidad informativa» como principio informativo realizada a partir de sus limitaciones prácticas.
- Los negativos efectos para los medios de información tradicionales de las transformaciones sociales derivadas del progreso social y de la comunicación en la Red.
- La consideración sobre los factores mediante los que los receptores de los mensajes informativos realizan su asimilación o rechazo.

Vemos que todas son circunstancias que acompañan a la práctica informativa ordinaria desde los medios de comunicación de masas, particularmente en España, pero no únicamente. Está claro que, por sus mismas consecuencias, todas ellas se convierten en sólidos argumentos para proponer la recuperación del principio de objetividad en las informaciones. Habría que hacerlo antes de que la pérdida de la credibilidad en los medios tradicionales se llegue a hacer irreversible entre los potenciales receptores de la información. De no hacerlo, por su falta de objetividad, los medios podrían acabar con su función, su tradición y su pervivencia dentro del actual sistema institucional como parece indicar la creciente desafección hacia ellos y la búsqueda de fuentes de información alternativas.

Por eso no estaría de más tomar conciencia de la importancia que tiene la adecuación de la labor formativa de los nuevos informadores exigiéndoles la objetividad como principio informativo. Ésta es la única forma de cambiar las tendencias que desgastan y cuestionan la función institucional del sistema de comunicación de masas tal y como lo hemos conocido hasta el momento.



## 7. Un concepto de información y de Opinión Pública, derivados de sus líneas de argumentación

### 7.1. La necesidad de saber

#### 7.1.1. Consideraciones sobre el objeto del conocimiento

Del seguimiento que realizamos en el apartado *La necesidad antropológica del saber*, podemos concluir que la relación determinante que la humanidad mantiene con la realidad, sea cual sea, haya sido o pueda ser esa realidad, es la clave de bóveda sobre la que se apoya el afán de todo conocimiento. Es más que probable que nos equivoquemos en la forma en la que nos aproximamos a la realidad, en la forma en la que la interpretamos o tratamos de determinarla antes de que ella nos determine a nosotros. Se trata de un objeto esquivo, de una complejidad ilimitada. Pero dotar de significado a la realidad sigue siendo, para bien o para mal, una tarea eternamente pendiente del saber.

Antes de dar por concluido todo el apartado dedicado a precisar este determinante sentido del saber, reseñaremos que premeditadamente hemos reservado para este momento la consideración de la que nos resulta la más relevante de las corrientes filosóficas surgidas del proceso de construcción de dicho saber: el materialismo. Esto lo estimamos así por entender que sus contenidos son esenciales para desentrañar esa imperiosa pretensión de «conocer» la realidad. Indirectamente, nos hemos estado refiriendo a las ideas de autores (no todos, ni los más importantes) a través de los cuales se sigue muy superficialmente la génesis y el posterior desarrollo de esta concepción filosófica, pero no han sido ellos los únicos referidos. Ni mucho menos desdeñamos cualquier otra experiencia o concepción filosófica. Todas son de gran relevancia para el proceso seguido por el pensamiento humano desde sus comienzos con la adopción del lenguaje como vehículo de comunicación y atribución de significados a la realidad.

Como ha venido siendo nuestra tónica más general, nos acercaremos al concepto del materialismo citando a autores que han sentado su solvencia en la materia:

[...] Desde el punto de vista histórico, el contenido de una doctrina materialista depende en gran parte del modo como se defina o entienda la «materia» que se supone ha de ser la única realidad [...]

En todo caso, es común a todas las doctrinas llamadas «materialistas» el reconocer como la realidad los cuerpos materiales. En este sentido, la materia a la cual se refieren los materialistas es lo que puede llamarse «materia corporal» –y no simplemente la materia como distinta de la forma–. Es típico de casi todos los materialistas entender la materia a la vez como fundamento de toda realidad y como causa de toda transformación. La materia no es entonces sólo «lo informe» o «indeterminado», sino también «lo formado» y «determinado». El concepto de materia incluye el concepto de todas las posibles formas y propiedades de la materia, hasta el punto de que el reconocimiento de la materia como la única «substancia» no elimina, sino que con frecuencia presupone, la adscripción a lo material de las notas de fuerza y energía.

(Ferreter Mora 1979, pp. 2143-2147)

En esta explicación queda meridianamente claro que la entidad materia es presentada como la única realidad, y al decir única estamos colocándonos en situación para abordar la comprensión de la realidad de forma unívoca y no de forma dispersa, fragmentaria o arbitraria. Con total independencia de que aceptemos este postulado como si fuera una tesis bien sentada y fundada, a nuestros efectos, la información como objeto de discusión sólo tendría sentido en un mundo en el que la objetividad, incluso entendida como intersubjetividad, actúa como el único nexo posible entre el emisor del mensaje y el receptor de este.

De no dar por sentado que la realidad es única y que existe fuera y con independencia de la conciencia, sería imposible encontrar significado alguno para un concepto de información, por mucho que la información a la postre resulte clave en la formación de la conciencia del sujeto. La inexistencia de una realidad de la que debe dar cuenta el proceso informativo vaciaría de todo sentido al mismo proceso, a sus causas y a sus fines.

### **7.1.2. La necesidad antropológica de conocer la realidad**

Poco podemos añadir a lo dicho hasta aquí sobre la cuestión. La búsqueda incansable del sentido de la realidad parece conducir toda la historia del saber. Muchas veces se ha apuntado a la curiosidad como el motor del conocimiento. Nosotros preferimos considerar a la necesidad humana y a su naturaleza como los impulsores en esa inagotable exploración. Más que la avidez por las respuestas nos interesa la pulsión por las nuevas preguntas que les suceden ante la siempre inextricable e inabarcable realidad del mundo con el objeto de acomodarnos a él, para tener una existencia mejor adecuada a la propia realidad. La causa de esa inagotable actividad debe ser externa tanto a las preguntas como a las respuestas. Es la pura y simple necesidad de dar sentido a todo lo que existe y cae dentro de nuestra percepción; esto es, la necesidad de captar la realidad hasta donde la podamos conocer.

A partir de este supuesto, si nuestra condición humana nos empuja a averiguar qué sucede en ese mundo del que formamos su parte consciente, no hace falta mucho más para explicar el relativo éxito de una institución social como la información con varios siglos de existencia. Esta no ha hecho otra cosa que afianzarse desde sus orígenes. Los medios de comunicación de masas parecen cumplir un importante cometido que es percibido por las comunidades como esencial para su existencia. Dicho cometido les ha permitido a los

medios adaptarse con tanto éxito a las transformaciones sociales surgidas de la modernidad, pero este cometido no ha sido definido todavía de forma explícita y completa. Ello a pesar de que la propia evolución de los acontecimientos ha ido prefigurándolo hasta situarlo en el ámbito del sentido común. Lo único que esperan sus usuarios de los medios de comunicación de masas es que les sepan transmitir, relatar, dar a conocer la realidad en la que se desenvuelve su existencia.

## **7.2. La evolución de las investigaciones y las teorías mediológicas en la determinación de la realidad informada**

Desde la teoría hipodérmica a la de la agenda setting, los esfuerzos por entender el papel de los medios y su función o su utilidad han transitado desde la convicción de que eran un poderoso sistema de control social al descubrimiento de sus limitaciones. En un comienzo pareció que podían hacer una contribución neta en el convencimiento de las inermes «masas» con la mera exposición a sus mensajes.

Si bien algunos de los enfoques, como el crítico, se alarmaron ante el carácter netamente alienador que atribuyeron a los medios de masas, la correcta adecuación de sus funciones sociales sería suficiente para procurar justo lo contrario. Bastaría con que la información fuera una contribución a la conciencia de lo real para invertir el efecto alienador en uno emancipador. Bastaría con que los medios se hicieran eco de la crítica racional de la sociedad y respetaran escrupulosamente los hechos durante su tratamiento como noticias para contribuir a la liberación de la conciencia y la condición humanas.

Seguramente por esto no es lo que sucede, la progresiva pérdida de influencia ha obligado a segmentar y estudiar las características de cada público y a elaborar un mensaje acomodado a esas propiedades específicas para que sea efectivo. Las preocupaciones principales de las últimas tendencias se centran en resolver los problemas que se originan por la naturaleza del medio para poder ofrecer un «producto informativo» que sea veraz y creíble, que devuelva a la noticia su apariencia de realidad.

En cualquier caso, de existir algún factor común capaz de adecuarse a las demandas de todos los públicos ésa sería la realidad común que todos ellos experimentan irremisiblemente. En la actualidad se hace muy difícil concebir que un medio pueda tener ninguna influencia cuando pierde la credibilidad que le proporciona la descripción fiel y ajustada de los hechos y ése es el objeto de las últimas investigaciones mediológicas.

## **7.3. La historia de la información: Desde la censura y el control por el poder político a la exigencia de la veracidad y de la participación de la opinión pública**

En realidad, el concepto de Opinión Pública se ha ido gestando desde la antigüedad, abriendo cada vez más su ámbito propio, expandiéndose con las posibilidades de difusión masiva de la información y del conocimiento. Lo ha hecho desde los pocos notables romanos del *imperium* referidos por Cicerón, pasando a la clase media ilustrada y propietaria, hasta abarcar al todo social. En esa apertura del proceso su sentido se ha ido definiendo en aquello que concierne al todo social. Y lo que concierne al todo social son las mutaciones operadas en la realidad por el transcurso de los acontecimientos permanentemente actualizados.

Si nos paramos a reflexionar sobre este lento proceso y sobre su sentido, descubriremos que la Opinión Pública no es más que el resultado de multiplicar las tecnologías para la difusión del conocimiento.

Daniel Bell se refiere a importantes hitos en la historia de la comunicación a los que llama «revoluciones comunicativas». La primera es la aparición del lenguaje, a la que atribuye la propia aparición de la especie humana como tal. La segunda revolución es la aparición de la escritura, al que considera el cambio más trascendental, junto a la revolución de las comunicaciones. La tercera es la aparición de la imprenta a partir del siglo XV. La cuarta es la revolución de las telecomunicaciones, que se inicia en el siglo XIX con la aparición del telégrafo. Al poco se vendrán a sumar, ya durante el XX, la radio y la televisión. Una quinta revolución surge del desarrollo de la microelectrónica, que hace posible la transmisión y el procesamiento de gran cantidad de información. Internet también supone una extraordinaria aportación al desarrollo de la comunicación.

Podríamos afirmar que la historia de la información corre paralela a la voluntad humana de generalizar el conocimiento en el exacto sentido en el que lo referimos como necesidad antropológica de saber. El nacimiento de la Opinión Pública se debe entender como la posibilidad de que se generalicen percepciones sobre las que todos tenemos una idea en forma de opinión congruente. ¿Cuál es el objeto de esa opinión congruente? ¿De dónde proceden esas percepciones y las ideas sobre ellas?

Es totalmente cierto que nuestra experiencia previa es determinante para enfrentarnos a los acontecimientos presentes. Como ya hemos apuntado anteriormente, solemos comparar nuestras nuevas experiencias con las pasadas para comprenderlas mejor y saber a qué atenernos. Pero la materia prima de la que se nutre la opinión es la realidad. Los mismos acontecimientos son los que activan de forma permanente nuestra necesidad de adoptar una posición a través de la idea más o menos acertada que nos hagamos de ellos. Por eso necesitamos conocerlos. Si bien es cierto no podemos lograrlo de primera mano, al menos podemos conocer los hechos de una forma mediada y todo lo exacta que pueda llegar a ser a través de los medios de comunicación.

En este punto lo más importante es entender que han sido la propia evolución política e institucional y los cambios en la estructura social los que han reforzado esa necesidad generalizada de conocer la realidad permanentemente actualizada. Las revoluciones burguesas han exigido al poder absoluto que rinda sus mecanismos de dominio a la voluntad popular mediante el sufragio y el reconocimiento de los derechos políticos como medio de oposición y de permanente cuestionamiento y, cómo no, cediendo el control de los medios de comunicación de masas. En ese intento de someter el antiguo poder estamental al control democrático, la libertad de expresión y de libre difusión de las opiniones ha sido clave para que los medios sean percibidos como un instrumento democrático, un foro de debate en el que dar cabida a todas las ideas.

Lo cierto es que la pugna por el acceso a los medios ha ido aumentando a medida que estos se convertían en poderosos y eficientes mecanismos para transmitir mensajes. Las experiencias en valerse de ellos para su empleo contra los propios receptores de esos mensajes sólo conocieron éxitos eventuales y tan clamorosos como efímeros. Hoy no caben dudas sobre el fortalecimiento institucional que han experimentado los medios hasta antes de ayer. Solo de un tiempo a esta parte aparecen alarmantes síntomas de agotamiento por unas crisis de credibilidad de las que nos ocupamos y ocuparemos profusamente.

#### **7.4. De la deontología para narrar la realidad a la realidad de la deontología**

Por estas crisis de credibilidad, desde los comienzos de la preocupación por el correcto desempeño de la función informativa se puso de manifiesto que la falta de compromiso ético tiene parecidas consecuencias negativas que en otras actividades humanas. Si todas ellas están necesitadas de la moral profesional como principio, en el caso de la producción de información esas consecuencias resultarían ser más dramáticas, p. e. por su relación con grandes acontecimientos bélicos. Por muy honestas que hayan sido las tentativas para lograr el objetivo deontológico, hasta la fecha todas aparecen frustradas.

Las causas de este relativo fracaso son variadas. Van desde la falta de una correcta definición de la actividad (que nosotros propondremos en lo inmediato), hasta la explicación de las técnicas y procedimientos necesarios para lograr una producción de información objetiva con aquellas características que la hagan útil y valorada por sus usuarios.

Sin que se haya hecho explícito un concepto de información, lo que sí se postula a lo largo de la discusión deontológica con carácter netamente normativo es su «deber ser». A lo largo de la discusión se alude a un objeto determinado y definido de dicha actividad de manera inequívoca: la narración de la verdad ontológica y/o la realidad. Además, nosotros desarrollamos una metodología elemental que permite aproximarse con mayor o menor rigor a dicho objeto a partir de la racionalidad científica.

Antes de abundar en esta metodología racional, las exigencias se situaban en el mero plano de la autorregulación más que en el de la eterorregulación. En el caso de España se hacía una salvedad legal cuando el incumplimiento del precepto de la veracidad en las informaciones es causa de delito penal o bien que se esté atentando contra algún derecho fundamental protegido en el ordenamiento constitucional. Así, la insuficiente limitación de la autorregulación informativa resulta a todas luces una de las causas del relativo fracaso de la propuesta deontológica.

En lo inmediato es necesario tomar en consideración que los ordenamientos jurídicos por lo general tienen su ámbito de vigencia limitado al territorio en el cual rigen. Son totalmente diversos en sus objetos y apenas sí llegan a compartir unos pocos principios doctrinales en su fundamento cuando lo hacen. Precisamente cuando esto ocurre, tales principios doctrinales son de tipo político, como los presupuestos liberales que inspiran las constituciones democráticas occidentales. Peor resulta cuando los principios doctrinales pueden ser de tipo teológico en el caso de los muchos sistemas teocráticos, no laicos. Finalmente, en el peor de los casos estos principios se pueden reducir a la imposición de la violencia coactiva del Estado en los regímenes autocráticos a través de la censura y la represión de la información y sus agentes. Con semejante disparidad de jurisdicciones es muy difícil que la acción y el efecto de informar se atengan por sistema a los preceptos de la deontología. Las leyes determinan en cada país unas exigencias distintas para la información. Estas exigencias oscilan entre una laxitud autorregulativa que apenas compromete la información con finalidad alguna (pero que la sujeta a las servidumbres del mercado y a la del mantenimiento del status quo institucional) hasta un férreo control que la ahoga e invalida.

Como ya analizamos con detenimiento, los procedimientos para lograr esos fines de la deontología resultan ser hasta cierto punto ineficaces. La metodología establecida por la

práctica periodística se ha venido centrando en la localización y detección de las fuentes. A continuación se efectúa el posterior tratamiento de los hechos para evitar que su presentación sea tendenciosa o sesgada por los intereses que concurren en sus circunstancias. La realidad es que las primeras interesadas en la exposición sesgada de los hechos ante la Opinión Pública son las propias fuentes. Por sistema tienden a presentar la disposición de los hechos según su propia conveniencia. La habilidad del informador debería entonces ser la de dar la adecuada orientación a la noticia para que no sea contaminada por las fuentes y sus intereses. En el mejor de los casos los hechos se contextualizarán. Peor vendrá a resultar la búsqueda de la mera neutralidad a través del equilibrio entre fuentes. Eso aún está más lejos de ajustarse a la realidad sobre la que se informa.

En el peor de los casos se valorarán los hechos desde el punto de vista del informador tratando que los destinatarios de la información los juzguen desde el mismo punto de vista del periodista y del de su medio. Como vimos en su momento, la consabida renuncia a la objetividad, tras la que se oculta la voluntad política de perpetuar el status quo institucional, se ampara de manera torticera en un mal entendido derecho a la libre expresión y opinión de las ideas.

Se acaba por incurrir en una indefinición de los mismos hechos que no permite obtener más que de una manera muy aproximada la descripción de la realidad, muy lejos de ser aquella verdad ontológica que necesitamos conocer. Esta es otra de las causas del relativo fracaso de la deontología. Se trata de una causa que queda más allá incluso de las deliberadamente buenas intenciones que puedan animar a los responsables de la información. Este fracaso se hace patente a través de la multitud de estudios llevados a cabo por distintos investigadores a los que nos hemos estado refiriendo con anterioridad.

En todo caso, lo que a nosotros nos interesa para concretar nuestro concepto de información es el presupuesto esencial del que parte la deontología de la información: la información debe ofrecer una descripción lo más ajustada posible a la realidad. Dicho de otro modo, debe consistir en la búsqueda de la verdad. Partir de este presupuesto de la deontología en su misma definición de la información implica su atribución deliberada como una propiedad de ella. Esta es sin duda la mejor forma de garantizar el objetivo deontológico pues, ya con carácter normativo, estaremos comprometiendo a todo el que quiera ejercer la función informativa con lo que ella pueda y deba ser de forma inexcusable.

## **7.5. Conclusión: un concepto de información y uno de opinión pública**

### **7.5.1. La información**

Resumiendo la resolución ordenada de las cuatro líneas de argumentación seguidas hasta aquí, podemos concluir:

1. Dotar de significado a la realidad sigue siendo, para bien o para mal, una tarea eternamente pendiente del saber. Nuestra propia condición humana nos empuja a averiguar qué sucede en un mundo del que formamos su parte consciente. Por ello resulta en una evidencia el relativo éxito institucional de los medios de comunicación de masas en su función de ser intérpretes de la realidad en el transcurso de los acontecimientos.

2. La toma de conciencia por los investigadores mediológicos sobre la profunda relación existente entre la estructura social, las características del público y el efecto que los mensajes informativos puedan llegar a provocar en él ha tenido sus consecuencias. Esta relación entre estructura social y público determina la necesidad de considerar las exigencias del público antes que las de los emisores de los mensajes informativos. El resultado de las investigaciones mediológicas apunta a que esas exigencias por el público se resumen en un cometido preciso para los medios de comunicación de masas: que sepan darle cuenta de la realidad.
3. La historia de los medios de comunicación de masas se explica a partir de aquellas innovaciones tecnológicas que hicieron posible la difusión masiva de la información. Paralelamente a estas innovaciones, lo que impulsó la necesidad de conocer los acontecimientos fue la progresiva incorporación de grupos sociales cada vez más amplios. Primero fue a un mayor conocimiento mediante la alfabetización, después fue a la participación en los ámbitos de decisión política por efecto de la democratización. El ámbito propio de la Opinión Pública se fue abriendo y fortaleciendo hasta abarcar al todo social. Es entonces cuando una mayoría de los miembros de la comunidad ya esperan de los medios que les sepan dar cuenta de los acontecimientos para acomodar su opinión, según sean los cambios operados en su percepción de la realidad.
4. La deontología periodística es explícita y precisa respecto al objeto de la información: la verdad y/o la realidad, con toda la complicación que conlleva la práctica de semejante precepto deontológico. Efectivamente, las investigaciones, la propia lógica de su funcionamiento en régimen de mercado, su instrumentación por el poder político, la falta de libertad o el abuso de ella... todos ponen muy en evidencia a la pretensión deontológica. Pero ello no es un obstáculo, sino más bien lo contrario, para que el presupuesto sobre el objeto de la deontología de la información, la verdad o realidad, sea incorporado en una definición de la propia información. Así al menos quedaría establecido con un cierto carácter normativo.

Antes de concluir con el escueto y normativo concepto de información nos detendremos en considerar una cita textual del breve capítulo que dedica Wolf a las conclusiones de su obra y que nos servirá como preámbulo para la definición que proponemos:

[...], todo parece señalar que el ámbito de los estudios sobre los mass media se está reconsolidando bajo el impulso de una perspectiva sociológica que plantea como cuestión central las relaciones entre estructura social, sistemas de poder y modelos de valor. La función de la comunicación de masas en este nexo de relaciones es la construir para sus usuarios un *operational map of the World* (Cohen, 1963, 13), una enciclopedia de conocimientos, actitudes y competencias.

(Wolf 1987, 291)

Así, ya como una conclusión lógica de toda la indagación doctrinal que hemos llevado cabo hasta el momento:

**La información** es aquella función institucional cuyo cometido es el de dar a conocer, con caracteres de actualidad, la realidad en la que se desenvuelve su existencia a los integrantes de una comunidad, para que libre, conscientemente y voluntariamente puedan prevenir, con sus actitudes y aptitudes críticas, aquellos efectos negativos o adversos, o también puedan aprovechar los positivos, que se deriven de la propia evolución de los acontecimientos que les suceden.

Para cerrar este concepto de información, no olvidemos que la credibilidad es el atributo con el que cualquier medio informativo actualmente pretende el prestigio de su propia marca comercial. La credibilidad no depende de otra cosa que de la autenticidad de las informaciones y las noticias que difunde. A su vez, la autenticidad solo depende de la medida en la estas informaciones y noticias se ciñan a la realidad de los hechos a los que narran.

En todo caso, sin llegar a establecerlo tan categóricamente como lo hace Noelle-Neumann, precisamente por las mismas cautelas con las que siempre hemos de acercarnos a cualquier explicación psicosociológica, a la información nos atrevemos a formularla como una auténtica necesidad social cuya intensidad queda modulada por el grado de progreso social y de evolución institucional. Esto lo consideramos así como una consecuencia lógica de la misma necesidad antropológica de saber.

También lo consideramos así debido a un fenómeno de naturaleza netamente sociológica. El rumor es un fenómeno con una existencia bien constatada por su recurrencia; se trata de una manifestación espontánea que se produce ante la ausencia de información veraz y debidamente contrastada. Hasta tal extremo puede llegar la necesidad social de la información. Cuando ésta no se llega a producir, dadas las percepciones generales frente a los acontecimientos en curso, entonces la carencia de información es sustituida por el rumor, un manipulable pseudoconocimiento que nos ofrece una falsa imagen de la realidad. Esta imagen es tanto el fruto de la inventiva y de la imaginación, pero también del mero interés, antes que de la reconstrucción racional y más o menos acertada de la misma realidad.

### **7.5.2. La Opinión Pública**

Para ofrecer un concepto de Opinión Pública que podamos derivar a partir del de información a la fuerza tenemos que acotar el objeto de la información –la realidad permanentemente actualizada– a los hechos de naturaleza política; hemos de ceñirnos a sus condiciones, a sus causas y a sus consecuencias.

Por eso desde un primer momento hemos hecho valer la dimensión político-institucional que tiene la Opinión Pública. De ese mismo modo es cómo lo han considerado también la mayoría de los autores a los que nos hemos remitido. Ha sido tanto a lo largo de la génesis histórica de la institución, como en su posterior desarrollo a partir de la modernidad. Prácticamente todos estos autores se han referido a la opinión pública como un fenómeno intrínsecamente vinculado al ejercicio del poder político.

Así lo fue en las ideas platónicas del rey filósofo y el carácter de los guardianes del estado como la clave para el gobierno de la ciudad-estado, o bien en la búsqueda de la *aristoiem* dentro de la publicidad de la polis griega. Así lo fue en la sinuosa trayectoria política de la doxa desde su formulación platónica hasta su reconocimiento por Maquiavelo como la

estima de la que debe gozar el gobernante por su pueblo. Siguió siendo en el temor de los monarcas absolutos a la crítica popular desde el momento en el que la Sociedad Estamental entrara en su definitiva crisis institucional. También lo fue en el temor hacia las «masas» de las primeras formulaciones liberales dadas sus cautelas. Recordemos que tales cautelas quedaron debidamente explicitadas con su reserva de la soberanía popular para un restringido público racional que la ejercía desde su crítica al poder político.

Todas éstas son evidencias de la naturaleza netamente política de la Opinión Pública. Algo que ocurre contrariamente a lo que piensan unos pocos autores, como Noelle-Neumann. Ahora bien, no olvidemos que, muy a su pesar, las investigaciones cuantitativas con que las su autora pretende demostrar su tesis psicossociológica acerca de la opinión pública partieron sin excepciones de algunas controversias políticas en su país.

Pero no solo el desarrollo de la institución social de la opinión pública vista por sus formuladores y por sus estudiosos la circunscribe en el ámbito de lo político. La breve historia de la información que hemos insertado en nuestra argumentación se centra en explicar las dificultades que afrontó la libre difusión de las informaciones desde que los primeros medios de comunicación de masas lo hicieron posible. El poder político de los príncipes, que ejercían su soberanía absolutista, se opuso al fenómeno emergente y trató de controlar el contenido de las informaciones mediante la censura y la restricción de los derechos de publicación.

Las revoluciones liberales y el advenimiento de los estados liberal-democráticos en la modernidad liberaron a la prensa de estas restricciones autocráticas. La libertad de publicación y de prensa se incluyó como una pieza clave en la arquitectura de los estados modernos. Aún así, los mismos promotores de las ideas liberales se alarmaron al comprobar el efecto que una opinión pública extendida podía llegar a tener sobre el gobierno político. Según ellos, si se permitía que la totalidad de las capas sociales participaran en el control democrático del gobierno, la sociedad se sumiría en el más absoluto caos. Pensaban así dada la condición «de minoría de edad» —en la expresión Kantiana— que caracterizaba a una mayoría social todavía sin alfabetizar.

De esta manera surgió el concepto para referirse a las denostadas «masas» por su carencia de racionalidad política. Pero las transformaciones en el curso de la modernidad, desde el estado liberal y democrático hacia el estado social y de derecho, acabarán gradualmente con la decimonónica separación entre masa y público. Ocurrirá como una consecuencia lógica de la alfabetización, del progreso social y de los acelerados cambios en la tecnología de las comunicaciones y su progresiva eficacia. Como podemos ver, para entender qué fue y qué es la Opinión Pública tenemos que referirnos a un largo proceso en el que todo el protagonismo lo han llevado los cambios en la conformación de las instituciones políticas en el transcurso del tiempo.

Y todavía podemos añadir un tercer argumento a favor de la naturaleza netamente política de la Opinión Pública. En el curso de la discusión deontológica nos vimos en la necesidad de analizar las siempre complejas y conflictivas relaciones entre la información y la política. Este análisis puso en evidencia la estrecha interdependencia entre el poder político y la información. Hasta el momento, la información política se ha venido manifestando como un elemento estratégico para la perpetuación del status quo institucional. Para nosotros esta será una prueba definitiva de que la Opinión Pública no tiene otro anclaje social que no sea el de controlar al poder político, justo a modo de contrapoder. Ésta es la razón por la que el poder político ha intentado desde sus orígenes invertir esta relación controlando a la

información para ganarse a la Opinión Pública. Ha intentado a toda costa neutralizar su capacidad crítica.

A su vez, el peso de lo político en la información, no obstante los intentos realizados por la prensa comercial para liberarla de su «pesada carga», es de tal calado que incluso los acontecimientos sin conexión aparente con la política acaban siendo politizados. A modo de ejemplo pensemos que, tras una catástrofe natural, o bien tras un mero accidente o contingencia catastróficos, los primeros en comparecer ante la opinión pública a través de los medios son sistemáticamente los líderes políticos de la comunidad.

Así pues:

**La Opinión Pública.** Partiendo del concepto de información que hemos ofrecido, a la *Opinión Pública* la podemos entender como la expectativa basada en el juicio crítico racional que se crean las personas sobre el ejercicio del poder político. Tanto en el corto como en el medio plazo, tanto colectiva como individualmente.

Esta expectativa crítico racional se renueva constantemente con la información de actualidad según los hechos y acontecimientos en curso, pero también se conforma con las propias vivencias, las experiencias y las competencias que posean las personas.

El hecho de que en esta definición no aparezca referido con claridad un sujeto social portador de la Opinión Pública se debe a que ese sujeto fue, desde los orígenes de la modernidad, el público. Pero hoy podemos comprobar que este sujeto social se encuentra en profunda transformación. De una manera esperanzadora, el público se extiende progresivamente con los avances sociales y tecnológicos para abarcar la totalidad de los integrantes de la sociedad desplazando la condición de «masa» hacia sus márgenes.

No podríamos concluir el concepto de Opinión Pública sin apuntalarlo con firmeza en el de información. La expectativa crítico-racional sobre el poder político es un caso particular de la realidad informada desde los medios en su función institucional. Si duda los hechos y acontecimientos de naturaleza política son los que tienen por definición unas consecuencias inmediatas y permanentes sobre la comunidad y sobre quienes la integran. Así es como son percibidos por lo general estos hechos y acontecimientos políticos.

Todo el entramado institucional conspira para explicar los éxitos y los fracasos comunitarios como una consecuencia de la gestión política de los asuntos públicos. Particularmente, quienes ejercen el gobierno político se encuentran expuestos al juicio público y son siempre susceptibles, o bien de aprovechar las ventajas, o bien de ser culpabilizados, dependiendo de cómo sean las percepciones públicas sobre sus propias vidas de las personas en general, ya sean respectivamente positivas o negativas.

En los modernos sistemas liberales la Opinión Pública se constituye en un tribunal que fiscaliza la gestión política. Exige resultados bajo la amenaza de no renovar su confianza para la permanencia del grupo político en el gobierno. Cuando nos estamos refiriendo a la acción política del gobierno, la previsión de los aspectos negativos o adversos, o el aprovechamiento de los positivos, se hacen particularmente evidentes y explícitos en el curso de la misma experiencia cotidiana de todas las personas tomadas en su conjunto. Lo de menos es el nivel territorial del ámbito de decisión política. Desde los ámbitos locales, los regionales, los supranacionales en integración y hasta los internacionales, todos están bajo el escrutinio mediante el juicio crítico-racional de la Opinión Pública.

Por supuesto que existe una infinidad de factores no políticos, de índole muy diversa, que también afectan a la vida de las personas en general. Una gran parte de ellos también son susceptibles de ser objeto de la información. Solo tenemos que ver las diferentes secciones informativas de cualquier medio para comprobarlo. Además, es obvio que cada vida es un universo de circunstancias únicas, diversas y muchas veces irrepetibles.

Ahora bien, mientras nuestra vida se desenvuelva en el seno de las comunidades humanas, el juicio crítico hacia el poder político seguirá siendo una clave para la integración y la cohesión entre sus miembros. La gran ventaja obtenida por la evolución institucional en el transcurso del tiempo es que ese juicio crítico es, por fortuna, cada vez más racional y eficiente como mecanismo para control del gobierno político.

Una vez hemos concluido con algunos de los propósitos que asumimos desde un principio, para dar continuidad al proceso argumentativo que hemos seguido hasta aquí resultará esencial indagar en la determinación de aquellos factores que puedan ser alternativos a la información de actualidad en el proceso de formación de la opinión pública. Hemos dejado constancia de que la actualidad contribuye a su permanente renovación, pero también hemos establecido que la experiencia y la competencia personales son determinantes en el proceso final de su formación.

¿Cómo podemos delimitar el efecto que tienen la experiencia y la competencia en el proceso de conformación de la opinión? En principio nosotros hemos puesto nuestra atención en un enfoque teórico que consideramos operativo para indagar en esta cuestión. Estimamos que la ideología por su carácter social y comunitario por fuerza tiene jugar un papel determinante en el juicio crítico racional al poder político.

No obstante, a buen seguro que otros muchos procesos epistemológicos tienen que influir en la elaboración de las opiniones. Pero nosotros nos centraremos en la ideología con voluntad de simplificar un problema de una enorme complejidad. Lo haremos, como ya lo hemos venido haciendo, con la cauta voluntad de ampliar y clarificar los límites conocidos en la comprensión sobre la opinión pública y la determinación de sus procesos; siempre en la medida que eso nos sea posible.



## Parte III

**El sustrato social de la Opinión Pública**





## 8. Causas de la Opinión Pública alternativas a la actualidad

Tal y como hemos venido tratando hasta aquí, ahora nos proponemos estudiar alguna posible causa que interviene en el proceso de formación de la Opinión Pública una vez que los acontecimientos en curso, ofrecidos por la información de actualidad, generan nuevas percepciones y expectativas en las personas. Con independencia de que existan otros mecanismos epistemológicos relacionados con la reproducción de la conciencia humana, nosotros tomaremos en consideración al menos uno, la ideología. Dado que la ideología es una institución social con una larga tradición epistémica, ya dispone de métodos de análisis que harán posible el adecuarlos una vez hayamos establecido su previsible relación con la Opinión Pública.

### 8.1. La ideología

Recuperando la cita de Tezanos que realizábamos en la introducción:

[...]la «cultura» en el sentido sociológico de la expresión, es para el hombre una especie de «ambiente artificial» creado por el mismo[...] como si de una segunda naturaleza se tratara[...] y que es transmitida y enseñada a todo individuo desde su nacimiento a través de diversos y complejos procesos de *socialización* y aprendizaje.

(Tezanos 1997, 58)

A continuación afirmábamos que la ideología debería ser esencialmente la consecuencia de esa misma socialización en la que el sistema educativo, la familia (como grupo humano primario) y otros subsistemas sociales (la industria cultural y los medios de comunicación de masas), todos ellos llegan a producir una impronta en la conciencia de los individuos a través de la cual interpretan el mundo y la realidad. Estas interpretaciones se hacen de una manera más o menos prejuiciosa y sesgada siempre que estas comprensiones estén debidamente filtradas por la racionalidad y que queden desprovistas de elementos míticos y supersticiosos.

Pero lo cierto es que fue algo precipitado por nuestra parte derivar de una noción antropológica de la cultura, y de los procesos a través de los cuales todo individuo es asimilado por su «ambiente artificial», una concepción sobre lo que debe ser la ideología.

Antes de proceder de este modo tenemos que realizar un rastreo sobre los orígenes y evolución del concepto para delimitarlo.

Precisamente contra esta noción, aceptada como la más común y generalizada entre el público, nos pretende prevenir Daniel Bell en *El final de la ideología*:

Pero en su uso popular, la palabra *ideología* sigue siendo un vago término que parece denotar una cosmovisión, un sistema de creencias, o el credo sostenido por un grupo social acerca de la organización de la sociedad [...]

(Bell 2015, 7)

Como se desprende de la cita de Bell, para él tal noción es vaga y confusa. Por eso lo primero que también él se propone es llevar a cabo una delimitación del concepto a partir de las ideas de otros autores.

En todo caso, visto desde el punto de vista netamente antropológico, nosotros entendemos que estas cosmovisiones, que siempre construyen los individuos a través del prisma de su cultura, del de sus creencias y experiencias, son una pieza clave de la explicación clásica para una mayoría de los modelos teóricos sociales y políticos. De ahí la importancia de la cita que rescatábamos a continuación:

La existencia de ideologías en los sistemas políticos contemporáneos... es tan importante en la explicación de dichos sistemas que su omisión no permite dar cuenta de un modo satisfactorio del funcionamiento de esta realidad.

(Guerrero y Cotarelo 2000, 186)

Curiosamente, esto lo acaba por reconocer el propio Bell cuando responde a la cohorte de críticos de izquierdas que contestarían a la primera edición de su libro: “Unos pocos, de forma todavía más grotesca, creen que el libro ataca el papel de los ideales en la política. No es ninguna de esas cosas” (2015, 93).

### 8.1.1. Origen del concepto

Tanto el propio Bell (2015, 63), Bueno Gómez (2007, 50) como Eagleton (1997, 96) narran que fue el filósofo francés Destutt de Tracy el que acuñó por primera vez el término ideología al final del siglo XVIII. También coinciden en relatar que la pretensión de Tracy, en el ambiente de la ilustración, era la de crear un saber verdadero entendido como la ciencia de las ideas. En este saber cada idea se correspondería con su sensación al objeto de alcanzar una verdad objetiva y un pensamiento correcto distintos de la fe y de la autoridad, los métodos tradicionales de la Iglesia y el Estado. También Bell, Bueno Gómez y Eagleton coinciden en vincular la ideología según la entiende Tracy con el empirismo de Francis Bacon porque, como él, pretendía eliminar los accidentes de la inclinación, las distorsiones del prejuicio, las idiosincrasias de la crianza, las intervenciones del interés propio o la simple voluntad de creer, todas las cuales, como sombras de la caverna platónicas, creaban ilusiones de verdad. Bueno Gómez incluso se detiene a explicar la teoría de los «ídolos», a los que Bacon veía como esas falsas nociones que pueblan el pensamiento y obstaculizan el avance de la ciencia.

Para terminar con sus coincidencias, Bell (2015, 64), Bueno Gómez (2007, 50) -quien a su vez se remite para esto a Karl Mannheim- y también Eagleton (1997, 97), todos coinciden

al afirmar que el término ideología adquiere su primera connotación negativa cuando Napoleón se refiere a los ideólogos como ‘doctrinarios’ por oponerse a su política imperial. Con esto Napoleón rechazaba un tipo de pensamiento separado de la práctica política o inútil para ella y por tanto ‘irreal’ desde el punto de vista de los ‘hombres de acción’ que lo acuñaron. Napoleón acabará por dirigir a los ideólogos el siguiente discurso, que Eagleton reproduce en su texto, acusándoles de ser los culpables de los males de Francia:

A la doctrina de los ideólogos –a esa difusa metafísica, que de forma artificiosa pretende encontrar las causas primarias y levantar sobre estas bases la legislación de los pueblos, en vez de adaptar las leyes al conocimiento del corazón humano y de las lecciones de la historia- hay que atribuir todas las desgracias que han caído sobre nuestra querida Francia.

(Eagleton 1997, 98)

En realidad, el problema de los ideólogos entonces radicaba en el desafío de liberar al pensamiento humano de los mitos religiosos que fundamentaron la autoridad durante el antiguo régimen. El poder de origen divino con el que se invistieron los monarcas absolutos, sobre el que se sustentó su pretendida legitimidad, tenía que ser sustituido por otro basado en unas auténticas fuentes de legitimación. Estas nuevas fuentes de legitimación para el ejercicio del poder político a la postre se habrían de constituir en una nueva metafísica racional similar a la que pretendía reemplazar. En la misma medida en que Napoleón ejerció su gobierno sin que la labor de fundamentación para la legitimación de su poder fuera completada por los ideólogos, estos se opusieron a su gobierno. Por su parte, Napoleón los criticó porque su excesivo racionalismo tiene algo de irracional. Para él, al desarrollar las leyes de la razón de tal modo como lo hicieron se habían distanciado de la realidad hasta aislarse de ella. Esta es la manera en la que el término ideología paso gradualmente “de denotar un materialismo científico a significar un ámbito de ideas abstractas y desconectas” del que partirían Marx y Engels (Eagleton 1997, 101).

Destut de Tracy dedicó el último tomo de la obra de su vida a la economía. Como Marx, Tracy creía que los intereses económicos eran los determinantes últimos de la vida social a pesar de que su profundo arraigo entre la comunidad amenazara con socavar su política racionalista (Eagleton, 1997, 99). Por eso “Marx describió a Destutt de Tracy como una luz entre los economistas vulgares, aunque le atacó tanto en *La ideología alemana* como en *El capital*, tachándole de doctrinario «burgués de sangre fría» (Eagleton 1997, 100).

### 8.1.2. La ideología en Marx

Dado el carácter fundamental que tiene esta categoría en su pensamiento, los autores que han acabado por acercarse a la noción de ideología en Marx son legión. Por eso nosotros nos limitaremos a exponer la idea de Marx sobre lo que pueda ser la ideología a partir de nuestros autores de referencia y, por supuesto, sobre la lectura directa de su obra.

Para situar la cuestión en un punto de inicio, Bell y Bueno Gómez explican de manera muy similar las nociones fundamentales de la ideología según Marx.

Bell (2015, 65) dice que para Marx la ideología está conectada negativamente con el idealismo filosófico. Según pensaban algunos de los primeros racionalistas ilustrados herederos del platonismo más radical, entre los que destaca Descartes, las ideas son autónomas y tienen el poder de revelar la verdad y la conciencia. Por eso estos pensadores

son «idealistas». Por el contrario, para Marx, en tanto que materialista, esto era falso, puesto que es la existencia la que determina la conciencia en lugar de al revés.

Aunque también lo hace Bell de una forma más rudimentaria, Bueno Gómez nos remite a la inversión que hace Feuerbach del sistema hegeliano. Feuerbach fue otro significado miembro de la izquierda Hegeliana como Marx. A partir de la obra de éste, Marx tomará la mayoría de su análisis sobre la ideología y la alienación. Feuerbach centra su estudio en las religiones y las entiende como:

[...] meras proyecciones en una divinidad imaginada de los deseos humanos irrealizables, como la eternidad o la omnipotencia. Apunta que es el hombre físico y real el que crea a Dios, y no al revés. Y para Feuerbach esta inversión supone una alienación para el sujeto humano, una ilusión.

(Gómez 2006, 53)

En su momento nosotros hicimos una referencia suficiente sobre el significado del término alienación al que entendíamos como falsa conciencia o extrañamiento. Este extrañamiento lleva a los sujetos a vivir vidas imaginarias que ellos experimentan contradictoriamente como propias aunque sean ajenas a su experiencia real.

Ambos, Bell y Bueno Gómez, coinciden en que Marx va un paso más allá. Bueno Gómez realiza un detallado análisis de las ideas que Marx vierte a lo largo de sus escritos:

Marx va un paso más allá de Feuerbach y señala que la inversión de entender a Dios como creador del hombre, o a los productos de la conciencia como conformadores del mundo material, es algo más que una mera alienación ilusoria. Es el reflejo de las contradicciones del mundo real. La religión es una «conciencia invertida del mundo» (Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel) pero está producida por el Estado y la sociedad. La inversión religiosa cumple la función de paliar las contradicciones y sufrimientos del mundo real. Es una inversión ficticia, pero realmente existente, afincada en una realidad social que es la que la produce.

(ibídem)

Efectivamente, el siguiente párrafo de la *Ideología Alemana* en el que Marx y Engels despliegan parte de su crítica a Feuerbach ilustra esta explicación de Bueno Gómez:

La "concepción" feuerbauliana del mundo sensible se limita, de una parte, a su mera contemplación y, de otra parte, a la mera sensación: dice "el hombre" en vez de los "hombres históricos reales". "El hombre es realiter" "el alemán". En el primer caso, en la *contemplación* del mundo sensible, tropieza necesariamente con cosas que contradicen a su conciencia y a su sentimiento, que trastornan la armonía por él presupuesta de todas las partes del mundo sensible y, principalmente, del hombre con la naturaleza.

(Marx, Engels 1974, 46)

Por eso es que Marx rechaza el concepto de materia de Feuerbach. Según Bueno Gómez, este concepto está desvinculado de la actividad sensorial humana, de la misma experiencia: "Para Marx lo material es lo que nace de la articulación práctica de los individuos, de su actividad, de lo que producen" (2006, 53). Además, afirma que Marx también le critica a Feuerbach el que navegue entre la dualidad de lo real empírico, por un lado, y lo esencial,

por el otro. Gómez rescata a continuación de *La Ideología Alemana* el párrafo que completa al anterior y que citamos del original. Lo hace para acreditar el sentido práctico de lo material y el rechazo de la dualidad de Feuerbach en Marx:

Para eliminar esta contradicción, Feuerbach se ve obligado a recurrir a una doble concepción, oscilando entre una concepción profana, que sólo ve "lo que aparece libre sobre la tierra", y otra superior filosófica que contempla la "verdadera esencia" de las cosas. No ve que el mundo que le rodea no es algo directamente dado desde toda la eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en el sentido de que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior, sigue desarrollando su industria y su intercambio y modifica su organización social con arreglo a las nuevas necesidades. Hasta los objetos de la "certeza sensorial" más simple le vienen dados solamente por el desarrollo social, la industria y el intercambio comercial.

(Marx, Engels 1974, 47)

Como muy bien lo explica Marx en su misma obra de un modo algo más explícito:

La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura este fenómeno.

(Marx, Engels 1974, 26)

El hecho de que estas citas directas de Marx y Engels resulten más extensas de lo que solemos hacerlas responde a un particular interés en clarificar su sentido alejándonos en lo posible de cualquier interpretación. Al ser Marx un autor tan controvertido, entendemos que lo mejor es respetar hasta donde nos sea posible la literalidad y el contexto de sus ideas para evitar los prejuiciosos equívocos que existen en torno a su pensamiento. Esa es también la razón por la que nos abstendremos de comentarlas si no es para concluir con la importancia que Marx otorga a la producción material para la condición humana.

De esta manera es como vemos que se va prefigurando el concepto de ideología en Marx. Por su parte, Bueno Gómez se extiende detenidamente en analizar las ideas de Marx. Nos recuerda que Proudhon fue uno de los primeros teorizadores de las ideas del anarquismo que escribió su obra, *El sistema de las contradicciones, Filosofía de la miseria*, para atacar a la filosofía de Marx. Según continúa Bueno Gómez, a su vez *Miseria de la filosofía* fue escrita

por Marx para responder al citado texto de Proudhon. En esta última obra Marx entra decididamente a tratar el tema de la ideología.

Precisamente, al capítulo segundo lo titula su autor *La metafísica de la economía política*, poniéndonos de esta manera sobre el aviso de que piensa realizar un peculiar paralelismo crítico entre la doctrina económica clásica y la religiosa, como si la primera se tratara también de otra ‘ideología’ generadora de ‘falsa conciencia’.

Allí, Marx considera a Proudhon un pequeño-burgués:

Para él, para Proudhon, cada categoría económica tiene dos lados, uno bueno y otro malo. Considera las categorías como el pequeño-burgués considera las grandes figuras históricas: *Napoleón* es un gran hombre; ha hecho mucho bien, pero también ha hecho mucho mal.

(Marx 1987, 69)

Según Bueno Gómez (2006, 58) para Marx esto quiere decir que Proudhon “estaría fuertemente determinado para elaborar su teoría por la clase social a la que pertenece y por las condiciones materiales de esta”. Así, para Proudhon el único hombre posible es el burgués y las categorías para explicar el mundo son burguesas:

Los economistas expresan las relaciones de la producción burguesa, la división del trabajo, el crédito, la moneda, etc. como categorías fijas, inmutables, eternas. Proudhon, que tiene ante sí estas categorías completamente formadas, quiere explicarnos el acto de formación, la generación de estas categorías, principios, leyes, ideas, pensamientos.

Los economistas nos explican cómo se produce en esas relaciones dadas, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra.

(Marx 1987, 64)

Bueno Gómez (2006, 59) se refiere a la *Carta de Marx a Akenov*, contenida en los epígrafes de su obra *La ideología alemana*, donde Marx critica también a Proudhon “que distinga entre el desarrollo social y los movimientos de los individuos, y que haga del primero algo ajeno a ellos”. Para Marx:

¿Qué es la sociedad, cualquiera que sea su forma, sino el producto de la acción recíproca de los hombres? ¿Pueden los hombres elegir libremente esta o aquella forma social? Nada de eso. A un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de los hombres, corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil.

(Marx 1987, 133)

Como concluye Bueno Gómez, esto significa que el condicionamiento material se encuentra en la base de todo condicionamiento del hombre, de sus ideas e instituciones. Algo que, como tendremos oportunidad de comprobar, resultará una clave de la ideología para Marx.

Precisamente para él, el hombre es un ser corpóreo sujeto a unas necesidades materiales para su existencia física:

Ahora bien, para vivir hace falta comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse y algunas cosas más. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que éste es un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace miles de años, necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres.

(Marx, Engels 1974, 28)

De ahí la determinación del condicionamiento material del hombre. El hombre debe producir lo que necesita y en eso consiste su vida. Para producir debe, además, desarrollar la fuerza productiva humana. Y finalmente no le quedará otro remedio que “desarrollar unas relaciones con otros hombres, relaciones que cambian al cambiar las fuerzas productivas” (Bueno Gómez, 2006, 60). Bueno Gómez completa entonces la explicación de la crítica que hace Marx a Proudhon. Lo hace con una referencia explícita a la eventual veracidad de las categorías económicas cuando estas expresan las relaciones de producción burguesas, atribuyéndoles un carácter netamente ideológico y coyuntural:

Pero demos un paso más. Criticando a Proudhon, sigue diciendo Marx en la *Carta a Akenov* que “las categorías económicas no son más que abstracciones de esas relaciones reales, que sólo son realidad mientras esas relaciones subsisten”. Es decir, la verdad de las explicaciones, ideologías o filosofías depende de si se corresponden o no con las relaciones de producción existentes en un determinado momento, si nacen de ellas. La verdad es, entonces, contextual, y no hay ideologías eternas, ni siquiera las que se pretenden como tales. La verdad no es eterna, sino que depende de las relaciones materiales de los hombres en su momento histórico. Sí hay (Marx la formula) una ley formal del movimiento histórico. (ibíd)

Por si aun nos quedaran dudas sobre la equiparación que pretende realizar Marx entre la religión como ideología generadora de falsa conciencia y la expresión institucional de la economía burguesa la siguiente cita las debe despejar:

Los economistas proceden de singular manera. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: unas artificiales y otras naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales y las de la burguesía son naturales. Aquí los economistas se parecen a los teólogos, que a su vez establecen dos clases de religiones. Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las actuales relaciones — las de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la

influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay.

(Marx 1987, 77)

Recapitulando y clarificando lo expuesto, Marx entiende que la explicación que hacen los economistas sobre su objeto de conocimiento está fuertemente determinada por su mera apariencia. Por eso, la condición de clase burguesa a la que pertenecen estos economistas y una visión estrecha que solo sirve para sancionar las ideas, las creencias y las filosofías comúnmente aceptadas, los llevan a ver su explicación como un hecho natural, eterno e incontrovertible. Pero en realidad lo que ocurre es que tales ideas y creencias vienen impuestas a la conciencia por el modo de producción existente en un determinado momento histórico. Si el desarrollo de las fuerzas productivas altera las relaciones de producción, entonces cabe esperar que las ideas y creencias a que dan lugar también cambien.

Así pues, para Marx lo más importante de la ideología es su papel como factor de dominación. Como explica Bueno Gómez “La libertad, según Marx, es la superación de la alineación provocada por la subyugación a un poder extraño” (2006, 50), de modo que:

Marx entiende la palabra “ideología” en el sentido más o menos neutro de “producto de la conciencia”, junto a “religión”, “metafísica”, “moral”, etc. Pero también la entiende conteniendo un matiz peyorativo, al lado de “ilusión”, “reflejo”, “ficción”.

(ibídem)

Esta consideración de la ideología como factor de dominación quedará perfectamente consagrada dentro de la constelación marxiana de ideas con su formulación más general que realizaría su autor en *La Ideología Alemana* (citada también por Bueno Gómez):

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones dominantes concebidas como ideas.

(Marx, Engels 1974, pp. 50,51)

Llegados a este punto resultará imprescindible la clarificación de algunas de las categorías que maneja Marx para completar de una manera más práctica la explicación sobre su concepto de ideología.

Como ya vimos, Marx parte de que la condición natural del hombre es la de trabajador en cuanto que las necesidades materiales para su existencia le obligan “a la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma” (Marx, Engels 1974, 28).

Esto significa que, con independencia de las distintas clases de hombres a las que dan lugar los diferentes modos de producción, la clase imprescindible para la existencia material del hombre es el proletariado, los trabajadores. En otros modos de producción se trataría de todas aquellas clases que a lo largo de la historia desempeñaron la tarea de la producción de la vida material misma.

Es en la producción de los medios donde se crean nuevas necesidades y nuevos medios para ellas. Esta permanente renovación, y las contradicciones que se generan entre los medios y los modos de producción, están, para Marx, en el origen del conflicto de clases que mueve la historia. Así, al igual que en otros modos de producción hubieron otras clases, Gómez nos sintetiza y nos explica qué es lo que ocurre con las clases sociales en el capitalismo de una manera particularmente eficiente. Se trata de algo que Marx desarrollará en su obra posterior, particularmente en *Contribución a la crítica de la economía política* y en *El capital*:

En el sistema capitalista, en que el trabajo es considerado una mercancía, el obrero (que no es propietario de los medios de producción) no vende los productos de su trabajo, sino su fuerza de trabajo, y con esto se vende a sí mismo. La fuente de opresión capitalista radica precisamente en considerar al trabajo humano como una mercancía. Y el capitalismo mismo nace gracias a la posibilidad de acumulación de capital por parte de los burgueses, acumulación posible a su vez gracias a que el capitalista, al comprar la fuerza de trabajo por un valor relativo (el salario) y adquirir así el derecho a utilizarla (hacerla trabajar) se apropia de una importante parte de lo producido por el trabajador que él no recibe. Así es posible la acumulación capitalista y la producción de dinero mediante el dinero.

(Gómez 2006, 66)

En suma, la ideología es para Marx una falsa autoconciencia que contribuye para facilitar la dominación de los trabajadores por la burguesía en el sistema capitalista. Esta forma de dominación, la ideológica, resultará eficaz para el mantenimiento de la explotación humana, para la reproducción y acumulación del capital generada a partir de la parte del trabajo no retribuido por el burgués al trabajador. Pero para lograr su objetivo la ideología debe, además, instituirse en el orden social mismo. Así resultará, tal y como reza en *La Ideología alemana*, que por un lado:

La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo.

(Marx, Engels 1974,26)

Y por el otro:

A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada

organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil.

(Marx, Engels 1974, 133)

Esta misma idea de la institucionalización de y por la ideología queda sancionada en el *Prólogo de Contribución a la crítica de la economía política*, donde la ideología aparece definitivamente ubicada en lo que Marx llama la superestructura:

En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. Estas relaciones de producción en su conjunto constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se erige la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social.

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

(Marx 1989, pp. 7,8)

En todo caso, resultará importante reparar en que Marx ve a la ideología más allá de ser una circunstancia coyuntural propia de la fase histórica caracterizada por el modo de producción capitalista. Al afirmar que es el ser social el que hace a la conciencia y no al revés, deja entrever que a otros modos de producción les corresponden otras conciencias, sean falsas o no, que les corresponden otras ideologías:

En cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o bien, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales se han desenvuelto hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se transforma más o menos rápidamente toda la superestructura inmensa.

(ibídem)

Así pues, podemos concluir que para Marx la ideología es una falsa autoconciencia predeterminada por las condiciones sociales y materiales de vida. También es un eficaz factor de dominación de clase que se halla en relación dialéctica y dinámica con el modo de producción al que corresponde. Además, es capaz de generar la normatividad y la institucionalidad necesaria para garantizar su propia continuidad. No obstante todo ello, nada impide que otro factor, pero ahora de cambio, la lucha de clases, siga operando por debajo de toda la historia humana modificando con las condiciones materiales de la propia vida los nuevos modos de producción y su correspondiente ideología.

No obstante la aparentemente suficiente explicación, aun podremos completarla algo más valiéndonos de las explicaciones que nos ofrece Habermas (2005, 655) sobre algunas de las nociones básicas en la teoría de Marx. Habermas comienza por explicar la composición de

las fuerzas productivas: la fuerza de trabajo de los empleados en la producción, del saber técnicamente empleado utilizable para la maximización de la productividad, del saber organizativo; las fuerzas productivas son las que así determinan el grado de posible control técnico sobre los procesos de la naturaleza. Por otro lado, Habermas afirma que hemos de considerar a las relaciones de producción como “aquellas instituciones y mecanismos sociales que fijan la forma en que, para un estado de las fuerzas productivas, las fuerzas del trabajo se combinan con los medios de producción disponibles” (ibíd.). De este modo:

La regulación del acceso a los medios de producción o el modo en el que se controla la fuerza de trabajo socialmente utilizada decide también de forma indirecta sobre la distribución de la riqueza generada socialmente. Las relaciones de producción expresan la distribución del poder social, y, con el patrón de distribución de las oportunidades socialmente reconocidas de satisfacción de las necesidades, prejuzgan la estructura de intereses que existe en una sociedad.

(Habermas 2005, 655)

Para completar este cuadro que pintamos sin apenas detalles sobre la ideología según Marx, falta algún brochazo grueso fundamental: una breve y superficial explicación de lo que es la alienación. Si recordamos la definición de la que partíamos, para nosotros la alienación venía provocada por un extrañamiento que lleva a los sujetos a vivir vidas imaginarias que ellos experimentan contradictoriamente como propias, aunque sean ajenas a su experiencia real. Posteriormente vimos que Marx se refiere a los hombres históricos reales, para los que “la *contemplación* del mundo sensible, tropieza necesariamente con cosas que contradicen a su conciencia y a su sentimiento, que trastornan la armonía por él presupuesta de todas las partes del mundo sensible y, principalmente, del hombre con la naturaleza” (Marx, Engels 1974, 46).

Habermas (2005, pp. 857-904), Bueno Gómez (2007, pp. 78-82), y Terry Eagleton (1997, pp. 117,118) se detienen a realizar un análisis de cómo explica Marx la ocultación a la conciencia de la desigual relación entre los trabajadores y los burgueses. Lo hacen a partir de las ideas de Marx sobre el “fetichismo de la mercancía” y de la consideración del trabajo como otra mercancía más. Se remiten para ello a las dos citadas obras de Marx, *Contribución a la crítica de la economía política* y *El capital*, pero cada uno con una intención diferente. Habermas explica el cambio entre las sociedades estratificadas estructuradas políticamente y la sociedad burguesa. Gómez trata de clarificar el modo en el que se produce la elusión de la conciencia según Marx. En tanto que Eagleton continúa y adopta una actitud más crítica que pondrá en evidencia los límites de la categoría marxiana de la ideología.

La siguiente cita de la *Contribución a la crítica de la economía política* ilustra solo de manera muy limitada el extenso proceso de análisis de las categorías económicas con las que Marx explica cómo se produce la elusión de la conciencia:

El trabajo creador del valor de cambio se caracteriza finalmente por el hecho de que las relaciones sociales entre las personas se presentan, por decir así, como invertidas, como una relación entre las cosas [...] Sólo el hábito de la vida cotidiana hace considerar como banal y dado por sobrentendido que una relación social de producción asuma la forma de un objeto, dando a la relación entre las personas en su trabajo el aspecto de una relación entre las cosas y entre éstas y las

personas. En la mercancía, esta mistificación es aún muy simple. Todo el mundo tiene una idea más o menos clara de que, en realidad, la relación entre las mercancías como valores de cambio es una relación entre las personas en su actividad productiva recíproca. [Pero] Esta apariencia de simplicidad se desvanece en las relaciones de producción de un nivel más alto [...]

(Marx 1989, 17,18)

El extenso estudio sobre La mercancía, la producción, el valor, la distribución, la circulación y el consumo, aparecen en esta obra temprana de Marx como una anticipación de lo que será posteriormente la doctrina del fetichismo de la mercancía en *El capital*.

Por su parte, Habermas se adentra en una explicación sobre esta doctrina del fetichismo de la mercancía en Marx. Lo hace justo a partir de las siguientes consideraciones con las que da inicio a la comprensión del proceso global de acumulación como un proceso de explotación reificado y anónimo, ofreciéndole su carácter de auto-dominación a la ideología según Marx:

Marx parte de la idea de que la forma de los enfrentamientos a los que da lugar en todas las sociedades de clases la apropiación privilegiada de la riqueza socialmente producida experimenta con la implantación de la forma de producción capitalista una transformación característica. Mientras que en las sociedades estratificadas estructuradas políticamente, la dinámica de clases se manifiesta directamente en el plano de la pugna de los intereses sociales, en la sociedad burguesa queda encubierta en términos objetivistas, anónimos a través del medio que el valor de cambio representa. El mecanismo del mercado de trabajo, institucionalizado en términos de derecho privado, asume las funciones de aquella relación de poder social y explotación económica que hasta entonces había estado institucionalizada en forma política. La base de la relación de clases la constituye ahora la monetarización de la fuerza de trabajo. El análisis de la relación de clases ha de partir del doble carácter de la mercancía fuerza de trabajo.

(Habermas 2005, 857)

No obstante, toda su explicación le servirá a Habermas para proceder a una crítica que a su juicio acabará por revelar las debilidades de la teoría del valor. Lo hará hasta el punto de llegar a poner en duda la significación de un concepto de alienación que en Marx nunca acabó por concretarse dentro de la densidad de su categorización sobre la misma teoría del valor y la doctrina del fetichismo. Particularmente cuestionará su validez en las condiciones creadas por las sociedades capitalistas desarrolladas, donde la intervención del estado ha logrado pacificar el conflicto de clases (2005, 867). Por eso nosotros nos arriesgamos a ofrecerle, a partir de la síntesis que realiza Bueno Gómez, una necesaria y cierta significación al concepto de alienación. Lo haremos de una manera quizás demasiado sencilla y directa, pero pertinente y eficaz en sus efectos prácticos, explicativos y psicológicos.

Gómez nos sugiere la siguiente cita de Marx para arrojar luz sobre la cuestión de la alienación. Según ella, «Es necesario que los obreros se vean libres de la alienación producida por el capitalismo, que los hombres vean realizarse su “esencia comunitaria”, en lugar de que cada individuo especule:

“sobre el modo de crear en el otro una nueva necesidad para obligarlo a un nuevo sacrificio, para sumirlo en una nueva dependencia, para desviarlo hacia una nueva forma de placer y con ello de la ruina económica. Cada cual trata de crear una fuerza esencial extraña sobre el otro, para encontrar así satisfacción a su propia necesidad egoísta”. [...] “y cada nuevo producto es una nueva potencia del recíproco engaño y la recíproca explotación”.

(Gómez 2007, 69)

Esto quiere significar que, en el capitalismo, esta es la manera en la que cada hombre encara su existencia llevado por la lógica de la ideología dominante, la ideología burguesa. Lo hace viendo en los demás hombres una potencial fuente de riqueza a la que explotar, huyendo a la vez de su propia ruina económica. El trabajador, en cuanto que mero productor de mercancías que no dispone de la propiedad de los medios con los que trabaja para producirlas, solo puede experimentar la frustración de malvender su fuerza de trabajo como otra mercancía más al burgués que lo explota para enriquecerse. Finalmente, el trabajador no puede disponer de las mismas posibilidades para acceder a la riqueza material, a las mercancías, fruto de su propio trabajo o bien del de aquellos de su misma condición de clase trabajadora, en la misma medida como sí lo hace el burgués. De ahí la alienación o el extrañamiento consistente en una vida burguesa tan solo imaginaria que experimenta el trabajador en las condiciones sociales del capitalismo. La experimenta dentro de la falsa conciencia de la igualdad político-formal con quien le explota creada por la superestructura jurídico-política basada en la propiedad. El capitalismo es así para Marx una totalidad institucional legada por la historia cuya razón de ser es la mera reproducción de desigualdad.

Como otra consecuencia derivada de todo ello, la emancipación -contradictoria con la alienación- que debe situar a los hombres fuera del reino de la necesidad nunca acabará por llegar. No al menos en las condiciones creadas por el capitalismo en cuanto que la ambición y el intrínseco egoísmo burgueses carecen de límites y siempre intentarán crear un nuevo producto con el que enriquecerse explotando las necesidades de los demás hombres.

Aunque esta última es en nuestra propia concepción una síntesis muy ajustada de sus presupuestos sobre una emancipación entendida en su sentido más amplio, Marx realiza otro pormenorizado y pertinente análisis acerca de la «emancipación política» en el curso de *Sobre la cuestión judía* que pone en cuestión a las posibilidades de realización de los derechos naturales del hombre y del ciudadano. Su posición crítica podríamos resumirla en la siguiente cita que, además, refiere de una manera diferida el cambio entre las sociedades estratificadas estructuradas políticamente y la sociedad burguesa de la que nos habla Habermas:

Sólo cuando el hombre real, individual, reabsorba en sí mismo al abstracto ciudadano y, como hombre individual, *exista a nivel de especie* en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales; sólo cuando, habiendo reconocido y organizado sus “fuerzas propias” como fuerzas *sociales*, ya no separe de sí la fuerza social en forma de fuerza *política*; sólo entonces, se habrá cumplido la emancipación humana.

(Marx 1843, 37)

Dado que el citado texto de Marx lo dedica a la necesaria emancipación humana de la religión, la cita anterior se acabará por completar con la siguiente:

La exteriorización (*Veräußerung*) del hombre es la praxis de la enajenación (*Entäußerung*). Mientras el hombre no se emancipa de la religión, sólo sabe objetivar su esencia convirtiéndola en un ser fantástico, que le es *extraño*. Del mismo modo, bajo la dominación de las necesidades egoístas, sólo puede actuar en la praxis, producir objetos en la praxis, sometiendo sus productos, lo mismo que su actividad, a la dominación de un ser ajeno, dándoles la significación de un ser ajeno, el dinero.

(Marx 1843, 45)

### 8.1.3. La extensión del concepto de ideología de Marx

Por su parte, Eagleton, a partir de una cita extraída del primer volumen de *El capital* en el capítulo sobre «El fetichismo de la mercancía» realiza un contraste con la noción de ideología que allí se contiene frente a la de «falsa conciencia» que hemos derivado de *La ideología alemana*. Lo hace con la intención de demostrar que entre ambas existe una diferencia fundamental necesaria para su propósito de rastrear la ampliación de los límites del concepto de la ideología en Marx:

En *La ideología alemana* la ideología se centraba en no ver las cosas como son realmente, en *El capital* ocurre que la propia realidad es falsa y engañosa. Así la ideología ya no puede ser desenmascarada simplemente por una clara atención al «proceso vital real», pues ese proceso [...] incluye su falsedad en su verdad. Lo que se necesita en cambio es «la ciencia»

(Eagleton 1997, 121)

A «la ciencia» Marx la considera como la única herramienta del conocimiento capaz para dotar de sentido a la esencia de las cosas cuando esa esencia no coincide con su mera apariencia. Las referencias a la ciencia como la culminación del pensamiento humano a través de la historia son una constante en toda su obra. Tal es así que considera a su propia producción filosófica como una parte fundamental de la historia de la ciencia. Aunque esto haya sido cuestionado por una parte importante de la comunidad científica desde su tiempo hasta hoy, nada parece contrariar tal pretensión más allá de la permanente indefinición y ambigüedad metodológica en la que aún se encuentra sumida la propia ciencia. Solo hemos de reparar en el capítulo de nuestra *Metodología* para entender el estado de esta cuestión, todo ello muy a pesar de sus indiscutibles y clamorosos éxitos, además de las invaluable aportaciones que realizado la ciencia al progreso humano en todos los órdenes de la existencia humana.

Eagleton concluye que “la ideología sería así menos una fuerza activa en la construcción de la subjetividad humana que una máscara o pantalla que impide a un sujeto ya constituido captar lo que tiene delante” (1997, 123) lo que, a su vez, lleva a pensar que «la falsa conciencia» no es suficiente para llegar a explicar el poder real y la complejidad de las formaciones ideológicas.

A finales del siglo XIX, en tiempos de la Segunda Internacional, aun la ideología conserva su sentido de falsa conciencia, pero «el socialismo científico» por ese entonces ya había discernido las leyes del desarrollo histórico. La falta de adecuación entre la realidad y su apariencia, más allá de cómo se presentan éstas a la conciencia, era cosa del pasado. Lo cierto fue que por esto la noción de ideología del último Marx, entendida como las formas mentales en las que los hombres y mujeres expresan sus conflictos sociales, se abre camino y se termina por imponer. Se empieza a hablar entonces de «ideología socialista». Durante

1903, en el curso de la discusión que Lenin lleva a cabo en *¿Qué hacer?* realiza una cita de K. Kautsky en la que este último afirma que “el socialismo y la lucha de clases surgen juntos, mas no se derivan el uno de la otra; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos” (Lenin 2004, 46). En el capítulo que aparece esta cita Lenin trata de explicar la inutilidad de «la espontaneidad» del movimiento obrero sin su plena conciencia revolucionaria. Así acabará por sentenciar:

Puesto que ni hablar se puede de una ideología independiente, elaborada por las propias masas obreras en el curso mismo de su movimiento, el problema se plantea *solamente así*: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna “tercera” ideología, además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, *todo lo que sea rebajar* la ideología socialista, *todo lo que sea separarse* de ella significa fortalecer la ideología burguesa.

(Lenin 2004, pp. 47,48)

Con ello Lenin se sitúa taxativamente en la necesidad de una ideología socialista alternativa a la burguesa que, además, debe provenir de profundos conocimientos científicos. El hecho de tener que aceptar lo que haya de verdad en la falsa apariencia del «proceso vital» dentro del capitalismo, ha acabado por convertirse en la identificación de la ideología socialista con la teoría científica del materialismo histórico. Según Eagleton (1997,124), hemos vuelto a los orígenes de la Ilustración, pero ahora el «ideólogo» ya no está sumido en la falsa conciencia, ahora es el mismo analista científico de las leyes fundamentales de la sociedad. Ajustándose a este presupuesto finaliza su capítulo, que ha titulado *De la Ilustración a la Segunda Internacional*, abrigando la sospecha de que el marxismo “ha terminado por ser un claro ejemplo de las mismas formas de pensamiento metafísico o transcendental que se propuso desacreditar” al confiar en un racionalismo científico que flotase más allá de la historia (1996, 126). A la luz de que sabemos hasta aquí de la teoría de Karl Marx, se nos hace difícil de entender esta última afirmación que sitúa a su racionalismo científico ‘flotando’ más allá de la historia. Lo poco que hemos podido conocer en la indagación que hemos realizado sobre el materialismo histórico indica justamente todo lo contrario: en Marx precisamente la historia aparece como la clave racional para explicar los modos de organización económica, y por ende política, de la sociedad.

Eagleton prosigue en su labor de rastrear sobre la noción de ideología y de los variados significados que ha adquirido para distintos autores respetando una cierta cronología que se asemeja al método que también utilizamos en nuestra indagación. Por eso, en lo sucesivo tomaremos su trabajo como guía del nuestro, sintetizándolo y complementándolo en la medida de nuestras posibilidades. En el siguiente capítulo de su citada obra, al que titula *De Lukács a Gramsci*, comienza centrándose en explicar el modo en el que Georg Lukács entiende el concepto de ideología, como posteriormente hará con otros autores ideológicos. Según Eagleton (1997, 127-132), como marxista a Lukács le resulta un tanto absurdo preocuparse por si al final el pensamiento se termina adaptando a una historia con la que está íntimamente unido. Lukács toma de la Segunda Internacional el sentido positivo de la palabra ideología y entiende al marxismo como «la expresión ideológica del proletariado».

Esto significa que lo opuesto a la ideología –como falsa conciencia- no es ya únicamente la «ciencia marxista» a la que se refería Lenin, sino el concepto de totalidad. Aunque todas las formas de conciencia son ideológicas, lo específicamente ideológico de la burguesía es su

incapacidad para poder considerar a la formación social en su conjunto. La ciencia, la verdad o la teoría no han de estar en oposición a la ideología, se deben entender como expresiones de una ideología particular: la conciencia del proletariado. “Hay ciertas formas de conocimiento, como el autoconocimiento de la clase explotada, que, sin dejar de ser históricas, ponen de manifiesto los límites de otras ideologías, ejerciendo así de fuerza emancipadora” (Eagleton, 1996, 130). De este modo, las visiones ideológicas y particulares que tienen los distintos grupos sociales específicos pueden actuar políticamente desde su comprensión parcial de la realidad. Las mujeres pueden luchar por su emancipación a partir del conocimiento de las estructuras del patriarcado. Los habitantes de una colonia pueden luchar por su independencia a partir de su conocimiento de las estructuras del imperialismo. Pero solo el proletariado y su conciencia, en cuanto que «clase universal», como única clase posible de la que, al final, pueden y deben formar parte las mujeres emancipadas y los pueblos liberados, ofrece la plena emancipación para la condición humana.

Como nos explicó Bueno Gómez, lo que impide el conocimiento del todo social a los propios burgueses son sus acciones aisladas que llevan a cabo en pos de sus intereses particulares dentro unas condiciones sociales y económicas atomizadas. A pesar de lo cual, según Eagleton (1997,132), Lukács pone más el énfasis en el fenómeno de la reificación que deriva de la doctrina de Marx sobre fetichismo de la mercancía:

“La «unidad» de la sociedad se rompe en multitud de pequeñas operaciones técnicas especializadas, cada una de las cuales adquiere una vida propia semiautónoma y domina la existencia humana como una fuerza casi sobrenatural [...] Abrumado por un mundo opaco de objetos e instituciones autónomas, el sujeto humano se convierte rápidamente en un ser inerte, contemplativo, incapaz de reconocer en estos productos petrificados su propia práctica creativa” (ibíd.)

Aunque Eagleton (1997, 134, 135) piensa que los escritos de Lukács sobre la conciencia de clase son una de las principales aportaciones del siglo XX al marxismo, precisamente esta excesiva obsesión con la reificación y la totalidad son en su opinión el mejor blanco para sus críticos. Así afirma que, para Lukács, parece que cada clase social tuviera su propia visión del mundo y que la dominación ideológica se produciría entonces cuando una de estas visiones imprime su sello en el conjunto de la formación social. Tal y como prosigue Eagleton, eso no parece dejar lugar para que la coacción de la ideología se exprese como dice la doctrina del fetichismo de la mercancía, de una manera más estructural e ideológica. Además, cita a Nicos Poulantzas, quién afirmará que las clases sociales en realidad tienen una existencia relacional, que solo viven en relación unas con las otras.

Finalmente, Eagleton (1997, pp. 137,139) explicita su propósito al hacerse eco de las críticas a Lukács y sumarse a ellas en defensa de postulados menos ortodoxos. Lo acusa de simplificar drásticamente la complejidad y variedad del campo ideológico. Le pide cuentas de la referencia de Marx a la pequeña burguesía, con su propia ideología típicamente compuesta de elementos extraídos de las clases superior e inferior, o también de la existencia del nacionalismo como ideología. Eagleton continúa así contrastando su noción de la ideología con la de Lukács. Según afirma “la ideología es, más bien, un campo semántico complejo y conflictivo, en el cual algunos temas estarán ligados a la experiencia de las distintas clases, mientras que otros estarán más bien «en libre flotación» en la lucha entre poderes opuestos.” (1997, 137). Por último, le acusa de tener una visión idealista que confía en exceso en la «conciencia» del proletariado antes que en la ciencia, en la lógica y en la tecnología. Efectivamente, reducir la condición científica del marxismo a pura ideología revolucionaria es contrario al «cientifismo» de la Segunda Internacional.

Así pues, para Lukács la ideología de la clase obrera no es falsa y la burguesa solo es ilusoria en algún sentido. “la ideología burguesa es falsa no tanto porque distorsiona, invierte o niega el mundo, sino porque es incapaz de ir más allá de aquellos límites que son estructurales para la propia burguesía” (140). Eagleton extrae de esto una nueva definición de ideología, la de «pensamiento estructuralmente forzado». Esto se explica porque efectivamente “la ideología burguesa puede ser falsa desde el punto de vista de la totalidad social histórica, pero eso no significa que sea falsa para la situación coyuntural en que se da” (142).

A través del análisis de Eagleton podríamos concluir que Lukács clarifica la función y los efectos de la ideología según Marx. Al mismo tiempo, la crítica hacía sus postulados y la misma idea de reificación abren el concepto hacia una complejidad que se puede llegar a hacer inmanejable.

Efectivamente, tal y como prosigue Eagleton (1997, 143), si ya desde que lo intentaron los ideólogos de la Ilustración el propósito original de la ideología fue el de examinar las «bases sociales del pensamiento», entonces la ideología tendría que poder ofrecer alguna explicación de sus propios orígenes. Así, la ideología surgió en un momento en que los sistemas de ideas comenzaron a ser conscientes de su parcialidad.

La situación de contraste entre los distintos sistemas de ideas se agudizó con la aparición de la sociedad burguesa, algo que, como vimos en su momento, describe muy bien Habermas en su *Historia y crítica de opinión pública* y su explicación sobre la aparición del público racionante. Posteriormente a ese momento en la historia, Marx señalará que una característica de esta sociedad burguesa es que todo en ella está en un estado de cambio continuo, incluyendo las formas de conciencia. En medio de esta gran confusión de ideas que compiten entre sí todo está preparado para la aparición de un relativismo y un escepticismo filosófico. “Si cualquier pensamiento es parcial y partidista, cualquier pensamiento es «ideológico».” (ibíd.).

Así es como se consuma la apertura del concepto de ideología desde el que nos ofrece Marx hasta otro con unos extremos tan amplios que lo harán ineficaz para cualquier posible explicación. Eagleton (1997,144) dice que la moderna burguesía “incapaz de refugiarse en verdades metafísicas tradicionales, tampoco se siente con ganas de adoptar un auténtico escepticismo que lo que haría sería derribar la legitimidad de su poder”. Esta observación, aparentemente irrelevante, es para nosotros un anclaje fundamental en la explicación del papel que ya hemos atribuido a las ideologías como mecanismos de legitimación política. Según Eagleton, Karl Mannheim hizo un intento por negociar este último dilema del pensamiento burgués en 1929 en su obra *Ideología y utopía*.

En medio del tumulto político de la República de Weimar y bajo la influencia del «historicismo» de Lukács, Mannheim es consciente de que la concepción monolítica del mundo ha desaparecido para siempre con el Antiguo Régimen. Tanto Eagleton (1997, 144) como Daniel Bell (2015, 71) refieren a Mannheim como uno de los postuladores originales de la «sociología del conocimiento». Este vasto campo del saber sociológico lo referíamos en el capítulo de *La Metodología* como una de las dos grandes áreas que pretendía combinar Merton aprovechando lo mejor de cada una en la construcción de la ciencia social. Eagleton afirma que la «sociología del conocimiento» tiene como objetivo “desdeñar cualquier verdad trascendental y examinar los determinantes sociales de un sistema de creencias concreto, a la vez que protegerse de este relativismo incapacitante que disolvería

toda diferencia entre creencias” (1997, 144). Daniel Bell nos remite directamente al capítulo de *Teoría y estructura sociales* en la obra de Robert K. Merton titulado justamente «*Sociología del conocimiento*». Dicho capítulo contiene la siguiente definición a su inicio:

La orientación de esta disciplina sigue siendo esencialmente la misma: se interesa primordialmente por las relaciones entre el conocimiento y otros factores existenciales de la sociedad y de la cultura. Por general y aun vaga que pueda ser esta formulación del propósito central, un enunciado más específico no serviría para abarcar los deferentes puntos de vista que se han producido.

(Merton 2002, 541)

Eagleton (1997, 145) completa su explicación de lo que es para Mannheim La «sociología del conocimiento». Se trata de una crítica a la ideología de viejo cuño que consiste en desenmascarar las nociones de nuestros antagonistas, demostrando su falsedad y sus condicionamientos sociales o incluso psicológicos. Bueno Gómez explica lo mismo al afirmar que para Mannheim “una interpretación ideológica es aquella que busca la fuente de falsedad o deformación en los factores sociales que influyen en los individuos y no en su intención perversa de engañar al otro” (Gómez 2006, 45).

A nuestros efectos, lo relevante de estas explicaciones, más o menos coincidentes, es que todas hacen referencia a una misma y extensa noción de ideología entendida como la hemos definido desde un principio: cosmovisiones que la cultura imprime en la conciencia de las personas a través de su socialización. Bueno Gómez lo expresa cuando afirma que “Los seres humanos necesitan imágenes del mundo. ¿Qué sentido tiene, entonces, criticar las ideologías? Todas las sociedades han tenido siempre grupos encargados de crear interpretaciones del mundo para ellas” (2006, 46). Por el contrario Bell se lamenta de que en “su uso popular la palabra *ideología* sigue siendo un vago término que parece denotar una cosmovisión, un sistema de creencias, o el credo sostenido por un grupo social acerca de la organización de la sociedad que se justifica moralmente como si fuera justo” (2015, 72). Y finalmente Eagleton, considera que:

“Aunque Mannheim conserva el concepto de ideología, lo hace de un modo particularmente anodino. Como historicista, la verdad para Mannheim significa aquellas ideas que se adecuan a un momento particular del desarrollo histórico; y, por tanto, ideología viene a significar un conjunto de creencias incongruentes con la época”

(Eagleton 1997, 146)

Así pues, resulta evidente que el problema de la ideología tal y como la ve Mannheim se encuentra en la amplitud de un concepto capaz de comprender a toda creencia sostenida por un grupo social cualquiera a partir sus propios condicionantes sociales. ¿Qué sentido práctico o explicativo tiene una noción de ideología tan amplia que amenaza con desmoronarse sobre sí misma? Eagleton nos lo desvela. Mannheim se aleja premeditadamente de teorías tales como el fetichismo de la mercancía. “La función de la «sociología del conocimiento» es, de hecho, diluir toda la concepción marxista de la ideología, sustituyéndola por una «concepción del mundo» menos combativa y beligerante.”(Eagleton 1997, 147)

Aunque en su momento tuvimos ocasión de ver como el pluralismo servía al objetivo para la perpetuación del gobierno político por la mediación de un sistema informativo, más

adelante tendremos la oportunidad de volver sobre el modo en que esta visión de la ideología tan amplia e inespecífica a la que hemos llegado es un recurso útil para la perpetuación del statu quo institucional. Tal objetivo se alcanza mediante el reconocimiento que los diseños sociales y políticos hacen de la existencia de la infinidad de grupos sociales de interés, cada uno con su propia ideología, y por la conciliación y realización de sus aspiraciones como medio de legitimación, por muy falsos, banales o aparentes que sean los motivos de algunos de ellos.

#### **8.1.4. Ideología y opinión pública**

En cualquier caso, ya como aquello que se presenta asociado a esta noción de «Sociología del conocimiento», entendemos llegado el momento de recordar el propósito con el que apareció la «ideología» desde sus inicios. El objetivo fundamental de Tracy y los ideólogos de la Revolución Francesa fue el de crear una nueva legitimidad racional para el ejercicio del poder político que fuera distinta de la autoridad de origen divino propia de la autocracia absolutista. Tal legitimidad debía partir de las bases sociales del pensamiento. Esta fue una labor que no supieron concluir aquellos ideólogos ilustrados. Aunque no fueron los únicos que lo intentaron –Kant y Hegel también lo hicieron–, lo cierto es que Marx aparenta ser el primero en ofrecer un sistema racional de legitimación, basado en la lucha de clases, mucho menos metafísico que los anteriores. Un sistema todavía ‘ideológico’ y predeterminado por el tiempo histórico si así se quiere, pero relativamente acabado.

Dado que hemos definido a la Opinión Pública como la expectativa crítico-racional sobre el ejercicio del poder político, no podemos perder de vista ni por un momento esta vocación de legitimación de dicho poder que han tenido todos los ideólogos y todas las ideologías. Si las ideologías desde sus orígenes han buscado desvelar las bases sociales del pensamiento con la finalidad de lograr la legitimidad del poder político, el hecho de atribuir tal función de legitimación política a todas las ideologías resultará en una evidencia. Pero en absoluto podemos presuponer que todas lo logren. Más bien nos parece que su limitado éxito es muchas veces coyuntural y que se acomoda a las circunstancias de la historia.

En su caso, si la información de actualidad tiene la facultad de reescribir la historia a diario según nos va dando cuenta de los hechos de mayor relevancia y repercusión social. Entonces también nos resultará evidente la importancia que tienen los acontecimientos para las ideologías como visiones de una realidad permanentemente actualizada y para su eficacia legitimadora del poder político. De este modo, particularmente nos deben interesar aquellas ideologías que hayan logrado cosechar algún éxito en sus motivos legitimadores a lo largo del tiempo.

#### **8.1.5. Gramsci: El retorno a un sentido práctico del concepto de ideología**

Ahora bien, a las alturas de su obra a las que hemos llegado, Eagleton no ha concluido todavía con su capítulo en curso. Curiosamente, la progresiva ampliación y complejidad del concepto de ideología a partir de Marx alcanza un punto singular e interesante al subsumirse y acotarse en otro aun más amplio: el de *hegemonía*. Antonio Gramsci es un correligionario ideológico marxista de Lukács que utiliza este concepto de hegemonía para referirse al modo en el que el poder se ejerce como autoridad; es decir, al modo en el que el gobernante se gana el consentimiento de los que sojuzga no solo a través de la coacción.

Eagleton (1997, pp. 149,150) ejemplifica los modos, no únicamente ideológicos, en los que se consigue el dominio político. Entre ellos, se refiere al sistema político parlamentario occidental que alimenta la ilusión de un autogobierno del pueblo. Al señalar la importancia que tiene la constitución del estado político burgués para el capitalismo moderno, Eagleton introduce un argumento crítico hacia los postulados de Gramsci. Efectivamente, para Gramsci la hegemonía se ejerce desde la «sociedad civil», un ámbito institucional interpuesto entre el estado y la economía. La familia, la iglesia, el sistema educativo, la cultura en sus distintas manifestaciones, las asociaciones y grupos de interés, los medios de comunicación de masas... todos forman parte de la «sociedad civil». Se trata de un sinfín de instituciones desde los que se socializa y se somete a los individuos por consentimiento y no por coacción. Por oposición, la coacción del poder la efectúa el estado desde su reserva en exclusiva del derecho al ejercicio del monopolio de la violencia legítima mediante los tribunales, la policía y el ejército... La hegemonía en el capitalismo se asienta en el hecho cierto de que la vida económica no está formalmente sujeta al control del estado. Lo que hace funcionar a la economía capitalista es la sola necesidad de supervivencia que pone en marcha a hombres y mujeres dando la impresión de que funciona «por sí sola». De este modo el Estado burgués se puede presentar formalmente ante la sociedad como un poder aparentemente desinteresado y neutral en una manera tan solo figurada. Como poco, esta pretendida neutralidad la escenificará al menos ante una parte de ella. Recuperando aquella cita de Habermas:

La fijación constitucional de una publicidad políticamente activa muestra ya en el artículo central —que afirma que todo poder procede del pueblo— el carácter de una ordenación esforzadamente conseguida recurriendo al poder mismo. Por lo demás el Estado burgués de derecho pretende, sobre la base de la publicidad políticamente activa, una organización del poder público que preserva la subordinación de este a las necesidades de una esfera privada que se presenta a sí misma como neutralizada desde el punto de vista del poder y como emancipada respecto de la dominación.

(Habermas 2002, 119)

Esta expresión, que en Habermas se refiere a la aparición de la publicidad como ámbito de lo público, explica lo que, a su vez, Marx refirió explícitamente como:

[...] determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil

(Marx 1987, 133)

En todo caso, no debemos olvidar que tal neutralidad del estado burgués no es para Habermas únicamente más que una pretensión y que para Marx ni mucho menos existe, en cuanto que todo régimen político no es para él otra cosa sino la expresión oficial de la sociedad civil.

De hecho, también Daniel Bell explica el por qué de la separación formal mantenida por Hegel entre la sociedad civil y el estado frente a la que será la concepción marxiana. Según Bell, Marx sostiene que esta separación entre estado y sociedad civil le servía a Hegel para esconder el carácter de corporación privada que tiene el mismo estado capitalista. Además de perseguir sus propios fines, Marx afirma que «la burocracia» en este estado es solo «el

formalismo estatal» de la sociedad civil a la que se refiere Hegel en su defensa del Estado como institución política por excelencia. (Bell, 2006, pp. 103-105)

No obstante esta crítica de lo que significa el concepto de sociedad civil para Gramsci como algo diferenciado del estado, lo relevante según él es que la hegemonía no se alcanza solo mediante una ideología eficaz. También se apoya en aspectos culturales, políticos y económicos además de en los ideológicos. Como nos lo explica Eagleton (1997,152) “El poder de la clase gobernante es espiritual además de material; cualquier «contrahegemonía» debe llevar su campaña política a éste hasta ahora abandonado reino de valores y costumbres, hábitos del habla y prácticas rituales”.

Con Gramsci se produce el cambio de la ideología entendida como «sistema de ideas» a la ideología como la realización práctica e inconsciente de una forma de vida. La hegemonía es relacional, práctica y dinámica. Exige una permanente renovación de ideas que no requiere la ideología, ya que esta última se trata de algo más estático y perdurable. Para Gramsci, la hegemonía se logrará mediante el establecimiento de pautas generales de conducta morales, intelectuales, sociales y de todo tipo, con la finalidad de difundir una «concepción del mundo» que equipara los propios intereses hegemónicos con los de toda la sociedad. Cualquier consenso que sirva de fundamento para establecer un poder político estable se debe apoyar sobre algún grado de consentimiento por sus subordinados. En la sociedad capitalista, la sustitución de la coacción por el consentimiento viene determinada en las condiciones materiales de la clase media. Esta clase se nos presenta compuesta por individuos autónomos que actúan por intereses propios con una aparente y cómoda independencia o libertad respecto del estado.

A pesar de la diversidad de contenidos sociales y culturales a los que se enfrenta la categoría de ideología para Gramsci, según Eagleton (1997, pp. 154,155), este rechaza cualquier uso puramente negativo del término. Lo hace a partir de una distinción entre lo que llama «ideologías históricamente orgánicas» y las meras especulaciones arbitrarias entre individuos. A las «históricamente orgánicas» las considera ideologías necesarias para la existencia de una estructura social dada y no deben quedar reducidas a meros reflejos de la infraestructura. Las ideologías deben así considerarse como fuerzas activamente organizativas que moldean el terreno en el cual los hombres y mujeres luchan y adquieren conciencia de sus situaciones sociales. “En cualquier bloque histórico, comenta Gramsci, las fuerzas materiales son el «contenido» y las ideologías «la forma».”(ibíd.)

Para Gramsci, el hecho de que ciertos sistemas teóricos del pasado hayan sido sustituidos no significa que no hayan sido válidos en su momento. De esta validez meramente coyuntural de las ideas no se libra ni el marxismo. Normalmente, en la conciencia de los grupos subordinados se dan dos concepciones del mundo conflictivas, una derivada de las «naciones» oficiales de sus gobernantes y otra de las experiencias de su día a día. Efectivamente, estas contradicciones en el pensamiento de los oprimidos deben tener una base histórica. Uno de los objetivos de la práctica revolucionaria debe consistir entonces en hacer explícitos los principios para el cambio implícitos en la práctica cotidiana de los oprimidos. La novedad en Gramsci es que elige a un sujeto histórico-social para este cometido específico: los intelectuales orgánicos.

“Los intelectuales orgánicos, entre los cuales se encontraba el propio Gramsci, son productos de una de una clase social emergente; y su papel es ofrecer a esta clase una cierta autoconciencia homogénea en ámbitos políticos, económicos y culturales.” (1997, 157). El intelectual orgánico debe conformar e integrar el entendimiento práctico, unificando teoría

y práctica. Eagleton (1997, 158) explica que para Gramsci esto significa combatir «el sentido común». En coincidencia con la visión que tiene Gramsci, nosotros ya hicimos la oportuna crítica a esta idea, la de «el sentido común», en el momento que lo contrastábamos con «la razón». En esencia, Gramsci considera «el sentido común» como un «agregado caótico de concepciones dispares», muchas de las cuales, además, nosotros las considerábamos irracionales. Es decir, “La «conciencia popular» no tiene que descartarse como puramente negativa, pero sus características más progresistas y más reaccionarias tienen que diferenciarse cuidadosamente” (íbid).

Tanto la visión de Lukács como la de Gramsci, a los ojos de sus críticos, forman parte de una tradición marxista que ellos llaman «historicista». Sus rivales son los que se llaman a sí mismos «estructuralistas». “Gramsci ha sido criticado por «estructuralistas» marxistas como Nicos Poulantzas por cometer el error historicista de reducir ideología a la expresión de una clase social, y reducir una clase social a «la esencia» de una formación social” (Eagleton 1997, 160). Una ideología para Poulantzas no es tan solo la visión del mundo de las clases dominantes. Además es las relaciones entre dominadores y dominados. Cumple la misión de integrar imaginariamente a toda la formación social, no solo a la clase social hegemónica. La relación entre esta y su ideología pasa por la mediación de toda la estructura social. Para Poulantzas, la ideología dominante, más que constituir la unidad social, la refleja.

A modo de conclusión podemos decir que, para Gramsci, un movimiento revolucionario debe tejer una compleja red de acuerdos hasta alcanzar un consenso en el que su visión del mundo sea una síntesis, una suma de sus distintos componentes ideológicos en una única «voluntad colectiva». Aunque la conciencia de los oprimidos está teñida por las creencias de sus opresores, también ocurre lo contrario. Se trata de aprovechar dinámicamente estas coincidencias para forzar a las conciencias a ir un paso más allá de donde se encuentran.

Así pues, podemos ver que partiendo de la noción de ideología que nos legó Mannheim como un concepto expandido hasta hacerse inconmensurable, sin embargo el de Gramsci tampoco se concreta y sintetiza en el que tenía Marx, se sitúa a medio camino. Sin abandonar la noción de ideología dominante como la hegemónica, postula la existencia de otras muchas variaciones ideológicas que coexisten con ella. Por eso concluye que, para todo proceso revolucionario de transformación, hay que realizar nuevas síntesis ideológicas a partir de las ya existentes en la práctica vital cotidiana. A nuestros efectos, nos importa saber que este concepto realiza un cierre epistémico que devuelve la ideología a algo más o menos operativo.

El siguiente capítulo de la obra de Eagleton aparece bajo el epígrafe *De Adorno a Bordieu*. En el inicio de esta parte de su obra se refiere al presupuesto marxiano de que en el ámbito político de la sociedad burguesa se expone a los hombres y las mujeres dentro de una aparente igualdad jurídico-política formal. Todos los individuos son iguales ante la ley y pueden ejercer los mismos derechos, particularmente los derechos políticos, como el derecho al voto. Pero “esta equivalencia teórica sirve para enmascarar su desigualdad concreta en el seno de la «sociedad civil»” (1997, 163). Esta misma idea, que ya expusimos cuando explicábamos «la emancipación política» según Marx, corre paralela a la descripción que nos ofrece Bueno Gómez (2007, 82,83) sobre la libertad en Marx. Según ella, “Marx rechaza la libertad burguesa”. Efectivamente:

Solamente dentro de la comunidad tiene todo individuo los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la comunidad es posible, por tanto, la libertad personal. En los substitutivos de la

comunidad que hasta ahora han existido, en el Estado, etc., la libertad personal sólo existía para los individuos desarrollados dentro de las relaciones de la clase dominante y sólo tratándose de individuos de esta clase. La aparente comunidad en que se han asociado hasta ahora los individuos ha cobrado siempre una existencia propia e independiente frente a ellos y, por tratarse de la asociación de una clase en contra de otra, no sólo era, al mismo tiempo, una comunidad puramente ilusoria para la clase dominada, sino también una nueva traba. Dentro de la comunidad real, los individuos adquieren, al mismo tiempo, su libertad al asociarse y por medio de la asociación.

(Marx, Engels 1848, 86, 87)

También Bell (2015, 65, 66) refiere esta misma noción sobre la libertad burguesa en su explicación sobre Marx, pero lo hace citando *Sobre la cuestión judía* a la que ya nos referíamos anteriormente. En este texto Marx explicaba la transformación del Estado religioso, el mismo que caracterizó al despotismo y a su legitimidad de origen divino, hasta la sociedad burguesa con su «libertad de culto». Lo hace aprovechando su contestación al texto de Bruno Bauer *La cuestión judía*. Bell entiende bien que allí Marx considera burgueses a los «derechos naturales», particularmente a la libertad de culto y a la libertad de poseer propiedades. Como afirma Eagleton (1997,163) lo que Marx quiere decir es que “todos los individuos son iguales ante la ley, pero esto no hace más que enmascarar el hecho de que en última instancia la propia ley está del lado de los propietarios”.

Finalmente, también a esta misma visión del derecho burgués en Marx nos remite, además, Habermas:

[...] los clásicos de la Economía Política se esforzaban en demostrar que los imperativos sistémicos armonizaban en principio con las normas fundamentales de una comunidad que garantizaba la libertad y la justicia. En forma de una crítica de la Economía Política, Marx destruyó esa ilusión cargada de consecuencias prácticas. Mostró que las leyes de la producción capitalista de mercancías tienen la función latente de mantener una estructura de clases que hace mofa de los ideales burgueses.

(Habermas 2005, 676)

#### **8.1.6. La Escuela de Frankfurt y el psicoanálisis**

La Escuela de Frankfurt ya figuró con anterioridad en el capítulo de *Antecedentes* bajo el epígrafe justa y extensamente titulado *Las consecuencias del racionalismo extremo: La realidad acotada y limitada por la ciencia utilitarista. Aproximación a la escuela de Frankfurt: Crítica de la razón instrumental*. El prestigioso Instituto de Investigación Social en Frankfurt se convirtió en el refugio para una tradición marxista que apostó por fusionarse con el psicoanálisis freudiano.

Eagleton (1997, 164, 165) recupera ahora a un autor que ya no nos debe resultar ajeno. Para Teodoro Adorno, el intercambio abstracto de las mercancías lleva a cabo una igualdad de cosas que son inconmensurables. La ideología es una forma de «pensamiento de la identidad», un estilo de racionalidad que transmuta la singularidad y pluralidad de las cosas en un mero simulacro de sí mismo. Para Adorno, lo contrario de la ideología no sería la verdad o teoría como lo había venido siendo hasta aquel momento, sino la diferencia o heterogeneidad. El mero Imaginar que el ser de cualquier objeto puede agotarse en su concepto equivale a suprimir su materialidad singular. La ideología homogeniza el mundo,

igualando de manera espuria fenómenos distintos, de tal modo que la identidad resulta ser la «forma primaria» de toda ideología.

No obstante, Eagleton (ibíd.) sostiene que Adorno “ni elogia acriticamente la noción de diferencia ni denuncia inequívocamente el principio de identidad” como si hará gran parte del pensamiento posestructuralista. Aun así, “El objetivo del socialismo es liberar la rica diversidad del valor de uso sensible de la prisión metafísica del valor de cambio” con la esperanza de abrir la senda a la multiplicidad de cosas diferentes y de despojar a la dialéctica de su poder sobre ellas.

El problema radica en cómo se puede lograr esto. La crítica a la sociedad capitalista exige de una razón analítica que es intrínsecamente reificadora. De hecho, en aquella obra que Adorno escribirá con su colega Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, la razón instrumental se vuelve violentamente manipuladora de la naturaleza y el cuerpo. Efectivamente:

A partir de ahora, la naturaleza debe ser dominada sin la ilusión de fuerzas superiores o inmanentes, de cualidades ocultas. Lo que no se doblega al criterio del cálculo y la utilidad es sospechoso para la Ilustración. Y cuando esta puede desarrollarse sin perturbaciones de coacción externa, entonces no existe ya contención alguna. Sus propias ideas de los derechos humanos corren en ese caso la misma suerte que los viejos universales. Ante cada resistencia espiritual que encuentra, su fuerza no hace sino aumentar. Lo cual deriva del hecho de que la Ilustración se reconoce a sí misma incluso en los mitos. Cualesquiera que sean los mitos que ofrecen resistencia, por el solo hecho de convertirse en argumentos en tal conflicto, esos mitos se adhieren al principio de la racionalidad analítica, que ellos mismos reprochan a la Ilustración. La Ilustración es totalitaria.

(Horkheimer y Adorno 2009, 62)

El mero hecho de pensar ya presupone la dominación ideológica, pero renunciar a hacerlo conduce irremisiblemente a un bárbaro irracionalismo. Según Eagleton (1997, 166) “Este principio de identidad se esfuerza por suprimir toda contradicción, y para Adorno este proceso ha alcanzado su perfección en el mundo reificado, y administrado del capitalismo avanzado.”

Esta aversión hacia toda ideología, particularmente hacia la entendida como mera conciencia de clase, requiere en última instancia de una institución que pueda reemplazar su papel de control en la conciencia como tal. Por ello se ven en la necesidad de desarrollar una teoría crítica de la *cultura de masas*. Tanto la formulación originaria de esta teoría, como un cierto concepto de alienación que le es inherente, fueron ya referidos en el apartado de *La concepción tradicional de los medios de comunicación vista desde las primeras teorías mediológicas*, al que remitimos para precisar más sobre esta formulación.

En un plano algo más teórico acerca de lo que para ambos es la ideología, Horkheimer escribirá su breve ensayo *La función de las ideologías*. En esta obra Horkheimer (1966, 18) se previene contra las ideas según el que éstas, además de que se deben encontrar ligadas al progreso de la humanidad y de sus instituciones, deben aparecer vinculadas por la praxis, deben estar en relación directa con la experiencia:

Solo se deseará y querrá verdaderamente el bien, lo verdadero y lo bello, todo cuanto se ha alzado en la historia al puesto de pensamiento guía político y cultural, si se tiene una experiencia originaria de todo lo que en la situación del caso invita a sobreponerse a ello mismo: de otro modo, las ideas degeneran, de hecho, en ideología.

(Horkheimer 1966, 19)

Entonces concluye su delimitación negativa de lo que es la ideología con la siguiente reflexión:

Debería reservarse el nombre de ideología –frente al de verdad– para el saber que no tiene conciencia de su dependencia –y, sin embargo, es penetrable ya por la mirada histórica–, para el opinar que, ante el conocimiento más avanzado, ha acabado por hundirse en la apariencia.

(Horkheimer 1966, 21)

Una posición aun más radicalmente negativa si cabe que esta contraposición entre verdad e ideología respecto de la última, será la de otro de sus colegas en la escuela de Frankfurt, Herber Marcuse, quien considera a la ideología como un sistema totalitario que ha gestionado y desvirtuado todo conflicto social.

Como explica Eagleton (ibíd.), lo que al final nos acaba por ofrecer la Escuela de Frankfurt es un corsé de ideología que conduce a la homogeneidad y que resulta muy similar al de los posestructuralistas. Para estos últimos: “toda ideología sin excepción se basaría en absolutos metafísicos y en fundamentos trascendentales”, una proclama que servirá como parte del fundamento de la reacción anti-ideológica que protagonizarán los detractores de la ideología con Daniel Bell al frente.

Pero lo cierto es que la realidad aparenta ser bien distinta a como la vieron los frankfurtianos. Las «condiciones ideológicas» reales en las sociedades tardo-capitalistas son bastante más diversas, más mezcladas y auto-contradictorias. Precisamente en eso pretenden fundamentar su «legitimidad política posestructuralista» el sistema capitalista postindustrial, en el reconocimiento de la diferencia, de la heterogeneidad y de la marginalidad como si ellas fueran beneficios políticos con total independencia de su contenido social concreto. Algo que Habermas nos revelará en su teoría de la *conciencia fragmentada* para la colonización interna como la voluntad expresa de impedir que las interpretaciones del mundo de la vida alcancen el nivel de articulación propio de las ideologías. No existe ese capitalismo moderno sin suturas, pacífico y auto-regulado que denuncia Adorno. Existe un capitalismo tensionado por la ocultación del conflicto de clases.

Con el correr del tiempo, precisamente el más destacado entre los últimos integrantes del Instituto de Investigación Social, Jürgen Habermas, nos ofrecerá una explicación del porqué Horkheimer y Adorno abandonaron en su momento la teoría de la conciencia de clase para sustituirla por su propia teoría sobre la cultura de masas. Aunque al parecer se rindieron ante la evidencia de un statu quo capitalista ‘estable y libre de conflictos’, Habermas nos ofrece la siguiente reflexión crítica inserta en una ardua descripción sobre el pensamiento social moderno que él mismo lleva a cabo en apoyo y fundamento de su *Teoría de la acción comunicativa*. Habermas sostiene que:

Horkheimer y Adorno ignoran la racionalidad comunicativa del mundo de la vida, cuyo desarrollo, que es consecuencia de la racionalización de las imágenes del mundo, tuvo que producirse con anterioridad a que pudieran formarse ámbitos de acción formalmente organizados.

(Habermas 2010, 855)

A Habermas, la principal referencia de nuestra labor al mismo tiempo que bajo nuestra mirada crítica, ya lo hemos citado como a otro tardío y destacado miembro de la Escuela de Frankfurt. Lo esencial en él es que ve en la comunicación humana el elemento nuclear de la sociedad, ámbito imprescindible de la supervivencia de la especie:

Si partimos de que la especie humana se conserva a través de las actividades socialmente coordinadas de sus miembros y de que esa coordinación tiene que establecerse a través de la comunicación, y, en los ámbitos centrales, por una comunicación tendente a un acuerdo, entonces la reproducción de la especie exige *también* el cumplimiento de las condiciones de la racionalidad inmanente a la acción comunicativa.

(Habermas 2010, pp. 451, 452)

Parte de su fundamentada convicción de que:

La razón comunicativa no se limita a dar por supuesta la consistencia de un sujeto o de un sistema, sino que participa de aquello que se ha de conservar. La perspectiva utópica de reconciliación y libertad está basada en las condiciones mismas de la socialización y «sociación» comunicativa de los individuos, está inserta en el mecanismo de reproducción de la especie.

(Habermas 2010,452)

Y desde aquí es posible derivar su concepción sobre la ideología que quedará debidamente explicitada en esta larga cita imposible de ignorar por su centralidad en la teoría de Habermas:

Otra cosa es lo que sucede cuando la integración sistémica ataca las formas de integración social; también en este caso se trata de nexos funcionales que permanecen latentes, pero la no percepción subjetiva de las coacciones sistémicas que instrumentalizan la estructura comunicativa del mundo de la vida cobra el carácter de ilusión, de una conciencia objetivamente falsa. Los ataques del sistema al mundo de la vida, que alteran la estructura de los contextos de acción de grupos socialmente integrados, tienen que permanecer ocultos. Las coacciones dimanantes de la reproducción, que instrumentalizan el mundo de la vida sin mermar la apariencia de autarquía de ese mundo, tienen, por así decirlo, que ocultarse en los poros de la acción comunicativa. El resultado es una *violencia estructural* que, sin hacerse manifiesta como tal, se apodera de la forma de la intersubjetividad del entendimiento posible. La violencia estructural se ejerce a través de la restricción sistemática de la comunicación, que queda anclada de tal modo en las condiciones de la acción comunicativa, que para los participantes en la comunicación la conexión del mundo objetivo, mundo social y mundo subjetivo queda prejuzgada de forma típica.

(Habermas 2010, pp. 677, 678)

Según Eagleton (1997, 167) “Para él, la ideología es una forma de comunicación sistemáticamente distorsionada por el poder”. Efectivamente, esto es algo que queda expresado de manera categórica y breve en los propios términos de Habermas (2010, 453) como se sigue:

La integración de los miembros de la sociedad que se efectúa a través de procesos de entendimiento, encuentra sus límites no solamente en la violencia de los intereses en pugna, sino también en la presión que ejercen los imperativos de la auto-conservación del sistema, los cuales desarrollan su poder penetrando a través de las orientaciones de acción de los actores afectados.

(Habermas 2010, 453)

La ideología consistirá así en un discurso deformado, un discurso ‘práctico’ para la comunicación que oculta las mismas razones de su deformidad en una apariencia de cohesión y que, al final, lo hace incontrovertible para la mera observación y para la crítica.

Así pues, al ser la ideología un lenguaje distorsionado en su significación por las mismas prácticas comunicativas, cabría pensar en una situación ideal del habla en la que estuviese libre de toda dominación, algo que para Habermas solo se podría efectuar en una democracia socialista participativa. Esta sería la manera para poder desvelar la racionalidad profunda incorporada en el lenguaje al margen de lo que realmente decimos. Solo así sería posible realizar la evaluación crítica de tal racionalidad.

Eagleton (1997, 169) deriva de ello que, para Habermas, la verdad estaría antes basada “en el «consenso» que en la «correspondencia», lo que quiere decir que entiende menos la verdad como una adecuación de mente y mundo que como una cuestión del tipo de enunciado que llegaría a aceptar todo aquel que pudiese entrar en diálogo libre con el hablante”.

En tal sentido, con independencia de que así lo vea o no el propio Habermas, su teoría parece establecer que los hablantes en general están inherentemente condenados a formar parte de la larga tradición filosófica de quienes dudan de la posibilidad de que el conocimiento humano pueda corresponderse con alguna verdad ontológica; o sea, que acabarán por distanciarse de las tesis del materialismo filosófico. Para los hablantes, el mundo deja de ser como realmente es y, ya sin opciones para su certera interpretación, se convierte en una tosca representación condicionada por las limitadas posibilidades del lenguaje y de su uso estructuralmente condicionado por la búsqueda del consenso:

Cuando están de por medio la reputación o la autoridad moral, la coordinación de la acción tiene que efectuarse con la ayuda de los recursos que ya nos resultan conocidos por la formación lingüística del consenso. Los medios de este tipo no pueden desconectar las interacciones del contexto del saber cultural compartido, normas vigentes y motivaciones imputables, que constituyen el mundo de la vida, porque tienen que servirse de los recursos que caracterizan la formación lingüística del consenso.

(Habermas 2010, pp. 673, 674)

Se da por descontado que esta limitación de carácter estructural en la comunicación lingüísticamente mediada tiene grandes implicaciones para su eficacia ideológica de control. Según Eagleton (1997, 171), Habermas considera que aquellos intereses ideológicos que perjudiquen las estructuras de la comunicación práctica han de ser considerados contrarios

al conjunto de nuestros intereses. Particularmente se refiere a aquellos que amenazan nuestras necesidades fundamentales en cuanto que especie, la misma clave en la que Habermas entiende al factor «comunicación». Por consiguiente, en contra de lo que pensaban Adorno y Horkheimer, lo contrario a la ideología no será entonces la verdad o el conocimiento, imposibles de aprehender por las limitaciones de la práctica comunicativa orientada al consenso. Lo contrario de la ideología será una forma de racionalidad «interesada» que podemos llamar crítica emancipatoria. Nos interesa “librarnos de las limitaciones innecesarias en nuestro dialogo común” (ibíd.) para establecer las verdades que necesitamos. A modo de ejemplo del tipo de conocimiento «emancipatorio» que necesitamos para ser libres contamos con la crítica del marxismo o con el freudismo. Eagleton nos explica que:

Para Habermas, las instituciones sociales dominantes son algo afín a las pautas de conducta neuróticas, pues encierran la vida humana en un rígido conjunto de normas compulsivas y con ello bloquean el camino de la autorreflexión crítica. En ambos casos nos volvemos dependientes de poderes hipostasiados, sujetos a límites que de hecho son culturales pero que se nos imponen con el carácter inexorable de fuerzas naturales.

(Eagleton 1997, 172)

Más allá de este paralelismo que establece entre ideología y patología neurótica, Habermas (2010, 877-882) desarrolla su particular análisis sobre los cambios de significación que ha experimentado la ideología a lo largo de la modernidad como contenido y como concepto, algo que no podremos ignorar en nuestra indagación. Tras aquella crítica que le llevaría al cuestionamiento de la validez de la teoría marxista del valor y de sus efectos sobre la conciencia de clase en las sociedades capitalistas desarrolladas, concluye que no por eso dejan de producirse tendencias a la cosificación, pero de una manera distinta. Eso sí, según él:

Pero ante la pacificación del conflicto de clases operada por el Estado social y la anomización de las estructuras de clase, la *teoría de la conciencia de clase* pierde sus referencias empíricas. Ya no puede aplicarse a una sociedad en la que cada vez resulta menos posible identificar mundos de la vida estrictamente específicos de clase. Horkheimer y sus colaboradores actuaron, pues, muy consecuentemente al sustituirlas por una *teoría de cultura de masas*.

(Habermas 2010, 878)

Para Habermas, Marx desplegó su concepto de ideología a partir de los ideales de la cultura burguesa del siglo XVIII en los que supo ver una ambivalencia. Por un lado están sus pretensiones de autonomía y de cientificidad, de libertad individual y de universalismo, de un autoexamen radical que resultará en una racionalización cultural. Por el otro lado está el contenido normativo –los derechos del hombre y del ciudadano, incluido el derecho de propiedad– de tales ideas abstractas y ahistóricas, contenido que finalmente queda muy por encima de la realidad social. Lo cierto es que, según Habermas, este doble carácter utópico-ideológico “se ajusta exactamente a aquellas estructuras de conciencia que cabía esperar bajo las condiciones de una forma moderna de entendimiento” (ibíd.).

Hasta la llegada de la modernidad, las imágenes unificadoras míticas o religiosas del mundo actuaban como un antídoto contra las experiencias disonantes del mundo de la vida, neutralizaban los efectos de la racionalidad sobre la esfera de lo cotidiano. Pero todo cambia cuando la cultura burguesa se vuelve del todo profana. Para Habermas la lógica de la racionalización cultural lleva a la nivelación de racionalidad entre el ámbito de acción

profano y una cultura definitivamente desencantada que pierde así sus propiedades ideológicas.

Descrito en forma de proceso, los movimientos de emancipación burgueses clásicos provocaron tanto reacciones tradicionalistas como, al cabo del tiempo, un espectro de visiones científicas y pseudocientíficas que van desde el anarquismo, el comunismo y el socialismo hasta el fascismo y el nacionalsocialismo, pasando por las orientaciones sindicalista, demócrata-radicales y conservador-revolucionaria. Todas resultan imposibles de reducir a una unidad como la que ofrecían las imágenes mítico-religiosas del mundo.

Pese a sus diferencias de contenido, estas últimas ideologías comparten con las primeras ideologías burguesas del derecho natural racional, del utilitarismo, en general de la sociología burguesa y de la filosofía burguesa de la historia, la forma de representaciones totalizadoras. No obstante, según Habermas (2010, 880): “Pero era precisamente este tipo de *interpretaciones globales, integradoras y totalizadoras, proyectadas desde la perspectiva de mundo de vida, el que tenía que venirse abajo con la estructura de comunicación propia de la modernidad desarrollada.*”

Una vez se han perdido los productos de la imaginación que fueron aquellas imágenes integradoras del mundo creadas por el mito y la religión, el entendimiento se hace tan transparente “que la práctica comunicativa cotidiana no garantiza ya nicho alguno para el poder estructural de las ideologías” (Habermas, 2010, 881).

Entonces, si el mundo de la vida racionalizado pierde sus posibilidades estructurales para la formación de ideologías, cabría esperar que la pugna y la competencia entre las formas de integración sistémica capitalista y las formas de integración social se manifestasen sin tapujos, algo que finalmente no ocurre con la pacificación del conflicto de clases operada por el Estado social. Es decir, las sociedades del capitalismo tardío “han desarrollado un equivalente funcional de la formación de las ideologías” (*ibíd.*). Justamente, en su lugar se impone la exigencia negativa de evitar que las operaciones de «interpretación» lleguen a alcanzar el nivel de integración que caracteriza a las ideologías. Claro está que esto tiene sus consecuencias: “la *conciencia cotidiana* queda despojada de su fuerza sintetizadora, queda fragmentada” (*ibíd.*). Finalmente:

La falsa conciencia ha sido sustituida hoy por una conciencia *fragmentada* que elude toda ilustración sobre el mecanismo de la cosificación. Solo entonces se cumplen las condiciones para una colonización del mundo de la vida: los imperativos de los subsistemas autonomizados, en cuanto quedan despojados de su velo ideológico, penetran desde fuera en el mundo de la vida –como señores coloniales en una sociedad tribal– e imponen la asimilación;

(Habermas 2010, 882)

A partir de aquí, deberíamos concluir que Habermas, en la misma tradición de la Escuela de Frankfurt, también se adhiere a los que, con el correr del tiempo, serán los críticos de las ideologías. De hecho, en el curso de este análisis cita para sentar su solidez a Bell recalcando que, efectivamente, éste cree que las ideologías han llegado a su fin. Pero semejante conclusión hemos de tomarla con mucha cautela porque lo que realmente le preocupa a Habermas es el efecto emergente que producen los intentos por impedir que las operaciones de «interpretación» logren la articulación de una ideología: la fragmentación de la conciencia. La fragmentación de la conciencia no es otra cosa más que una expresión de la alienación ideológica que, desde Marx, caracteriza al orden social burgués, aunque ahora

la conciencia haya dejado de ser «falsa» para hacerse «fragmentada»; es esa falta de totalidad a la que se refiere Lukács, la falta de una totalidad que sí ofrecían las imágenes unificadoras míticas o religiosas del mundo hasta la llegada de la modernidad aun sin dejar de ser alienantes.

Además, la fragmentación de la conciencia es la causa de la existencia de esa infinidad de grupos sociales de interés, cada uno con su propio fragmento desarticulado de ideología. Su existencia caracteriza a las sociedades del capitalismo tardío y constituyen el punto de apoyo para la supuesta neutralidad de un estado y de un gobierno burgués bien escenificada mediante la conciliación y la realización de sus aspiraciones como medio de legitimación, por muy falsos, banales o aparentes que sean los motivos de algunos de esos grupos. Y, finalmente, la fragmentación de la conciencia es también aquello que, sumado a su desconfianza hacia la periclitada «filosofía del sujeto», induce a Habermas a poner en duda la eficacia social de la propia categoría de ideología a la vista de la pacificación del conflicto de clases lograda por fórmula socialdemócrata.

Lo cierto es que, aparte de hacer explícitas las consecuencias de la estabilización social en el tardo-capitalismo, Habermas equipara su situación con el desarrollo funcional del equivalente a una ideología. Al fin y al cabo, lo que en realidad viene a significar esto es que la socialdemocracia, con sus fórmulas de intervención por el Estado social en el tráfico mercantil, no es otra cosa que una práctica ideológica más que es percibida y presentada como tal en el curso de la contienda política.

Tras este breve excurso en el que Habermas lleva a cabo su particular análisis sobre la ideología desde su propia perspectiva histórica, retomando el cauce de nuestra indagación donde lo abandonamos, Eagleton (1997, pp. 170-176) todavía se detendrá en realizar una detallada descripción del paralelismo que hace Habermas entre la ideología y alguna alteración psíquica formulada desde el punto de vista como lo hace el psicoanálisis: la neurosis. Tal paralelismo podríamos sintetizarlo excesivamente concluyendo que la ideología opera como otro factor más en el subconsciente del sujeto y que lo hace con unas consecuencias parecidas a las de cualquier otra patología. No obstante, este paralelismo es para el propio Habermas un recurso limitado, primero porque la curación en el psicoanálisis no es tanto cosa de la auto-reflexión como del drama de la transferencia entre paciente y analista; además, porque la emancipación producida por el psicoanálisis se consigue al recordar materiales reprimidos, mientras que la ideología no es tanto cuestión de lo que hemos olvidado como de lo que nunca conocimos. Así, Eagleton termina por dejar claro que Habermas considera a la idea de conciencia solo como una parte de la periclitada «filosofía del sujeto», y que por eso se aplicará con denuedo al terreno del discurso social al que considera más fértil.

### **8.1.7. Althusser y «el sujeto» como constructo social**

Quién aparece todavía mucho menos interesado por la idea de conciencia es el filósofo marxista francés Louis Althusser. Althusser Recela de la noción de reificación como lo hace Adorno, pero por razones diferentes. No cree en absoluto en la conciencia de clase y piensa que la ciencia del materialismo histórico es totalmente independiente de ella (Eagleton, 1997, 177), poniéndose de esta manera en las antípodas de la concepción de Lukács sobre la verdad y la ciencia resumidas a la mera «conciencia del proletariado». A partir de una combinación entre el psicoanálisis lacaniano y de los rasgos menos historicistas de la obra de Gramsci, “sostiene que todo pensamiento se despliega en los

términos de una problemática inconsciente que de una manera silenciosa subyace a él” (ibíd.).

Lo que hace Althusser es precisamente establecer una contraposición tajante entre ciencia e ideología. Para él una problemática “es una organización particular de categorías que en un momento histórico dado constituye los límites de lo que podemos expresar y concebir” (ibíd.). Así, la estructura de una problemática ideológica es cerrada, circular y autoconfirmatoria. Cuando nos desplazamos en su interior siempre retornamos a lo que nos es conocido con total certeza. Por el contrario, en una problemática científica lo fundamental es su carácter abierto: puede experimentar una revolución en cuanto aparecen nuevos objetos científicos y se producen nuevas preguntas.

Entonces Eagleton se embarca en una crítica hacia este presupuesto de la oposición entre ciencia e ideología que a nosotros nos será de gran utilidad para la discusión sobre la eficacia de la categoría de la ideología como factor determinante en la formación de la opinión pública.

Eagleton, parte de la equiparación que Althusser realiza, en consonancia con el mismo postulado de Adorno y Horkheimer, entre la oposición de ciencia con ideología y la que existe entre verdad y error: ciencia equivale a verdad e ideología a error. Lo hace para enumerar una serie de objeciones bien fundadas. Eagleton empieza ejemplificando el modo en el que dudosos intereses de carácter ideológico pueden llegar a estimular a la ciencia. Continúa haciendo explícito el hecho de que la ciencia misma se basa en un proceso permanente de ensayo y error. Explica el modo en el que una doctrina como la economía política clásica era, para Marx, una ciencia que estaba sesgada por los intereses ideológicos burgueses; además refiere cómo Lenin consideró que la ciencia marxista era la ideología del proletariado.

Pero además de todo ello resulta que, aunque la ciencia no sea para nada reducible a ideología, la ciencia moderna está totalmente imbuida de ideología. Más que en sus hipótesis particulares, en la sociedad capitalista moderna resulta acertado pensar que toda la ciencia, el triunfo de la perspectiva tecnológica e instrumental, es parte de la legitimación ideológica de la burguesía. De hecho, los postuladores del fin de las ideologías ven en la realidad social de la ciencia a la misma legitimidad del sistema capitalista en las sociedades postindustriales, como veremos que tratará de demostrar con su obra Daniel Bell. Pero también la ciencia es un aspecto decisivo en la perdurabilidad del capitalismo desde el punto de vista de su clásica formulación de la crítica a la razón instrumental efectuada por Adorno y Horkheimer y para su teoría crítica de la industria cultural de masas. Ahora bien, contrariamente a lo que pensaban Horkheimer y Adorno, la ideología no se puede reducir a una mera cuestión de verdad o falsedad. “La ciencia y la ideología son simplemente diferentes ámbitos de ser, radicalmente inconmensurables entre sí” (Eagleton, 1997, 180).

Lo peculiar de esta distinción althusseriana entre ciencia e ideología consiste en que es epistemológica, no sociológica. Althusser no atribuye la posesión de la verdad científica a ningún grupo social determinado ni tampoco hace víctimas de la ideología a las masas como sí que lo hacen otros, particularmente aquellos referidos autores que en su momento santificaron el fin de las ideologías.

Yendo al grano, la característica fundamental de la ideología según Althusser no es, como venía siendo, tanto su carácter eminentemente social como su carácter subjetivo. Para él, la ideología solo se realiza a través del sujeto humano. Sirve para orientar la realidad hacia el

sujeto haciéndole creer que él es una parte esencial de ella. La ideología crea en nosotros la ilusión de que somos imprescindibles para una sociedad de la que, en realidad, cada uno solo es una parte desechable. Nos confiere la conciencia de nosotros mismos a través de nuestra propia identidad construida socialmente. Lo hace ocultándonos la verdad inconfesable de que cada individuo carece por sí mismo de potencial alguno para su realización si no es en el seno de la sociedad. “Lo imaginario es así, en un sentido, obviamente falso: [la ideología] oculta de nuestra vista la manera en que operan realmente los sujetos y las sociedades” (Eagleton, 1997, 185). Sin embargo, en otro sentido, la ideología no puede ser falsa en cuanto que nos es socialmente imprescindible, forma parte de la realidad.

Para Eagleton (ibíd.) esta formulación plantea muchos de los viejos problemas que arrastraba la «filosofía del sujeto». Esto le lleva a desarrollar una cierta crítica en la que él contrasta la noción de sujeto que desarrolla Althusser con las de Lacan y Freud. De este contraste se concluye que el sujeto de Lacan se corresponde con la naturaleza inescrutable de cada individuo, de tal modo que “Ningún *particular* puede proporcionarme la confirmación de mi identidad que busco, pues mi deseo de esta confirmación siempre irá «más allá» de esta figura” (1997,188). Es decir, la de Lacan se trata de una concepción del sujeto desvinculada de cualquier carácter social claramente distanciada de la que expone Althusser.

Para este último el sujeto no es así tanto «lo que está debajo» como «lo que es sometido» (ibíd.). Paradójicamente, nos hacemos sujetos humanos «libres» y «autónomos» sometiéndonos al Sujeto, o a la ley. “Una vez hemos «interiorizado» esta ley, nos hemos apropiado de ella, empezamos a obrar de manera espontánea e incuestionable conforme a sus dictados” (ibíd.). Esto significa que para Althusser la libertad y la autonomía se reducen a meras ilusiones personales porque la ley estaría tan arraigada en cada uno de nosotros que terminaríamos por confundirla con nuestra propia iniciativa. Así, la ley, como institución social, marca claramente la diferenciación entre las distintas concepciones del sujeto entre Lacan y Althusser.

En cualquier caso, semejante concepción de la ideología sustentada en la noción del sujeto, tomado como constructo social, le sirve muy bien a la sociología burguesa de fundamento por su carácter funcional: es evidente que esa idea de que la ideología actúa como aglutinante social es muy útil a sus objetivos de integración sistémica. De hecho, una base tan amplia como la que se puede delimitar psicológicamente a partir de esta idea de «sujeto» se abre hasta incluir cualquier ideología, no tiene por qué ser estrictamente la de la clase social. Incluso es también práctica para incorporar cualquier forma de conciencia necesaria en la adecuación del «sujeto» a la estructura social.

No obstante, Althusser no se desmarca de la idea gramsciana de que el estudio de la ideología debe partir de la lucha de clases sociales en los ámbitos de lo que él denomina aparatos ideológicos del Estado (Eagleton, 1997, 189) —a los efectos, la Sociedad Civil según Gramsci—.

Completando la noción de ideología que ofrece Althusser, Eagleton (1997, 191) reitera que la ideología “es un medio imprescindible para la producción de sujetos humanos”. En lugar de una cuestión de ideas, consiste en un sistema simbólico integrado por imágenes, prácticas, rituales y a veces conceptos que se «viven» en un nivel consciente, pero que no forman parte de la conciencia. Aparecen siempre incorporados a instituciones «materiales». Para Eagleton (1997, 192) esta materialidad de la ideología según Althusser es una valiosa

corrección al concepto de «conciencia de clase» de Georges Lukács, sustancialmente descorporeizado, pero Eagleton precisa que Althusser se olvida de que la ideología es al final una cuestión de significado. No obstante, lo peor de todo será que esta materialidad es convertida por Althusser en cualquier «experiencia vivida» por el sujeto. La ideología se hace así imperecedera. No tiene historia y se encuentra abocada a existir en toda forma de sociedad, incluso en aquella en la que las clases hubieran sido abolidas porque al final es necesaria para responder a las demandas de sus condiciones de vida.

Expresado de una manera algo más práctica, incluso en una sociedad sin clases, solo la teoría de la ciencia puede conocer la dinámica del orden social en su conjunto. Aunque los individuos pueden acceder al conocimiento científico de la formación social, no pueden ejercer ese sofisticado conocimiento en la práctica vital cotidiana de cada cual y por eso necesitan de la ideología para completar su simplificada visión de la realidad social. Volvemos así a referirnos a la falta de totalidad a la que alude Lukács, o más bien a aquello que para Habermas podría consistir en la reconstrucción de la totalidad de la imagen del mundo de la vida y en la recuperación de la integridad de la conciencia frente a su fragmentación. Así, para Althusser la ideología es siempre falsa en cuanto que lo verdadero es el conocimiento científico, pero no es falsa de una *manera peyorativa*. La ideología solo es auténticamente negativa cuando su falsedad se utiliza con la finalidad de reproducir las condiciones sociales de la explotación humana (Eagleton, 1997, 194).

Para terminar de delimitar el concepto, según Eagleton (ibíd.), para Althusser la ideología implica sujetos, en cambio el conocimiento es un proceso que prescinde totalmente de ellos como ente psicológico. La ideología no es en sí misma un proceso cognitivo, es simplemente una cuestión de experiencia. Se trata de una concepción de la realidad centrada en el sujeto, de tal modo que su falsedad dependerá siempre de la perspectiva que se adopte, la de la teoría o la del sujeto.

Concluida la descripción de la ideología que elabora Althusser, Eagleton (1997, 198) nos remite nuevamente a Nikos Poulantzas, precisamente lo hace por el carácter althusseriano de este último. Según Poulantzas, una característica específica de la moderna ideología burguesa es la ausencia en su discurso de toda dominación. Ese discurso se nos presenta como inocente desde el punto de vista del poder, “Esta ocultación de poder adopta una forma específica: la ocultación de los intereses políticos tras la máscara de la *ciencia*” (ibíd.). En realidad, este planteamiento nos devuelve a la idea de falsa conciencia y a los mecanismos de legitimación del poder político basados en la ocultación. Pero lo interesante resultará cuando Poulantzas desvela aquello que será para nosotros un elemento esencial en el curso de la discusión acerca del grupo de autores que terminarán por postular el fin de las ideologías, cuyo representante más significativo será Daniel Bell. Efectivamente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, estos autores pretendieron acabar con las ideologías “aplaudiendo el supuesto tránsito de una racionalidad «metafísica» a una «tecnológica»” (ibíd.), cuando lo que estaban haciendo en realidad no fue más que reseñar un aspecto intrínseco de toda la ideología burguesa. Bell es particularmente recurrente al afirmar esto poniendo en ello un especial énfasis. Lo hace sintéticamente en su obra *El fin de la ideología*:

Sin embargo, en un mundo político-tecnológico, la propiedad ha ido perdiendo su fuerza como poder determinante, e incluso, en ocasiones, la riqueza. En casi todas las sociedades modernas, la capacidad técnica se ha vuelto más importante que la herencia como determinante de la ocupación, y el poder político tiene precedencia sobre el económico. ¿Entonces cuál es el significado de clase?

(Bell 2015, 70)

Pero donde Bell desarrolla extensamente su peculiar idea de que la tecnología y sus efectos sobre la estructura social ya nos ofrecen una explicación más eficaz que la tradicional teoría de las clases de Marx, será a lo largo de su obra su obra *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Precisamente, allí se refiere a un doble punto de partida en el origen de todo su trabajo. Por un lado:

El punto de partida se encuentra en un tema implícito en mi libro *The End of Ideology*: el papel de la toma de decisión en una sociedad. La toma de decisión técnica, en efecto, se puede considerar como el punto opuesto a la ideología: aquélla es fruto del cálculo y tiene carácter instrumental; esta es emocional y expresiva. El tema de *The End of Ideology* fue el agotamiento de las viejas pasiones políticas; las teorías que se desarrollan en *La sociedad post-industrial* intentan explorar el pensamiento tecnocrático en sus relaciones con las decisiones políticas.

(Bell 2007, 53)

Por el otro:

Un segundo cabo fue una serie de estudios que publiqué en la revista *Fortune* a comienzos de la década de 1950 sobre la composición cambiante de la fuerza de trabajo, con referencias particulares al declive en el sistema ocupacional de los trabajadores industriales en relación con los trabajadores empleados en tareas no productivas en las fábricas y los empleados profesionales y técnicos.

(Bell 2007, 54)

En realidad, estas pertinentes citas de Bell solo son un anticipo de la referida discusión acerca de los postuladores del fin de las ideologías que efectuaremos llegado el momento.

Con este breve adelanto para nuestra labor pendiente, de la que nos da pistas Eagleton al citar a Poulantzas, concluye el capítulo, no sin antes realizar una breve referencia a Pierre Bourdieu.

Bourdieu ni tan siquiera se vale de algún concepto de ideología. Si utiliza una especie de sustituto al que llama «habitus». De manera parecida a como la ley puede ser interiorizada y actuar con la apariencia de la propia iniciativa según Althusser, para Bourdieu existe un inconsciente cultural por el que las acciones sociales “pueden estar reguladas y armonizadas de forma objetiva y armónica sin ser en modo alguno resultado de la obediencia consciente a las reglas” (Eagleton, 1997, 200). Pero el habitus es en realidad un sistema abierto que hace posible enfrentarse a cualquier situación por imprevisible y novedosa que resulte, es algo así como un «principio generador de estrategias». Muy sintéticamente, “El reconocimiento de la legitimidad –afirma Bourdieu– «es el reconocimiento erróneo de la arbitrariedad» (1997, 201). Además del habitus, Bourdieu nos habla de la «violencia simbólica». Esta última es una forma de coacción que no es percibida como tal. Es la forma en la que terminamos por aceptar de una manera no dolorosa aquello que es socialmente deseable y por rechazar lo que no está convencionalmente aceptado. Según Eagleton, el conjunto de la obra de Bourdieu es una importante contribución a la determinación de las «micro-estructuras» de la ideología, si por tales podemos entender aquellas realizaciones ideológicas «de la vida cotidiana» de las que nos hablaba Gramsci.

Como ya forma parte del procedimiento de análisis doctrinal que hemos venido practicando, es el momento de realizar una recopilación y síntesis de la que poder sacar un conocimiento útil para nuestro propósito.

La Escuela de Frankfurt supone un paso decidido hacia la superación de la ideología como tal, ya que ahora es interpretada en el más negativo de todos los sentidos que pueda tener: como lo contrario a la verdad. La negación de la conciencia –de clase– y la sustitución de las nociones de reificación y cosificación de la conciencia en Marx por la crítica a la industria cultural de masas dejan al concepto de ideología acorralado contra los límites de la filosofía del sujeto. Efectivamente, si recordamos la contraposición que Horkheimer y Adorno hicieron entre masa e individuo, es fácil entender por qué la ideología pierde su carácter social y colectivo que tiene cuando se la ve como conciencia de clase. A fin de cuentas, la vocación psicoanalítica del Instituto de Ciencias Sociales de Frankfurt no podía resolver la contradicción individuo-sociedad de otra manera más o menos satisfactoria. La psicología hace del individuo el objeto de su conocimiento, trata de determinar las patologías que afectan a su psique debido a los traumas que experimentó a largo de su exclusiva experiencia vital. Lo individual y lo social aparecen así nítidamente disociados en sus formulaciones por muy social que se proclame el Instituto.

Sin embargo, Habermas le da un interesante giro a la cuestión y recupera, en cierto modo, ese carácter social y coactivo de todo poder institucional como el que ejerce la ideología desde los orígenes del concepto. Aunque tal coacción se sigue produciendo de forma no consciente, la novedad consiste en la manera en la que ésta se oculta tras las prácticas comunicativas, haciéndose inmune a la crítica racional. En todo caso, tampoco Habermas rechaza abiertamente la crítica psicoanalítica hacia la ideología tal y como la llevaron a cabo sus predecesores en el Instituto. De hecho, asemeja la ideología a una cierta patología de la psique que tiene los mismos efectos de cualquier otra sin negar por ello su causación social en la deformación del lenguaje. Por eso recupera la idea de conciencia como un hecho colectivo, pero ahora ésta aparecerá fragmentada y carente de alguna visión totalizadora en lugar de ser una falsa conciencia sin más.

Louis Althusser trata de superar la contradicción individuo-sociedad mediante el constructo social del sujeto. Sitúa claramente la construcción de la identidad del sujeto en un proceso de interiorización de la ley, lo que ocurre hasta tal extremo que este condicionamiento interiorizado se llega a convertir para la conciencia en la misma expresión de su libertad y de su propia iniciativa. Aunque para Althusser la ideología y la ciencia sean algo tajantemente diferenciado por el carácter subjetivo de la primera frente al objetivo de la segunda, la ideología no es algo negativo per se en cuanto que actúa de una manera funcional como aglutinante social al asignar su lugar a cada uno en la estructura de la sociedad. Solo es negativa en las condiciones de explotación humana creadas por el capitalismo. Pero, además, Althusser se hace eco de Gramsci al denunciar al aparato ideológico del Estado como el medio por el que éste sistema se reproduce.

Así pues, vemos que, a partir de los comienzos del Instituto de Ciencias Sociales, la ideología ha degenerado desde ser la conciencia del proletariado y la ciencia del socialismo científico que consagró la Segunda Internacional a una suerte de conocimiento degradado y falso por no verdadero. En él se expresan la razón instrumental y sus trágicas consecuencias para la vida humana más allá de sus lamentables efectos sobre ninguna inexistente conciencia. No obstante, Habermas, restituye el valor del concepto de conciencia social, incluso siendo negativo, y lo incrusta en el nivel del habla cotidiana, apuntando además a posibles efectos emancipadores mediante el ejercicio de la crítica

emancipatoria. Althusser, llega entonces hasta el extremo de positivizar el concepto de ideología siempre que sea en unas condiciones distintas a las del capitalismo, aunque lo delimita taxativamente del conocimiento verdadero de la ciencia.

Esta trayectoria del concepto, que se distancia visiblemente desde sus formulaciones originales como conciencia de clase para volver a restituirse, viene claramente condicionada por los acontecimientos históricos. Las previsibles consecuencias de que un orden social más justo vendría de la mano de una nueva ideología, aparentemente quedaron frustradas con la aparición de la Unión Soviética y la quiebra de La República de Weimar, origen de la II Guerra Mundial.

### 8.1.8. La pretendida posmodernidad y la opinión pública

El siguiente capítulo en la obra de Eagleton lo titula *De Schopenhauer a Sorel*. Eagleton llega hasta Schopenhauer después de analizar las consecuencias de la puesta en práctica de los malogrados ideales burgueses. La consolidación del capitalismo no tuvo como consecuencia la realización del sueño de la emancipación prometida por la razón ilustrada. En su lugar la razón acabó por reducirse al egoísta cálculo del interés propio. En opinión de los mismos ideólogos burgueses, no hacía falta ir mucho más allá de transformar «las pasiones» en «el interés» sublimándolas con la razón. Esto significa que “Tan pronto como la sórdida pasión de la codicia puede aplicarse al interés social de hacer dinero, puede aclamarse súbitamente como un fin noble” (Eagleton, 1997, 204). A partir de este presupuesto resultará muy fácil transitar desde la afirmación de que la razón no es más que un instrumento neutral de las pasiones a la de que solo es un mero reflejo de ellas. Ciertamente que, de ser lo contrario de la ideología, la razón así entendida se convierte en una facultad netamente ideológica. Pero las consecuencias no se limitarán tan solo a esto. Desde esta misma perspectiva, ya no podemos hablar de falsa conciencia porque toda conciencia es inherentemente falsa, “Ser consciente *es* simplemente estar engañado” por el deseo egoísta (Eagleton, 1997, 205). La realidad no es más que el ámbito para la realización de nuestros deseos, un ámbito en el que nos resulta imposible discernir nada si no es sesgadamente a través de la consecución de nuestros anhelos.

Según Eagleton, precisamente esta es la transformación que apreciamos del ideal de la razón hegeliana en la burda parodia en que se ha convertido (ibíd.):

“la ciega voluntad voraz – en ansia vacía e insaciable que está en el núcleo de todos los fenómenos–. Para Schopenhauer, el intelecto es solo un tosco y errante siervo de esta fuerza implacable, una facultad intrínsecamente equívoca que sin embargo, de manera patética, cree presentar las cosas tal como son.”

La ambición desmedida como causa de la codicia, la perversidad, y la agresividad del mercado burgués resulta ser ahora la misma «naturaleza humana» “mistificada en una voluntad metafísica” (1997, 206).

Schopenhauer responde desde la reacción antiilustrada del romanticismo dando origen a un pensamiento irracionalista para el que los conceptos son siempre ineficaces y aproximados, incapaces de dar cuenta cabal de la experiencia vital. Para él, la voluntad no es tan auténtica en su esencia ni en sus propósitos como se nos presenta, tan solo nos sirve a modo de autoengaño para perpetuarse a sí misma:

Como el capitalismo para Marx, o el inconsciente para Freud, la voluntad schopenhaueriana incluye en sí misma su propio disimulo, que la crédula humanidad conoce como razón. Esta razón es sólo una racionalización superficial de nuestros deseos, pero cree ser sublimemente desinteresada.

(Eagleton 1997, 207)

Cabe reseñar que la oposición entre intelecto y voluntad se convertirá con el correr del tiempo en la oposición entre teoría e ideología, la que ya encontramos firmemente asentada en Althusser.

Establecidas las bases del irracionalismo romántico, recogerá este legado el que será su máximo exponente, Friedrich Nietzsche. Nietzsche cambia la voluntad schopenhaueriana por «el poder». Esto quiere decir que la razón sigue sin lograr recuperar su condición de causa sublime para continuar siendo solo el efecto de otra facultad humana tan degradada con respecto a ella como lo es la ciega voluntad. Por lo demás, lógicamente todo será abundar en parecidas ideas a las de Schopenhauer sobre cualquier intelección:

Así pues, la mente es sólo una edición y organización del mundo para fines pragmáticos, y sus ideas no tiene más validez objetiva que ésta. Todo razonamiento es una forma de falsa conciencia, y toda proposición que formulamos es sin excepción incierta. [...] Nuestro pensamiento se mueve en un marco de necesidades, intereses y deseos esencialmente inconscientes basados en el tipo de animales materiales que somos, y nuestras pretensiones de verdad son totalmente relativas a dicho contexto.

(Eagleton 1997, 208)

Eagleton explica que, aunque no haya referencias explícitas al término ideología en su obra, el concepto está presente al menos en dos formas. Una es esta última: la concepción de que las ideas no son más que racionalizaciones engañosas de pasiones e intereses. La otra es la de «la metafísica». En consonancia con su desdén por toda intelección, según Nietzsche, las verdades eternamente espurias de la ciencia, la religión y la filosofía solo son el refugio de los «nihilistas» que desdeñan el gozo y el terror del incesante devenir. En uno de las más célebres pasajes de *El crepúsculo de los ídolos*, Nietzsche enfatiza y reivindica que «la vida» es apropiación, daño, dominación de lo extraño y lo más débil; supresión, insensibilidad, imposición de las propias formas, incorporación y, por lo menos, en el mejor de los casos, explotación. O sea que, según Nietzsche, la vida se parece sospechosamente al ámbito de subsistencia creado por el mercado capitalista, lo que sin duda no deja de ser una racionalización ideológica acorde con una época decimonónica en la que ya se había afianzado el nuevo orden burgués.

La cierto es que, tanto de Schopenhauer como de Nietzsche, cabe hacer explícita la siguiente paradoja: si todo razonamiento con pretensiones de verdad es inherentemente falso e interesado, sus propias formulaciones doctrinales tienen el mismo valor y la misma veracidad que un bostezo. Por lo general cabe decir igual de cualquier tipo de irracionalismo por su renuncia expresa a que las percepciones procedentes del mundo sensible puedan ser filtradas por la facultad racional y ser así transformadas en episteme, en conciencia del mundo. Si no existe alguna adecuación racional entre mente y mundo, simplemente no hay nada más que pura sensación. Una vez llevados sus supuestos a los máximos extremos, seguramente en eso debe consistir «la vida» para Nietzsche, en intensas sensaciones como las que experimenta cualquier otro ser vivo privado de racionalidad en la lucha por su pervivencia.

Aparentemente, Schopenhauer y Nietzsche tienen poco que ver con la noción de ideología si no es para constatar que sus filosofías son en realidad una pseudorracionalización ideológica y no pretendida del degradado «ideal» burgués. Pero su pertinencia en cualquier estudio sobre la ideología resultará indiscutible, tal y como lo demuestra Eagleton cuando explica la deuda que tiene con sus filosofías una ampulosamente nueva era del pensamiento y de la cultura que pomposamente se autodenomina «posmodernidad».

Como punto de arranque para tatar este nuevo tema de la posmodernidad podemos afirmar que en realidad consiste en una desideologización perfectamente ideológica. Eagleton nos la presenta parodiada de la siguiente manera:

No existe nada como la verdad; todo es cuestión de retórica y poder; todos los puntos de vista son relativos; hablar de «hechos» y «objetividad» no es más que una forma especiosa de defender intereses específicos. Esta posición suele ir unida a una vaga oposición a la situación política vigente, ligada a un pesimismo intenso sobre la esperanza de cualquier alternativa. [...] Quienes la defienden tienden a estar interesados por el feminismo o por la «etnicidad» pero no por el socialismo, y utilizar términos como «diferencia», «pluralidad» y «marginación» pero no «lucha de clases» o «explotación».

(Eagleton 1997, 210, 211)

Nosotros ya veníamos anticipando la forma en la que se procura la perpetuación del status quo en las sociedades del capitalismo avanzado. Lo hicimos sin menoscabo del éxito que Habermas atribuye a la pacificación por la socialdemocracia del conflicto de clases en el Estado Social. Pero también tuvimos ocasión de ver como el pluralismo servía a este mismo objetivo de la legitimación del gobierno político por la mediación de un sistema informativo y por la reconducción del debate público-mediático por él hacia soluciones de conveniencia.

Como nos propusimos en su momento, ahora volvemos sobre el modo en que una visión de la ideología excesivamente amplia e inespecífica, hasta perder cualquier eficacia explicativa, se convierte en este recurso útil para la perpetuación del statu quo institucional. Recordemos que tal objetivo se alcanza mediante el reconocimiento que los diseños sociales y políticos hacen de la existencia de una infinidad de grupos sociales de interés, cada uno con su propia porción fragmentada de ideología o micro-ideología. La operación se cierra con la consiguiente conciliación y realización de sus aspiraciones sectoriales como medio de legitimación, por muy falsos, banales o aparentes que sean los motivos de algunos de ellos. Pero como veremos llegado el momento, aun más eficaz que disponer de alguna ideología para el objetivo de legitimación resultará el negar la existencia de cualquiera de ellas.

En la parodia que nos ofrece Eagleton de la actitud posmoderna resulta fácil adivinar el modo en el que la atención de la opinión pública, en cuanto que expectativa crítico racional sobre el poder político, se puede derivar hacia algunas de las causas inespecíficas y subalternas. Al fin y al cabo de lo que se trata es de eludir y ocultar el conflicto de clase a la conciencia social por su potencial destabilizador de la totalidad del orden burgués.

Entrando en materia, Eagleton afirma que en la concepción posmoderna “una de las victorias ideológicas del pensamiento liberal ha sido igualar objetividad con desinterés”, llegando al extremo de negar la posibilidad de alguna objetividad por la inviabilidad de

cualquier condición absolutamente desinteresada (ibíd.). Y desde luego, resulta totalmente cierto que la sociedad capitalista es un campo de batalla de intereses desatados y permanentemente contrapuestos. Por eso es por lo que trata de ocultar –le interesa esconder a la conciencia– esta violencia estructural bajo la apariencia de ideas desinteresadas, o en su caso detrás de su atención a determinados intereses ‘no ideológicos’. La forma en la que lo trata de hacer consiste precisamente en una radicalización de este mismo postulado. Como ya razonábamos que hacía el capitalismo desde el sistema mediático, al suscribir una rica pluralidad de perspectivas y jergas enfrentadas lo único que pretende es justamente ocultar su verdadera naturaleza conflictiva detrás de la mera apariencia de «radicalidad» de cada perspectiva, porque así la violencia se nos figura como algo inmanente y consustancial con la realidad misma y no con el sistema.

Pero Eagleton (1997, 212) lo expone aun más explícitamente de la siguiente manera: la afirmación de que nuestro pensamiento se mueve partiendo de ciertos intereses pre-reflexivos, prácticos y «primordiales» es consistente. Pero al final el concepto de ideología no se limita sólo al reconocimiento de la existencia de intereses, sino que también explica la manera en la que ideas específicas sirven para legitimar formas de dominación política injustas e innecesarias. La concepción posmoderna, al ampliar el concepto de intereses para abarcar a toda la vida social, sirve para desviar la atención de éstas luchas concretas “fundíéndolas en un cosmos neonietzscheano” en el que todo es pura manifestación del conflicto y la dominación. Nosotros añadimos que, al mismo tiempo, este cosmos hace inconmensurable e inútil el concepto de ideología. Se trata de “Una visión «escandalosa» del conjunto de la sociedad como implacable voluntad de poder, una irresoluble querrela de perspectivas enfrentadas, [que] sirve, así para consagrar el *statu quo* político” (ibíd.).

Difícilmente encontraremos una mejor manera de coincidir con Eagleton si donde él utiliza la expresión visión –calificándola con una entrecomillada «escandalosa»–, nosotros nos referimos directamente al sistema mediático y a sus previsibles efectos sobre una expuesta opinión pública como institución potencialmente legitimadora del poder político.

Con la intención de completar su crítica hacia la posmodernidad, Eagleton se centrará en lo sucesivo en la obra de un autor que muy consecuentemente se radicaliza dentro tales presupuestos doctrinales. Stanley Fish afirma que todo nuestro conocimiento se reduce a creencias y que la teoría no es otra cosa que un estilo de expresarlas de manera retóricamente persuasiva. Las consecuencias de semejante convicción resultan tremendamente reaccionarias porque neutralizan toda la base racional que nos permite discernir entre aquellas ideas que se adecuan mejor a la realidad. La posición radical de Fish hace que cualquier proposición sea absurdamente auto-confirmatoria con independencia de su relativa validez real.

Esta idea, consecuente con la obsesión por el desinterés que caracteriza a la posmodernidad, parte de que la reflexión crítica debe situarse en un inexistente espacio metafísico exterior expurgado de todo interés, lo cual es imposible. “Y la suposición de que sin esta perspectiva divina no nos queda más que una serie de perspectivas parciales, cada una de ellas tan buena como las demás, no es más que una suerte de metafísica invertida” (Eagleton, 1997, 214). De hecho, la implicación que se sigue de esto resulta inmediata: dado que no existe alguna verdad absoluta que pueda ser fruto del absoluto desinterés, no existe ninguna verdad.

Lo que pretende Fish al final es desacreditar a la izquierda poniéndola ante una inexistente paradoja. En lugar de enfrentarse críticamente frente a ella, elabora un ardid consistente en

negar que la crítica emancipatoria pueda llegar a tener algún efecto. Se aprovecha de que, para una gran parte de un marxismo vulgarizado, existe un fuerte determinismo que nos condena a estar totalmente condicionados por la historia y por sus contextos sociales. Así resulta que no mediará distancia alguna desde semejante convicción a llegar a considerar que cualquier punto de vista posible es solo una prejuiciosa creencia contextualizada. Según este engañoso presupuesto, como todos los intereses y las creencias resultan tan ineludibles en su propio contexto social e histórico, su posición se prueba a sí misma.

Pero el error de Fish y del marxismo vulgar se encuentra precisamente en que semejante determinismo histórico en realidad no forma parte de las concepciones marxistas. Si recordamos la larga discusión sobre sus ideas, Marx consideraba que lo que constituye al sujeto humano es su propia capacidad de transformar sus propios determinantes sociales. Los hombres y mujeres hacen su propia historia sobre las condiciones anteriores; son capaces de plantearse la problemática de su existencia dentro de ciertos límites. Dentro de esa distancia entre lo real y lo posible es donde puede ejercerse la crítica emancipatoria.

Eagleton se enzarza entonces con las concepciones de Fish para demostrar las previsible paradojas a que pueden dar lugar sus fundamentos irracionalistas nietzscheanos. Así:

Nadie puede discrepar realmente de Stanley Fish –pues o bien él comprende lo que uno le dice, en cuyo caso no se está en desacuerdo con él, o bien no, en cuyo caso las opiniones de uno pertenecen a una problemática totalmente inconmensurable con la suya–. Y esta inconmensurabilidad descarta la posibilidad tanto del acuerdo como del desacuerdo.

(Eagleton 1997, 217)

Eagleton acaba por deducir que “El pensamiento posmoderno parece haber sucumbido a la estéril antítesis de que la «razón» debe, o bien estar totalmente dentro de una forma de vida, culpablemente cómplice con ella, o apuntar a un ilusorio punto arquimédico más allá de ella” (218). Es decir, la razón solo puede ubicarse en lo mismo y en lo contrario ¿simultáneamente?, ¿alternativamente?, ¿cómo? A lo mejor resulta que nos encontramos ante un nuevo ‘fenómeno cuántico’.

Además concluye irónicamente afirmando que este pragmatismo «radical» nietzscheano “Consiste en una apología vergonzante de la forma de vida occidental, más retóricamente persuasiva que cierta propaganda explícitamente vulgar a favor del Pentágono”, pues al no existir un trascendentalismo de la verdad, sino un *trascendentalismo de los intereses*, al final no te preguntas de donde proceden los intereses para evitar enredarte en este «fútil objetivo metafísico», simplemente los santificas.

Finalmente, Eagleton trata de desentrañar el modo en el que la relación universal entre conocimiento e intereses que nos propone el posmodernismo resulta ser algo tan limitado como muy específico de la época burguesa:

Quienes consideran la razón simplemente como el instrumento de los intereses, en una inveterada tradición burguesa, parecen suponer en ocasiones que es evidente concretar cuáles son exactamente nuestros intereses. El problema es promoverlos, no definirlos.

(Eagleton 1997, pp. 219,220)

Pero la realidad es que lo de conocer nuestros intereses no es tan evidente como parece porque, al fin y al cabo, no somos tan transparentes para nosotros mismos como pensamos. Por eso la razón no consiste solo en promover nuestros intereses; en realidad su mayor desafío es “formular cuales son realmente éstos, y cuan válidos, potenciadores y productivos son en relación con los deseos de los demás” (ibíd.). En semejante sentido clásico de la razón, ésta se nos aparece comprometida con el concepto de justicia social. Kant lo expresa perfectamente en su *imperativo categórico*. Si bien lo cierto es que para eso la razón se nos tiene que presentar «desinteresada» de alguna manera, esto es, desligada de algún interés particular incompatible con el de los demás, también resultará acertado que por eso la razón es justamente aquello que hace posible darle algún sentido y significado a la totalidad.

La totalidad es algo que, a su vez, nos permite contemplar la vida de una forma estable y global al mismo modo en que nos lo sugiere el propio imperativo categórico kantiano. Un sentido racional de la totalidad es el que reclama Lukács para su ideología marxista frente a la burguesa como conciencia de clase; también es el que echa a faltar Habermas tras comprobar la fragmentación de la conciencia que caracteriza al moderno orden social burgués. Por último, según Althusser, tal sentido de la totalidad hace positiva a la ideología como aglutinante social una vez se haya superado el capitalismo: crea una aproximada autoconciencia de la ubicación de cada cual en la estructura social.

Precisamente, el negarle a la razón su facultad global de ver las cosas desapasionadamente, para reducirla a la contemplación del particularismo de los intereses y de su prosecución, es lo que, a nuestro juicio, la termina por esterilizar. Como lo explica Eagleton:

O bien estamos tan sumidos «en medio de las cosas», atareados en esta o aquella preocupación específica, que nunca podríamos esperar captar la situación en su conjunto; o bien podemos esforzarnos por juzgar la plétora de perspectivas parciales desde fuera, para descubrir que estamos en un espacio vacío. Éste es, en efecto, el dilema que nos ofrecen genialmente toda una serie de teóricos contemporáneos (Hans-Georg Gadamer y Richard Rorty podían servir de muestras idóneamente diversas), que prohíben cualquier intento de emprender una crítica de la forma de vida en su conjunto.

(Eagleton 1997, 220)

Y así es como nos encontramos ante una nueva y definitiva prueba del profundo conservadurismo que anida en un pensamiento que aparenta ser tan avanzado como para erigirse en el digno sucesor de la modernidad. La posmodernidad se arroja con el progresismo izquierdista de la radicalidad y el del énfasis materialista en el arraigo de nuestras ideas en los intereses prácticos, pero lo hace con la velada intención de impedir que se llegue a producir algún cambio de la forma de vida en su conjunto.

Para el pensamiento posmoderno, cualquier crítica a la estructura de la sociedad en su totalidad carece de sentido porque la imposibilidad de abarcar la infinidad de las perspectivas parciales e interesadas la condenan a un trascendentalismo quimérico: como afirmaban Margaret Thatcher y Ernesto Laclau, “el «conjunto de la sociedad» no existe” (221). La verdad es que semejante afirmación tiene que resultar muy desconcertante para la ciencia política y social ¿Para qué sirve entonces todo el entramado institucional?

Efectivamente, el problema práctico para la ciencia social se plantea porque la lógica de algunas de estas perspectivas con intereses estructurales más específicos exige un tipo de crítica algo más general para su correcta resolución:

Así, un grupo de o clase oprimida –las mujeres, el proletariado, las minorías étnicas, los pueblos colonizados, etc.– pueden llegar a reconocer que sin comprender algo de su propia ubicación material en un sistema más amplio, nunca serán efectivamente capaces de percibir su muy específico interés por la emancipación. (ibíd.)

Pero lo peor de la vana insistencia en el principio de la «pluralidad» como un patético reflejo de la incapacidad para racionalizar la complejidad de los fenómenos sociales radica en que su mera expresión no resuelve los conflictos de intereses contrapuestos. La propuesta de Fish, consistente en desplegar una retórica sofisticada, lo único que consigue en última instancia es aplazar la resolución violenta de algunos conflictos que quedarán larvados a falta de una solución estructural que requiere de un enfoque racional más global. En cualquier caso, tal y como sostiene Eagleton:

El pluralismo liberal no está equivocado al considerar que este diálogo abierto de las diferencias es un objetivo deseable; solo se equivoca al pensar que puede tener lugar de una manera idónea en la sociedad de clases, en la que lo que pasa por interés aceptable está determinado ante todo por el poder dominante. (ibíd.)

Si la racionalidad posmoderna, exactamente idéntica a su antecesora moderna, se limita, como lo hacía aquella, a sancionar la pobre racionalidad burguesa del cálculo egoísta e interesado como única fuente de toda racionalidad, la consecuente violencia estructuralmente socializada seguirá reproduciéndose. Unas veces esta violencia se manifestará de forma anómica y soterrada, otras veces lo hará de formas más explícitas dentro del entramado institucional capitalista. Pero negarle a la razón su legítima facultad ilustrada de explicar y transformar la totalidad del orden social equivale a enfrentarse al inexorable curso de la historia.

Al final resultará eficaz como mecanismo legitimador el recurso de presentar una infinidad de puntos de vista dispares y en pugna permanente a través del sistema mediático para crear con la contienda política estados de opinión favorables a la perpetuación del statu quo. La violencia institucional es canalizada por el poder político a través de los medios de información, neutralizada por el conflicto de opiniones y percibida como un rasgo consustancial de la realidad.

#### **8.1.9. El inconsciente freudiano, como sustrato psíquico de la ideología**

Precisamente de la violencia como facultad intrínsecamente psicológica se ocupará uno de los más ilustres herederos de la tradición de Schopenhauer y Nietzsche: Sigmund Freud. Su particularidad radica en que no se ocupará desde su misma tradición netamente irracionalista. Simplemente, “pretende demostrar el carácter caprichoso y frágil de la razón, su dependencia de un conjunto de fuerzas más fundamental” (ibíd.).

Freud sustituye a «la voluntad» en Schopenhauer y «el poder» en Nietzsche por «el inconsciente». En lugar de un mero ámbito de iniquidad disfrazado de razón como la voluntad o como el poder, el inconsciente se nos aparece como una deconstrucción de la oposición entre la razón y el instinto. En este sentido «instintivo», tanto para Freud como

para Nietzsche, conocer no es otra cosa que una consecuencia de la voluntad de dominar y poseer. Por ello resulta:

[...] –qué la *propia mente* está constituida por una distorsión o alienación crónica, y que la «ideología» es, por tanto, su hábitat natural—. La falsa conciencia no es un accidente que afecte al intelecto en la forma de un prejuicio pasajero; no es el resultado de mistificación o de intereses sociales falsos. [...] La falsa conciencia es, así, menos un cuerpo específico de creencias que, en expresión del propio Freud, la «psicopatología de la vida cotidiana»

(Eagleton 1997, 223)

Lo determinante para Freud es justamente que el sujeto se constituye a partir de la represión de sus propios determinantes conscientes. Es decir, que aunque el inconsciente produzca el yo, éste nunca se manifestará de una forma explícita. El inconsciente se mantiene ausente para que el yo pueda desenvolverse en la cotidianidad. Como ya veníamos apuntado, somos opacos a nosotros mismos. Pero entonces, (1996, 224) “Si nuestro conocimiento no es más que una función de nuestra opacidad para con nosotros mismos, ¿cómo podemos esperar conseguir el tipo de comprensiones que pueden liberarnos?”

A pesar del escepticismo irracionalista que se sigue de este último interrogante, lo cierto es que Freud no pierde la confianza en la eficacia emancipadora de la razón. Al menos esto es lo que se desprende de su estudio sobre la religión *El porvenir de una ilusión*. En él Freud postulará que la religión pudo haber sido un mito socialmente conveniente para contener el descontento político gracias su poder sublimador. No obstante, él no aceptará que la mistificación tenga por qué ser una condena eterna para la condición humana muy a pesar de su temor elitista a las todavía irracionales masas. Fortuitamente, en la misma línea de lo hemos defendido anteriormente, afirmará que todos tenemos que entregarnos a lo que él llama «educación en la realidad». En coincidencia con nuestra tesis sobre la «extensión de la racionalidad»:

Al igual que Gramsci, [Freud] afirma que la cosmovisión secularizada y desmitologizada que hasta la fecha has sido esencialmente monopolio de los intelectuales debe difundirse como «sentido común» del conjunto de la humanidad.

(Eagleton 1996, 225)

Así pues, sin menoscabo de que el intelecto todavía pueda ser relativamente impotente frente al primado del instinto, para Freud, solo es cuestión de tiempo el que esta relación se pueda llegar a invertir.

Freud da entonces un paso más allá y se interroga por el carácter mítico y sublimador que pudieran tener otras instituciones aparte de la religión. Al hacer un repaso de ellas –las instituciones políticas, la ciencia, la cultura en general...– se enfrenta a la inabarcable amplitud de la tarea que se abre ante él, así que modestamente clausura la cuestión alegando carencia de medios para abordarla. Y es de esta manera como Freud se queda justo a las puertas de la doctrina marxista de la base y la superestructura.

Pero su reflexión estaba tan bien orientada que, en otro lugar, nos informará de que (Eagleton 1996, 226) “la motivación básica de la vida social es la civilización económica: la civilización no es más que un mecanismo molesto para obligar a los hombres a hacer lo que

espontáneamente detestan, a saber, trabajar.” Es evidente que esta posición se aleja sensiblemente de la de Marx. Para Marx, la superestructura jurídica, política e ideológica se produce por la división de la base económica de la sociedad de clases para poder reproducir la explotación del trabajo ajeno.

En cualquiera caso, Freud sabe que, en el capitalismo, el trabajo no es correspondido con su gratificación instintiva. Por eso la «superestructura» de la civilización, o la «cultura», tiene que obligarnos o engañarnos para garantizar la reproducción de las condiciones materiales de vida. Así, Freud coincide nuevamente con Gramsci y con su concepto de hegemonía al considerar que la cultura es un medio con propiedades coercitivas y consensuales para que acabemos por aceptar nuestra condición de trabajadores sometidos a explotación.

Según Freud, somos capaces de sublimar nuestros instintos en ideales culturales que nos permiten vivir cooperativamente en comunidad. Pero estos mismos ideales nos pueden llegar a exigir más renuncia a nuestros instintos de la que somos capaces de soportar. Esta situación se ve agravada en la misma medida que adquirimos conciencia del desigual reparto de cargas y gratificaciones ocasionado por la explotación. Dado que la hegemonía consiste en la interiorización de la ley, en determinadas condiciones de flagrante desigualdad esta interiorización se hace inviable y se produce entonces una crisis de hegemonía, una crisis de poder.

El mecanismo por el que se interioriza la ley es el superyó, la voz de la autoridad en cada uno. La relación que mantenemos con el superyó es ambivalente y contradictoria. En la formación del superyó el poder se asienta en el inconsciente y dirige su fuerza contra el propio yo. La eficacia del poder político se sustenta precisamente en el hecho de que el sujeto llega a desear la misma ley que lo somete. Por eso amamos la ley al mismo tiempo que experimentamos un profundo rechazo hacia ella. Pero la ley es para Freud obtusa, brutal, paranoide, cruel, sádica y tiránica. Puede conducir a los hombres y las mujeres a la locura. Freud creía que uno de los fines del psicoanálisis era precisamente el de mitigar el rigor legal.

Al tratarse en suma de un producto de sublimación, compensación y resolución imaginaria, dado el poder que la propia «cultura» tiene para someter a la condición humana resultará ser equivalente a un concepto de potente ideología. Pero es que, además, también el concepto de civilización en Freud será netamente ideológico. Como en las más rancias tradiciones del naturalismo filosófico –así en las de Hobbes o las de Jeremy Bentham–, para Freud:

Los hombres y mujeres son naturalmente egoístas, dominantes y agresivos, predadores monstruosos a los que solo se puede persuadir a que abandonen su agresión mutua mediante prohibiciones de la autoridad, o por engaño de una dosis alternativa de placer.

(Eagleton 1997, 229)

Freud no ve a la sociedad como una oportunidad para el pleno desarrollo de las facultades humanas. Consecuentemente con el propósito de la psicología y de su particularización de las psicopatologías, Freud tiene una concepción absolutamente burguesa de la sociedad y del individuo, al que prácticamente concibe como un ente aislado impulsado por sus apetitos. En esta cínica moralidad burguesa de mercado es donde pretendidamente se fundamenta el hecho de que la «cultura» aparezca tan vulnerable frente al instinto. Curiosamente, por esto mismo es por lo que Freud resulta ser otra víctima de los prejuicios

ideológicos de la clase a la que pertenece, al igual que también lo era Proudhon para Marx. Esta concepción tan monstruosa, animal e instintiva del «hombre», una vez universalizada, es la misma que se reproducirá posteriormente en la obra de Jacques Lacan. Sin duda alguna que su desdén por el concepto de emancipación política y su desprecio por la historia humana —a la que considera poco más que una «cloaca»—, han contribuido a la deplorable visión de aquellos autores que se sumaron a la insistentemente referida y postergada tesis de «el fin de las ideologías» durante la posguerra.

No obstante, en lo que sí coincidirán Freud Y Marx es en la idea de que la teoría sin su práctica, y la práctica sin su correspondiente teoría, carecen de eficacia alguna. La neurosis no se cura únicamente con su mera enunciación consciente, hace falta intervenir en las condiciones materiales que le dieron origen. En este mismo sentido de la indisociable relación teoría-praxis, resultará de una particular importancia ideológica la siguiente observación que realiza Eagleton (1997, 231): “El marxismo y el freudianismo tienen el debido respeto por el discurso analítico, a diferencia de los irracionalismos modernos que pueden permitirse el lujo de no necesitar saber”.

En el lugar al que ha llevado Eagleton su teorización sobre la «cultura» según Freud, lo que ya nos debe resultar muy evidente es la existencia de ciertas dimensiones inconscientes de la ideología. Especialmente interesante será ese carácter fantástico de la ideología que le confiere una gran parte de su poder. Para clarificar esta cuestión, Freud distingue entre el engaño, meros estados mentales en contradicción con la realidad, y la ilusión. Las ilusiones tienen la facultad de expresar vivos deseos que se pueden llegar a realizar, es decir, tienen un cierto carácter predictivo y fuertemente motivador. Si sustituimos a la «ilusión» por la «ideología», lo que obtenemos es su mismo concepto althusseriano: no se trata tanto de falsar las ideas en un contraste con la realidad como del efecto motivador que ellas tienen para cambiar esta realidad.

Así pues, para Freud la ilusión no tiene en sí misma un sentido negativo. Efectivamente, aunque la ideología no sea más que una expresión de la realidad encubierta y sostenida por nuestros deseos inconscientes, en ella se oculta una aspiración utópica. Esta ilusión de la ideología sugiere una situación en la que todos nos lleguemos a sentir más seguros y satisfechos, menos amenazados y preocupados, o más libres, de lo que normalmente nos sentimos en nuestras circunstancias vitales cotidianas. De este modo, el concepto freudiano de ilusión coincide en cierta manera con la noción de ideología formulada por la Escuela de Frankfort (Eagleton 1997, 233): “Para Herbert Marcuse, la cultura de la sociedad de clases es a la vez una sublimación falsa del conflicto social y [...] una crítica utópica del presente”.

A partir del hecho de que los componentes inconscientes de la ideología la dotan de su contradictorio carácter de engaño y esperanza utópica, para Freud la irrealidad de la utopía radica siempre en (ibíd.) “la imposibilidad de cualquier identificación total entre nuestras pulsiones libidinales y un sistema de poder político dado”. Pero lo realmente cierto es que Freud habla muy poco de la ideología a pesar de que muchas de las categorías que fundamentan la vida psíquica sean perfectos mecanismos estructurales de ella (Eagleton 1997, 234): proyección, desplazamiento, sublimación, condensación, represión, idealización, sustitución, racionalización, negación. Seguro que fue por eso que el Instituto de Ciencias Sociales de Frankfort terminó por incorporar este valioso acervo a la crítica de la conciencia ideológica.

Eagleton (1997, 234-241) terminará el presente capítulo con un ajustado repaso a algunos autores cuya contribución a la noción de ideología resultará relativamente limitada, aunque

ya hacia su conclusión realizará un completo contraste entre mito e ideología que sí aporta importantes claves para un concepto de ideología.

Comienza por hacer una breve descripción de la crisis del capitalismo durante el cambio de siglo entre el XIX y el X, crisis que afecta a la ideología burguesa y a su creencia exclusiva en el interés como fundamento de la existencia humana. Describe una época en la que las ideas irracionistas cobran una fuerza inusitada en la sociedad europea.

Precisamente por esto, en la más genuina tradición nietzscheana, el derechista italiano Vilfredo Pareto hará una apelación a ciertos «sentimientos» que él considera atávicos y los que llama «residuos». Los residuos se organizan para él a su vez en «derivaciones», argumentos no lógicos o pseudológicos que justifican aquellos sentimientos. Preocupado por la eficacia de la política para configurar un poder por entonces tan necesitado de legitimidad, sugiere a los políticos de la época el arte de familiarizarse con los «sentimientos» y «derivaciones» de las masas para lograr dicha legitimidad. En suma, lo que propone es indagar en una cierta pseudoideología de las masas para elaborar a partir de ella una retórica sofisticada capaz de desplazar a las fracasadas ideas burguesas del cálculo y del interés como mecanismo de sometimiento.

En el otro extremo, Sorel se constituye en una especie de revolucionario romántico. Enfrentado al positivismo cientifista de la Segunda Internacional, pone todo su empeño de sindicalista revolucionario en el objetivo de la huelga general, a la que considera un poderoso mito con el que poder infundir los más nobles y profundos sentimientos en la clase trabajadora para animarla a la acción revolucionaria. Dentro de este contexto de irracionismo nietzscheano del que también es deudor, Sorel pretende que (Eagleton 1997, 136) “el socialismo es una suerte de momento sublime, que desafía todo análisis discursivo; y su contenido debe transmitirse en la inmediatez de una imagen mítica más que por las circunlocuciones de la ciencia.” Su estética de la violencia revolucionaria tuvo una gran influencia en su momento. Su pensamiento influyó poderosamente en Gramsci, pero de una manera mucho más siniestra también lo hizo en el fascismo.

En esencia, el poder de las ideas de Sorel radica en su apelación al mito. Según Eagleton no resulta sencillo determinar qué relación existe entre el mito y la ideología:

Tanto el mito como la ideología son mundos de significación simbólica con funciones y efectos sociales; pero puede decirse que el mito es un término más amplio, al girar en torno a las grandes cuestiones metafísicas del nacimiento, la sexualidad y la muerte, las épocas, lugares y orígenes sagrados.

(Eagleton 1997, 237)

Las ideologías son más específicas y pragmáticas. Pero lo cierto es que son un mejor mecanismo de legitimación política que los mitos. Por lo pronto son un mecanismo más racional. No obstante, muchas ideologías se emplean en utilizar a los mitos y a su simbología para los mismos fines de reproducción del poder. Por ejemplo, este fue el típico caso de los nazis. En tales circunstancias el mito se convierte en un registro particular de la ideología que eleva sus significados a un estado sublime y sobrehumano. El problema, como demostró la misma experiencia nazi, se encuentra en la naturaleza netamente irracional que constituye al mito en su esencia y en su definición.

Precisamente, la modernidad, en la que nació la misma Opinión Pública, partió del proyecto ilustrado y de su voluntad de suprimir al mito como aquella forma de

conocimiento irracional, degradado e irreal, que esclavizó a la condición humana en forma de creencia durante siglos. Esto fue así porque los mitos tienen un efecto tan poderoso sobre las emociones que resultan más eficientes que cualquier otro mecanismo de dominio para rendir a las voluntades privadas de razón. En ciertas ocasiones su recurso puede resultar más o menos legítimo como así lo acredita su uso sistemático por las causas de liberación nacional. Pero su utilización debe hacerse estableciendo las cautelas y los límites necesarios para prevenir sus efectos potencialmente devastadores. Por lo general, los mitos son capaces de apelar y desatar a una determinada violencia siempre que se den las enajenantes circunstancias de opresión y conflicto que los hacen tan propicios como destructivos.

En realidad, la esperanza ilustrada de que los hombres y mujeres pueden superar fácilmente la mitología todavía parece relativamente frustrada. Por ahora no supone más que un racionalismo estéril. Si es verdad que las denostadas «masas» necesitan mitos, entonces tenemos que disociarlos nítidamente de las teorizaciones intelectuales, lo que por fuerza nos obliga a distinguir entre un elitismo cínico y burgués o un intelectualismo teórico y anémico frente a la irracionalidad del mito en las masas. Por eso Eagleton (1997, 241) se refiere, para concluir el capítulo, a Frank Kermode. Kermode indaga en la estrecha relación que existe entre mito y ficción. Determina que “La línea divisoria entre ambos es notablemente borrosa, pues la ficción tiene tendencia a degenerar en mitos”. A este respecto, buena parte de los eslóganes políticos que se corean en las manifestaciones masivas son demandas que suelen expresar deseos y aspiraciones más o menos racionales, aunque irreales. Al igual que lo hace la mayoría de las personas, el darles crédito como proposiciones teóricas válidas suele ser un mero acto ficcional; pero el tomarlas literalmente, como ocurre en ciertas ocasiones, ya supone sucumbir a la irracionalidad del mito. Esto vendría a demostrar que racionalismo y elitismo no son las exclusivas alternativas políticas frente a la «irracionalidad» de las masas; a medio camino se encuentra la ficcionalidad políticamente conveniente y convenida.

#### **8.1.10. La estructura lingüística como ideología**

Al último capítulo de su obra *Ideología. Una introducción*, Eagleton lo titula *Discurso e ideología*. A la vista está que nuestro trabajo es un agradecido inquilino temporal del de Eagleton; pero, incluso aunque entre ambos pueda apreciarse una cierta similitud en su estructura, lo cierto es que su valiosa aportación es tan solo una parte de nuestro propio trabajo en la que nosotros hemos sintetizado y reinterpretado el suyo a nuestra conveniencia. Además, hemos consultado directamente su bibliografía para adaptarla a nuestros objetivos específicos, sobre todo la que corresponde a aquellos autores comunes que ya formaban parte de nuestra indagación doctrinal. Eagleton lleva a cabo la imprescindible sistematización sobre la noción de ideología con un rigor y una extensión del que nosotros no hubiéramos sido capaces. Ciertamente que el contraste entre su obra y la nuestra deja a las claras la gran diferencia de enfoques. Lógicamente, él se centrará exclusivamente en la ideología y no en su pertinencia como fundamento estructural de la Opinión Pública.

Quizás sea por eso también que nos atrevemos a renombrar a los capítulos que se suceden en su obra buscando un significado más adecuado al nuestro propósito.

A modo de prueba de lo que decimos, observemos la manera particularmente interesada por nuestra parte en explicar a continuación la obra de dos de los autores citados. Lo hacemos así porque su legado más importante consiste justamente en que su trabajo dio origen a la fértil tradición de análisis ideológico conocida como análisis del discurso. El

análisis del discurso es precisamente el mismo fundamento del método con el que nos proponemos determinar el efecto que la ideología pueda llegar a tener en el proceso de formación de la Opinión Pública.

De entrada, al comienzo de este último capítulo, Eagleton nos introduce a la semiótica del lenguaje a través de los conceptos coimplicados dentro del de ideología. Particularmente se refiere a los términos «conciencia» e «ideas». Según Eagleton, la conciencia no es más que:

[...] una abstracción de nuestras formas reales de práctica discursiva. Pertenece a lo que podríamos llamar la revolución lingüística del siglo XX, consistente en que hemos pasado de pensar las palabras en términos de conceptos a pensar los conceptos en términos de palabras.

(Eagleton 1997, 243)

Un concepto se convierte así en una práctica lingüística antes que un estado mental. Pero en el caso que nos ocupa, el concepto de ideología, existe una manera de no caer en los extremos opuestos al concebirla, o bien como meras ideas inmateriales, o bien como una mera práctica de conducta. A medio camino entre ambas, a la ideología la podemos concebir también como un fenómeno discursivo o semiótico. Conservaría así su carácter material en los signos y su sentido propio en los significados.

La primera teoría semiótica de la ideología fue formulada por V.H. Volóshinov. Eagleton (1997, 244) explica cómo entiende Volóshinov la ideología: la conciencia existe exclusivamente gracias a los significantes, pero estos no solo reflejan la realidad sino que también forman parte de ella. La conciencia es una consecuencia de la comunicación entre los integrantes de cualquier ámbito social, ella misma se constituye a partir de la interiorización de las palabras. Así, al final la conciencia no se tratará precisamente de algo interior, sino de “una red de significantes socialmente compartidos que nos constituye de cabo rabo” (1996, 245).

Si bien de esto podríamos deducir que el lenguaje y la ideología son algo idéntico, en realidad lo que ocurre es que pueden expresarse diferentes posiciones ideológicas en una misma lengua. Estas posiciones ideológicas muchas veces vienen determinadas por el ámbito social en el que se genera la significación de cada una de ellas o por la relación de dominio entre esos ámbitos. Obtenemos así “una nueva definición de ideología como lucha de intereses sociales antagonicos en el nivel de los signos” (ibíd.)

La teoría de Volóshinov fue retomada posteriormente por el francés Michel Pêcheus. Pêcheus nos habla del «proceso discursivo» y de la «formación discursiva». Una formación discursiva es un conjunto de reglas que determinan lo que es lícito y obligado decir cuando se ocupa una determinada posición social, de tal modo que las expresiones solo tienen un significado determinado dentro de esa formación discursiva y cambia si ella cambia. Una formación discursiva constituye entonces:

[...] una «matriz de significado» o sistema de relaciones lingüísticas en el que se generan procesos discursivos reales. Cualquier formación discursiva particular formará parte de una totalidad estructurada en estos fenómenos, que Pêcheus denomina «interdiscurso»; y cada formación discursiva está inserta a su vez en una formación ideológica, que contiene tanto prácticas discursivas como no discursivas.

(Eagleton 1997, 246)

Dado que todas las formaciones discursivas comparten un único lenguaje, este se convierte en el medio del conflicto ideológico. Una «semántica discursiva» lo que tratará de hacer entonces es averiguar cómo se vinculan los elementos de una formación discursiva para formar un contexto discursivo referido a su contexto ideológico. Pero resulta que la posición de una formación discursiva en su todo ideológico permanece oculta al hablante individual merced a lo que Pêcheus denomina acto de «olvido». Esta es la forma en la que el hablante construye su significación como si fuera totalmente obvia o natural, creyendo erróneamente que él es el autor de su propio discurso.

Lo relevante para nuestro propósito es que gracias a Volóshinov y Pêcheus fue posible descubrir la utilidad del análisis lingüístico para determinar los significantes ideológicos y sus efectos generales, obtenidos a partir de las propias interacciones sociales antes que del estudio de la conciencia y de las ideas inscritas en ella. Sobre este mismo supuesto es sobre el que determinaremos la relación entre ideología y Opinión Pública gracias el desarrollo que realiza Dijk sobre esas mismas bases.

Pero el novedoso campo de las relaciones entre el lenguaje y la ideología no se agota en ellos. De una manera bastante diferenciada, otro enfoque de la cuestión caracterizó al pensamiento de vanguardia europeo durante los años setenta. La revista semiótica francesa *Tel Quel* describe a la ideología como “«fijar» el proceso [...] de significación en torno a ciertos significantes dominantes con los que el sujeto individual puede identificarse” (Eagleton, 1997, 247). El inagotable proceso de producir «representaciones» mediante el lenguaje siempre implica un cierre categorial que interrumpe de manera arbitraria la cadena significativa. La ideología actúa acotando el ilimitado y espontáneo ámbito de la significación para que ese produzca su cierre en un significado falsamente predeterminado que el sujeto puede recibir como natural e inevitable. La ideología lleva a cabo de esta manera una función represiva y limitadora en el libre uso de las ilimitadas posibilidades creativas del lenguaje y muchas veces subvierte a sus significados más coherentes forzando los cierres semióticos.

A partir de estos presupuestos debidamente radicalizados, lo que obtenemos en términos políticos es una teoría libertaria que se declarará enemiga de cualquier cierre categorial. Sus consecuencias acabarían por esterilizar a este interesante enfoque materialista que supo sintetizar lingüística, marxismo y psicoanálisis de una manera tan prometedora. Según Eagleton (1997, 248), el hecho de que los cierres categoriales sean políticamente positivos o negativos depende de su contexto discursivo e ideológico. Esta modalidad de análisis del discurso suele pasar por alto cualquier contexto desde su perspectiva radical al pretender reducir todo el lenguaje a mero «texto». Su abrumadora respuesta a una ilimitada y permanente renovación de la significación con la consecuente práctica revolucionaria en constante alteración y transformación se acaba convirtiendo en una cierta caricatura de la acción política:

[...] el sujeto no parece ser ahora más que un efecto descentrado del proceso semiótico; y su valiosa atención a la naturaleza pluralista, escindida y precaria de toda identidad se desliza en el peor de los casos en un canto irresponsable de las virtudes de la esquizofrenia. La revolución política pasa, de hecho, a ser equivalente al delirio carnavalesco; [...]

(Eagleton 1997, 249, 249)

En cualquier caso, el auténtico valor de esta proposición está en su firme determinación de revelar los procesos lingüísticos y psicológicos de representación ideológica.

Ahora bien, dado que la ideología es siempre una cuestión de «fijación» del proceso semiótico, desde esta perspectiva cualquier ideología imaginable entonces resultará ser tan solo una función descentrada de los sujetos. Esta última acabaría siendo la visión del pensamiento postestructuralista que por eso convirtió a la ideología en el objeto de sus ataques más furibundos al confrontarla con la «textualidad» o con el deslizamiento del significante.

Por su parte, el pensamiento liberal vio en ello una gran oportunidad y pretendió excluirse de su propio carácter ideológico ocultando celosamente sus condicionantes y proyectando selectivamente el foco del análisis textual sobre el fascismo y el comunismo como exclusivas y excluyentes ideologías. Según Eagleton (1997, pp. 249, 250), en esto tuvo tanto que ver La Escuela de Frankfurt como la llamada Escuela Crítica de Yale, para los que la ideología viene a significar Hitler o Stalin, pero no la Torre Trump o David Frost a pesar de ser tan significados símbolos ideológicos del capitalismo. Esta también fue la misma tesis a la que en su momento se abonaron los ya tan careados y pendientes de crítica teóricos del final de las ideologías.

Para concluir, cabe reseñar que el mismo hecho de que su objeto de conocimiento se centrara primordialmente en el sujeto contribuyó decididamente a este último uso tan conveniente al mantenimiento del statu quo político occidental. Con el pretexto de evitar el reduccionismo económico, la posición que representaba la publicación *Tel Quel* ignoró la tesis clásica marxista sobre las bases «infraestructurales» de la ideología y el carácter central de las instituciones políticas. Algo que dejó bien claro su limitado alcance epistemológico y su poca eficacia crítica muy a pesar de sus prometedores propósitos emancipadores.

#### **8.1.11. La engañosa e interesada confusión entre discurso e ideología**

Eagleton (1997, 250, 251) se refiere ahora a aquellos puntos de vista para los que la ideología es una «naturalización» de la realidad social. Explica que, para Roland Barthes, “el mito (o ideología) es lo que transforma la historia en naturaleza dando a signos arbitrarios un conjunto de connotaciones aparentemente obvio e inalterable”. Tras esta extensión de la «naturalización» al discurso y no tanto al mundo al que éste refiere, Barthes realiza una doble distinción. Por un lado considera el signo «sano» a aquel en el que no hay un vínculo entre él mismo y lo que representa. Por el otro, el significante «no sano» –mitológico o ideológico– es aquel que esconde su vínculo con el referente, elimina la falta de motivación que lo produjo con la intención de «naturalizarse».

Por su parte, Paul De Man partirá de este mismo presupuesto para postular lo que llama «ilusión fenoménica». Para él la espuria naturalización del lenguaje es el origen de toda ideología:

La ideología es el lenguaje que olvida las relaciones esencialmente contingentes y accidentales entre él mismo y el mundo, y llega a confundirse a sí mismo como si tuviera algún vínculo orgánico e inevitable con lo que representa.

(Eagleton 1997, 252)

En general, según De Man mente y mundo, lenguaje y ser, nunca pueden llegar a coincidir. De esta manera es como él da por cierto que esta última afirmación es de por sí un hecho incontrovertible. Pero lo que ocurre en realidad es que esta misma expresión, «hecho incontrovertible», no pasa de ser una construcción lingüística falsa —en el mejor de los casos tan sólo aproximada— en cuanto que cualquier adecuación entre el lenguaje y el ser es teóricamente imposible. Para la supuestamente irrealizable adecuación entre la mente y el mundo nunca pueden existir «hechos incontrovertibles». Dicho de otro modo, la categórica afirmación de que mente y mundo, lenguaje y ser, nunca pueden llegar a encontrarse en consonancia conducirá irremisiblemente a la misma paradoja: la afirmación en sí misma es una construcción lingüística de la mente que por eso nunca puede formar parte del mundo, no describe la realidad, es intrínsecamente falsa.

Esto mismo es lo que expresa Eagleton (1997, 252) de una manera más restringida cuando afirma que la pesimista insistencia de Paul De Man en la imposible adecuación entre mente y mundo no es más que “un rechazo codificado del «utopismo» de la política emancipatoria”. Algo así es también lo que cabe predicar de todos aquellos que pretenden disfrazar de «materialismo progresista» a un pensamiento que en realidad es deudor del más arcaico idealismo platónico.

Efectivamente, Eagleton (ibíd.) abre a partir de ahí una esclarecedora discusión en la que analiza críticamente la perspectiva posestructuralista o la posmoderna. Como ya sabemos, sus concepciones de que cualquier discurso está condicionado por el poder y por el deseo llevan invariablemente a considerar que todo lenguaje es esencialmente persuasivo y retórico. De ahí la distinción entre los actos de habla neutrales y los fragmentos de lenguaje «performativos». Si, como afirman estas perspectivas, todo discurso pretende provocar ciertos efectos en sus destinatarios, entonces todo lo que decimos no son más que expresiones retóricas en las cuales las cuestiones de la verdad o del conocimiento solo forman una parte accesoria de nuestra estrategia persuasiva. De ser así, “todo el lenguaje es «ideológico», y la categoría de ideología, ampliada hasta el límite, se quiebra de nuevo”. Lo importante entonces será entender que esta última es realmente una consecuencia deseada por la intención ideológica de quienes afirman que «todo es retórico».

Atribuir a todo uso del lenguaje una intención interesada responde a la voluntad oculta de crear una confusa y absoluta identificación entre ideología e interés. Ésta, a su vez, es la mejor manera de disolver los tipos específicos de interés que se pudieran identificar dentro de esta única generalización tan inespecífica del «interés». Tal generalización no sólo da cabida y legitimidad a la decimonónica racionalidad burguesa del cálculo egoísta y el interés particular e individual; además oculta que la ideología, en su sentido más clásico, se refiere a los procesos por los que se enmascaran, racionalizan, naturalizan y universalizan cierto tipo de intereses bastante más específicos, legitimándolos en nombre de ciertas formas de poder político.

Eagleton (1997, 254) ejemplifica perfectamente el modo en el que no todo lenguaje retórico resulta ser siempre ideológico. Pero en este mismo sentido, en el de que todo lenguaje tenga por qué ser siempre ideológico, mucho más reveladora aún nos debe resultar la forma como veníamos viendo a Eagleton acorralar a Stanley Fish contra las contradictorias consecuencias de su pensamiento:

Quienes actualmente sostienen la tesis sofisticada de todo lenguaje es retórico, como Stanley Fish [...] están dispuestos a reconocer que el discurso en el que enmarcan su posición no es tampoco otra cosa que un caso de petición especial; pero si un

Fish está dispuesto a admitir que su propia teorización es algo retórica, es mucho más reacio a admitir que es un fragmento de *ideología*. Pues ello supondría reflexionar sobre los fines políticos que cumple un argumento semejante en el afianzamiento de la sociedad capitalista occidental; y Fish no está dispuesto a ampliar su enfoque para abarcar estas cuestiones tan embarazosas. En realidad, su respuesta tendría que ser sin duda que él mismo es un producto tan de esta sociedad –lo que sin duda es cierto– que es incapaz de reflexionar sobre sus propios determinantes sociales –lo que sin duda es falso.

(Eagleton 1997, 254)

Como nos recordara Eagleton, al final Fish no es más que otra víctima del «síndrome de Proudjourn». Pero una cosa es ignorar, intencionada o inconscientemente, las determinaciones ideológicas que hay detrás de un argumento y otra aun más arriesgada es simplemente negarlas. Esas han sido las pretensiones del ampulosamente llamado «posmarxismo».

Al igual que Paul De Man, los sociólogos ingleses Paul Hirst y Barry Hindness niegan categóricamente que exista alguna concordancia entre nuestros conceptos y la forma de ser del mundo. Como ya veíamos al tratar con De Man, muy bien podríamos zanjar toda discusión sobre esta contradictoriamente falsa proposición que nos pretende autodescribir el mundo partiendo de su propia e intrínsecamente radical imposibilidad. Pero esto supondría una enorme desconsideración hacia la extensa, prolífica y lúcida discusión que Eagleton realiza para revelar los absurdos resultados a los que inevitablemente conducen sus supuestos.

Para Hindness y Hirst (Eagleton 1996, 255) “Es una falacia racionalista [...] afirmar que lo que nos permite conocer es el hecho de que el mundo tiene la forma de un concepto –que de algún modo está convenientemente pre-estructurado para encajar con nuestro conocimiento de él –.” Al no existir la adecuación entre la mente y el mundo, tampoco existe un lenguaje epistemológico privilegiado que nos permita el acceso directo a la realidad. Como muy bien nos anticipa Eagleton, la confusión se deriva del inveterado idealismo consistente en considerar a los objetos del mundo como algo interior a los discursos y exclusivo de ellos, en lugar de consistir en algo totalmente externo y tan sólo referencial para ellos. Lo que hacen Hindness y Hirst es negar la mayor, pues el único propósito del lenguaje es precisamente el de explicar el mundo fuera de la mente con total independencia de su mayor o menor eficacia en lograrlo. La ficción apenas es un reflejo distorsionado y estético de nuestra experiencia existencial, y el mito solo es la forma atávica, primitiva e irracional de la voluntad para malograr apenas alguna explicación del mundo. Pero la realidad y el mundo siempre son, han sido y serán el objeto referencial de la lengua, la razón de ser del logos.

Eagleton (ibíd.) extrae una primera consecuencia de semejante posición anti-epistemológica, la de su adscripción netamente nietzscheana. Para Nietzsche no hay nada determinado en la realidad, ésta solo es un caos inefable: “El mundo no se clasifica espontáneamente en especies, jerarquías causales, ámbitos discretos, etc., como pensaría un realista filosófico; por el contrario somos nosotros los que hacemos todo esto al hablar sobre él”. Para él la realidad se reduce a una incógnita imposible de resolver.

Lo cierto es que la radicalización de este último presupuesto nos puede llevar a una infinidad de situaciones absurdas por el hecho de negar cualquier causalidad firmemente establecida por la experiencia. Pero su ingente casuística nos resultaría totalmente

inabarcable muy por encima de los ejemplos estupendamente ilustrativos que nos ofrece Eagleton.

Simplemente, la tesis «antiepistemológica» de los posmarxistas resulta tremendamente desconcertante, en cuanto que el idealismo platónico al que remite forma parte de una arraigada contradicción filosófica muy bien encaminada hacia su resolución tras el inicio del proceso ilustrado. Hasta ese entonces, el antropocentrismo de las ideas se había adueñado del pensamiento hasta el extremo de sustituir a la propia realidad. Los primeros racionalistas modernos, como René Descartes, todavía pensaban que el mundo solo existía en la mente en forma de ideas; de ningún modo llegaban a concebir que la mente fuera una parte material y escindida dentro mundo. Desde aquel entonces, la ciencia y la tecnología se han constituido en una prueba irrefutable de la eficacia de la razón como instrumento de la mente humana para dar cuenta del mundo, aunque sea de una manera siempre limitada y muchas veces atropellada.

Así pues, Eagleton nos ofrece una explicación para esta interesada y aparente regresión en el pensamiento humano:

La tesis «anti-epistemológica» de Hindness y Hirst pretende entre otras cosas socavar la doctrina marxista de que una formación social se compone de diferentes «niveles», algunos de los cuales ejercen una determinación más significativa que otros. Para ellos, esto es solo un caso de ilusión racionalista [...] Las relaciones entre lo político, lo cultural, lo económico y el resto son las que nosotros creamos para fines políticos específicos en contextos históricos dados; en ningún sentido son relaciones que subsistan al margen de nuestro discurso.

(Eagleton 1997, 256)

Pero resulta que la tesis de que los objetos son interiores a los discursos deja abiertas paradojas de muy difícil resolución: ¿cómo podemos juzgar que un discurso ha concebido su objeto válidamente? Eagleton (1997, 57) da entonces inicio a un exhaustivo análisis que nosotros trataremos de sintetizar y reinterpretar adecuándolo a nuestros propósitos.

Dado que Hindness y Hirst sostienen que lo que valida las interpretaciones sociales son simplemente los fines políticos a los que sirven sin más, entonces no existiría la opción de refutar ninguna posición política apelando a la manera en la que se configura la realidad social. Según ellos, no existe nada semejante a la realidad social, sólo disponemos como referencia de las concepciones de cada cual, y éstas, a su vez, son las que determinan la manera en la que son las cosas.

Efectivamente, a partir de ello podemos suponer con algún grado de acierto que el ocupar lugares determinados en la sociedad no significa siempre disponer automáticamente de creencias y deseos políticos apropiados a esa posición. Los intereses sociales o políticos no son independientes de lo que hacemos o decimos, pero requieren de una búsqueda intencional para adecuarse a algún discurso político-ideológico en el que poder identificarse como tales.

No obstante, esto ni mucho menos invalida la existencia de un concepto de «intereses objetivos» que si sitúe más allá de la mera voluntad. No todas las mujeres son feministas; pero el hecho de ser mujer en una sociedad patriarcal presupone la existencia de ciertas condiciones materiales de opresión machista que favorecen el que las mujeres en general se

sumen a la causa del feminismo. Sin duda que, además, hace falta la racionalidad institucional que lo haga posible. Resulta muy difícil pensar que en las condiciones sociales dadas en las sociedades profundamente religiosas las mujeres puedan adquirir conciencia de su situación. Por lo general, las irracionales creencias religiosas las predestinan a su condición de sometimiento a los hombres atenazando su conciencia con el poder institucional de la fe religiosa. En cualquier caso, las condiciones de racionalidad institucional y de opresión machista serán objetivas, serán previas y estarán inscritas en la realidad social con independencia de cuáles sean las mujeres que voluntariosamente al final se organicen y elaboren su propio discurso emancipatorio. Todo lo más que podemos suponer es que, en un momento dado, el relativo éxito de la emancipación femenina dependerá de un largo un proceso perfectamente caracterizado por sus «condiciones objetivas» y por el mayor o menor interés político hacia ellas. En contra de lo que pretenden hacernos creer Hindness y Hirst, el discurso será entonces más una consecuencia que una causa política.

El de la mujer y el feminismo es sólo un ejemplo fácil de generalizar a otras variadas condiciones sociales susceptibles de ser comprendidas como «causas» políticas e ideológicas y activadas a partir de sus «condiciones objetivas» de posibilidad. Esto es así, no porque estas condiciones sean sus verdaderas *causas* automáticas, pero sí porque son sus *razones* para que determinados discursos impliquen los efectos para su activación. Lo mismo podríamos referirnos a una causa de liberación nacional, que a los derechos de cualquier minoría y, sobre todo, a la estructura de las clases sociales, por poner tan sólo algunos ejemplos.

Sin duda que en todos estos casos la práctica solo se transformará interpretativamente cuando cada sujeto social llegue a sus necesarias ideas emancipatorias. Según Eagleton (1997, 260) “Éste es el núcleo de la verdad de la posición posmarxista: que los significantes o los medios de representación política o ideológica, están siempre activos con respecto a lo que significan.” Para los posmarxistas lo que se representa mediante los discursos no es exactamente la realidad, sino que la realidad será moldeada por la práctica de esta representación. Los discursos políticos e ideológicos conceptualizan la situación de diferentes maneras.

Y efectivamente, la consecuencia de invertir la relación entre la mente y el mundo, creyendo que es la mente la que crea el mundo y no al revés, tiene las serias consecuencias epistemológicas que ya apuntábamos. En términos semióticos, Hindness y Hirst invierten el modelo empirista, y dónde se consideraba que el significante se sigue espontáneamente del significado —el mundo nos enseña a representarlo—, ahora el significado se supedita al significante —el mundo es como lo imaginamos y como decimos que es—. Además de invertir esta relación, estos autores incurren en una fatal confusión semiótica entre *significado* y *referente*. El referente pasa a ser toda la situación socioeconómica, y los intereses son significados por la política y la ideología sin que estos sean idénticos a los que se dan en la situación socioeconómica tomada en su conjunto.

Al final, lo que obtenemos es una relativa incapacidad para comprender la relación entre las situaciones materiales y el discurso ideológico. Para Eagleton (1997, 261), “la ideología ni legisla estas situaciones [materiales] para darles origen, ni está simplemente «causada» por ellas; más bien [...] ofrece un conjunto de *razones* para estas condiciones materiales”. Lo que terminan haciendo Hindness y Hirst es pasar por alto las funciones legitimadoras de la ideología, es decir, se zafan de la función esencial que ya en sus orígenes ilustrados pretendieron atribuirle sus creadores al mismo concepto de ideología.

Con ello, semejante noción amputada de ideología no solo se hace ineficaz en su relación con la Opinión Pública al modo en que la hemos definido como expectativa crítico-racional sobre el poder político. Algo muy lógico si además también nos remitimos a la noción de Información de actualidad y a su compromiso con la realidad informada sobre la que sabemos que se renueva y se pone al día a la Opinión Pública. Además, dado que la relación entre un objeto y sus medios de representación no es la misma que se da entre una práctica material y su legitimación o mistificación ideológica, esta noción pretende privar de su sentido más eficiente al concepto de ideología. Según los posmarxistas el discurso produce objetos reales y la ideología es la forma en que los constituye. Pero, al no identificar la especificidad de este lenguaje ideológico, lo que están haciendo en realidad es facilitar una constitución de la realidad a partir de las propias funciones de la ideología: explicar; racionalizar; ocultar; legitimar; etc. sin llegar nunca a revelar sus verdaderos motivos. Es decir, entran en contradicción con la misma función de la institución de la información como reflejo de la realidad y neutralizan la capacidad de la opinión pública para desempeñar su función crítico-racional sobre el poder político.

En síntesis, al poner en cuestión al concepto mismo de representación, su posición incurre en un desafío hacia toda la concepción epistemológica del empirismo. Se trata de la misma concepción epistemológica que con tanto éxito para el conocimiento humano ha venido caracterizando a toda la modernidad hasta la fecha, dándonos muy buena cuenta de la realidad y la existencia del mundo. Su aceptación está tan absolutamente generalizada en todos los ámbitos del conocimiento que hasta alguna parte del público, desde su condición de lego y superficial, es capaz de contemplar al empirismo científico como un sólido fundamento del progreso humano. Según Eagleton:

La razón por la que quieren desechar la noción misma de representación en modo alguno es inocente desde el punto de vista ideológico. Desean hacerlo porque desean negar la clásica afirmación marxista de que existe una relación interna entre las condiciones socioeconómicas particulares, y tipos específicos de posiciones políticas e ideológicas. Por ello afirman que o bien que los intereses socioeconómicos no son más que el producto de los políticos e ideológicos, o que ambos están en niveles muy diferentes sin una necesaria vinculación entre ambos.

(Eagleton 1997, 263)

A pesar de ello, Eagleton (ibíd.) valora los aspectos positivos que tiene la posición de los posmarxistas. Se refiere a aquellos intereses políticos no vinculados a situaciones de clase que el marxismo lamentablemente ha venido ignorando: los de la mujer, los de las minorías sociales, en particular los de las étnicas o raciales, los de las justas causas nacionales, etc. Pero lo cierto es que, incluso en estos casos tan justamente beneficiados por esa posición posmarxista, cortar cualquier vínculo necesario entre situaciones sociales e intereses políticos al final les hace un flaco favor. Ya analizamos el caso de la condición social femenina y del feminismo, y también apuntamos a la fácil generalización del mismo análisis a las otras causas políticas reseñadas.

La cuestión consiste entonces en que, si las relaciones entre las formas ideológicas y los intereses sociales no están definitivamente fijadas, no hay ninguna necesidad de descartar ciega y sistemáticamente el que ciertos discursos ideológicos puedan estar vinculados a estos mismos intereses sociales de alguna manera. A pesar de que Hindness y Hirst mantienen artificialmente esta negativa, lo curioso es que siguen utilizando el *término*

«representación», pero cuando lo hacen el significante constituye totalmente lo mismo que significa. Más que en una teoría de la representación han acabado en una filosofía de la identidad. Como explica Eagleton (1997, 267) “Lo mismo puede decirse de la referencia de Hindness y Hirst a lo político/ideológico y a lo social/económico. Si lo primero determina lo segundo, coincide con ello y aquí no puede hablarse de representación en modo alguno.” En realidad se trataría de una absoluta igualdad. Esto es algo que solo puede interpretarse como una especie de hiperpolitización en la que lo político es prevalente desde el mismo momento en el que es drásticamente escindido del economismo. Lo político/ideológico representa ahora pasivamente intereses de clase. Algo que a todas luces resultará absurdo.

Según esto, el hecho de que los trabajadores se vuelvan socialistas o de que los propietarios se hagan conservadores no guarda relación alguna con sus posiciones de clase. Sus respectivos intereses políticos no vienen predeterminados en modo alguno por sus respectivas funciones en el sistema económico. La identidad política futura no tiene relación con su identidad socioeconómica actual. Por el otro lado, respecto de lo social, en general lo mismo puede decirse de aquel/lla que llegue a hacerse feminista o antirracista, aunque carezca de alguna base social alguna para eso. Todo dependerá exclusivamente del grado en que su exposición personal a los distintos discursos le pueda sensibilizar desde cualquier radicalidad política, ya que entonces toda radicalidad se hará imprescindible para poder tener algún efecto de movilización política.

Todo esto apunta a que nos encontramos ante un nuevo, o quizás tan sólo complementario o incluso redundante, procedimiento para la reproducción del statu quo político-institucional ¿De qué otro modo podría presentarse la acción política como un hecho contingente frente al que el Estado y el Gobierno Político aparecen como poderes neutralizados, expurgados de todo interés y necesarios? Se trata de otro truco teórico para la producción de confusión ideológica y de una falsa legitimidad política que permita la reconducción de la acción política hacia unos cauces tolerables y limitados en los que no se ponga en riesgo la estructura político-institucional.

Frente al discursivismo radical de Hindness y Hirst, Eagleton (1997, pp. 268, 269) nos presenta ahora a los posmarxistas Ernesto Laclau y Chantal Mouffe que nos pintan una imagen algo más matizada. Estos se muestran preocupados por los efectos totalizadores que producen las formas políticas e ideológicas creadoras de los intereses socioeconómicos a las que apelan Hindness y Hirst. Al formular una teoría de la hegemonía política, Laclau y Mouffe descubren con desconcierto que aquellos elementos sociales que esperan ser hegemonizados por una estrategia política radical deben conservar una cierta contingencia e identidad propia y distinta. De lo contrario, la práctica de la hegemonía supondría fusionarlos en un nuevo tipo de totalidad cerrada en la que el principio unificador ya no sería «la economía», sería la propia fuerza hegemonizadora. Para evitar esta indeseada consecuencia, esos autores inician un regateo teórico entre las dos posiciones extremas: el del modelo empirista de la representación, en el que los discursos político-ideológicos simplemente «reflejan» o «representan» los intereses sociales constituidos de antemano; y el de Hindness y Hirst, en el que el discurso es el que prefigura los intereses político-ideológicos sin conexión alguna con las posiciones socioeconómicas.

En su búsqueda de un terreno intermedio, lo que hacen Laclau y Mouffe es desmarcarse de “[...] la lógica de una *teoría* posestructuralista consumada que no reconociese una realidad «dada» más allá del omnipotente dominio del significante.” (Eagleton 1997, 270).

No obstante, en su obra se contiene una negación explícita del concepto de «intereses objetivos». En realidad esto se debe a la idea ciertamente inadecuada que tienen sobre el significado de la expresión, pues para ellos «intereses objetivos» viene a ser aquello que produce intereses deducidos automáticamente por el lugar que cada cual ocupa en las relaciones de producción. Se trata de una versión excesivamente simplificada de la que se sigue que cualquiera está siempre en posesión perfecta y absoluta de sus propios intereses. Pero, como explica Eagleton (1997, 271), “la expresión alude únicamente a intereses válidos y enmarcados discursivamente que no existen para mí en este momento”; o sea, una vez que me doy cuenta de ellos puedo entender mi situación anterior y pensar que tenía que haberlos tomado en consideración entonces. Por supuesto, eso solo hubiera sido posible si entonces hubiera entendido mejor mi circunstancia como ya lo hago ahora, prueba inequívoca de que no siempre estamos en la posesión de nuestros intereses. Es el curso de acción el que finalmente nos lleva a descubrirlos.

De hecho, la decisión de cualquier radical político a la hora de intentar hegemonizar a un determinado grupo social, y no a otro, solo se puede explicar por la existencia de una situación particularmente «dada» para ese grupo. En la práctica política por fuerza cobra una importancia decisiva la existencia de ciertos intereses «dados». Según nos aclara Eagleton:

En este sentido la relación entre ciertas posiciones sociales, y ciertas formas políticas, es necesaria –lo que, repitámoslo, no quiere decir que sea inevitable, espontánea, esté garantizada o dada por Dios–. Estos cómodos disfraces de dicha posición pueden dejarse a las fantasías del posmarxismo.

(Eagleton 1997, 272)

Lo cierto es que una rama de la semiótica o la teoría del discurso fue la senda teórica sobre la que transitó todo un sector de la izquierda política desde el revolucionarismo hacia el reformismo. La teoría del discurso se convirtió en la *ideología* para poner en práctica esta retirada hacia lugares políticos más acogedores y más tolerables para el statu quo y para su reproducción. Mientras tanto, iban dejando por el camino abandonados a su suerte todo un utillaje de valiosos instrumentos conceptuales, como el de la lucha de clases y la clase social, instrumentos que nunca perdieron su eficacia explicativa ni su potencial político transformador. Estos conceptos conservaban y conservan toda su fuerza precisamente porque en su momento se dedujeron de la experiencia misma, y no solo a partir de la forma en la que eran referidos discursivamente. Si esto no fuera así, difícilmente se podría dar cuenta de la existencia de una regularidad institucional tan persistente, arraigada y generalizada como es la organización y la sindicación laboral debidamente constitucionalizada por el Estado liberal.

Con Laclau y Mouffe se alcanza un cierto apogeo en lo que se puede denominar como «inflación del discurso». Desafían a su mentor intelectual Michel Foucault negando la distinción entre prácticas «discursivas» y «no discursivas» porque piensan que una práctica al final siempre está estructurada como un discurso. Según Eagleton (1997, 273) “La réplica sumaría a esto es que una práctica puede estar estructurada como un discurso, pero de hecho es más una práctica que un discurso”. No resulta en absoluto necesario reemplazar conceptos perfectamente operativos, como el de «práctica», subsumiéndolos en otro megaconcepto, como el de «discurso», hasta alcanzar tal extremo de invalidar a ambos; uno por quedar comprendido dentro del otro y el otro por abarcarlo prácticamente todo. Efectivamente, un concepto de discurso tan inflado terminará por borrar la distinción entre

pensamiento y realidad material, algo que en sus momentos ya les pasó a Platón y a Descartes con las «ideas».

Eagleton termina este último capítulo de su obra con la siguiente reflexión antes de pasar a la conclusión:

Los teóricos del discurso posmarxistas deben proscribir la cuestión del origen de las ideas; pero sin duda podemos aplicarles el cuento a ellos mismos. Pues toda teoría está arraigada por sí misma en una fase particular del capitalismo avanzado, y es, así, testimonio vivo en su misma existencia de esta relación «necesaria» entre formas de conciencia y realidad social que niega de manera tan vehemente. Lo que se postula como una tesis universal sobre el discurso, lo política y los intereses, como a menudo sucede con las ideologías, está atento a todo menos a sus propias bases históricas de posibilidad.

(Eagleton 1997, 274)

#### **8.1.12. Conclusión: un concepto de ideología y su intersección semántica con el de Opinión Pública**

En apenas tres páginas Eagleton (1997, pp. 275-278) trata de resumir su extensa labor sobre lo que puede significar la noción de ideología, una labor particularmente difícil y paradójica en cuanto que nos estamos refiriendo al propio ámbito de la significación.

Lo que hace es podarle a su posible concepto las múltiples acotaciones y ramificaciones de significados particulares a la búsqueda de su simplicidad, pero lo hace con el cuidado de no dejarlo en una significación tan amplia que pueda liquidar su eficacia explicativa práctica y útil. De este modo, si bien el carácter de las ideologías para la determinación social del pensamiento le resulta inabarcable, por el contrario el de mero despliegue de ideas falsas en interés de la clase dominante le resulta estrecho.

Por otro lado, si bien es cierto que las ideologías se refieren a la manera en que los signos, significados y valores contribuyen a reproducir un poder social dominante, también es cierto que pueden denotar cualquier fusión significativa entre discurso e intereses políticos. Alternativamente, su concepción racionalista como sistemas de creencias conscientes y bien articuladas es incompleta justamente porque ignora sus dimensiones inconsciente, mítica y simbólica. Además, si una gran parte de lo que dicen las ideologías es verdadero para así poder reclamar su propia validez, también contienen proposiciones descaradamente falsas por las distorsiones a las que se ven forzadas en su intento por legitimar sistemas políticos injustos.

Pero, en suma, su función es netamente legitimadora, o bien del poder político, o bien de su contestación política, es decir, de su alternativa crítica. Como ya anticipábamos, esta es la característica fundamental de la ideología que nosotros nos hemos propuesto considerar en su relación con el proceso de formación de la opinión pública, entendida como la expectativa crítico-racional hacia el poder político.

Lo cierto es que resulta muy difícil atribuirle a la ideología alguna característica invariable. Todas sus concepciones esencialistas, tales como la de ser la cosmovisión coherente de un «sujeto de clase», o la de que se segrega automáticamente por las estructuras económicas, o bien la de que significan algún «cierre discursivo», son verdaderas en cierta medida. Pero todas ellas tomadas aisladamente resultan ser insuficientes. Otras concepciones, como la de

que constituyen el «cemento» de la formación social, o la «proyección cognitiva» que orienta a los agentes en la acción, privan al concepto de su carácter de conflicto y contradicción haciéndolo formalmente estéril.

Precisamente, las ideologías en sus formas dominantes suelen tener el propósito de apaciguar el conflicto y soslayar la contradicción a través de la identificación y la homogeneización, pero, tal y como afirmábamos en su momento, no todas alcanzan el éxito en su función legitimadora del status quo político. En ocasiones el éxito de las ideologías resulta meramente coyuntural e históricamente contingente. Por lo general, su carácter netamente relacional las hace fragmentarias y dinámicas. Según Eagleton la ideología:

Nunca puede ser algo intramundano o un simple pensamiento ociosamente desconectado; por el contrario, debe figurar como una fuerza que constituye activamente a los sujetos humanos en la raíz de su experiencia vivida y pretende dotarles de formas de valor y creencia relevantes para sus tareas sociales específicas y para la reproducción general del orden social.

(Eagleton 1997, 276)

De esta manera, podemos comprobar cómo en la formulación de Eagleton todavía se conserva, a través de toda su indagación, el mismo propósito que tenían los ideólogos ilustrados cuando se propusieron desentrañar las bases sociales del pensamiento con la finalidad de lograr la legitimidad del poder político. Él atribuye directamente a la ideología la facultad de contribuir «para la reproducción general del orden social».

La realidad es que los sujetos humanos se constituyen de manera conflictiva y precaria, por eso la ideología no puede quedar reducida a la cuestión de la mera subjetividad del psicologismo. Tampoco las teorías que la ven como un efecto de las estructuras sociales objetivas pueden dar cuenta de la complejidad del concepto, lo que no significa que no exista una estrecha relación entre la ideología y las estructuras sociales. Las relaciones entre los discursos ideológicos y los intereses sociales son intrincadas y cambiantes, pero ni mucho menos ambos aspectos están desconectados. Si bien la ideología puede contribuir a la constitución de intereses sociales, no basta con el mero efecto del discurso ideológico para lograrlo. No obstante, “La ideología tiene que ver con el discurso más que con el lenguaje [...] Representa los puntos en los que el poder incide en ciertas expresiones y se inscribe tácitamente en ellas” (Eagleton 1997, 277). Pero no puede considerarse ideológica a cualquier expresión, solamente a aquellas cuyas condiciones materiales de posibilidad vengán dadas por las luchas de poder centrales para la reproducción y/o la contestación de toda una forma de vida social.

Finalmente, ninguna radicalidad podría esperar relajar la desproporcionada presión que ejercen las ideologías dominantes, pero, como remata Eagleton:

[...] ante todo hay un lugar en el que estas formas de conciencia pueden transformarse de la noche al día, y es en la lucha política activa. Cuando los hombres y mujeres implicados en formas modestas y locales de resistencia política se vean transportados por el impulso interior de estos conflictos a una confrontación directa con el Estado, es posible que su conciencia política pueda modificarse de manera definitiva e irreversible.

(Eagleton 1997, 278)

Algo que, en su esencia, avala el carácter de la ideología como un sustrato social de la Opinión Pública cuando esta última institución se constituye desde la crítica racional hacia el poder político a partir de la modernidad hasta nuestros días. Aun en su dimensión netamente política, no cabe la menor duda de que una ideología carece del dinamismo que la actualidad le confiere a la Opinión Pública. Es evidente que la capacidad de conflicto y contradicción de la Opinión Pública es menor de la que poseen las ideologías de contestación como medios para cuestionar a las ideologías dominantes, a su poder político y al orden social que reproducen. Pero la expectativa crítico-racional hacia el poder político y las ideologías, ya sean estas últimas dominantes o de contestación, se encuentran en una estrecha relación de interdependencia. En su dimensión netamente política, al final son instituciones tan semejantes que apenas las diferencias entre sí se reducen a la coyuntura y al marco temporal en el que se despliegan; la Opinión Pública resulta ser más breve, superficial y actualizada; y la ideología resulta ser de mayor amplitud, duración, calado y proyección, pero ambas se manifiestan como un efecto del poder y del contrapoder político en el seno de la sociedad. No olvidemos que otra manera en la que algunos autores definieron a la Opinión Pública en sus orígenes fue precisamente como otro contrapoder más junto a los demás que integran el Estado liberal.

Pero la estrecha relación que existe entre ambas instituciones no solo es la consecuencia lógica a la que hemos llegado a través de la teorización de ambos conceptos. De una manera algo más práctica, tenemos que remitirnos a aquel momento en el que veníamos anticipando la forma en la que se procura la perpetuación del status quo político en las sociedades del capitalismo avanzado. Lo hicimos sin menoscabo del éxito que Habermas atribuye a la socialdemocracia y a su ideología para la pacificación del conflicto de clases en el Estado Social. Así, tuvimos ocasión de ver como un pluralismo, microideológico e hipertrofiado, servía a este mismo objetivo de la legitimación del gobierno político. Tal legitimación se logra por la mediación de un sistema informativo y por la reconducción del debate público-mediático por este sistema hacia soluciones de conveniencia, unas veces buscando, otras imponiendo, la convención de la Opinión Pública.

Recordemos que una visión de la ideología excesivamente amplia e inespecífica, hasta tal extremo de perder cualquier eficacia explicativa, tenía un propósito ideológico. Se convertía en un recurso útil para la perpetuación del statu quo institucional, para poder neutralizar los efectos de las ideologías de contestación capaces de dar al traste con toda una vida social, particularmente la del capitalismo avanzado. Tal objetivo se alcanza mediante el reconocimiento que los diseños sociales y políticos hacen de la existencia de una infinidad de grupos sociales de interés, cada uno con su propia porción fragmentada de ideología o microideología. La operación se cierra con la consiguiente conciliación y realización de sus aspiraciones sectoriales como medio de legitimación, por muy falsos, banales o aparentes que sean los motivos de algunos de ellos.

En la parodia que nos ofreció Eagleton de la actitud posmoderna resultaba fácil adivinar el modo en el que la atención de la opinión pública, en cuanto que expectativa crítico racional sobre el poder político, se puede derivar hacia alguna de las causas inespecíficas y subalternas. Al fin y al cabo de lo que se trata es de eludir y ocultar el conflicto de clase a la conciencia social por su potencial desestabilizador de la totalidad del orden burgués.

Pero aun más eficaz a estos propósitos que disponer de alguna ideología fragmentada, hipertrofiada o dispersa en pos del el objetivo de la legitimación resultará el negar la existencia de cualquiera ideología. Esta fue la tesis de ciertos autores de la última postguerra mundial, la misma que hemos venido refiriendo a lo largo de estos apartados con reitera

insistencia: el final de la ideología. La consideración crítica de semejante postulado la reservamos para los subsiguientes apartados.

Lo que nos queda por hacer para concluir el presente es vincular el concepto delimitado por Eagleton al de otro autor a partir del cual dispondremos de un método de análisis de la ideología. Esto, a su vez, nos permitirá relacionar la ideología de una manera práctica y determinada con el proceso de formación de la Opinión Pública. Efectivamente, para Teun A. van Dijk (van Dijk, 1999, 21, 22) un concepto actualizado de ideología se reduce a “*la base de las representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo*”. Pero una definición tan escueta y aparentemente análoga a la de Mannheim en cuanto a la excesiva amplitud de su significado requiere ser precisada, cosa que él lleva a cabo a continuación. Para esto se refiere genéricamente a los múltiples autores que, como hemos visto, han abordado la cuestión. Entonces rescata una cita de Stuart Hall (1996, 26) consistente en un concepto de ideología algo más extenso en su desarrollo y más acotado en su significado al que nosotros nos limitamos a transcribir literalmente:

Entiendo por ideología las estructuras mentales –los lenguajes, los conceptos, las categorías, imágenes del pensamiento y los sistemas de representación– que diferentes clases y grupos sociales despliegan para encontrarle sentido a la forma en la que la sociedad funciona, explicarla y hacerla inteligible.

Van Dijk acaba por completar su propio concepto cerrándolo aún más al añadir otros dos aspectos al de Hall. Por un lado afirma que la ideología no solo se limita a encontrarle sentido a la sociedad, sino que además regula las prácticas sociales. Por otro lado sostiene que la ideología, además de que sirve en la estabilización de formas particulares de poder y dominación, también sirve en su cuestionamiento.

Con posterioridad desarrollaremos con la extensión requerida las nociones de van Dijk para poder hacernos con su método para el análisis del discurso ideológico. Por lo pronto podemos comprobar que el concepto del que parte van Dijk para desarrollar su método es coincidente con el que delimita Eagleton. Tan solo nos faltan «las condiciones de posibilidad» exigidas por Eagleton y la acotación de la ideología según van Dijk a su dimensión y efectos netamente políticos, pero todo se andará. Ahora retomaremos nuestra indagación en la crítica al polémico postulado *el fin de la ideología*.



## 9. La desconcertada reacción contra la ideología

Los trágicos acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias tuvieron unas tremendas repercusiones entre los intelectuales, filósofos y estudiosos de posguerra. Particularmente en occidente, lo que hasta antes de la guerra había sido la contienda ideológica comenzó a ser vista con un enorme recelo por un grupo de autores. Efectivamente, si recuperamos una de las tantas citas de Eagleton (1997, 198) a este mismo acontecimiento, al referirse al althusseriano Nikos Poulantzas nos reseña la forma en la el discurso ideológico en las sociedad del capitalismo avanzado oculta todo rastro de dominación. Según Poulantzas lo hace mediante el recurso al lenguaje científico-tecnológico: procura “la ocultación de los intereses políticos tras la máscara de la *ciencia*”. De este modo fue como aquellos autores de posguerra pretendieron dar al traste con las ideologías “aplaudiendo el supuesto tránsito de una racionalidad «metafísica» a una «tecnológica»” (ibíd.), cuando lo que estaban haciendo en realidad no fue más que reseñar un aspecto intrínseco de toda la ideología burguesa.

En la introducción al texto *El final de la ideología* del más significado de sus representantes Daniel Bell, Ángel Ribero realiza una ajustada contextualización del momento histórico en el que surge este postulado que anuncia el fin de la ideología. Según nos explica, tras comprobar el papel de colaboración que tuvieron muchos intelectuales con los totalitarismos, dichos autores repararon en que:

Si el horror totalitario del siglo XX se había producido, era porque Europa había santificado desde la Ilustración la creencia religiosa, ahora secularizada, de que la verdad es una y el error múltiple. La soberbia de un pensamiento político que había querido iluminar el camino de la humanidad hacia la perfección humana, aunque fuera en ocasiones apelando a la luz de la razón, estaba detrás de los excesos del siglo.

(Bell 2015, 25)

Para Ribero este fue el motivo del consenso entre los teóricos de posguerra en torno a la negación del valor de las teorías monistas, omnicomprensivas, consenso que recibió la denominación de «el final de las ideologías».

Según nos describe, la proclamación de este postulado se produjo en El Congreso Sobre el Futuro de la Libertad en 1955. Bajo el discreto patrocinio de la CIA, ciento cincuenta políticos y académicos se reunieron para “responder al desafío soviético al mundo libre con una respuesta intelectual articulada que reforzara las democracias occidentales” (ibídem). En la convicción de que la exacerbación de la cuestión social estuvo en el origen de los totalitarismos fascista y comunista, además de en el de la Segunda Guerra Mundial, vieron en la experiencia americana del New Deal de Franklin Delano Roosevelt la solución para encarar a las crisis económicas y sus dramáticas consecuencias sociales. El tema que dominó el congreso fue el de la ideología, a la que se acusó de ser responsable directa en el origen de los totalitarismos. Esta misma idea, y en la convicción de que por eso la ideología llegaba a su fin, sería pregonada entre la izquierda democrática en occidente por Edward Shils, Seymour Martin Lipset y Daniel Bell. Entre los asistentes al evento también se encontraban los ya para nosotros conocidos autores Hannah Arendt y Ortega y Gasset, cuyas obra *Los Orígenes del totalitarismo* y la *Rebelión de las masas* fueron objeto de nuestro análisis crítico a lo largo de su conceptualización sobre las masas.

La idea que se afianzó entre la mayoría de los participantes del Congreso fue la misma. Lejos de ser aquel foro que cabía esperar para el tradicional conflicto entre las gentes de la derecha y de la izquierda allí representadas, se convirtió en un ámbito para el consenso. Para Lipset se había llegado a la solución de los problemas planteados por la revolución industrial:

Los trabajadores habían alcanzado la ciudadanía política y laboral, los conservadores habían aceptado el Estado del Bienestar; la izquierda democrática había reconocido que incrementar el poder del Estado presentaba más problemas a la libertad que soluciones a los problemas económicos. El estado del bienestar clausuraba la lucha de clases y con ella el conflicto extremista.

(Bell 2015, 31)

De acuerdo con el relato que hará Shils de la conferencia: “Gabriel Aron habría explicado que en las sociedades democráticas occidentales no solo la ideología, el fascismo y el comunismo, habrían decaído, sino también la radical oposición entre la izquierda y la derecha democráticas.” (Bell 2015, 33)

Para concretar aun más, según Ribero (Bell 2015, 24) en el nuevo contexto ideología pasará a significar lo contrario de política. Esta última buscará articular de forma concertada el pluralismo de la sociedad. La ideología será, por el contrario, un credo político abstracto que, presentando un cuadro de cómo sería la sociedad ideal, lo impone de manera instrumental al precio que sea.

Ribero (Bell, 2015 38-42) concluye su introducción al texto de Bell con una encendida defensa del pluralismo. Parece ser que Bell encontró en el liberalismo de Isaiah Berlin el modelo para una sociedad pluralista. Para Berlin, la tarea de la teoría política era, por un lado la crítica de la ideología en general, por el otro el examen del potencial destructivo de determinadas ideas políticas, de determinados conceptos.

Según Ribero, Berlin daba una interpretación personal al anunciado «fin de las ideologías» mediante una crítica total al monismo. En su obra *El fuste torcido de la humanidad, capítulos de la historia de la humanidad*, realiza un análisis de la reciente historia de la humanidad. Se detiene de una manera especial en la explicación de las causas filosóficas y morales para los grandes acontecimientos y para las tragedias que la han afligido. En el capítulo titulado *La unidad europea y sus vicisitudes*, al romanticismo lo describe como una airada reacción contra la pretensión racionalista de encorsetar la vida en normas de origen racional. Como toda reacción, Berlin la describe como a una radicalización en contrario, origen del culto al yo y a la vida en el sentido de realización de las pasiones y deseos sin reparar, ni en sus consecuencias, ni tampoco en las normas por racionales que estas puedan ser. Conociendo lo poco que ya sabemos sobre el más destacado de los representantes del romanticismo filosófico, Friedrich Nietzsche, las consideraciones de Berlin sobre las ideas románticas no nos deben sorprender. Pero para Berlin (1992, 187) los más significados críticos coetáneos hacia la reacción romántica, Marx y Hegel, con su neorracionalismo, ya estaban contaminados por el romanticismo al extremo de considerar “que el progreso consistía en la derrota y la absorción del resto de la sociedad por un sector victorioso de ella”.

Berlin continúa con su exposición de cómo es la jerarquía de pautas morales y valores que todos compartimos en mayor o menor medida por nuestro pasado común. En base a ello, sostiene que las diferencias son del todo inevitables y que por eso se debe partir de estas para configurar un ámbito de convivencia, aun asumiendo el consecuente riesgo de conflicto. Hacia el final del capítulo resume su filosofía de la siguiente manera:

De hecho, no consideramos que la variedad en sí destruya nuestra unidad básica; es la uniformidad lo que consideramos producto de una falta de imaginación, o de filisteísmo, o en casos extremos una forma de esclavitud.

(Berlin 1992, 193)

Así, Ribero prosigue en la introducción al texto de Bell *El fin de las ideologías*, para Berlin lo más importante en el orden de posguerra pasará a ser la guerra abierta entre dos sistemas de ideas que tienen concepciones antagónicas de la libertad política. Uno era el comunismo soviético, que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y que fue en su diseño esencialmente monista. El otro sistema de ideas, la democracia liberal, une su causa al pluralismo, único baluarte de la libertad individual. “Lo múltiple es lo contrario del monismo. Aquí no se empieza por la unidad y la armonía ideal, sino por la diferencia, la variedad y el abigarrado pluralismo de lo real” (Bell, 2015, 41). Bell, Shils y Lipset también se calificaron a sí mismos de pluralistas.

Efectivamente, desde este peculiar y contradictorio presupuesto es del que hemos de partir para explicar el relativo fracaso al que se tuvo que enfrentar, con el correr del tiempo, esta conjetura de «el fin de las ideologías». Así, podemos empezar por el reconocimiento de una diversidad irrestricta e inabarcable de puntos de vista que consideramos necesarios para explicar e integrar al constructo social y sus instituciones. Pero, ciertamente, lo que estaremos haciendo en realidad es renunciar de forma explícita a cualquier posible explicación racional y omnicompreensiva de la sociedad, hacemos una renuncia a su posible ordenación con criterios de racionalidad.

Semejante actitud solo puede conducir a inestables diseños sociales, políticos e institucionales, más atentos hacia la mera atemperación de los conflictos y tensiones, a través del consenso, que a su superación atajándolos desde sus mismas causas objetivas. La aceptación del «pluralismo» como principio rector de la unidad y la cohesión social es, a

todas luces, contraria a sus mismos propósitos, por mucho que Berlin nos proclame la falta de imaginación, el filisteísmo y la inevitable esclavitud a la que conduce el desconocimiento de la «pluralidad».

De hecho, si nos atenemos a la literalidad del confuso término, la esclavitud sería una realidad tan inevitable como deseable para un «pluralista», puesto que cualquier forma de dominación humana cae dentro de las infinitas maneras de interacción y puntos de vista que caben dentro de un «orden social pluralista»; como de hecho también caben la explotación y los demás abusos entre las personas, incluidas las actitudes delictivas y criminales. Con el reconocimiento de la «pluralidad», Berlin no le pone más coto a la conducta social que un hipotético y genérico consenso sobre «la jerarquía de pautas morales y valores que todos compartimos en mayor o menor medida por nuestro pasado común».

Lo cierto es que una cosa es el reconocimiento de la libre opinión, la libre expresión de las ideas y el libre y deseable ejercicio de la crítica racional y pública hacia el poder político, y otra muy distinta es dar por tolerables todas las pautas de conducta humana socialmente posibles, incluso las irracionales, todas bajo el paraguas de una «pluralidad» fiada a la moral de cada uno. En realidad es falso que el «pluralismo» pueda ir tan lejos como lo significa el propio término en sí. El Estado ejerce su derecho al monopolio en el empleo de la violencia legítima para poner coto a las conductas antisociales. Supondremos que Berlin incluye en su consenso la teoría del contrato social como elemento constitutivo de la integración social a través del gobierno político.

En realidad, el supuesto del «pluralismo» responde a la necesidad de buscar una denominación de conveniencia que sirviera para sancionar el statu quo político-institucional alcanzado por las sociedades occidentales a partir de la posguerra. Es decir, a la conveniencia de dar legitimidad al orden social burgués capitalista con su reconocimiento tan solo formal de los frustrados ideales de la libertad, la igualdad y la justicia que prometieron las revoluciones decimonónicas. Es la manera en la que veíamos que el Estado se presenta como un poder neutral frente el resto de la sociedad y a sus instituciones, todos dispersos y disgregados en su insondable «pluralidad». Se trata del mismo ámbito de conflicto permanente y violencia sistémica que la cultura y la ideología posmoderna han venido a sancionar con la complicidad de sus medios de comunicación de masas. Por eso no nos debe extrañar que Habermas se refiriera a la fragmentación de la conciencia y la consiguiente colonización de los mundos de vida, y que Lukács y a Althusser se mostraran tan preocupados por la falta de totalidad que aqueja a la falsa conciencia creada por la ideología dominante. Para los postuladores del pluralismo lo mejor será que la mayoría social no desarrolle una conciencia clara de su función y de sus condiciones materiales de vida en la sociedad a pesar del consumo de masas, en particular que no llegue a desarrollar una comprensión cabal de la relación que guarda con los demás miembros de la sociedad. La complejidad técnica de los modernos sistemas económicos ayuda de una manera tan eficaz como involuntaria para lograrlo. La alienación permanecerá así como esa fuerza oculta que condiciona al individuo y le somete sin que este sea consciente.

Pero el statu quo de posguerra apenas si puede identificarse con «la jerarquía de pautas morales y valores que todos compartimos en mayor o menor medida por nuestro pasado común» y, como ya vimos, también por la convergencia y la alternancia de las formas políticas liberales y socialdemócratas para darle continuidad al orden económico capitalista, uno con su defensa del mercado irrestricto, o el otro con el reformismo estatal de un mercado regulado, los dos respectiva y alternativamente. Basta con poner en marcha el

mecanismo del sufragio en la constitución del gobierno y dar lugar a una fórmula, convenientemente mediatizada, para excluir otras opciones con el potencial de cambiar a la institución del mercado por una regulación racional de la economía que la ponga al servicio de sus verdaderos protagonistas, los trabajadores o productores de bienes y servicios.

De lo expuesto podemos deducir fácilmente el problema de la legitimación política que siempre tuvo el capitalismo y su necesidad de negar las ideologías en cuanto que portadoras que reivindicaciones y valores tan universales como los decimonónicos libertad, justicia e igualdad. El resto de los argumentos que explican el fracaso del pre-supuesto «fin de las ideologías» lo podemos completar tras el análisis de las obras de Bell y Hanna Arend sobre esta misma idea.

### 9.1. La obra de Daniel Bell

La última edición de la citada obra de Bell, además de la introducción de Ribero, consta del texto en el que Bell desarrolla el postulado, a la que titula *El final de la ideología en Occidente*, y de una adenda en la que trata de contestar al sinnúmero de críticos que le respondieron desde la izquierda al primer texto publicado con exclusividad por su primera edición.

En este primer texto, Bell (2015, 60) comienza repasando el cúmulo de trágicos acontecimientos en las dos décadas entre 1930 y 1950, particularmente el surgimiento de los fascismos y del comunismo como consecuencia de la gran crisis del veintinueve. Refiere pugnaces luchas de clase, el surgimiento del fascismo y del imperialismo racial en un país con un elevado estadio de la cultura humana, la autoinmolación de la generación revolucionaria y la guerra en una escala sin precedentes. Todo ello le lleva a afirmar que el intelectual radical que había articulado los impulsos revolucionarios del XIX y mitad del XX perdió sus esperanzas quiliásticas: “[...] del milenarismo, del pensamiento apocalíptico –y de la ideología–. Porque la ideología, que una vez fue camino para la acción, se ha convertido en un callejón sin salida.” (Bell, 2015, 61)

Este es su punto de partida para hacer un ajustado repaso a los momentos más trascendentes del término ideología y sus significados. Así se refiere al uso particular que, como ya vimos, le dieron los hegelianos de izquierda, Feuerbach y Marx (20015, 61-62). Según él lo entiende y nos lo explica, si bien para Feuerbach la función de la crítica era solo la de reemplazar la teología por la antropología, la de sustituir a Dios por el hombre; para Marx, llevado de la relevancia historicista de Hegel, el mundo no es el hombre genérico, el mundo son hombres diferenciados por su clase social. Las verdades son verdades de clase, son máscaras, o verdades parciales. Pero la verdadera es la verdad revolucionaria, que es racional. Según Bell, fue así como se creó una nueva ideología. En la lucha de clases se puede alcanzar la verdadera conciencia, no la falsa. Según le parece a él, para Marx la acción revolucionaria no era únicamente el cambio social, era el retorno a las viejas ideas milenaristas, quiliásticas de los anabaptistas.

Una vez sentado este peculiar precepto sobre la acción revolucionaria en Marx como ideología, Bell encuentra el campo despejado para iniciar su crítica a la inteligencia. Comienza afirmando que el intelectual es a la ideología lo que el sacerdote a la religión. Parece ser que a esto se debe la polifuncionalidad de la palabra ideología. Es entonces cuando se ve en la necesidad de repasar los significados y usos del término desde sus orígenes cuando fue acuñada por vez primera por De Tracy. Tras desarrollar una explicación muy similar a la que ya vimos en su momento, retorna a Marx, como también lo hicimos nosotros.

La manera crítica en la que Bell entiende a Marx la empezamos a exponer en la misma referencia en la que Eagleton (1997, 198) nos remitió a Poulantzas. Iniciamos allí una explicación sobre el modo en el que Bell postula la transformación de la estructura social del capitalismo producida tras la industrialización, explicación que ahora reproducimos para completarla:

Para Marx (aunque la clase nunca fue definida con rigor en su obra), las divisiones sociales calve en la sociedad se producen como resultado de la distribución de la propiedad. Sin embargo, en un mundo político-tecnológico, la propiedad ha ido perdiendo su fuerza como poder determinante, e incluso, en ocasiones, la riqueza. En casi todas las sociedades modernas, la capacidad técnica se ha vuelto más importante que la herencia como determinante de la ocupación, y el poder político tiene precedencia sobre el económico. ¿Entonces cuál es el significado de clase?

(Bell 2015, 70)

Pero donde Bell desarrolla extensamente su peculiar idea de que la tecnología y sus efectos sobre la estructura social hoy nos permiten un significado más eficaz que la tradicional teoría de las clases de Marx, será a lo largo de su obra *El advenimiento de lo sociedad postindustrial*. Precisamente, allí se refiere a un doble punto de partida en el origen de todo su trabajo. Por un lado:

El punto de partida se encuentra en un tema implícito en mi libro *The End of Ideology*: el papel de la toma de decisión en una sociedad. La toma de decisión técnica, en efecto, se puede considerar como el punto opuesto a la ideología: aquella es fruto del cálculo y tiene carácter instrumental; esta es emocional y expresiva. El tema de *The End of Ideology* fue el agotamiento de las viejas pasiones políticas; las teorías que se desarrollan en *La sociedad post-industrial* intentan explorar el pensamiento tecnocrático en sus relaciones con las decisiones políticas.

(Bell 2006, 53)

Por el otro:

Un segundo cabo fue una serie de estudios que publiqué en la revista *Fortune* a comienzos de la década de 1950 sobre la composición cambiante de la fuerza de trabajo, con referencias particulares al declive en el sistema ocupacional de los trabajadores industriales en relación con los trabajadores empleados en tareas no productivas en las fábricas y los empleados profesionales y técnicos.

(Bell 2006, 54)

Efectivamente, en esta obra Bell realiza un exhaustivo desarrollo de su teoría sociológica a partir de su abigarrada convicción de que se ha operado un profundo cambio en la estructura social del capitalismo postindustrial. La tecnología es presentada como “principio y estructura axial”, algo que en su propia metodología no significa la causación, sino centralidad (Bell, 2006, 25). Así, ya desde la *Introducción* nos ofrece la siguiente conclusión a la que llega tras la ajustada descripción de los contenidos de los cinco capítulos de su obra:

Finalmente, la significación de la sociedad post-industrial consiste en:

1. La consolidación de la ciencia y de los valores cognoscitivos como necesidad institucional básica de la sociedad.
2. La técnica de decisiones cada vez más técnicas involucra a los científicos y economistas más directamente en los procesos políticos.
3. La intensidad de las tendencias existentes hacia la burocratización del trabajo intelectual crea una serie de limitaciones a las definiciones tradicionales de los valores y los empeños intelectuales.
4. La creación y extensión de la *intelligentzia* técnica plantea problemas cruciales sobre la relación entre el técnico y el intelectual.

En suma, la emergencia de un nuevo tipo de sociedad pone en cuestión la distribución de la riqueza, el poder y el status, que son los temas centrales en cualquier sociedad. Ahora la riqueza, el poder y el status *no* son dimensiones de clase, sino valores solicitados y conseguidos por las clases. Quienes crean las clases en la sociedad son los ejes fundamentales de la estratificación. Los dos ejes fundamentales de la estratificación en la sociedad occidental son la propiedad y el conocimiento.

(Bell 2006, 64)

Es decir, Bell considera que la clase social, lejos de ser la expresión de la desigualdad y la fuente de los conflictos en su lucha por el acceso a la riqueza a los que alude la teoría social de Karl Marx, ahora es el ámbito para la realización de la propia condición humana. Según Bell, la riqueza, el poder y el status no son las dimensiones de clase, sino los valores a los que aspiran las propias clases. De manera un tanto sorprendente y contradictoria, Bell ha convertido el problema de la justicia social derivado de la incapacidad del capitalismo tradicional para distribuir la riqueza en un factor de integración social, en lugar de uno de lucha y confrontación. Parece ser que esto se debe a que la ocupación laboral mayoritariamente ya no es productiva como sí lo fueron los trabajadores en la era industrial.

Pero la realidad se muestra algo distinta a como nos la explica. Si no lo hemos entendido mal, Bell no niega la existencia de la estratificación social y eso, efectivamente, implica algún tipo de diferenciación en el poder, el status o la riqueza de los diferentes estratos sociales. Aunque Bell afirma que los principales ejes de la estratificación en las sociedades occidentales son el conocimiento y la propiedad, ambos son presentados metodológicamente como «centralidad» y no como «causación». Esto da que pensar que lo que pretende es soslayar a la propiedad como criterio de demarcación social y acabar así con la existencia de las clases sociales y con su lucha por el poder político, según lo concibió Marx. Además de minimizar el poder social de la propiedad frente a la competencia y el conocimiento técnico, la triquiñuela teórica consiste en presentar la lucha por el acceso a la riqueza, el poder y el status como una consecuencia tan inevitable como deseable para el nuevo orden de la sociedad postindustrial.

La violencia sistémica a la que conduce la competencia por estos codiciados valores a los que aspiran las clases sociales queda así debidamente institucionalizada. En este esquema sociológico, la violencia sistémica solo es un factor para dinamizar a la sociedad en la lucha de todos contra todos por ocupar las posiciones más elevadas en la estratificación social; esto es, es el mismísimo sentido de la existencia de las personas y de la sociedad ¿Tendrá esto algo que ver con la ideología como la falsa conciencia creada por la ideología de la clase dominante?

Por otro lado, Bell en ningún momento niega la existencia del poder socialmente distribuido que se manifiesta en la diferente capacidad para la toma de decisiones de cada cual en función de su posición en la jerarquía social. Según él, este poder social dependió en el pasado industrial de la propiedad y de la riqueza económica, ahora depende de la competencia técnica. El problema que presenta la argumentación de Bell se encuentra precisamente en el uso descontextualizado y parcial que hace de la teoría de Karl Marx sobre las clases sociales, so pretexto de que no fueron definidas con rigor. Se trata de la misma teoría a la que él pretende sustituir con la suya a partir de los aparentes cambios operados en la composición de la fuerza del trabajo en la sociedad postindustrial.

Efectivamente, en su teoría económica Karl Marx considera la adscripción a la clase social, no en función de la riqueza relativa, sino en función del acceso a la propiedad de los medios de producción, tal y como confusamente pretende expresar el mismo Bell. Las diferencias de riqueza relativa entre las personas solo son a la vez una causa y una consecuencia del acceso a la propiedad de los medios de producción. Son una causa porque la riqueza permite la compra y el consiguiente acceso a la propiedad de los medios de producción. Son una consecuencia porque el poder económico del propietario de los medios de producción le permite explotar a los trabajadores que los utilizan en su labor cotidiana apropiándose de la plusvalía que obtiene por sus trabajos, enriqueciéndose así con ello.

Es precisamente el poder social que confiere la propiedad de los medios el que se manifiesta a través de la toma de decisiones de índole económica que realiza el capitalista en función de su interés particular por aumentar su riqueza relativa y su poder social.

Bell comete al menos dos errores de apreciación sobre la teoría de Karl Marx. Por un lado olvida el efecto de la pervivencia de la propiedad privada de los medios de producción y de la reproducción de la desigualdad socioeconómica que sigue provocando en la sociedad postindustrial. Por otro, Bell no niega la existencia del poder socialmente distribuido según la capacidad y la competencia técnica para la toma de decisiones. Esto tiene consecuencias contradictorias con la superación de las clases sociales marxianas que él propugna.

Así, las diferencias de poder terminan por reproducir una jerarquía social en la que la dominación sigue siendo una pauta de interacción en las relaciones sociales. Es más, Bell sanciona la existencia del poder socialmente distribuido como si fuera un criterio totalmente racional que forma parte de la organización y la estructura social postindustrial. Dado que el ejercicio de cualquier tipo de poder conlleva dominación, lo cierto es que dominación y desigualdad son para Karl Marx un par indisociable en el que la consecuencia inevitable es el provecho económico que obtiene el dominador del dominado. Con lo que, miméticamente, nos encontramos otra vez ante las mismas clases sociales marxianas cuya existencia Bell pretende negar en la sociedad postindustrial.

En todo caso, recordemos que, según Eagleton, fue Paulantzas el que denunció que el discurso del capitalismo postindustrial se presentaba inocente y supuestamente libre de toda «dominación» bajo el ropaje del lenguaje tecno-científico. Por eso, después de lo visto, no deja de causar perplejidad la afirmación de que “La toma de decisión técnica, en efecto, se puede considerar como el punto opuesto a la ideología: aquella es fruto del cálculo y tiene carácter instrumental; esta es emocional y expresiva”. Ciertamente, considerar a la ambición humana como una legítima manifestación de la razón le confiere a las ‘decisiones

técnicas' ese mismo carácter de razón netamente «instrumental» al que también se refieren Adorno y Horkheimer.

Por otro lado, el empeño por reducir a la teoría de Karl Marx a simple ideología es igual de impropio e inoportuno que el de negarle su carácter netamente ideológico a los presupuestos del liberalismo doctrinal, o a los postulados sociopolíticos de la socialdemocracia. La afirmación de que la teoría de Karl Marx es menos racional y más emocional que sus alternativas económico-liberal o socialdemócrata es a todas luces ideológica e incongruente. Solo hay que ver la pasión con la que los partidarios de estas dos últimas ideologías se batieron el cobre en las contiendas electorales y el tipo de argumentos que ponen en juego para ganarse el favor del electorado apelando a 'los corazones y no a las mentes'. Respecto de la racionalidad del capitalismo como expresión unívoca de ambas doctrinas ideológicas, además de todo lo dicho hasta aquí, consideramos procedente insertar una larga cita de Habermas para dar cuenta de tal supuesto:

Esta relación de tensión entre el capitalismo y la democracia la ha expresado Offe desde el punto de vista de la competencia entre dos principios contrarios de integración social, en la siguiente paradoja: «Lo que distingue a las sociedades capitalistas de todas las demás no es el *problema* de su reproducción, es decir, el problema de *compatibilizar* integración social e integración sistémica, sino el hecho de abordar este problema fundamental de *todas* las sociedades de un modo que las compromete *simultáneamente* con dos vías de solución que lógicamente se excluyen entre sí: con la diferenciación y privatización de la producción y con su socialización y politización. Estas dos estrategias se entrecruzan y se paralizan mutuamente. Como consecuencia de ello, el sistema se ve permanentemente confrontado con el dilema de tener que abstraerse y, sin embargo, no poder prescindir, de las regulaciones normativas de la acción y de las referencias de sentido de los sujetos. La neutralización política de la esfera del trabajo, de la producción y de la distribución queda así sancionada a la vez que revocada». Esta paradoja queda también expresada en que los partidos, cuando consiguen el poder, tienen que asegurarse para poder mantenerlo la confianza de los inversores privados y *a la vez* la confianza de las masas...

(Habermas 2005, 870)

Analizar esta extensa reflexión más allá de la clara significación con la que se manifiesta la contradicción fundamental trabajo-capital en el capitalismo de todas las épocas escapa al propósito de nuestro trabajo. Aún así, no podemos dejar pasar por alto la más pintoresca de las conclusiones a la que conduce la argumentación de Bell: en el orden institucional postindustrial "el poder político tiene precedencia sobre el económico". ¿Quién podría sostener semejante afirmación ante la contundente evidencia en contrario que nos ofrecen el razonamiento de Offe y la conclusión de Habermas?

Hecha esta contra-crítica que nosotros realizamos a la que Bell lleva a cabo sobre la teoría de Karl Marx, retomamos el curso de su obra *El final de la ideología* en el punto en el que la dejamos cuando él prosigue con su labor para clarificar el significado del polisémico término ideología. Tras el repaso a otros tantos autores, a la mayoría de los cuales ya hemos citado, Bell acepta que las ideas están vinculadas a su tiempo y condicionadas por intereses de todo tipo, pero nos ofrece la siguiente definición:

Una ideología *total* es un sistema de la realidad general, es un conjunto de creencias, infundidas de pasión, que busca transformar la totalidad de una forma

de vida. Este compromiso con la ideología –la necesidad de una «causa», o la satisfacción de profundos sentimientos morales– *no* es necesariamente el reflejo de intereses modelados como ideas. Ideología, en este sentido, y en el sentido que lo utilizamos aquí, es una religión secular.

(Bell 2015,73)

De este modo, Bell va delimitando su propia idea de lo que sea la ideología haciendo prevaler su dimensión emocional sobre la de la racionalidad. Tal es así que llega a afirmar que las ideologías decimonónicas vinieron a sustituir a la religión en su función de conjurar el miedo a la muerte, enfatizando la omnipresencia de un movimiento o facilitando el sometimiento de los demás a la propia voluntad de cada cual. Una vez el efecto de las prácticas religiosas sobre las pulsiones fanáticas, violentas y crueles dejaron de ser desplazadas, simbolizadas, encauzadas y dispersas por la devoción y la religiosidad, la política se convirtió en el único medio para la movilización de la energía emocional. Estas ideologías, que identificaban la inevitabilidad con el progreso y con el avance de la ciencia, estaban conectadas con la clase ascendente de los intelectuales. Según Bell (2015, 78), el intelectual juzga el mundo a partir de su propia sensibilidad convencido de que su posición tiene un alto valor, “En la civilización de los negocios, el intelectual sentirá que se honran los valores equivocados y rechazará la sociedad”. Nosotros presupondremos que lo lamentable entonces será que el rechazo hacia los valores de los ‘negocios’ no sea generalizado y también compartido por el resto de la sociedad si sus miembros más preclaros se dan cuenta del error comúnmente aceptado.

Pero Bell (2015, 78,79) afirma enfáticamente que hoy esas ideologías están agotadas por motivos sociológicos complejos y variados. Según él, hoy nadie aceptaría que se pueda hacer un borrador para producir una utopía de armonía social. Lo que nos queda es el consabido consenso entre los ‘nuevos’ intelectuales: “la aceptación del Estado del bienestar; lo deseable de la descentralización del poder; un sistema de economía mixta y el pluralismo político.” Y entonces sentencia: la era de la ideología ha terminado. Y nosotros añadiríamos, además, que así los preciados valores burgueses universales de la libertad, la igualdad y la justicia que portaban las ideologías decimonónicas también han acabado junto con ellas.

Al llegar a este punto, es muy probable que Bell reparara desconcertado en que su argumentación está vaciando de todo su sentido a la continuidad del progreso social conseguido a lo largo de la historia. Lo que es peor, es muy posible que cayera en la cuenta de que toda su conjetura le está privando de su razón de ser a la institución política del gobierno formalmente democrático al reducir su función a la mera toma de decisiones «técnicas» de carácter político.

Un argumento como el suyo, llevado hasta sus últimas consecuencias, hace innecesario todo el entramado institucional de las modernas democracias liberales. En puridad, solo haría falta algún criterio tecno-científico y meritocrático como procedimiento más eficaz para garantizar la mejor designación posible durante la selección de los potenciales aspirantes al ejercicio del poder político. Dejar que esta decisión recaiga sobre los estratos menos competentes de la sociedad, a través del ejercicio de su derecho al voto, supondría una seria equivocación desde el propio punto de vista de Bell. Ellos carecen de la competencia necesaria para tomarla.

Lógicamente, Bell (2015, 85) es totalmente consciente del efecto demoleedor que tendría sobre el mecanismo formal de legitimación política el llegar a prescindir del sufragio como

medio para la constitución de los gobiernos. Por eso se precipita a segregar y rescatar de su peregrina noción de ideología a uno de los principales componentes de las ideologías decimonónicas: la utopía. En el fondo, Bell no ignora el efecto políticamente desmovilizador que arrastra la pérdida de la ideología para amplios sectores sociales. Este se manifestaría particularmente durante los procesos de legitimación formal, tales como son las elecciones y la acción de los partidos como organizaciones para reclutar candidatos políticos. Por eso es que recurre, como remedio de última hora, a la «utopía» como factor movilizador en sustitución de toda la ideología.

Eso sí, no pierde la ocasión para contestar al por entonces autodenominado «movimiento de la nueva izquierda» precisamente porque supo dar una respuesta efectiva y contundente a los teóricos del final de las ideologías, contra el cónclave de Milán y contra su liberalismo antimarxista. Bell (2015, 86) les ofrece una serie de recetas y consejos encaminados a evitar que la acción por la acción les ciegue y terminen por sacrificar a las presentes generaciones un nombre de un futuro mejor. Según él, aunque los viejos conceptos y debates de la «izquierda» y la «derecha» están ya agotados y la palabra «ideología» vencida, hay que evitar que «utopía» acabe igual. Por eso Bell (2015, 90) concluye con una cita de Alexander Herzen que reproducimos parcialmente: “[...] un fin que es infinitamente remoto no es un fin sino, si le parece, un fin ha de estar más próximo, ha de ser, como mucho, el salario del trabajador o el placer del trabajo realizado”.

Curiosamente, Bell elige una cita dirigida a la condición más común e imprescindible para el funcionamiento regular de cualquier sociedad y de su economía, la del trabajador. Realmente da la impresión de que el mensaje está destinado a sancionar cual debe ser la resignada existencia del común de los mortales; eso sí, aunque una parte más o menos exigua de ellos logre, desde otra condición distinta, una riqueza, un poder y un status que el resto nunca podrá alcanzar desde la suya.

## 9.2. La contribución de Hannah Arendt

Otro autor presente en el cónclave de Milán cuya aportación al consenso de «el fin de las ideologías» no podemos ignorar fue Hannah Arendt. Bueno Gómez (2007, 47) afirma que, para Arendt, “las ideologías más potentes, eficaces y destructivas han sido las esgrimidas por los dos totalitarismos”. El anexo con el que Bueno Gómez (2007, 84-90) concluye su trabajo sobre la ideología nos servirá de introducción y de guía para comprender mejor la importante y también ineficaz aportación de Arendt en el intento por enterrar a las ideologías.

Recordemos que en su obra *Los orígenes del totalitarismo* Arendt establece una causación determinante en el papel histórico que desempeñaron «las masas» en la gestación de los regímenes totalitarios. La crítica al concepto de masas en Arendt y en los múltiples autores que lo refieren quedó, a nuestro juicio, suficientemente acabada en su momento y no añadiremos nada nuevo. En todo caso, recuperaremos algunas de las ideas allí desarrolladas.

Tal y como sostiene Bueno Gómez, la ideología para Arendt tiene el mismo sentido peyorativo que tuvo para Napoleón y para Marx:

Pero, a la vez, tiene sus particularidades y debe relacionarse, desde su punto de vista, con los conceptos de masa y sistema (donde sistema se hace equivalente a lógica como ausencia de pensamiento). En cualquier caso, el concepto de

ideología es un instrumento que le permite a Arendt comprender mejor el ascenso y desarrollo de los totalitarismos.

(Gómez 2007, 85)

Al igual que Bell, la idea de Arendt bien definida de que las viejas ideologías decimonónicas se habían agotado para convertirse en el explosivo combustible que alimentó los totalitarismos, se hace explícita en la siguiente cita:

Lo que los portavoces del humanismo y del liberalismo pasaron habitualmente por alto en su amarga decepción y en su falta de familiaridad con las experiencias más corrientes de la época es que en una atmósfera en la que se han evaporado todos los valores y proposiciones tradicionales (después de que las ideologías decimonónicas agotaron su atractivo vital) era más fácil en cierto sentido aceptar proposiciones patentemente absurdas que aceptar las antiguas verdades, convertidas en piadosas banalidades precisamente porque nadie podía esperar que el absurdo fuera tomado en serio.

(Arendt 2007, 466)

Coincidiendo con Bueno Gómez, consideramos oportuno recuperar alguna de las ideas fundamentales que Arendt expresó sobre «las masas»: “No puede realizarse una propaganda efectiva basada en el simple interés entre masas cuya característica principal es la de no pertenecer a ningún cuerpo social o político, y que por eso ofrecen un verdadero caos de intereses individuales.” (Arendt 2007, 483)

Para ella, la principal de sus características es que son grupos desagregados de personas que habitualmente no se encuadran en ninguna organización política o de representación de intereses. Son personas sin alguna conciencia clara de poseer ningún interés común específico, que por eso resultan ser tan vulnerables a la influencia del líder de masas:

La calificación principal de un líder de masas ha llegado a ser su infinita infalibilidad; jamás pueden reconocer un error. Además, la presunción de infalibilidad no está basada tanto en una inteligencia superior como en la interpretación correcta de las fuerzas esencialmente fiables existentes en la historia o en la naturaleza.

(Arendt 2007, 484)

La falta de alguna visión coherente sobre la realidad que, sin embargo, necesitan desesperadamente para aplacar su propia inseguridad frente a su destino, expone a las masas a ser atrapadas por la personalidad infalible de un líder cuyas predicciones se imponen a los mismos hechos; llegado el caso, por la fuerza.

A partir de aquí, Bueno Gómez (2007, 87) nos propone conectar los conceptos de masa e ideología que nos ofrece Arendt:

Lo que las masas se niegan a reconocer es el carácter fortuito que penetra la realidad. Éstas están predispuestas a todas las ideologías porque éstas explican los hechos como simples ejemplos de leyes y eliminan las coincidencias inventando una omnipotencia que lo abarca todo a la que se supone en la raíz de cualquier accidente. La propaganda totalitaria medra en esa huida de la realidad a la ficción, de la conciencia a la consistencia.

(Arendt 2007, 487)

En suma, lo que las masas anhelan es un mundo completamente consecuente, comprensible y previsible. Por eso las masas, hambrientas de consistencia, aceptarán la ficción antes que la realidad, simplemente no pueden soportar su desarraigo esencial, sus aspectos accidentales e incomprensibles. Bueno Gómez (2007, 88) sostiene que esta consistencia es la ideología para Arendt. Concretamente se trata de los sistemas ficticios adecuados a los anhelos de las masas que construyen los ideólogos de los totalitarismos:

Antes de conquistar el poder y de establecer un mundo conforme a sus doctrinas, los movimientos conjuran un ficticio mundo de consistencia que es más adecuado que la misma realidad a las necesidades de la mente humana; un mundo en el que, a través de de la pura imaginación, las masas desarraigadas pueden sentirse como si estuvieran en su casa y hallarse protegidas contra los interminables *shocks* que la vida y las experiencias reales imponen a los seres humanos y a sus esperanzas.

(Arendt 2007, 489)

Lógicamente, la realización de tales mundos ‘ideales’ y ficticios queda pospuesta a un futuro indeterminado, pero queda garantizada por las fuerzas ocultas que existen en la historia o la naturaleza. Esto exige que la propaganda utilice el apropiado lenguaje científico capaz de anular al sentido común. Según Arendt, el sentido común es el verdadero antídoto con que cuentan las personas para contrarrestar los poderosos efectos de la propaganda ideológica sobre las masas. En tal caso, no está por demás remitirnos nuevamente al significado la expresión «sentido común» y a la crítica conclusión a la que conduce su contraste con «la razón».

Bueno Gómez concluye su trabajo ofreciéndonos un esquema que caracteriza y sintetiza el significado de la ideología para Arendt:

- La orientación hacia la historia. O el intento de explicar el acontecer total de los hechos, de lo ocurrido, lo que ocurre y lo que ocurrirá.
- La independencia de la experiencia, a pesar de su apariencia de “cientificidad”. La llamada a lo oculto (las leyes ocultas, el movimiento oculto de la historia o de la naturaleza).
- Un método que revela una consistencia inexistente en la realidad, basado en la dialéctica o en la deducción.

Las ideologías, en conclusión, aniquilan la libertad del hombre, su ser más íntimo, el ser comienzo. En esa capacidad humana de comenzar radica la única esperanza para la humanidad, en su ser distinto y único y su capacidad para iniciar cosas distintas y únicas, nunca vistas, horribles o geniales.

(Gómez 2007, 90)

### 9.3. La pervivencia de las ideologías

Seguramente no podríamos encontrar un mejor punto de partida para iniciar nuestra crítica hacia Arendt, porque la conclusión que extrae de su teoría Bueno Gómez encierra una

tremenda paradoja. Los supuestos doctrinales del liberalismo moderno parten del sagrado principio de la libertad para la libre difusión de las ideas y de las propias opiniones. Con este principio, y con el de libre asociación y sindicación para la defensa y promoción de intereses, es con el que se identifica el ejercicio práctico de la libertad política. Conviene resolver que el grupo de autores que postulan el fin de las ideologías no consideren que el liberalismo fuera una ideología, sino una doctrina política. Al menos esto es lo que sostiene Rivero en su introducción a la obra de Bell. Para ello Ribero nos ofrece una definición de ideología que atribuye a toda la tradición liberal con la intención de deslindarla de lo que puede ser alguna doctrina política. Nosotros la reproducimos parcialmente:

[...] cualquier doctrina política y omniabarcante que pretenda ofrecer una teoría total, o universalmente aplicable, del hombre y de la sociedad y que deriva de la misma un programa de acción política.

(Bell 2015 pp. 15,16)

La cita se puede completar dando a entender que las doctrinas políticas son inseparables de las circunstancias en las que fueron concebidas y que por eso carecen del carácter universal y omniabarcante al que aspiran las ideologías, algo que, paradójicamente, nos recuerda poderosamente a Marx y que el mismo Ribero se ocupa de reseñar diferenciadamente.

Curiosamente, Ribero está tratando de deshacer una confusión en la que él entiende que incurrió Francis Fukuyama cuando acuñó su famosa expresión de «el fin de la historia». Según Ribero, lo hizo dando por cierto que el liberalismo era otra ideología política alternativa que había triunfado definitivamente sobre su antagonista, el marxismo.

No es seguro que todos los que han postulado el fin de las ideologías coincidan con la visión de Fukuyama como no lo hace el mismo Rivero, pero el colapso de la URSS y el fin de la Guerra Fría fueron, como no podía ser de otra manera, presentados por la propaganda occidental como el fracaso del último gran proyecto ideológico.

Pero, en este mismo sentido, nada impide considerar a los supuestos doctrinales del liberalismo como a «ideologías», ya sea en sus versiones conservadora o socialdemócrata. Particularmente no podemos descartar esta idea si reparamos en que ambos sirven para fundamentar a una realidad político-institucional, la del capitalismo, que nunca ha dejado de postularse y proyectarse de manera universal y omniabarcante. Además de la evidencia aportada por el proceso de expansión colonial decimonónico, todos los intentos de intervención externa promovidos por los EE.UU. y sus aliados de la OTAN que se han vendido produciendo en la primera década larga del siglo XXI, han sido sistemáticamente acompañados de un discurso oficial de promoción de las ideas democráticas y del cuestionamiento de la tiranía al modo occidental, es decir, siguiendo y pretendiendo imponer la doctrina liberal.

En cualquier caso ¿Qué sentido puede tener afirmar la libertad práctica y efectiva para portar y promover ideas e intereses, si los sistemas coherentes y universales de ideas, las ideologías, son contrarios a la libertad de elegir las propias ideas autónomamente? La única forma de resolver esta paradoja es la de considerar que cualquier sistema coherente y universal de ideas debe quedar proscrito del ámbito del ejercicio de la libertad política; salvo el liberalismo, claro. Pero esto no se puede hacer de manera explícita y normativa, solo puede lograrse de una manera mediatizada, condicionando a la Opinión Pública con los medios de comunicación y con el aparato ideológico del Estado para no dar la

impresión de que existe alguna restricción sobre la libertad de pensamiento entendida en su sentido más amplio.

Lo que nos queda entonces no es más que la pura representación y promoción de intereses y una esfera de ideas particulares y dispersas, imposibles de concretar y de articular que, además, nunca deben llegar a alcanzar la coherencia de otra ideología que no sea la liberal. La inevitable fragmentación de la conciencia y la falta de «totalidad» cobran todo su sentido haciendo eficientes las cautelas de Arendt contra los «totalitarismos».

Efectivamente, ya vimos que lo que caracterizaba a los espacios públicos en las sociedades del capitalismo posindustrial es su insondable pluralidad de opiniones particulares y de intereses contradictorios e inabarcables. En semejante status quo, favorecido por la filosofía de la posmodernidad y por el sistema mediático, la integración social está permanente amenazada, se encuentra en un equilibrio inestable y muy precario. Las crisis socioeconómicas se acaban por hacer siempre sistémicas y eventualmente condenan a la mayoría social a pagar la factura de los desajustes y desequilibrios a los que da lugar la constante confrontación de unos intereses permanentemente renovados.

Estos intereses resultan cada vez más cambiantes y contradictorios en función de las innovaciones tecno-científicas en todos los órdenes de la sociedad y la economía. La violencia sistémica queda así inevitablemente institucionalizada. Lo único que contrarresta su efecto desintegrador es la hiperproductividad a la que conduce la propia tecnología. Solo el consumo de masas como mecanismo para la satisfacción de las necesidades materiales es capaz de conjurar la permanente insatisfacción que produce una estructura social desagregada y en permanente conflicto de competencia por el poder, por el status y por la riqueza.

Pero el riesgo de un diseño institucional que se racionaliza a posteriori a través de la negociación, el consenso y el acuerdo es, en muchas ocasiones, demasiado elevado. Son las consecuencias que hay que afrontar cuando no se parte de la voluntad de racionalizar institucionalmente y a priori el ámbito social y económico para lograr una deseable integración en la que el conflicto solo sea residual e inevitable.

Justamente, el permanente riesgo de colapso por falta de integración tiene su expresión más genuina allí donde el esquema institucional está menos desarrollado, racionalmente regulado y controlado por alguna forma de gobierno político. Aunque cabe poner muchos ejemplos de Estados fallidos, esto es lo que sucede también en lo que convencionalmente conocemos como «sociedad internacional», donde la institucionalización apenas ha conseguido la mínima estructura de un estado global. Por definición, nos estamos refiriendo al ámbito de la relación por antonomasia entre los Estados ya constituidos, todos ellos muy celosos guardianes de su soberanía. Allí, los conflictos de intereses amenazan con convertirse en un riesgo de destrucción a escala global.

Lo más sorprendente es la evidencia de que son los Estados con mayor conflictividad social interna los que tienden a reproducir el conflicto a escala global si poseen el potencial destructivo para hacerlo. Las razones suelen ser múltiples y variadas. De un lado, su particular concepción sobre el juego de intereses propios frente a los intereses ajenos les tensiona en su lucha por el acceso y dominio de los recursos. Por otro lado, tenemos el imprescindible crecimiento y expansión al que están condenados por su necesidad de compensar, vía consumo, la frustración social ocasionada por su permanente conflicto

social interno. En suma, el conflicto internacional es la consecuencia de dar rienda suelta a la ambición como si eso fuera lo más deseable para la condición humana.

Al modo que lo explica Immanuel Wallerstein, cabría situar esta cuestión en la disputa global por ocupar los lugares más elevados de una hipotética estratificación de status, poder y riqueza que el capitalismo, pre y posindustrial, reproduce miméticamente a escala internacional a partir de su propio esquema institucional de conflicto social interno parimente, pero sin que exista ningún gobierno mundial. A esto es lo que Wallerstein llama economía- mundo.

Como prueba evidente de que las ideologías no están ni mucho menos periclitadas, de que son una tozuda realidad, nos encontramos con el hecho de que todavía tenemos que presentar a la caracterización del conflicto internacional como a una legítima manifestación ideológica.

Tras la famosa tesis de Francis Fukuyama sobre el «el fin de la historia», con el colapso de la URSS y el teórico final de la Guerra Fría, se pretendió ignorar desdeñosamente el papel de cualquier ideología en los análisis sobre la dinámica de la sociedad internacional y de los cambios en las relaciones de poder entre las naciones. Esto, muy a pesar del creciente poder de la superpotencia China, gobernada por un partido comunista que mantiene su poder sobre una economía fuertemente centralizada. Ahora bien, una prueba muy difícil de refutar sobre la supervivencia de las ideologías a escala global la obtendremos a partir del seguimiento de los acontecimientos internacionales desde aquel momento histórico.

Si prescindimos en la ecuación de las guerras que la OTAN ha llevado a cabo contra los países árabes y musulmanes, la ruptura del principio de hegemonía unipolar que pretendieron los EE.UU. y sus aliados es una manifestación contundente de que el legado de dominio para el que los países occidentales se creían llamados llega a su fin. Un abigarrado conjunto de países, más o menos liderados por Brasil, Rusia, India y China, agrupados justamente bajo el acrónimo BRIC, han integrado un bloque alternativo al que, hasta ahora, ha venido dominando en la escena internacional, los países occidentales de la OCDE.

Si bien es cierto que los presupuestos ideológicos bajo los que operan los BRIC no se los puede considerar netamente antagónicos a los del todavía hegemónico capitalismo occidental de la OCDE, ni mucho menos cabe sostener que sus fundamentos doctrinales y políticos sean los del liberalismo económico que impera en esos países. Significativamente, lo más reseñable del periodo al que nos referimos es que un grupo de países latinoamericanos encuadrados entre los BRIC facilitaron la llegada al poder de una generación de líderes izquierdistas ideológicamente rivales de los partidos conservadores que gobernaron la práctica totalidad de los países de la OCDE. Por lo general, los BRIC han protagonizado, y todavía protagonizan, un sinnúmero de desacuerdos internacionales con sus adversarios quienes, sistemáticamente, han tratado de intervenir en sus asuntos internos para debilitar a sus gobiernos con mayor o menor éxito.

En la actualidad, los países con las economías más potentes de entre los BRIC, justamente China y Rusia, los antiguos antagonistas ideológicos de Occidente durante la Guerra Fría, son los mayores rivales en la disputa por la hegemonía a los que la OTAN trata de desafiar con sus constantes amenazas y provocaciones. Pretender que las ideologías, ya sea por la vocación dominadora o por la resistencia hacia ella, no están en juego durante estos

episodios es un indudable ejercicio de cinismo netamente ideológico cuya intención es ocultar la verdadera naturaleza de los acontecimientos en curso.

En su caso, Rusia, la otrora 'bestia ideológica' que amenazaba todo el orbe capitalista como núcleo político de la antigua URSS, hoy quiere volver por sus fueros y reclama una influencia internacional que parece poder ejercer desde su poderío militar. En una situación similar se encuentra también en la actualidad China, pero Hannah Arendt no indagó en la historia de las instituciones chinas como sí lo hizo con el régimen de Stalin a la búsqueda de regularidades y características comunes con el régimen nazi.

Como sea, dado que el sistema socialista que imperó en la extinta URSS fue uno de los fundamentos para desarrollar la tesis del fin de las ideologías a la que se aplicó con un especial interés Arendt, consideramos oportuno remitir directamente al análisis crítico de su teoría que ya realizamos cuando cuestionábamos su concepto de masa en su obra *Los orígenes del totalitarismo*.

Allí llevamos a cabo un sistemático estudio de los presupuestos prejuiciosos a los que condujeron sus datos dudosos, sus equivocadas percepciones sobre los hechos históricos de los que parte y sus pintorescos y contradictorios razonamientos sobre las clases sociales y sus relaciones con el poder político. Aquí apenas nos limitaremos a recordar que el resultado de la II Guerra Mundial fue una victoria sin paliativos de la URSS en su confrontación militar con su verdadero antagonista ideológico, el régimen nazi-fascista alemán. Por mucho que los hechos y su explicación se quieran presentar de otra manera, las coincidencias entre ambos contendientes son tan ocurrentes y tan eventuales que, efectivamente, solo cabría la opción de negar la pervivencia de dos concepciones ideológicas tan opuestas para poder suponer algún aspecto común entre ambas realidades políticas una vez olvidadas las dos.

Tras la pormenorizada crítica que le hicimos en su momento, el trabajo que realiza Arendt de equiparación y de fundamentación entre ambas experiencias políticas, la del nazismo y la del el bolchevismo, se nos antoja tan absurdo como ideológicamente interesado y condicionado. Esto es así porque, al fin al cabo, ninguno de los autores que postularon el fin de las ideologías aceptó que el legado institucional del azaroso curso de la historia al llegar a la modernidad, el capitalismo, sea un sistema político y económico tan ideologizado como cualquier otra concepción institucional anterior o posterior, ya sea más o menos racional que él. Pero, por sus orígenes y por las primeras acepciones que tuvo el término, sabemos que la ideología es anterior a que apareciera su propia denominación terminológica.

Como vimos en la teorización sobre la ideología, Destutt de Tracy intentará desentrañar racionalmente, sin lograrlo, las bases sociales del pensamiento para obtener una fuente de legitimidad política distinta a la divinidad que investía a los déspotas ilustrados. Así fue como la ideología devino en un mecanismo de legitimación del poder político del que no puede prescindir ninguna forma de gobierno.

La necesidad de un consenso político básico en la organización de la convivencia es imposible de soslayar en la constitución de cualquier comunidad, desde las más ancestrales hasta las más modernas. Si partimos de esta evidencia tan obvia, no podremos negar la diversidad de consensos, más o menos coercitivos o tolerados y a veces tolerantes, a los que ha dado lugar la evolución institucional a lo largo de la historia de las sociedades humanas. Negarlo no es más que un estéril ejercicio de autoengaño.

Ante la magnitud del desafío, exhaustos, podemos dejar caer los brazos y renunciar a conocer el sentido que han tenido todos esos cambios. Podemos recurrir a la falsa modestia para ver en la realidad presente sólo aquello que nos interesa o que nos conviene circunstancialmente pensando que las cosas son, han sido y serán siempre así. Pero, como hemos podido comprobar, los cambios en la realidad social no se dejan de producir solo porque los ignoremos.

A pesar de que los detractores de las ideologías se han centrado en remarcar sus aspectos emocionales, la contienda ideológica desde la modernidad se ha centrado en contrastar los fundamentos racionales de las opciones políticas en liza para optar por la más aventajada. Las distorsiones totalitarias y sus inhumanas consecuencias a los que dieron lugar determinadas ideologías en la primera mitad del siglo XX están en relación directa con sus aspectos más irracionales. Su apelación constante a las emociones se encuentra en la base de la violencia con la que se manifestaron y en la de los trágicos acontecimientos históricos que desataron.

Por eso, la renuncia a la razón como medio de conocimiento para poder anticiparse a las consecuencias de los inevitables cambios sociales entraña el gran riesgo de incurrir otra vez en errores cuyas consecuencias tendremos que volver a lamentar.

Contrariamente a esta apelación a la razón, recordaremos la cita de Ribero que elegimos para sintetizar el punto de partida del Congreso sobre el Futuro de la Libertad que se celebró en Milán. En ella, Ribero, previa apelación a la tópica teleología para evitar el uso de medios abominables para alcanzar fines elevados, nos previene contra los excesos de la razón:

Si el horror totalitario del siglo XX se había producido, era porque Europa había santificado desde la ilustración la creencia religiosa, ahora secularizada, de que la verdad es una y el error múltiple. La soberbia de un pensamiento político que había querido iluminar el camino de la humanidad hacia la perfección humana, aunque fuera en ocasiones apelando a la luz de la razón, estaba detrás de los excesos del siglo.

(Bell 2015, 25)

Con un argumento tan retórico como poco filosófico, Ribero se desmarca tajantemente de las concepciones filosóficas materialistas en las que hemos querido fundamentar toda nuestra explicación. Por mucha humildad que le queramos poner a la cuestión, efectivamente la realidad es única y ontológica. La soberbia la exhiben quienes se ponen de espaldas a ella pretendiendo que la realidad es como cada cual la quiere ver y no como «realmente» es. Como hemos tratado de argumentar hasta el momento, la verdad, por esquiva y velada que se nos muestre, se corresponde idénticamente con los hechos. Hablar de múltiples verdades, o de muchas realidades, es darle la rienda suelta al irracional subjetivismo desde el que se han querido justificar todos los males y todas las atrocidades a lo largo de la historia humana.

Ribero parece negar que la propia Ilustración, el proceso de desencadenar el juicio crítico de la razón, tengan alguna otra finalidad que la de dar cuenta del mundo y de su verdadera existencia, el objeto de desentrañar la verdad oculta tras el velo de la ignorancia y de la superstición. Por eso intenta reducir el papel de los pensadores políticos, de una manera falsamente modesta, a señalar: “[...] el precio terrible de las propuestas de cambio radical y

de experimentación social inscritas en la idea de que hay una teoría omnicomprensiva capaz de reorganizar por completo la realidad”.

Esto supone atribuir efectos intrínsecamente perversos a todo intento de racionalizar al conjunto de la sociedad humana, dando por dudosa la eficacia de la razón como verdadero instrumento de la conciencia y del conocimiento, como si existiera algún otro. Pero, como vimos, en realidad la idea de que las ideologías sean por definición universales y omniabarcantes solo responde a una forzada categorización que las permita desmarcarse de la doctrina política liberal. Lo cierto es que semejante idea no tiene por qué corresponderse con la realidad. Pretender que la doctrina de Karl Marx, o que el nazismo, son más omniabarcantes y universales que la doctrina política liberal tan solo es una afirmación retórica. La determinación del ámbito de autovalidez de estos presupuestos políticos es igualmente amplia para los tres.

De hecho, es muy correcto sostener que la doctrina nazi preconizó un orden universal basado en una jerarquía de dominación en la que las razas superiores esclavizarían a las inferiores. Pero el delirio político que representó semejante propósito fue todo lo inviable que demostraron los propios hechos. En las condiciones históricas surgidas de la modernidad, la resistencia a hacia una dominación tan absoluta y explícita es ilimitada hasta hacerla insostenible.

Por otro lado, la crítica racional que Marx lleva a cabo sobre el capitalismo no excluye la realidad nacional de los pueblos y las razas, para los que su doctrina política reconoce su legítimo derecho al autogobierno y a la soberanía política. Todo lo más que llega a hacer su doctrina política es promover la cooperación y el equilibrio en la riqueza y en las condiciones materiales de vida entre los diferentes pueblos en pos de su igualdad. En este sentido, la universalidad del poder político en la doctrina política marxista es perfectamente equiparable al de la doctrina liberal.

Sobre los reconocidos intentos de validez universal y omniabarcante de la doctrina política liberal en el curso de la actualidad ya hemos ofrecido alguna prueba. Pero podríamos también tomar en consideración todo el proceso de expansión colonial decimonónico y del cumplimiento de su hipotética «sagrada misión civilizatoria» como aval de este mismo hecho.

Lo alarmante de la renuncia matizada que propone Ribero a comprender y a intervenir racionalmente en la realidad social de una forma proactiva, con una perspectiva al menos lo suficientemente amplia, serían las consecuencias a las que nos podría conducir esta inhibición. Aun aceptando la imposibilidad de eliminar el conflicto y la contradicción como elementos constituyentes de la realidad social misma, el reconocer la inabarcable pluralidad de lo real no puede significar aferrarse obstinadamente a ello y rechazar la voluntad de resolver racionalmente o de atajar los conflictos potenciales cuando todavía se encuentran en un estado latente, yendo directamente a sus causas.

A partir de la titubeante inhibición frente a la racionalidad que nos propone Ribero, precisamente por esa misma visión tan laxa y tan despreocupada de la realidad social del cónclave de Viena a la que le conduce su fijación con el pluralismo político, no nos debe extrañar la alarmante idea con la que Bueno Gómez (2007, 90) concluye su trabajo sobre lo que significa la libertad para Arendt en cuanto que destacado participante de este Congreso: “En esa capacidad humana de comenzar radica la única esperanza para la humanidad, en su

ser distinto y único y su capacidad para iniciar cosas distintas y únicas, nunca vistas, horribles o geniales”.

A modo de ejemplo de lo queremos significar, si pensamos en la sociedad internacional, la mera voluntad negociadora y de consenso basada en la amenaza del uso de la capacidad destructiva mutua que poseen las grandes potencias mundiales no despeja el riesgo cierto de que se desencadene el apocalipsis. Es bien sabido que una tercera conflagración bélica con el empleo masivo del arsenal termonuclear supondría la aniquilación de la especie. De este modo, los argumentos de toda posible negociación deben responder a criterios racionales en la solución decidida y resuelta de los desacuerdos. Y, por supuesto, es evidente que un mayor grado de institucionalización racional, de integración de la sociedad internacional y de sus potenciales órganos para un gobierno mundial en la ONU, serían más eficaces de lo que son hoy para conjurar el peligro de la aniquilación global. En tal sentido, más que un pluralismo político, lo que nos convendría en la escena internacional frente a este desafío por la supervivencia sería algo más de homogeneidad ideológica para facilitar el ejercicio del consenso multipolar frente a la unipolaridad. Pero esta discusión no forma parte del objeto del presente trabajo si no es para reclamar el decidido criterio de racionalidad que debe presidir la resolución de los conflictos sociales.

#### **9.4. El espectro ideológico: Crítica al modelo político liberal**

Tampoco puede ser el objeto del presente trabajo caracterizar en todo su detalle la función de las ideologías en los modernos sistemas políticos liberales. Este objetivo es de tal calado y amplitud que por eso solo nos hemos venido centrando hasta el momento en una caracterización ideológica superficial de la sociedad internacional. La elección del ámbito internacional fue totalmente intencionada. Por un lado, su falta de institucionalización facilitó la comprensión de la función de las ideologías en un ámbito donde apenas existen otras instituciones políticas. Por otro, mediante el análisis de las dinámicas del poder mundial pretendimos presentar una absoluta evidencia de la vigencia de la ideología como fenómeno inevitablemente generalizado a escala global.

No obstante, no podemos pasar por alto una breve referencia a la función de las ideologías en los sistemas políticos contemporáneos que enterrará definitivamente la pretensión de que las ideologías sean un fenómeno acabado.

Para no perder de vista nuestros verdaderos objetivos, recordaremos que nos propusimos demostrar la relación existente entre la ideología y el proceso de formación de la Opinión Pública. Por eso nos hemos visto en la necesidad de invalidar primero la tesis de que las ideologías hayan llegado a su fin.

Lo más adecuado a nuestro propósito será que no descuidemos el carácter netamente legitimador del poder político que poseen las ideologías. A su vez, este argumento, ya recurrente en nuestra argumentación, nos debe conducir a la evaluación de la relativa capacidad que poseen las diferentes ideologías como mecanismo legitimador del gobierno político. Según hemos venido comprobando, el principal factor de legitimación que poseen las ideologías desde sus orígenes ilustrados es el de su relativa racionalidad.

Justo por eso, el desesperado intento del conclave de Viena por liquidar las ideologías no fue ni mucho menos causal. El marxismo, la doctrina ideológica rival de la liberal en cuanto que su expresión política del orden capitalista, surgió victorioso y reforzado de la II Guerra Mundial tras derrotar a su verdadero antagonista, la ideología nazi. Pero la amenaza que

percibieron los asistentes al congreso de Viena no se limitó únicamente a la alarma que les ocasionó el resultado de la contienda.

Pensemos por un momento la manera en la que concluimos el apartado anterior. Allí tratábamos de apelar a la racionalidad como medio para la comprensión y la resolución de los conflictos sociales. Tuvimos que hacerlo ante las dudas hacia la racionalidad que Ribero sembraba en el terreno para el yermo de las ideologías. Esta actitud crítica hacia la racionalidad caracterizó a una buena parte de los intelectuales en la generación de posguerra.

De una parte, como ya vimos en su momento, la reacción romántica contra las violentas pulsiones revolucionarias que jalonaron el siglo XIX, siguiendo la estela de la revolución francesa y de sus ideales de racionalismo ilustrado, dejaron una profunda huella de preocupación en buena parte del pensamiento y la filosofía de las primeras décadas del XX que se acentuó tras las dos guerras mundiales. De otra, muchos de aquellos intelectuales de la posguerra comprobaron desconcertados como el pensamiento social de Karl Marx resultaba ser más racional que sus alternativas, particularmente las liberales. Los intentos por describir y explicar la economía capitalista que hicieron los economistas burgueses sin reparar en sus consecuencias sociales y políticas fueron racional y contundentemente desmontados por Marx.

En contradicción con sus formalmente proclamados valores de libertad, igualdad y justicia, la doctrina sociológica burguesa se vio incapaz de ofrecer una explicación sobre la sociedad capitalista moderna y sobre sus conflictos mejor que la que ofreciera Marx con su teoría sobre la desigualdad entre las clases sociales. En consecuencia, el justificado temor a la eficacia legitimadora que encierran las ideas de Marx se convirtió en una obsesión para todos aquellos intelectuales que apenas sí supieron elaborar alguna respuesta crítica hacia ellas. Lo que recurrentemente postularon en su lugar, antes que alguna doctrina política racional alternativa, fue la denuncia de hechos de dudosa autenticidad avalados por los testimonios de los llamados «disidentes». A esto cabe añadir una descomunal campaña de propaganda auspiciada por las élites y dirigida hacia una opinión pública que se vio así sistemáticamente expuesta, durante toda la Guerra Fría, a la desinformación y a los productos culturales manipulados ideológicamente en ambos bandos.

El principal argumento de peso a su favor que legó a estos intelectuales de posguerra en occidente el resultado de la contienda fue la generalización del entramado institucional de los Estados burgueses formalmente democráticos en la mayoría de los países de tradición liberal. Aunque antes de la contienda esos países ya habían asimilado las instituciones liberales del Estado burgués, entre ellos Alemania, la derrota militar en sus aventuras fascistas desvió sus miradas hacia la destellante imagen en el espejo institucional americano e inglés como el mejor remedio para hacer frente a sus problemas de legitimación política. Esta división política del mundo industrializado entre democracias liberales formales y democracias populares fue sancionada por los acuerdos de posguerra entre las potencias ganadoras dando origen a la Guerra Fría.

Así fue como los hechos ayudaron a fundamentar el consenso entre los intelectuales del conclave de Milán. Pudieron ofrecer ante la opinión pública occidental unos sugerentes modelos de la institución liberal a la que presentaron como un hecho tan natural como incontrovertible. Pero esto solo fue posible en la Europa occidental nórdica y central. En otros continentes y en el sur de Europa sobrevivieron muchos Estados autocráticos

sustentados por ideologías filofascistas hasta las últimas décadas del siglo XX, con la connivencia cómplice e hipócrita de las grandes potencias liberales accidentales.

Lo cierto es que la expresión legitimadora más eficaz que tiene el modelo liberal es la de la constitución periódicamente renovada del gobierno mediante el sufragio universal. A este procedimiento se suma un sistema de partidos como mecanismo para la selección de candidatos potencialmente elegibles. También hay que añadir las libertades formales de expresión y de libre asociación para la constitución de tales partidos «políticos»; además, estas libertades civiles sirven para la articulación de otros intereses «sociales», presuntamente «no políticos», como los laborales, los empresariales, los corporativos y otros que se manifiestan a través la «insondable pluralidad» que los postulados liberales atribuyen a la compleja realidad social en el capitalismo postindustrial. Esta supuesta separación entre lo «político» y lo «social» consiste en un ardid descriptivo útil a los defensores del liberalismo ante la sociedad. De una manera tan artificial como ideológica y con total independencia de su auténtica realidad, aunque los orígenes de esta forzada separación entre lo «social» y lo «político» están ya en las ideas de Hegel sobre la escisión entre los ámbitos diferenciados del Estado y de la Sociedad Civil, su efecto último es el de mantener alejados de la conciencia pública y social la injusta relación entre la condición del trabajador explotado y la del empresario explotador.

Las formas en las que el sufragio se traduce en la constitución del poder ejecutivo, que es el que lleva a cabo el ejercicio del poder político, varían significativamente entre los diferentes países con regímenes liberales. En términos generales dependerá de que en su diseño constitucional se configure a los regímenes como presidencialistas o como parlamentarios. En los parlamentarios, la formación del ejecutivo es indirecta y estará en función de las mayorías reflejadas por la composición de la asamblea parlamentaria o poder legislativo, según sea el resultado electoral obtenido por los partidos políticos en liza. En las repúblicas presidencialistas, el presidente es elegido por sufragio universal, de tal modo que él designa a su ejecutivo o gabinete de gobierno, con independencia de que además existe una asamblea legislativa elegida también por sufragio. Pero ya hemos delimitado el objeto del presente trabajo a una caracterización muy general y superficial de los sistemas liberales sin llegar a entrar en sus detalles. Esto lo hacemos con la intención clara de poder demostrar su inviabilidad sin una institución política regular, sistemática y generalizada en todos los países que lo comparten: el espectro ideológico.

Con carácter general, hablamos de espectro político, antes que ideológico, dependiendo de las realidades de cada país, o de cada entidad política, en los que se dé una confrontación política para la designación por sufragio del ámbito de la representación y de la decisión políticas.

La denominación espectro político literalmente hace referencia al abanico de opciones políticas alternativas las cuales pueden ser ordenadas siguiendo algún criterio progresivo que refleje la correlación de apoyos populares existente entre valores e ideas políticamente contrarios. Otra forma de expresarlo sería la de referir un continuo delimitado por sus extremos en los que se situarían las posiciones más opuestas, ocupando los lugares intermedios las propuestas progresivamente menos extremas.

El criterio de ordenación puede variar mucho de un caso a otro. Por ejemplo, en una sociedad religiosa, el espectro político se puede establecer entre los que quieren un gobierno totalmente laico y los que apuestan por un ejecutivo exclusivamente formado por clérigos, en medio estarían los que aspiran a la formación de un gabinete mixto con una

representación ponderada según las preferencias de cada cual. En todos los casos, si una de las opciones extremas es claramente mayoritaria y excluyente, entonces no podemos hablar propiamente de la existencia de algún espectro político.

Lo importante de este concepto es que la noción de espectro político nos sitúa irremisiblemente ante la necesidad de disponer de unas opciones alternativas mínimas a partir de las cuales poner en marcha el juego electoral. Es imposible hablar de elecciones sin disponer de opciones para elegir.

Lo cierto es que en los regímenes liberales occidentales el espectro político presenta unas características homogéneas y regulares en todos los casos que nos permiten hablar clara y explícitamente de un espectro ideológico. Por supuesto, esto sin presuponer que toda opción política no pueda ser considerada también ideológica, como por ejemplo ocurriría en el caso de una sociedad religiosa. De este modo, la ya recurrente cita de De Blas Guerrero y Cotarelo (2000, 186) queda totalmente explicada:

La existencia de ideologías en los sistemas políticos contemporáneos [...] es tan importante en la explicación de dichos sistemas que su omisión no permite dar cuenta de un modo satisfactorio del funcionamiento de esta realidad.

Es tópico referir que el origen de la distinción entre izquierda y derecha se remonta a la fecha del 1 de octubre de 1791 en Francia. Ese día comenzaron en París las sesiones de la Asamblea Legislativa tras la aprobación de la primera Constitución en la historia de Francia a cargo de la Asamblea Constituyente. Con las posiciones que ocuparon en la Cámara los 264 diputados establecieron los conceptos de la izquierda y de la derecha política. A la izquierda se situaron los jacobinos, los representantes del pueblo llano contrarios a la monarquía y a los privilegios del ancien regime. En la derecha se sentaron los Feuillant, monárquicos y conservadores que defendían los Antiguos Estados y que votaron en contra de privar al Rey de su soberanía. Desde ese momento, ambas posiciones se han venido identificado con la distinción entre actitudes más o menos conservadoras y posiciones más o menos progresistas respectivamente. La designación responde a la proyección de lo que representaba cada grupo de parlamentarios. La derecha de la asamblea pretendía la preservación y continuidad de los privilegios de los estamentos y de la figura del Rey. La izquierda quería cambiar la situación acabando con el poder del monarca y con las desigualdades producidas por los abusos de los estamentos sobre el pueblo llano.

Desde ese entonces, con un carácter más general, las ideas de izquierda comprenden una mayor preocupación por la libertad, la justicia y la igualdad social, en tanto que las de derechas se centran en la preservación del orden y la autoridad como condiciones necesarias para conjurar los factores de alteración y desintegración social frente a sus potenciales amenazas, reales o percibidas: criminalidad, inmigración, alteraciones del orden público...

Por razones históricas y de evolución institucional, los extremos de dicho espectro estarían ocupados, en la extrema derecha, por la ideología nazi-fascista como la legítima expresión de la máxima fuerza y coacción política para la consecución de un férreo orden social desde el que lanzarse hacia la expansión y la dominación nacional; en la extrema izquierda, por las ideas del anarquismo como representación de la ausencia de toda la autoridad política encarnada por el Estado, al que se considera contrario a la misma esencia social. A medio camino, desde la derecha hasta la izquierda, la ideología conservadora, la liberal, la

demócrata-cristiana, la socialdemócrata o socialista y la comunista, todas con fórmulas más o menos atemperadas de las opciones más extremas.

Sin entrar en detalles de ninguna de ellos, dependiendo de los diferentes sistemas políticos y de sus diferentes realidades, en cada país el juego de alternancias se ha desarrollado siguiendo sus propias leyes. Pero, como veíamos, en una mayoría de regímenes liberales ha venido oscilando entre las posiciones liberales y las socialdemócratas, dadas su específica adaptación y competencia para la gestión política del sistema económico capitalista.

Allí donde los diseños institucionales lo han hecho posible, la ruptura del principio «una persona, un voto» que se crea con los procedimientos de asignación de la representación sesgados a mayoritario, con la adecuación de la dimensión de las circunscripciones electorales y con las barreras de acceso a la representación, han propiciado con relativa eficacia que se reproduzca una alternancia entre los bloques políticos conservadores-liberales y los socialistas-socialdemócratas, manteniendo artificialmente centradas en el espectro ideológico las opciones reales de acceso al poder político.

Estos diseños constitucionales han funcionado de manera relativamente estable en periodos de bonanza económica dando lugar al fenómeno político conocido como «bipartidismo». Así, por ejemplo, los casos de los partidos Demócrata y Republicano en EE.UU., Laboristas y Conservadores en el Reino Unido, Socialistas y Gaullistas en Francia, CDU y CSU en Alemania...

Por razones íntimamente relacionadas con la institución de la Opinión Pública y cuya complejidad acometeremos en otro momento de esta explicación, la cómoda estabilidad del bipartidismo se viene viendo comprometida desde hace ya algunas décadas. Por un lado nos encontramos con la progresiva desafección hacia la política que muestran los electores en todos los sistemas políticos de tradición liberal manifestada con su creciente abstención electoral. Además, tras la última gran crisis económica, también se ha producido la irrupción de nuevos actores políticos y una excesiva polarización ideológica que han desplazado las preferencias del electorado hacia los extremos del espectro ideológico.

¿Qué importancia tiene la ideología en todo esto? Toda. En nuestro análisis crítico hacia los postulados de Bell y hacia sus reservas contra la ideología advertimos de la relevancia de las ideologías como factores de activación política entre amplios sectores sociales, particularmente durante los procesos de movilización social para la legitimación política en la acción de los partidos para la selección de candidatos políticos y durante los procesos electorales.

Tras el análisis de la institución de la ideología hemos podido comprobar el relativo efecto que tienen los intereses sociales en la configuración de los valores y actitudes de las personas, particularmente en sus expectativas políticas. Pensar que los partidos políticos tuvieran algún tipo de existencia sin sus respectivas ideologías es totalmente absurdo. Lo único que procura los necesarios apoyos sociales de los que disponen los partidos políticos son precisamente sus respectivas ideologías y su capacidad para representarlas y promoverlas frente sus bases y a su potencial sustento social. Así, los programas de acción política de los diferentes partidos no son más que una expresión del único factor capaz de aglutinar a sus miembros. Los programas electorales y de gobierno son y tienen que ser un reflejo de las ideas compartidas; ellas son las que motivan y movilizan, tanto a la afiliación y a la militancia, como a los cuadros dirigentes para que desempeñen sus cometidos.

Precisamente, lo que está demostrando la crisis de legitimidad que se manifiesta en la progresiva desafección política y en la ruptura del modelo bipartidista es la incapacidad de los partidos tradicionales para seguir ejerciendo su papel institucional de suscitar sus imprescindibles apoyos sociales.

El divorcio entre las élites políticas dirigentes de los partidos tradicionales y sus bases es la verdadera causa de que a los partidos les resulte cada vez más difícil movilizar a su militancia. A su vez, la desmovilización de sus propios activistas enajena el apoyo hacia los partidos de toda su base social general que tiende a instalarse en la abstención durante las contiendas electorales.

El ejercicio de la política reducido a la toma de decisiones políticas de carácter meramente instrumental y técnico como los refiere Bell, que escapan a su comprensión por parte de sus tradicionales apoyos populares basados en la ideología, está en el mismo origen de la progresiva desafección hacia toda la política. Como es lógico, solo acabarán teniendo aceptación entre las bases y la ciudadanía aquellas decisiones que pueden ser explicadas y entendidas en su clave ideológica.

Es más, si la comprensión de las decisiones políticas desideologizadas no es posible entre los propios militantes y los afiliados de un partido, imaginemos como tiene que ser para sus potenciales electores. Tengamos en cuenta que la relación de muchos electores con la política se reduce, de manera voluntaria o institucionalmente condicionada, al ejercicio del derecho al voto una o dos veces durante la legislatura en los procesos electorales.

Aunque hasta el momento se ha confiado ciegamente en el empleo masivo de recursos publicitarios y de técnicas en relaciones públicas para persuadir a amplios sectores sociales de que cedan su voto hacia las opciones en liza, el sistema está llegando a sus límites. El gasto en la promoción de las candidaturas se hace progresivamente mayor (Castells, 2009, 290-299) hasta convertirse en ingente e imposible de asumir para las opciones que no dispongan de la financiación necesaria. Además de reducirse las opciones, esto no solo no garantiza la participación social suficiente para dar la legitimidad necesaria al sistema de gobierno; incluso se plantea una nueva paradoja: ¿quién corre con el gasto? De un lado, la financiación popular requiere del ya cuestionado reconocimiento de los militantes y afiliados hacia sus organizaciones político-ideológicas y hacia sus dirigentes. De otro lado, las grandes donaciones privadas nunca son desinteresadas y condicionan el ejercicio práctico de la política dando origen a procesos de corrupción política en los que se favorecen los intereses privados de las entidades que han colaborado en la financiación política de los partidos. Algo que, a su vez, es percibido negativamente por una Opinión Pública cada vez más desencantada con sus políticos. Como efecto colateral, podemos comprobar también como opera la extensión de la racionalidad crítica frente al poder político y como la Opinión Pública se inmuniza contra la influencia de los medios tradicionales y se emancipa en su dependencia hacia ellos.

Así pues, como vemos, las consecuencias de prescindir de las ideologías en el diseño institucional de los regímenes liberales pueden llevarlos fácilmente a su progresivo colapso institucional.

De hecho, las referencias constantes a la ideología hechas por los propios agentes políticos, ya sea cuando se proclaman liberales, demócratas a secas o socialdemócratas, apenas dejan dudas del fundamento natamente ideológico de la acción política desde la modernidad hasta la actualidad. Si bien es cierto que las referencias más ambiguas a la izquierda o a la

derecha política ya apenas se realizan si no es para reclamarse insistentemente la «legítima» representación política de la «izquierda». El abandono de los presupuestos ideológicos que Bell pretendió reemplazar con una vaga referencia a la «utopía» ha quedado definitivamente arrumbado por las necesidades de la práctica y de la legitimación política cotidianas.

En tal sentido, solo basta reparar en los usos del lenguaje político durante esta crisis de legitimidad de las instituciones liberales para descubrir los desesperados intentos ideológicos que llevan a cabo los partidos tradicionales por recuperar el cuestionado status quo institucional del «bipartidismo».

Los partidos tradicionales tratan de centrar las opciones ideológicas para recuperarse a sí mismos como a las únicas alternativas pretendidamente legítimas. Para ello acusan a los nuevos agentes políticos ante sus opiniones públicas de aventurarse en los peligrosos márgenes del espectro ideológico.

Si el desencanto lleva a los votantes a dar su apoyo a la derecha, entonces desde los partidos tradicionales se acusa justificadamente a estas opciones de representar lo peor de un pasado de infausto recuerdo. Se califica a sus líderes de populistas (de derechas), o de ultraderechistas, por ofrecer falsas salidas al miedo irracional que experimentan las amplias capas medias amenazadas por la crisis económica con su secuela de pobreza y desesperanza.

Si el desencanto empuja a los votantes hacia su izquierda, los políticos de toda la vida rememoran el peligro que conllevaron en el pasado las experiencias revolucionarias de cambio y experimentación social. Se acusa a sus dirigentes de populistas (de izquierdas), ultraizquierdistas, por proponer unos profundos cambios en la sociedad y en la economía para la realización de unos ideales que se dan por fracasados, muy a pesar de su mal disimulada vigencia.

Pero el caso es que la única y definitiva manera de explicar tanto los éxitos como los cambios e incertidumbres que acosan al modelo institucional liberal es precisamente en una clave netamente ideológica. Desde su propia ideología, los liberales se muestran incapaces de dar oportunidades a fuerzas políticas que apuesten por un decidido cambio en el status quo de las instituciones políticas y económicas del capitalismo posindustrial.

Como prueba final y definitiva de la realidad y la necesidad de la institución política de la ideología, cabe reseñar que todos los intentos por desviar la atención de la Opinión Pública hacia otras causas políticas alternativas a la ideológica que tuvo de modo casi exclusivo la acción política desde la modernidad hasta hoy, han acabado sistemáticamente ideologizados.

La cuestión de la desigualdad y de la justicia social fue el gran motor de los principales cambios políticos iniciados en el Estado liberal burgués de derecho que seguirá prolongando su acción hasta lograr su transformación en el Estado democrático y social. La ideología, en cuanto que genuina expresión de los deseos de la realización los ideales de justicia e igualdad, provocó la presión y la acción políticos que hicieron posible la construcción del Estado del bienestar.

Una vez alcanzados ciertos objetivos sociales, los detractores de las ideologías en el cónclave de Viena pensaron que la mera connivencia entre opciones políticas sin alguna base social real sería suficiente para hacer creíble el juego del poder político en las

sociedades capitalistas más avanzadas. El sufragio universal no sería así más que una cobertura con la que dar al gobierno, al frente del estado, su autoridad para ejercer el monopolio legítimo de la fuerza.

La ideología se convertiría en algo accesorio siempre que otras causas políticas justas y legítimas, que no estuvieran tan aparentemente ideologizadas como la causa de la justicia social y de la lucha contra desigualdad económica, pudieran tener el mismo efecto movilizador. Los intentos de sustitución de la causa social por otras muchas también muy justas y necesarias —la igualdad de género, la opción sexual, los derechos de las minorías, las causas nacionales durante el proceso de descolonizador, las causas étnicas y raciales, la tolerancia e integración de la inmigración, la ecología y la sostenibilidad...— les hicieron alcanzar tal protagonismo que, efectivamente, eclipsaron a la desigualdad económica para que al final no se llegase a asociar con el funcionamiento regular de la economía capitalista.

Sumadas estas novedosas causas a las teorías discursivas y filosóficas de la modernidad, ya tenemos el totum revolutum que ha hecho posible que, desde ciertos sectores sociales, las organizaciones políticas hayan obtenido importantes réditos en la contienda electoral. Lo paradójico y a la vez sorprendente fue que también estas causas acabaron por ideologizarse y por ser incorporadas al acervo ideológico de la izquierda. No tiene nada de particular si nos atenemos a los rasgos generales que atribuimos a la ideología de la Izquierda. Todas esas causas favorecen la igualdad mediante el reconocimiento de derechos y por la práctica de políticas proactivas que facilitan la integración y el reconocimiento social.

Pero lo relevante del hecho consiste en que al final no fue posible hacer política sin que entrara nuevamente en juego la ideología. De hecho, desde el otro lado del espectro ideológico, la ideología conservadora siguió intentando oponerse a cualquier cambio, dado que para ella el cambio siempre fue y será percibido como una amenaza, ya que esa es su auténtica naturaleza política: conservar lo existente. Por eso, a quienes más les convino y les conviene negar la existencia de cualquier ideología y su potencial transformador es precisamente a la derecha ideológica. También por eso, la totalidad de las críticas que recibió la primera edición de la obra de Bell *El final de la ideología* le llegaron desde la izquierda ideológica.

Por muy socialdemócratas que se declararon algunos de los asistentes al Congreso sobre el Futuro de la Libertad, la tesis de el fin de las ideologías nació bajo el signo de la reacción política que quería preservar a toda costa el status quo en los regímenes liberales occidentales, y así fue como murió con el correr del tiempo; justamente porque mientras que el tiempo corra, habrá cambios.



## 10. La ideología: sustrato social de la Opinión Pública

Una vez que hemos dejado bien sentada la imprescindible e innegable realidad de la ideología como institución fundamental en los regímenes modernos, particularmente en los liberales por su necesidad de legitimidad política, procederemos a determinar la manera en la que esta se constituye en un factor determinante durante los procesos de formación de la opinión pública.

Como ya anticipábamos, la relación entre ambas instituciones resulta autoevidente porque la Opinión pública no es más que la expectativa crítico-racional sobre el ejercicio del poder político y la Ideología principalmente tiene una función legitimadora de dicho poder. Así, para la comprensión y el análisis de las relaciones entre ambas instituciones nos resultará imprescindible un método de análisis del discurso ideológico. Específicamente consideramos como el más eficaz y pertinente el que desarrolla Teun van Dijk. Solo con la determinación de los significados profundos de la ideología nos será posible conocer e influir en las evaluaciones que realiza un público, previamente ideologizado, sobre la eficacia y la conveniencia del ejercicio del poder político para sancionarlo con su aprobación, o para rechazarlo con su contestación.

Aunque esta primera conexión entre ambas instituciones ya quedó debidamente establecida cuando vimos la coincidencia que existe entre las nociones de ideología a la que llega Eagleton y de la que parte van Dijk, ahora nos proponemos indagar en la interpretación de las ideologías y en la comprensión de sus dimensiones políticas para la formación de la Opinión Pública.

### 10.1. La ideología, según van Dijk

Una adecuada comprensión de la metodología de van Dijk para el análisis del discurso ideológico lo primero que nos exige es completar, mediante una delimitación algo más precisa, el concepto de ideología al que llegó Eagleton.

Así, el apartado de los antecedentes de la ideología concluía con el siguiente concepto actualizado y genérico de ideología que nos ofrece Teun A. van Dijk (1999, 21, 22) ya desde el inicio de su obra: “*la base de las representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo*”.

Una vez que nos presenta su concepto, inicia una explicación del contexto a partir del cual lo establece. En una primera aproximación, van Dijk (1999, 23) distingue y clarifica los amplios marcos filosóficos en los que se mueve. Según él, su concepto no es ni tan meramente “idealista” como pueda parecer, ni tan materialista como para coincidir con los enfoques marxistas tradicionales. No es idealista porque para él las ideologías no se reducen a constructos individuales, sino que son constructos sociales compartidos por el grupo. No es materialista en el sentido Marxista tradicional porque, aun siendo “representaciones mentales socialmente compartidas, por un lado, y prácticas sociales que están (parcialmente) controladas por ellas, o por medio de las cuales dichas representaciones se construyen”, no deben estar únicamente asentadas en la base socioeconómica de la sociedad. En su lugar, nos propone una integración entre lo cognitivo y lo social, entre lo individual y lo colectivo.

Según aclara, (1999, 24), “la ciencia cognitiva no ofrece la historia completa sobre la representación y los procesos involucrados en el uso del lenguaje y en el desarrollo y utilización de las ideologías”. Por otro lado “la mayor parte del análisis social que se efectúa en la actualidad, con algunas notables excepciones, ignora la cognición”.

En un siguiente apartado, al que van Dijk (1999, 24,25) titula *Un enfoque crítico*, clarifica que las ideologías, efectivamente, no solo sirven a los propósitos del poder, también sirven para contestarlo y cuestionarlo, como muy bien concluía Eagleton. Dijk considera que un enfoque suficientemente amplio ha de ser válido para la comparación entre las clases de ideología y poder así poder determinar cuáles son las de resistencia y cuáles son las de dominación: “En este sentido, mi estudio continúa explícitamente, y también trata de renovar, la tradición de la Teoría Crítica en las ciencias sociales y las humanidades, iniciada por la Escuela de Frankfurt hace 60 años”; algo que es totalmente coherente con la vocación de integrar marxismo y psicología con la que sus fundares dieron origen a su proyecto filosófico. De ahí también la decidida preocupación de van Dijk por el uso de la teoría de la cognición sin renunciar el enfoque social.

Una vez situado en su contexto más general, van Dijk (1999, 31) nos introduce en la teoría de la cognición buscando acomodo para las ideologías en ella. Así reproduce toda una categorización a partir de la cual le será posible segregar la categoría de ideología.

Comienza por el concepto más general de idea, fundamento primordial de las ideologías en cuanto que se presentaron desde sus comienzos como ideas socialmente compartidas. Aunque buscó denodadamente en los manuales de psicología cognitiva, Dijk no halló definiciones explícitas. Se vio entonces en la necesidad de analizar sus significados más corrientes (1999, 32):

- 1) Las ideas son objetos o procesos en la mente.
- 2) Las ideas son los productos del pensamiento.
- 3) Las ideas son parte del pensamiento.
- 4) Las ideas son personales o compartidas socialmente.
- 5) Más específicamente, las ideas son pensamientos originales, nuevos e interesantes y sobre cuestiones importantes.

De todas estas propiedades que comúnmente se atribuyen a las ideas, a nuestros efectos nos interesa la peculiaridad de la idea con la que Dijk (1999, 33) concluye sobre ellas: “Una vez compartidas, las ideas pueden entonces convertirse en parte del dominio público y, por ello, adquirir una dimensión de carácter más social o cultural.”

El siguiente de los conceptos sobre el que trata Dijk es el de mente. Tras aclarar que el estudio moderno de la cognición no acepta la existencia del dualismo cartesiano entre mente y cuerpo, rechaza entrar en la polémica sobre si, además, la mente no sea otra cosa más que una conveniente designación que permite referirse al objeto abstracto gracias al cual la gente puede llevar a la mayoría de las acciones y funciones que se desarrollan desde su cerebro: percibir, comprender, pensar, recordar, hablar e interactuar; simplemente, lo acepta. En este sentido también deja claro que, aunque él sea crítico con la psicología discursiva antimentalista eso no significa que, a su vez, no esté de acuerdo con su crítica contra las tendencias más corrientes de la psicología contemporánea, particularmente por el desdén que muestran estas corrientes hacia las dimensiones socialmente situadas y discursivas del desarrollo y uso de los objetos ‘mentales’.

Lo cierto es que, a pesar de su conexión etimológica con la ideología, dada la ambigüedad y el carácter imprevisible de las ‘ideas’ en cuanto tal, Dijk (1999, 35) decide sustituir un concepto tan vago y general por una noción más usual en psicología: la de creencias. Las creencias también son productos o propiedades del pensamiento como las ideas. En psicología, el significado de las creencias es más amplio que el que se le da convencionalmente como si fuera lo contrario del conocimiento, como algo subjetivo y potencialmente erróneo, infundado o desviado. Para Dijk (*ibíd.*) “todos los productos del pensar serán declarados creencias”. El conocimiento no es más que una categoría de creencias que «nosotros» (como grupo, comunidad, cultura...) consideramos «creencias verdaderas» de acuerdo con ciertos fundamentos o criterios, criterios o fundamentos que siempre son social, cultural e históricamente variables.

Siguiendo con esta categorización necesaria para situar a la ideología en la teoría de la cognición, los juicios y opiniones son creencias que se corresponden con evaluaciones. Los juicios están basados en valores o normas socialmente compartidos y comúnmente son más conocidos como opiniones. Se trata de creencias de las que Dijk nos previene que forman una parte destacada de las ideologías, lo que ya nos anticipa y ratifica en la estrecha relación existente entre opinión e ideología. A pesar de la convencional distinción entre conocimientos y opiniones, la misma que se deriva de su original diferenciación platónica entre episteme y doxa, ambos quedarán provisionalmente subsumidos en la categoría más general de creencias. Según Dijk, esta primera aproximación a la noción de creencia plantea una serie de problemas de los que tratará de dar cuenta con posterioridad.

En la misma línea de las categorizaciones, las emociones no pueden ser tomadas estrictamente como creencias, aunque están en estrecha relación de interdependencia con ellas. Para algunos se trata también de unos objetos «mentales», pero no coinciden al cien por cien con una creencia, sino más bien con un «estado de ánimo» o un «estado del cuerpo». Esto resultará muy relevante en el caso de ciertas ideologías que involucran sentimientos, como el odio, el amor o la ira.

La relación entre las creencias y la cognición se nos presenta así como un campo del pensamiento muy vasto y complejo. En psicología, las creencias quedan ubicadas en una parte peculiar de la mente, la memoria, el lugar donde se almacena y procesa la información. Así, se las puede definir también como “unidades de información y de

procesamiento de la de la información” (Dijk, 1999, 38). En síntesis, la mente, o la memoria, no es más que un depósito de creencias y un medio para procesarlas. Pero no todo lo que se almacena y procesa en la memoria son exclusivamente creencias; las creencias son solo aquello que se refiere a algún tipo de «contenido» u «objeto», ya sean estos entes reales o ficticios.

Una nueva categoría clave será aquella que nos permite describir y analizar las creencias en términos que llamamos proposicionales. Las proposiciones en este sentido tienen estructuras lógicas muy parecidas a las que se utilizan en filosofía: “X es (tiene la propiedad de) P, “X e Y están relacionados por la propiedad P”. Aunque no sean instrumentos lo suficientemente flexibles para explicar todas las estructuras de significado, se emplean en el lenguaje natural y por eso podemos usarlos para hablar sobre los contenidos y las estructuras de las creencias.

Por último, nos quedan las redes de significado, que se asemejan a la estructura neuronal en la red del cerebro. “Una red puede entonces ser equivalente a una lista o esquema organizado de proposiciones, pero muestra las relaciones relevantes entre los conceptos de estas proposiciones con mayor claridad” (Dijk, 1999, 41). Se podría definir así a una creencia como el estado complejo en que se encuentra el cerebro cuando se han establecido o computado los lazos necesarios. Pero, a sus efectos prácticos, Dijk solo se plantea el análisis de los significados en un nivel más abstracto de representación y operación mental mediante el uso de instrumentos «simbólicos» más accesibles, como las proposiciones.

Llegado a este punto, Dijk (*ibid.*) considera necesario clarificar algunos de los problemas que presenta la definición de creencias. En primer lugar, refiere el sesgo lingüístico que conlleva el tener que expresar una creencia cualquiera dependiendo de cómo esté formada o estructurada en cada lengua específica. En segundo lugar, alude a los diferentes niveles de abstracción. Como es bien sabido por la teoría de las macroestructuras semánticas del discurso, la descripción de una creencia puede descomponerse en conceptos más básicos hasta llegar a lo que podríamos considerar como creencias básicas. Otra manera de explicar lo mismo consiste en exponer que las creencias normalmente no vienen solas; creencias simples pueden combinarse para crear conglomerados de creencias complejos a los que llamamos conocimiento o actitudes. Un tercer aspecto de las creencias nos remite a su relación con el mundo. Aquí podemos considerar que los hechos tengan existencia propia con independencia de la mente, en este caso las creencias serían sustitutos mentales con carácter simbólico de los propios hechos. Si consideramos un papel más activo de las creencias entendidas como constructos mentales basados en lo social, al final estos constructos constituyen a los «hechos» característicos de la «realidad» social y cultural. Dijk (1999, 43) adopta este último enfoque constructivista, de modo que para él “representar al mundo, incluso los hechos de la naturaleza, involucra la interpretación y la comprensión de ese mundo en términos de categorías conceptuales socialmente adquiridas”. Es por eso que tiene todo su sentido hablar de creencias verdaderas o falsas, dependiendo de si su representación se corresponde o no con las «reglas de proyección» o criterios de verdad aceptados dentro de una cultura dada. Además de asociar las representaciones sociales con la intersubjetividad, esta aproximación constructivo-cognitiva explica las imágenes, las creencias ficticias o abstractas, las mentiras, los planes, las expectativas, las esperanzas, las ilusiones, así como los sesgos personales o sociales en la percepción y comprensión del mundo, justo lo que necesitamos en una teoría de la ideología.

Finalmente, Dijk ya puede situar el problema en el lugar al que quería llegar: las ideologías como creencias. Las ideologías no son otra cosa que conjuntos de creencias en nuestra

mente. Pero explicar las ideologías en términos de creencias y de sistemas de creencias no significa que sean solo mentales. Las ideologías también están compartidas socialmente y relacionadas con estructuras sociales. Por eso “El objeto de cualquier análisis teórico explícito es distinguir entre las diferentes dimensiones (mentales, sociales, culturales) de las ideas de una ideología y establecer relaciones entre ellas” (Dijk, 1999, 45). Un último problema lo plantean quienes pretenden involucrar a los símbolos, los rituales y el discurso en la ideología. Pero Dijk afirma que lo más conveniente es distinguir a las ideologías, por un lado, y a su expresión y ejecución, por el otro. En cuanto a la relación de las ideologías con el lenguaje solo le cabe añadir que las creencias específicas no requieren un lenguaje natural para formarse y ser utilizadas al pensar.

A modo de conclusión del segundo capítulo de su obra dedicado a las ideas y creencias, Dijk deja bien establecido y sentado que realizar un análisis de las ideologías solo en términos de interacción social o de discurso es tan absurdo como reducirlo todo, incluso la interacción social y el discurso, a meros constructos producto de la mente humana. Para Dijk, las creencias y las ideologías tienen una importante dimensión social que requieren un análisis en sus propios términos.

## **10.2. Las creencias sociales para la cognición**

Al inicio de un nuevo capítulo de su obra, Dijk (1999, 47) recalca la importancia que tienen «los sistemas de creencia», ya que son habitualmente referidos como ideologías; esto sucede particularmente en el estudio de la cognición política hacia el que nosotros nos proponemos orientarnos. Por eso, lo primero que cabe reseñar es precisamente que no todos los sistemas de creencias son ideológicos. A modo de ejemplo, Dijk ofrece la siguiente enumeración de creencias, habitualmente no ideológicas, entre las que pueden figurar el conocimiento sobre hechos indiscutibles, las experiencias pasadas, las preferencias personales, los hechos de la vida cotidiana, o los hechos ficticios o literarios. Todos ellos son referidos sin negar que en una mayoría de estos posibles casos genéricos también puedan llegar a reproducirse connotaciones e implicaciones netamente ideológicas, pero no suele ser así.

Una vez que en su momento ya nos previno de la importancia primordial de la memoria para la cognición, Dijk ahora clasifica la memoria según las funciones que esta desempeña en los procesos cognitivos. Aunque a estas clasificaciones nos las presenta como a meros constructos sin una clara base fisiológica real, la memoria «episódica» o «personal»:

Es aquella parte de la memoria en la que se almacenan las creencias sobre episodios concretos (hechos, eventos, situaciones, etc.) de los que hemos sido testigos o en los que nosotros mismos hemos participado, o acerca de los cuales tenemos información a través del discurso de otros.

(1999, 48)

Por contraste con las creencias que almacenamos en la memoria episódica o personal, tenemos otras creencias que compartimos con otros y que por eso pueden ser llamadas creencias sociales (o socioculturales). Aunque la psicología cognitiva las sitúa en lo que ella llama «memoria semántica», Dijk prefiere hablar de memoria social porque no todo conocimiento compartido tiene que ver con los significados de las palabras.

De este modo, las ideologías pertenecen a las creencias sociales, y dado que son sistemas de creencias, entonces son sistemas de creencias sociales. Queda sí descartado que exista tal cosa como alguna ideología puramente individual o personal.

No obstante, aunque las ideologías son una propiedad de los grupos sociales, pueden ser adoptadas y usadas a nivel individual igual que ocurre con las lenguas naturales. Una lengua es un sistema de conocimientos sociales y compartidos, lo que no significa que no sea conocida y utilizada individualmente por cada uno de sus hablantes, y lo mismo pasa con las ideologías. Esto es muy relevante porque nos permite observar el «funcionamiento» real de las ideologías a través de la variabilidad de sus prácticas sociales, exactamente igual que ocurre con las gramáticas en los lenguajes.

En este mismo sentido, conviene tomar en consideración que cada uno de los miembros de un grupo que comparten una misma ideología no posee copias idénticas de ella. Lo más normal es que cada cual tenga su propia versión de la ideología compartida. Así, al referirnos a los grupos, a sus conocimientos y a sus ideologías, abstraemos las potenciales diferencias entre los distintos individuos como lo haríamos en el caso de las diferencias gramaticales de uso entre los hablantes de una misma lengua cuando la referimos.

La distinción entre creencias personales y sociales resulta esencial para las prácticas y la interacción social porque las creencias sociales pueden ser consideradas como *ya conocidas* por los miembros del grupo; esto es, pueden estar en los antecedentes comunes facilitando y abreviando la comunicación entre ellos. Pero, en este mismo sentido, el discurso también presenta un lado oscuro; resulta ser algo así como la punta del iceberg que oculta a la «mente» la mayor parte de sus significados implícitos.

Una característica de las creencias socioculturalmente compartidas es la de que la mayor parte de estas creencias tienen una naturaleza general o abstracta. Esto significa que la distinción entre creencias particulares y creencias generales cobra entonces una importancia específica. A veces, una creencia se nos presenta de tal modo que resulta difícil identificarla solo como personal a pesar de ser episódica, es decir, dependiente de un contexto espacio-temporal determinado. Puede ocurrir que sean muchas las personas que compartan la misma creencia esporádica; por ejemplo, en función de su actualidad. Por eso resultará útil introducir una nueva distinción entre creencias particulares (episódicas y condicionadas por el contexto) y creencias generales (abstractas y desligadas del contexto).

Por fuerza, esta nueva clasificación entre creencias particulares y creencias generales también se superpone sobre la que ya teníamos entre creencias personales y creencias socialmente compartidas. Mis creencias personales y generales suelen coincidir con mis conocimientos abstractos y más generales sobre distintas materias que no todo el mundo conoce dependiendo de sus competencias específicas y de las mías. Por otro lado, mis creencias personales y particulares coinciden con el conocimiento de mi entorno relacional particular familiar, profesional, de amistad etc. Además, las creencias particulares y socialmente compartidas son episódicas, dependen del contexto espacio-temporal y aluden como ya vimos, por ejemplo, a la actualidad. Por último, las creencias generales y socialmente compartidas tienen ese carácter más abstracto y genérico del que disponen, por ejemplo, el conocimiento histórico o los conocimientos socio-culturales específicos que posee toda una comunidad.

### 10.3. Hacia un concepto cognitivo de la ideología

Así pues, contamos con un nuevo criterio que nos ayudará a deslindar aun más el concepto de ideología. Las ideologías son creencias generales socialmente compartidas. Recurriendo nuevamente a la metáfora del lenguaje, en la práctica, el uso particular que yo haga de él está controlado por las reglas de la gramática y por las reglas del discurso socialmente compartidas, pero ese uso particular no es parte del conocimiento abstracto del lenguaje. Así, las ideologías deben ser comparadas con la gramática y no con el lenguaje propiamente dicho. Aunque Dijk (1999, 52) pospone a un momento posterior el análisis de los usos personales de las ideologías, no renuncia a indagar en estas relaciones entre lo social y lo personal a las que ya vimos que considera esenciales para su comprensión.

Lo siguiente que hace Dijk (1999, 53) en su exhaustiva categorización es recuperar para su atribución a las ideologías de aquello que nos anticipó que las constituía en una gran medida: “las ideologías incluyen *creencias evaluativas* u *opiniones*.”. Está por demás referir que este añadido a su enfoque es de una particular relevancia para nuestros propósitos de determinar las relaciones entre ideología y Opinión Pública. En suma, podemos afirmar que, dado que las ideologías son sociales y están compartidas, estas incluyen opiniones sociales de grupo. Estas opiniones sociales suelen ser tan generales y abstractas como el resto de las creencias sociales, de hecho llegan a organizarse con respecto a un dominio específico dentro de un grupo constituyendo sus actitudes.

Aquí también podemos superponer la clasificación entre creencias sociales y personales, de modo que las opiniones pueden ser sociales y compartidas, pero también podemos tener opiniones personales almacenadas en la memoria episódica. Esta clasificación es pertinente para poder determinar las interrelaciones entre ambos tipos de opiniones. Por otro lado, otra manera de caracterizar a las opiniones es considerar que son por lo general contextuales y variables. La existencia de una opinión conlleva la existencia de sus alternativas. Si definimos dialécticamente a las opiniones como lo hiciera Platón, su contrario sería el conocimiento:

Teniendo en cuenta que las opiniones, como creencias evaluativas, presuponen un juicio basado en valores y normas socialmente compartidos, nuestro conocimiento sociocultural consiste en *creencias fácticas* socialmente compartidas, basadas en criterios de verdad socialmente aceptados.

(Dijk 1999, 54)

Estos criterios de verdad o reglas de evidencia dependen del ámbito del grupo. Pueden ser, por ejemplo, los del sentido común, los de la religión, los de la ciencia, o los de cualquier otra base de evaluación aceptada por la generalidad del grupo. La finalidad última de todo ello es la de establecer la veracidad o la falsedad de las creencias fácticas para que puedan ser consideradas, o bien como conocimiento, o bien como opiniones, siguiendo así a la inveterada distinción platónica entre episteme y doxa.

De alguna forma, todos distinguimos más o menos entre lo que nos es conocido y compartido por todos, el conocimiento, de aquello otro que varía socialmente en función de las propias relaciones sociales y del posicionamiento o actitud, las opiniones. No obstante, al estar implicada la evaluación, la distinción entre conocimiento y opinión dista mucho de ser tajante; muchas veces, lo que para algunos es conocimiento para otros es opinión y viceversa; incluso para una misma persona la distinción puede depender del contexto.

Aunque la distinción la hemos estado refiriendo al ámbito personal, podemos hacerla extensiva y hablar entonces de conocimiento sociocultural y de opiniones sociales o actitudes. Lo relevante de todo esto para nosotros es que frecuentemente aparece involucrada la ideología en la ambigua y eventual distinción entre conocimiento social y opinión social.

Según Dijk (1999, 56), la intrincada descripción de conocimiento y creencias que nos ofrece la epistemología contemporánea resulta de poca ayuda para la distinción inequívoca entre conocimiento y opiniones. Normalmente, aparecen implicados los asuntos de la intersubjetividad y del consenso. En lo referente a los criterios de verdad con los que validar las creencias para poder convertir las opiniones en conocimiento, la cosa no es mejor. Tal y como pensamos nosotros mismos, aunque estos criterios podrían muy bien ser en la actualidad los de la ciencia, sabemos que tampoco la ciencia ofrece un criterio definitivo. En suma, los criterios sociales y culturales del conocimiento terminan por inmiscuirse en la descripción del conocimiento y de las creencias de tal modo que en la práctica no podemos prescindir de esos contextos sociales generales. Esto hace del conocimiento algo relativo, pero, según Dijk, no hay manera de escapar a este relativismo.

Debido a esto último, Dijk (1999, 57) todavía ofrecerá nuevas categorías epistemológicas necesarias para segregar a partir de las creencias a su concepto cognitivo de la ideología. Así introduce otra distinción más entre creencias culturales y creencias grupales. Esta distinción se centra en las diferencias que pueden existir entre las creencias generales de toda una sociedad (culturales), y las creencias más específicas, en ocasiones sectarias, de uno o de varios grupos sociales dentro de una cultura general (grupales). Esta distinción es necesaria para enfrentarse a la relatividad del conocimiento, a los sesgos de evaluación y veracidad de las creencias entre los propios grupos además de a las diferencias evaluativas entre la sociedad o cultura y los grupos que la integran.

En este sentido, las creencias culturales se constituyen en la base común de todas las creencias de grupo, incluidas las ideologías. Son ese tipo de conocimientos que pueden darse por presupuestos en la mayor parte de las situaciones sociales. Dijk (1999, 58) nos explica que “Este conocimiento consiste de todas las creencias incuestionables, corrientes, y también aquellas creencias especializadas (v. gr., científicas) que han sido «adoptadas por la cultura» como un todo”. Naturalmente, esto no quita para que cada grupo sostenga sus propias creencias como incuestionables, ya sea que están basadas en criterios de verdad culturales, de toda la sociedad, o bien en criterios propios y exclusivos, o incluso también compartidos solo con algún otro grupo. La relación entre todas estas creencias es dinámica y cambiante. En ocasiones, las creencias de algunos grupos acaban siendo adoptadas por el resto de la sociedad. También ocurre lo contrario, las creencias acaban siendo abandonadas por la mayoría de la sociedad y permanecen en algún grupo que se resiste a ignorarlas.

Además, de todo ello también es fácil deducir que la distinción entre conocimiento cultural y grupal es recursiva. Se puede aplicar tanto a culturas completas como a las subculturas. Visto desde un nivel histórico, intercultural o universal, el conocimiento cultural de una determinada cultura no es sino mero conocimiento de grupo en un nivel mayor. Es más, cabe presuponer la existencia de un bagaje de conocimientos universales compartidos por la totalidad de las culturas. Pero la recursividad también es hacia abajo, los grupos y su cultura frecuentemente se pueden caracterizar como subculturas.

En general, los conocimientos, tanto culturales como grupales, no son conceptos bien definidos. Si no se los puede considerar totalmente arbitrarios es por la existencia de ciertos criterios prácticos que apuntan a su existencia diferenciada y más o menos definida, como es el de la presuposición en el discurso. Salvo en los procesos de su aprendizaje, siempre hay que suponer la preexistencia de los conocimientos culturales para su empleo habitual en la construcción del discurso. Como consecuencia de esto, Dijk da por supuesto que el conocimiento cultural general es el fundamento de toda la cognición social, y también lo es de las creencias evaluativas que incluyen a las opiniones socialmente compartidas, las actitudes. Así, este es el modo como llegamos al concepto de base cultural compartida. En realidad, esta base cultural compartida no excluye ni siquiera al ámbito de la opinión. En toda cultura existen opiniones indiscutidas y principios del juicio moral o valores culturales. Estos últimos permanecen inalterados en una coyuntura dada a través de la interacción y de la comunicación; además, son la base para juzgar y sancionar las desviaciones morales dentro de una cultura.

Igual que el conocimiento de un grupo presupone conocimiento cultural, sus opiniones, normas y valores presuponen un orden moral compartido por el grupo. La recursividad también opera aquí de tal modo que lo que una vez pudo ser alguna norma u opinión culturalmente compartida puede volverse específicamente limitada de un grupo y viceversa. A partir de una base de creencias fácticas y evaluativas culturalmente compartidas, diferentes grupos pueden desarrollar conocimientos específicos y opiniones con los que competir por una hegemonía en un proceso dinámico de cambio cultural en el terreno cultural común compartido del que participan.

Esto es particularmente cierto para la competencia y la lucha ideológicas. En este sentido, es importante reseñar que una vez que las creencias sociales son incluidas en el conjunto de creencias culturales generales, por definición dejan de ser ideológicas para esa cultura, pasan a ser conocimientos u opiniones básicos compartidos por todos. Es decir, las ideologías son siempre específicas de un grupo y están en competencia permanente entre ellas dentro de la cultura en la que se debaten.

Vista la larga clasificación entre distintas creencias a que da lugar la categorización cognitiva de Dijk, entonces nos ofrece, nos resume y nos simplifica en una notación específica aquellas que son necesarias para definir a las ideologías. Así, las creencias deben clasificarse para este propósito como creencias de grupo (creencias-G) frente a culturales (creencias-C). Cuando hablamos de conocimiento nos referimos por lo general a creencias-C. De este modo, las ideologías son aquellas creencias sociales generales, creencias-C, que, a su vez, se llegan a constituir en la base de las creencias-G. Por su parte, las creencias-C forman la base común de todas creencias sociales de (prácticamente) todos los grupos de una cultura.

Por otro lado, la clásica distinción entre objetividad y subjetividad podría quedar así subsumida en la diferenciación entre las creencias que son válidamente compartidas por todos, ya sea en la cultura (objetividad-C), ya sea en un grupo (objetividad-G), o bien sostenidas por cada uno (subjetividad). También aquí al referirnos a la objetividad normalmente hablamos de la objetividad-C. Como ya vimos, cuestión aparte es el criterio de validación de las creencias.

Es importante reseñar que «creencia», «conocimiento» y «opinión» son habitualmente utilizados de un modo diferente al que las define el propio Dijk (1999, 64), por lo que *“es importante distinguir cuidadosamente entre creencias y expresiones de las creencias en el discurso”*

Además, a los efectos de Dijk (ibíd.), también es importante reseñar que las creencias fácticas no son solo verdaderas o falsas, sino que pueden ser posiblemente una cosa o la otra: “la mente social puede incluir creencias fácticas cuya condición de verdad es desconocida”. Pero lo relevante a nuestros propios efectos y también a los de Dijk es que las opiniones en general implican a su vez las diferencias de opinión propias o entre grupos.

Finalmente, antes de cerrar su concepto cognitivo de ideología, Dijk (1999, 65) abundará en la categoría de actitudes: “reservaré la noción de actitud para referirme a *conjuntos* específicos, organizados, de creencias socialmente compartidas”. Las opiniones personales quedarán así excluidas de entre las actitudes, lo que es, además, un imprescindible criterio previo de delimitación para la constitución de la Opinión Pública. Aunque las actitudes varían de un grupo a otro, también podemos hablar de actitudes culturales si un conjunto de opiniones sociales es compartido por toda una cultura, tal y como ocurriría en el mismo ejemplo al que nos referíamos en su momento cuando hablamos del espectro ideológico en una sociedad religiosa.

Según Dijk, ciertos autores niegan la idea de actitudes en cuanto que las ven como a posiciones mentales «fijas» contrarias a la construcción contextual del discurso. En su lugar proponen la existencia de repertorios discursivos para explicar las variaciones en la formulación de las opiniones. Pero el propio Dijk (1999, 65-67) despliega una serie de argumentos perfectamente enumerados que desmontan esta pretensión. Esto es así a pesar de que él también considera que la noción clásica de actitud en la psicología social ignoró la naturaleza discursiva en la construcción y manifestación de las actitudes y subestimó su variación contextual. Pero “en un marco teórico más explícito que describa su condición precisa, su organización interna, sus funciones cognitiva y social, el concepto de «actitudes» continúa siendo útil” (Dijk 1999, 68). Así pues, la noción de actitud es esencial en una teoría de la ideología, pero realizando un análisis mucho más detallado de su organización interna de la que hizo la investigación tradicional; se deben explicar los modos en los que las opiniones sociales y personales, generales y específicas, se formulan en el texto y en el habla.

A modo de conclusión y clarificación final previa a la definición de ideología, Dijk (1999, 69), por un lado nos ofrece un concepto general que se aplique específicamente a los conjuntos organizados de creencias socialmente compartidas (conocimientos, actitudes, ideología, etc.), a los que se referirá siempre como representación social. Por otro lado, descarta el empleo del concepto de *habitus* de Bourdieu por considerar que se trata de una noción que está definida de un modo demasiado vago cognitivamente. Y por último, para acabar de enfatizar la dimensión netamente social de la ideología, Dijk (1999, 70) nos propone utilizar el término *cognición social* para referirnos a la combinación de representaciones mentales socialmente compartidas y a los procesos de su uso en los contextos sociales; es decir, que utilicemos la expresión de una manera diferenciada a como se la suele emplear en la psicología social actual, ya que por lo general posee un sentido más individualista de la memoria social, sobre todo la sociología americana. A pesar de lo cual Dijk no es contrario al empleo metafórico del concepto procesamiento de la información, siempre que tengamos en cuenta que su uso es figurado, no es exacto o riguroso, y que, además, su empleo no nos debe comprometer con un enfoque individualista de la mente humana.

Y ahora sí, Dijk (1999, 71) define a la ideología desde un enfoque cognitivo como “un conjunto de creencias fácticas y evaluativas –o sea, el conocimiento y las opiniones– de un grupo.” Las ideologías no son metafísicas. Aunque sean parte de la mente de los miembros

de la sociedad, no son individuales ni solamente mentales. Lo que se propone entonces Dijk a partir de su noción socio-cognitiva es examinar las condiciones, las consecuencias y las funciones sociales, políticas y culturales de la ideología así definida. Tratará de establecer su organización y efectos en términos de valores, identidades, relaciones, objetivos, posiciones y poder de las colectividades sociales de tipos específicos. Es fácil deducir el efecto directo que tienen todas estas precondiciones sociales en el proceso de formación de la opinión pública entendida como la expectativa crítico-racional de la sociedad hacia el ejercicio regular del poder político.

Dijk (1999, 72) incluso delimitará aun más su concepto afirmando que el hecho de que las ideologías sean la base de las creencias compartidas por un grupo social significará el hecho de que las proposiciones que las constituyen deberían derivarse del conocimiento y las opiniones variables acerca de distintas esferas de la vida social. Estas creencias ideológicas básicas deben ser generales, abstractas y funcionales para el grupo como un todo, además de reflejar las condiciones de su existencia y su reproducción. Las opiniones compartidas han de contribuir a la interacción, coordinación e integración del grupo, de modo que esos juicios requieren principios generales únicos para el grupo y variables de un grupo a otro. A su vez, estos principios definen la competencia, la lucha y la desigualdad entre los grupos.

Así, los criterios de evaluación que sirven para validar las creencias dentro del grupo son los elementos ideológicos por antonomasia, aunque no sean los únicos. En todo caso, dado el carácter dinámico de la contienda ideológica, siempre hay que aplicar la recursividad y establecer el valor ideológico de las creencias sociales compartidas en función de su posición de dominio relativo dentro del ámbito cultural en el que se manifiestan.

Además, dicho ámbito cultural por lo general también presenta una base de creencias sociales, no ideológicas en ese nivel, compartidas por la totalidad de los grupos que lo integran. Esta base cultural es la mínima necesaria para que los grupos ideológicamente contendientes puedan interactuar e influirse mutuamente. El que una creencia social deje de ser ideológica en ese nivel solo depende de que pase a formar parte de dicha base cultural común cuando ya deja de ser específica de uno o varios grupos determinados para ser compartida por todos.

#### **10.4. Estructura y estrategia ideológicas**

Dijk (1999, 76) ahora se propone mostrarnos el aspecto que presentan las ideologías visto desde dos enfoques que él considera inevitablemente complementarios. En una prolongación de su prolija metáfora de la lengua para simbolizar a la ideología, de una parte nos pone en los antecedentes de los clásicos análisis gramaticales estructurales cuya finalidad es la de determinar las unidades o componentes estructurales y los principios (reglas, normas u otras regularidades) de su integración en unidades lingüísticas mayores. De otra, toma en consideración los procesos, acciones o estrategias; es decir, la dinámica mental durante las interacciones y la construcción de las representaciones mentales, acciones o discursos en los procesos de comunicación mediante la lengua. Así es como Dijk (1999, 77) distingue entre un enfoque estructural y otro estratégico. El primero sería más abstracto y separado del contexto, el segundo explicaría que hacen los usuarios del lenguaje en situaciones concretas para construir los objetos del primero.

Y, efectivamente, la complementariedad entre ambos enfoques es inevitable: cualquier explicación abstracta de los procesos o estrategias de construcción presuponen el

conocimiento de componentes o unidades estructurales previas para poder realizar el procesamiento mental de la información.

Aplicados ambos enfoques a las ideologías, dado que las estructuras subyacentes de las creencias socialmente compartidas de un grupo son por fuerza abstractas, conviene aproximarse a ellas desde el enfoque estructural. Las ideologías no solo son perdurables, sino que, además, no se llegan a manifestar en todos los contextos posibles de manera explícita, constante y diferenciada, como tampoco lo hacen las gramáticas de los leguajes. Pero esto no quiere decir que no sean sensibles al contexto; no al menos siempre que utilicemos un sentido del concepto de «contexto» más amplio que incluya a las dimensiones de la estructura social. Por eso Dijk (1999, 79) propone sustituir el término «contexto» por las expresiones «estructura social» o «macrocontexto» social, para denotar aquellas propiedades de la estructura social específicamente relevantes para una determinada ideología.

Como sea, el hecho de que las ideologías sean estables no significa que sus expresiones y sus usos no sean variables, por eso la teoría también debe dar cuenta de cómo son adaptadas por los actores sociales a cada situación. La estabilidad de las ideologías es imprescindible para dar continuidad al grupo en diferentes situaciones. No obstante, hasta dichas representaciones mentales estables deben ser adquiridas, cambiadas o eliminadas por los grupos y por sus miembros. Por lentos que sean estos procesos, las ideologías también necesitan una explicación de su construcción activa o del enfoque estratégico.

Una vez que hemos adoptado en primera instancia el enfoque estructuralista, según Dijk nos encontramos con que su explicación sobre la cognición en general permanece en un nivel básico de complejidad teórica. A partir del simplificado constructo de la mente basado en las distintas memorias (mediata, inmediata, episódica y semántica), las creencias pueden ser presentadas a nivel cognitivo como proposiciones o redes, y los conglomerados de creencias pueden organizarse por medio de esquemas. Es común en psicología distinguir entre esquemas de acontecimientos, esquemas de personas y esquemas de narración. Tales esquemas suelen consistir en una cierta cantidad de categorías que pueden ser combinadas de tal modo que permitan elementos terminales variables. Estas estructuras pueden representarse por diagramas arbóreos con una jerarquía de nodos en los que se estratifican las categorías.

No olvidemos que no estamos describiendo objetos del mundo real, sino a sus representaciones mentales. Por eso, la eficacia de estas estructuras representacionales del pensamiento a la hora de explicar cómo perciben, hablan y actúan las personas es variable. En niveles inferiores y más detallados del procesamiento los modelos neuronales de nodos pueden ofrecer mejores resultados; en un nivel más elevado y complejo son más útiles otros formatos representacionales del conocimiento como los esquemas abstractos. Lo mismo puede ser recursivamente válido para el propio procesamiento de los esquemas. Suponemos que en su máxima complejidad el procesamiento debe ser «masivo y paralelo», pero “conocemos muy poco sobre los detalles de dicho procesamiento y «representación» neuronales paralelos tal y como se aplican a los sistemas de creencias” (Dijk, 1997, 82).

Alternativamente, cuando las representaciones pretenden mostrar las estructuras de los cursos de acción de acontecimientos y acciones, se dispone de otros modelos de representación. Los guiones son específicos para situaciones dinámicas en las que el conocimiento se representa en términos de un lugar, un tiempo, y una secuencia de acontecimientos y de actores típicos u opcionales que participan en ellos.

Se entiende que tanto esquemas como guiones representan un conocimiento general, abstracto, y que por eso tienen que ser utilizados en la práctica por estrategias flexibles que se adapten a la infinidad de situaciones particulares.

Dijk resume y puntualiza a partir de qué condiciones mínimas podemos determinar las estructuras de las representaciones sociales:

a) que necesitamos presuponer la existencia de conocimiento compartido socioculturalmente y representado mentalmente, b) que dicho conocimiento necesita estar organizado para que se pueda adquirir, se pueda acceder a él y se pueda cambiar de una manera eficaz, y c) que ese conocimiento necesita de medios estratégicos (internos y externos) para su utilización variable y efectiva por usuarios individuales en situaciones concretas.

(Dijk 1999, 83)

Vistas algunas de estas formas más o menos exitosas de representaciones sociales, los esquemas y guiones, es cierto que la investigación demuestra que la gente tiene estructuras de este tipo para una mayoría de objetos sociales como, por ejemplo, tormentas, tiendas, historias, narraciones, personas, grupos, relaciones inter-grupo, dominación, organizaciones, gobiernos y democracia... Pero, si bien estos esquemas de la representación social son más o menos válidos para estos objetos sociales ¿también lo serán para la organización de opiniones, actitudes y juicios sobre estos mismos objetos o acontecimientos sociales?

Lamentablemente, según Dijk (1999, 84), “se han desarrollado pocos formatos para la representación detallada de las estructuras evaluativas”. Ni tan siquiera se sabe si estas evaluaciones deberían ser representadas con independencia del conocimiento de cada cual sobre sus objetos de juicio. Lo más práctico será entonces adoptar otro enfoque y extender la distinción entre las creencias fácticas frente las evaluativas a la distinción entre las estructuras de las creencias fácticas frente a las estructuras de las creencias evaluativas. Aunque esta sea por ahora una distinción meramente analítica, provisionalmente podemos distinguir entre conocimiento cultural, de un lado, y conocimiento y actitudes de grupo en el otro.

Como nos explica Dijk (1999, 85), mientras que el conocimiento se construye con métodos de valoración y verificación más eficaces, como la observación, fuentes fiables, argumentación, prueba o experimentación, las opiniones en cambio se construyen con criterios más cuestionables, como valores, objetivos e intereses de grupo, o relaciones sociales de grupo. En ambos casos, cuando los usuarios del lenguaje expresan su conocimiento (incluidas sus opiniones) presuponen que los demás tienen las mismas creencias (verdaderas o no) y los mismos criterios de verdad socioculturalmente compartidos para validarlas.

Pero esto no es lo que ocurre, por ejemplo, con el prejuicio. Aunque el conocimiento general sobre otros grupos reduce los prejuicios y los estereotipos hacia ellos, aun en el caso de que el prejuicio presuponga también algún conocimiento sobre estos, no siempre es suficiente para eliminarlo. El pre-juicio se produce precisamente porque se evitan los criterios fiables para la validación del conocimiento a los que nos referíamos: la observación continuada, la inferencia, la prueba, el uso de fuentes fiables o las relaciones con otros conocimientos. En su lugar, se efectúan generalizaciones a partir de unos pocos

casos, se cometen falacias en la argumentación y se utilizan fuentes poco fiables. Pero más importante en la génesis del prejuicio que el procesamiento ineficaz y poco fiable de la información resultarán los objetivos, los intereses, y los valores del grupo. Además del relativo conocimiento, los miembros del grupo pueden poseer un conjunto de categorías propias que son esenciales en la valoración prejuiciosa de otros grupos.

En general:

[...] las estructuras de las representaciones sociales evaluativas como las actitudes (y, como veremos, las ideologías), están probablemente organizadas de un modo que refleja o facilita sus funciones sociales (basadas en el grupo), su construcción social y sus usos sociales en las prácticas sociales cotidianas.

(Dijk, 1997, 86)

Los enfoques tradicionales de las actitudes en psicología social sostienen que las actitudes constan de tres componentes; uno cognitivo, uno evaluativo y uno emocional. Dijk sostiene que él mantendrá separadas las creencias fácticas de las evaluativas, y que por eso solo considerará a las actitudes como evaluativas. Además, entiende que las emociones solo son un sentimiento coyuntural, un estado de ánimo más o menos pasajero, que muy bien puede aparecer asociado a una actitud al ser desencadenado por un acontecimiento cualquiera y por su propio juicio, o por su pre-juicio. Pero, en cualquier caso, un «sentimiento» prologado en el tiempo y socialmente compartido consiste más en una fuerte evaluación que en una emoción, al ser entendida esta última como un estado de alteración permanente que difícilmente mantendrán todos los miembros del grupo a lo largo del tiempo. Por eso Dijk también descarta la dimensión emocional de la actitud cuando la actitud es compartida por el grupo.

Resumiendo, podemos suponer que los miembros de un grupo desarrollan esquemas u otras estructuras abstractas para la organización del juicio social hacia otros grupos. Estos esquemas de actitud incluirán las categorías generales que se han desarrollado en función de los objetivos, de los intereses y de los contextos social y cultural, de las percepciones y las prácticas sociales del grupo (Dijk, 1997, 87). Así, aunque el conocimiento y las actitudes operan conjuntamente en la conducción del discurso y en otras prácticas sociales, son distintos entre sí, igual que también son distintas sus estructuras internas. Ya vemos como algunas categorías utilizadas para las actitudes no tienen una base en el conocimiento, tan solo resultan útiles para el juicio negativo, por ejemplo, en el prejuicio.

No obstante, aunque el prejuicio nos demuestre cómo se llega a producir la construcción de esquemas evaluativos consistentes en jerarquías variables de categorizaciones para la organización de las opiniones sobre otros grupos, no ocurre lo mismo con las actitudes sobre los problema sociales. A pesar de que también aparecen implicados los diferentes grupos de personas, estas actitudes se centran en la evaluación de las distintas prácticas sociales para decidir personal o socialmente sobre su pertinencia. Usualmente los «problemas sociales» de esta naturaleza son interpretados negativamente cuando se los considera una violación de la norma o una amenaza. Estas evaluaciones difícilmente se pueden reducir a categorías generales abstractas que permitan su clasificación en grandes clases de actitudes.

Si bien para los enfoques tradicionales de la psicología social, la complejidad e imprecisión de los mecanismos de la adquisición, organización y cambio de opiniones y actitudes siguen teniendo una gran relevancia, a sus propios efectos prácticos y teóricos, Dijk (1999, 88),

delimita la amplitud del problema por tres razones. Primero, porque estos enfoques no hacen la distinción entre opiniones sociales y personales o entre opiniones y actitudes. Segundo, porque se centran en el «manejo» individual de las opiniones antes que en las actitudes socialmente compartidas, complejas y generales. Tercero, porque no aclaran la organización global de estas actitudes ni las relaciones de esa organización con las dimensiones sociales de los grupos que las sostienen.

En cualquier caso, podemos afirmar que si las representaciones sociales tienen sus categorías estructurales y principios organizativos específicos, seguro que las bases de tales representaciones, las ideologías, también las tienen. Pero las estructuras de las ideologías no son tan fáciles de caracterizar. Podemos empezar por suponer que son similares a las de otras representaciones sociales. Evidentemente, no se trataría de guiones porque las ideologías por lo general no reflejan la estructura estereotípica de los acontecimientos. Primero, son más generales y abstractas; segundo, se aplican también a situaciones, grupos, relaciones de grupo y otros hechos; tercero, no solo contraloran el conocimiento sino también las opiniones sobre los acontecimientos.

De este modo, otra estructura de representación que podemos considerar es la de la actitud. Tras un breve y pormenorizado análisis sobre algunas ideologías concretas, Dijk (1999, 91,92) concluye que, cuando las actitudes representan un conflicto social, entonces pueden tener algunas características estructurales que también encontramos en las ideologías. Algo que resulta lógico si reparamos en lo que ya hemos comprobado reiteradamente: las ideologías suelen representar problemas (reales o imaginarios) y conflictos de intereses de, o entre, grupos sociales.

Así pues, ahora que sabemos que las ideologías comparten características de las actitudes, Dijk (1999, 93) nos propone buscar un formato suficientemente general para abarcar a todas las ideologías y específico para no resultar trivial o inútil en su manejo cognitivo. Nos sugiere partir de los siguientes elementos funcionales de las ideologías muchos de los cuales ya nos los anticipaba Eagleton: los conflictos sociales entre grupos con distintos intereses, el carácter de dominación y resistencia que se expresa en la lucha social, los principios que sirven a sus propios intereses y están implicados en la explicación del mundo en general, o el mundo social y económico en particular y, finalmente, la dimensión normativa que regula lo que deben o no deben hacer los miembros del grupo.

A partir de aquí, nuevamente, Dijk, en lo que ya sabemos que es su habitual proceder, analiza otra suerte de casos concretos de ideologías, y nuevamente extrae sus conclusiones. Una ideología es un esquema que sirve a sus propios intereses para la representación de Nosotros y Ellos como grupos sociales; es decir, tiene el formato de un esquema de grupo que refleja Nuestros intereses sociales, económicos, políticos o culturales fundamentales. Según Dijk:

Estas variadas y más o menos intuitivas concepciones de la naturaleza y funciones de las ideologías, y la hipótesis de que las ideologías pueden representarse como esquemas de grupo, sugieren las siguientes categorías para un formato tentativo de la estructura de las ideologías:

Pertenencia: ¿quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Qué aspecto tenemos?  
¿Quién pertenece a nuestro grupo? ¿Quién puede convertirse en un miembro de nuestro grupo?

Actividades: ¿Qué hacemos? ¿Qué se espera de nosotros? ¿Por qué estamos aquí?

Objetivos: ¿Por qué hacemos esto? ¿Qué queremos realizar?

Valores/Normas: ¿Cuáles son nuestros valores más importantes? ¿Cómo nos evaluamos a nosotros mismos y a los otros? ¿Qué debería (o no debería) hacerse?

Posición y Relaciones de grupo: ¿Cuál es nuestra posición social? ¿Quiénes son nuestros enemigos, nuestros oponentes? ¿Quiénes son como nosotros y quiénes son diferentes?

Recursos: ¿Cuáles son los recursos sociales esenciales que nuestro grupo debería tener?

(Dijk 1999, 96)

Estas categorías se nos presentan como las coordenadas fundamentales de los grupos sociales y las condiciones para su existencia y reproducción. Lo primero que observamos es que, si bien ellas pueden definir a todos los grupos, además estos pueden ser clasificados específicamente por alguna categoría en particular. Cada categoría funciona con intensidad variable como el patrón organizativo de un conjunto de creencias evaluativas básicas. Efectivamente, el esquema propuesto representa una función netamente cognitiva como estructura organizativa de las creencias ideológicas. Pero, además, nos muestra su indiscutible dimensión social, ya que se refiere a los criterios de pertenencia al grupo, los objetivos sociales, las relaciones de grupo, los valores y los recursos sociales. Lo que se propone entonces Dijk precisamente es poder definir a las ideologías como la interfase sociocognitiva entre las representaciones socialmente compartidas por el grupo y la identidad, las actividades, la organización social, etc. del grupo y sus miembros. Todo ello sin renunciar en ningún momento a su fundamentación empírica.

Cabe, no obstante, realizar un par de observaciones acerca de la organización categorial de este esquema y de su aplicación. Aunque la categoría de la pertenencia parece ser en primera instancia la única responsable de la identidad del grupo, lo cierto es que la identidad queda mucho mejor definida en base al resto de categorías: lo que la gente hace, sus objetivos, sus valores, las relaciones con otros grupos y sus recursos para la supervivencia o la existencia social. Por además, en la práctica, al igual que ocurre con los roles sociales en su teoría sociológica, los actores sociales son simultáneamente miembros de varios grupos sociales y, como consecuencia, muchas veces presentan identidades múltiples, a veces en conflicto; es decir, comparten una mezcla de ideologías.

Lo que nos queda por hacer a partir de ahora es dotar de contenidos a esta estructura esquemática abstracta a la que hemos llegado. De lo que no cabe la menor duda es que las ideologías son específicas en contenido. Como nos lo explica Dijk (1999, 99), “las ideologías generalmente organizan actitudes que a su vez controlan aquellas prácticas sociales del grupo y sus miembros que de alguna manera son pertinentes a los intereses o identidad de los grupos”. Ya que estas creencias suelen ser evaluativas, presuponen valores socioculturales. En última instancia, los contenidos de las ideologías del grupo son los propios de lo que para él sería el orden moral y social más deseable para todos. Esto ocurre con independencia de que el conflicto de intereses encontrados esté en la misma base de la

identidad de los grupos y de su existencia. Lo cierto es que, por norma, los grupos tienen una imagen positivamente autoevaluada de ellos mismos, piensan que su ideología es éticamente buena o defendible.

Precisamente por eso podemos comprobar cómo los valores se llegan a constituir, junto a las ideologías y en simbiosis con ellas, en los puntos de referencia para la evaluación social y cultural. Al igual que sucede con los conocimientos y las actitudes, los valores residen en la memoria de las creencias sociales, son objetos mentales compartidos de cognición social.

No obstante, su ámbito sociológico no solo es el de las creencias de grupo. Pertenecen a la base de conocimiento sociocultural común. Pueden variar de una cultura a otra. Los que están plenamente incorporados en una pueden no tener existencia en otra. O también pueden existir en dos o más culturas con diferentes matices e intensidades. Pero, por lo general, dentro de una misma cultura son compartidos por todos los grupos y actores sociales que la integran. Según Dijk (1999, 102), “Así, si las ideologías son la base de las creencias de grupo, y si los valores son a su vez más amplios y fundamentales, éstos deben ser la base de los sistemas evaluativos como un todo”.

El hecho de que existan conjuntos de valores diferenciados para evaluar los atributos de cualquier objeto socialmente significativo nos permite hablar de sistemas de valores. Si el objeto social es la mente, los valores que le podemos atribuir serían la inteligencia, el ingenio, la erudición o la sabiduría..., si el objeto fuera el cuerpo: la salud, la belleza, la fuerza..., si son las acciones rutinarias: la resolución, el poder de decisión, la rapidez o la eficacia..., si nos referimos a la interacción: la cortesía, la tolerancia, la cooperación, el espíritu de servicio o el altruismo...

Particularmente importante en nuestro caso será la evaluación de las instituciones sociales complejas, como las relaciones sociales, las organizaciones y las sociedades enteras. De ahí deriva la relevancia que tienen valores tan fundamentales como la democracia, la libertad, la igualdad, la independencia o la autonomía. A nuestros propios efectos de constitución de la Opinión Pública estos valores terminarán siendo claves, por cuanto que “prácticamente todas las ideologías sociales y políticas más importantes enfatizan uno o más de estos valores” (Dijk, 1997, 103).

Otro aspecto también relevante de los valores es el de que muchos son históricos: fueron creados como propiedades positivas de la mente, de la acción o de la sociedad. Esta orientación finalista de ciertos valores sugiere que, por lo general, las ideologías están orientadas por un objetivo ideal hacia el que dirigir el esfuerzo humano.

Así pues, los valores monitorean las dimensiones evaluativas de las ideologías y de las actitudes. Pero no lo hacen de la misma forma en todos los casos. Al contrario, lo que sucede es que cada ideología se sirve de ellos para sus propios intereses de pertenencia, acciones, objetivos, relaciones con otros grupos y recursos. El grupo se apropia de ciertos valores culturales generales adaptándolos evaluativamente de manera positiva para la construcción su propia imagen y de una manera negativa para la imagen de sus antagonistas. En palabras de Dijk (1999, 104) “Vemos que los valores positivos que definen el orden moral de una sociedad o cultura son utilizados por todos los grupos, no solamente como criterio de evaluación, sino como una base para la legitimación de sus propios intereses u objetivos”.

Eso significa que, en realidad, los valores no tienen un significado ni mucho menos absoluto. Ofrecen la suficiente ambigüedad como para resultar adecuados a intereses encontrados. Por eso, más que de valores, muchas veces es más apropiado hablar de complejos de valores; por ejemplo, es el caso cuando usamos el término «democracia». Definitivamente, los valores no están simplemente integrados dentro de las ideologías, lo que hacen es gobernar a las creencias sociales en general.

#### **10.5. El modelo mental, clave para conectar las dimensiones social y personal de la ideología**

Si bien tanto las ideologías, como el conocimiento, las actitudes y también los valores son todas representaciones sociales compartidas, es importante para cualquier teoría sobre las ideologías llegar a entender y explicar la forma en la que los miembros individuales de un grupo construyen estas representaciones y las utilizan en sus prácticas sociales y su discurso. Es decir, nos interesa averiguar las propiedades generales que presentan los usos y variaciones contextuales que se producen en las prácticas personales con las ideologías. Esto, además, nos debería permitir conocer el proceso inverso, el de la adquisición y el cambio de las ideologías a partir de las prácticas sociales y del discurso.

Para empezar debemos tomar en consideración dos aspectos. Por un lado debemos recordar que no todos los miembros poseen una «fotocopia» idéntica de la ideología del grupo. Por el otro lado, hemos de considerar la enorme variación contextual en la que se manifiesta la ideología. Precisamente por esto último es por lo que el proceso de socialización en una determinada ideología es tan distinto para cada uno de los que la comparten. Esta variación es, a su vez, la causa de que cada uno tenga su propia «versión» de ella. Pero esto no significa que cada una de estas versiones personales no deban de ser consideradas como representaciones sociales.

Para introducir un poco de claridad en este asunto, según Dijk (1999, 107) lo que necesitamos es la referida interfase entre representaciones sociales y prácticas personales.

La psicología cognitiva desarrolló hace ya un tiempo una teoría, la del modelo mental, que resultará muy útil a nuestro propósito. Los modelos mentales son las representaciones de acontecimientos o episodios en la memoria personal. Por definición, esta representación es el resultado de interpretar los acontecimientos en los que estamos involucrados y es siempre subjetiva. A partir de estos modelos podemos, entre otras cosas, referirnos a la familiar noción de *experiencia*. Dado que no son los episodios mismos los que desempeñan un papel en nuestras vidas, sino su interpretación personal y su constitución en modelos, entonces podemos llamar modelos de experiencia a esta clase particular de modelos contruidos alrededor de la categoría central de nosotros mismos.

Pero las personas no solo construimos modelos de episodios en los que estamos involucrados. También los construimos a partir de aquellos acontecimientos de los que hemos sido testigos o sobre aquellos de los que hemos oído hablar o hemos leído. A estos últimos modelos Dijk (1999, 109) los denomina modelos de descripción para remarcar que su conocimiento se produjo a través de la descripción discursiva. En realidad ambos modelos, el de experiencia y el de descripción, se superponen. Una mayoría de las veces componemos los modelos de descripción a partir de su comparación con los modelos de experiencia, siempre que dispongamos en nuestra memoria episódica de situaciones análogas. También solemos construir nuevos modelos subjetivos a partir de los que ya habíamos construido con anterioridad. Para evitar confusiones, Dijk (1999, 110) propone

llamar modelo episódico (modelo mental, o simplemente modelo) a cualquier modelo subjetivo en la memoria episódica; y modelo de experiencia (o simplemente experiencia) a los modelos de episodios en los que estuvimos involucrados o de lo que fuimos testigos. El modelo de acontecimiento quedará entonces para cualquier tipo de modelo que interprete acontecimientos o situaciones a las que se refiere el discurso.

De esta manera, una cuestión que va quedando por resolver es la del tipo de estructura que presentan todos estos modelos mentales. Parece que también en este caso serviría un esquema con un conjunto de categorías y reglas o estrategias para construir patrones de cada situación. Curiosamente, no nos estamos refiriendo a algo velado e inaccesible. Dado que no solo representamos los acontecimientos sino que también hablamos sobre ellos, estas categorías del esquema normalmente aparecen en las estructuras gramaticales y del discurso: Ubicación (Lugar, Tiempo) Circunstancias, Participantes (en sus diversos roles) y Acción o Acontecimiento. Tal es así que, además, se produce el proceso inverso y las estructuras que organizan el modo en el que se comprenden los acontecimientos también influirán en los modos en que se habla sobre ellos.

En este mismo sentido, un tipo particular de acontecimiento que resulta determinante para el discurso y sus estructuras es el evento comunicativo o situación en la que se produce y se recibe el discurso. A los modelos mentales que se corresponden con este tipo de acontecimientos comunicativos los llamaremos modelos de contexto. También estos modelos son subjetivos porque los podemos reducir a las interpretaciones y opiniones variables de los diferentes eventos comunicativos. Además, tienen la misma estructura de los modelos de experiencia, si bien el rol principal entre los participantes es aquí la categoría de sí mismo como Hablante/Escritor o Receptor/Lector.

Efectivamente, mientras que el conocimiento sobre un acontecimiento representado por los modelos de experiencia o de acontecimiento es relativamente estable, los modelos de contexto representan a la naturaleza cambiante durante la producción y comprensión del texto. Los participantes en un evento comunicativo cambian constantemente sus interpretaciones sobre la situación en curso y las traducen en sus modelos de contexto. A su vez, durante la interpretación del discurso, nuestros modelos de contexto afectan al modo en el que representamos los acontecimientos sobre los que hablamos o escribimos, nuestros modelos de acontecimiento. Así, los modelos de acontecimiento pueden ser descritos como la base para la semántica del discurso y los modelos de contexto como su pragmática.

Llegados a este punto, hemos de recordar que lo que nos propuso Dijk fue crear una interfase entre lo personal y lo social. Ya podemos partir del modo en que los miembros individuales representan los acontecimientos, las acciones o las situaciones en modelos, y como los manifiestan o los llevan a cabo en los actos reales y en los discursos. Lo que nos falta es unir estos modelos con las representaciones sociales.

Lo cierto es que los modelos no consisten pura y exclusivamente en creencias personales e individuales, estas creencias también se sitúan en el ámbito de las creencias socialmente compartidas. De hecho, durante el curso de los acontecimientos, los elementos relevantes de las representaciones sociales, tales como los guiones, normalmente son activados y actualizados en un nuevo conocimiento para que se corresponda con el modelo de acontecimiento en desarrollo. Se trata de un proceso que resultará clave para explicar la formación y el cambio en la Opinión Pública. En el caso de los modelos de contexto, las

categorías implicadas se constituyen en el mismo conocimiento previo y socialmente compartido que nos permite adecuarlo a cada situación comunicativa dada.

Esta permanente adaptación contextual entre representaciones sociales y modelos puede definirse también a la inversa para explicar la adquisición y el cambio de conocimiento, actitudes e ideología. A partir de que los modelos han sido constituidos para acontecimientos específicos, pueden ser abstraídos y generalizados para convertirlos en guiones u otras estructuras de representación socialmente compartidas. Habitualmente, cuando se observa repetidamente, o se lee, o se escucha reiteradamente sobre acontecimientos específicos, los integrantes de la sociedad pueden efectuar inferencias generalizadas para construir creencias semejantes sobre las diferentes situaciones. Pero además de la existencia de este proceso para la construcción de modelos socialmente compartidos, resulta que el discurso también tiene la propiedad de hacer tales afirmaciones generalizadas y abstractas. “La gente también puede adquirir las representaciones sociales directamente, interpretando oraciones y discursos genéricos o abstractos” (Dijk, 1997, 114). Se configura así un vasto y complejo mecanismo para la cognición en el que todos los procesos aparecen coimplicados y se afectan mutuamente.

Para completar la explicación sobre la manera en la que la gente construye la representación personal de los acontecimientos a través de los modelos, hemos de añadir que su conocimiento además también incluye opiniones sobre ellos; sobre las personas y sobre los objetos involucrados o sobre los mismos acontecimientos. Estas opiniones se integrarán en los modelos de una manera natural. Pero estas opiniones no tienen por qué ser solo personales. Las creencias evaluativas pueden convertirse en socialmente compartidas, o sea, en actitudes. De este modo, el proceso bidireccional que se sigue entre los modelos y las estructuras socialmente compartidas, opera de manera análoga entre las opiniones personales en los modelos y las actitudes cuando se convierten en estructuras de representación socialmente compartidas.

En la práctica, tenemos que tomar en consideración que los individuos son miembros de varios grupos sociales simultáneamente, por lo que comparten varias ideologías. Así, al construir sus modelos pueden aplicar diferentes ideologías inconsistentes entre sí, algo que a su vez lleva a la elaboración de modelos inconsistentes. La inconsistencia se convierte en un problema, especialmente durante los eventos comunicativos. La estructura detallada de los modelos de contexto ofrece en esos casos una explicación de las formas en las que se reflejan las ideologías durante estos eventos. A la inversa, el discurso basado en ese modelo inconsistente puede incluso estar condicionado por el modelo de contexto.

Una última propiedad de las ideologías y de las actitudes es la de que no solo influyen en la formación de las opiniones y en los modelos, además pueden producir la activación selectiva de antiguos modelos. En la práctica, la gente busca selectivamente entre sus modelos «evidencias» para confirmar sus «hipótesis» (las que mejor se adecúan a su ideología) durante sus «evaluaciones» cotidianas.

Resumiendo todo lo que hemos añadido con la introducción de la teoría de los modelos, gracias a ella ya podemos disponer de las conexiones entre las ideologías y sus prácticas sociales. Dijk (1999, 117) nos ofrece un esquema gráfico de las complejas relaciones entre todas las creencias implicadas en la activación de las ideologías al que remitimos para su mejor comprensión. Básicamente, y como él mismo lo describe:

[...] las ideologías deben estar basadas en un sistema de terreno común cultural, que incluye conocimiento general y actitudes compartidas y sus principios subyacentes, tales como valores y criterios culturales de verdad. Los grupos seleccionan de esta base cultural creencias específicas y criterios de evaluación, y los construyen, junto con otros principios básicos del grupo, como sistemas de creencias específicas de grupo organizadas por ideologías subyacentes.

Lo peculiar en su relación con los modelos mentales es que estas representaciones de la mente social controlan a la misma formación social de los modelos personales en la memoria episódica. Por otro lado, la formación personal de estos modelos se encuentra también controlada por antiguos modelos mentales y por representaciones generales que tienen los individuos. Ya por último, estos modelos de acontecimiento y de experiencia personales se pueden expresar en el discurso o también representar en otras prácticas sociales dentro de los límites impuestos por los modelos de contexto.

Efectivamente, el discurso también puede expresar directamente fragmentos de actitudes e ideologías y viceversa —las ideologías pueden ser construidas en parte por las afirmaciones ideológicas del discurso—. Esta conexión directa entre discurso e ideología explica tanto la posibilidad de la manipulación, como la noción de falsa conciencia. Pero lo cierto es que la mayoría de las ideologías que controlan la vida diaria son asimiladas sobre todo a partir de la experiencia personal, y en menor medida de los discursos; o sea, tienen sus «raíces» en modelos personales. Por eso, en la medida en que los integrantes de la sociedad tengan menos experiencias o menos modelos tanto más fácil resultará fabricar ideologías que no tengan ninguna «base», pero que sean fácilmente asimiladas como efecto de la exposición a la propaganda.

Una última consecuencia fundamental de la teoría de los modelos mentales es la de que explican la variación situacional y contextual, esto es, la posibilidad de cambio de las ideologías. Si bien el grado de esta variación observado a partir de ciertos estudios empíricos de la ideología les ha llevado a cuestionar la misma existencia de tales ideologías, no es menos cierto que en una mayoría de los casos y situaciones se da una homogeneidad suficiente en las expresiones ideológicas de los miembros de un grupo. La aparente naturaleza caótica y contradictoria que se observa en estudios del discurso y en encuestas sociales y políticas no es más que una consecuencia lógica del conocimiento y de las experiencias personales, de los diferentes grupos e ideologías a los que pertenece un mismo individuo, y de las restricciones que imponen los modelos de contexto.

En este mismo sentido, nos conviene indagar algo más en esta engañosa variabilidad, en sus causas y en sus consecuencias. Efectivamente, la figurada inconsistencia de las expresiones de naturaleza ideológica que se refleja en muchos de estos estudios se debe a que rara vez tienen un concepto explícito de las estructuras ideológicas. Pero también se debe a que tales estudios confunden las expresiones limitadas situacional y contextualmente, o a que equivocan los usos de las ideologías con las ideologías mismas. Si retomamos el socorrido recurso a la comparación con la lengua, la gente no siempre utiliza correctamente las reglas abstractas de la gramática y por eso no vamos a negar su existencia. De esta manera, las ideologías no deberían ser estudiadas solo en contextos aislados o en miembros individuales de grupo, sino en todos los contextos y en muchos miembros del grupo.

Si bien es cierto que las expresiones ideológicas variables no son la causa de la inconsistencia de las ideologías subyacentes, tampoco podemos afirmar que las formas de

continuidad ideológica impliquen la consistencia ideológica. Las ideologías no son más que débiles teorías sobre la vida social, muy elementales y con muy poco rigor, que se construyen cognitivamente y socialmente por unos grupos en su relación con otros grupos.

Al situar a las ideologías en un nivel social, nuevamente la comparación con la gramática nos resultará muy ilustrativa. La adquisición de la lengua materna se produce en circunstancias sociales muy variables que propician una gran diversidad de competencias entre los individuos para el uso correcto de la lengua. De la misma forma que las diferencias en el dominio de la lengua no la invalidan como sistema comunicativo por antonomasia, lo mismo ocurre con las ideologías. Como en el caso de la gramática, la gente puede carecer de un conocimiento exhaustivo sobre los contenidos y las estructuras de las ideologías, pero pueden ser lo suficientemente competentes en ellas como para evaluar correctamente sus propias prácticas sociales y las de otros miembros para determinar entonces si se ajustan a los principios ideológicos del grupo.

Al fin y al cabo, las ideologías están basadas en experiencias social e históricamente desarrolladas, acumuladas y discursivamente transmitidas. Estas experiencias actuarán como un severo correctivo sobre las mismas ideologías para evitar su propia inconsistencia y la parcialidad en su acabado.

Esto resultará así con independencia de que determinados miembros individuales del grupo desarrollen de un modo más o menos imperfecto e incompleto su ideología, ya sea por sus circunstancias o por la influencia de otras ideologías. En suma, son los grupos como un todo los que desarrollan ideologías de grupo complejas y más o menos coherentes. Por eso “podemos concluir provisionalmente que, *a nivel de grupo*, las ideologías deberían ser relativamente estables y coherentes” (Dijk 1999, 123).

En todo caso, la variación se sigue produciendo de una manera particularizada. En primer lugar, las ideologías solo se vinculan al discurso de una forma indirecta, es decir, mediadas por un conocimiento, por actitudes y por modelos personales episódicos más detallados que el discurso. En el día a día, las personas se desenvuelven recurriendo al nivel intermedio de las creencias de grupo, no lo hacen valiéndose del alto nivel de abstracción que presentan las ideologías.

En segundo lugar, dado que las actitudes y el conocimiento están socialmente compartidos, se presentan desligados del contexto inmediato en el sentido de que son relativamente estables para diferentes situaciones sociales. Alternativamente, en las situaciones cotidianas lo que hacemos habitualmente es gestionar acontecimientos, con personas y situaciones concretos, y para eso recurrimos a nuestros modelos mentales porque estos están más adaptados para cada evento particular. Esta es la razón por la que en ocasiones sacrificamos nuestras genuinas expresiones ideológicas por nuestro interés más específico y perentorio.

Finalmente, los integrantes de la sociedad somos miembros de varios grupos y por eso aplicamos varias ideologías en nuestros modelos de acontecimientos cotidianos incurriendo en su aparente incoherencia. En este caso, eso mismo se puede llegar a manifestar en un nivel de mayor abstracción y generalidad durante la práctica y la creación del discurso.

Resumiendo, según Dijk:

[...] la variabilidad de la expresión ideológica se explica por la interacción compleja de varias ideologías y sus usos contextualmente específicos, en cuanto

que la continuidad de las opiniones ideológicas puede explicarse en términos de las ideologías socialmente compartidas que son más bien estables y desligadas del contexto.

(Dijk 1999, 124)

De este modo, la situación más habitual corresponde a la variabilidad individual y la situación más especial que necesita explicación es la de que muchas personas distintas, en situaciones diferentes, utilicen opiniones ideológicas análogas.

No obstante, es más que evidente que la variabilidad individual no es el cambio de las ideologías, pero las ideologías también pueden cambiar. No lo hacen de la noche a la mañana porque semejante cambio normalmente necesita abundante discurso público y mucho debate. El riesgo que afrontan las ideologías en transformación y cambio es que sus opuestas pueden convertirse coyunturalmente en más apropiadas para el control de la acción y del discurso.

Lo que podemos concluir sobre la variabilidad y la coherencia de las ideologías es que, dado que reflejan de manera ideal los objetivos e intereses del grupo, precisamente será la coherencia ideológica la que haga posible su continuidad y reproducción como tal. Es el factor común que favorece la organización de nuevas actitudes y la coordinación de acciones en situaciones diferentes.

La variabilidad se explica entonces como el resultado de la multiplicidad de ideologías simultáneas que poseen los miembros del grupo en su pertenencia a otros, tanto en el nivel de actitudes, como en el nivel de modelos de acontecimiento específicos, contextuales y personales. Por lo general, los miembros del grupo son particularmente hábiles para adaptar estas representaciones compartidas a su propia conveniencia.

El cambio ideológico propiamente dicho será la consecuencia de que una cantidad significativa de miembros, y en particular los líderes que controlan el discurso público, puedan persuadir al resto para que cambien sus actitudes. A pesar de su vocación de estabilidad, las ideologías pueden cambiar “como consecuencia de a) intereses sociales cambiantes, b) las experiencias cotidianas de los miembros del grupo y, por supuesto, c) el discurso ideológico persuasivo” (Dijk, 1997, 325) o la propaganda.

Algo que podemos deducir directamente de la estabilidad de las ideologías y de la variabilidad con la que cada cual las adapta e interpreta cotidianamente es su carácter inconsciente. Solo así podríamos explicar esa condición autónoma con la que se manifiestan más allá de la mera voluntad de los individuos.

El tema de la conciencia ideológica nos remite a las formulaciones más tempranas en la noción de ideología. Recordemos como Marx y Engels nos hablan de la ideología como «falsa conciencia». Aunque esta idea ya obtuvo su desarrollo más o menos completo desde el comienzo de esta tercera parte, Dijk (1999, 126) nos recuerda que “Esta frase, entonces, habitualmente se refiere al grupo de ideologías que no reflejan los intereses socioeconómicos «objetivos» del grupo”, y refiere entonces que la «alienación» de la clase trabajadora contemporánea, cuando las ideologías del libre mercado son hegemónicas, se traduce en su desafección hacia sus «legítimas» opciones políticas socialistas y socialdemócratas.

Dijk, primero nos ofrece una definición de la «conciencia» como un «estado de la mente»; y en nuestro caso concreto, como un conjunto de creencias que deben estar socialmente compartidas. Por eso propone referirlo como «representación social», ya que esta designación incluye al conocimiento, a las actitudes (evaluativas) y a las ideologías. Después nos da, al menos, dos definiciones de lo «falso»:

- 1) Creencias fácticas, parciales, incompletas, distorsionadas o de algún modo desviadas (lo que supone que existe un conocimiento «correcto» o «verdadero»)
- 2) Creencias evaluativas que conducen a juicios y prácticas que no son del interés del propio grupo, y pueden ser del interés del grupo dominante.

(Dijk 1999, 127)

Concluye su aportación poniendo en cuestión la concepción marxista de que exista una sola ideología dominante, sino que lo que existe en realidad es una estructura compleja de ideologías que compiten por el control o la hegemonía.

En cuanto a la conciencia entendida como «ser consciente de», ya anticipábamos que el carácter autónomo con el que se manifiesta la ideología más allá de voluntad de los individuos nos lleva pensar que estas, como el lenguaje, parecen ser tan naturales que ni siquiera parece que las tengamos. Pero no todas las ideologías presentan por igual esta propiedad. Obviamente, las ideologías de oposición tenderán a ser más explícitas y conscientes, en tanto de que las de dominación tenderán a ser implícitas y negadas.

Aquí cabría hacer alguna distinción situando el problema de la conciencia en sus diferentes grados de realización. Si bien para unos pocos miembros del grupo, particularmente para sus líderes e ideólogos, la ideología es algo explícito porque conocen sus doctrinas y las defienden, para los restantes miembros del grupo la autoconciencia ideológica normalmente es poco común. El análisis sistemático del discurso, del texto y de la conversación ideológicos permite comprender estos diferentes grados en el ser consciente.

En su caso, los usos de la noción de conciencia en la ciencia cognitiva distan bastante del significado tradicional de (falsa) conciencia. Para esta disciplina, el problema se centra en explicar como el órgano del cerebro puede lograr la autoconciencia de las mentes. Particularmente, de cómo puede hacerlo en términos de conocimiento de sí mismo, de conocimiento sobre el contexto presente y en términos de procesos mentales como pensar (sobre nosotros mismos y nuestro pensamiento), procesos que caracterizan a la construcción de los modelos mentales de experiencia.

Retomando el tema de la conciencia netamente ideológica, por último necesitamos confirmar si es cierto que el conocimiento explícito de las creencias ideológicas de quienes se identifican con un grupo determinado implica siempre la aceptación positiva de tales creencias. Sorprendentemente, dado el carácter inconsciente con el que muchos de ellos se identifican con su grupo, en ocasiones, la descripción explícita de la ideología es rechazada por algunos de sus miembros. Esto ocurre, por ejemplo, con una mayoría de los miembros de los grupos racistas. Y también sucede particularmente cuando unas ideologías definen a otras ideologías como a sus antagonistas. En este caso, incluso suele ocurrir que muchos grupos niegan tener alguna ideología, algo que ya tuvimos la extensa ocasión de comprobar que pasó con los participantes en el cónclave de Milán y su ideología liberal y antimarxista.

Antes de cerrar estos párrafos que Dijk le dedica al problema de la conciencia ideológica, no nos conviene olvidar el modo en el que Eagleton relacionaba la ideología con el

subconsciente freudiano. Esta breve referencia, que probablemente nos distanciará de su formulación cognitiva, guarda relación en cuanto que Freud situaba a la cultura, en el mismo sentido que la usa Dijk, como a un agente represor de la instintiva naturaleza humana. Recordemos que, a su vez, esta acción no podía tener lugar en otra dimensión humana que no fuera el subconsciente. Especialmente interesante será ese carácter fantástico de la ideología que le confiere una gran parte de su poder. Para clarificar esta cuestión, Freud distinguía entre el engaño, meros estados mentales en contradicción con la realidad, y la ilusión. Las ilusiones tienen la facultad de expresar vivos deseos que se pueden llegar a realizar, es decir, tienen un cierto carácter predictivo y fuertemente motivador.

Una vez damos por concluida la breve referencia introductoria a la conciencia ideológica, Dijk (1999, 133) nos sitúa ante un aspecto ya familiar para nosotros que, según él, desempeña un papel central en las discusiones contemporáneas de la ideología: la del sentido común. Dijk le atribuye sus orígenes a ciertas tradiciones filosóficas e ideológicas entre las que destaca el concepto gramsciano de hegemonía.

Como sabemos, la dominación ideológica alcanza su máxima eficacia cuando los grupos dominados son incapaces de distinguir entre sus intereses y los de sus dominadores. Otra pertinente explicación es la que nos ofrece la etnometodología, que define al sentido común como conocimiento social básico que los miembros del grupo dan por sentado en sus prácticas sociales diarias, visones más o menos ingenuas de la vida cotidiana. Su característica principal, como ya vimos cuando establecíamos su contraste con la razón, es la de que puede tratarse de un conocimiento equivocado, tendencioso o sin fundamento, particularmente sin un fundamento racional. Sin embargo, aunque en su momento lo ejemplificamos con el efecto que tuvo la propaganda nazi sobre la opinión de los alemanes acerca de los judíos, la mayoría de las veces estas creencias son verdaderas para el grupo en todos sus efectos prácticos.

Lo relevante en su relación con la conciencia es que estas prácticas cotidianas ven y juzgan la realidad social y los acontecimientos a partir de un sistema de creencias inconscientes que es normal y no problemático, que se presupone que está compartido por todos los miembros del grupo y que incluye tanto a conocimiento como a opiniones. Luego una teoría del sentido común tiene que examinar “sus estructuras y estatus como representaciones sociales, sus procesos y estrategias en el pensamiento, sus usos en las prácticas sociales y el discurso y sus usos en grupos sociales específicos” (Dijk 1999, 136).

En cualquier caso, en las sociedades mediáticas modernas, con un alto alfabetismo universal y altos niveles de educación, este concepto de denostado sentido común irreflexivo, no teórico o irracional, prácticamente ha desaparecido. Además de ser una consecuencia de aplicar una versión restringida de nuestra tesis de «la extensión de la racionalidad», las élites científicas expertas tienen un acceso a los medios de comunicación para ofrecer al público en general explicaciones de los acontecimientos en términos de teorías académicas implícitas o explícitas.

De este modo, aunque la percepción y las experiencias cotidianas pueden basarse en las experiencias personales para la construcción de modelos, también pueden hacerlo a partir de la aplicación más o menos irreflexiva, de las meras pseudorracionalizaciones, que sean capaces de realizar las personas a partir de sus propias versiones simplificadas del conocimiento erudito. Esto, por ejemplo, ha propiciado la progresiva desaparición de muchas creencias basadas en mitos y supersticiones tenidas por sentido común hasta no hace tanto, como la astrología o la quiromancia.

Todo este razonamiento podemos hacerlo extensivo, de una manera recursiva, desde el sentido común en un grupo a toda una cultura; utilizaremos entonces el término «creencias culturales» que son comunes a todos o a la mayoría de los miembros de ella.

Y ahora sí, llega el momento de ver a las ideologías como si fueran el mismo sentido común. Aunque ya nos hemos referido al conocimiento doctrinal que desarrollan los ideólogos y líderes de un grupo, sabemos que el resto reduce de alguna manera la doctrina al razonamiento ideológico de su «sentido común», pero no debemos descuidar que estos modos de pensar y de discurso se influyen mutuamente. Lo cierto es que:

[...] si se identifica el sentido común con las creencias *generales* de una cultura, y si las ideologías, como fundamento de creencias de grupo *específicas*, están basadas en dicho terreno común cultural, *las ideologías mismas no son una forma de sentido común*.

(Dijk, 1997, 138,139)

## 10.6. Conocimiento, verdad e identidad

Dijk se posiciona ahora en su más amplia perspectiva teórica e incurre en ciertas cuestiones de carácter filosófico que él mismo reconoce desbordan ampliamente el objeto de su trabajo, y en gran medida también el del nuestro. No obstante, sobre los antecedentes de una discusión acerca del conocimiento como lo opuesto a las ideologías ya nos hemos extendido sobradamente, tanto en el desarrollo y evolución de la noción de ideología como en su negación por el cónclave de Milán.

Por lo pronto, para resolver esta cuestión necesitamos identificar al conocimiento. El conocimiento es definido por la epistemología como creencia verdadera justificada. Como ya sabemos, la forma en la que las creencias son justificadas depende de los criterios de verdad culturalmente aceptados, tales como la observación personal, fuentes fiables (medios, expertos, etc.) inferencia lógica (racionalidad), sentido común o consenso. Por oposición, consideramos «creencia» a secas a todas aquellas creencias de las que no tenemos evidencia o ésta es insuficiente, también a aquellas que los demás sabemos que son falsas.

Aunque Dijk renuncia a entrar en consideraciones ontológicas sobre si la verdad o los «hechos» pueden existir con independencia de la percepción humana y de la comprensión conceptual, nosotros ya hemos dejado sobrada constancia de que no albergamos dudas sobre esto. Toda la naturaleza de nuestra labor de explicación sobre la Opinión Pública y, en particular, sobre la Información, parte del presupuesto de que la realidad tiene existencia propia, con total independencia de que seamos capaces de captarla con mayor o menor eficacia y de nuestras propias limitaciones para lograrlo. De hecho, para poder proseguir con su explicación, Dijk (1999, 142) se ve obligado a aceptar que “En el mundo ordinario, simplemente se admite que las cosas y los hechos existen, sepamos o no sobre ellos”.

No obstante, el conocimiento sigue necesitando de criterios de verdad para validarse. Estos criterios son histórica, social y culturalmente variables. Por tanto, ya sea en una teoría o filosofía del conocimiento, como en un enfoque social y cognitivo, el conocimiento es siempre relativo por su dependencia de unos criterios de validación que son variables. Pero tal relativismo resultaría desastroso en el mundo práctico, por eso la gente por lo general

distingue sin demasiados problemas, de una manera convencional y aproximada, entre conocimiento y creencias, entre objetividad y subjetividad.

Ahora bien, para completar la cuestión de la relación entre la ideología y el conocimiento, necesitamos conectar nuestra simplificada noción de conocimiento con la que ya teníamos sobre la ideología. Según Dijk:

Si la ideología es la base axiomática de las representaciones mentales compartidas por grupos sociales, y si las ideologías varían en función de los intereses de cada grupo [...], entonces la tesis del relativismo ideológico implica que aquello que los grupos saben es función de su ideología.

(Dijk 1999, 143)

Pero la verdad es que la mayoría de lo que los grupos saben es compartido con otros grupos. El conocimiento es por definición sociocultural y no tanto grupal, está dado por sentado y es indiscutido. Entonces ¿qué ocurriría si consideramos que el conocimiento de un grupo estuviera basado en la ideología? Efectivamente, por su propia naturaleza sociocultural puede que algún conocimiento en la sociedad sea la consecuencia de la posición ideológica o de poder de los mismos grupos. Esto es lo que sucede cuando el conocimiento es propio de la posición social del grupo, o también si el conocimiento está relacionado con las cuestiones sociales que definen a las opiniones ideológicas del grupo. En ocasiones, incluso estas creencias pueden ser validadas según criterios de verdad socioculturalmente aceptados.

Pero en este último caso las cosas no son tan sencillas como parecen. Si consideramos verosíblemente que la creencia del grupo es mera opinión, el conocimiento ideológico del grupo simplemente dejaría de ser conocimiento para ser solo ideología. En la contienda ideológica, aquello en lo que cree un grupo, su conocimiento, a menudo suele ser mera opinión para sus contendientes. Hasta los mismos hechos suelen ser negados cuando son presentados como evidencias por las posiciones ideológicas rivales. Aquí, por fuerza el concepto de opinión como simple «creencia evaluativa» queda automáticamente ampliado para incluir también a «creencias fácticas» sólo porque otros las consideran falsas. Dado que las creencias sólo se consideran verdaderas si todos las consideramos validadas, entonces todo supuesto conocimiento que fuera desafiado como opinión dejaría de serlo en ese mismo momento. Desde semejante punto de vista, por principio el significado cultural del conocimiento presupone el tener que ser siempre alguna creencia incuestionada y no partidaria. O sea, que el conocimiento ni puede ser ideológico, ni tampoco puede ser algo específico de cada grupo.

Pero la realidad es que sí que existen creencias que en un momento dado no son consideradas social o generalmente verdaderas, o son ampliamente ignoradas, y no por eso dejan de ser verdaderas. Esto es lo que ocurrió en el pasado, por ejemplo, cuando determinados estudiosos y eruditos desafiaron con la verdad de sus averiguaciones a las falsas creencias generalizadas de su cultura, y esto es lo hoy en día todavía sucede con mayor frecuencia de la que debería ocurrir.

Por mucho que éstos estén socialmente aceptados, el problema radica en la variabilidad de los criterios de validación y en su relativa eficacia. Lamentablemente, la determinación de la verdad es un problema de gran complejidad del que ya tratábamos limitadamente cuando abordábamos algún problema metodológico. Lo hicimos particularmente en la descripción del método para la reconstrucción y transmisión de los hechos en el proceso informativo.

Allí apelábamos al recurso a la metodología propia de la investigación científica para conseguir, con un relativo éxito, una presentación objetiva de los hechos capaz de conjurar los problemas de su validación por parte de un público con la suficiente competencia racional para contrastar las noticias.

Con carácter algo más general, vimos a la razón como el mismísimo criterio platónico que nos permitió la conversión de la mera percepción sensible en episteme o conocimiento. Además, hemos llegado a dar por sentado que el racionalismo científico es para nosotros el mejor criterio de validación, por no referirlo como el criterio de validación por antonomasia, algo que no presupone ni mucho menos que toda producción científica sea incuestionable en sus propósitos y resultados.

Aquí nos ceñiremos a la discusión que desarrolla Dijk (1999, 146) y veremos como otro aspecto involucrado en la lucha ideológica sobre el conocimiento y la verdad es el del significado. Aunque por lo general los diferentes grupos comparten suficiente conocimiento sociocultural y criterios de verdad como para poder entenderse entre ellos, algunos conceptos pueden ser definidos de modo distinto por cada uno de ellos. En estos casos, no serán los conocimientos o sus bases los que sean rechazados como una opinión, sino el significado y la aplicación de los conceptos.

Puesto que no existe una manera de validar el uso correcto de las palabras, si un significado no se adecua a nuestros intereses, podemos rechazar como incorrectos o distorsionados aquellos usos que nos resulten inconvenientes. De este modo, cada grupo puede llegar a tener sus propios conceptos y usos del lenguaje que por eso se convertirán en ideológicos, en cuanto que serán «deformados» para adecuarlos a los intereses del grupo.

Como concluye Dijk:

[...] un modo en el que las ideologías controlan el conocimiento es la manera en la que ellas monitorean las estructuras conceptuales y, por tanto, el significado de las palabras. Entonces la pregunta es: ¿quién debería definir tales conceptos y significados? Esta pregunta nos lleva a las relaciones ente conocimiento y poder.

(Dijk 1999, 147)

Ciertamente, el problema del establecimiento de la verdad es de gran calado. A un nivel social, el poder es una importante dimensión que hemos de considerar. Recordemos que la cuestión que se propuso resolver Dijk era la de si algún conocimiento está basado en la ideología o si cualquier conocimiento con fundamento ideológico debe ser considerado tan solo como opinión.

Según el propio Dijk (1999, 143), podemos cambiar la definición de conocimiento como «creencia verdadera justificada» por la de simple «creencia justificada», o creencia que no tiene por qué ser objetivamente verdadera. De esta manera, la definición original se reduce a otra en la que el conocimiento solo tiene que estar sancionado por el consenso, o sea, por el tipo de criterio de verdad aceptado en la comunidad epistémica. Esta solución estaría en línea con el análisis del discurso y con el pensamiento microsociológico y etnográfico que, como vimos, consideran al conocimiento como presupuesto y dado por sentado dentro de una sociedad o cultura. Pero también estaría en línea con un enfoque histórico y político, para el que el conocimiento está determinado por las instancias circunstanciales con el suficiente poder de definición o el poder de determinación de la verdad: la opinión pública,

la iglesia, los medios o la ciencia. Este mismo modelo incluso sería capaz de predecir el fenómeno de la eventual exclusión de creencias verdaderas del ámbito del conocimiento en una sociedad o cultura.

Su principal inconveniente radica en que tal poder consensual de definición de la verdad o del conocimiento puede ser considerado «ideológico» en sí mismo a pesar de estar compartido y aceptado por toda la sociedad o cultura. Y eso resultará incongruente con el carácter meramente grupal que estamos atribuyendo a la ideología. Dijk (1999, 149) aclara que podemos tomar a una comunidad entera como a un grupo ideológico si el consenso fuera logrado de forma hegemónica por sus élites, pero esto terminaría por confundir la noción de ideología con las normas sociales o la cultura, y entonces perderíamos el recurso para su uso específicamente intragrupal.

Conservando entonces la definición que nos ofrece Dijk de la ideología en términos de los intereses de los diferentes grupos, lo siguiente será preguntarse si aceptamos que la definición del conocimiento puede depender del propio grupo como creencia justificada, algo que es perfectamente posible siempre que la justificación sea ajustada a los criterios de verdad del mismo grupo.

Por mucho que los grupos puedan compartir entre todos una gran parte del conocimiento sociocultural y de sus criterios de verdad, las creencias y criterios de verdad relacionados con los intereses de cada grupo pueden ser específicos de cada uno y por eso estar basados en su ideología, con total independencia de que sean o no «objetivamente» ciertos o falsos. Y esto es lo que explica por qué el conocimiento de un grupo puede ser rechazado como una opinión por sus grupos rivales. Aunque dentro del propio grupo el conocimiento sea distinto de la opinión, los criterios de conocimiento sirven a sus propios intereses: tales conocimientos incluyen valoraciones, por ejemplo, sobre quien es una fuente fiable, cual es la información pertinente, de que percepciones es posible fiarse o con qué datos hay que contar.

Así pues, podemos concluir que, efectivamente, una parte del conocimiento de los grupos tiene una base ideológica y que no solo las creencias evaluativas, sino también las fácticas específicas, estarán incluidas en él. Esto no significa ni mucho menos que todo el conocimiento o los criterios de verdad para validarlo sean ideológicos. Según Dijk:

El control ideológico del conocimiento, sin embargo, consiste en seleccionar conceptos y criterios de verdad que pueden ser específicos para el grupo, y puede incluir la atribución de credibilidad especial a instancias de verdad específicas, tales como Dios, la Ciencia, el Partido o el Sindicato. Esto significa también que, nuevamente, dentro del grupo mismo tal conocimiento partidista no es considerado de ningún modo «ideológico» [...]

(Dijk 1999, 150)

Esta comprensión de que el conocimiento puede ser ideológico precisamente por ser específico de un grupo nos sitúa ante el problema más general de su identidad ¿puede el conocimiento ideológico y específico de un grupo ser parte de su identidad?

Dijk (1999, 152) coloca el problema de la identidad en su enfoque sociocognitivo, de tal modo que para él la identidad resulta a la vez personal y un constructo social al modo en el que la veíamos en la teoría de Althusser. Esto es, en su propia representación de sí mismos,

las personas se construyen simultáneamente como pertenecientes a diferentes categorías y grupos, crean un esquema de sí mismos que ubican en su memoria episódica.

Lo importante es que una parte de lo que pensamos que somos la inferimos de los modos en los que nos ven los otros. Se trata de un proceso recíproco en el que, cuanto más nos reconocemos en la construcción grupal de nosotros mismos, más nos identificamos con nuestro grupo. Pero esta auto-representación no es ni mucho menos absoluta.

Las identidades de grupo pueden ser más o menos abstractas y desligadas del contexto y viceversa: en situaciones concretas, muchas de nuestras autorrepresentaciones pueden prevalecer sobre las otras. Debemos entonces distinguir entre nuestra identidad personal desligada del contexto (compuesta por varias identidades sociales) o el sí mismo, y las prácticas situadas reales, que resultan ser manifestaciones de algunos aspectos de nuestra compleja identidad personal. Así puede ocurrir con alguna frecuencia que las personas son miembros de grupos sin llegar a identificarse con ellos porque no comparten su ideología.

Todo esto significa que la distinción entre identidad social o de grupo y la identidad personal es inevitable. La identidad personal adopta las dos formas que ya vimos: primero, la de la representación mental del sí mismo como ser humano único, elaborada a partir de las propias experiencias y biografía mediante modelos mentales acumulados para construir el consiguiente auto-concepto; segundo, la de la representación del sí mismo como la agregación de las pertenencias a diferentes grupos y los procesos relacionados con estas representaciones de pertenencia o sí mismo social. El proceso de identificación será el resultado de la comparación entre el sí mismo personal y el social. Así, si la pertenencia, las actividades, los objetivos, los valores y normas, y los recursos del grupo son congruentes con los del constructo personal la identificación será más o menos intensa. En el caso contrario se produciría la desafección, el abandono del grupo y la posible incorporación a otros grupos más adecuados al constructo personal.

Precisamente, estos conflictivos procesos son los que al final explican la variabilidad y complicación con la que se manifiestan las ideologías en el día a día. Como vimos, también es por eso que las ideologías tienen que ser definidas a nivel de grupo, y eso mismo cabe decir para la identidad social o colectiva del grupo en cuanto tal, pues los grupos comparten una representación social que define a su propia identidad o a su «sí mismo social».

Lo interesante y conveniente de esta formulación según Dijk (1999, 155) es que, dado que la identidad social del grupo se funde con el esquema de sí mismo de grupo, y dado que a este mismo esquema lo hemos tomado también para el formato de la ideología del grupo, entonces resulta que la identidad de grupo se funde con la ideología de grupo. De este modo, ya Dijk nos anticipaba que las categorías que permitían reconocer al grupo –la pertenencia, actividades, objetivos, valores y normas, y recursos– son los mismos criterios de su «identificación», sobre todo en relación a otros grupos. Cabe objetar que si la identidad del grupo se define en términos de las representaciones sociales específicas compartidas por el grupo, esta identidad sería aun más inclusiva que la ideología, ya que esta última solo se refiere a la base «axiomática» de estas representaciones.

No obstante, dado que las representaciones sociales compartidas son más volubles que la ideología, también cabe dudar de su eficacia para definir a la identidad social del grupo por su limitada permanencia. Las ideologías son más estables y más perdurables. Así las cosas, bien podemos contemplar a los grupos como a algo más que una comunidad medianamente estable de gente, de modo que la identidad resulta ser más bien un proceso

de búsqueda permanente que compromete al grupo, y entonces tendríamos que referirnos antes a *identificación* que identidad propiamente dicha.

Un problema asociado al de la identidad del grupo es el de los sentimientos. La pregunta sería ¿las emociones pueden ser socialmente compartidas tomando en cuenta que su base es fisiológica –esto es, personal–? Como ya vimos en su momento, más bien parece que lo que pueden compartir los miembros de un grupo son fuertes creencias evaluativas porque no es razonable pensar que todos puedan estar en un estado de alteración permanente. Esto no es un obstáculo para que determinados hechos puntuales puedan provocar emociones más o menos intensas entre los miembros del grupo, simultánea o individualmente. Así, esto mismo vale también para los propios sentimientos de identificación. «Sentirse» fuertemente vinculado al grupo no debe ser más que un conjunto de representaciones sociales evaluativas antes que alguna emoción compartida por el grupo.

Pero la identidad del grupo puede ser definida a partir de criterios más materiales que no sean solo las ideas que comparte; esto mismo ya nos supone distanciarnos algo del enfoque cognitivo. Recordemos que el carácter simbólico de ciertos elementos de una ideología ya fue abordado por Eagleton. Podemos, por ejemplo, centrarnos en las actividades del grupo: manifestaciones, huelgas, encuentros o rituales, tales como los de iniciación; también podemos incluir a los símbolos, tales como los uniformes, las banderas, los botones, en general a todos los objetos simbólicos y muchos otros.

En suma, la identidad del grupo no parece estar limitada a las representaciones mentales compartidas. Para devolver la cuestión al terreno de la cognición solo tenemos que considerar que un análisis adicional sugiere que las acciones colectivas o los objetos simbólico-significativos vinculados a la identidad también requieren al menos de otro análisis cognitivo adicional en los términos de las interpretaciones socialmente compartidas sobre esas mismas acciones y estos objetos simbólicos.

A lo peor, no son solo las acciones y los objetos simbólicos los que deben ser incorporados por el análisis cognitivo de la identidad social, también están implicadas varias clases bien diferenciadas de estructura y organización social.

Sin duda que todo esto plantea un nuevo desafío. Al extender la noción de identidad a las prácticas sociales, los símbolos y la organización se corre el riesgo de ampliarla sin límite hasta algo tan vago y comprehensivo como es la noción de cultura, llegando incluso a fundirse con ella.

Para salvar este problema, Dijk (1999, 160) nos propone una definición algo más estricta y precisa, restringiendo “la identidad social como tal al núcleo compartido de la autodefinition social, es decir, a un conjunto de representaciones sociales compartidas que los miembros consideran específicas de su grupo”. Esta definición de la identidad social como constructo mental socialmente compartido admite las variaciones individuales de interpretación, los cambios históricos del significado de la identidad social, los procesos de socialización de los miembros y la formación del grupo a nivel social.

Dado que diferentes grupos pueden estar asociados con las mismas actividades, objetos y símbolos, pero adjudicándoles significados totalmente diferentes, la identidad social es tan intersubjetiva como la identidad personal lo es subjetiva. Finalmente, no se puede pasar por alto que este mismo enfoque sociocognitivo de la identidad social admite también una

interrelación entre la construcción de la identidad social y el discurso, tanto intragrupal como intergrupala.

### 10.7. Cognición social e ideología y sociedad

Dijk resume los principales argumentos de su enfoque cognitivo que transcribimos literalmente:

1. Las ideologías, además de cualquier otra cosa que pudieran ser, o cualesquiera sean sus condiciones y funciones sociales que tengan, son, en primer lugar, sistemas de creencias. La naturaleza de estos sistemas de creencias, al igual que sus relaciones con otros objetos mentales y procesos (también) necesitan ser estudiados en un marco cognitivo.
2. Ignorar tales condiciones cognitivas de las ideologías, y analizarlas solamente en términos de prácticas, formaciones o estructuras sociales, brinda una visión incompleta de las ideologías y constituye una reducción impropia de los fenómenos sociales y, por lo tanto, una teoría inadecuada.
3. Las ideologías son adquiridas, compartidas, utilizadas y modificadas socialmente por los miembros del grupo y, por lo tanto, son un tipo especial de representaciones mentales compartidas.
4. Las ideologías se reproducen a través de su uso cotidiano por los miembros sociales en el cumplimiento de prácticas sociales en general, y de discursos en particular. Esto no sólo tiene fundamentos sociales sino también cognitivos, tales como las experiencias personales, el conocimiento y las opiniones de los miembros sociales. Solamente una teoría cognitiva puede brindar la interfase necesaria para relacionar la dimensión social de las ideologías con sus usos personales.

(Dijk 1999, 162)

Así pues, las ideologías no coincidirán con la cognición en general, ni solo con el conocimiento social, ni tampoco con las actitudes o con las «visones del mundo». Las ideologías son la base «axiomática» de las representaciones sociales compartidas por un grupo y sus miembros. Lo cierto según Dijk es que ninguno de los enfoques tradicionales se ocupó de estas dimensiones mentales de las ideologías de las que él se ocupa. De ello también podemos concluir que las ideologías no son simplemente «creencias» si es que, además, consideramos los diferentes tipos de ellas que se pueden abarcar:

1. El conocimiento (creencias fácticas) de personas individuales acerca de particulares (personas, objetos, acontecimientos, etc.).
2. El conocimiento de personas particulares a cerca de categorías o clases de particulares y sus propiedades.
3. Opiniones (creencias evaluativas) de personas individuales acerca de particulares (personas, objetos, eventos, etc.).
4. Opiniones de personas individuales acerca de categorías o clases de particulares y sus propiedades.
5. El conocimiento acerca de grupos acerca de particulares (personas, objetos, acontecimientos, etc.).
6. El conocimiento de grupos sociales acerca de categorías o clases de particulares y sus propiedades.
7. Opiniones de grupos sociales acerca de particulares (personas, objetos y acontecimientos, etc.).

8. Opiniones de grupos sociales acerca de categorías o clases de particulares y sus propiedades.
9. Creencias sociales de toda una cultura (base cultural común).
10. Normas, valores y criterios de verdad como soporte de la base cultural común.

(Dijk 1999, pp. 163, 164)

Las ideologías son pues representaciones socialmente compartidas de un tipo general y abstracto. La naturaleza basada en el grupo, tanto la de las ideologías como la del conocimiento que controlan, explica cómo se pueden estructurar las actitudes en un conjunto de opiniones de grupo. De este modo, al ser las opiniones variables a través de la cultura general, a menudo el conocimiento asociado a un grupo es considerado como mera opinión partidaria y no es reconocido como tal por el resto. Es éste conocimiento específico del grupo el que está controlado por las ideologías. Así pues, al ser las ideologías los «axiomas» para las creencias sociales del grupo estas resultan ser más o menos perdurables. Aunque son menos permanentes que las actitudes y que el conocimiento del grupo, lo cierto es que tampoco cambian tan fácilmente, pero lo pueden hacer a lo largo del tiempo en función del cambio de las representaciones sociales de una mayoría de los integrantes del grupo.

También Dijk se ocupó de las estructuras de las ideologías. Como nos resume ahora (Dijk, 1997, 165), dado que él no encontró disponible ningún esquema desde otros dominios de la cognición, nos propuso entonces adoptar provisionalmente sus ya familiares categorías: Pertenencia, Actividades, Objetivos, Valores, Relaciones con otros grupos y recursos. A partir de la típica expresión de la polarización en las ideologías, «Notros y Ellos», podremos entonces encontrar reflejada la categoría de Posición (o Relaciones de grupo) de esta estructura que estamos buscando.

Efectivamente, este esquema también nos explica la naturaleza de muchas ideologías; no solo porque representa los intereses del grupo, sino también porque representa su posición social y su perspectiva respecto de cualquier asunto que les concierna. La pertinencia de los diferentes asuntos se mide por su relación con las creencias fundamentales de cada categoría (Pertenencia, Objetivos, Recursos, etc.). Cualquier acontecimiento que pueda oponerse a esos intereses esenciales del grupo será juzgado negativamente por ello.

Para concluir con este ajustado repaso a su enfoque cognitivo y social, Dijk (1999, 166) recupera el modo de relación existente entre las formas abstractas de la cognición social con las particularidades y realidades de las acciones situadas y de los discursos. Para ello, una nueva interfase se ocupará de traducir las opiniones sociales y conectarlas con las opiniones personales de los actores individuales.

Así, tuvimos ocasión de ver como los modelos representan, a un mismo tiempo, acontecimientos y acciones específicas y también versiones estándar derivadas del conocimiento social y de las actitudes. Varios tipos de modelos forman la base de la acción, del texto y de la conversación, posibilitando que las ideologías se expresen y se reproduzcan. Obtenemos entonces un marco teórico que incluye a los grupos y a las relaciones entre ellos, y que, a través de las ideologías, integra a otras representaciones sociales. Finalmente, estas representaciones enlazan con los mismos modelos que le sirven al discurso y a la acción para realizarse. Se trata de todo un proceso que también se invierte hasta arrojar sus consecuencias cognitivas.

Este marco teórico además es compatible con las visiones clásicas sobre las ideologías, particularmente con las de dominación, aunque según Dijk (1999, 167) lo principal de las ideologías no se refiere a aquello que es verdadero o falso, sino a sus consecuencias sobre las personas y el mundo social. Por eso renuncia a una semántica de la verdad en aras de una pragmática del uso de las ideologías, ya que en la práctica toda ideología de dominación por lo general crea su propia ideología de resistencia. Solo se muestra interesado por la dinámica práctica de las ideologías antes que por los macroenfoques globales sobre los sistemas de creencias, la hegemonía o las formaciones sociales.

No obstante, Dijk se previene contra la crítica procedente de otros enfoques alternativos al cognitivo. No solo están aquellos lingüistas que se han convertido en analistas críticos de la ideología, aun peores que ellos resultarán ciertas corrientes entre los filósofos y los sociólogos, algunas de las cuales ya las estudiamos con Eagleton y en el cónclave de Milán. De particular importancia es para Dijk la crítica hacia el cognitivismo que realizan el neo-marxismo y el «interaccionismo» empleado por la etnometodología o la «psicología» discursiva. Dijk (1999, 168), despliega entonces una discusión para contrastar los presupuestos metodológicos de estos enfoques con el cognitivo sin descuidar en ningún momento la incuestionable dimensión social de la ideología.

En todo caso, Dijk (1999, 169) se muestra cauto y reconoce las limitaciones prácticas que puede presentar su esquema teórico. Particularmente no cree que sirva para la representación precisa de todas las ideologías, como es el caso del ecologismo o de sistemas de creencias tan amplios como son el comunismo o los sistemas religiosos. Para estos últimos piensa que su esquema resulta excesivamente simplista.

Aparte, entiende que nuestro conocimiento sobre la organización, los contenidos y el procesamiento de las creencias sociales en general es fragmentario e insuficiente. Algunos de los problemas consecuencia de esta limitación, como él de la estabilidad y la continuidad de las ideologías frente a su variación, se han podido resolver mediante la introducción de los modelos de acontecimiento y los modelos de contexto en la memoria episódica. No obstante, en la actualidad todavía hay pocas esperanzas de que la investigación neurológica pueda ofrecernos resultados que expliquen la organización interna de las representaciones sociales. En este sentido, hay que aceptar un nivel de análisis más abstracto y elevado para la cognición.

Pero no todo va a ser inconvenientes. Efectivamente, Dijk:

[...] los modelos forman el eslabón que falta en la teoría cognitiva de la adquisición, usos, implementación, y modificación de las ideologías. Ellos explican como los miembros sociales producen y comprenden la acción y el discurso y cómo, a su vez, tales procesos están conectados con las creencias socialmente compartidas, y por lo tanto con las ideologías.

(Dijk 1999, 171)

Lo cierto es que los problemas y limitaciones que presenta el marco teórico requieren ser abordados con alguna perspectiva de éxito. Para ello Dijk nos propone centrarnos en las dimensiones sociales de las ideologías con el objeto examinar cómo el enfoque combinado entre lo cognitivo y lo social puede ser bien validado mediante un detenido análisis del discurso.

## 10.8. La dimensión social de las ideologías: los grupos y el discurso

En realidad Dijk (1999, 175) divide su texto en tres partes. Una primera, que estas alturas ya da por concluida, se la ha dedicado a la cognición. Una segunda, que comienza en lo sucesivo, estará centrada en esa parte esencial de la dimensión social, el estudio de los grupos. Y una tercera que la dedicará justamente al discurso ideológico, a su significado y a su reproducción, con la intención de completar su dimensión social.

Comienza así por organizar su tarea de indagación en la dimensión social y para eso propone la siguiente lista de objetos a analizar: Los grupos y sus tipos, las relaciones de grupo, la dimensión institucional y organizacional de las ideologías y su reproducción, tales como el papel de la política, la educación y los medios de comunicación; por último, el papel de la *cultura*. Como podemos observar, Dijk ya nos anticipa que la política y los medios tienen un importante papel que desempeñar en la reproducción de la ideología. En su momento nosotros trataremos de demostrar que el proceso es reversible. Es decir, que existe una estrecha relación entre el poder político y la ideología como medio de legitimación en la que, efectivamente, los medios serán una pieza clave en su contribución para tronar a la expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político —la opinión pública— favorable hacia él.

En todo caso, esta forma en la que aborda su estudio le permite a Dijk (1999, 176) resolver, al menos, algunos de los desafíos a los que se enfrenta la sociología moderna en la conexión micro-macro de los niveles del análisis sociológico. La conexión entre los grupos y las personas como actores sociales individuales o miembros de grupo, así como la conexión entre las cogniciones socialmente compartidas y las prácticas sociales reales de los actores, tienen una importante dimensión cognitiva en sus mentes.

No son estrictamente el grupo, la organización u otra estructura social lo que determina las prácticas ideológicas, sino más bien “las formas en que los miembros sociales subjetivamente las representan, comprenden o interpretan”. No obstante, es evidente que estos elementos institucionales en las estructuras sociales poseen su propia existencia más allá de las mentes de los actores sociales. Motivo sobrado para dejar bien sentado que no podemos reducir lo social a lo cognitivo. Así nos recalca Dijk (1999, 178) que “Las ideologías, como el conocimiento, la opinión pública, las lenguas, los valores y otros fenómenos mentales socialmente compartidos” pueden ser perfectamente objeto de un estudio sociológico. Por eso Dijk sitúa a su trabajo, desde su condición de una sociología cognitiva, dentro de una sociología del conocimiento.

Así pues, dentro de esta misma sociología de las ideologías cabe preguntarse, en primer lugar, por las funciones sociales de la ideología. La primera que Dijk reseña es la de la consabida legitimación del poder. Si bien cabe observar que se ciñe a las definiciones más clásicas y tan solo cita al poder en abstracto y a la desigualdad, pero no se acaba de referir al poder político y a su ejercicio regular. Ese paso lo daremos nosotros llegado el momento.

Lo que sí hace es atribuir otras funciones más positivas a las ideologías, como puede ser el caso de las ideologías de oposición precisamente por estar opuestas al poder y la desigualdad regularmente instituidos. Resumidamente, según Dijk las ideologías solo sirven a los grupos y a sus intereses, justo por ello los grupos merecen ser tratados con un mayor detenimiento.

Dejando para otro momento la caracterización de las relaciones entre ellos (como las ya familiares relaciones de poder, de dominación o de hegemonía), identificar a un grupo requiere situarlo fuera de la mera eventualidad; la agregación de las personas que lo integran debe prolongarse más allá de algún acontecimiento determinado. Además, otro requisito más o menos reconocible es el de la existencia de alguna acción colectiva; por ejemplo, cuando algún problema común los obliga a hacerle frente de forma coordinada y mutuamente dependiente. Por eso justamente es por lo que los conflictos sociales entre colectividades de personas suelen crear grupos.

Pero a los efectos del esquema teórico de Dijk (1999, 182), además de los problemas compartidos que les conciernen, los integrantes deben participar de criterios cognitivos y afectivos sobre sus objetivos. A ellos hay que añadir también opiniones sobre sus acciones, experiencias o acciones colectivas y sentimientos de pertenencia. Todas ellos son representaciones sociales. Tales representaciones sociales requieren de un tiempo suficiente para formarse y por eso a las agregaciones eventuales o espontáneas de individuos difícilmente se las puede considerar un grupo.

Por último, resultará necesario que las acciones individuales sean monitoreadas por estas representaciones sociales. Como vimos, los miembros del grupo solo se comportan como tales cuando sus acciones se traducen en conocimiento, actitudes, ideologías, normas o valores compartidos. En suma, podemos afirmar que solo los grupos sociales pueden tener ideología, aunque no siempre será necesaria una ideología para la existencia de un grupo. Pero lo cierto es que cualquier grupo por el hecho de serlo requiere ser tratado en el nivel sociocognitivo. De hecho, gran cantidad de los grupos son definidos y evaluados socialmente precisamente a partir de sus representaciones sociales comunes.

En este último sentido, conviene aclarar que la mera condición social o material no es relevante para un grupo si quienes potencialmente lo pueden integrar no la comparten de manera consciente. Es necesario que los miembros del grupo se sientan y representen a sí mismos como integrantes de él y que otros grupos los representen y los traten como tales. Ahora bien, esto no supone en ningún caso que las condiciones materiales o sociales sean meras figuraciones mentales. Pueden ser condiciones objetivas, pero solo un grupo las puede interpretar para que se conviertan en representaciones sociales compartidas. Más adelante veremos cuáles y como son las representaciones sociales que dan origen a las ideologías.

Por lo pronto, conviene aclarar que algunos criterios como las categorías sociales son tan amplios que en muchas ocasiones ni tan siquiera sirven para la formación de grupos completos, cuanto menos de ideologías totalmente inclusivas de sus potenciales miembros. Edad, género, raza, etnicidad, origen, clase, lenguaje, religión, orientación sexual o profesión, todos requieren una toma de conciencia o sentimiento de grupo que ya fue definido como identidad social, es decir, como una (auto)representación social compartida para poder dar origen a algún grupo y a su posible ideología. Algo que se explica muy bien por el hecho de que no todas las mujeres se definen como feministas ni todos los trabajadores son socialistas. Naturalmente existen otros muchos criterios que si nos permitirían considerar a sus integrantes como a un grupo, por ejemplo a las profesiones en general o también a los miembros de muchas organizaciones e instituciones, pero que finalmente no llegarán a desarrollar propiamente ninguna ideología.

En cambio, otros criterios pueden resultar casi decisivos para la definición de la base de grupo social de la ideología, como es el clásico caso del conflicto social. En estos casos,

cada uno de los grupos contendientes tiende a reproducir su propia ideología, de dominación o de resistencia según sea la posición de cada cual. Un criterio también eficaz para reconocer a un grupo y a su ideología es el grado de institucionalización. Si bien no todos los trabajadores se organizan en partidos (socialistas o comunistas), ni las mujeres en organizaciones feministas (pro abortistas o pro igualdad de derechos), la existencia de estas organizaciones permite identificar fácilmente a sus grupos e ideologías.

Dijk concluye atribuyendo las siguientes características a un grupo:

[...] un grupo social debe ser más o menos permanente, relativamente organizado o institucionalizado, y reproducido por el reclutamiento de miembros sobre la base de la identificación con un conjunto de propiedades específicas, más o menos permanentes (como el género o los ingresos), actividades y/u objetivos compartidos, normas, valores, recursos, y una posición específica (a menudo de competencia o conflicto) con relación a otros grupos sociales.

(Dijk 1999, 187)

Estas serán las entidades sociales potencialmente capaces de desarrollar algún tipo de ideología propia.

Un problema que se deriva directamente de la difusa frontera con la que vemos que se delimitan los grupos respecto del resto de la sociedad es el de la relación con sus propios miembros. Una pregunta clásica en la teoría sociológica es la de si los agregados sociales poseen propiedades emergentes distintas de las de cada uno de sus integrantes. En el caso de los grupos, basta con observar que el poder y la dominación se definen para el grupo como un todo y que sin embargo no se aplican a todos sus miembros para concluir que el grupo posee propiedades emergentes. También el grupo puede tener un pasado, una historia, que no todos sus miembros han experimentado personalmente. Particularmente importante es el caso de ciertas ideologías en las que las experiencias colectivas del pasado y su historia juegan un importante papel configurador.

Así, nuevamente, al igual que sucede con «tener una misma lengua», el «compartir la misma ideología» es una propiedad que debería definirse a un nivel social para todo un grupo. Dado que un grupo no es más que una abstracción más o menos ideal, también lo será la ideología. Como, además, sabemos que hay lenguas ya desaparecidas que lo siguen siendo, también existen ideologías que lo seguirán siendo cuando ya nadie «crea» en ellas.

En todo caso, la misma relación entre cada uno de sus miembros individuales y el grupo con ideología nos conduce ante un nuevo problema. Según Dijk (1999, 189), si solo es posible definir la ideología a partir de los grupos ¿cuál es la cantidad cualificada de sus miembros que la «tienen» y que nos permite reconocerla como tal? Cabe referirnos ambiguamente «a la mayor parte de», pero también podemos sustituir este ambiguo cuantificador por el conjunto de proposiciones ideológicas «esenciales» que definen al grupo.

Otra vez, al igual que ocurre con la gramática de una lengua en su comunidad de hablantes, los miembros de un grupo efectivamente deben respetar tan solo un «núcleo» ideológico básico mínimo para formar parte de él. Y, recursivamente, dentro del grupo debe existir proporcionalmente algunas pocas personas (líderes, élites, gente con responsabilidades, en general «ideólogos») que sean responsables de preservar ese núcleo mínimo de proposiciones ideológicas con el objeto de permitir al grupo reproducirse ideológicamente.

Estas personas no solamente monitorean las prácticas sociales para velar por su corrección sino que reformulan y adaptan la ideología a los nuevos desarrollos sociales. En cualquier caso, estas actividades «ideológicas» necesarias para la reproducción y mantenimiento de la posición social del grupo varían mucho entre los diferentes grupos e instituciones.

Dijk (1999, 191) nos recuerda entonces que todavía nos quedarán algunos problemas por abordar en relación a los grupos y a su naturaleza. Por ejemplo, ¿Qué significa compartir? Una y otra vez la comparación con las gramáticas es ilustrativa. Como vimos en su momento, en el uso efectivo de la lengua para sus fines comunicativos es necesario que sus usuarios adquieran más o menos las mismas reglas de la gramática, aunque sea con las consabidas variaciones. Lo mismo ocurre con las representaciones sociales básicas de un grupo, incluida su ideología. Existe una gran variación en el conocimiento relativo que tienen los miembros de los distintos grupos sobre sus respectivas ideologías. Ya sabemos que muchas veces este conocimiento no es ni tan siquiera explícito o consciente, es suficiente con que los miembros del grupo apliquen las proposiciones ideológicas básicas de un modo más o menos correcto.

También a modo de recordatorio, nuestro autor recupera la idea ampliamente desarrollada de que los actores sociales individuales por lo general pertenecen simultáneamente a varios grupos sociales. Como vimos, esta es una de las razones por las que una ideología se manifiesta en la práctica cotidiana de una manera tan variada que a veces puede parecer incoherente o inconsistente. En el caso extremo, la excesiva desviación, la transgresión o la disidencia de la regla ideológica serán sancionadas con la marginación, la exclusión o eliminación, ya sea física, económica, social o cultural.

Otra cosa es el criterio a través del cual se puede establecer la pertenencia a un grupo. Entre otros, tras una extensa y pormenorizada descripción, Dijk nos propone la siguiente síntesis de ellos:

- quiénes son, tal como están definidos por características más o menos permanentes, como «raza», etnicidad, casta, clase, edad, religión, lenguaje, u origen;
- que hacen, como el caso de los profesionales;
- qué quieren, como es específicamente el caso de los grupos de defensa;
- en qué creen, tal el caso de los grupos de defensa y los grupos religiosos e ideológicos, como los conservadores y los progresistas,
- dónde se ubican, para todos los grupos definidos en términos de posición social y sus relaciones con otros grupos;
- qué (es lo que) tienen o (lo que) no tienen, para todos los grupos cuya identidad está principalmente basada en el acceso especial o falta de acceso a recursos (materiales o simbólicos) sociales, por ejemplo para los ricos y los pobres, los empleados o los desempleados, los sin techo y los propietarios, los famosos y los no famosos, los educados y los no educados, los intelectuales y los no intelectuales, etcétera.

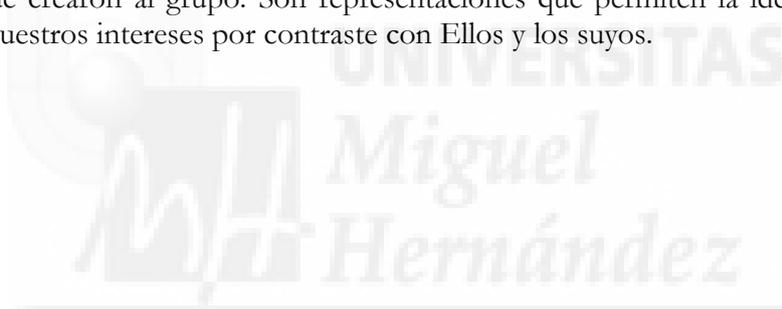
(Dijk 1999, 197)

Es fácil observar que Dijk ha definido esta tipología de causas para la integración a partir de las mismas que forman los esquemas ideológicos: pertenencia, actividades, objetivos, valores y normas, posición y relaciones de grupo, recursos. Esto es así porque la mayor parte de estos criterios sociales también son categorías que, además, organizan las cogniciones sociales compartidas.

Un último interrogante respecto de los grupos y su ideología ya ha sido citado muy de pasada ¿Puede existir alguna ideología sin grupo? Se da la circunstancia de que en aquellos movimientos sociales que tienen una orientación más individualista muchas veces los miembros sociales individuales adoptan las ideas de su ideología en muy diferente grado; en ocasiones tan solo adoptan fragmentos de ella. De este modo, el estatus de tal ideología quedaría degradado al de cualquier otro sistema de creencias.

Sin duda que un enfoque específicamente individual de algunas ideologías nos permite obtener una contribución neta a la explicación de la enorme variabilidad que presentan algunas de ellas. Pero esta atención hacia los «usos» individuales y más o menos limitados de estas ideologías en absoluto significa que se pueda prescindir de su dimensión social. Al contrario, lo que debería explicar una teoría de la ideología es la dinámica que relaciona a los miembros sociales individuales con las ideologías y con los grupos que las sustentan.

Así pues, los grupos comparten creencias y prácticas que regulan la inclusión y la exclusión. La inclusión puede ser difícil según que existan exigentes procedimientos para la admisión en el grupo, como es el caso de los profesionales. En cambio, los grupos religiosos y los de defensa apenas ponen ningún impedimento que no sea la pertenencia a una determinada categoría social y muchas veces ni eso. Lo cierto es que estos procesos de identificación, inclusión o exclusión, acceso y aceptación están todos estrechamente ligados a las ideologías que crearon al grupo. Son representaciones que permiten la identificación con Nosotros y nuestros intereses por contraste con Ellos y los suyos.





## 11. Relaciones ideológicas entre grupos e institucionales: intersección semántica de significados entre Ideología y opinión pública.

### 11.1. Poder, dominación y política

Recordemos que una de las categorías fundantes de los grupos en el esquema ideológico de Dijk es «la relación con otros grupos» y que al final esta es la misma que determina la «posición» relativa de cada uno de ellos. Frecuentemente los intereses de un grupo tienen que ser defendidos o legitimados contra otros, lo que verosímelmente indicaría que la disputa por los recursos sociales es la verdadera causa de las ideologías. Muchos de los grupos existen precisamente por su posición jerárquica o de poder respecto a otros, como es el caso de la relación institucional entre élites y «masas» o mayorías y minorías. Así, los anteriormente referidos la identificación, el acceso y la inclusión de los miembros del grupo pueden estar directamente relacionados con la exclusión de otros, algo que nos conduce irremisiblemente a los excesos de poder o la dominación.

Si bien en el curso de nuestros desarrollos ya hemos teorizado muy superficialmente sobre el poder, ajustándonos a los de Dijk (1999, 206) nos limitaremos a su concreta indagación del “poder (social) como un tipo específico de relación social entre grupos [...] un grupo *A* tiene o ejerce su poder sobre otro grupo *B* cuando los miembros de *A* son habitualmente capaces de controlar a los miembros de *B*”. Esto es, los miembros del grupo sometido pueden ser conducidos para actuar de acuerdo a los deseos e intereses del grupo empoderado. Esto significa que de alguna manera el grupo empoderado puede ejercer una mayor libertad a costa de privar de la suya al grupo sometido. Por eso los reclamos ideológicos de libertad suelen ser a la vez reclamos de poder.

Efectivamente, ya definíamos desde un comienzo al ejercicio del poder como la capacidad de obtener obediencia de los demás. Si bien también vimos que la manera más elemental y arcaica para conseguirlo consistió en el mero ejercicio de la fuerza física, la evolución institucional ha conducido a formas menos explícitas, como el control de los recursos para la satisfacción de las necesidades humanas en general, y de las primarias en particular (alimentos, techo, trabajo o «dinero»). En este último caso podemos encuadrar fácilmente, tanto a la opresión y explotación colonialista y la capitalista, como a la opresión socioeconómica más tradicional del machismo patriarcal o del racismo.

Pero un avance aun más sutil es justo el que podemos asociar con la ideología o hegemonía en su sentido gramsciano. En este caso, lo que opera es un control indirecto sobre las mentes de los dominados. Mediante el control del acceso al discurso público se eligen y constriñen las formas específicas del conocimiento y la «opinión», de tal manera que estas formas conducen de un modo persuasivo y con exclusividad a modelos metales y representaciones sociales que sirven a los intereses de los poderosos. Los grupos dominados se comportaran de acuerdo a los intereses del grupo dominante «voluntariamente». La carencia de competencia crítico-racional de los primeros les lleva a pensar que la autoridad del grupo dominante es «natural» o inevitable, y la resistencia inútil o impensable.

Precisamente es el propio Dijk el que afirma que:

[...] ese tipo de control discursivo e ideológico será tomado como el ejemplo principal del poder y la dominación que parece prevalecer en las sociedades contemporáneas de la «información y la comunicación», en las cuales el conocimiento y el acceso a los medios de comunicación y al discurso público son recursos esenciales para el control de las mentes, y, por tanto, indirectamente, de las acciones, de los otros. Aquí es donde el consentimiento y el consenso desempeñan un papel fundamental en el ejercicio del poder y la reproducción de las ideologías que sostienen dicho poder.

(Dijk 1999, 207)

Nuevamente rescatamos la noción de Opinión Pública. La definíamos como la expectativa crítico-racional sobre el ejercicio regular del poder político. Ahora tenemos la ocasión de contrastar su significado con la función específica que Dijk atribuye a la ideología de dominación como medio de control discursivo eficaz en la sociedad de la «información y la comunicación». Es decir, tal y como lo completa el propio Dijk (1999, 208) “podemos formular la hipótesis de que [...] existen relaciones de dominación entre grupos enteros, y que las ideologías controlan estas relaciones en su implementación diaria”. Así se nos plantea entonces la necesidad de examinar el papel de las ideologías en la reproducción del poder y la dominación en línea con sus concepciones más clásicas. De estas concepciones fue de las que nosotros obtuvimos la idea de las ideologías desempeñan una importante función de legitimación de las distintas las formas de poder, incluido el poder político entendido en su formulación más institucional. Tal y como concluye el propio Dijk:

Si un grupo tiene una relación dominante con respecto otros grupos, [...] las ideologías tienen la doble función de mantener o confirmar el status quo y, al mismo tiempo, brindar el marco cognitivo básico para los argumentos que se utilizan con el objeto de persuadir a los propios miembros del grupo, como a otros, de que esta situación es «justa», «natural», dada por Dios o legitimada de alguna otra manera. (ibídem)

Estas ideas, trasladadas al grupo que ejerce el poder político en cualquier sociedad y al resto de la sociedad tomada como los demás grupos en conjunto, son las mismas ideas que hacen de la ideología un medio, en estrecha dependencia con la información y el discurso público, para la conformación final de la Opinión Pública. Dado el carácter social y más o menos perdurable de las ideologías en general, es fácil entender el papel que juegan en el proceso de formación de la Opinión Pública una vez haya mediado la actualidad.

Dicho de otro modo, nuestra propia hipótesis es la de que la Opinión Pública en su conjunto puede ser tomada como otro grupo más en relación con el que ejerce el poder político, cuya característica común es precisamente la de quedar formalmente excluida de ese poder si no es para legitimarlo con sus votos cuando eso es posible. La Opinión Pública no tiene porque presentar una ideología determinada u homogénea; puede ser una mezcla, tanto de ellas, como de partes de ellas, como de grupos que carezcan de ellas.

El grupo de la Opinión Pública, que en la formulación clásica habermasiana queda restringido al público racionante, tan solo se limita a sostener la expectativa crítico-racional hacia el grupo en el ejercicio regular del poder político. Cabe reseñar aquí aquella idea de que la ampliación del ámbito de la competencia crítico-racional, o la transformación de la masa en público, es un proceso en constante progresión desde la modernidad hasta la actualidad.

Particularmente importante resultará el papel que juegan las ideologías en el logro del consenso y en la obtención del consentimiento como medios para neutralizar el efecto de la acción crítico-racional de la opinión pública proveniente de las ideologías de resistencia y de la disidencia, que en los sistemas liberales constituyen a los grupos opositores, incluidos los partidos y movimientos sociales con sus respectivas ideologías.

Por descontado que, en estos últimos sistemas, la única circunstancia en la que el resto de los grupos que habitualmente conforman la Opinión Pública puede ejercer directamente el poder político es en el momento de la constitución formal de dicho poder político a través de sus instituciones de gobierno, cuando emite su voto para otorgarle la representación. Excepcionalmente, de forma alternativa también lo hace en los refrendos, consultas y plebiscitos, o durante procesos revolucionarios y movilizaciones sociales masivas capaces de cambiar las políticas de gobierno por efecto de la presión popular.

En su caso, este enfoque sitúa definitivamente a la ideología como un asunto político de primer orden cuyo sentido y significado se tornan trascendentales para el ejercicio regular del poder político, afianzando aun más la idea de que las ideologías son poderosos mecanismos de legitimación política. Es decir, las ideologías no solo tienen una dimensión social; al igual que la Opinión Pública también tienen una neta dimensión política aun cuando ellas mismas quieran negar su carácter. De ahí la importancia clave que adquiere la introducción del componente ideológico en el análisis y en la elaboración de las estrategias comunicativas para afectar al proceso de formación de la opinión pública, para la eficaz modulación de la expectativa crítico-racional ejercida por el público en general.

Llegado el momento veremos que Dijk desarrollará un esquema paralelo y equivalente a este a partir de su definición de grupos dominantes o élites y grupos dominados. Pero dejará en un limbo algo más difuso al grupo de poder al que muy verosímelmente no limita exclusivamente al grupo que ejerce poder político desde el gobierno, sino que incluye a otras élites con las que este último comparte la ideología dominante y sus intereses.

En todo caso, retomando en este punto a Dijk, para una mejor comprensión de las dinámicas ideológicas se nos plantea el dilema de resolver si son las prácticas sociales las que crean a la ideología o es la ideología la que controla a las prácticas sociales. Una teoría socio-cognitiva tiene que optar por la idea de que el conocimiento y las opiniones (la ideología) es anterior a las prácticas que se derivan de ellos. Lo relevante en este caso es el poder distinguir con claridad entre las prácticas individuales y más o menos casuales de las prácticas sociales de los grupos. Una vez que estas últimas se orientan hacia los intereses

del grupo en su conjunto, lo lógico es pensar que para alcanzar la coordinación hacen falta conocimiento, actitudes, normas y valores ideológicos específicos. Estos pueden empezar siendo elementales y muy básicos, y solo con el correr del tiempo alcanzar el status de una sólida ideología. Muchas veces las ideologías de dominación no se hacen explícitas, simplemente se dan por sentadas, pero siempre hace falta una comunidad de creencias para coordinar las prácticas sociales que sostienen el sistema de dominación.

Así pues, las circunstancias socioeconómicas «objetivas» por sí solas no afectan directamente a las acciones sociales, lo hacen a través de su interpretación y representación mental. Las relaciones entre poder, dominación e ideología son de naturaleza evidentemente compleja y la legitimación en realidad corresponde específicamente al orden del discurso, pero no siempre es necesaria en contextos de dominación y desigualdad. Sí que lo es en contextos de oposición y contienda.

No obstante, la mera existencia de dominación en buena lógica tiene que producir resistencia y oposición al tiempo que requiere la coordinación y la ideología del grupo dominante. Las ideologías pueden cambiar como consecuencia de estas correlaciones; de este modo resultan suficientemente autónomas como para adaptarse a las condiciones cambiantes. Cambiarán por la oposición de otras ideologías y por el discurso público, pero no siempre lo harán como consecuencia de las prácticas sociales.

## **11.2. Persuasión, conflicto, competencia y cooperación**

Según Dijk (1999, 211), el poder «moderno» es mayoritariamente persuasivo, discursivo e ideológico y por eso los grupos dominantes mantienen su posición por complejos sistemas discursivos e ideológicos que llevan a pensar a los dominados que la dominación está justificada, particularmente en los sistemas democráticos. Esto último es justamente lo que reiteradamente hemos venido sosteniendo siempre que nos referíamos a la forma en la que la reconducción del debate público a través de los medios, desde una insondable pluralidad de puntos de vista, contribuye a facilitar la perpetuación del status quo. Dijk sostiene que no obstante todo ello, los miembros de los grupos dominados no pierden sus opciones de rechazar esos fundamentos ideológicos, y si logran los medios simbólicos para propagar contra-ideologías y las condiciones materiales para actuar según ellas, se producirá el cambio ideológico seguido por el cambio en las prácticas sociales.

En conclusión, las ideas preceden a las acciones y las ideologías a las prácticas sociales. Aunque las ideologías puedan terminar de formarse una vez establecidas las prácticas sociales, la ideología de dominación puede continuar desarrollándose para legitimar el sistema de dominación, sobre todo cuando este es cuestionado. Pero no es esa su única función; una vez más, las ideologías monitorean y organizan el conocimiento y las actitudes del grupo, las creencias que los miembros necesitan para construir modelos que controlan las acciones para implementar la dominación.

En todo caso, no debemos olvidar que toda ideología de dominación es lógicamente susceptible de producir una reacción de resistencia. Por eso Dijk (1999, 213) propone que la resistencia también precisa de una base sociocognitiva en términos de valores, principios e ideologías relevantes para el grupo; también necesita de una ideología. Lo normal es que el grupo dominante intente disimular su abuso de poder mientras que el opositor quiere ponerlo en evidencia. A su vez, esto nos pone directamente ante el dilema de resolver que grupo está en lo cierto.

A estas alturas de la reflexión y después de repasar la historia de la institución ideológica o la de la información no tendríamos mucho más que añadir sobre las ambiguas categorías de verdad y engaño, o manipulación de la verdad, que lo ya dicho hasta ahora. Efectivamente, Dijk (1999, 214) prefiere pasar de puntillas sobre este espinoso asunto y poner a un lado a las pretensiones de «objetividad» o «cientificidad» de determinadas ideologías en su intento por describir la realidad social y de conformarla a ideales más justos o adecuados para la condición humana.

Esto último lo hace él para preservar su desarrollo teórico al amparo de la «sociología», sin enredarse en lo específicamente político hasta el punto en que pueda comprometer la neutralidad científica de su labor alineándola con la crítica marxista. Por eso afirma que, lógicamente, si bien las ideologías representan intereses de grupo y, a su vez, estos constantemente entran en conflicto entre sí, entonces las ideologías implican conflicto. Pero soslaya esta evidencia limitándose a recordarnos que el conflicto declarado es un asunto cotidiano y que muchos de los conflictos no nacen únicamente de intereses meramente socioeconómicos, sino de intereses simbólicos e ideológicos. Para él cabe preguntarse si todos los conflictos sociales entre grupos son ideológicos y si todas las diferencias ideológicas conducen irremisiblemente a conflictos sociales.

La práctica cotidiana parece indicar que los grupos con diferente ideología, a veces en conflicto, han aprendido a convivir en relativa «paz» social. Si, como hemos comprobado, el conflicto incluye las simples diferencias de opinión y debate, entonces a la vista está que todas las diferencias ideológicas serán conflictivas. Si limitamos el conflicto a cualquier forma de dominación lo restringiremos reservándolo para un uso más selectivo de la combinación ideología y conflicto.

De este modo, para Dijk (1999, 215), si bien la mayor parte de los conflictos y las luchas sociales presuponen conflictos ideológicos, lo opuesto no siempre es cierto. En ocasiones, las leyes, las normas, los acuerdos u otro interés propio no ideológico pueden prohibir el conflicto declarado. Prevalen entonces la paz social y la cooperación, y la lucha ideológica se limita a la mutua persuasión discursiva, la negociación y el consenso.

En ocasiones este estado de cosas se alcanza porque en lugar del conflicto lo que se produce es la competencia entre grupos. Muchas veces, diferentes grupos y movimientos en general, con sus diferentes ideologías, se proponen lograr los mismos objetivos. No obstante, aunque para alcanzarlos también se disputan los mismos recursos sociales, no se encuentran en conflicto entre ellos, sino que compiten entre sí.

En este último caso nos volvemos a situar ante las mismas o similares preguntas a las anteriores: una vez dados los distintos objetivos e intereses ¿La competencia social precisa de fundamentos ideológicos? Y al revés ¿Acaso las diferencias ideológicas conllevan de algún modo la competencia? Dijk (1999, 216) cree que la respuesta a la primera pregunta es negativa porque la competencia no está basada únicamente en lo social y en el grupo, y también porque la competencia puede existir entre grupos con la misma ideología. En cambio, según él, la segunda pregunta debe ser contestada afirmativamente aunque solo sea porque los grupos se disputan entre sí la pertenencia y el reclutamiento de nuevos miembros. Pero lo más común es que se disputen los recursos sociales escasos. Así pues, la lucha y los conflictos declarados implican competencia, pero no ocurre lo mismo a la inversa.

Finalmente, nos quedan por revisar las relaciones de cooperación entre grupos en función de su ideología ¿Pueden dos grupos con diferente ideología cooperar entre sí? No cabe la

menor duda de que los oponentes ideológicos pueden llegar a cooperar en pos de objetivos comunes frente a otros grupos. Pero mientras que el conflicto declarado necesita fundamentación ideológica, la cooperación en sí misma no la necesita.

Dijk (1999, 217) concluye de todo lo anterior que las relaciones entre grupos son fundamentales para el desarrollo y continuidad de las ideologías y, a la inversa, que las ideologías son la base de las prácticas sociales que promueven los tipos de relaciones entre grupos. En todo caso, los conflictos entre los grupos tienen que ver con el acceso y el control de los recursos materiales y simbólicos, algo que nos recuerda poderosamente a la teoría de la competencia entre clases sociales por el status y el poder social en la teoría del capitalismo postindustrial de Daniel Bell.

No obstante, existen otros conflictos entre grupos, como también existe competencia y cooperación, pero no son de naturaleza ideológica, sino más bien práctica. Lo cierto es que la clave del entramado de relaciones entre grupos se encuentra en el hecho de que, si bien las ideologías frecuentemente implican lucha y conflicto, esta implicación no siempre se mantiene. El potencial de conflicto entre las ideologías se convierte en un medio para manejar la diversidad. Desde nuestro punto de vista, entendemos que la violencia institucional se puede mantener en un bajo nivel de su expresión para y por su gestión política, sin que se llague a alcanzar la resolución del conflicto al menos en el corto plazo.

### **11.3. Creación de las ideologías e ideología dominante**

Llegados aquí, lo siguiente será seguir indagando en el origen de las ideologías, pero no en su relación dialéctica con las prácticas sociales que implementan, como veníamos haciendo. Ahora lo que se plantea es el dilema de resolver si son creadas por el grupo como sugiere su naturaleza netamente social, o si bien tienen autores, individuos específicos que las formulan. Según Dijk (1999, 218), la psicología política no ha resuelto si es cierto que grandes grupos de personas puedan poseer una ideología más o menos explícita o articulada. Por lo general, los grandes grupos pueden compartir unos pocos principios y objetivos, pero no una ideología «completa». Las ideologías más detalladas y explícitas corresponden a los líderes, los intelectuales, las élites o los ideólogos de estos grupos. Al igual que ocurre de ordinario con las diferencias sociales y personales de conocimientos, una situación análoga se reproduce en el seno de los grupos y no todo el mundo es igual de competente en el manejo de su ideología.

Los líderes, los intelectuales, las élites o los ideólogos desempeñan el papel de reproducir la ideología dentro del propio grupo a partir de su dominio particular y específico su sentido y su significado. Esto no es un impedimento para que cualquier miembro del grupo eventualmente también llegue a desarrollar una comprensión tan correcta como detallada de su ideología. Al final la conciencia ideológica varía de intensidad dentro del grupo y de un grupo de otro. Pero lo cierto es que tampoco se puede negar la existencia de una ideología solo porque sea poco detallada. A veces unos pocos principios que organicen las actitudes de un grupo bastan para definir una ideología.

Lo que para Dijk (1999, 220) sí resulta decisivo es el acceso al discurso público. Las bases históricas de muchos movimientos y grupos han sido los escritos de pequeños grupos de autores (filósofos, escritores, académicos, políticos, líderes sindicales y otras élites) que han tenido acceso a la publicación de su obra o los medios de comunicación de masas. Aunque sus contenidos y objetos de conocimiento son de índole variada, lo relevante es que estos

autores supieron expresar y articular los objetivos e intereses de algunos grupos a las que en ocasiones ni tan siquiera pertenecían.

Visto el modo en el que se originan las ideologías, otra cuestión es la manera en la que se comparten y comunican para difundirse. Acabamos de ver como algunas de ellas son inventadas y propagadas de arriba, un grupo de autores ideólogos, hacia abajo, el resto del grupo ya constituido o por constituir. Las ideologías se propagan lentamente a través de diversas formas de discurso intragrupal (debate, mítines, propaganda, publicaciones) y otras prácticas institucionales. Pero solo los líderes tienen acceso a los medios de comunicación y al discurso público.

Aparentemente se plantea una contradicción entre el carácter social de las ideologías y su posible origen a partir de su invención por algún autor. Dijk (1999, 221) la resuelve al remitirnos a su propia definición. Solo podemos hablar de ideología cuando ésta es socialmente compartida; los miembros del grupo deben identificarse con él y con su ideología con total independencia de que los presupuestos ideológicos sean inventados. En todo caso, este estado de identificación normalmente se ve muy favorecido por experiencias previas de los miembros del grupo. Es decir, el desarrollo de las ideologías es en realidad un proceso social bidireccional en el que el liderazgo y la influencia de arriba hacia abajo están en estrecha relación de dependencia con la influencia, la experiencia y la acción de abajo hacia arriba.

Tal y como lo manifiesta literalmente Dijk (1999, 222) “El discurso ideológico que no expresa opiniones populares probablemente no produzca un movimiento popular”. Esta cita textual representa una referencia que no podemos descontextualizar. Estas «opiniones populares» a las que se refiere Dijk son también una parte importante del vínculo que une a las ideologías con la Opinión Pública. La capacidad de influencia que pueda tener el grupo que se encuentra en el ejercicio regular del poder político sobre el resto de los grupos sociales dependerá en gran parte de su competencia para articular un discurso que se haga eco de estas opiniones ampliamente compartidas entre el resto.

El desafío consistirá entonces en ver a la sociedad como a un todo y en ser capaces de expresar de la manera más aproximada posible las preocupaciones y experiencias de la mayoría social. Idealmente no existe mejor manera de obtener legitimidad para el poder político que conjurar el efecto de la crítica racional neutralizándola con las decisiones y las acciones políticas más racionales, o más ajustadas a la racionalidad práctica en la que se mueva la sociedad en ese momento.

Por resumirlo, si la élite del grupo en el poder, o más bien la élite como grupo en el poder político (Mills, 2013, pássim), desea tener una mayor influencia sobre la sociedad en su precaución frente a la expectativa crítico-racional de un público cada vez más extenso, debe procurar formular opiniones y propuestas ideológicas que puedan coincidir con las de las mayorías sociales. Las ideologías vienen dadas de antemano y todo lo que debería hacer el gobierno político para legitimarse es adecuarse a ellas porque es la sociedad la que desafía críticamente al poder y no al revés. Pero Dijk afirma que lo que realmente ocurre es lo contrario, que la élite del poder proyecta su propia ideología en lugar de hacerse eco de las de la mayoría social.

Precisamente Dijk (1999, 227) ahora dirige su atención hacia un aspecto de las ideologías estrechamente relacionado con el éxito que pueda llegar a tener el grupo que ejerce el poder político en su necesidad de legitimación ¿Existe la ideología dominante?

Recordemos que fueron Marx y Engels los que postularon que la ideología dominante es la de la clase dominante o, como lo expresa Dijk, la clase gobernante. En su afán por romper ese estrecho corsé que Marx y Engels le imponen a la ideología, Dijk se pregunta si es que existe semejante ideología, o si la clase dominante tiene una ideología unificada, o si tal ideología puede controlar a la clase dominada. En un aparente desconocimiento de lo que significa para Marx y Engels la noción de clase social, Dijk presupone que estas preguntas podrían hacerse extensivas, no solo a la desigualdad debida a la condición socioeconómica en el sistema de producción capitalista, también a la desigualdad de género y a la de origen étnico.

Con el objetivo de llevar a cabo esta última extensión ideológica de la dominación, Dijk se responde poniendo en entredicho la existencia de una hipotética clase dominante entendida como los «ricos», y se limita a suponer que estos como mucho desarrollarían una ideología orientada hacia el acceso y conservación de los recursos sociales; tales como el capital, los ingresos, la desgravación impositiva, el status, etc.

Es decir, Dijk presupone que las funciones del trabajo y el capital en el sistema de producción capitalista son equiparables, y que no hay motivos para pensar que los capitalistas dominen y exploten a los trabajadores en el orden social capitalista. Según él, además se debe sobreentender que para reproducir un orden social injusto y desigual como este no hace falta una ideología dominante específica, y también que el grupo que ejerce su gobierno político no precisa de ella para no poner en cuestión dicho orden, legitimando así la práctica social de la explotación humana como algo normal.

Pero la realidad es que gracias a la existencia de una ideología burguesa o liberal, la que defiende los valores del mercado, se puede mantener el conflicto trabajo-capital en un estado latente. De hecho, el propio Dijk reconoce que una ideología semejante es compartida por muchos trabajadores explotados. Es evidente que una gran parte de los trabajadores votan a opciones políticas conservadoras o liberales, ni tan siquiera socialdemócratas, con programas políticos de gobierno antisociales. Lo contrario, capitalistas que voten a opciones socialistas, es mucho más infrecuente. En cualquier caso, para Dijk esta no es más que otra de las tantas ideologías que parcialmente configuran a una posible ideología dominante.

Para averiguar el origen de estas confusiones solo tenemos que proseguir con su lectura y comprobar cómo su noción de clase social se asimila a la que Daniel Bell propone en su obra *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. De ahí que para él, el statu quo real en las sociedades contemporáneas se reduce a la declarada competencia por el poder y el status que desarrollan todos los grupos desde sus respectivas ideologías.

Así, para Dijk, los políticos, los académicos, los periodistas, los profesionales y otras élites son susceptibles de formar parte de «la» clase dominante, o en su caso también pueden desarrollar sus propias ideologías adaptadas a sus propios intereses, posición, objetivos y poder. Según él, lo que ocurre es ambas cosas a la vez. Los intereses en común les llevan a compartir fragmentos de ideología que corresponden a sus accesos a recursos sociales y materiales escasos, a su identidad y pertenencia como élites y líderes, y especialmente a su posición relativa respecto de grupos no dominantes, definidos por cada una de sus categorías de un modo específico: las «masas», el «pueblo», los «votantes», la «gente común» etc.

De este modo es como Dijk finalmente propone la existencia de alguna ideología dominante no basada exclusivamente la noción de clase. En todo caso, esta ideología dominante será la suma de fragmentos ideológicos compartidos por el mero hecho de la dominación común. Ya que las élites de distintos grupos sociales comparten formas de educación, medios de comunicación, clubes, amigos, empleo, etc., una ideología dominante o de élite puede ser compartida a través de la comunicación y el discurso. Nos ofrece así un esquema institucional muy adecuado al pluralismo político e ideológico promovido por el liberalismo doctrinal como pretexto para la gestión política del sistema capitalista.

Pero el problema consiste en averiguar si esta ideología compartida por las élites puede imponerse de algún modo a los grupos dominados. A falta de la necesaria acotación de las élites del poder al grupo que promueve y sustenta el gobierno político de la sociedad, al abordar dicho problema Dijk (1999, 229) nos sitúa de plano ante el supuesto de la ideología como sustrato social de la Opinión pública. A partir de su propia definición social del poder, la dominación y el control, las élites pueden llegar a controlar las mentes del grupo dominado haciendo que acepten su ideología aunque sea contraria a sus propios intereses.

#### **11.4. Ideología, medios de comunicación y Opinión Pública**

Puesto que gran parte de las ideologías se adquieren a través del discurso, ya que las élites contemporáneas controlan los medios de reproducción ideológica, en especial los medios de comunicación de masas, la cuestión empírica se reduce a saber “si los medios de comunicación de masas representan principalmente ideologías de las élites y si estas ideologías tienen la influencia esperada sobre las ideologías del público en general («dominado»)”.

La literalidad de las cuestiones ofrece muy pocas dudas sobre el mismo objetivo que nos hemos fijado en llegar a conocer, cómo puede afectar la ideología a la opinión «del público en general». Una determinante aportación a la comprensión de la relación entre las ideologías y la Opinión Pública lo encontramos en las respuestas empíricas a estas dos preguntas que se formula Dijk. La respuesta a la primera es: las ideologías más destacadas en los medios de comunicación son principalmente las de las élites y no las de algún grupo dominado u opositor. Según Dijk, incluso solo las ideologías moderadas, como las feministas o las ecologistas, tienen algún acceso. Ninguno de los medios occidentales más importantes, ni otras élites de poder, son (hoy) anticapitalistas, socialistas, feministas, pacifistas o antirracistas. Las élites o grupos dominantes tienen una voz pública efectiva y excluyente.

En cambio, la respuesta a la segunda pregunta es más compleja y empíricamente variable. Muchas de las investigaciones sugieren que la influencia de los medios de comunicación es directa y efectiva, particularmente cuando sus usuarios carecen de fuentes ideológicas alternativas o cuando sus experiencias no son abiertamente inconsistentes con las ideologías dominantes representadas en los medios de comunicación de masas.

Definitivamente, si acotamos la élite del poder a su manifestación institucional más significada, el gobierno político, podemos comprobar cómo la exposición del público a los medios y la relación entre el poder político de las élites y los públicos son tratados por Dijk en una clave netamente ideológica. A primera vista parece como si la formación de la Opinión Pública dependiera preferentemente de esta causa ideológica. Pero es necesario introducir una lógica cautela, el análisis de la Opinión Pública requiere incluir otro factor, el

de la información de actualidad, para poder explicarla con el dinamismo que la caracteriza frente a la perdurabilidad y la relativa estabilidad de las ideologías.

Contradictoriamente a la idea de que los medios son eficaces para la élite del poder, Dijk también sostiene que una gran parte de las investigaciones contemporáneas indican que los usuarios de los medios son reactivos. Muchas veces rechazan las afirmaciones ideológicas o las adaptan a sus intereses y circunstancias. Como prueba nos remite a una nota que enumera bastantes casos en los que la influencia ideológica de las élites a través de los medios fue prácticamente nula.

Para nuestro propio punto de vista, como ya demostramos en su momento, la historia de los medios desde sus orígenes hasta la actualidad es el relato de la desafección de sus públicos y la adaptación progresiva de los mensajes informativos a sus demandas. Esta es la tesis de la autonomización de la Opinión Pública, a la que vimos que conduce la extensión social de la racionalidad como consecuencia del progreso tecnológico y los avances sociales. El aumento de la capacidad crítico-racional de las masas las transforma en público racionante y dejan de estar inermes frente a la información. Por eso, otros factores han venido a relativizar el efecto directo de la información de actualidad en el proceso de formación de la opinión pública, en particular la ideología, provocando en ella muchas veces resultados contradictorios con los contenidos específicos de la información de actualidad. Aparte de los ejemplos que aporta el propio Dijk, de un tiempo a esta parte, durante importantes procesos políticos en los que el público fue consultado sobre relevantes cuestiones, en una mayoría de los casos el resultado ha venido siendo el contrario al que se promovió desde los medios de comunicación de masas antes de la consulta. Los ejemplos son tan palmarios que no es necesario referirlos.

Ahora bien, aunque Dijk ha caracterizado con relativo acierto a las elites o grupos dominantes, todavía no ha hecho lo mismo con los grupos dominados. Él acepta que cuando nos referimos a los grupos como «clases» definidas socioeconómicamente esta caracterización se simplifica. Pero insiste en que, evidentemente, las ideologías en las sociedades contemporáneas no están limitadas a las clases sociales.

En cuanto que grupos dominados, cabe suponer que también comparten fragmentos de ideología, y que existe algún interés en compartirlos, particularmente el de la falta de poder. A pesar de sus potenciales conflictos de intereses, no es la primera vez que se producen coaliciones políticas capaces de agregar a múltiples movimientos sociales bajo una misma bandera. El hecho de que exista rivalidad y competencia por el poder entre ellos lleva a Dijk a relajar su grado desde el de grupos netamente dominados a grupos «no dominantes».

Teóricamente, estos grupos no dominantes serán reacios a la adopción de las ideologías dominantes si estas chocan con sus experiencias diarias. Si las adoptaran, el conflicto con su grupo les persuadiría para volver a rechazarlas. Así, en el contraste de las propias ideologías con las de las élites presentadas por los medios de comunicación, el público en general adoptará solo los fragmentos de ideología que implican algún beneficio propio y rechazará los demás.

Este último efecto de control ideológico modulado, de intensidad variable, puede tomar formas y ocurrir en situaciones muy diferentes. A veces la elite lo logra evitando la solidaridad entre los grupos no dominantes. Otra estrategia es evitar o atenuar la identificación de grupo. Mediante ardidés específicamente ideológicos es posible evitar y obstruir las formas de solidaridad intragrupal de los grupos dominados. Pero, según Dijk,

tales estrategias no son siempre exitosas y la resistencia y la oposición pueden desafiarlas conduciendo a cambios sociales específicos que incluyen a las ideologías dominantes.

Es más, el éxito del control ideológico se ve entorpecido por otras circunstancias. Dentro de los grupos dominantes hay disidentes que rechazan la ideología de los grupos dominantes y se alinean con los dominados, como pasó en las revoluciones ideológicas. También ocurre al revés, en los grupos dominados algunos de sus miembros adoptan la ideología dominante para lograr el acceso a recursos sociales que no obtendrían de otra manera.

Por otro lado, es evidente que en ocasiones las ideologías de los grupos dominantes tienen tanto éxito que prenden en las mentes de los dominados aun cuando son contradictorias con sus propios intereses. Es el propio Dijk (1999, 232) el que atribuye tal éxito a las “ideologías neoliberales de mercado” entre los trabajadores. Pero él basa este éxito en su difusión por los medios de comunicación de masas y en el discurso público, en los procesos sociales de individualización y competencia y, finalmente, en los mecanismos de manipulación. Dijk no considera entre estos factores a la limitada capacidad crítico-racional fruto de los menores niveles educativos de la condición socioeconómica de los trabajadores, el verdadero fundamento de su imposibilidad para resolver las contradicciones de intereses sociales en su calidad de sujeto alienado.

Dadas las limitaciones que presenta el control ideológico, Dijk enumera las condiciones bajo las que las ideologías de elite pueden ser adoptadas entre el público en general:

- 1) Las ideologías dividen a los grupos no dominantes por ser parcialmente atractivas para algunos de estos grupos, evitando la solidaridad intragrupal y facilitando la organización del contrapoder.
- 2) Se evita la solidaridad intragrupal creando divisiones dentro del grupo y dirigiéndose a los miembros como individuos.
- 3) Inexistencia de alternativas populares fuertes a las ideologías de élite, o bien estas alternativas son desconocidas o marginales.
- 4) Las élites evitan o limitan el acceso del discurso público de los líderes de grupos no dominantes, o los marginan o desacreditan.
- 5) Las élites adoptan aparentemente las ideologías populares, pero de un modo muy moderado.
- 6) Si las ideologías de élite son muy inconsistentes con las ideologías de unos grupos dominados con ideologías particularmente fuertes, las élites disponen del acceso privilegiado a los medios de comunicación de masas y a las estrategias discursivas de manipulación del conocimiento y las opiniones.

(Dijk 1999, 233)

Para cerrar sus ideas sobre la relación entre grupos dominantes y dominados, Dijk (1999, 234) resume y concluye afirmando que los argumentos de las hipótesis de las ideologías dominantes no son persuasivos, pero que parecen ser verdaderos bajo determinadas condiciones. En realidad se trata de una tesis muy general y abstracta que precisa “que se traduzca en estructuras detalladas de cognición social, discurso, comunicación y estructuras sociales”.

En este punto Dijk emite un juicio que aparentemente carece de mayor relevancia, “A pesar de la gran variedad y confusión ideológica de la sociedad contemporánea [...]”. En su

momento nosotros desarrollamos el argumento, ya reiterado, de que el procedimiento para lograr la pluralidad consiste en el estímulo artificial y permanente de una disensión, algunas veces irracional. Se pretende crear así una falsa apariencia de libertad, favorecida por el mantenimiento artificial de una gran controversia política, para que pueda ser reconducida por el poder político a través de los medios dentro de unos cauces ‘razonables’ y adecuados al mantenimiento del *statu quo* formalmente democrático.

A una idea similar vimos que también se sumó Eagleton (1997, 212) cuando describía a la posmodernidad como “Una visión «escandalosa» del conjunto de la sociedad como implacable voluntad de poder, una irresoluble querrela de perspectivas enfrentadas, [que] sirve, así para consagrar el *statu quo* político”. Y, finalmente, comprobamos que también Dijk parece hacer un diagnóstico parecido; lo que ocurre es que él considera que el origen de la gran confusión ideológica es espontáneo; no presupone alguna intención en el estado de cosas precisamente porque atribuye a los medios la eficacia necesaria para validar como tolerada y excluyente a la ideología dominante de la élite del poder proyectada a través de los medios. No le parece que, además de hacer hegemónica la ideología dominante, los medios son un instrumento desde el que encauzar al resto de las ideologías en pos de esa hegemonía.

De hecho, su esquema eminentemente social para una institución ideológica tan amplia como la que nos propone supone una contribución teórica y metodológica en una explicación y una práctica que sirven para sancionar el *statu quo* político de las democracias liberales. Gracias ella, y a los medios, es precisamente cómo resulta posible desviar el foco de atención político hacia otros conflictos sociales reales y alternativos, como pueden ser la desigualdad de género, la discriminación racial, la ecología, además de otros muchos tan legítimos y tan necesitados de resolución como la contradicción trabajo-capital, aunque al final este sea la verdadera amenaza para la continuidad del orden socioeconómico capitalista.

Lo cierto es que el conflicto social, caso de hacerse explícito como sucede frecuentemente en los procesos políticos, o también por acontecimientos eventuales que lo pone sistemáticamente en un primer plano, no es para Dijk una circunstancia permanente y soterrada más allá de esa gran confusión ideológica en la que los variados intereses se confrontan sin que exista alguna causa institucional para ello, alguna causa que haga prevalecer por momentos los que más le convengan para la perpetuación del *statu quo*. Esto le resulta así muy a pesar de los sofisticados mecanismos de manipulación que él adivina en las condiciones para lograr que la ideología de la élite cale entre el público en general.

Para él, como para nosotros, el mayor instrumento de control ideológico, los medios de comunicación, se encuentran cada vez más controlado por las élites. Pero Dijk, al contrario que nosotros, cree en la eficacia de los medios de masas hasta el extremo de exigir unas condiciones muy improbables para el triunfo de las ideologías populares, incluida su participación en los medios.

Es muy posible que en el momento en el que Dijk consulta sus fuentes para verificar el extremo de la influencia real de los medios todavía, ni se había producido la última de las grandes crisis sistémicas en Occidente, ni el fenómeno de la comunicación en red y el de las redes sociales tenían el desarrollo y los efectos que sí tienen en la actualidad. Por eso, en aquel momento cabía pensar en esa infalible eficacia para el adoctrinamiento ideológico a través de los medios de masas tradicionales.

Sin descuidar que las ideologías en general tienen mucho mayor arraigo y persistencia, que no son lo mismo que la propia Opinión Pública, hoy el efecto de los medios parece haberse atenuado mucho si nos atenemos a las evidencias que presentan determinados acontecimientos políticos e ideológicos de mucho calado.

A partir del análisis en progresión que va desde la microsociología de la interacción cotidiana hasta la macrosociología de las relaciones de grupos entre sí, sus relaciones con el poder y de los sistemas de creencias compartidas, según Dijk (1999, 235), ha llegado el momento de abordar la relación entre otras instituciones y la ideología. Las instituciones u organizaciones sociales en general son para Dijk la contrapartida «práctica» o social de las ideologías. La ideología organiza la cognición del grupo, mientras que las instituciones organizan las prácticas y a los actores sociales.

No obstante, con el objeto organizar las prácticas ideológicas es lógico pensar que se precisan «instituciones ideológicas». Entre los medios de socialización que Tezanos (1999, 58) apuntaba, las familias y el sistema educativo son las mayores instituciones tradicionales capaces de proveer ideología. En el pasado la iglesia desempeñó un importante papel que nos permite presentarla como la institución ideológica por antonomasia. Sin embargo, entonces como ahora, aparte de sus objetivos ideológicos tenía otros como la asistencia y los servicios a la comunidad.

El sistema educativo, al ser la institución orientada hacia la asimilación del conocimiento y la adquisición de toda clase de habilidades se convierte uno de los medios más importantes para la reproducción de la ideología dominante, aunque también sirve para generar y propalar contraideologías porque se encuentra entre las instituciones más libres de condicionamientos (del Estado, del mercado, etc.). La familia, por su parte, facilita y refuerza los mecanismos ideológicos del sistema educativo. Evidentemente, ambos, como en su día también la iglesia, a partir de la permanencia y la persistencia de sus contenidos tienden a fijar a las ideologías en la mente de los individuos con la perdurabilidad que las caracteriza.

Pero la verdad es que estas instituciones han cedido una gran parte de su tradicional papel como medios para la cognición a los modernos medios de comunicación de masas que, como ya vimos, han llegado a adquirir una enorme relevancia como instituciones ideológicas. De ahí la crítica a la oportuna y procedente crítica a la industria cultural de masas que hacen Horkheimer y Adorno en su preocupación por el efecto alienante de las ideologías. En teoría estos medios están destinados a la producción de información y entretenimiento, en la práctica son las instituciones más complejas para la expresión y el cuestionamiento público de las ideologías. Tanto el debate público sobre temas de interés y actualidad como el conocimiento compartido de todo lo que ocurre hoy serían impensables sin la existencia de los medios de comunicación de masas.

Los procedimientos para la elaboración de la información establecen los límites y la discrecionalidad del informador para seleccionar sus noticias. Recordemos que ya hicimos una breve descripción de estos procedimientos cuando vimos el apartado *Nuevas tendencias de la investigación: Medios de comunicación y construcción de la realidad*, más concretamente al estudiar el enfoque del newsmaking.

En general, los responsables de los contenidos de los medios de comunicación de masas terminan por seleccionar aquello que se le ofrece al público y no tanto lo que este pueda

demandar. Dijk (199, 237) sostiene que, por esta discrecionalidad, “En la recopilación de noticias, [...] intereses ideológicos controlan las tareas asignadas, las noticias exclusivas, las entrevistas, las conferencias de prensa, los comunicados de prensa, los procedimientos de selección y decisión”. En general todo el procedimiento, la valoración sobre lo que es verdadero o es falso, interesante o no, relevante o irrelevante... forman parte de los sistemas ideológicos que controlan estas prácticas, incluida la decisión de quienes, cuando y cuanto acceden a los medios.

El resultado de todo ello es que los medios están claramente sesgados hacia la reproducción de las ideologías dominantes. Esto no vale solo para las noticias, vale también para los programas de actualidad, los documentales, los espectáculos y otras categorías del discurso de los medios. Las prácticas que llevan a la presentación sesgada de la realidad social a través de los medios son diversas y sofisticadas; los constantes delitos atribuidos a las minorías frente a la ocultación de la actitud delictiva, por discriminatoria, de la élite es un buen ejemplo que se repite como resultado de la mayoría de las investigaciones sobre los medios y sus contenidos.

Aunque existen las diferencias personales y la libertad de los espectadores para interpretar el discurso mediático a su conveniencia, según explica Dijk la variedad de las ideologías sociales entre el público es exactamente igual a la de aquellas ideologías que tienen acceso preferente a los medios masivos de comunicación. De ahí que él no ponga en duda la influencia mediática en el momento en el que él la mide. Pero al mismo tiempo que confirma este extremo, también confirma la voluntad de la élite en el poder para fomentar y configurar estas diferencias ideológicas de una forma determinada, tal y como sostenemos que sucede en pos del mantenimiento del statu quo.

Efectivamente, aunque hay debate, oposición y opiniones diferentes, en expresión de Dijk (1999, 238) “todo esto se da dentro de los límites de una variación tolerable”. Nosotros añadimos que esta variación es tolerable para el poder político y su reproducción. Esto equivale a decir que la voluntad de reconducir el debate público mediático hacia la conveniencia en el mantenimiento del status quo es real y promovido por la élite del poder político. La libertad con la que se manifiestan las ideologías es más formal que real. De haber sido real, los cambios ideológicos y el relevo de la élite del poder para que se acomode a dichos cambios serían más frecuentes, muy en contra de lo que afirma el propio Dijk que ocurre de verdad.

En cualquier caso, ideología y opinión pública no son ni mucho menos lo mismo. A la perdurabilidad de la ideología como causa estructural de la siempre coyuntural Opinión Pública ya nos hemos referido desde el comienzo. Además de esta característica es necesario reducir la ideología a su dimensión política y a sus efectos netamente políticos para poder determinar la estrecha relación que guarda con la Opinión Pública. El enfoque que Dijk la da a su teoría de la ideología la presenta como un fenómeno eminentemente social, solo parcial o eventualmente político. Por el contrario, nosotros hemos analizado a la ideología, y las ideologías en general, como instituciones políticas, sin las que el ejercicio del poder político en las sociedades contemporáneas carecería de su fundamentación.

De lo que no cabe la menor duda es que la relación entre las ideologías y los medios de comunicación de masas es directa, como también lo es de estos últimos con la Opinión Pública al ser ellos los que producen la información de actualidad. Cabe observar la diferencia que existe entre esta información de las vertiginosas noticias y las últimas opiniones con el resto de la producción de contenidos ideológicos que también forman

parte de la oferta mediática. La forma en la que estos otros contenidos ideológicos afectan al proceso de formación de la Opinión Pública es distinta de cómo lo hace la actualidad.

La actualidad lleva a las opiniones sobre el ejercicio regular del poder a una constante adecuación a los propios acontecimientos según sean sus repercusiones políticas. La relación entre el resto de los contenidos mediáticos ideológicos que no son la información de actualidad y la Opinión Pública es indirecta. Estos contenidos mediáticos ayudan a la reproducción y a la fijación de las ideologías. A su vez, son las ideologías las que afectarán al proceso de formación de la Opinión Pública al combinarse con la actualidad. El modo en el que esto sucede requiere conocer la manera en la que las ideologías se reproducen a través del discurso y las prácticas sociales, cuestión en la que, en lo sucesivo, nos uniremos a Dijk para resolverla.





## 12. Discurso y contexto

### 12.1. Introducción

A la expresión y reproducción de las ideologías ya hizo referencia Dijk en el apartado anterior. A partir de que las ideologías son representaciones mentales compartidas, es necesario saber cómo los miembros del grupo las adquieren, construyen, utilizan y cambian, lo que nos devuelve al nivel microsociológico. Esto es algo de lo que el enfoque tradicional se ocupó escasamente. Pero el hecho de que Dijk lo incluya en el suyo no significa que él reduzca la ideología al estudio del discurso como hacen otros enfoques. Las ideologías también se reproducen mediante otras prácticas sociales y semióticas que no son el texto y la conversación, tal y como ocurre de un modo especial con las prácticas no verbales. Así, no podemos excluir en la reproducción y expresión ideológica a una gran parte de los códigos semióticos, como fotografías, cuadros, imágenes, signos, pinturas, películas, gestos, danza, etc.

### 12.2. Discurso

Pero el texto y la conversación son lo que realmente le permite a las personas expresar o formular creencias ideológicas abstractas o cualquier otra opinión relacionada con estas ideologías. Esto es así por aquella propiedad que ya Paltón atribuyó a la razón para convertir a la percepción sensible en episteme o conocimiento verdadero. Las acciones directas y los códigos semióticos apenas si rebasan el nivel de la percepción sensible en nuestra mente. El texto y la conversación, vehículo de la racionalidad, son los que nos permiten realizar las abstracciones mentales a través de las cuales elaboramos nuestras interpretaciones más complejas y completas de la realidad. Por eso el texto y la conversación resultan ser mucho más persuasivos que la comunicación semiótica y no verbal; normalmente esta última no pasa de significar básicamente lo mismo para la generalidad de las personas.

De modo particular, el texto y la conversación intergrupales e intragrupal sirven para contar y recordar a otros las creencias ideológicas del grupo. Por lo tanto, la socialización ideológica tiene lugar a través del discurso que es el que permite la expresión directa y explícita de las ideologías.

Pero más allá de lo que sean el texto y la conversación, el término discurso requiere de algunas precisiones que Dijk (1999, 246) se apresura a delimitar. Lejos del amplio concepto filosófico que elabora Michel Foucault, “mi enfoque es esencialmente multidisciplinario y combina un análisis de aspectos lingüísticos, cognitivos, sociales y culturales del texto y la conversación en contexto, y lo hace desde una perspectiva sociopolítica crítica”. El significado del término se refiere entonces a un evento comunicativo específico. Este

evento comunicativo es bastante complejo e implica a una gran variedad de actores sociales, básicamente los roles de hablante/escritor y oyente/lector, pero también otros, que participan en dicho acto durante una situación dada y determinada por otras características del contexto. No obstante, a nuestros efectos, la noción práctica todavía la podemos restringir más reduciendo el término general «discurso» a aquel que se refiere a un producto verbal oral o escrito del acto comunicativo.

Pero aquí no acaban las precisiones. Además nos interesa distinguir un evento comunicativo de otras circunstancias en las que también se comunica, de modo que el término también lo emplearemos para referirnos a objetos particulares, a sucesos comunicativos particulares o «tokens» que involucran a actores sociales específicos en circunstancias únicas. A estas singularidades se las puede caracterizar a partir de las palabras empleadas, los gestos mostrados, los actos realizados, todos producidos en ese momento y con tales participantes, no con otros. Cuando recurramos a esta noción de discurso se utilizarán artículos para referirlos, como si discurso fuera un sustantivo contable.

Esto plantea nuevos problemas, particularmente los derivados de la delimitación de estos discursos. La dificultad para resolver el comienzo y el final de tales actos comunicativos es consecuencia de la ambigüedad con la que muchos de ellos se sitúan en su contexto y de su imprecisa relación con los discursos contiguos. Por eso Dijk nos propone recurrir al sentido común. Cuando se refiere a un solo diálogo es porque tiene continuidad en el tiempo, tiene los mismos participantes y tiene un principio y un fin marcados. Para los textos es más sencillo, ya que tienen el (los) mismo(s) escritores, tienen un principio y un fin marcados, y usualmente (no siempre) son físicamente continuos. Además, en ambos casos el discurso debe ser globalmente coherente, esto es, ofrecer una unidad de significado, no tan solo una unidad física de expresión continua.

Aún así nos cabe introducir un concepto más abstracto. En lugar de referirnos a sucesos comunicativos particulares o «tokens» podemos utilizar el término «discurso» para referirnos a «tipos abstractos» o «types», es decir, también podemos referirnos a las conversaciones, historias o crónicas en general, por ejemplo cuando hacemos aserciones teóricas sobre el discurso. Esta noción de discurso puede extenderse o restringirse: podemos referirnos a un diálogo como el resultado de un evento comunicativo, o a todo el evento comunicativo.

Si bien hasta aquí Dijk nos expone los significados del término discurso que resultan operativos en su formulación teórica, existen otros significados aun más extensos y abstractos. Así, el concepto puede utilizarse para referirse a géneros específicos cuando se combina con un adjetivo que denota algún dominio social: «discurso político», «discurso médico», «discurso académico». Aquí la noción de discurso es también general y abstracta, aunque a su vez lo que hace es seleccionar a otro conjunto de discursos, también abstractos, o géneros.

Finalmente, un nivel todavía más elevado y abstracto de la noción de discurso, que puede llegar a abarcar a todos los eventos comunicativos, incluyendo a los usuarios del lenguaje, contextos, etc., habitualmente se termina confundiendo con el mismo concepto de ideología, algo que Dijk rechaza de plano por razones obvias. Pero la confusión puede aumentar aún más cuando el concepto se hace tan amplio y filosófico que también engloba a todas las ideas e ideologías de un periodo o campo social específicos. Tal y como lo denuncia él (1999, 250), “Después de todo, en los caprichos y modas culturales, la

ambigüedad, el mito y la vaguedad con frecuencia resultan más atractivos que la precisión conceptual. Este es el caso, actualmente, de muchos usos posmodernos de «discurso»”.

Aparte, para Dijk las otras formas de comunicación no verbal merecen también alguna aclaración en relación a su exclusión para referirlas con el empleo del término «discurso». Él lamenta que no exista algún término que sirva para designar a los «discursos» integrados (verbales/no verbales), o exclusivamente a los «mensajes» semióticos no verbales. Si no utiliza el término «signos» es porque se ha convertido en obsoleto para el análisis del discurso. Así pues, llegado el caso hablará de discursos no verbales o utilizará designaciones específicas de género.

Lo que nos queda para completar esta primera toma de contacto con el discurso es la precisión particular que Dijk (1999, 251) le hace al «estudio del discurso», mejor conocido como análisis del discurso. Según él “el análisis del discurso se concentra en la explicación sistemática de las complejas estructuras del texto y de la conversación tal como realmente se las lleva a cabo (produce, interpreta, utiliza) en sus contextos sociales”. De este modo, el análisis del discurso se centra en las funciones, condiciones y consecuencias sociales y culturales del texto y la conversación. Al igual que ocurre con el término «discurso», también la expresión «análisis del discurso» es tremendamente ambigua y su desarrollo se ha realizado desde muchos enfoques y campos de indagación. Idealmente, un estudio integrado debería unir el análisis de la estructuras del discurso con la explicación de sus funciones y contextos cognitivos, sociales, políticos, históricos y culturales. Dijk inserta su estudio de la expresión y la reproducción discursiva de las ideologías en este mismo enfoque amplio, integrado y multidisciplinario.

De manera lógicamente efectiva, en su prolongada progresión conceptual Dijk ahora procede a hacer una somera descripción de las estructuras del discurso. Tras aclarar la imprescindible consideración que tienen tanto la expresión oral como la escrita para la reproducción de las ideologías, se propone llevar a cabo una descripción muy superficial, que además nosotros abreviamos, de aquellas estructuras y estrategias que resultan relevantes para el análisis del discurso de las expresiones ideológicas:

- Gráficos.- con carácter evidentemente exclusivo en la expresión escrita, las estructuras gráficas desempeñan variadas funciones cognitivas, sociales e ideológicas. Controlan la atención y el interés y jerarquizan la relevancia de la información textual. Diferencian los géneros comunicacionales. Contribuyen a la diferenciación, identificación y relación entre los grupos y organizaciones sociales, o los estilos subculturales. El diseño gráfico se revela así como un poderoso medio para la reproducción ideológica señalando los valores positivos de nuestro grupo frente a los demás y manipulando los significados y los modelos mentales.
- Sonido.- el tono, el volumen y la entonación en la expresión oral desempeñan un papel mucho más relevante para la correcta construcción de significados de lo que se suele considerar. Controlan el énfasis y la prominencia, ayudando a la jerarquización de la información, con efectos que muchas veces no son solo cognitivos, sino también emocionales. Las características fonéticas específicas suelen aparecer asociadas a las relaciones de rango, poder y jerarquía social. Además, las variaciones sutiles de sonido pueden codificar opiniones subyacentes en modelos de acontecimiento y de contexto, convirtiéndose en un medio persuasivo que ayuda a la transmisión de ideología.

- Morfología.- el estudio de la formación de las palabras queda restringido a la construcción estructurada de su significado. De este modo, la variación estilística es tan limitada que apenas si deja lugar para su manipulación ideológica. Dada esta rigidez expresiva que presentan las palabras tomadas como unidades de significado, apenas si es posible hacer ideología con cada una si no es mediante la introducción premeditada de neologismos.
- Sintaxis.- también el orden en el que aparecen las palabras en la oración juega un relevante papel para la jerarquización de la información; por ejemplo, con los usos pasivo y activo, o con el empleo de sujetos explícitos o implícitos. Además, la misma posición y la función de las cláusulas puede indicar implicaciones y presuposiciones, revelando u ocultando información a la conveniencia ideológica de quienes las usan. El empleo de los pronombres se constituye en la categoría gramatical más común en la expresión y manipulación de las relaciones sociales, el status y el poder, estableciendo el distanciamiento o el menosprecio, o bien la cortesía, la formalidad y la intimidad. Tal es así que el mero uso de los exclusivos y excluyentes pronominales Nosotros y Ellos delimita con mejor eficacia la identidad, la pertenencia y la exclusión que cualquier otro elemento estructural del discurso. Al conjunto de elecciones habituales que se realizan entre las estructuras gramaticales posibles en un determinado discurso se le llama «estilo». Combinado con las variaciones léxicas en la elección de las palabras, el estilo se estudia en la «estilística». Al estilo se lo puede describir como el uso consistente de estructuras gramaticales en función de las propiedades del contexto, esto significa que el estilo es una función de control ideológico de esos modelos de contexto.

Semántica.- Bajo el epígrafe que nosotros titulábamos *La estructura lingüística como ideología*, vimos que la primera teoría semiótica de la ideología fue formulada por V.H. Voloshinov. Eagleton (1997, 244) nos explicaba cómo entiende Volóshinov la ideología: la conciencia existe exclusivamente gracias a los significantes, se trata de “una red de significantes socialmente compartidos que nos constituye de cabo rabo” (1996, 245). Sin duda que semejante punto de vista nos resulta demasiado extremo, pero nos ofrece una idea de la enorme trascendencia que tiene la semántica como estructura del discurso. Esto es lo que nos obliga tratarla de una manera diferenciada y mucho más extensa, como también lo hace Dijk.

Las anteriores estructuras, gráficos, sonidos y formas oracionales, son reducidos por la gramática generativa a «estructura superficial» por su carácter directamente «observable», aunque al final estas estructuras de hecho también son abstractas y mentales. En cualquier caso, los significados atribuidos a estas estructuras superficiales por los participantes del discurso son especiales en los análisis ideológicos del discurso. Pero, como nos explica Dijk, el mismo significado de «significado» dista mucho de ser preciso hasta el extremo de que puede haberlo perdido del todo. Sostiene que necesitamos varios tipos de semántica para poder explicar cómo y qué clase de significados están involucrados en la reproducción del discurso. Así, podemos referir que en la lingüística tradicional las palabras están asociadas con significados, igual que sucede en los diccionarios. Pero también que en las gramáticas estructural y generativa los significados de las oraciones son construidos por los de las palabras y por las estructuras sintácticas. Finalmente, también que en la lógica filosófica los significados son funciones proposicionales que hacen a las oraciones

verdaderas o falsas, o que seleccionan referentes o extensiones en alguna situación o mundo posible.

Tal y como sugiere Volóshinov, los significados son aquello que los usuarios del lenguaje asignan a cada expresión en los procesos de interpretación y comprensión, no son propiedades abstractas de las palabras y expresiones. Los significados del discurso o del lenguaje en la práctica son contextuales y situados. La psicología nos explica cómo se produce la asignación de significados o interpretaciones y las representaciones mentales, tales como los modelos o conocimiento, que afectan al proceso. Pero el análisis socialmente orientado por lo general se limitará a concentrarse en la construcción interactiva de los significados.

Según Dijk (1999, 259), “los significados del discurso son el resultado de la selección de porciones relevantes de modelos mentales sobre acontecimientos”. Ya que los modelos incluyen opiniones que a veces tienen base ideológica, los significados que producen esos modelos presumiblemente son susceptibles de presentar aspectos ideológicos. Estas opiniones pueden hacerse convencionales y entrar así a formar parte del léxico. Es decir, como ya adelantábamos, el análisis léxico es el componente más trascendental y eficiente para el análisis ideológico del discurso. Basta con el simple análisis de las palabras utilizadas en situaciones dadas para obtener mucho de su significado ideológico. Así, la mera sustitución de una palabra por otras muy a menudo revela rápidamente la diferencia semántica e ideológica de la sustitución.

Por todo ello, el «estilo léxico» se revela como un importante medio de expresión ideológica. Como expuso Pêcheus (Eagleton, 1997, 246), una formación discursiva es un conjunto de reglas que determinan lo que es lícito y obligado decir cuando se ocupa una determinada posición social, de tal modo que las expresiones solo tienen un significado determinado dentro de esa formación discursiva y cambia si ella cambia. O bien, tal y como lo explica Dijk, las opiniones personales de los participantes en esa formación discursiva, sus actitudes e ideologías, son una restricción contextual importante que se constituye en la fuente principal de la variación léxica. No obstante, cabe esperar que muchas veces los usuarios de la lengua se den cuenta de su estilo léxico y en consecuencia procuren controlarlo para ocultar o enfatizar sus opiniones ideológicas reales en las diferentes situaciones.

Por otro lado, según Dijk (1999, 260), desde el punto de vista filosófico proposicional, las proposiciones que representan el significado de las cláusulas y oraciones poseen una estructura interna de la que es posible derivar las formas en las que sus participantes están asociados con un acontecimiento: activa o pasivamente, responsablemente, o como experimentadores de los acontecimientos y acciones. Otra manera de explicarlo es la de aceptar que las estructuras semánticas resultan de los modelos de estructuras; esto es, las representaciones semánticas son, lógicamente, una función de cómo se representan y evalúan los acontecimientos, en un modelo, por lo que pueden estar ideológicamente controladas.

Si bien todas estas estructuras anteriores caen dentro del dominio de la gramática, lo cierto es que el análisis del discurso se desarrolló para buscar estructuras y estrategias más allá de la oración. El valor de la semántica se manifiesta en todo su potencial cuando las secuencias de oraciones se constituyen en discursos que posean «coherencia». Esta última se consigue cuando estos discursos pueden cumplir las siguientes condiciones: la existencia de relaciones «condicionales» entre los hechos denotados por las oraciones y la existencia de

relaciones «funcionales» entre las proposiciones. La interpretación de los acontecimientos debe acomodarse a los modelos mentales, lo que significa que tal interpretación puede estar ideológicamente influida. Por eso al final la coherencia será tanto contextual como socialmente relativa.

Pero también ocurre lo mismo cuando nos referimos a la «coherencia global» representada por los tópicos o macroestructuras semánticas; estos también indican lo que los hablantes u oyentes consideran que es más importante del discurso y también están ideológicamente controlados. Aparte de definir la coherencia global, sirven a la familiar estrategia ideológica de «definir la situación».

Por último, una facultad también ideológicamente relevante del significado son las relaciones proposicionales, «la implicación», «la implicación semántica» y la «presunción». Si la información está explícitamente reseñada puede servir para remarcar las propiedades negativas de otro grupo o las positivas del propio; y al revés, ocurre lo contrario con la información implícita. En este último caso es útil la estrategia de ocultar los hechos o condiciones sociales. También podemos desdibujar los acontecimientos prescindiendo de sus detalles o podemos enfatizarlos empleando la máxima precisión y detalle al describirlos. Por eso resulta tan importante distinguir entre los modelos mentales o creencias, y los significados «reales» del discurso.

En conclusión, la semántica es la más fructífera de las estructuras para la realización del análisis ideológico del discurso dadas sus evidentes implicaciones sociales y grupales. En lo sucesivo, Dijk (1999, 262) terminará de exponer las pocas estructuras del discurso que él considera también relevantes para poder proceder a su análisis. Acabada esta recopilación de conceptos pasará a centrarse en el «contexto» del discurso.

Junto a los tópicos, una mención más detallada merecen las ya citadas «estructuras esquemáticas». Si los tópicos representan el significado global del discurso, las estructuras esquemáticas globales o superestructuras representan su «forma». Esta se presenta ordenada por ciertas categorías convencionales, como Introducción y Conclusión, Apertura y Cierre, Problemas y Soluciones, Premisas y Conclusión, etc. Los diferentes géneros del texto y la conversación se organizan en esquemas convencionales que jerarquizan estas categorías. También esta «sintaxis del discurso» puede variar y expresar posiciones ideológicas porque jerarquizan la importancia de la información.

Otra relevante estructura del discurso es la retórica. Las estructuras retóricas aparecen en todos los niveles del discurso antedichos, asignándoles una organización determinada de repetición, supresión, sustitución, etc. a todos estos niveles; por ejemplo, con la rima y las aliteraciones en el nivel de los sonidos, con el paralelismo en el nivel de la sintaxis, con la comparación, la metáfora, la ironía, etc. en el nivel del significado. Normalmente se emplean con fines persuasivos para atraer la atención de los receptores. Su probada eficacia hace de las estructuras retóricas un excelente medio para la manipulación ideológica.

Una importante aportación a la estructura del discurso es la que se deriva de la filosofía del lenguaje y las ciencias sociales cuando a las categorías tradicionales del significado y el significante lingüísticos se añade la dimensión de «la acción». Los actos de habla o actos ilocutivos consisten en la emisión de palabras en situaciones específicas de interacción social. Las aseveraciones, promesas o amenazas se producen a partir de unas condiciones sociales dadas entre los participantes: sus creencias mutuas, deseos, intenciones, evaluaciones y objetivos. Dado que las relaciones sociales muchas veces tienen un

fundamento ideológico, efectivamente los actos de habla se realizan siguiendo el guión que los participantes se creen autorizados para interpretar, por ejemplo, en las relaciones de dominio y desigualdad.

Para terminar con las estructuras del discurso, además tenemos que tomar en consideración a las estrategias de interacción que construyen y exponen a las relaciones sociales concretas entre participantes. Estas también pueden ser ideológicamente controladas y controlables. El control interaccional puede incidir en todos los niveles y dimensiones del texto y la conversación, y es en este nivel de análisis donde el poder entre las posiciones sociales relativas puede ejercerse, oponerse y modularse a más, o a menos. Es en esas situaciones donde la interpretación del contexto basada en la ideología posiciona socialmente a los participantes para que lleven a cabo sus actuaciones en la conversación.

Precisamente, a partir de estas estrategias de control se hace evidente que las relaciones de dominio, conflicto o competencia entre los participantes en el acto comunicativo revelan implícitamente a las mismas relaciones entre grupos. En cualquier caso, la dominación de grupo no se corresponde exclusivamente con las relaciones contextuales entre los participantes, también puede ser adaptada flexiblemente a las distintas situaciones al igual que las ideologías que soportan tales prácticas de dominación. Entonces Dijk concluye:

Con carácter más general [...] la proyección ideológica en las estructuras del discurso rara vez es directa. Tiene lugar por medio de conocimiento y actitudes de grupos más específicos, la formación de modelos «distorsionados» de acontecimiento y contextos, la construcción de representaciones de significado y la expresión en formas variables y estructuras superficiales, en modos que son una función de muchas restricciones sociales y contextuales, de las cuales las creencias ideológicas son sólo un elemento.

(Dijk 1999, 265)

Por ello el análisis del ideológico del discurso resulta tan complejo y debe tomar en consideración todos los niveles del texto y el contexto.

### **12.3. Contexto y reproducción de la ideología en el discurso**

Si bien la noción de contexto es tan ambigua como la mayoría de los conceptos que venimos manejando, Dijk nos propone la siguiente como punto de partida para su teorización sobre el contexto del discurso: “[...] el conjunto estructurado de todas las propiedades de una situación social que son posiblemente pertinentes para la producción, estructuras, interpretación y funciones del texto y la conversación.” (Dijk 1999, 266)

Los contextos así definidos muestran muchas propiedades de acontecimientos sociales y de grupos que son controladas por las ideologías. En su caso, aunque en la mayor parte de los estudios de contexto sus propiedades inciden directamente a su vez en las propiedades del discurso y viceversa, dentro del marco sociocognitivo en el que Dijk el nos sitúa no se da esta relación directa. Los modelos de contexto son relevantes solo para los usuarios de la lengua, solo pueden afectar al discurso por el modo en que son construidos subjetivamente por sus usuarios.

Es decir, ya que estas construcciones conllevan modelos mentales, no es el contexto mismo el que afecta al texto y a la conversación, sino los modelos de contexto de los usuarios de la lengua. Los modelos de contexto almacenados en la memoria episódica reflejan la manera

en la que los participantes de un evento comunicativo interpretan y representan las propiedades de la situación social dada. Los modelos de contexto controlan efectivamente todas las propiedades que pueden variar en función de la interpretación de la situación: los actos de la conversación y de habla, el estilo, la retórica y los modos en que el significado incorpora información de los modelos sobre el acontecimiento específico.

Al igual que el resto de los modelos de mentales, los modelos de contexto conllevan un fuerte carácter evaluativo. Incluyen opiniones además de conocimientos sobre la situación social. Como los modelos mentales, también son una combinación entre representaciones socialmente compartidas y conocimientos y opiniones personales basados en las experiencias propias. Según Dijk (1999, 268), esta naturaleza combinada, personal y social, es la que hace de los modelos la interfase necesaria entre la cognición social y el discurso, entre la ideología y el discurso.

Pero los modelos de contexto no son estáticos, son dinámicos porque representan la situación en desarrollo de los usuarios de la lengua. Así, la interacción en curso y el discurso necesitan actualización continua del modelo de contexto. Obviamente, los contextos sociales no pueden ser reducidos a la cognición. Requieren su propio análisis social, como lo necesitan los discursos. De este modo, es la relación entre contexto social y acción, por un lado, con la comprensión subjetiva del discurso y su contexto, por el otro, la que necesita de una interfase cognitiva.

Dijk nos recuerda que los modelos de contexto son un caso especial de los modelos de experiencia, solo que acotado a la situación social en la que participamos en un evento comunicativo. Entonces resume y enuncia las fuentes de información a partir de las cuales se construyen los modelos de contexto:

[...] 1) un esquema general, u objetivos o expectativas sobre la situación social presente; 2) modelos previos activados (cuando se nos hace recordar una conversación previa con X, cuando tenemos el mismo periódico en la misma situación, etc.); 3) creencias personales generales sobre una situación (“mi vecino siempre habla de su trabajo, y eso no me gusta”); 4) conocimiento y creencias socioculturales sobre eventos comunicativos (como escribir historias periodísticas, etc.); 5) partes previas del discurso en desarrollo; y 6) partes previas del texto.

(Dijk 1999, 270)

Lo que resta por hacer para caracterizar al contexto es reseñar cuales son las propiedades de las situaciones que lo constituyen sin olvidar que no son estas las que afectan directamente al discurso, sino su construcción mental en modelos de contexto. Las dimensiones del contexto según Dijk son las siguientes:

- **Dominio.** Los eventos comunicativos se presentan normalmente asociados a un dominio social o institucional determinado. Un dominio es la propiedad contextual específica que define clases de género, tales como discurso político, discurso médico o académico. Delimitan el ámbito social en el que se encuadra el contexto del evento comunicativo. Por lo general, los dominios son sitios de dominación, lucha, conflicto e intereses en los que los grupos establecen su reserva para la intervención de los demás.
- **Integración global y tipo de evento comunicativo.** Para su comprensión y recuerdo los eventos comunicativos son categorizados por sus participantes en un nivel global

utilizando un nombre o descripción de género; por ejemplo, una conversación, una charla, una reunión, una lección, un debate parlamentario, una consulta al médico, la lectura de un periódico, etc. Una vez conocidos por sus participantes, todos estos géneros se presentan definidos a partir de varias de las estructuras del discurso que hemos estado viendo. Estas estructuras a su vez son las que seleccionan los tópicos y determinan numerosas propiedades formales del discurso, como la organización esquemática o el estilo. Algunos de estos géneros son eficientes vehículos para la reproducción ideológica.

- **Funciones.** Los géneros definidos por las variadas propiedades del contexto además tienen funciones dentro de su secuencia de acción o dominio. Sirven, por ejemplo, como condición, como consecuencia, propósito u objetivo de otros actos o de acontecimientos sociales; como ocurre, por ejemplo, con los exámenes, los interrogatorios, los debates parlamentarios, las crónicas, etc. Al realizar sus discursos los usuarios de la lengua orientan el evento comunicativo hacia funciones mediante diferentes estrategias a partir de sus representaciones ideológicas.

- **Intenciones.** Al igual que las demás formas de acción, los actos comunicativos también son intencionales. El discurso en sí mismo es producido con el objeto de realizar la intención. Muchas veces, las intenciones pueden ser negociadas, cambiadas o abandonadas en el curso de la interacción. Dependiendo del contexto, la intención se puede hacer explícita, no necesitar referirse por ser evidente, u ocultarse con fines de manipulación ideológica, en este caso dependerá del propio receptor que se percate o no ella. Dijk (1999, 273) desarrolla una argumentación específica para rechazar que las intenciones no deban ser objeto del análisis del discurso. En todo caso, tal y como él (1999, 274) lo explica “No hay manera de explicar las acciones y, en consecuencia, los actos discursivos, sin su contrapartida cognitiva, eso es, las intenciones representadas en modelos de acción”. Aunque las intenciones parecen puramente individuales, si se define a las ideologías como un atoesquema de grupo consistente a varias categorías resulta evidente la forma en la que las intenciones pueden tener una base totalmente ideológica; sin ir más lejos pueden representar las actitudes sociales de los miembros del grupo. De este modo, las ideologías pueden ocasionalmente manifestarse en las estructuras del discurso a través de las intenciones, aunque no todas las estructuras del discurso sean intencionales. Por ejemplo, los actos de habla lo son por definición, y así ocurre también con otras estructuras como los tópicos y otros elementos de estilo.

- **Propósitos.** Mientras que las intenciones se corresponden con modelos mentales de actos, los propósitos lo hacen con los modelos de las consecuencias de esos actos, como es el caso de las funciones de los actos discursivos. La diferencia entre funciones y propósitos, es que las funciones son sociales y los propósitos representaciones mentales de los participantes. De este modo, podemos identificar diferentes funciones sociales con un mismo propósito, explicar las consecuencias sociales indeseadas de intenciones y propósitos, o conocer el desempeño de actos de habla individuales en la estructura social... todas ellas pueden tener implicaciones ideológicas.

- **Fecha, tiempo.** Por definición los actos discursivos tienen principio y fin. Dada la gran variedad de formas en las que el comienzo y la finalización de los discursos, o de sus partes, se producen de formas preestablecidas, acordadas o impuestas, los tratamientos institucionales o sociales en la asignación de turnos y duraciones para los distintos

participantes puede ser una consecuencia de la ideología, por ejemplo en la desigualdad de orden o la duración del tiempo para cada uno.

- Lugar. Como el tiempo, el espacio también es otro tópico que caracteriza a los actos comunicativos y que muchas veces presuponen o determinan su naturaleza. Aparte de los lugares institucionales convencional o normativamente establecidos para su producción, la forma en la que se elijen los sitios, por acuerdo o por imposición, da origen a multitud de situaciones en las que la ideología también se puede manifestar.

- Circunstancias. Otro tanto de lo que ocurre con el tiempo y el lugar pasa cuando se producen circunstancias o condiciones específicas que también caracterizan con grandes implicaciones ideológicas a los actos comunicativos. Esto resulta algo frecuente particularmente en las relaciones de dominación.

- Soportes y objetos importantes. Por raro que pueda parecer, los soportes materiales juegan otro importante papel en la explicación de la conversación y el texto. Superficies de presentación y representación gráfica, mobiliario, atuendos, instrumental, objetos simbólicos... todos juegan un significado papel social o simbólico en los actos comunicativos, con serias implicaciones ideológicas. Representan modelos de contexto para sus participantes que, una vez más, muchas veces resultarán claves en la reproducción de las relaciones de dominación.

- Rol participante. Aunque los más reconocibles son los roles de hablantes/escribientes oyentes/lectores, roles que muchas veces se alternan en el curso de la interacción, este esquema no siempre es tan sencillo como se nos presenta. Por ejemplo, la producción audio-visual del discurso institucional tiene distintos procesos escalonados en los que la difusión del mensaje por una persona puede ser solo el último de ellos. Algo similar ocurre cuando en la interacción participan más de dos personas, algunas de las cuales pueden desempeñarse selectivamente entre ellas excluyendo a las demás. En una mayoría de las situaciones institucionales suele haber una estructura compleja de roles participantes, configurando así una situación social complicada en la que se asignan derechos y obligaciones distintos para cada participante. Nuevamente, las situaciones de dominación y desigualdad con base ideológica se reflejan en los diferentes roles que entran en juego durante la interacción.

- Rol profesional. Entre la gran variedad de los roles profesionales cada uno de ellos puede estar asociado, a su vez, con un conjunto de roles de participante y con otros tantos tipos de eventos comunicativos o géneros discursivos. Si aparece relacionada con las estructuras del texto y la conversación esta también será otra categoría del contexto. Precisamente, lo relevante entonces consistirá en saber separar las propiedades del evento comunicativo que aparezcan relacionadas por sistema con las propiedades del texto y de la conversación. Las implicaciones ideológicas de dominación entre estos roles profesionales, entre los roles participantes y los géneros o los actos de habla, se hacen manifiestas en cuanto los profesionales rompen las reglas de la interacción y limitan los derechos de los cooparticipantes.

- Rol social. Este no aparece limitado a las contribuciones al texto y a la conversación y tampoco necesita estar relacionado con organizaciones e instituciones. Los roles sociales

usualmente serán representados por características específicas del discurso: formas de tratamiento, movimientos conversacionales de cortesía, estrategias de autorepresentación positivas o presentación negativa de otros, argumentos y retórica favorable o desfavorable. En esta categoría frecuentemente suelen presentarse niveles o estratos de roles. Dado que las ideologías implican polarización, lucha, conflicto o competencia y que, además, estas se proyectan justamente sobre los roles sociales, al final la ideología se hace manifiesta en los grupos y sus miembros precisamente por la posición social que adoptan durante situaciones de debate y conflicto o en la comunicación ordinaria.

- **Afiliación.** Quienes participan en eventos comunicativos asumiendo roles profesionales frecuentemente lo hacen en nombre de alguna organización a la que pertenecen. Eso significa que pueden ser reemplazados por cualquier otro miembro de la organización en su desempeño, lo que demuestra que la afiliación juega un importante papel en el contexto. A su vez, por lo general tales eventos y sus participantes aparecen integrados en una compleja red de afiliaciones institucionales con características muy específicas; pueden ser estrictas y muy normativas o reguladas, o por el contrario, pueden ser vagas y abiertas. Lo que suele ocurrir en tales eventos comunicativos institucionales es que sus participantes arrastran consigo las ideologías de sus organizaciones cuando las tienen, una ocasión muy propicia para comprobar cómo el texto y la conversación indicarán esos compromisos ideológicos.

- **Pertenencia.** Con un carácter social incluso más general que el de la afiliación, las personas se adscriben a grupos o categorías sociales, como hombres, mujeres, viejos, jóvenes, negros, blancos, etc. esto es, categorías que inevitablemente se constituyen en grupos con ideología propia. Dicha ideología también se llegará a hacer manifiesta, de un modo o de otro, durante las prácticas sociales comunicativas relevantes en las que participan las personas. Se trata de algo que ha demostrado sobradamente la investigación sociolingüística empírica acumulada y que afecta a una gran parte de las propiedades de la estructura del discurso; aunque también ocurre lo mismo con la expresión de otras propiedades del contexto, como son la gestión del tiempo, la libertad en la elección de tópicos o la simple discriminación, todas relacionadas con la dominación. En todo caso, la afiliación y la pertenencia no siempre están dadas o muy bien pueden negociarse, cambiarse, manifestarse u ocultarse de una manera variable a conveniencia de los participantes y de la situación específica. Todo ello teniendo en cuenta además que tales categorías son construidas subjetiva y dinámicamente por los participantes en el curso de la interacción.

- **Los otros roles sociales.** El texto y la conversación a menudo versan sobre otras personas que no están presentes en el contexto. En realidad esta es una propiedad del significado del discurso que debe formar parte del análisis semántico y no del pragmático. Los referentes del discurso son parte del modelo de acontecimiento expresado en el discurso. De este modo, las ideologías, ya que relacionan a los participantes del discurso con los otros sociales ausentes al referirlos como miembros de otros grupos, se expresan en los significados discursivos.

- **Representaciones sociales.** Hasta aquí nos hemos ocupado con Dijk de las dimensiones sociales particulares de la estructura del contexto. Pero además de todas estas propiedades más o menos explícitas, los participantes también comparten representaciones sociales, como su conocimiento, sus actitudes y su ideología. Algunas otras dimensiones

mentales como estas ya han sido analizadas, por ejemplo las intenciones y los propósitos. Lo cierto es que los participantes también poseen representaciones sociales compartidas de grupo que muchas veces son recíprocas; estas serán similares si se trata del mismo grupo o contratadas si el grupo es distinto. De este modo las ideologías van afectando de diferentes maneras a la forma en la que se define la situación comunicativa, las acciones, los roles y el discurso mismo, algo que también es válido para las actitudes socialmente compartidas controladas por la ideología. Dentro del mismo grupo, sociedad o cultura, la mayor parte del contexto comunicativo y del discurso no necesitará hacerse explícito gracias a esas representaciones sociales compartidas. No obstante, estas representaciones sociales no son la causa exclusiva o determinante de texto y la conversación. Cada participante posee también su propia biografía, objetivos, preferencias, planes, emociones; sus propios modelos personales que hacen al texto y a la conversación únicos e irrepetibles a pesar de encontrarse en una misma situación que cualquier otro. Las representaciones sociales sí pueden aplicarse indistintamente a la dimensión semántica y a la interacción discursiva. Según Dijk (1999, 285), este es el modo en el que finalmente «cerramos el círculo». La ideología no solo puede controlar todas las categorías de los modelos de contexto, si no que, no siendo otra cosa que representaciones mentales, es también una de estas mismas categorías. El control ideológico no es externo, se produce a través de las creencias de los participantes mismos. Tal es así que, incluso, cada cual puede, y a menudo lo hace, modular su identidad «ideológica» para adaptarla a las distintas situaciones en los diferentes eventos comunicativos.

A modo de conclusión, para Dijk los modelos de contexto explican las variaciones personales, situacionales y sociales en las formas en que las ideologías subyacentes pueden afectar o no al texto y la conversación. Por eso no podemos prescindir del análisis del contexto en ninguna teoría discursiva de la expresión y reproducción ideológica. Lo que ya resulta evidente es que esta reproducción ideológica, se lo que sea, es un proceso dotado de un gran dinamismo.

Efectivamente, aunque el concepto de «reproducción» sigue también la pauta de los anteriores, discurso y estructura, y que resulta tan ambiguo como ellos, la misma morfología de la palabra nos permite descomponerla en su prefijo re- (repetición o reiteración) y producción. En la explicación de Dijk (1999, 287), su significado se refiere a la creación constante de algo nuevo. Pero la noción sociológica del concepto por lo general implica continuidad de un sistema o estructura al mismo tiempo que actividad humana.

En nuestro caso, las ideologías se reproducen obteniendo nuevos usuarios, ya sea por socialización o por otros medios que al final conllevan el compartir representaciones sociales. Es decir, esto sucede directamente mediante el discurso ideológico explícito o bien indirectamente a partir de las inferencias del discurso y otras prácticas sobre las opiniones que comparte el grupo. La reproducción además implica generalización, ya que las representaciones sociales no se adquieren tan solo directamente, de manera abstracta y discursiva, sino también como generalizaciones sobre la experiencia diaria.

Dijk resume esquemáticamente el modo en el que se realiza la reproducción social de las ideologías:

- 1) Sistema-Acción: aplicación, utilización e implementación de arriba hacia abajo de creencias ideológicas generales, abstractas, en prácticas sociales concretas.

- 2) Acción-Sistema: sostenimiento, continuación y cambio de abajo hacia arriba, del sistema social compartido a través de sus usos diarios en prácticas sociales. En esta dimensión, las ideologías son efectivamente construidas y cambiadas por prácticas sociales, incluyendo al discurso.
- 3) Grupo-Medios: comunicación ideológica, inculcación, enseñanza, socialización e iniciación de nuevos miembros por parte de miembros del grupo (bien informados).
- 4) Miembros-Grupo: aceptación y cumplimiento o no aceptación, resistencia o disidencia de uno o algunos miembros del grupo, con respecto a la ideología del grupo o sus élites.
- 5) Local-Global: generalización, extensión, descontextualización de experiencias y opiniones específicas a contextos abstractos, experiencias, casos o circunstancias similares. Aprendizaje social, sobre generalización, creación de estereotipos, formación de prejuicios y construcción de ideología.

(Dijk 1999, 289)

Muchas de estas modalidades de reproducción son discursivas. De este modo, estos discursos ideológicos tienen variadas funciones, como son una exhibición de conocimiento, la pertenencia y la lealtad del grupo; la evaluación de las prácticas sociales; la socialización o la persuasión y la manipulación.

En suma, la reproducción ideológica es un proceso que presenta una enorme complejidad en la que el contexto y su interpretación juegan un papel determinante. Por lo pronto, ya sabemos que las propias ideologías intervienen activamente en la construcción e interpretación de las categorías contextuales y que, a su vez, estas son las que restringen al texto y la conversación. Particularmente, los participantes que asumen sus roles sociales e institucionales apenas pueden evitar poner en práctica las representaciones sociales, incluidas las ideologías, que son las que definen su identidad social. Por eso, es en esas situaciones sociales, en los contextos discursivos particulares, donde se ponen en ejecución las ideologías.

Pero ya tuvimos ocasión de ver que tales adscripciones ideológicas no son tan directas y explícitas. Los usuarios tienen sus propios modelos personales que a veces están en desacuerdo con las representaciones que comparten con el grupo. Además, suelen ser miembros de varios grupos a la vez, estableciéndose una jerarquía de prevalencias entre las distintas representaciones de los distintos grupos a los que pertenece cada uno. Es decir, los modelos de contexto que monitorean el evento comunicativo pueden tener contenidos y estructuras inconsistentes con los del grupo. Y lo mismo ocurrirá con las propiedades del discurso derivadas de esos modelos de acontecimiento: la estructura superficial, el estilo, los actos de habla o las estrategias interactivas.

Las consecuencias de esta dispersión e inconsistencia de representaciones es que en los eventos comunicativos específicos, mediante los actos complejos y sutiles del manejo interactivo y comunicativo, las ideologías no son simplemente reproducidas por la conversación y el texto de los miembros de un mismo grupo. Tal es así que, aparentemente, cuando las situaciones sociales específicas tan a menudo impiden su implementación habitualmente no podríamos hablar propiamente de reproducción de la ideología. Solo podríamos hablar de reproducción ideológica cuando se presentan «suficientes» ejemplos de expresión ideológica. Pero incluso la cantidad puede no ser la medida correcta, en ocasiones la calidad de la expresión ideológica o el rol de quien la

manifiesta tiene mucho mayor efecto en la reproducción ideológica. Muchas veces, los lectores pueden concentrarse selectivamente en memorizar hechos, datos o narraciones poco significados que refuerzan sus propias convicciones antes que en evidencias que son contrarias a ellas.

Así pues, las condiciones de reproducción son tan complejas como las estructuras del contexto y el discurso. Las condiciones bajo las que se atiende y se representa en modelos un texto o conversación determinados y el cuándo estos son aceptados como verdaderos y generalizados en conocimientos y creencias más abstractos deberían ser explicados por una teoría de la reproducción. Esto vale también para la proyección de las ideologías en modelos de contexto y para la ejecución e interpretación del contexto mismo. Lo cierto es que las creencias pueden muchas veces ser aceptadas a partir de la interpretación y evaluación de las estructuras del contexto, como los roles y posición de los participantes, las categorías de dominio y el tipo de acción y circunstancias.

Aunque estas categorías del contexto pueden influir en la aceptación de las representaciones sociales, los factores más eficientes en la reproducción del discurso seguro que estarán en sus propias estructuras. Como vimos, las ideologías pueden proyectarse en todos los niveles y dimensiones del discurso. Pero las estructuras de expresión en sí mismas no codifican la ideología. Dado que esto sucede sobre todo en los significados y funciones subyacentes, para poder transmitir persuasivamente la ideología resultarán particularmente importantes la semántica del texto y la conversación. Para poder demostrarlo, necesitamos averiguar cómo las variaciones semánticas tienen diferentes consecuencias en la construcción de modelos y de cómo estos, a su vez, pueden utilizarse para confirmar y construir representaciones sociales.

No obstante, la reproducción no se limita a la interpretación y a las influencias del discurso en las representaciones mentales. Obviamente, también es relevante la producción del evento informativo, lo que otorga una enorme ventaja frente a los demás a los miembros del grupo que tienen acceso a roles sociales específicos, particularmente los de élite. Por lo general, estos roles obtienen una participación en el discurso público de la que no dispone el resto, por lo que en este caso las condiciones sociales serán las que controlen el contexto de la producción.

Y todavía, además de estas categorías de posición, roles y pertenencia al grupo, necesitamos establecer cuáles son las estructuras del discurso que pueden ser controladas de forma más o menos explícita. La intención se ve reflejada, por ejemplo, cuando se realiza la elección explícita de tópicos negativos con el objeto de denigrar a los miembros del otro grupo. Para ello se introduce la proyección de modelos de acontecimiento ideológicamente tendenciosos sobre los tópicos del texto y de la conversación, esto se hace mediante la atribución generalizada por inferencia de acciones socialmente reprobables. Ahora bien, otras muchas estructuras del discurso solo están ideológicamente controladas moderadamente, o no conscientemente, y la influencia ideológica no es entonces intencional, sino un reflejo automático de modelos tendenciosos, aunque esta falta de voluntariedad no limita para nada la reproducción ideológica.

#### **12.4. Discurso, semántica y persuasión**

Una vez que ha Dijk (1999, 295) ha expuesto de forma algo imprecisa, pero suficiente, el papel del discurso en la reproducción de las ideologías, el siguiente paso que da es precisamente para detallar una teoría de la reproducción ideológica discursiva. Para ello se

remonta a los capítulos de su obra donde desarrollaba el nivel cognitivo del análisis. Esto es así porque “la base cognitiva de una teoría de la reproducción ideológica no es ni un lujo ni una reducción de lo social a lo personal”. Las representaciones social y culturalmente compartidas también son necesarias para la comprensión de las experiencias personales y la realización de acciones individuales. Por lo tanto hace falta una teoría cognitiva del procesamiento del discurso. Como resume Dijk, el objetivo de todo su trabajo es justamente conectar las dimensiones cognitivas y sociales de las creencias y el discurso.

Así, para describir la producción del discurso se refiere a un conjunto de representaciones y operaciones complejas que puede ser considerada como una unidad de producción con tres módulos principales, uno pragmático, uno semántico y otro de formulación.

Cuando las personas se enfrentan a situaciones de texto o conversación, lo primero que hacen es construir un modelo de contexto relevante que selecciona sus creencias sobre la situación. Este modelo de contexto contiene un «plan» que comprende toda la información necesaria para realizar el acto de habla apropiado. De este modo, mientras que el módulo semántico especifica qué se quiere decir, el pragmático controla cómo hacerlo del modo más eficiente desde el punto de vista de la comunicación. El módulo pragmático se ocupa de todas aquellas variaciones del discurso que son una función del módulo semántico: los actos de habla, la interacción y las dimensiones estilística y retórica del texto y la conversación. Conviene observar que tanto en la escritura como en la conversación monológica el modelo permanece invariable durante la producción, mientras que en la interacción de la conversación el modelo es dinámico y permanentemente actualizado. Tampoco interesa olvidar que los modelos comparten una parte muy similar entre dos personas, pero que también tienen una parte diferenciada que los interpreta de una manera distinta, a pesar de lo cual las personas tienen estrategias lingüísticas efectivas para resolver la falta de comprensión.

El módulo semántico es el responsable de proporcionar información para la construcción del significado del discurso. Por ello se vale de la vasta colección de representaciones acumuladas en las memorias social y personal. Durante los eventos comunicativos, las personas no solamente recurren a sus modelos de experiencia y acontecimiento relevantes en la memoria personal sino que también recurren a las representaciones sociales compartidas, de las que se hace un uso consciente. Por eso restringen su conocimiento para adaptarlo al modelo de contexto en curso, seleccionando de los modelos de acontecimiento solo un pequeño fragmento de la información contextualmente relevante durante la construcción del significado del discurso. Lo demás permanecerá implícito, bien porque se da por sobrentendido o porque se quiere ocultar.

La consecuencia de la acción combinada de los módulos pragmático y semántico es una representación semántica. Lo normal en estos casos es que los usuarios de la lengua recurran a estrategias que les permiten adaptar la selección de lo que creen y de lo que saben a las restricciones del cambiante modelo de contexto de una manera permanentemente actualizada.

Lo que por lo general es un punto de partida en estas situaciones es el conocimiento previo de los tópicos o temas del discurso. Los tópicos o macroestructuras semánticas no solo permiten la planificación y la comprensión del discurso, sino que también permiten el manejo de una gran cantidad de información para un período más prolongado del evento. Permiten a los usuarios hacer sus discursos más coherentes y anticipar a los receptores sobre que se va a hablar, algo que les permitirá activar o construir de antemano la

estructura superior de los modelos mentales relevantes. Bajo el control global de los tópicos, el módulo semántico crea los significados reales del discurso en forma de una secuencia de proposiciones localmente coherentes. Las proposiciones son seleccionadas de los niveles inferiores más detallados a partir del modelo que el hablante/escribiente tiene sobre un acontecimiento. Esta restricción se produce por indicación del modelo de contexto. Es evidente que durante la construcción lineal de un discurso otros módulos pueden también influir en la producción de sus significados: el pensamiento y las inferencias en curso, las percepciones y experiencias actuales, las interpretaciones de las reacciones de los receptores.

Por último, el módulo de formulación emplea el producto de los módulos pragmático y semántico para producir emisiones reales en una lengua natural dada ateniéndose a todas sus reglas discursivas, gramaticales y léxicas. Este complejo proceso es también adaptativo y a su vez retroalimenta a los módulos pragmático y semántico. La progresión es lineal, enlazando palabras, frases, oraciones y unidades de representación de semántica, como proposiciones o conceptos, a las expresiones léxicas en el orden gramatical apropiado. Las imperfecciones serán soslayadas siempre que en su conjunto no lleguen a desvirtuar la expresión. De esta manera, cuando se combina con las expresiones léxicas el contenido semántico, derivado de su módulo y de su modelo de acontecimiento y controlado por el módulo pragmático y por su modelo de contexto, entonces serán expresados en el habla o en la escritura siguiendo las reglas fonológicas o gráficas respectivamente.

Una vez que Dijk (199, 300) ha explicado de manera esquemática cómo las representaciones mentales se incorporan al texto y la conversación, al tiempo que la comprensión de ellos contribuye a la construcción de las representaciones mentales, el problema es entonces determinar cómo las ideologías interfieren en ambos procesos.

Un primer procedimiento es mediante su expresión directa. Como ocurre con todas las representaciones mentales, si las restricciones del módulo pragmático lo permiten, el módulo sintáctico puede seleccionar directamente las proposiciones ideológicas pertinentes para su representación semántica en el discurso. Es el caso de la propaganda, el análisis teórico y los discursos para la explicación, justificación o legitimación ideológicos.

En las expresiones directas particularizadas, las creencias ideológicas se expresan a través de la particularización de modelos mentales en la memoria episódica de las proposiciones generales de la memoria social. Por lo general, las justificaciones incluyen esas expresiones directas particularizadas. En cuanto se aplican reglas morales, actitudes e ideologías generales al contexto presente y a sus participantes, se produce una expresión directa particularizada de las ideologías. En el contexto presente, las variables son reemplazadas por las constantes (para participantes, tiempo, lugar, etc.).

Igual que ocurre con las expresiones directas de las ideologías, las actitudes ideológicas también se pueden manifestar directamente en el dominio específico controlado por esa ideología. Lo normal en estos casos es que la información de las representaciones sociales esté combinada con las restricciones del módulo pragmático e introducida en el módulo semántico, por eso el discurso producido así puede ser comprendido como una expresión explícita o señal indirecta de esas creencias ideológicas. No obstante, aquí nunca podemos pasar por alto las posibles restricciones del modelo de contexto que pueden afectar a estas expresiones por motivos determinados, como el acatamiento social o la realización de objetivos específicos.

Una buena parte del discurso se refiere a experiencias y hechos concretos, lo que significa que su información procede de los modelos de acontecimiento. En muchos casos, las creencias y actitudes ideológicas pueden ser particularizadas y aplicadas a situaciones personales, dando origen a la expresión ideológica a partir de los modelos de acontecimiento. Una vez que una opinión personal forma parte del modelo de acontecimiento de esa persona, ya puede ser usada como imput para el módulo semántico. Entonces será el modelo de contexto el que determine si esa opinión se utilizará o no en la representación semántica de una historia o un argumento.

Ya que todos los modelos pueden estar ideológicamente influidos, también lo estarán los de contexto. Ejemplos claros de expresión ideológica a través del modelo de contexto los encontramos cada vez que las personas representan negativamente a los coparticipantes tan solo porque pertenecen a otros grupos sociales y por eso las menosprecian. Sus intenciones, objetivos y acciones quedan condicionadas por su ideología y actitudes. Estas creencias influyen de muchas formas en los módulos semántico y de formulación. Los modelos de acontecimiento pierden restricciones, como la cortesía o la no discriminación, y los modelos de contexto pueden afectar a estructuras expresivas, como el uso de los pronombres o las entonaciones imperativas y descortesés.

Esto demuestra, una vez más, que un análisis teórico directo del discurso es prácticamente imposible. Las personas pueden fingir, mentir, disimular, ser irónicos, metafóricos, y decir de otras muchas maneras lo que no significan literalmente. Sin el conocimiento de los contextos no se puede comprender, inferir o criticar el discurso o acto comunicativo.

Resumiendo lo tratado sobre la producción del discurso, esta se sitúa por encima de las formas en las que las ideologías subyacentes controlan otras representaciones sociales, como las actitudes, que al mismo tiempo afectan a las opiniones de los modelos de contexto y acontecimiento, de tal modo que, finalmente, estos son los que acaban por definir los módulos de producción del discurso. Discurso e ideología marchan a la par, pero la expresión de las ideologías requiere varias etapas. Los discursos raramente se presentan como netas expresiones ideológicas.

Pero en esencia todo este complejo esquema discursivo tiene una finalidad muy general que es propiamente la de transmitir significados para otras finalidades más específicas. Que estas finalidades se vean cumplidas dependerá en gran medida de cuanto se ajuste el acto comunicativo al marco teórico propuesto hasta ahora. Pero hasta aquí Dijk (1999,304) ha indagado primordialmente en las relaciones entre discurso e ideología. Ahora se propone estudiar la forma en la que el discurso puede ser utilizado de manera persuasiva para la formación o el cambio de la ideología, es decir, analizará las formas en las que los discursos con contenidos ideológicos producen efectos, y que efectos producen.

De igual modo, nos volvemos a encontrar frente a la ambigüedad de las nociones de «persuasión» y de «efectos» igual que pasaba con los demás conceptos tratados anteriormente. Tomando en cuenta la condición de los medios de comunicación como los factores fundamentales para la reproducción ideológica, estas ideas de persuasión y de efectos han sido claves en el campo de la comunicación de masas. Siguiendo el desarrollo de Mauro Wolf (1987), la ingente cantidad de investigaciones a que dieron lugar los diferentes enfoques teóricos sobre los medios de comunicación, enfoques que se fueron relevando unos a otros, precisamente buscaba la eficacia de los mensajes informativos para garantizar sus efectos entre el público en general.

Pero ya hemos visto de forma reiterada que la relativa eficacia de los medios ha sido siempre dudosa, polémica, y los resultados de las investigaciones contradictorios. Ante las evidencias, todo lo más cabe confiar en la teoría de la Agenda-Setting, que postula la competencia de los medios para influir en aquellos tópicos sobre los que tiene que pensar la gente antes que directamente en lo que pensará acerca de estos o de otros tópicos; es decir, los medios todo lo más que logran es focalizar la atención del público, pero no modelar sus pensamientos.

Según Dijk (1999, 315), el fracaso de estas investigaciones se debe en gran medida a su insuficiencia teórica en dos dominios implicados directamente en las nociones de «efecto» y «persuasión», que son el discurso y la mente. Como hemos visto, para poder referirse a la influencia del discurso es necesaria una “teoría explícita sobre las estructuras del texto y la conversación y sus contextos, al igual que una teoría cognitiva de la comprensión del discurso y otras representaciones mentales involucradas en la comprensión y los efectos cognitivos”. Otra limitación en el desarrollo experimental del campo se debe a la confusión sobre las representaciones mentales comprometidas en los procesos de cambio debidos a los efectos del discurso. La mayor parte del trabajo experimental se centra en los cambios a corto plazo y no en los cambios socialmente compartidos a largo plazo (ideológicos).

A nuestros efectos, sin que en ningún momento debamos descuidar los lentos y prolongados en el tiempo cambios ideológicos, para establecer la relación entre ideología y Opinión Pública nos interesa centrarnos en el efecto que tienen las representaciones socialmente compartidas de naturaleza ideológica en la permanente actualización de las opiniones según sea el transcurso de los acontecimientos de actualidad. El discurso solo tendrá efecto en la adecuación de las opiniones a través de sus repercusiones políticas con base en las diferentes ideologías.

En todo caso, según Dijk (1999, 305), lógicamente el análisis de la persuasión debe basarse en la teoría de la cognición y el procesamiento del texto resumidos anteriormente:

1. La comprensión y la influencia del discurso son un proceso complejo que depende tanto de las estructuras del discurso como del procesamiento y la representación mental del receptor (dependen de él mismo)

2. La comprensión del discurso, además del procesamiento de las estructuras del texto y la conversación, implica también el de el contexto tal y como es construido por el receptor en sus adaptativos modelos de contexto. Estos, a su vez, facilitan tanto la construcción como el cambio de sus modelos de acontecimiento.

3. Por complejas que resulten las relaciones entre creencias fácticas (conocimiento) y evaluativas (opiniones y actitudes), los discursos tienen influencia en las segundas solo cuando son al menos parcialmente comprendidas. La persuasión presupone la comprensión.

4. Definida la persuasión como el proceso de cambio de opinión a consecuencia del discurso, conviene distinguir entre los diferentes tipos de creencias evaluativas. Una primera distinción la realizamos, por un lado, entre opiniones personales representadas tanto en los modelos de acontecimiento como los de contexto, y por el otro, las opiniones socialmente compartidas y representaciones sociales, como las actitudes o la ideología. Una segunda distinción se debe hacer entre opiniones particulares y generales o

abstractas. Con carácter general, las actitudes socialmente compartidas no dependen del contexto específico y por eso son abstractas y generales. De este modo, Dijk no confunde todas las creencias evaluativas en la categoría de «actitudes», sino que preserva su sentido original como «un conjunto de opiniones socialmente compartidas» que poseen una mayor perdurabilidad en el tiempo que las opiniones personales.

5. De estas últimas distinciones se deriva que los discursos pueden afectar de modo diferenciado a las distintas creencias evaluativas. Pueden cambiar opiniones personales, o bien opiniones más generales y abstractas. Incluso pueden llegar a cambiar más lentamente las representaciones sociales de todo un grupo, hasta de varios, como ocurre con el discurso educativo o el de los medios.

6. Aunque los discursos pueden tener efectos ideológicos sin expresar ideologías explícitamente, dada la complejidad del análisis del discurso es conveniente acotar la investigación de la influencia ideológica a los discursos que expresan explícitamente ideología.

7. Por último, es evidente que el análisis de los procesos de efecto, influencia o persuasión tiene que relacionar las estructuras del texto y del contexto con la del procesamiento del discurso y con los detalles de las representaciones mentales, tanto en la memoria episódica como en la social.

Así pues, una vez establecidas algunos fundamentos para el análisis de la influencia ideológica del discurso, Dijk (1999, 307) nos propone centrarnos en las estructuras y estrategias discursivas y cognitivas coimplicadas en la formación y el cambio de las ideologías a partir de la comunicación verbal.

Efectivamente, las condiciones cognitivas resultarán ser esenciales en este proceso. Ya antes de que se inicie, la gente por lo general posee una gran cantidad de creencias fácticas y evaluativas representadas en los modos descritos. Estas provienen, tanto de la educación y la socialización, como de experiencias personales directas y de la interacción social. De esta manera, podemos suponer que la persuasión ideológica es más eficaz ante la falta de conocimientos social y político, si se carece de opiniones alternativas, o si las proposiciones ideológicas no entran en conflicto con las experiencias personales. Por lo general, los miembros sociales han aprendido a distinguir entre creencias fácticas (verdaderas o falsas) y evaluativas. También han adquirido la competencia cognitiva que les permite distinguir entre las opiniones personales y las de otros, con las que coincidirán, ya sea de una manera agregada o no.

Para rematar este esquema, las personas también saben que los conocimientos y las creencias propias y ajenas pueden cambiar. En el caso de los conocimientos, los requisitos para el cambio incluyen el que los hechos deben ser sostenidos por criterios de verdad; para el caso de las opiniones se precisan argumentos basados en hechos o en valores morales. Así pues, las ideologías se adquieren en un ambiente rico y bien desarrollado social y cognitivamente.

Al conocimiento de que los demás pueden tener las mismas o diferentes opiniones sobre el mundo le sucede la idea de que las opiniones se distribuyen por «tipos» de personas que las comparten o no según sean del mismo o de diferente tipo respectivamente. Al mismo

tiempo, las personas aprenden desde muy temprano que muchas de sus opiniones primigenias parecen ser muy adecuadas para la evaluación de situaciones y acontecimientos diferentes. A partir de entonces, las actitudes más complejas que se adquirieron durante la adolescencia comienzan a conformarse en sistemas ideológicos más o menos desagregados con los que ya pueden identificarse.

Pero no solo las condiciones cognitivas son fundamentales en el proceso de formación o cambio de las ideologías, también lo son las sociales. Las personas también saben que la interacción social, incluido el discurso, afectan al cambio de opiniones en general. Saben que hay que defender las opiniones propias contra los argumentos de los 'otros'. Tampoco ignoran que sus opiniones no son exclusivamente personales, que pueden ser compartidas por un grupo o condicionadas por la pertenencia a una determinada categoría. Las ideologías, como las demás representaciones sociales, son a la vez compartidas como formas de cognición social y producidas socialmente con otros miembros del grupo.

Lo anterior es extensivo a las dimensiones cognitiva y social del discurso. Las personas además saben que las opiniones se expresan específicamente en el texto o la conversación de manera más o menos persuasiva. La interacción discursiva ordinaria se desenvuelve en el seno del grupo o en el de ordenamientos, organizaciones o instituciones sociales más amplios. Como resume Dijk (1999, 310) "a través de procesos bastante complicados de percepción, interacción, comunicación y discurso sociales, los miembros del grupo adquieren gradualmente la noción misma de actitudes de grupo".

Pero esto solo es posible a partir del momento en el que las personas han aprendido que significa ser miembros de un grupo, algo que por la general ocurre gradualmente durante la adolescencia. De pensar en uno mismo, «yo», se pasa a pensar en «nosotros» y «ellos», desarrollando todas aquellas categorías que configuran a un grupo con ideología, esto es, identificándose con el grupo al participar en sus actividades, compartiendo alguno de sus objetivos, ajustándose a sus normas valores y reglas, e interactuando en el conflicto con otros grupos en la disputa por el acceso a los recursos sociales.

No obstante, el proceso de diferenciación social consciente se inicia bastante antes de la adolescencia. Así, aunque las ideologías sociopolíticas se adquieren más tarde, las condiciones sociales creadas por la socialización primaria y secundaria permiten a los niños aprender la condiciones cognitivas y sociales para la pertenencia al grupo y para entender como esta pertenencia se relaciona con las opiniones.

Bosquejadas las condiciones sociales y cognitivas necesarias para la formación y el cambio de las ideologías, Dijk (1999, 311) se propone resolver la forma en la que se produce la necesaria comprensión del discurso para tal cambio. En las circunstancias socio-cognitivas descritas, los integrantes de la sociedad se encuentran expuestos a gran cantidad de discursos que expresan opiniones sociales relevantes. Aunque el discurso que expresa creencias fácticas también desempeña un papel en la formación de ideología, las opiniones que se infieren del discurso frecuentemente están prefiguradas en el discurso, algo que tiene dos posibles consecuencias para la cognición. Unas veces las personas pueden representar los acontecimientos en sus modelos de acontecimiento incluyendo en ellos a las opiniones sobre estos eventos. Otras veces lo que hacen es separar estas opiniones tal y como se expresan en el texto y la conversación como si fueran opiniones propias del hablante/escribiente para almacenarlas en un modelo sobre el hablante/escribiente como parte del modelo de contexto.

En este último caso, se puede estar o no de acuerdo con esas opiniones, pero es evidente que automáticamente se construye un modelo del hablante/escritor que también incluye opiniones sobre él, a veces obtenidas a posteriori aunque con el tiempo ni siquiera se recuerden los hechos concretos del modelo de acontecimiento.

En el primer caso, si las opiniones se almacenan como parte del modelo de acontecimiento la opinión es provisionalmente aceptada. De igual manera que, sobre la base de criterios de verdad, de argumentos y de conocimientos o creencias previos, se evalúa el discurso que se comprende como fáctico, ya sea verdadero o falso, así también se evalúan las opiniones.

Si la opinión se ajusta a las opiniones personales o sociales generales de los receptores entonces será asociada con el acontecimiento en el modelo de acontecimiento. Caso contrario, estamos ante su reserva para el modelo de contexto. Pero aún hay más, otro tanto ocurrirá también con las creencias fácticas expresadas por el discurso, ya que si no se cree en lo que cualquier otro está diciendo carece de sentido construir un modelo de acontecimiento y entonces se le atribuirán las afirmaciones al hablante/escritor.

Dijk (1999, 312) nos recuerda que los modelos mentales fueron introducidos en la psicología cognitiva para resolver problemas derivados de la «comprensión» del discurso. Cuando las personas pueden construir al menos algún modelo aunque solo sea fragmentario sobre el objeto del discurso, se dice que han comprendido (parcialmente) el texto o la conversación. Aquí la verdad o la falsedad no son ninguna condición para la comprensión; incluso el discurso «falso» necesita ser comprendido construyendo un modelo más o menos limitado para él.

No obstante, esto no significa que no necesitemos alguna forma para evaluar la veracidad de los acontecimientos representados por el modelo. Como explica el propio Dijk, una opción sencilla consistirá en «marcarlo» como verdadero o falso tras la comparación de sus hechos con los de otros modelos verdaderos que ya se poseen o con ciertas instancias de conocimiento general, compartido y «verificado». Otra opción es la de almacenar los modelos estimados como «verdaderos» en una localización seleccionada en la memoria para marcarla como «conocimiento» personal. Esto facilitaría el que este conocimiento fuera además el socialmente compartido y aceptado en la memoria social.

En cualquier caso no se aplicará el mismo esquema para la representación de las opiniones. En realidad estas últimas no son propiedades de los hechos, sino de las personas. Las opiniones no se vinculan a los acontecimientos y sus modelos, sino al hablante/escritor y a sus propios modelos como parte del modelo de contexto. Desafortunadamente todavía no hay una manera satisfactoria y sutil para representarlas. Representar a las opiniones como proposiciones con un predicado evaluativo basado en algún valor social o cultural es demasiado simple; muchos predicados no admiten ser categóricamente clasificados como fácticos o como evaluativos, serán una cosa o la otra en función del grupo o cultura que los refiera. Por eso solo podemos representar a las opiniones en los modelos como proposiciones de creencias evaluativas.

No obstante, es necesario reseñar que la debilidad teórica que se deriva de tal ambigüedad refleja lo que realmente hacen las ideologías: lo que unas personas representan como modelos de «hechos» otras lo representarán como modelos de contexto de opiniones de otros. Esto explicaría que el «sesgo» en las representaciones mentales como una función de las diferentes ideologías se debe justamente a que los sistemas de modelos se organizan de un modo diferente para cada una de ellas. Precisamente así es como las tareas del

procesamiento, incluidos el uso de los modelos en la comprensión y producción del discurso, pueden ser afectadas por estas distintas representaciones. Y por eso es por lo que en las estructuras del discurso y en su procesamiento debería resultar evidente si lo que se representa es a un acontecimiento como verdadero o como falso, y si mis opiniones sobre él son parte de mi modelo de acontecimiento o bien son atribuidas al hablante/escribiente.

Extendiendo algo más el esquema propuesto, las personas no solo construyen modelos sobre los hablantes/escribientes a partir de lo que ellos dicen, sino también de otros aspectos contextuales como su pertenencia al grupo, su apariencia física, las actividades no verbales..., además del resto de los aspectos contextuales del evento comunicativo (ubicación, soportes, circunstancias, etc.). Todos ellos pueden ser determinantes para la construcción de los modelos de acontecimiento y las opiniones. De hecho, el efecto de algunos de ellos resultará de una particular eficacia para la persuasión, como es el caso de la credibilidad de los hablantes/escribientes.

En resumen, las interpretaciones subjetivas del contexto o modelos de contexto nos procuran una gran cantidad de recursos para la evaluación epistémica de los discursos en la construcción de los modelos de acontecimiento y el establecimiento de su veracidad.

El proceso del cambio o persuasión ideológicos se completará una vez que los modelos de contexto, de acontecimiento y aquellos discursos de opinión creados como propia opinión sobre los acontecimientos o sobre el contexto, se saquen de él. Esto es, terminará cuando se haga abstracción y generalización de los modelos de acontecimiento y de contexto particulares para su posterior utilización en la evaluación de futuros acontecimientos. O sea que el resultado se termina por traducir en representaciones mentales que pueden ser socialmente compartidas o no.

Es el primer caso el que nos debe interesar. Entonces será necesario que los hablantes pertenecientes a un grupo que se dirigen a sus miembros construyan los modelos de sus interlocutores y sus creencias generalizando esos modelos a representaciones sociales que incluyan a las creencias compartidas del grupo. La descontextualización proporcionará el criterio fundamental para que finalmente se produzca la transformación del conocimiento personal en conocimiento social, proceso que también resultará válido para las opiniones. Y ya por último, debemos tener en cuenta que también se pueden hacer generalizaciones y abstracciones de los conglomerados de opiniones sociales (actitudes) con forma de ideologías en los que la descontextualización por lo general concierne a dominios o circunstancias sociales específicos.

Lógicamente, cuando el discurso ideológico es explícito no es necesaria la intervención de los modelos. Si el hablante/escribiente es lo suficientemente creíble no hacen falta los «hechos» o circunstancias que sostengan a las representaciones sociales. En cualquiera de los casos, la activación de la descontextualización contribuirá siempre a esta transición: si las mismas o parecidas aseveraciones son hechas por suficientes miembros del grupo este consenso aumentará por sí solo su credibilidad a expensas de su validación subjetiva.

Resumiendo, tanto los modelos de contexto como los de acontecimiento son utilizados como fuentes en la validación evaluativa del discurso. Las ideologías pueden adquirirse indirectamente por la descontextualización de modelos particulares y personales en representaciones más generales y abstractas. Pero también pueden adquirirse por expresiones directas de creencias sociales que al final también requerirán de su

descontextualización para poder ser finalmente validadas por su contraste con la vida cotidiana de las personas.





## 13. Cognición e ideología en la Opinión Pública.

### 13.1. La legitimación política

Antes seguir adelante en la progresión conceptual de Dijk, para nuestros efectos es relevante reseñar la importancia que poseen las creencias evaluativas, las opiniones y actitudes, en el esquema de Dijk. El hecho de que resulten esenciales para la producción y el cambio de la ideología pone a esta última en estrecha relación con la misma noción de Opinión Pública que nos hemos propuesto.

Es evidente que los modelos de acontecimiento incluyen una gran cantidad de opiniones, o conjuntos coherentes de ellas (actitudes), que, cuando son socialmente compartidas, como resulta en el caso específico de las ideologías, solo necesitan ser extendidas en su alcance social y expuestas a la actualidad para configurar dinámicamente a la propia Opinión Pública. En este sentido, hemos de partir del curso de los acontecimientos y de su relato de la actualidad discursivamente construida desde los medios de comunicación de masas, aunque muchas veces se haga de una manera sesgada.

Así, los receptores de la información de actualidad adecúan, mediante sus correspondientes descontextualización, abstracción y generalización, a sus modelos de acontecimiento y a las opiniones que incluyen para crear su expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político. Estas opiniones no son otra cosa que creencias evaluativas públicas sobre la eficacia de la acción política del grupo políticamente dominante en el poder, basadas en el cálculo cuasi-racional de las ventajas e inconvenientes que tiene para la expectativa vital de cada uno. Es seguro que los modelos de acontecimientos, y sus opiniones, incluidos en las ideologías y en otras representaciones socialmente compartidas, que ya poseen los receptores resultarán claves en esta adaptación condicionada por los modelos de contexto y por sus restricciones durante la exposición al discurso mediático.

En todo este proceso con total probabilidad debe operar el esquema sobre la ideología que desarrolla Dijk. Cuando su objeto queda delimitado por la actualidad y por sus consecuencias cognitivas hacia el ejercicio regular del poder político, la exposición al discurso producido por los medios sigue este mismo esquema de relaciones institucionales que oportunamente adecuaremos a su propio ámbito con más detalle.

No obstante, hoy en día cabe reseñar que el relevante papel que Dijk reservaba en su momento a los medios de masas como instrumento para la reproducción de la ideología dominante está relativamente cuestionado como reiteradamente hemos venido sosteniendo. La extensión de la racionalidad consecuencia del progreso social, y la auto-comunicación de masas derivada de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en red, menguan progresivamente su tradicional dominio o hegemonía ideológicos.

Las formas en las que las ideologías dominadas consiguen el acceso al discurso público ya no dependen exclusivamente del control de los medios tradicionales ejercido por el grupo políticamente dominante. Una manera de soslayar esta pérdida de influencia de los medios tradicionales debida a las redes sociales consiste en incluir en el análisis del discurso ideológico, no solo al discurso mediático, sino también al discurso que se produce en las redes sociales. Particularmente al que se produce en eventos comunicativos con seguimiento masivo protagonizados por aquellos líderes de opinión con una legión de seguidores.

Pero lo que todavía no es cuestionable es el papel que aun se reserva a los medios tradicionales en el seguimiento de la actualidad. Ello a pesar de sus sesgos y de la consecuente pérdida de credibilidad que ha acabado por desviar el interés de una parte creciente del público hacia la llamada información alternativa que eclosiona por todos los rincones de Internet.

En todo caso, el siguiente paso que da Dijk (1999, 318) es aun más determinante para la Opinión Pública y su función institucional que la misma persuasión para producir ideología, solo para influirla o para modificarla. Ahora se centrará en el problema de la legitimación ideológica. En este sentido no se puede ser más categórico, “La legitimación es una de las principales funciones sociales de las ideologías”. No obstante el reconocimiento de su función socialmente legitimadora para la ideología, Dijk se apresura justamente a realizar ciertas precisiones a las que le obliga el enfoque netamente sociológico seguido en toda su teorización.

Así, desde una cierta distancia de las nociones con las que ha sido estudiada por la filosofía, por el derecho y por las ciencias sociales y políticas, él situará a la legitimación en el marco específico del análisis del discurso. En este ámbito, la legitimación tiene que ver con los actos de habla en los que uno trata de defenderse a sí mismo justificando o explicando sus acciones: “La legitimación puede ser una práctica discursiva compleja, continuada, que involucra a un conjunto de discursos interrelacionados” (1999, 319).

Llegado este momento en la reflexión de Dijk consideramos oportuno realizar ciertas puntualizaciones sobre su esquema teórico que pretenden desplazar la orientación de su enfoque netamente sociológico para adecuarlo mejor a nuestro propósito de relacionar estructuralmente a la ideología con a la Opinión Pública.

Nosotros hemos atribuido desde un comienzo de nuestro trabajo una dimensión político-institucional a la Opinión Pública que, a su vez, nos exige remarcar también el carácter netamente político de las ideologías. Solo en su apariencia es posible mantener a las ideologías en general alejadas de su condición de instituciones políticas. Dijk lo logra con bastante acierto centrándose en la dimensión social de las ideologías al combinarla con su dimensión cognitiva, situando a las ideologías a medio camino entre la micro y la macro sociología.

No obstante, es muy fácil comprobar hasta qué grado las ideologías son instituciones políticas a través del seguimiento de la noción de ideología que ofrecimos a lo largo de los antecedentes de la idea. Esta parte de nuestra indagación la concluimos con la discusión sobre su absoluta vigencia política por encima de su liquidación tal y como la pretendieron certificar el puñado de liberales reunido en el cónclave de Milán.

Abundando en ello, la explicación de Dijk está perfectamente «ilustrada» con una infinidad de ejemplos de los que nosotros hemos prescindido por razones de economía explicativa, a costa de perder su esclarecedora eficacia para este mismo propósito, eficacia que se conserva intacta en su obra original. Lo relevante del caso es que la inmensa mayoría de los ejemplos que figuran en ella se refieren a hechos y circunstancias de naturaleza política o con repercusiones y consecuencias de esta misma naturaleza.

Por supuesto que ni podemos, ni vamos a realizar un juicio de intenciones acerca de Dijk y de su esquema sociocognitivo sobre las ideologías. Es más, consideramos de un gran rigor la aséptica neutralidad con la consigue obtener el resultado de un trabajo tan ideológicamente comprometido como es el del propio desarrollo de una teoría sobre «las ideologías». En gran medida es por eso que lo hemos adoptado como esquema para nuestro propio modelo teórico sobre una causa estructural de la Opinión Pública, la ideología.

Lo cierto es que, si la legitimación tiene que ver con los actos de habla en los que uno trata de defenderse a sí mismo justificando o explicando sus acciones, el propio Dijk (1999, 319) reconoce que la legitimación en realidad es “la contrapartida institucional a esas justificaciones. [...] La legitimación, en este caso, es un discurso que justifica la acción «oficial» en términos de derechos y obligaciones asociados con ese rol política, social o legalmente”. Así pues, los discursos legitimadores presuponen normas y valores que afirman que un curso de acción, una decisión o una política son «justos» dentro del orden legal-moral preponderante en la sociedad. Y Dijk (1999, 320) concluye: “Dadas las relaciones entre la legitimación y el poder institucional, el discurso de la legitimación es prototípicamente político. Los que se legitiman a sí mismos son aquellos que [...] ejercen el poder”. Poco más tenemos que añadir nosotros a esta conclusión que él nos ofrece sobre la verdadera función política de la legitimación que no sea la de remarcar la dimensión política de las ideologías, ya sean de dominación o de resistencia.

Una vez aclarado que la legitimación se vuelve particularmente necesaria cuando se produce un cuestionamiento de las instancias del poder, es decir, en momentos de crisis institucional, Dijk invierte la relación legitimadora y nos habla de la legitimación que se produce de abajo a arriba en lugar de arriba hacia abajo. Se refiere a la forma en la que la que sectores, categorías y clases sociales aceptan como «legítimas» situaciones de opresión y abusos de poder por entender que se trata de circunstancias de «justicia natural», circunstancias que se corresponden con algún orden social «dado» e «inalterable». No obstante, nos recuerda que esta forma de autoevaluación suele estar establecida por las élites mediante una legitimación manipulada de antemano, y nosotros añadiremos que «ideológicamente» manipulada.

Al margen de esta macrofunción de legitimación ideológica de las instancias políticas, ya que la legitimación presupone la existencia de algún marco normativo-moral, recordemos que en los grupos sus ideologías son la base de las representaciones sociales compartidas, incluidos también ciertas normas y valores. Estos proveen claramente un fundamento para

el juicio y la acción. Por eso las ideologías facilitan unos principios básicos que sirven para la legitimación interna del grupo.

Pero lo relevante aquí es que estas normas internas también pueden ser utilizadas para justificar, o bien para desafiar, la posición social de un grupo en su relación con los otros. Es precisamente en este caso donde la ideología y la legitimación se determinan mutuamente por el control de las relaciones entre los grupos, como son las de poder, las de dominación y las de resistencia, trascendiendo así en el ámbito de lo político. Para legitimar su acción frente a los demás, un grupo tiene que demostrar que sus principios son más justos y mejor adecuados al orden moral general, que son menos partidarios e interesados. Aquí es donde la persuasión y la manipulación pueden combinarse con la «legitimación» para lograr que otros grupos acepten su ideología de una manera impuesta o sutil.

Obviamente, el conflicto entre los grupos en su disputa por los recursos y el poder se traslada a la lucha por la legitimidad. No solo se trata de legitimarse, sino también de deslegitimar a los grupos rivales mediante estrategias que pueden seguir su propio esquema ideológico. Las categorías que identifican a cada grupo social que desafía al/los grupo/s dominante/s o al statu quo pueden ser deslegitimadas de variadas maneras. Si los grupos se definen por sus objetivos bastara con atacar a estos mediante su deslegitimación, restándoles importancia o directamente apelando a la supuesta realidad de su inexistente objeto.

Las estrategias de deslegitimación generalmente promueven normas, valores e ideologías como si estas fueran universales o mayoritariamente aceptadas. Los grupos dominantes por lo general no se referirán abiertamente a sus intereses, en su lugar tratarán de argumentar las bondades y beneficios de sus acciones y políticas para toda la sociedad. Alternativamente, cada desafío ideológico a su hegemonía será particularizado en los intentos para ser deslegitimados, muchas veces según sea su misma ideología.

En el apartado anterior veíamos la relativa eficacia de los discursos para la formación y el cambio de las actitudes e ideologías subyacentes por la persuasión. En la práctica, las estrategias de legitimación y deslegitimación son muchas veces discursivas. Sirven para promover o proyectar una imagen positiva de sí mismos o una negativa de los rivales. Particularmente, cuando el discurso público de cualquier grupo social puede ser controlado o deslegitimado, el grupo hegemónico o rival puede entonces hacerse con la hegemonía del campo simbólico, estableciendo así el control de los significados y de las mentes de los receptores de su discurso.

Las estrategias de deslegitimación y control del discurso son también muy variadas, pero la más habitual es la restricción al acceso del contexto de la producción del discurso; por ejemplo, mediante la administración controlada de la presencia en los espacios públicos, o bien directamente mediante la censura. No obstante, existe toda una verdadera panoplia de procedimientos alternativos para eso: citar fuera de contexto, focalizar elementos negativos o amenazadores del discurso, enfatizar la violación de valores comunes, o enmarcar el discurso de un modo específico por la descalificación del hablante.

Una de las formas más eficaces conocidas consiste en el control ideológico del hablante, tomado éste como la generalidad de todos ellos, por medio de su interiorización de creencias, actitudes o ideologías dominantes. Ya sabemos que los procesos sutiles de persuasión y manipulación crean modelos mentales preferidos de acontecimientos que, a su vez, pueden generalizarse a autorrepresentaciones sociales compartidas por el grupo. Así,

están sobradamente constados los casos de clase, de género o de «raza» que, después de ser expuestos sistemáticamente a discursos de legitimación, acaban por considerarse inferiores o ilegítimos frente sus dominadores. Según Dijk (1999, 325), aunque este sea el prototípico caso de la «falsa conciencia», es evidente que no se puede ignorar la existencia de otros muchos casos cuyo origen no solo es el de «la clase social». La resistencia a estas formas de dominación requiere a su vez de legitimación basada en una contraideología.

Dijk (1999, 326) indaga entonces en otras formas de deslegitimación del discurso rival basadas en sus efectos sobre los receptores y no así desde los hablantes. En este caso, se trata de orientar negativamente mediante la persuasión los modelos de acontecimiento y de contexto de los receptores, o bien de dificultar la mera recepción del discurso. Esta última opción pasa por las muchas formas en las que se administra y se evita el acceso a los medios de masas, o se les obstaculiza dicho acceso, o se impide su difusión.

Finalmente, Dijk repasa otra eficaz circunstancia legitimadora e inherente al ejercicio del poder. El poder por lo general no es tan solo político o económico, también es simbólico. Esto significa que muchas veces el discurso dominante puede considerarse más legítimo debido a su prestigio y autoridad, condición asociada con la verdad. Los políticos, los medios de masas y la ciencia ejercen su control ideológico desde la legitimidad que les confiere el manejo de los criterios de verdad. Dado que las élites poderosas controlan las instituciones que imparten y generan el conocimiento, la verdad y la opinión, su credibilidad y la «veracidad» de sus afirmaciones van más allá del acceso preferente al discurso público. Se trata de afirmaciones que acaban siendo «incontroversiales» por su evidencia «científica», por su «confiabilidad», etc.

### **13.2. Estructuras de persuasión ideológica del discurso: Manipulación y Opinión Pública**

Una vez estudiados la persuasión y la legitimación ideológicas, lo que toca es centrarse en aquellas propiedades discursivas que sirven a los objetivos de la legitimación y el control ideológico por el discurso. Estas propiedades tendremos que derivarlas de las estructuras ideológicas del discurso.

Dijk (1999, 328) nos previene de que el empleo de la expresión «estructuras del discurso» no se refiere ni mucho menos a que estas sean específicas para la expresión y la comunicación persuasiva de las ideologías. Prácticamente todas las estructuras pueden ser utilizadas para ese propósito y una misma estructura puede funcionar ideológicamente o no hacerlo. Partiremos de esta última premisa y del conociendo de que los modos en que pueden expresarse y transmitirse las ideologías son, o bien directamente en expresiones generales abstractas con base ideológica, o indirectamente por medio de la formación de creencias personales y específicas en modelos de contexto. Con estos prerequisites en mente, Dijk se propone estudiar las estructuras del discurso y el aspecto «social» de los usuarios de la lengua que se enfrentan con discursos ideológicos como receptores.

Más específicamente, dado que las expresiones ideológicas explícitas no plantean problemas para su análisis, mejor centrarse en las estructuras que expresan las ideologías persuasivamente, de un modo indirecto, implícito o sutil. Se trata de averiguar que estructuras del discurso son necesarias para la utilización persuasiva de los modelos mentales.

Así pues, la primera de las estructuras en las que repararemos para la búsqueda de sus efectos ideológicos persuasivos por el discurso serán las restricciones contextuales. Los contextos comunicativos del texto y la conversación se traducen automáticamente a los modelos de contexto de los participantes. Dejando claro que, efectivamente, una misma estructura del discurso puede tener efectos ideológicos en un contexto, pero no en otro diferente, cada una de las categorías contextuales ya estudiadas con anterioridad puede ser importante para la expresión, interpretación y funciones sociales del discurso ideológico. De todas ellas, Dijk (1999, 330) se refiere a dos para ilustrar como proceder en el análisis con las demás:

- El tipo de evento comunicativo como un todo, o sea, el género comunicativo. Este, al igual que los objetivos discursivos globales asociados con el mismo, tienen numerosas implicaciones para la producción y comprensión de las estructuras del discurso y, en consecuencia, para las funciones ideológicas del texto y la conversación. Así, algunos géneros sirven mejor como expresiones persuasivas de ideologías que otros, sobre todo por los tópicos asociados a ellos. La mayoría de los que se refieren a tópicos sociales tienen consecuencias ideológicas.
- Los tipos de participantes y los roles de los participantes. Existe una cierta expectativa para recibir las opiniones sociales ideológicamente relevantes de determinados miembros del grupo y no de otros. De este modo no solo se produce una restricción en las estructuras del discurso, sino en la situación comunicativa por el receptor: el modelo de contexto del receptor controlará la comprensión y la formulación del modelo de acontecimiento. En este último caso, Dijk (1999, 331) repara en que cuando algún discurso niega la ideología desde su propio contexto es cuando más hay que hacer su análisis ideológico; por ejemplo, cuando los medios de masas occidentales insisten en que los «hechos» deberían separarse de las «opiniones».

Pero además de estas dos categorías contextuales, Dijk se refiere brevemente a las propiedades de los receptores por su trascendencia en la reproducción ideológica. A nuestros efectos sobre la Opinión Pública, resulta particularmente relevante que el discurso de los medios de masas, o cualquier otro discurso público, tenga unas mayores repercusiones ideológicas que el de otros contextos, dadas las dimensiones de la audiencia. No solo se trata de que el discurso público transmita opiniones a muchos más grupos y más miembros, además este suele incluir hablantes con un rol institucional y una mayor autoridad y credibilidad. A la dimensión de la audiencia, al número potencial de receptores, se le puede llamar «alcance». A mayor alcance, mayores serán los efectos ideológicos. De este modo es como, finalmente, el alcance combinado con la credibilidad de los hablantes/escribientes hace que sus modelos sean construidos como los preferidos por los receptores.

La segunda de las estructuras relevantes para los efectos ideológicos persuasivos del discurso serán los tópicos; de hecho, puede que no exista otra tan relevante para la construcción y el procesamiento de los modelos. Las macroestructuras semánticas o tópicos derivan de las proposiciones de un discurso o un modelo de acontecimiento e incluyen lo que es más relevante para los participantes en el evento comunicativo.

Los tópicos encabezarán el modelo y es lo único que el tiempo no suele borrar de la memoria sobre el evento. Ya que están representados por macro-proposiciones, a menudo expresan opiniones y consecuentemente ideología. Pero además de macroestructuras preferidas de modelos de acontecimiento, los tópicos también proveen los «hechos»

utilizados en los argumentos retóricos de la conversación ordinaria como sustento de opiniones ideológicas. Finalmente, serán estos utilizados para abstracciones y generalizaciones posteriores como base para la confirmación de actitudes ideológicas e ideologías.

Ahora bien, el proceso de la comprensión del discurso y el papel que desempeñan los tópicos en él tienen ciertas implicaciones que lo hacen más complejo. Los tópicos definen la coherencia global del discurso al mismo tiempo que activan el conocimiento relevante y ayudan en la construcción del nivel superior de los modelos. Esto significa que los significados locales pueden entonces ser soslayados. Pero resulta que estos significados locales son justamente el «contenido» real del discurso, es precisamente donde la mayoría de las creencias ideológicas se incluirán en el texto y la conversación.

Dado que usualmente no todo lo que lo que conocemos sobre un acontecimiento necesita ser incluido en el significado del discurso, los hablantes/escribientes seleccionan lo que incluyen o lo que excluyen, algo que pueden y suelen hacer siguiendo pautas ideológicas. En teoría, solo se debería excluir aquello que se puede dar por sobreentendido. En la práctica, el hablante/escribiente seleccionará aquello que más le convenga para proyectar a través del texto y la conversación una imagen positiva de sí mismo y su grupo, y una negativa de los «otros».

Según Dijk, nos encontramos ante dos destacados principios de la reproducción ideológica, “la presencia o ausencia de información en la representación semántica derivada de los modelos de acontecimiento, y la función de expresión o supresión de información en beneficio del hablante/ escribiente”. Este segundo principio se integra en una estrategia global de comunicación ideológica que se despliega según el siguiente esquema:

1. Expresar/enfatizar información positiva sobre Nosotros.
2. Expresar/enfatizar información negativa sobre Ellos.
3. Suprimir/des-enfatizar información positiva sobre Ellos.
4. Suprimir/des-enfatizar información negativa sobre Nosotros.

(Dijk 1999, 333)

A estos cuatro movimientos Dijk los llama «cuadrado ideológico». Alternativamente a como son los movimientos de autorrepresentación en literatura, centrados en los individuos, estos otros se centran en los participantes como miembros de grupo. De esto podemos derivar a su vez que nos encontramos ante un nuevo y tercer principio del análisis del discurso: “puesto que las ideologías son sociales y basadas en el grupo, también las opiniones ideológicas expresadas en el discurso deben tener implicaciones para los grupos o las cuestiones sociales”.

Así pues, ya podemos esbozar alguna estrategia que podamos aplicar al análisis semántico. Centrándonos en lo que podríamos llamar «nivel de detalle y descripción», comparados con el modelo original que describen los discursos se pueden presentar más o menos incompletos. De este modo, a partir de los mismos modelos incompletos que sucederán a estos discursos, los receptores harán una construcción distorsionada de sus actitudes.

Inversamente, también entraría en la categoría del «nivel de detalle y descripción» la presentación de discursos excesivamente completos con proposiciones contextualmente irrelevantes para la comprensión de un acontecimiento.

Siguiendo el esquema del cuadrado ideológico, en ambos casos se trata de hacer una presentación positiva de Nosotros y negativa de Ellos. Pero, como podemos apreciar, no solo es eficaz para la persuasión ideológica la inclusión/exclusión selectiva de la información, también lo es el nivel de las proposiciones presentadas.

Las proposiciones pueden ser más generales y abstractas para describir nuestros malos actos y sus buenas acciones, o pueden ser muy detalladas para referirnos a sus malos actos y a nuestras buenas acciones, siguiendo de una manera más o menos ajustada al mismo esquema del cuadrado ideológico. En este sentido, mencionar detalles «preferidos» exige reelaborar los tópicos, de tal forma que los fragmentos de texto detallados lleguen a adquirir en sí mismos el estatus de tópico. Esto permitirá invocarlos ulteriormente y volver a rescatarlos fácilmente de la memoria a partir una sola proposición global. Se trata de algo que ocurre sobre todo si los detalles son «vivididos», si son ricos en los elementos visuales de las acciones.

Otra manera de dotar al discurso de efectos persuasivos que está en estrecha relación con la inclusión/exclusión selectiva de contenido y con el nivel de generalidad/detalle de las proposiciones, es la de lo implícito versus lo explícito del discurso. Las proposiciones pueden ser explicitadas o permanecer implícitas según los intereses del hablante/escribiente, no solo en los componentes significados de la acción, también en la expresión de las condiciones o causas y de los efectos de los acontecimientos. Una estrategia de persuasión ocasional en el discurso público es la de culpabilizar ideológicamente a las víctimas, haciendo explícitas sus condiciones negativas para presentarlas como «causas», cuando muchas veces son la consecuencia de otras verdaderas causas que se ocultan de manera implícita.

En ocasiones, una posición intermedia de las proposiciones se da cuando estas no están expresadas directamente en el discurso, sino que se implican a partir de otras que sí lo están. Así, la implicación y la presuposición se convierten en unas conocidas relaciones semánticas que son el producto de inferencias basadas en modelos y en conocimiento social. Aquí también se activa el cuadrado ideológico, particularmente para ocultar información cuando la inferencia a partir del conocimiento social compartido presenta una cierta dificultad. Un caso particular de estas estrategias es la consecuencia de omitir cierta información necesaria para la validación de las proposiciones del texto. Hablamos de presuposición cuando por este procedimiento de omisión se pretende «afirmar» o «negar» oblicuamente, sin enfatizar nada en cada caso y siguiendo también el esquema del cuadrado ideológico.

En línea con lo anterior, otras estrategias persuasivas de las que se vale el discurso ideológico se basan en la relación y el manejo de la «consistencia» de sus proposiciones. Según Dijk (1999, 336), normalmente “las secuencias de proposiciones están linealmente conectadas por relaciones de coherencia «local». Estas condiciones de coherencia están definidas antes que nada en relación con los modelos de acontecimiento”. Esto significa que dos proposiciones se relacionan coherentemente cuando expresan «hechos» en el modelo mental en el que se conectan (casualmente, condicionalmente, etc.). De este modo, si los modelos mentales se encuentran distorsionados por la ideología, la coherencia del discurso puede estar distorsionada y producir a su vez modelos tendenciosos en los receptores. En la práctica, a veces el sesgo ideológico de la coherencia puede llegar a presuponer modelos distorsionados sobre la propia situación social. Con carácter general, a

estas situaciones de falta de correspondencia entre las creencias sobre los hechos y los hechos mismos la ciencia cognitiva las denomina «disociaciones cognitivas».

Pero las proposiciones también se pueden relacionar secuencialmente por conexiones semánticas «funcionales», por ejemplo de Generalización, Especificación, Ejemplo o Contraste. En el discurso ideológico, estas conexiones son las que controlan la comprensión de las afirmaciones cuando se relacionan entre sí. Así, en algunas ocasiones, acontecimientos determinados y sus modelos aparecen explicados, legitimados y relacionados por actitudes generales. Y a la inversa, a veces una generalización prejuiciosa se pretende validar mediante un caso concreto que se quiere universalizar.

Para concluir con esta parte de las estructuras persuasivas del discurso centrada en las restricciones contextuales, la forma más evidente y extendida para la expresión ideológica del discurso es la lexicalización. La selección intencional de las palabras tiene un conocido y explotado hasta la saciedad ejemplo que lo ilustra perfectamente: el par «luchadores por la libertad» versus «terrorista». Cada uno de estas expresiones activa modelos ideológicos antagónicos y es utilizada discrecionalmente a conveniencia de los intereses y agentes ideológicos en juego. Con carácter general, siguiendo el cuadrado ideológico, cabe esperar que las palabras elegidas para referirse al grupo rival no sean neutras o que sean negativas, en tanto que los términos seleccionados para referirnos al nuestro serán neutros o positivos. La lexicalización puede hacerse extensiva a la nominalización de las proposiciones para dejar implícitos a los agentes o pacientes a conveniencia.

Ahora bien, no solo las restricciones contextuales de los discursos tienen efectos y consecuencias ideológicas. Esquemas de discurso, estilo, retórica o estrategias de persuasión también son elementos estructurales del discurso que servirán a la función de la reproducción ideológica.

Aparte de en su significado global, los discursos por lo general también se organizan siguiendo una serie de categorías características en un orden específico. Como los tópicos o significados, los esquemas no solo contribuyen a la ordenación de información compleja, además permiten definir a los géneros del discurso. De este modo, los esquemas son relativamente fáciles de reconocer y por eso facilitan la eficacia comunicativa, la expresión y la comprensión. Estos esquemas organizan tanto una parte de la estructura del discurso propiamente dicho como parte de la interacción: conversaciones ordinarias, reuniones, sesiones, etc.

Dadas las importantes propiedades cognitivas y sociales de los esquemas en los discursos seguro que también tienen funciones ideológicas. Simplemente, la disposición de los elementos en el esquema puede servir para seleccionar y jerarquizar a conveniencia la importancia relativa entre los hechos descritos.

Por otro lado, es habitual que, según sea la naturaleza del evento comunicativo, el género, las circunstancias o los participantes... las estructuras superficiales del discurso —elementos léxicos, estructuras sintácticas, pronunciación y gráficos— se adapten con el objeto de definir mejor al contexto. El estilo se adecuará entonces en las relaciones entre los participantes; las relaciones serán amistosas, familiares o distantes según las opiniones que tengan los participantes entre unos de otros. Este estilo suele así esconder las ideologías subyacentes del hablante, convirtiéndose en un poderoso indicativo de las opiniones ideológicas. En las relaciones de poder y dominio, una determinada posición social del hablante no solamente estará expresada en las palabras o la sintaxis seleccionadas, sino que

se expresará representándola de modos adecuados a la situación y a las ideologías en juego. De este modo es como la discriminación social suele aparecer implementada por quienes controlan el estilo del texto y la conversación.

A partir de lo que vimos en su momento al analizar las estructuras del discurso es fácil deducir que también la retórica tendrá unos evidentes efectos persuasivos para la reproducción de las ideologías. Las metáforas, los eufemismos, la ironía o los contrastes semánticos, la aliteración y la rima en el plano sonoro, todos ellos tienen unos indudables efectos para la eficacia comunicativa particularmente útil a la persuasión ideológica. Lo mismo puede decirse de las estructuras y recursos gráficos especialmente dirigidos a retener la atención de los receptores y a orientar la interpretación a través del énfasis. Todas estas estructuras discursivas se dirigen indirectamente hacia las estructuras de los modelos mentales con la finalidad de convertirse en el modelo preferido de un acontecimiento.

Un último recurso que Dijk también nos refirió en su momento al igual que los anteriores es el de las estrategias de interacción. La dominación y la desigualdad ideológicas se expresan como hemos visto en las estructuras del texto y la conversación, pero también en las relaciones de grupo que se evidencian en los roles y las acciones de los participantes. Recordemos que las estrategias puestas en juego pasan por el control de los tiempos, del orden de los turnos, las pausas, las risas, etc. Los grupos dominantes tratan de limitar de manera sutil o abierta la comunicación de los otros. El poder y el estatus son contextualmente activados y reproducidos de maneras tan sutiles como la posición del cuerpo, la distancia entre hablantes, la vestimenta y los soportes...

A partir de aquí, los modelos y representaciones asignan los roles y el control interaccional, por ejemplo, mediante las interrupciones, la distribución de turnos, o la manifestación de acuerdos y desacuerdos mediante actos de habla como imposiciones, órdenes o acusaciones a la víctima... todos ellos son ejemplos de cómo las interacciones evidencian a las ideologías en juego.

Dijk (1999, 342) concluye sobre las estructuras de persuasión ideológicas del discurso reseñando que él tan solo ha referido unas pocas de las posibles estrategias con la intención de ejemplificar sobre los modos en los que el texto y la conversación contextualizados expresan y reproducen a las ideologías. No obstante, extrae algunos importantes resultados de su análisis, como la de que la influencia ideológica es más eficaz cuando las estructuras del discurso se diseñan de tal modo que sus consecuencias sean estructuras específicas de modelo. Finalmente deja abiertos a posteriores estudios la exploración más completa de la riqueza de las estrategias y estructuras del discurso en una forma más detallada.

Ahora bien, antes de ofrecernos esta breve conclusión sobre las estructuras de persuasión ideológicas del discurso, Dijk se detiene para hacer algunas consideraciones sobre la manipulación. Estas resultan ser de tal relevancia para la relación existente entre la ideología y la Opinión Pública que, aparte de haberlas pospuesto en nuestra consideración, nos vemos en la necesidad de reproducir alguna de ellas en toda su literalidad y extensión:

La comunicación ideológica a menudo está asociada con las diversas formas de manipulación, con estrategias que manejan o controlan la mente del público en general con intentos de manufacturar el consentimiento o fabricar el consenso en beneficio de aquellos que tienen el poder. Por cierto, el poder moderno y la hegemonía ideológica están definidos, precisamente, en términos de estrategias efectivas en el logro de del acatamiento y el consentimiento, de modo que las

personas actuarán como se desea por su propia voluntad. En este caso, el poder y la dominación parecerán naturales, legítimos y una cuestión de sentido común, y se los dará por sentado sin oposición significativa.

(Dijk 1999, 342)

Efectivamente, ya nos hemos referido con anterioridad al propósito del poder moderno en términos del acatamiento y del consentimiento logrado mediante la legitimidad con la que trata de investirse. Por eso hemos insistido en la importante función de legitimación política que tienen las ideologías desde sus orígenes a inicios de la modernidad.

Recordemos que fue el propio Dijk (1999, 320) quien afirmó en su momento aquello de que “Dadas las relaciones entre la legitimación y el poder institucional, el discurso de la legitimación es prototípicamente político. Los que se legitiman a sí mismos son aquellos que [...] ejercen el poder”, que veíamos en el apartado anterior.

Se da por supuesto que no hay mejor manera para conjurar el cuestionamiento del poder político que se lleva a cabo mediante la crítica racional del público que acallarla mediante el control de la mente del público. Es una obviedad que manufacturar el consentimiento o fabricar el consenso equivale a neutralizar el efecto crítico de la Opinión Pública, un objetivo al que se han dedicado por igual la práctica totalidad de los gobiernos desde los mismos orígenes modernos de esta institución. Particularmente lo han hecho tratando de controlar la información de actualidad para adecuarla a su presentación interesada, para censurarla, o para manipular la opinión de los medios para su difusión.

Por eso Dijk (1999, 342) nos ofrece el resultado de su trabajo como “un cuadro simplificado de los complejos procesos en funcionamiento en el ejercicio de la dominación y el logro de la hegemonía”. Para él un verdadero estudio de la manipulación, del control de la mente o la fabricación del consenso hay que abordarlo desde esta compleja perspectiva teórica que nos ofrece. Razón por la que nosotros vemos que la ideología, particularmente las ideologías de oposición, operan en el trasfondo de la Opinión Pública.

La combinación de las ideologías con los acontecimientos relatados discursivamente en la información de actualidad ejerce un permanente efecto de reproducción ideológica. Los hechos de naturaleza y con repercusiones políticas activan constantemente modelos de contexto en el público que se encuentra expuesto a la información de actualidad. Posteriormente, estos modelos de contexto serán procesados para acabar convirtiéndose en modelos de acontecimiento preferidos, incluidos sus opiniones. El contraste de los acontecimientos con los modelos y las opiniones socialmente compartidos se adecúa constantemente bajo la exposición de las audiencias a la información de actualidad. Así es como las ideologías se ven permanentemente expuestas y desafiadas o confirmadas por los hechos noticiosos, lo que no significa que tengan por qué cambiar como tampoco lo harán aunque se vean confrontadas con las de otros grupos. Pero, igual que en este mismo caso, también podrían hacerlo, también pueden cambiar.

Precisamente, el hecho de que las ideologías se correspondan con creencias y opiniones socialmente compartidas que presentan una coherencia específica es lo que conduce a que los mismos hechos sean interpretados de la misma manera por todos o por la mayoría de los miembros de un mismo grupo. Esto es, esa es la razón por la que, en general, la opinión sobre un mismo hecho muchas veces será la misma para todos aquellos que comparten una misma ideología, tal y como anticipamos desde el inicio de nuestra elaboración. No obstante, como ocurre con el uso de las ideologías entre los miembros del grupo, las

opiniones elaboradas a partir del relato discursivo de la actualidad también presentan una gran variabilidad por las mismas causas que lo hace el uso particular de las ideologías por cada uno.

La expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político es en gran parte el resultado del contraste entre las ideologías, como base de las creencias de grupo socialmente compartidas, con los hechos y acontecimientos discursivamente contruidos desde los medios de información de actualidad. Las ideologías tienen el poder para controlar los modelos de acontecimiento y sus creencias evaluativas, sus opiniones y actitudes, durante el proceso de adecuación a los acontecimientos en curso, particularmente cuando estos hechos son de naturaleza política, o tienen consecuencias políticas.

Es tópico decir que la evaluación de las acciones o de los hechos de naturaleza política se realiza siempre bajo el prisma ideológico. Por eso la ideología es sin duda una parte esencial del sustrato social de la Opinión Pública. Las opiniones son entonces inferidas de los modelos de acontecimiento desde los modelos de contexto que caracterizan a la situación comunicativa en la que se recibe la información de actualidad por los medios, o también se intercambia con otros miembros sociales a través del texto y la conversación.

Un último capítulo de su obra lo dedica Dijk (1999, pp. 391-399) a las conclusiones de todo su trabajo. En él realiza una recapitulación muy esquemática, organizada en una enumeración de puntos breves que siguen el orden de su obra, en la que se resume de manera muy sintética y esclarecedora toda su elaboración conceptual. Nuevamente, dado que lo que nosotros ofrecemos es una síntesis mucho más extensa, omitiremos referencias más generales a ella porque entendemos que lo mejor para aquel que esté interesado será remitirse directamente al referido capítulo. Todo lo más que haremos será realizar unas breves citas necesarias para completar nuestra propia explicación sobre las estrechas relaciones entre la ideología y la Opinión Pública.

### **13.3. Racionalidad crítica de la política**

Un concepto clave al que Dijk apela recurrentemente en las relaciones entre cultura e ideología es el de discurso público. El discurso público desborda el ámbito de la información de actualidad para extender a toda la cultura las posibilidades para el acceso, más o menos restringido, que tienen las distintas ideologías según sea su posición social. Por eso es importante reparar en que la Opinión Pública es tan solo una parte mucho más coyuntural y dinámica que las ideologías o que la propia cultura; la Opinión Pública es solo el fragmento del discurso público que se reproduce constantemente al hilo de la actualidad orientado hacia la evaluación crítica del ejercicio regular del poder político. En cualquier caso, es necesario poner a las ideologías, en cuanto que sustrato social de la Opinión Pública, en relación con la racionalidad crítica que la caracteriza.

En su momento describíamos al proceso de la moderna institucionalización del poder político como una contienda ideológica en la que tiende a prevalecer la mayor racionalidad de unas ideologías políticas frente a las otras. El modelo teórico de Dijk sobre las ideologías es de un limitado carácter eminentemente sociológico. En el referido último capítulo, Dijk (1999, 391) nos recuerda que él se distanciará de los enfoques filosóficos tradicionales de la ideología por su excesiva abstracción e imprecisión para dedicarse a una labor más sistemática, analítica y teórica. En tal sentido, se centra mucho más en explicar un fenómeno institucional definido por el conflicto o la preeminencia entre los grupos y su

ideología, que en las incuestionables dimensiones políticas de la ideología. Aunque ni mucho menos las niega.

Como Dijk (1999, 398) afirma “Provisoriamente hemos admitido un esquema ideológico basado en los autoesquemas sociales de grupo, pero un esquema como éste puede ser demasiado específico y no adecuado para ideologías más generales y universalistas (como las religiones y las ideologías políticas complejas)”. La consecuencia de ello es que las dimensiones políticas de la ideología quedan entonces reducidas a un esquema de dominio y hegemonía en el que los grupos se relacionan, tratan de influirse, se enfrentan y compiten para desafiar en pos de la hegemonía al grupo dominante. Esta figurada «carencia» de política se evidencia cuando Dijk nos expone algunos de los límites y perspectivas de su esquema teórico, dejando para un posterior trabajo empírico averiguar:

¿Qué tipo de discurso ideológico es característico de qué grupos, cuáles son sus propiedades y cómo, y como a su vez, ese discurso se inserta social e institucionalmente? ¿Cómo se expresan y reproducen las ideologías discursivamente en dominios sociales importantes como la política, los medios y la educación?

(Dijk 1999, 399)

No obstante, la realidad es que este esquema de conflicto entre grupos consiste también en una visión excesivamente simplificada de la contienda política en las sociedades modernas, que se nos presenta precisamente expurgada de sus verdaderas causas y de sus consecuencias políticas. En ningún otro momento Dijk califica a las ideologías de «políticas» salvo cuando se refiere a las ideologías políticas complejas, algo que demuestra el aparente celo con el que las neutraliza. Aun así, la totalidad de los ejemplos ideológicos que por economía explicativa nosotros hemos omitido, pero que Dijk nos ofrece en su obra original, se refieren a ideologías cuyos objetivos de grupo han mutado en poderosas causas políticas. Tales objetivos han terminado por ser incorporados/confrontados, primero en los programas de los partidos políticos, después en las agendas políticas de los gobiernos constituidos por esos mismos partidos cuando acceden al gobierno. Así fue como lo vimos en el apartado *El espectro ideológico: Crítica al modelo político liberal*, cuando comprobábamos el modo en el que los derechos de las minorías y la igualdad de género han sido asimilados como valores de la izquierda política frente a la actitud conservadora y excluyente de la derecha.

De otro modo resultaría absurdo hablar del proceso de legitimación ideológica del poder político al que sesgadamente también se refiere Dijk. Efectivamente, para eso se hace necesario tomar en consideración esta inclusión de los objetivos de ciertos grupos ideológicos en los programas y en las agendas políticos hasta procurar el progresivo cambio de las ideologías en toda la sociedad, o alternativamente la preservación de las hegemónicas ideologías tradicionales. Lo cierto es que en esos mismos ejemplos ideológicos que él nos ofrece las referencias a las grandes ideologías políticas, las de izquierdas o las de derechas, son las menos frecuentes y por eso han quedado más o menos eludidas.

De esta manera es como la racionalidad en la contienda ideológica se ve soslayada, justamente por la misma forma en la que las «despolitizadas» ideologías se limitan a ser la expresión de la pertenencia, de las actividades, de los objetivos, de los valores y normas o de la posición y relaciones entre los grupos sociales. En absoluto es que este esquema carezca de valor explicativo, todo lo contrario. Sirve como el más eficaz fundamento para el análisis exhaustivo de las ideologías, para poder caracterizarlas con todo lujo de detalles.

Nos ofrece una eficiente metodología de análisis del discurso ideológico que podemos hacer extensiva al análisis ideológico de la Opinión pública.

Pero este análisis necesita ser llevado hasta sus últimas consecuencias, más allá de las puras cogniciones sociales que son simplemente compartidas y que pugnan por su aceptación o por su hegemonía. En línea con la corriente sociológica estructuralista, a riesgo de perder la neutralidad, el contenido específico de estas ideologías debe ser contrastado para conocer su adecuación a las instituciones y a sus cambios, para verificar su viabilidad y su deseable contribución a la integración social. Es entonces cuando la racionalidad implícita en cada una de ellas se convierte en el factor que las hace mejor o peor adecuadas.

En este sentido tendríamos que iniciar otro análisis aun más pormenorizado de cada una de las ideologías, de la racionalidad de sus contenidos y cogniciones específicos, no tanto de los modos en los que se crean y se reproducen. Así lo reconoce Dijk (1999, 398) cuando propone que “Los conflictos ideológicos necesitan ser analizados en detalle con el objeto de comprender el papel de las ideologías en los conflictos”. Sin ninguna duda, detectar las maneras en las que las ideologías se realizan discursivamente a través del texto y la conversación, o cómo son compartidas en su forma de representaciones mentales, resulta clave para comprender mejor a una fuente de potenciales conflictos sociales, o de potenciales consensos, que contribuyen respectivamente a la desintegración o a la integración social. Pero al final la puesta en práctica de las «ideas» es la que tendrá sus verdaderas repercusiones sociales, ya sean positivas o negativas. Por eso el papel político de las ideologías es tan relevante, porque todos estos conflictos ideológicos acaban manifestándose invariablemente en el ámbito específico de la contienda política.

Las ideologías también son una parte del sustrato social de la Opinión Pública, y la Opinión Pública es la expectativa crítico racional hacia el ejercicio regular del poder político. La pugna ideológica se resuelve en el plano de su confrontación racional. Con el curso de la evolución institucional prevalecerán aquellas ideologías que sean más racionales sobre las que sean menos. En la misma medida en la que el poder político se adecue a la racionalidad implícita en las ideologías cabe suponer que la expectativa crítico racional hacia él se atempere; de este modo es como se puede llegar a obtener una mayor legitimidad y a lograr un mayor consenso por consentimiento. Persistir por más tiempo en los intentos de manipulación mediática de la Opinión Pública desafiando su competencia crítico-racional y sus ideologías solo puede servir para cosechar los estrepitosos fracasos a los que tienen que hacer frente las campañas mediáticas en la actualidad.

Por otro lado, es el propio Dijk el que se resiste a incluir a las emociones junto al resto en la base de las representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo. Desde esta distinción y exclusión de las emociones en las ideologías podemos conjeturar que las representaciones sociales compartidas, particularmente los modelos de acontecimiento preferidos y sus creencias evaluativas, deben seguir exclusivamente el proceso que nos describe Dijk para su construcción.

Entonces, las proposiciones ideológicas evaluativas deben ser validadas principalmente a partir de los criterios de verdad. Si bien es cierto que estos criterios varían de unas culturas a otras, en la cultura laica occidental cabe suponer que, efectivamente, la inferencia, la lógica proposicional y el criterio científico se constituyen en los medios más eficaces para la validación de las proposiciones evaluativas. Este proceso se corresponde miméticamente con la racionalidad tal y como la hemos venido refiriendo a lo largo de nuestro trabajo. De ninguna manera podremos sostener que en todos los ámbitos humanos posibles la

racionalidad se haya extendido hasta el extremo de constituirse en el criterio de verdad por antonomasia. Pero ya demostramos en su momento cómo la extensión de la racionalidad es un proceso en progreso permanente y atribulado desde la Ilustración. Cada vez más, la competencia crítico-racional aumenta y se expande a consecuencia del progreso social e institucional, espoleada también por la implementación de las TIC en los ámbitos de la comunicación humana. La progresiva transformación de las masas en público racionante prosigue su curso.

Justamente fue en el contraste de la racionalidad de las grandes ideologías políticas, aquellas para las que Dijk ve su esquema demasiado específico, el liberalismo doctrinal, la socialdemocracia y el marxismo, donde en su momento nosotros centramos una buena parte de nuestra discusión. Lo hicimos para demostrar su vigencia y con el objeto de resolver la adecuación de cada una de ellas a las condiciones creadas por la evolución institucional desde la modernidad hasta la actualidad. La quiebra de la estabilidad de los modelos políticos liberales occidentales requiere situar el problema de la racionalidad ideológica en una perspectiva tan amplia como la que nos propusimos entonces. Pero también, en este mismo sentido hay que cerrar el foco. La tarea que queda por realizar consistirá en incluir en el análisis ideológico para su contraste racional a todas aquellas ideologías y contraideologías a las que se refiere Dijk a lo largo de su trabajo. El equilibrio ponderado y proporcional de todas estas opciones ideológicas debe traer como resultado a la deseable la estabilidad institucional.

#### **13.4. Un método de análisis de la Opinión Pública**

Como ya anticipábamos, los modelos de acontecimiento incluyen una gran cantidad de opiniones, o conjuntos coherentes de ellas (actitudes), socialmente compartidas, que solo precisan extenderse en su alcance social más allá de los grupos y someterse a contraste con la actualidad para configurar dinámicamente a la Opinión Pública. Es decir, tenemos que partir del curso de los acontecimientos y de su relato de la actualidad discursivamente construida desde los medios de comunicación de masas.

Una y otra vez más, los receptores de la información de actualidad adaptarán, por descontextualización, abstracción y generalización, a sus modelos de acontecimiento y a las opiniones que incluyen para crear su expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político. Estas opiniones no son otra cosa que creencias evaluativas públicas sobre la eficacia de la acción política del grupo políticamente dominante en el poder, creencias basadas en el cálculo cuasi-racional de las ventajas e inconvenientes que tiene su acción política para las expectativas vitales de cada cual. Después de todo, Dijk también entiende a las ideologías como aquellas cogniciones sobre el mundo, el lugar en él y los propios intereses vitales, comprendidos través de los modelos construidos por la socialización en el grupo y en la relación con los otros grupos.

Así, los modelos de acontecimientos, y sus opiniones, incluidos en las ideologías y en las otras representaciones metales personales o socialmente compartidas, las que ya posean los receptores, resultarán determinantes en la adaptación condicionada por los modelos de contexto y por sus restricciones durante la exposición al discurso mediático. Para la formación de estas mismas creencias evaluativas la actualidad también se puede recibir a través del texto y la conversación en las interacciones ordinarias, muchas veces con la enorme complejidad y los poderosos efectos que conlleva la comunicación en RED. Los eventos comunicativos implicados y los modelos de contexto asociados a ellos nos ofrecen

entonces una gran variedad de ocasiones para la reproducción del discurso ideológico, o con consecuencias ideológicas, que deben ser analizados caso por caso.

Lo cierto es que, cuando el objeto del esquema teórico de Dijk queda delimitado por la actualidad y por sus consecuencias cognitivas hacia el ejercicio regular del poder político, la exposición al discurso producido por los medios sigue el siguiente esquema como un caso particular y algo más simplificado de su esquema general.

Los géneros del discurso serán los netamente informativos (noticias, artículos, crónicas, reportajes, declaraciones... informaciones de todo tipo con independencia de su soporte o formato); los hablantes/escribientes serán los editores, productores audiovisuales, locutores y periodistas, y también los protagonistas de la noticia; los tópicos o macroestructuras semánticas serán la información política y social, y en general todos los acontecimientos informativos con repercusiones políticas; finalmente, los receptores del discurso serán el público, entendido este último como un conjunto más o menos amplio y heterogéneo de personas que integran la audiencia con toda la variedad de ideologías y de pertenencias grupales que nos sea posible imaginar. El bosquejo de este cuadro nos debe prevenir sobre la complejidad que conlleva el análisis ideológico de la Opinión Pública y su permanente actualización.

En todos estos contextos comunicativos una característica específica será el que la puesta en práctica de las estrategias discursiva para la persuasión ideológica por lo general se lleva a sus extremos, algo que no ocurre en el texto o la conversación ordinaria porque el efecto y el interés ideológico son menores, salvo para los eventos comunicativos específicamente ideológicos.

Una entrevista a una personalidad política, sus declaraciones, las ruedas de prensa, un debate o una tertulia de opinión, los reportajes y crónicas, la mera secuencia de noticias sociales o políticas y su exposición contextual en la prensa, la radio o la televisión, los artículos en las publicaciones periódicas de actualidad... El sinfín de los géneros y eventos informativos que puedan tener o que tengan repercusiones y efectos políticos requieren de un pormenorizado análisis sistemático que vaya más allá del mero análisis de la producción de significados, tal y como nos sugiere Dijk.

Así pues, además del análisis semántico, será preciso determinar cómo las estructuras del discurso pueden expresar los contenidos y estructuras ideológicas subyacentes durante los eventos comunicativos informativos, tales como las estructuras fonológicas, gráficas, sintácticas, léxicas, estilísticas, retóricas, esquemáticas (como la argumentativa y la narrativa), pragmática y conversacionales. Es necesario identificar y reconocer los modelos de contexto específicos que ejercen el control global sobre la producción del discurso para que sean socialmente adecuados a los eventos comunicativos informativos de naturaleza política, o con consecuencias políticas, aquellos que se realizan en o desde los medios de comunicación.

El objetivo debe ser el de reconocer las formas y significados que refuerzan o atenúan a conveniencia las propiedades positivas de los miembros del propio grupo y las negativas del/los otro/s grupo/s. Por ejemplo, si se trata de un locutor o periodista que relata la noticia en un medio audiovisual, habrá que estudiar la entonación, el acento o el volumen, tomando en consideración que los profesionales de la información suelen adiestrar su dicción hasta conseguir neutralizar la mayor parte de su carga emocional. En este mismo caso, o también cuando el relato de la noticia sea escrito en lugar de oral, será necesario

reparar en la estructura de las oraciones (modo activo o pasivo), la selección léxica, lo implícito y lo explícito, la presuposición, la coherencia local, las figuras retóricas, la organización esquemática (argumentación y falacias). Tanto en el formato audiovisual como en el de la prensa escrita, el orden y los elementos gráficos y visuales para la presentación de los acontecimientos adquieren una gran relevancia ideológica en sus efectos, ya sea por el establecimiento de la jerarquía o prelación de la información, o por el énfasis relativo de sus componentes.

En todos los casos, de una manera particularmente importante habrá que analizar la selección de subtópicos o la elección de la noticia, de su objeto específico y de su protagonista, ya que estas elecciones son determinantes para identificar el sesgo ideológico. En las entrevistas, debates y tertulias operan, además de las anteriores, la selección de actos de habla y el manejo conversacional e interaccional (estilos formales o distantes, el uso de la cortesía o el trato desdeñoso). Dado que nos referimos a la información de actualidad ofrecida por los medios de comunicación de masas, en todos los casos también es necesario tomar en consideración que el alcance de la audiencia por definición multiplica la influencia ideológica.

A esta propuesta metodológica cabe hacer determinadas objeciones. Una de ellas es la de su falta de novedad, pues en una gran parte de los estudios e investigaciones mediáticas ya se utilizan muchos de los criterios de análisis expuestos. La novedad la encontraremos en el extenso abanico de criterios que sugiere Dijk para poder caracterizar con todo su lujo de detalles la persuasión ideológica de la información. Además, también es novedosa la propuesta de que estos criterios sean exclusivamente utilizados para el análisis de las ideologías subyacentes, y sobre todo de los efectos o consecuencias políticas que se deriven de ellas. Se trata de determinar el potencial efecto que la información de actualidad y su difusión ejerce sobre la expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político.

Una segunda objeción es la de que esta metodología no puede ir más allá de conocer y caracterizar ideológicamente el modo en el que la información de actualidad y su exposición pública por los medios presentan sesgos ideológicos, sesgos que responden a los intereses de las élites y los grupos dominantes. Efectivamente, tampoco es ninguna novedad el recurso a la manipulación informativa como medio de legitimación política. Todo lo más que podemos obtener con esta metodología es la magnitud de un fenómeno que ya ha adquirido proporciones tan alarmantes. Los receptores de la información, las audiencias, están experimentando una creciente desafección hacia los medios tradicionales cuyas causas ya analizamos parcialmente en el apartado *Objetividad e independencia versus neutralidad en la información de naturaleza política*. A este efecto emergente lo designábamos en la introducción a nuestro trabajo como «la autonomización de la Opinión Pública».

Un ejemplo solo aproximado y parcial, menos exhaustivo y detallado que el elaborado método que nos propone Dijk, pero valioso por su modo para enfocar un análisis de la ideología en los medios, nos lo ofrece el periodista e investigador Pascual Serrano. Las referencias a sus trabajos son abundantes en el nuestro no consideramos preciso hacer más puntualizaciones.

Finalmente, también cabe objetar que la medida de la Opinión Pública consiste en saber cuál es su estado, sus contenidos en un momento dado, no tanto el conocer la forma en la que esta se puede adecuar a la actualidad discursivamente relatada por la información. El problema aquí es precisamente la fugacidad de la Opinión Pública. Un claro ejemplo de los

desafíos que conlleva este objetivo lo encontramos en las dificultades que hoy están teniendo los métodos de los sondeos de opinión tradicionales para anticipar los resultados de las consultas populares.

Hasta la fecha, una forma de influencia consistió en la utilización de estas medidas de evaluación estadísticas adecuadamente retocadas para decantar a los indecisos en la dirección de las mayorías reflejadas por los sondeos. La demostración de que estos usos interesados de la ciencia de los sondeos han acabado por afectar a la misma fiabilidad de la medida resulta difícil. La misma reactividad que oculta las verdaderas intenciones de los participantes en procesos electorales, en plebiscitos y referendos o en sondeos de actitud y tendencia, puede perfectamente falsear los resultados en una investigación para conocer los efectos de la manipulación de las técnicas para «cocinar» encuestas.

Lo cierto es que estas técnicas predictivas fallan cada vez más. Los errores en estas medidas son ya recurrentes y desconcertantes, sobre todo en señalados acontecimientos con grandes repercusiones políticas, como en las quincuagésimo octavas elecciones presidenciales a los Estados Unidos, el referendo para la salida del Reino Unido de la Unión Europea, el referendo para ratificar los Acuerdos de Paz en Colombia, el referendo para la ratificación de la última Reforma Constitucional en Italia o los resultados de las últimas elecciones en España. Se pueden seguir recopilando procesos políticos de gran calado que desconciertan por unos inesperados resultados que ponen en entredicho la eficacia de las técnicas de los sondeos.

El problema es, efectivamente, el de la fugacidad de la Opinión Pública. A los sesgos que producen las desviaciones propias de la probabilidad estadística, se vienen a sumar el tradicional ocultamiento de las elecciones personales por reactividad y, sobre todo, la gran volatilidad de las decisiones de grandes agregados sociales que afectan a la Opinión Pública, dada la fugacidad en su estrecha dependencia con la actualidad. Más allá del complejo proceso con todas las implicaciones sociocognitivas que nos describe Dijk, la evaluación de opciones por la expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político es cada más breve. Se trata de un efecto que, además, se ve acentuado por el efecto de las Redes sociales. La regulación de los sistemas electorales puede desactivar las campañas de última hora a través de los medios tradicionales, pero no puede hacerlo en el espacio público configurado por las redes sociales.

Aunque la ideología no sea el único punto de anclaje perdurable que tiene este proceso, nosotros hemos demostrado su papel determinante. De ahí la importancia de incorporar la variable ideológica adecuadamente ponderada en las estimaciones de las medidas demoscópicas como un eficaz recurso para hacer frente a los errores en las técnicas del sondeo. Esta es una manera en la que se puede conjurar, aunque solo sea parcialmente, el cambio de última hora en la elección personal.

### **13.5. La persuasión sobre Opinión Pública**

No obstante toda la propuesta de análisis de la Opinión Pública centrada en los medios de masas tradicionales, hoy en día cabe reseñar que el relevante papel que Dijk reservaba en su momento a los medios de masas como instrumento para la reproducción de la ideología dominante está relativamente cuestionado, como reiteradamente hemos venido sosteniendo. La extensión de la racionalidad consecuencia del progreso social, y la autocomunicación de masas derivada de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en RED, menguan progresivamente el tradicional dominio o hegemonía

ideológicos de los medios tradicionales. Las formas en las que las ideologías no dominantes consiguen el acceso al discurso público ya no dependen exclusivamente del control de los medios tradicionales ejercido por el grupo políticamente e ideológicamente dominante.

Una manera de soslayar en el análisis ideológico de la Opinión Pública esta pérdida de influencia de los medios tradicionales debida a las redes sociales consiste en incluir en el análisis del discurso ideológico, no solo al discurso mediático, sino también al discurso que se produce en las redes sociales. Particularmente al que se produce en eventos comunicativos con seguimiento masivo protagonizados por aquellos líderes de opinión con una legión de seguidores. Esto, evidentemente, requiere imaginar nuevos modelos de contexto de comunicación en las redes sociales que exigen otra nueva adecuación de los criterios metodológicos de Dijk.

Lo particular del discurso en las redes frente la convencional información de actualidad que nos ofrecen los medios tradicionales es fundamental. Es tópico decir que los medios tradicionales son unidireccionales, carecen de la interactividad que sí posee la comunicación en la RED. El efecto sobre el proceso de formación de la Opinión Pública es inmediato y determinante. Si la crítica racional hacia la acción política es su fundamento, la libertad para poder ejercerla se multiplica indefinidamente en la RED frente a los medios tradicionales. La presentación sesgada de los hechos, la manipulación informativa en estos medios de toda la vida, puede ser directamente contestada por unos receptores de sus mensajes que ahora ya poseen también la capacidad de emitir mensajes masivos. En una ramplona metáfora, la expresión «masa crítica» de internautas adquiriría un doble sentido; por un lado el literal, por el otro el de poder constituirse en un número suficiente para poner en cuestión y para desafiar los mensajes «oficiales» en los medios tradicionales, ejercitando su competencia crítica y adecuando su significado a su propia conveniencia y racionalidad.

En la pura teoría, esta situación tendría que suponer la realización de los viejos ideales liberales, pues no cabe imaginarse una situación de mayor libertad política que esta opción de crítica socialmente generalizada en la RED hacia la acción política. En la práctica, el miedo a «las masas» de las viejas élites ilustradas y a la realización de su propio sueño de emancipación es ahora mayor de lo que fue nunca antes. El que fuera el mejor medio para el control y fabricación del consenso y la estabilidad institucional, de conformación de la Opinión Pública, los medios de masas, pierde su eficacia y el pueblo como sujeto político adquiere cada vez más una mayor autonomía y poder para decidir sobre su destino común.

Nosotros ya discutimos las concluyentes consecuencias que podían tener sobre los medios tradicionales y sobre su función social la pérdida de su objetividad frente la extensión de la racionalidad y a los nuevos modos de comunicación en RED. No obstante, lo que todavía no es cuestionable es el papel que aun se reserva a los medios tradicionales en el seguimiento de la actualidad. Ello a pesar de sus sesgos y de la consecuente pérdida de credibilidad que ha acabado por desviar el interés de una parte creciente del público hacia la llamada información alternativa que eclosiona por todos los rincones de Internet

En este sentido, una forma en la que todavía sería posible influir con cierta eficacia en los receptores de los mensajes a través de los medios tradicionales que nos refiere Dijk es la de diseñar estructuras del discurso de tal modo que sus consecuencias sean estructuras específicas de modelo.

Al comienzo de este trabajo hacíamos un breve repaso a la evolución de las teorías y prácticas de la comunicación. En general, vimos que las teorías derivaron progresivamente

desde la misma convicción de que la mera exposición a los medios y a sus mensajes era suficiente para persuadir a los receptores. Posteriores investigaciones empíricas no hicieron otra cosa que demostrar la necesidad de adecuar los mensajes a las características de los públicos. Efectivamente, esto mismo es lo que nos sugiere Dijk cuando propone diseñar estructuras del discurso para que sus consecuencias sean estructuras de modelo. La novedad es que ahora los mensajes deben ser ideológicamente adaptados para ser eficaces.

Así, los nuevos desafíos que se abren para la eficacia comunicativa, para la persuasión, deben estudiar las características de los públicos debidamente clasificados para amoldar los mensajes. En el caso de las ideologías, se hace necesario identificar a los grupos sociales y conocer las bases de sus representaciones mentales socialmente compartidas con el objeto de adecuar los discursos a ellas. Es posible centrarse en otras características, en otras representaciones mentales socialmente compartidas que no sean las ideológicas, pero estas carecen de las implicaciones políticas de las ideologías y no son tan relevantes para las expectativas crítico-rationales sobre la acción política de gobierno.

Esta caracterización ideológica de la sociedad es posible a partir de estudios empíricos que permitan, por un lado identificar y clasificar a los grupos, por el otro establecer por agregación estadística la proporción cuantitativa de cada uno de ellos en el conjunto. La adecuación de los contenidos de los mensajes y la comunicación deben entonces responder a la ponderación de estas proporciones con el objeto de adaptarse a la mayoría de los miembros sociales posibles. No debemos olvidar que las ideologías son relativamente perdurables frente la fugacidad de la opinión pública, lo que deja un cierto margen en el tiempo para la realización y utilización con fines comunicativos de esta «imagen» ideológica de la sociedad. Pero tampoco podemos olvidar que las ideologías también están sujetas al cambio y a la transformación.

En cualquier caso, las ideologías muchas veces se encuentran confrontadas entre sí. Unas son justamente las contraideologías de las otras. Por definición, los grupos pugnan por su hegemonía y el acceso a los recursos sociales. Se trata de algo que nos sitúa frente a un problema insalvable que, nuevamente, obstaculiza la eficacia de la persuasión a la Opinión Pública. Nos referimos a la consecuencia de que esta última tenga el potencial para abarcar al todo social sin discriminar entre otras categorías sociales que no sean los tradicionales público racionante y las periclitadas «masas». La elaboración de discursos ideológicos ad hoc tendría que resolver contradicciones que en la realidad material de las cosas son irresolubles. La única forma de encarar el problema vuelve a remitirnos a la discusión sobre los medios y su función social como espejos de la realidad.

Una vez más, las ideologías tenderán a prevalecer en función de su racionalidad implícita. Lo más apropiado será posicionarse frente a ellas evaluando los contenidos y cogniciones de cada una para conformar las estructuras de los discursos en esquemas racionales, esquemas que resuelvan los conflictos de prevalencia ideológica de la manera más racionalmente objetiva que sea posible. Más que pensar en satisfacerlas a todas, o solo a algunas, se trata de poner las ideologías frente a sus propias identidades y mutuas limitaciones, de contrastarlas unas con las otras con el afán de resolver y sintetizar sus posibilidades de realización entre ellas.

Este último es, en realidad, el desafío de una verdadera acción política que vaya más allá de la hegemonía de alguna ideología sobre el resto en pos de constituirse en dominante o dominadora. Esto es, si el criterio preferente con el que el mundo moderno explica su realidad y su propia experiencia es cada vez más el de la razón, particularmente el de la

razón científica, este mismo debería ser el ya referido criterio de verdad con el que validar las creencias evaluativas que acompañan a las ideologías, el criterio a partir del cual elaborar los discursos capaces de validarse ante todas las ideologías posibles.

Dijk explica el modo en el que los modelos de acontecimiento toman mucho de experiencias previas antes de constituirse como tales. A partir de estas experiencias, los esquemas mentales producidos se guardan en la memoria semántica para ser activadas en situaciones fácilmente reconocibles por los modelos de contexto. Atribuye también un papel igualmente relevante a las interacciones en el seno del grupo para la construcción de estos modelos de acontecimiento y de las opiniones y actitudes que los acompañan.

La consecuencia de ello es que la información de actualidad debe cuanto menos asimilarse a las vivencias reales experimentadas con anterioridad para poder contribuir de una manera lo más eficaz posible a la reelaboración de modelos de acontecimiento reales y comunes, socialmente compartidos más allá del grupo, modelos que faciliten el logro del consenso general. Debería ser un consenso que esté por encima de los meros intereses para la reproducción del statu quo, para la perpetuación de las élites y de sus ideologías dominantes en el poder político.

La única forma de procurar que estas vivencias no se conviertan en comprensiones y visiones alternativas o excluyentes entre sí sobre una misma realidad común, sobre una verdad ontológica, será la de ajustarse a la descripción objetiva-intersubjetiva de los acontecimientos durante la construcción discursiva de la información de actualidad. Entonces las únicas diferencias de interpretación dependerán de las propias ideologías, de la mayor o menor racionalidad de cada una de ellas y de quien las posea.

### **13.6. Un ejemplo práctico para la persuasión ideológica sobre la Opinión Pública: Los marcos conceptuales en la teoría de la comunicación política de Georges Lakoff**

Antes de adentrarnos en el conocimiento de las estrategias para la comunicación política eficaz que nos propone Lakoff es necesario realizar una serie de aclaraciones imprescindibles para su comprensión. En el prólogo a la edición en castellano de su obra *No pienses en un elefante*, Lakoff nos introduce en la noción de marco que desarrolla a través de la extensa cita que sigue a continuación:

Los marcos son estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo [...]. Los marcos de referencia no pueden verse ni oírse. Forman parte de lo que los científicos cognitivos llaman el «inconsciente cognitivo» —estructuras de nuestro cerebro a las que no podemos acceder conscientemente, pero que conocemos por sus consecuencias: nuestro modo de razonar y lo que se entiende por sentido común. También conocemos los marcos a través del lenguaje. Cuando se oye una palabra, se activa en el cerebro su marco (o su colección de marcos). Cambiar de marco es cambiar el modo que tiene la gente de ver el mundo.

(Lakoff 2007, 23)

Lakoff, profesor de lingüística cognitiva por la Universidad de Berkeley (California) elabora una propuesta para adecuar el discurso de los liberales estadounidenses y obtener mejores efectos a la hora de hacer llegar su mensaje político a los electores. Preocupado por los pobres resultados del partido Demócrata frente al Republicano en varias elecciones

sucesivas, inicia un análisis de las causas por las que su mensaje no cala en el norteamericano medio.

Viendo la cantidad de recursos y financiación que los republicanos destinan al logro de sus objetivos, estudia la forma en la que los medios conservadores consiguen acceder al público y atraer a los votantes para que elijan a sus candidatos.

Fortuitamente, descubre una feliz idea. Con la construcción de ciertas expresiones afortunadas consiguen «confundir» al público haciéndole creer que la voluntad de los candidatos conservadores es la suya propia ¿Cómo lo logran? Esto en realidad no es más que una demostración práctica del modo en que las ideologías de los grupos dominantes consiguen hacerles creer a los dominados que sus intereses específicos son también los suyos.

Según Lakoff, en la tradición americana existen dos grandes modelos que actúan metafóricamente sobre la mentalidad de los norteamericanos, ofreciéndoles dos referencias alternativas que simplifican y facilitan la comprensión de los complejos problemas políticos en su país.

Lakoff (2007, 28), desarrolla primero una larga descripción de lo que él llama el modelo del padre estricto. También ahora nos vemos en la necesidad de citar este modelo en toda su extensión para poder aclarar la manera en la que este esquema mental afecta a la comprensión de la vida, del mundo y de sus problemas. No obstante, dada su extensión no lo incluiremos en el cuerpo de nuestro texto por razones obvias y por eso remitiremos al anexo para su imprescindible lectura.

Para Lakoff esta amplia descripción de uno de los modelos «ideales» del padre americano, el de padre estricto, representa una extensa alegoría con un montón de consecuencias en la forma de entender la política. Según este mismo modelo, es inmoral proporcionar ayudas sociales a la gente para que no se conviertan en dependientes e inmorales. Es decir, los gastos presupuestarios en programas sociales son inmorales. En su lugar, lo correcto sería reducir la recaudación impositiva para premiar a aquellos cuya prosperidad revela su disciplina y su moralidad. De este modo, respetar la fortuna de los adinerados y privar de ayudas sociales a los necesitados se convierte en una cuestión «moral».

De una manera ya más concreta, Lakoff (2007, 24) nos ofrece un primer ejemplo en el uso del lenguaje «apropiado» para adecuar los mensajes políticos a la alegoría del padre estricto. Lo hace con la afortunada expresión «alivio fiscal» que Georges W. Bush popularizó al poco de llegar a la Casa Blanca. Como describe Lakoff, “para que se produzca un alivio ha tenido que ocurrirle a alguien antes algo adverso, un tipo de desgracia, y tenido que haber también alguien capaz de aliviar esa desgracia”, alguien parecido a un benefactor con el poder para hacerlo. A todas luces, el Gobierno es ese personaje benefactor, estricto y paternal del que todos sus hijos esperan que les oriente con sus acciones. La eficacia persuasiva de la expresión «alivio fiscal» fue de tal magnitud que al poco los mismos demócratas la utilizaban para referir sus propias intenciones políticas. Cayeron en la trampa que les había tendido la estrategia discursiva de los conservadores.

Por otro lado, en política exterior el modelo del padre estricto asimila la autoridad paterna a la autoridad del gobierno de los Estados Unidos. Un padre estricto no consulta sus decisiones con sus hijos. Sus decisiones están basadas en su autoridad moral, él es el que sabe lo que está bien y lo que está mal. Los Estados Unidos, el mejor país y el más

poderoso del mundo, no pueden renunciar a su soberanía, incluso más allá de sus fronteras. Lakoff (2007, 32) nos recuerda que la metáfora del actor racional en Relaciones Internacionales es la más extendida en los ámbitos académicos estadounidenses. Esta metáfora consiste básicamente en considerar a los estados como personas. Así, existen estados canallas, naciones amigas, etc., cada uno de ellos con su propio interés. El objetivo es mantenerse sano y fuerte para permanecer independiente –no dependiente–, algo que exige de una economía saneada y con un gran PIB.

Por su propia definición del «actor racional», es irracional actuar en contra del propio interés. Dada la «existencia» de naciones con diferente grado de amistad o enemistad, cabe distinguir entre las naciones «adultas», las industrializadas, y las «infantiles», las subdesarrolladas o en vías de desarrollo. Lo que deben hacer los Estados Unidos como un adulto y buen padre estricto es decirle a los niños como deben desarrollarse, que normas deben seguir para hacerse adultos, para eso es para lo que utiliza el FMI.

Así, un segundo ejemplo en el uso del lenguaje apropiado lo encontramos en la expresión que empleó durante el Discurso del Estado de la Unión en enero de 2004 Georges Bush para ignorar la consulta a la ONU antes de invadir Irak. Literalmente fue «No necesitamos ningún justificante del permiso para defender América». Lakoff se preguntó entonces por qué Bush no utilizó la expresión directa no «pedir permiso» y en su lugar empleo esta otra expresión indirecta de no pedir «justificante del permiso». La explicación se encuentra precisamente en el marco conceptual del padre estricto. La expresión devuelve al americano de a pié a sus años escolares cuando necesitaba que un adulto le diera un vale para ir al baño. Los profesores, el director o cualquier persona con poder y autoridad moral no necesitaban el permiso; al revés, ellos eran los que lo daban. Bush evocó premeditadamente la metáfora del adulto-niño para otras naciones, proclamando que «nosotros somos el adulto».

Del mismo modo que existe esta «mentalidad» asociada al modelo del padre estricto, según Lakoff (2007, 33) también existe otro modelo alternativo y antagonista que es la del modelo de «familia protectora», dado que para los progresistas el marco es neutral por lo que se refiere al género. El padre no tiene por qué ser el cabeza de familia. Nuevamente este modelo de familia protectora es imprescindible en la explicación, por lo que también su extensión lo condena a formar parte del anexo al que otra vez remitimos para su inexcusable lectura.

Según Lakoff, el puñado de valores que se recopilan a largo de las líneas que describen el modelo de familia protectora son la clave para referir el marco conceptual de los progresistas. Lakoff entonces procede a exponer, a grades rasgos, las divisiones que caracterizan al conjunto de personas que preferentemente comparten este marco: progresistas socioeconómicos, progresistas de la política identitaria, ecologistas, progresistas de las libertades civiles, progresistas espiritualistas y antiautoritarios. Tras esta categorización, pone de relieve la evidente división que enfrenta a todos estos progresistas entre sí aunque compartan el conjunto de valores definido por el marco de la familia protectora.

Por el contrario, recuerda que los conservadores han sabido tomar iniciativas y establecer estrategias para unir a las diferentes familias que se agrupan bajo su marco conceptual del padre estricto. Principalmente lo han hecho destinando recursos y financiación para la creación de poderosos think tanks conservadores que les han servido para sostener la actividad de sus intelectuales y talentos, al tiempo que también para mantener una presencia

constante en los medios de comunicación. Según Lakoff (2007, 38), fue con estos instrumentos que los conservadores descubrieron la importancia de los marcos, algo que no ocurrió en el mundo progresista.

En el mundo progresista no pasó nada parecido debido a que cada cual piensa que lo bueno es lo que hace cada uno. Según él, a esta equivocada convicción se unen otros falsos mitos que datan de la ilustración. Primero está la idea de que «la verdad nos hará libres». Efectivamente, tal y como nosotros hemos apuntado que cada vez resulta más habitual, es común pensar que contarle los hechos a la gente, la verdad, es lo más racional porque todo el mundo sacará las conclusiones acertadas. Pero Lakoff sostiene que la ciencia cognitiva ha venido a demostrar que esta no es la forma en la que piensa la gente.

Lakoff reduce el desafío de la racionalidad justo a los marcos conceptuales, de tal modo que el poder simbólico de las metáforas del padre estricto y la familia protectora definen mejor la comprensión del mundo por la gente que la propia competencia racional. Argumenta que la neurociencia dice que nuestros conceptos están incrustados en las sinapsis de nuestro cerebro. A partir de esta convicción, refiere que los hechos no cambian nuestra manera de pensar si no se corresponden con nuestras creencias acerca de ellos.

Aceptaremos que alguna parte de lo que afirma Lakoff tenga un sentido, un sentido que puede ser perfectamente validado por la misma teoría cognitiva según la hemos conocido a través de Dijk. Pero nosotros consideraremos solo parcialmente válida una hipótesis que Lakoff nos presenta como una auténtica tesis de la neurociencia. No es discutible que las cogniciones previas condicionan poderosamente nuestra visión de los hechos, y que esas cogniciones son modelos de acontecimiento obtenidos por el procesamiento de modelos de contexto de experiencias previas.

Efectivamente, las experiencias familiares son una parte esencial del proceso de socialización de las personas que en los Estados Unidos presentan una regularidad bastante aproximada a los dos modelos familiares que describe Lakoff. Pero de ahí a simplificar y a extender toda la experiencia vital de las personas a dos metáforas de la vida familiar hay un salto teórico que nos permite poner en cuestión una parte de la eficacia explicativa y práctica de la teoría de Lakoff. No obstante, situada en el limitado alcance que le corresponde, la hipótesis es verosímil y eficiente como efecto socialmente emergente. Una mayoría de las familias siguen uno, o los dos, o una mezcla de los modelos que presenta Lakoff.

El modelo del padre estricto correspondería antropológicamente a una familia patriarcal en una sociedad premoderna con una fuerte ascendencia mítico- religiosa. Por consiguiente, sería algo así como un estadio del progreso social difícilmente asimilable a los estándares del progreso moderno. Precisamente a eso se debe que tal modelo se refiera al pensamiento conservador. De alguna manera, es un anacronismo que representa lo más arcaico de la sociedad americana, el mejor exponente de su irracionalidad preilustrada en el que la sociedad y el mundo son percibidos casi como el salvaje y amenazante estado de naturaleza que evocara Thomas Hobbes.

En cambio, el modelo de familia protectora representa la genuina actitud liberal que sucedió al proceso ilustrado y a la inexorable extensión de la racionalidad ilustrada que tanto hemos referido. Se corresponde con una visión de la sociedad en la que el progreso científico-tecnológico nos proporciona protección en todos los órdenes de la vida y nos

libera de las amenazas, dependencias y necesidades naturales para facilitar la progresiva emancipación y la mejora de la condición humana en todos sus sentidos.

En cualquier caso, negar la voluntad de conocer los hechos, la verdad o la realidad, tan solo porque no se corresponden con nuestras creencias acerca de ellos es cuanto menos dudoso. Por mucho que deseemos que las cosas sean como las queremos o como las conocemos, no parece muy sensato sostener que rechazamos los acontecimientos solo porque no se ajustan a nuestros marcos. Los hechos que no se correspondan con nuestros modelos nos podrán crear un estado de insatisfacción o de contrariedad, pero pensar que no está en nuestra naturaleza el conocer la verdad sobre ellos es negar nuestra tesis de la necesidad antropológica de saber, de ser conscientes. Tampoco es que ignoremos la forma en la que Dijk caracteriza a las «disociaciones cognitivas» que referíamos en el seguimiento de su teorización. Pero el disciplinado autoengaño del mito y la superstición religiosos que se esconden detrás del modelo del padre estricto no es precisamente lo que define a la progresiva evolución del pensamiento moderno, es justo al revés.

Por todo ello, nosotros aceptaremos como hipótesis provisional y limitada que la composición sociológica de la sociedad estadounidense se puede asimilar coyunturalmente a las dos grandes mentalidades que reflejan el modelo del padre estricto y la familia protectora. Son los dos estados o fases de su evolución institucional que conviven simultáneamente en su contradictoria realidad.

De manera diferenciada, un segundo falso mito ilustrado al que se refiere Lakoff (2007, 40), es el del actor racional, mito que sostiene que es irracional actuar en contra del propio interés. Efectivamente, aquí sí coincidiremos con Lakoff. Aunque él cita a Daniel Kahneman y Amos Tversky porque demostraron que la gente no piensa así, nosotros ya discutimos en su momento que la asociación entre el cálculo, el interés y la racionalidad durante el proceso ilustrado tuvieron un origen netamente ideológico. La pujante burguesía redujo el proceso de la competencia lógico-deductiva de la racionalidad al egoísta y utilitario interés en maximizar los beneficios y reducir los costos. La capacidad para la comprensión objetiva de los hechos que proporciona la racionalidad quedó supeditada a la pura conveniencia económica. Fue así como Adorno y Horkheimer se vieron en la necesidad de denunciar a la razón burguesa e instrumental en su *Dialéctica de la ilustración*.

Lakoff sostiene que la gente no vota por sus intereses, sino por su identidad. Una consecuencia de ese mismo error del interés racional es la estrategia seguida por la comunicación política al ofrecer a los votantes un «producto comercial» elaborado a la medida de su demanda. Realizar una lista de cuestiones sobre la que se monta la campaña electoral, adecuándola a cada distrito como si se tratara de un mercado segmentado, no funciona.

Par explicar cómo funciona la mentalidad de la gente, Lakoff afirma que en realidad cada persona tiene los dos modelos, aunque prevalezca uno en la mayoría de los casos; salvo en la gente de centro, que los posee a partes iguales. El desafío entonces consistirá en lograr activar el modelo correspondiente mediante la elección de las palabras adecuadas. Así fue como el empleo de expresiones como Iniciativa de los Cielos Limpios, Bosques sanos, o ningún niño se quedará atrás, reportaron importantes apoyos electorales a los conservadores. Activaron el marco de la familia protectora de los votantes de centro, aunque al final sus políticas reales fueran las del modelo del padre estricto. Los progresistas se indignaron por el descaro con el que los conservadores parecieron decir lo contrario de

lo que hicieron al final. Pero los réditos políticos por el empleo del lenguaje adecuado en el sitio correcto fueron para ellos.

Lakoff (2007, 45) nos presenta entonces al personaje conservador especialista en el empleo del lenguaje correcto: Frank Luntz. Luntz elabora guías de estilo dirigidas a los conservadores. A modo de ejemplos, propone combatir la visión progresista sobre el cambio climático mediante el empleo de palabras como sano, limpio y seguro porque encajan en los marcos que tienen los ecologistas sobre el medio ambiente. Luntz también redactó un memorándum para dirigirse a las mujeres en las que seleccionó las siguientes palabras y expresiones: amor, desde el fondo del corazón y para los niños, expresiones y palabras que aparecen profusamente en los discursos de Bush.

En general toda la obra de Lakoff es prolífica en ejemplos sobre el empleo del lenguaje como eficaz estrategia de comunicación política, pero a nosotros nos debe bastar este puñado de explicaciones para obtener el prometido ejemplo práctico para la persuasión ideológica sobre la Opinión Pública.

Completarlo solo requiere remitirse a la obra original de Lakoff tomando en consideración las siguientes observaciones. Los marcos conceptuales son perfectamente asimilables a complejos modelos de acontecimiento que se pueden invocar en modelos de contexto específicos en variados eventos comunicativos. Tales modelos de acontecimiento se constituyen en la base de sus representaciones socialmente compartidas, es decir, en sus ideologías. Precisamente, lo que nos expone Lakoff no es más que un intento relativamente logrado para la misma caracterización ideológica de toda la sociedad americana. La distinción diáfana entre el pensamiento conservador, representado por el modelo del padre estricto, y del progresista-liberal, simbolizado por la familia protectora, permite reproducir a escala muy simplificada el juego de la política americana.

La expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político en Estados Unidos aparece nítidamente reflejada en el juego gobierno-oposición del sistema político bipartidista americano, tal y como nos lo describe Lakoff a partir de la disputa política entre el partido Demócrata y el Republicano y en sus respectivos intentos por atraer a los votantes hacia sus candidaturas.

Esto es así muy a pesar de que la racionalidad instrumental en el modo que la entiende Lakoff no parezca estar en el origen de los apoyos o de los rechazos hacia las distintas alternativas. Pero lo cierto es que hasta en el reconocimiento inconsciente de los marcos se produce una actitud crítica pseudorracional hacia y desde cada uno por la lógica elemental de los valores confrontados que se derivan de cada uno de ellos, particularmente del modelo de familia protectora. Por otro lado, el modo en el que los acontecimientos de actualidad producen profundos efectos sobre esta expectativa crítico-racional se evidencia en el brutal impacto que tuvieron los atentados del 11-S sobre la Opinión Pública americana y la manera en la que condicionaron a su Gobierno en su relación con ella.

Una vez entendido cual era el contexto general de la política estadounidense, es fácil reconocer las estrategias comunicativas que los contendientes por el poder ponen en juego. Precisamente, en lo que se centró Lakoff fue en estudiar las claves de los sucesivos éxitos electorales de los conservadores frente a los liberales. Y lo que «descubrió», después de aplicar el mismo enfoque cognitivo a partir del que Teun Van Dijk desarrolla su teoría sociocognitiva sobre las ideologías, es la eficacia de diseñar estructuras del discurso de tal modo que sus consecuencias sean estructuras específicas de modelo.

Los modelos con contenidos y dimensiones claramente ideológicos y políticos de los dos grandes grupos sociales son los ya citados del padre estricto y el de la familia protectora, las estructuras del discurso se orientarán como hemos visto en la adecuada selección semántica de las palabras y las expresiones capaces de activar estos respectivos marcos conceptuales o modelos de acontecimiento alternativos.

Por acabar el cuadro, necesitaríamos comprobar que, efectivamente, los modelos propuestos representan a dos grupos con sus estructuras características además de su ideología. En la misma descripción sobre ambos que hace Lakoff a lo largo de su obra es fácil comprobar el modo en el que la pertenencia, las actividades, los objetivos, por supuesto que los valores y las normas, y la posición y relaciones entre los conservadores y los liberales dejan muy pocas dudas sobre su carácter de grupos sociales fuertemente ideologizados. Aparte de los valores que se deducen de sus modelos mentales y de sus respectivos objetivos ya expuestos, Lakoff explica la forma en la que ambos reclutan a sus miembros y el modo en el que lo esencial, finalmente, será la identidad de cada uno. La disputa por los recursos sociales también aparece claramente expresada en el relato de Lakoff. Sin ningún género de duda, los partidos republicano y demócrata son dos grupos con una fuerte ideología propia que se extienden de un modo difuso más allá de los límites de sus propias organizaciones.

Para finalizar, antes de pasar a las conclusiones de nuestro trabajo reproducimos literal y nuevamente la explicación que ya ofrecíamos. Los nuevos desafíos que se abren para la eficacia comunicativa, para la persuasión, deben estudiar las características de los públicos debidamente clasificados para amoldar los mensajes, como vemos que hace Lakoff. En el caso de las ideologías, se hace necesario identificar a los grupos sociales y conocer las bases de sus representaciones mentales socialmente compartidas con el objeto de adecuar los discursos a ellas, igual que en los casos de los modelos del padre estricto y la familia protectora en la sociedad estadounidense. Es posible centrarse en otras características, en otras representaciones mentales socialmente compartidas que no sean las ideológicas, pero estas carecen de las implicaciones políticas de las ideologías y no son tan relevantes para las expectativas crítico-rationales sobre la acción política de gobierno como lo hacen los marcos de Lakoff.

La adecuación de los contenidos de los mensajes y la comunicación deben entonces de adaptarse a la mayoría de los miembros sociales posibles. No debemos olvidar que las ideologías son relativamente perdurables frente la fugacidad de la opinión pública, lo que deja un cierto margen en el tiempo para la realización y utilización con fines comunicativos de una «imagen» ideológica de la sociedad. Pero tampoco podemos olvidar que las ideologías también están sujetas al cambio y a la transformación. Los modelos del padre estricto y la familia protectora pueden cambiar o ser sustituidos por otros en el medio-largo plazo.

De hecho, Lakoff desarrolla su estudio sobre la eficacia de los mensajes en la política estadounidense justo antes de que el candidato demócrata Barack Obama llegara a la presidencia poniendo fin a los mandatos republicanos de Georges Bush. Desde ese entonces ha llovido mucho. La crisis económica de 2008 ha destruido una gran parte del tradicional empleo en el sector industrial norteamericano aumentando desproporcionadamente la desigualdad social. Para las depauperadas clases medias de ese país los marcos de referencia pueden haber cambiado desde las convencionales mentalidades representadas por los modelos del padre estricto y la familia protectora.

Parece que hoy prevalecen otros marcos probablemente vinculados a la condición socioeconómica del americano de a pié. Esto es así a la vista de lo que se extrae de los contenidos de las campañas electorales a las quincuagésimo octavas elecciones presidenciales a los Estados Unidos que ganó el republicano Donald Trump frente la candidata demócrata Hilary Clinton contra todo pronóstico. Es razonable pensar que la dura realidad diaria de las otrora acomodadas clases medias las haya obligado a resolver racionalmente la forma en la que no desean consumir sus vidas, postergando los tradicionales modelos del padre estricto y la familia protectora a la hora de votar. Quizás hoy sea necesario activar otro marco como el que Donald Trump copió al aspirante a candidato demócrata Bernard (Bernie) Sanders en su defensa de la clase trabajadora americana.

No obstante, tan solo bastaría con que los modelos de familia tradicional cambiaran cuantitativa y cualitativamente en la composición social estadounidense para que cambiaran sus marcos conceptuales.



## 14. Conclusiones

En *La Introducción*, al inicio de nuestro trabajo nos propusimos unos objetivos que tratamos de delimitar suficientemente con el objeto de reducir en lo posible las ambigüedades.

Curiosamente, allí hacíamos una decidida tentativa por cuestionar la relación directa que convencionalmente se establecía entre la información y la Opinión Pública como si fueran una misma cosa. En el año 2012 todavía se pensaba que Opinión Pública y «opinión publicada» eran cosas muy similares. La influencia de los medios en el público se daba por descontada. La contribución de los medios a la estabilidad institucional situaba al sistema mediático figuradamente en pie de igualdad con los tres poderes tradicionales del Estado liberal como si fuera un cuarto poder.

Cautamente, nosotros iniciábamos nuestra comprensión crítica del fenómeno exponiendo el modo en el que el público en general cada vez era más desafecto hacia los medios de comunicación de masas tradicionales. Tanto fue así que acuñamos una nueva expresión, la que dimos en llamar «la autonomización de la Opinión Pública». Hoy, en 2017, cinco años después, los acontecimientos se precipitan. Las más furibundas campañas mediáticas que siempre surtieron efectos en sus objetivos de condicionar las actitudes y opiniones del público, fracasan estrepitosamente.

Así ocurrió durante los eventos anteriormente enumerados: en las quincuagésimo octavas elecciones presidenciales a los Estados Unidos, en el referendo para la salida del Reino Unido de la Unión Europea, en el referendo para ratificar los Acuerdos de Paz en Colombia, en el referendo para la ratificación de la última Reforma Constitucional en Italia o en los resultados de las últimas elecciones en España. Además, a esta lista podríamos agregar los desaforados intentos por frenar el auge de las opciones políticas de los extremos del espectro ideológico en Europa, los intentos por desacreditar al actual presidente de la Federación Rusa o la campaña de sensibilización sobre las consecuencias de la guerra en Siria para justificar una intervención occidental en el conflicto. Aún así, la lista queda muy incompleta.

Aunque nosotros solo analizábamos muy superficialmente una tendencia histórica reflejada desde alguna bibliografía crítica con perspectiva temporal, el fenómeno de desafección y descrédito sobre los medios tradicionales es una realidad cada vez más difícil de negar a la vista de los datos de los estudios de medios.

El único medio que hoy parece seguir teniendo una fuerte ascendencia sobre el público es la televisión. Pero sus efectos también son progresivamente cada vez más limitados.

La forma en la que nosotros hemos explicado este fenómeno de esta desafección alude a la misma naturaleza de la institución de la Opinión Pública. Hemos concluido que su sujeto particular, el público racionante al que se refiere Habermas, se expande por el cuerpo social como una consecuencia lógica de las transformaciones del Estado burgués de derecho primigenio durante la modernidad. En el actual Estado democrático y social se universalizan los derechos, como el de la educación y el de la participación política derivada de la extensión del sufragio, reforzando la competencia y la acción crítico racional de manera también más generalizada. Esto es lo que ha terminado por poner en cuestión la hoy periclitada categoría de «masas» como antagonista del público racionante.

Si la televisión sigue teniendo ascendencia sobre el público puede ser por dos razones principales. Por un lado el alcance de sus audiencias es muy superior al de otros medios por sus propiedades técnicas; por el otro, la competencia crítico-racional de quienes se exponen a sus mensajes audiovisuales siempre es menor que la de quienes tienen que realizar el ejercicio de hacer abstracción del lenguaje oral y, principalmente, del escrito. La narración oral y escrita precisan de un esfuerzo y competencia extra para su interpretación que los mensajes audiovisuales no requieren por su carácter icónico.

Lo cierto es que al fenómeno de la extensión de la racionalidad se viene a sumar la ruptura de la unidireccionalidad de los mensajes que caracterizaba a los medios de información tradicionales y que limitaba enormemente el libre ejercicio de la crítica racional. Actualmente, la autocomunicación de masas, como la refiere Castells (2009), ofrece al público la opción de emitir mensajes masivos al modo en el que lo hacen los medios tradicionales. La comunicación en RED se configura como una alternativa a la información tradicional y estimula la práctica generalizada de la crítica racional hacia el ejercicio regular del poder político. Así pues, no es de extrañar que el público se empiece a comportar de manera autónoma con respecto los medios de información tradicionales. De hecho, hoy puede tener mucho mayor efecto un tweet que un titular, y las estrategias comunicativas para ser eficaces tienen que posicionarse en estos nuevos eventos comunicativos.

Sobre la intuición de lo hoy parece ser una evidencia, nos fijamos el objetivo de indagar en alguna otra causa de la Opinión Pública que fuera más allá de la información de actualidad. Lo hicimos por entender que el proceso de formación de la Opinión Pública tenía que estar predeterminado estructuralmente por otras causas sociales alternativas. Con ser la información de actualidad una clave indiscutible en ese proceso, nos dimos en indagar sobre alguna otra causa social y estructural de la Opinión Pública que fuera más perdurable y constante que ella: la ideología. Así fue que nos propusimos los siguientes objetivos:

1. Establecer un concepto de información que vincule su función de ofrecer la actualidad con el proceso de formación de la Opinión Pública al reseñar aquellos acontecimientos que son más relevantes para el público en general. Este concepto lo procuraremos demostrar a través de cuatro desarrollos argumentales: primeramente abordaremos una línea filosófica y epistemológica; luego nos ocuparemos de la evolución de las teorías mediológicas; a continuación abordaremos la historia de los medios de comunicación y, finalmente, llevaremos a cabo la discusión deontológica en la información, discusión que concluirá con un

análisis de los efectos y consecuencias deontológicas de la información de naturaleza política para los medios de comunicación españoles.

Dado que cada desarrollo contiene su propia conclusión acerca de los medios y de su función, toda esta argumentación la abordamos con la intención de sintetizar qué son los medios de comunicación de masas y cuál es su verdadera función institucional y sistémica. Dada la amplitud de un enfoque que nos pueda resultar adecuado a este objetivo, procuraremos realizar la selección de la bibliografía que estimamos relevante para alcanzarlo. Esta bibliografía será específica en el caso de la evolución de las teorías mediológicas; su evolución histórica nos conducirá hacia las distintas tradiciones de la teoría y las investigaciones mediológicas. Para ello tomaremos como texto guía el libro de Mauro Wolf *La investigación de la comunicación de masas*. Las demás líneas de argumentación tendentes hacia el concepto de Información por fuerza se dispersarán en una bibliografía bastante más amplia e inespecífica.

Efectivamente, en este punto finalmente podemos ofrecer nuestro resultado y, tras la realización de la tarea propuesta, concluimos con el siguiente concepto que ahora reproducimos entre las conclusiones generales de nuestro trabajo:

**La información** es aquella función institucional cuyo cometido es el de dar a conocer, con caracteres de actualidad, la realidad en la que se desenvuelve su existencia a los integrantes de una comunidad, para que libre, conscientemente y voluntariamente puedan prevenir, con sus actitudes y aptitudes críticas, aquellos efectos negativos o adversos, o también puedan aprovechar los positivos, que se deriven de la propia evolución de los acontecimientos que les suceden.

El siguiente objetivo que nos propusimos desde el comienzo de nuestra labor consistió en:

2. Derivar y establecer desde el propio concepto de información otro concepto de opinión pública adecuado al resto de nuestros propósitos. Este segundo objetivo, previamente conllevará la realización de un detenido estudio que repasará ampliamente la literatura más relevante sobre la cuestión de la Opinión pública. Esta labor conceptual se servirá en su momento de la indagación teórica que llevamos a cabo en el apartado de los antecedentes. Nos centraremos en el trabajo de Habermas: *Historia y crítica de la Opinión Pública, la transformación estructural de la vida pública*, y en la labor que realiza Elizabeth Noelle-Neumann en su obra *La espiral del silencio, Opinión pública: nuestra piel social* para rastrear sus orígenes. Ambos serán textos de referencia crítica para repasar la génesis y evolución del concepto. A su vez este último repaso nos habrá de conducir a los autores y a las obras más actuales, como la ya citada de Noelle-Neumann y a otras; se trata de una amplia literatura crítica y de fuentes secundarias formada también por ensayos y artículos de investigación publicados algunos de ellos en formato electrónico.

También este fue otro objetivo que finalmente podemos dar por realizado y que se concreta en esta nueva conclusión:

**La Opinión Pública.** Partiendo del concepto de información que hemos ofrecido, a la *Opinión Pública* la podemos entender como la expectativa basada en el juicio crítico

racional que se crean las personas sobre el ejercicio regular del poder político. Tanto en el corto como en el medio plazo, tanto colectiva como individualmente.

Esta expectativa crítico racional se renueva constantemente con la información de actualidad según los hechos y acontecimientos en curso, pero también se conforma con las propias vivencias, las experiencias y las competencias que posean las personas.

Un tercer objetivo que seguía en la lista a los anteriores surgió de la necesidad de determinar el sentido y significado de otra causa alternativa a la actualidad en la formación de la Opinión Pública, la ideología. Así también nos propusimos:

3. Una vez delimitados ambos conceptos, el de Información y de Opinión Pública, nos proponemos una nueva indagación teórica y doctrinal que nos permita rastrear y acotar aquella causa que elegimos como alternativa a la actualidad en el proceso de formación de la Opinión Pública: la Ideología. Otra nueva y específica bibliografía se sumará a la existente para obtener una base teórica a partir de la cual poder establecer qué es la Ideología y cuál es su relación determinante con la Opinión Pública. Otros autores se convertirán en la referencia de esta labor específica, de entre los cuales hemos de reseñar a Terry Eagleton y su obra *Ideología, una introducción*. No obstante, también conviene referir nuevamente entre los muchos autores consultados y citados a Karl Marx y a Jünger Habermas y su obra *Teoría de la acción comunicativa*.

También en este caso, la larga delimitación conceptual a la que nos condujo Eagleton y el resto autores propuestos y citados desembocó en aquella cita literal que realiza Teun A. van Dijk de otro autor, Stuart Hall, en la introducción a su obra:

Entiendo por ideología las estructuras mentales –los lenguajes, los conceptos, las categorías, imágenes del pensamiento y los sistemas de representación– que diferentes clases y grupos sociales despliegan para encontrarle sentido a la forma en la que la sociedad funciona, explicarla y hacerla inteligible.

Entendemos que sería posible presentar el mejor de los significados abreviados para referir la noción de ideología con otras palabras que puedan tener idéntico sentido, pero no merece la pena arriesgarse a perder su literalidad. La vinculación de este concepto con la Opinión Pública la establece Eagleton (1997, 278) de manera inequívoca cuando, al referirse a las ideologías sostiene que “[...] ante todo hay un lugar en el que estas formas de conciencia pueden transformarse de la noche al día, y es en la lucha política activa”.

Aunque la definición de Hall hubiera bastado para deducir la dimensión política de la ideología, Eagleton la hace explícita. Esta dimensión política convierte a la ideología, como institución social perdurable y dotada de una cierta estabilidad, en un criterio a partir del cual se ejerce de forma más o menos condicionada la crítica racional hacia el ejercicio regular del poder político, que es como nosotros hemos definido a la Opinión Pública.

El siguiente objetivo sucede de manera lógica al anterior, porque la negación de la ideología como realidad institucional invalida la hipótesis de que pueda ser una causa estructural alternativa en la formación de la Opinión Pública. Por eso en su momento nos proponíamos:

4. Ya delimitado también el concepto de ideología, dada la existencia de una corriente sociológica y del pensamiento político crítica con la noción de ideología y con su función sistémica, asumiremos además el objetivo de refutar críticamente la hipótesis del final de las ideologías, hipótesis que con tanto empeño postularon los autores asistentes al Congreso Sobre el Futuro de la Libertad en 1955 en Viena tras el final de la II Guerra mundial. Para ello analizaremos con voluntad contradictoria la obra de Daniel Bell *El final de la ideología*, llevando a cabo un contraste con la realidad institucional de los sistemas políticos liberales en la actualidad y con los problemas de legitimación ideológica a los que se enfrentan.

Efectivamente, la discusión que llevamos a cabo en el apartado *La desconcertada reacción contra la ideología* fue concluyente. No solo indago en las causas de este cuestionamiento de las ideologías sino que además extrajo las consecuencias que tuvo para la legitimación de los sistemas liberales formalmente democráticos que tanto quisieron defender doctrinalmente los propios detractores de las ideologías. La también progresiva desafección de los votantes hacia los partidos políticos tradicionales como base de las opciones electorales está claramente asociada a su pérdida de identidad ideológica en consecuencia por el mismo postulado del final de las ideologías.

Para finalizar las conclusiones, en su momento nos propusimos completar nuestra tarea ofreciendo un método que permitiera conocer los condicionantes ideológicos de la Opinión Pública. Para ello, necesitábamos de algún autor que hubiera sistematizado una teoría sobre la ideología hasta obtener un método de análisis ideológico que, a su vez, pudiera ser extendido a la Opinión Pública. Ese autor es Ten A. van Dijk. Por eso también figuró entre nuestros objetivos el siguiente propósito:

5. A partir del concepto de Ideología que derivamos del desarrollo anterior, el siguiente paso será el de establecer su conexión con la Opinión Pública para demostrar su relación interdependiente y causal. Para la consecución de este último objetivo nos centraremos en la obra de Teun van Dijk *Ideología, Una aproximación multidisciplinaria*. Precisamente será su propio método de análisis del discurso ideológico el que, trasladado al análisis de la Opinión Pública, nos permitirá comprender y afectar mejor a su naturaleza. Es decir, a partir de la relación entre el análisis de la ideología y su efecto en el proceso de la formación de la Opinión Pública nos proponemos derivar a su vez un método de análisis de la Opinión pública.

Y, una vez más, el estudio detenido de la elaboración teórica de Dijk, no solo nos permitió establecer definitivamente el campo de intersección semántica entre los conceptos de ideología y Opinión Pública; además nos proporcionó el elaborado método de análisis discursivo que nos permite reconocer e identificar los contenidos ideológicos durante los eventos comunicativos en la información de actualidad. Dado que la información de actualidad es lo que renueva de forma permanente a la Opinión Pública, es posible determinar el modo en el que la ideología afecta a la expectativa crítico-racional hacia el ejercicio regular del poder político.

Es más, como una consecuencia de ello también se reveló limitadamente posible elaborar estrategias comunicativas para influir a la Opinión Pública mediante la persuasión discursiva en pos de la legitimidad institucional. Esto significa que al final no se pueden ignorar las restricciones a las que se enfrenta esta persuasión ideológica, pues para ser eficaz los mensajes deben ser adaptados «ideológicamente», algo que hoy por hoy frustra una

mayoría los intentos de manipulación mediática tradicionales al exigir un mayor protagonismo del público en su relación con el poder político.

Y, ya definitivamente, cerrábamos la lista de nuestros propósitos ofreciendo una propuesta aunque solo fuera especulativa del modo en el que persuadir a la Opinión Pública:

6. Por último, indagaremos de forma meramente especulativa en las posibilidades de influir en la opinión pública mediante técnicas comunicativas según el conocimiento que logremos sobre las dinámicas del discurso ideológico y su efecto sobre la opinión.

Finalmente, a lo largo del apartado *Un ejemplo práctico para la persuasión ideológica sobre la Opinión Pública: Los marcos conceptuales en la teoría de la comunicación política de Georges Lakoff* lo que logramos fue algo mejor que una propuesta meramente especulativa. Gracias a una fácil adecuación de la teoría que Lakoff propone para la comunicación política en su obra *No pienses en un elefante* (2007), sus experiencias se convirtieron en la misma demostración práctica de las estrategias discursivas para la persuasión ideológica de la Opinión Pública estadounidense.

Lo que facilitó en gran medida esa adaptación fue el origen epistemológico común de las teorías sociocognitiva de Ten van Dijk y la de Lakoff. Ambos parten de la ciencia cognitiva y de ella extraen sus conceptos, de tal modo que lo que Dijk refiere como modelos de acontecimiento a modo de representaciones socialmente compartidas, Lakoff lo denomina marcos conceptuales. Los dos se centran en el análisis discursivo, Dijk como acreditado estudioso de las ideologías y su reproducción, Lakoff como reconocido lingüista cognitivo.

Aunque esté a la vista que hemos cubierto con mayor o menor acierto los objetivos que nos propusimos desde un principio, no quisiéramos dejar circunstancialmente postergada nuestra labor sin complementarla con alguna observación de última hora que consideramos relativamente oportuna.

Precisamente, es la oportunidad de nuestro objeto de estudio, la Opinión Pública, lo que ha cobrado un interés y relevancia que no sospechábamos al inicio de nuestro trabajo. Siempre cabe contextualizar el fenómeno de la «autonomización de la Opinión Pública» y presentarlo como la consecuencia de una crisis institucional del sistema liberal por encima de las causas que nosotros hemos apuntado. En este sentido, no dudamos de que esto pueda ser así, pero en ese caso no se invalidarían los motivos específicos que hemos manejado para explicar la desafección hacia los medios y la pérdida de viabilidad económica de las tradicionales corporaciones mediáticas.

La alarma ante la desconcertante situación de quiebra de la confianza del público en los medios de masas convencionales ha llevado a justificar el fenómeno con argumentos que a nosotros nos parecen cuanto menos erróneos. De este modo, el neologismo postverdad – post-truth– tiene el siguiente significado literal tal y como aparece en el English Oxford living dictionaries:

Relating to or denoting circumstances in which objective facts are less influential in shaping public opinion than appeals to emotion and personal belief.

Más allá de su literalidad, lo que se quiere significar con esta definición es que la Opinión Pública no es lo suficientemente competente para atribuir el sentido correcto a los hechos;

esto es, en ocasiones los mismos hechos influyen menos que sus emociones y creencias personales en la formación de la propia Opinión Pública. Tiene sentido pensar que a veces ocurre esto; por ejemplo, en los casos de las citadas disociaciones cognitivas. Lo preocupante no es que se admita que en casos particulares, incluso de grupos sociales completos más o menos ideologizados, esto puede y suele ocurrir. Lo alarmante es que el concepto se generalice para toda la Opinión Pública en un lamentable intento por justificar el fracaso de la institución informativa para cumplir con la función social que nosotros le atribuimos en nuestra definición.

No es que los medios una y otra vez falseen la realidad, la verdad; no es que se ignore el cumplimiento de los preceptos deontológicos; tampoco es que la propaganda política y de guerra hayan confundido muchas veces al público en su buena fe; o que la censura y la sistemática manipulación informativa se hayan puesto al servicio de la legitimación del poder político y del mantenimiento del statu quo... es que la Opinión Pública se equivoca y confunde sus deseos con la realidad.

Ante semejante conclusión nos queda la esperanza de pensar que los que acuñaron el neologismo de la postverdad hayan sido víctimas de su propia idea: han confundido sus deseos de que la Opinión Pública sea un tanto pazguata con la realidad de que lo que la define es precisamente su relativa competencia crítico-racional. Definitivamente, el público es muy distinto de las menguantes «masas», sabe cuando lo intentan engañar.

Para terminar, es corriente sugerir aquellas líneas de investigación que consideramos pertinentes a luz de los resultados obtenidos. Desde un principio dimos por sentado que la ideología no tiene por qué ser la única causa estructural de la Opinión Pública. Seguro que otros enfoques pueden resultar iguales o más fructíferos para indagar y conocer mejor el modo en el que se conforma la expectativa crítico-racional del público hacia el poder político. La filosofía y la lingüística, por ejemplo, o también la misma sociología, son campos desde los que se puede enfocar el problema teóricamente y desde los que queda mucho por hacer para entender mejor la formación y la persuasión sobre la Opinión Pública.

Pero el verdadero trabajo empírico que queda por realizar como consecuencia del presente es el de aplicar la metodología de análisis ideológico del discurso que nos propone Dijk convenientemente adaptada a la información de actualidad. El objetivo debe ser el de determinar sus posibles intenciones y efectos ideológicos sobre la expectativa crítica hacia el poder político para conocer la medida en que lo legitima o lo cuestiona. El campo de aplicación entonces resulta ser tan apremiante como prácticamente inconmensurable.

Información alternativa en Internet:

<https://www.youtube.com/watch?v=wpe-4Ec85Tw>



## Anexo I

### Modelo del padre estricto (Lakoff, 2007, 28-30)

El mundo es un lugar peligroso y siempre lo será, porque el mal está presente en él. Además, el mundo es difícil porque es competitivo. Siempre habrá ganadores y perdedores. Hay un bien absoluto y un mal absoluto. Los niños nacen malos, en el sentido de que solo quieren hacer lo que les gusta, no lo que es bueno. Por tanto, hay que conseguir que sean buenos.

Lo que se necesita en un mundo como este es un padre fuerte, estricto, que pueda:

- Proteger a la familia en un mundo peligroso
- Sostenerla en un mundo difícil
- Enseñar a los niños la diferencia entre el bien y el mal

Al niño se le pide obediencia, porque el padre estricto es una autoridad moral que distingue el bien del mal. Después se asume que el único modo de enseñar a los niños a obedecer —es decir, el bien del mal— es el castigo, un castigo doloroso, cuando se portan mal. Esto incluye pegarles, y algunos autores de orientación educativa conservadora recomiendan que se les golpee con palos, cinturones y zapatillas de felpa en el trasero desnudo. Algunos autores sugieren que esto debe comenzar desde que nacen, pero Dobson es más liberal. «No hay excusa para dar azotes a los niños menores de quince a dieciocho meses».

La justificación del castigo físico es esta: Cuando los niños hacen algo mal si se los castiga físicamente, aprenden a no volverlo a hacer, lo que significa que desarrollarán una disciplina interna que los liberará de obrar el mal, y así en el futuro serán obedientes y actuarán moralmente bien. Sin este castigo, el mundo se iría al traste, sería un mundo sin moral.

Esa disciplina interna tiene un efecto secundario. Trata de lo que se necesita para tener éxito en un mundo difícil, competitivo. Es decir, si las personas son disciplinadas y persiguen su propio interés en un mundo de oportunidades como América, prosperarán y serán autosuficientes. Así, el modelo padre estricto asocia moral con prosperidad. La misma disciplina que se necesita para ser moral es la que permite prosperar. El engarce entre ambas es la búsqueda del propio interés.

La existencia de oportunidades y la disciplina en la búsqueda del propio interés te permitirán prospera.

Ahora bien, Dobson tiene muy clara la conexión entre la entre la visión del mundo del padre estricto y el capitalismo de libre mercado. El engarce lo constituye la moral y el propio interés, que es una versión de la concepción capitalista de Adam Smith. Adam Smith sostuvo que si cada uno persigue su propio beneficio, el beneficio de todos será maximizado por la mano invisible –es decir, por naturaleza– de una manera natural. Cuando persigues tu propio beneficio, ayudas a todo el mundo.

Esto enlaza con una metáfora general que identifica el bienestar con la riqueza. Por ejemplo, si yo te hago un favor, tú dices: «Te debo otro». Hacer algo bueno a alguien es, metafóricamente, como darle dinero. Él te «debe» algo. Y dice: «¿Cómo podré pagarte?»

Aplicando la metáfora a la «ley de la naturaleza» de Adam Smith, si cada uno persigue su propio interés, entonces, a través de la mano invisible, por naturaleza se maximizará el interés de todos. Es decir, es moral perseguir tu propio interés, y hay una expresión para definir a aquellos que no lo hacen. Esa expresión es «los que van de redentores por la vida». Una persona que va de redentora por la vida es alguien que está tratando de ayudar a los demás sin que nadie se lo pida, interfiriéndose en el camino de quienes persiguen su propio interés. Los redentores estropean el sistema.

En este modelo hay también una definición de lo que significa llegar a ser una buena persona. Una buena persona –una persona moral– es alguien lo bastante disciplinado como ser obediente, para aprender lo que es bueno, para hacer lo que está bien y no hacer lo que está mal, y alguien que persigue su propio interés para prosperar y llegar a hacerse autosuficiente. Un niño bueno se desarrolla para llegar a ser así. Un niño malo es el que no aprende a ser disciplinado para prosperar. No sabe cuidarse a sí mismo y así se hace dependiente.

Cuando los niños buenos se hacen mayores, o han aprendido disciplina y pueden prosperar, o no la han aprendido. A partir de ese momento, el padre estricto no se entrometerá más en sus vidas. Políticamente, esto se traduce en que el gobierno tampoco se entrometerá.

### **Modelo de la familia protectora (Lakoff, 2007, 33-35)**

El padre y la madre son igualmente responsables de la educación de sus hijos. Se parte del supuesto de que los niños nacen buenos y pueden hacerse mejores. El mundo puede llegar a ser un lugar mejor y nuestra tarea es trabajar para conseguirlo. La tarea de los padres consiste en criar a sus hijos y en educarlos para que ellos, a su vez, puedan criar y educar a otros.

¿Qué entendemos por crianza? Dos cosas: empatía y responsabilidad. Si tienes un hijo, tienes que saber lo que significa cada grito, tienes que saber cuando tiene hambre, cuándo hay que cambiarle el pañal, cuando tiene pesadillas. Y tienes una responsabilidad: tienes que cuidar de ese hijo. Como tú no puedes cuidar a alguien si no te cuidas a ti, tienes que cuidarte lo bastante para poder cuidar a tu hijo.

No es nada fácil. Cualquiera que haya cuidado un hijo sabe que es duro. Hay que ser fuerte. Hay que dedicarse. Hay que trabajar mucho. Hay que ser muy competente. Hay que saber muchas cosas.

Además, de la empatía y la responsabilidad derivan inmediatamente otra serie de valores. Piénsalo.

En primer lugar, si tienes empatía con tu hijo, le proporcionarás protección. Esto se mezcla con la política de muchas maneras ¿De qué proteges a tu hijo? Desde luego, del crimen y las drogas. Lo proteges también de los coches que no tienen cinturones de seguridad, del tabaco, de los aditivos tóxicos en la comida. Así mismo la política progresista se centra en la protección del medio ambiente, en la protección de los trabajadores, en la protección del consumo y en la protección frente a la enfermedad. Esas son las cosas de las que los progresistas quieren que el gobierno proteja a los ciudadanos. Pero también hay ataques terroristas, respecto a los cuales ni los liberales ni los progresistas se han pronunciado con mucho acierto en términos de protección. La protección forma parte del sistema moral progresista, pero no se la ha puesto en práctica de manera suficientemente eficaz. El 11-S los progresistas no tuvieron gran cosa que decir. Fue desafortunado porque los padres protectores y los progresistas sí se preocupan por la protección. La protección es importante. Forma parte de nuestro sistema moral.

En segundo lugar, si tienes empatía con tu hijo, quieres que se realice en la vida, que sea feliz. Y si tú no eres feliz y no te has realizado, no querrás que otros sean más felices que tú. El Dalai Lama nos lo enseña muy bien. Por tanto tienes la responsabilidad de ser una persona feliz y realizada. Tienes esa responsabilidad moral para contigo mismo. Además tienes la responsabilidad moral de enseñarle a tu hijo a ser una persona feliz y realizada que quiere que otros sean felices y se realicen. Esto forma parte de la vida familiar protectora. Es una precondition común para preocuparse por los otros.

Hay otros valores relacionados con la crianza y la protección:

- Si quieres que tu hijo se realice en la vida, tiene que ser lo bastante libre para hacerlo. Por lo tanto, la libertad es un valor.
- No puedes tener una gran libertad sin oportunidades y sin prosperidad. Por tanto, las oportunidades y la prosperidad son valores progresistas.
- Si realmente te preocupas por tu hijo, quieres que sea honestamente tratado por ti y por los demás. Por tanto, la honestidad es un valor.
- Si te relacionas bien con tu hijo y tienes empatía con él, debes tener una comunicación abierta en las dos direcciones. Una comunicación sincera. Ésta se convierte en un valor.
- Vives en una comunidad, y esa comunidad influirá en la manera de crecer de tu hijo. Por tanto, la construcción de una comunidad, el servicio a la comunidad y la cooperación con una comunidad se convierten en valores.

Para que haya cooperación debes tener confianza, y para tener confianza debes tener sinceridad y una comunicación abierta en las dos direcciones. La confianza, la sinceridad y la comunicación abierta son valores progresistas fundamentales, tanto en una comunidad como en una familia.



## Anexo II

### La investigación de la comunicación de masas, Crítica y Perspectivas (Mauro Wolf, 1987)

#### I.- El papel de los medios en la cultura de masas:

##### La evolución de la investigación sobre las comunicaciones de masas.

##### La teoría hipodérmica

En un primer momento de las investigaciones, cuyo contexto coincide con el peligro de las dos guerras mundiales y el rosario de dictaduras y gobiernos autocráticos que las precedieron, La teoría hipodérmica se caracterizó precisamente por lo novedoso del fenómeno de las comunicaciones de masas, y esencialmente quería dar respuesta a la pregunta de: ¿Qué efecto producen los medios en la sociedad? Para responder parte de las concepciones entonces generalizadas sobre las características de la sociedad de masas:

“...El aislamiento de cada individuo particular en la masa anónima es por tanto requisito para la primera teoría sobre los medios...Blumer, en efecto, señala que los individuos –*en cuanto que componentes de la masa*- están expuestos a mensajes, contenidos, acontecimientos, que van más allá de su experiencia...”\*

Además, recurre a la teoría psicológica más exitosa por aquel entonces, la del *conductismo*:

«Estímulo y respuesta parecen ser las unidades naturales en cuyos términos puede ser descrito el comportamiento » (Lund, 1933, 28)

Entonces, esta teoría de la acción lleva a que, al dar por supuesta la relación directa estímulo-respuesta, los efectos de los medios no sean estudiados. Los factores del contexto en el que se produce el estímulo y las precedentes experiencias del mismo que posean los sujetos eran tratados por la teoría de la sociedad de masas de una forma que enfatiza la inmediatez, la mecanicidad y la amplitud de los efectos.

Los medios de comunicación de masas constituían:

«Una especie de sistema nervioso simple que se extiende hasta cada ojo y cada oído, en una sociedad caracterizada por la escasez de relaciones interpersonales y por una organización social amorfa» (Katz-Lazarsfeld, 1955, 4)

### **El modelo de Lasswell**

Elaborado en los años 30, el que Lasswell propuso en 1948 explica que:

«Una forma apropiada para describir un acto de comunicación es responder a las siguientes preguntas.

*¿Quién  
dice qué,  
a través de qué canal  
a quién  
con qué efecto?*

El estudio científico del proceso comunicativo tiende a concentrarse en algunos de estos puntos interrogativos »

La investigación se descompone así en cada una de estas variantes. Corroboran implícitamente el postulado explícito de la teoría hipodérmica: que la iniciativa sea exclusivamente del comunicador y que los resultados sean exclusivamente sobre el público. El proceso es claramente asimétrico y la comunicación es intencional, tendente a un fin de conseguir un cierto efecto consistente, en dar lugar a un comportamiento observable y mensurable.

Precisamente los resultados de esa investigación, en particular la de los frustrantes efectos medidos en la audiencia a través de su comportamiento, es la causa de que se alumbren nuevos enfoques y estudios sobre la comunicación.

### **La corriente empírico-experimental o de la persuasión**

Esta corriente conduce directamente al abandono de la *teoría hipodérmica* simultáneamente a la realización de los *estudios empíricos sobre el terreno* como la otra gran corriente que coexiste simultáneamente con ella a partir de los años cuarenta. Quizás por eso resulte tan difícil diferenciar con nitidez ambas corrientes.

La «teoría» resultante de los *estudios psicológicos experimentales* consiste sobre todo en el cuestionamiento, a partir de la evidencia empírica, del proceso comunicativo entendido como la relación mecanicista e inmediata entre el estímulo y la respuesta. No obstante, para ella la **persuasión** de los destinatarios es un objetivo posible siempre que la forma y la organización del mensaje sean adecuados a los factores personales que el destinatario activa en la interpretación del mismo mensaje:

«Los mensajes tienen características particulares del estímulo que interactúan de forma distinta con los rasgos específicos de la personalidad de los miembros que integran el público...» (De Fleur 1970, 122).

Este tipo de «teoría» estudia preferentemente los efectos de los medios en una situación de «campana» (electoral, informativa, propagandística, publicitaria, etc.), de tal modo que la presencia de este tipo de contexto comunicativo va siempre ligado a la naturaleza «administrativa» de la investigación en cuestión.

Podemos sintetizar los presupuestos de la teoría de la siguiente manera:

«...la naturaleza real y el grado de exposición del público al material informativo están determinados en gran parte por algunas características de la *audiencia*» (Hyman-Sheatsley, 1947, 449):

- *El interés por adquirir información*: Es posible la escasez de interés y motivación respecto a algunos temas, la dificultad de acceso a la información, la apatía social...
- *Exposición selectiva*: los componentes de la *audiencia* tienden a exponerse a la información más afín a sus actitudes y a evitar los mensajes que les resultan discordantes.
- *Percepción selectiva*: La interpretación transforma y modela el significado del mensaje recibido, marcándolo con las actitudes y los valores del destinatario, a veces cambiando radicalmente el sentido del mensaje
- *Memorización selectiva*: Los aspectos coherentes con las propias opiniones y actitudes son mejor memorizados que los demás.

Aparte de estos factores relacionados con la *audiencia*, otros que también influyen en la exposición del público al material informativo son los vinculados al mensaje:

- *La credibilidad del comunicador*: El problema de la credibilidad de la fuente no está relacionado con la cantidad efectiva de información recibida. Puede producirse la recepción, pero la escasa credibilidad de la fuente selecciona su aceptación.
- *El orden de las argumentaciones*: La cuestión es determinar si en un mensaje bilateral son más eficaces las argumentaciones iniciales a favor de una posición o más bien las finales en apoyo de la contraria.
- *La exhaustividad de las argumentaciones*: Se trata de estudiar el impacto que, de cara a obtener el cambio de opinión de la *audiencia*, produce el presentar un sólo aspecto o los dos aspectos de un tema controvertido.
- *La explicitación de las conclusiones*: Hay que medir la eficacia para saber si es mejor mensaje que explicita las conclusiones de las que se quiere persuadir o bien uno en el que están implícitas y han de ser inferidas por los destinatarios.

### **Los estudios empíricos sobre el terreno o «de los efectos limitados»**

El problema fundamental sigue siendo el de los efectos de los media, pero ya no en los mismos términos que las teorías precedentes. Si la teoría hipodérmica hablaba de *manipulación* y propaganda pura y dura, y si la teoría psicológico-experimental se ocupaba sólo de la *persuasión*, esta última teoría habla ya de mera *influencia*, influencia que, además, no se refiere exclusivamente a la de los medios, sino a la que «fluye» entre las relaciones

comunitarias. El «corazón» de la teoría consiste en relacionar los procesos de comunicación social con las características del contexto en el que se producen. Los dos grandes campos de elaboración teórica de esta teoría son el de «el estudio de la composición diferenciada de los públicos y de sus modelos de consumo de comunicaciones de masas» y el de «las investigaciones sobre la mediación social que caracteriza a dicho consumo».

- **Los estudios sobre el consumo de los media:** La investigación sobre el consumo se presenta como un análisis conceptualmente más complejo que una simple investigación cuantitativa: es imposible escindir dicho aspecto de otros muchos emparentados con él, incluido el de los efectos. Para describir estos últimos, primero hay que saber quién sigue un determinado medio de comunicación y por qué. Lazarsfeld habla de efectos *preselektiv* y de efectos *sucesivos*: el medio en primer lugar selecciona a su propio público, sólo más tarde ejerce influencia sobre él. El análisis de los factores que determinan las preferencias está estrechamente unido al análisis de la estratificación de los grupos sociales. Lo concluyente de estos trabajos es que el estudio de las comunicaciones de masas está cada vez más cerca de ser un estudio sobre los procesos y fenómenos comunicativos socialmente emparentados. Hay que focalizar la atención sobre un ámbito social más amplio en el que operan y del que forman parte.
- **El efecto social y los efectos de los media:** Un primer hallazgo en este campo es la llamada *comunicación a dos niveles*. En la estructura social se insertan determinados individuos cuya característica principal respecto de la comunicación es la de poseer una gran influencia en materia de opiniones sobre el grupo de personas con las que interactúan. Los llamados *líderes de opinión* constituyen un sector de población –transversal respecto a la estratificación social- particularmente activo en la participación política y más decidido en el proceso de formación de las actitudes como el voto. La realidad es que la comunicación política ocasionalmente puede infringir, p.e, fidelidades tradicionales de partido. En el seno de las relaciones sociales más significativas, la tendencia a desarrollar actitudes compartidas por los demás elementos de un grupo pone manifiesto la existencia de líderes de opinión y su función de mediadores sociales entre los mass-media y los demás individuos menos partícipes. Es esta mediación la que determina la división en los niveles comunicativos. Desde este punto de vista los efectos son limitados hasta tal extremo que de hecho prevalecen los efectos de refuerzo sobre los de conversión, y sobre todo parece más eficaz la influencia personal fruto de las relaciones inter-subjetivas que la que se desprende directamente de los media.

Esta es una aportación definitiva a la communication research que no se refiere tan sólo a la limitación *de efectos* como también a la radicación completa y total de los procesos comunicativos de masas en marcos sociales muy complejos y variables. Los estudios de Lazarsfeld serán completados por Merton con una caracterización de los líderes de opinión en el curso de una investigación administrativa sobre la estructura de influencia y sus líderes en una determinada comunidad y en relación al consumo de comunicación de masas.

En su conjunto, la teoría de los media emparentada con la corriente sociológico-empírica sostiene que la eficacia de la comunicación de masas está muy relacionada y depende en gran medida de procesos de comunicación no medial de la estructura social en la que vive el individuo. La capacidad de influencia de la comunicación de masas se limita sobre todo a

reforzar valores, actitudes posturas, sin poseer una capacidad real de modificarlos o manipularlos. (Klaper, 1960).

El segundo y el tercer modelo de investigación experimental (psicológico-experimental y sociológico de campo) se plantean el objetivo de demostrar empíricamente el alcance de los efectos obtenidos por la comunicación de masas. La disparidad de conclusiones de unos y otros no hace sino confirmar el hecho crucial en los procesos comunicativos: la *situación comunicativa*. Los experimentos de laboratorio y los de campo difieren sustancialmente: p.e. los de laboratorio se hacen a partir de temas que implican actitudes y comportamientos susceptibles de ser modificados por la comunicación para verificar los cambios. El trabajo de campo se refiere a las actitudes de los sujetos sobre temas más significativos y enraizados profundamente en la personalidad del individuo, por tanto más difícilmente influenciables.

### **La teoría funcionalista de las comunicaciones de masas**

Acorde con el gran paradigma sociológico en el que se inscribe, esta teoría da un paso más allá en la misma línea en que se mueve la anterior cuando ratificaba que los efectos de los medios hay que ponerlos en estrecha relación con su contexto social. No obstante, el gran avance y la diferencia radican en el hecho de que la pregunta ya no es por los efectos de los media, es por la función de estos en el *sistema*, dado que son parte esencial de su estructura. El gran salto, que nos aproxima más a un concepto de información, se produce porque en la nueva teoría las funciones analizadas no están ligadas a contextos comunicativos particulares (campañas), sino a la presencia normal de los media en la sociedad. De esta manera, la teoría representa un momento significativo en la transición entre las teorías anteriores sobre los efectos a corto plazo de los media y las sucesivas hipótesis sobre sus efectos a largo plazo. Observamos así una importante y creciente orientación sociológica de la communication research.

Tengamos en cuenta que la teoría sociológica funcionalista se plantea como objetivo primordial el equilibrio social estable y perdurable, la supervivencia de la sociedad, a la que considera un sistema en su conjunto integrado por una serie de partes estructurales o subsistemas, de entre los cuales el subsistema informativo o mediático no es de los menos relevantes.

Las funciones de las comunicaciones de masas son para Wright (IV Congreso de Mundial de Sociología, 1959):

*En particular, el objetivo es el de articular*

1. *las funciones*
- y*
2. *disfunciones*
3. *latentes*
- y*
4. *manifiestas*  
*de las transmisiones*
5. *periodísticas*
6. *informativas*
7. *culturales*
8. *de entretenimiento*  
*respecto*

9. a la sociedad
10. a los grupos
11. al individuo
12. al sistema cultural

Según el propio Wright, las cuatro primeras, más que con funciones, «se corresponden en cambio a las consecuencias del hecho de desarrollar dichas actividades comunicativas mediante los procesos institucionalizados de comunicación de masas» (Wright, 1974, 205).

Respecto a la sociedad, la difusión de información cumple al menos dos funciones: proporcionar la posibilidad, frente a amenazas y peligros inesperados, de alertar a los ciudadanos; proporciona los instrumentos para realizar algunas actividades cotidianas institucionalizadas en la sociedad, como los intercambios económicos, etc.

En relación con el individuo, y respecto a la «mera existencia» de los medios de comunicación de masas, se identifican otras tres funciones:

- a) La atribución de status y prestigio a las personas y a los grupos objeto de atención por parte de los media (legitimación institucional)
- b) El fortalecimiento de prestigio para los que se someten a la necesidad y al valor socialmente difundido de ser ciudadanos bien informados
- c) El fortalecimiento de las normas sociales. «Es evidente que los medios de comunicación de masas sirven para reafirmar las normas sociales denunciando las desviaciones a la opinión pública. El estudio del particular tipo de normas así reafirmado ofrecería un válido índice de la medida en que estos medios abordan problemas periféricos o centrales de nuestra estructura social» (Laszardfeld-Merton, 1948, 84)

Por lo que se refiere a las disfunciones, estas se manifiestan en el hecho de que aquellas corrientes informativas que pueden amenazar la estructura fundamental de la propia sociedad circulan libremente. A nivel individual, además, la difusión de noticias alarmantes (sobre peligros naturales o tensiones sociales) puede generar reacciones de pánico en lugar de reacciones de vigilancia consciente. Aún peor puede resultar el hecho de que el exceso de información puede llevar a un repliegue sobre lo privado, además de producir la denominada «disfunción narcotizante» (el ciudadano interesado e informado puede sentirse satisfecho por todo lo que sabe, sin darse cuenta de que se abstiene de decidir y de actuar)

Aparte, al pasar de valorarlos como parte de la estructura social y económica, el análisis funcional de la organización institucional y de propiedad de los media revela otras funciones más:

“...contribuyen al mantenimiento del sistema [...]; la tendencia ejercida por los medios de comunicación de masas se deriva no sólo de lo que se dice, sino sobre todo de lo que no se dice [...] no sólo continúan afirmando el *estatus quo* sino que, en la misma medida, dejan de plantear los problemas esenciales a propósito de la estructura social [...] Los medios de comunicación comercializados ignoran los objetivos sociales cuando van contra el beneficio económico [...] La presión económica lleva al conformismo al ignorar sistemáticamente los aspectos controvertidos de la sociedad...” (Laszardfeld- Merton, 1948, 86)

Otra función explicitada por Melvin de Fleur (19170) es la resistencia del sistema de los media frente a los ataques, frente a las críticas y a los intentos de elevar la baja calidad cultural estética de la producción de comunicación de masas por el hecho de que el *subsistema* mediático satisface los gustos y exigencias de aquellos sectores de público que constituyen la parte más importante del mercado. Ello permite mantener un equilibrio financiero y económico que garantiza estabilidad al subsistema de los media, de tal manera que, a su vez, este se encuentra más integrado en toda la estructura económico productiva. La crítica culturiológica y estética a los media parece, pues, un arma sin filo.

**De los usos como funciones a las funciones de los usos: la hipótesis de los «Uses and gratifications»**

Tras comprobar que la influencia de los medios es una cuestión compleja que depende de su recepción por la *audience*, antes que preguntarse « ¿Qué hacen los medios con las personas?» cabría obtener respuesta a otra distinta: «¿Qué hacen las personas con los medios?». De ahí la idea de que las gratificaciones que obtiene la gente por la información son determinantes para la recepción de esta. Los media son eficaces cuando el recetor les atribuye dicha eficacia: los mensajes son disfrutados, interpretados y adaptados al contexto subjetivo de experiencias, conocimientos y motivaciones (Merton). De esta manera es que el receptor “actúa” sobre la información y la “usa” y, por encima de la simetría comunicativa, se convierte en un sujeto comunicativo de pleno derecho. Emisor y receptor se convierten en partes activas del proceso de comunicación. Aunque esta tesis se inscribe en el paradigma funcionalista, la desborda ampliamente.

La línea común que caracteriza a todos los trabajos dentro de esta tendencia teórico-investigadora es la de relacionar el consumo, el uso y los efectos de los media con la estructura de *necesidades* que caracteriza al destinatario. Distinguimos al menos cinco clases de necesidades: congnoscitivas, afectivas-estéticas, integradoras a nivel de la personalidad, integradoras a nivel social, necesidades de evasión. Rosengren (1974) traza e paradigma par el análisis de este tipo de trabajos, estableciendo sus variantes fundamentales, representadas gráficamente así:



## La teoría crítica

Como no podía ser de otra manera, bajo esta denominación se configuran, por un lado, una construcción analítica de los fenómenos que esta tendencia aborda de forma permanentemente crítica, por otro lado y simultáneamente, la capacidad de referir dichos fenómenos a las fuerzas sociales que los determinan. Hechura de la llamada Escuela de Francfort, que recompuso el *Institute of social research* en Nueva York en 1950 tras su obligado exilio de la Alemania nazi, Teodoro Adorno y Max Horkheimer ya han sido citados al final del apartado gnoseogénesis, cerrando la crítica al racionalismo de la Ilustración y sus dramáticas consecuencias. A partir de esa crítica, elaboran una nueva propuesta política de reorganización racional de la sociedad, capaz de superar la crisis de la razón. Por eso, la investigación social practicada por la teoría crítica se propone como teoría de la sociedad entendida como un todo: de ahí la polémica constante contra las disciplinas sectoriales que, precisamente por encontrarse estas desviadas de la comprensión de la sociedad como totalidad, acaban ayudando al mantenimiento del *status quo*.

Desde esta perspectiva, toda ciencia social que se reduce a la mera técnica de análisis, de recogida, de clasificación de los datos «objetivos» se niega a sí misma la posibilidad de verdad, por cuanto programáticamente ignora las propias mediaciones sociales:

Hay que «liberarse de la pobre antítesis de estática y dinámica social que se manifiesta en la actividad científica, en primer lugar como antítesis de doctrina conceptual de la sociología formal por una parte, y como empirismo sin conceptualización por otra» (Horkheimer-Adorno, 1956, 39)

*La industria cultural como sistema:* El presente epígrafe 1.2.1 se inicia con una cita literal entresacada del apartado así también llamado de su obra *Dialéctica de la Ilustración*, y que nos “ilustra” sobre la «transformación del progreso cultural en su contrario». «Film, radio y semanarios constituyen un sistema. Cada sector aparece armonizado en sí mismo y todos entre sí» (Horkheimer-Adorno, 1947, 130). El Mercado de masas impone estandarización y organización: los gustos del público y sus necesidades imponen estereotipos y baja calidad. En *el sistema de la industria cultural* el proceso de trabajo integra a todos los elementos. Evidentemente este sistema condiciona totalmente la forma y el papel del proceso de fruición y la calidad del consumo, así como la autonomía del consumidor. La máquina cultural rueda sobre sí misma: ella es quien determina el consumo y excluye todo lo que es nuevo, lo que se configura como un riesgo inútil, al haber concedido la primacía a la eficacia de sus productos.

*El individuo en la época de la industria cultural:* está en manos de la sociedad que lo manipula a su antojo. Aunque cree sustraerse en su tiempo de no-trabajo a los rígidos mecanismos productivos, en realidad la mecanización determina hasta tal punto la fabricación de los objetos de ocio que lo que se consume son sólo copias y reproducciones del propio proceso de trabajo. La individualidad es sustituida por la pseudoindividualidad: el sujeto se halla vinculado a una identidad sin reservas con la sociedad. En la época actual la industria cultural y una estructura social cada vez más jerárquica y autoritaria convierten el mensaje de una obediencia irreflexiva en el valor dominante y avasallador. Cuanto más indiferenciado y difuso parece ser el público de los modernos mass media, más los mass media tienden a obtener su integración.

La calidad de la fruición de los productos culturales es sistemáticamente ajustada a este mecanismo de dominio interior del individuo. Fabricados expresamente para un consumo distraído, no comprometido, estos productos reflejan, en cada uno de ellos, el modelo del mecanismo económico que domina el tiempo de trabajo y el de no-trabajo.

*Los «efectos» de los media:* La manipulación del público en el medio televisivo se produce mediante efectos que se realizan en los niveles latentes de los mensajes. Estos aparentan decir una cosa y en cambio dicen otra, fingen ser frívolos y en cambio, por encima de la conciencia del público, ratifican el estado de sujeción. El espectador, a través del material que observa, se halla constantemente en situación, sin darse cuenta, de asimilar órdenes, prescripciones, proscipciones.

*Los géneros:* Los estereotipos son un elemento imprescindible para organizar y anticipar las experiencias de la realidad social que lleva a cabo el individuo. Impiden el caos cognoscitivo, la desorganización mental, representan pues un necesario instrumento de economía en el aprendizaje. Pero cuanto más se materializan los estereotipos[...], es menos probable que las personas modifiquen sus ideas preconcebidas con el progreso de su experiencia. Cuanto más obtusa y complicada se torna la vida, mayor es la propensión de las personas a apegarse a clichés que parecen conllevar un cierto orden en lo que de otra forma sería incomprensible. Así la gente puede no sólo perder la verdadera comprensión de la realidad, además puede llegar a tener debilitada la capacidad de entender la experiencia de la vida por el uso constante de lentes ahumados.

*Teoría crítica frente a investigación administrativa:* La teoría sobre los medios de comunicación de masas aparece sumamente inadecuada porque, al limitarse a estudiar las condiciones presentes, acaba doblegándose al monopolio de la industria cultural. Esta es la razón por la que la investigación se dedica sustancialmente a averiguar cómo manipular a las masas o como alcanzar mejor determinados objetivos internos del sistema existente. La obtención mediante la observación directa de datos a partir de las reacciones de los sujetos mediatizados por la industria cultural no puede arrojar más que resultados sesgados por el mecanismo de dominio a que les somete. La ilusión de pseudoindividualismo debe reforzar el escepticismo respecto a cualquier información de primera mano recibida de los oyentes.

De este modo, sin excluir del análisis la demostración empírica, pero sosteniendo la necesidad de enmarcarlos en la comprensión de la sociedad como totalidad, la teoría crítica de hecho acaba privilegiando la aproximación especulativa sobre el método empírico, debido también a que en cada producto de la industria cultural puede leerse en filigrana el modelo del gigantesco y potente mecanismo económico.

Llegados a este punto de la confrontación entre teoría crítica e investigación administrativa, resulta importante señalar que, en un primer momento, cada enfoque ofreció del otro una lectura reductiva y, sucesivamente, una acentuación, en clave ideológica, de su mutua oposición. La consecuencia ha sido, para la teoría crítica, la dificultad de pasar del nivel de las descripciones generales del sistema en su conjunto de la industria cultural al del análisis de los procesos comunicativos como efectivamente se producen. Dificultad acentuada por el hecho de que para ella este tipo de análisis es irrelevante o accesorio, al estar ya implícito en la descripción de la dinámica fundamental de la sociedad capitalista. Para la investigación administrativa, en cambio, la conciencia de un necesario marco de referencia más amplio en el que encuadrar el estudio de los problemas específicos se ha visto a menudo atenuada, también a causa de la presión por la naturaleza institucional de la investigación, que se ejercía en la dirección de los aspectos metodológicos y operativos del trabajo de

investigación. Por un lado se reducía la complejidad de los fenómenos comunicativos en una teoría de la sociedad, por el otro, se exorcizaban las conexiones entre estos fenómenos y las demás variantes sociales con un tipo de análisis que no estaba en condiciones de captarlas.

La distancia entre teoría crítica e investigación administrativa se ha ampliado más allá de su configuración inicial, y ha cristalizado en una diferenciación teórica que, en cambio, era y sigue siendo fecunda y problemática.

La superación de esta contraposición se produce a través de dos coordenadas:

1. Determinados problemas que de hecho imponen un tipo de conceptualización del campo mediológico el cual supera los términos del contraste. P.e: la cuestión de los efectos a largo plazo o la construcción de la imagen de la realidad social por los individuos
2. Una teoría informacional de los procesos comunicativos

### **La teoría culturiológica**

Conforme al proceso de aceptación de la *Teoría crítica*, esta teoría también se opone a la *communication research* a partir del estudio de la cultura de masas, lo que lleva a cabo poniendo de manifiesto sus elementos antropológicos más importantes y la relación que se instaura en ella entre el consumidor y el objeto de consumo. El autor y el texto que “inauguraron” en Francia este filón son Edgar Morin y su libro *L'Esprit du temps*. Para Morin, aunque los medios transmiten y difunden la cultura de masas:

“...De hecho, la óptica que indica comunicación de masas impide captar el problema «cultura de masas»[...]. Las categorías utilizadas rompen la unidad cultural implícita en las comunicaciones de masas, eliminan los datos históricos, para alcanzar fácilmente, bien un nivel de particularidad difícilmente generalizable, bien un nivel de generalidad inutilizable (Morin, 1962, 191).”

El objetivo de Morin es elaborar una sociología de la cultura contemporánea, sin pasar por el falso dilema que la sociología tradicional propone cada vez que dirige su mirada sobre la cultura de masas; es decir, sus cualidades y carencias. Lo que propone es una fenomenología sistemática apoyada por una investigación empírica.

Según Morin, en la cultura de masas, el objeto está estrechamente vinculado a su carácter de producto industrial y a su ritmo de consumo cotidiano: del vínculo productivo burocrático y técnico se derivan consecuencias contrapuestas que recorren y cualifican todo el proceso.

En primer lugar, tenemos la contradicción entre las exigencias productivas-técnicas de estandarización y la naturaleza individualizada e innovadora del consumo cultural. Esta oposición se diluye en una especie de línea intermedia: la producción de masas, al estar unida a un consumo de masas, impone la búsqueda de un denominador común, de una calidad media para un espectador medio «...sincretismo es el término más apropiado para la tendencia a homogeneizar...la homogeneidad de contenidos» (Morin, 1962, 29). Este sincretismo genera importantes consecuencias, como por ejemplo la tendencia a la homogeneización de los grandes sectores de la industria cultural de masas: La información y la ficción. De esta forma, en la información adquieren relieve los *hechos de crónica* –la franja donde de lo real donde lo inesperado, lo extraño, le asesinato, el accidente, la aventura,

irrumpan en la vida cotidiana- mientras la ficción se tiñe de realismo, y las intrigas novelescas tienen apariencias de realidad.

Amabas características se inscriben en la búsqueda de la expansión del consumo y del nuevo público al que van destinadas. Curiosamente, por encima de las diferenciaciones de clase (de prestigio, jerarquía, convenciones, etc.) se delinea un terreno común, una identidad que constituye el sustrato de la cultura de masas: la identidad de los valores de consumo. De este modo, la ley fundamental de la cultura de masas es la del mercado y su dinámica es el resultado del diálogo constante entre producción y consumo:

«Pero es un diálogo desigual. A priori, es un diálogo entre un parlanchín y un mudo. La producción[...] ofrece[...]. El consumidor – el espectador- sólo responde con reacciones pavlovianas, con el sí o el no, que decretan el éxito o el fracaso» (Morin 1962,39)

Sin embargo, la cuestión simplista de si son los medios de masas los que crean su propio público o si es este último el que determina el contenido de los media, no está bien planteada: «el verdadero problema es el de la dialéctica entre el sistema de producción cultural y las necesidades culturales de los consumidores» (Morin, 1962, 40). En tal sentido, la cultura de masas procura en formas ficticias todo lo que es eliminado sistemáticamente de la vida de los consumidores. Haciendo irreal una parte de la vida de los consumidores, acaba transformando al espectador en un fantasma proyectando «su espíritu en la pluralidad de de los universos imaginados o imaginarios, [dispersando] su alma en los innumerables dobles que viven en su nombre». (Morin, 1962, 172).

La cultura de masas puede desplegar su propio ethos, el «superindividualismo privado». En definitiva «...contribuye a debilitar todas las instancias intermedias –desde la familia hasta la clase social- para constituir una agregación de individuos –las masas- al servicio de la supermáquina social» (Morin, 1962, 178).

Al igual que pasara con la *Teoría crítica*, al margen de la falta de sistematismo de la propia *Teoría culturiológica*, las reacciones suscitadas por ella, sobre todo en el ámbito Francés, han reivindicado una actitud más empírica, menos vaga y generalizadora, hacia estos problemas.

### **La perspectiva de los «cultural studies»**

La teoría mediológica conocida bajo este nombre se perfila hacia mediados de los años cincuenta y primeros años sesenta en Inglaterra, en torno al *Center of Contemporary Cultural Studies* de Birmingham.

Su interés se centra sobre todo en analizar una forma específica de proceso social, correspondiente a *la atribución de sentido a la realidad*, al desarrollo de una cultura, de prácticas sociales compartidas, de un área común de significados. Para ella, en el concepto de cultura caben tanto los *significados* y los *valores* que surgen y se difunden entre los grupos sociales, como las *prácticas* efectivamente realizadas a través de las que expresan valores y significados y en las que están contenidos.

Los *cultural studies* atribuyen a la cultura un papel que no es meramente reflexivo ni residual respecto a las determinaciones de la esfera económica: una correcta sociología de las comunicaciones de masas debe por tanto tener por objeto explicar la dialéctica que se instaaura entre el sistema social, la continuidad y las transformaciones del sistema cultural.

Los *cultural studies* tienden a especializarse en dos “aplicaciones” distintas: por un lado los trabajos sobre la producción de los media en cuanto sistema complejo de prácticas determinantes para la elaboración de la cultura y de la imagen de la realidad social; por otro lado los estudios sobre el consumo de la comunicación de masas en cuanto lugar de negociación entre prácticas comunicativas extremadamente diferenciadas.

Frente a la conocida como «teoría conspiradora de los media» que establece una relación entre los contenidos de los medios y el objetivo de control social perseguido por las clases dominantes, los *cultural studies* reafirman la centralidad de los productos culturales colectivos como agentes de continuidad social que enfatizan su naturaleza compleja, elástica, dinámica y activa, no puramente residual o mecánica. Al subrayar que las estructuras sociales en torno al sistema de los media y las específicas condiciones históricas son elementos esenciales para comprender las prácticas mediológicas, reafirman la continua dialéctica entre sistema cultural, conflicto y control social.

### Las teorías comunicativas

Estos modelos comunicativos tratan de retomar la consideración de los mass media, en primer lugar, como comunicación («transferencia ordenada de significados» Elliot, 1972) dando origen a una concepción excesivamente abstracta y ahistórica de los mass media. No obstante, como afirma Mcquail:

«Como las comunicaciones de masas son fundamentalmente un fenómeno colectivo, sus significado sólo puede ser valorado en términos de un modelo de sociedad y no recurriendo a un modelo de acción social unitaria, al que pertenecen superficialmente y con el que existe un correspondencia terminológica.» (McQuail, 1981, 54)

O sea que la investigación comunicativa debe orientarse hacia la teoría social de forma clara:

«...no hay necesidad de una teoría de las comunicaciones de masas, sino de una teoría de la sociedad, para generar proposiciones-guía e investigaciones en este campo» (Golding-Murdock, 1978, 60)

A esta reafirmación de nuestra propia formulación hay que objetar que, al rechazar la pertinencia netamente comunicativa, se ha acabado por aceptar un modelo excesivamente simplificado; este es el caso de la «teoría conspiradora».

A partir de estos supuestos y de la escasa aportación que pueden realizar para nuestro punto de vista, repasamos de forma muy abreviada los tres modelos derivados de este enfoque:

El modelo comunicativo de la teoría de la comunicación.- El modelo arranca de los trabajos de ingeniería de las telecomunicaciones. La teoría matemática de la información es básicamente una teoría de sobre la transmisión óptima de los mensajes. La funcionalidad de dicho modelo comunicativo no sólo ha consistido en su amplia aplicabilidad: se ha focalizado en el hecho de que permite descubrir los factores de interferencia en la transmisión de información, punto muy importante, ya que la finalidad *operativa principal* de la teoría era justamente la de hacer pasar a través del canal la máxima información con las mínimas interferencias y la máxima economía de tiempo y energía. En este esquema se hace evidente la presencia de otro elemento, el código: un sistema de reglas que atribuye a

determinadas señales un determinado «valor» («significado» para el caso de las comunicaciones humanas). Este último resulta clave para la difusión y el éxito del modelo comunicativo. El destinatario *extrae el sentido* que debe atribuir al mensaje del *código*, no del propio mensaje; para que el mensaje llegue debe interactuar con el código. Este es a un mismo tiempo el principal hallazgo de este modelo y su principal limitación. El código no resulta ser sólo el sistema que organiza los significantes, sino que empareja un sistema de significantes con un sistema de significados. Lo que limita la teoría de la información no es sólo la diversa acepción del concepto de código (sintaxis interna de la secuencia de señales frente a correlación entre elementos de sistemas distintos), sino sobre todo la evacuación sistemática de la dimensión relativa a la *significación*.

No obstante, el *modelo informacional* ha sido durante largo tiempo el verdadero paradigma dominante en la communication research debido a tres explicaciones. La primera es que la difusión del *modelo informacional* se ha producido más allá del ámbito específico en el que había surgido. La segunda consiste en su funcionalidad respecto al tema fundamental de la communication research, el de los efectos. La tercera reside en la orientación sociológica general de la communication research y en el papel desarrollado por la teoría crítica y por los filones derivados de ella. Además, dos elementos de freno han contribuido a que el abandono de la teoría informacional fuese un proceso laboriosísimo, lento y en parte aún por completar. El primero es el de que en torno a ella se ha podido construir una elaborada y perfeccionada metodología de análisis de contenido de los mensajes. El segundo se debe al hecho de que los modelos comunicativos elaborados sucesivamente plantean el problema fundamental de la *significación* por las amplias muestras de mensajes que hay que analizar, lo que les supone un importante handicap.

El modelo comunicativo semiótico informacional.- La relevancia adquirida por el problema de la *significación* produjo una especie de injerto sobre el precedente *esquema informacional*, cuyo resultado es el llamado *modelo semiótico informacional*. Su diferencia más importante con el esquema anterior es que ahora la linealidad de la transmisión va unida al funcionamiento de los factores semánticos, introducidos mediante el concepto de código. Se pasa de la aceptación de la comunicación como *transferencia* de información a la de *transformación* de un sistema en otro. El código es el que garantiza la posibilidad de esa transformación y ahora es entendido como correlación entre los elementos de sistemas distintos. Cobra importancia el problema de la *descodificación*. Ahora se subraya que los efectos y las funciones sociales de los media no pueden prescindir de la forma en la que se articula el mecanismo de reconocimiento y de atribución de sentido. Este modelo se ha visto confinado a al ámbito del análisis de los mensajes, de sus códigos, de su estructura comunicativa. El paso del estudio de la comprensión y descodificación de cada mensaje en condiciones experimentales a la elaboración de las consiguientes hipótesis extensivas sobre los efectos sociales de los media, se ha revelado arduo, impracticable.

El modelo semiótico textual.- Este representa un instrumento más adecuado para interpretar problemas específicos de la *comunicación de masas*. Considerando: a) que los destinatarios no reciben mensajes particulares reconocibles, reciben conjuntos textuales, b) que no comparan los mensajes con códigos reconocibles como tales, sino con conjuntos de prácticas textuales, en los que sólo es posible reconocer sistemas gramaticales de reglas a un nivel ulterior de abstracción metalingüística, c) que no reciben nunca un único mensaje: reciben muchos; resulta que, si en el modelo semiótico-informacional se ponía el acento en la intervención interpretativa operada entre los mensajes de modo que no consideraba la disimetría entre emisor y receptor, ahora en el *modelo semiótico-textual* los mensajes no son transferidos en el intercambio, sino que más bien es la relación comunicativa la que se

construye en torno a «conjuntos de prácticas textuales». La distinción presupone la diferenciación entre los conceptos de cultura gramaticalizada y cultura textualizada: en el caso de la primera, la cultura se representa a sí misma como un sistema de reglas que determinan la creación de los textos; en el caso de la segunda, la cultura se representa como un conjunto de *textos regulados*. Lo importante de esta distinción es que la cultura de los medios de comunicación de masas es textualizada. De este modo, es probable que la competencia interpretativa de los destinatarios se base y se articule, más que en códigos explícitamente aprendidos y reconocidos como tales, en acumulaciones de textos ya recibidos. Incluso los emisores operan sobre una competencia textual orientada al éxito de las precedentes «fórmulas» y «recetas», ya establecidas para ese entonces.

## II.- Nuevas tendencias de la investigación: Medios de comunicación y construcción de la realidad

### El estudio de los efectos a largo plazo

#### Premisa

Durante mucho tiempo el estudio de los efectos estuvo vinculado a lo que Schulz (1982) denomina el «*Transfermodell der kommunikation*», que implica las siguientes premisas:

- Lo procesos comunicativos son asimétricos
- La comunicación es individual
- La comunicación es intencional
- Los procesos comunicativos son episódicos

Hoy este paradigma ha sido profundamente modificado. Se ha pasado de los efectos a *corto plazo* a los efectos entendidos como *consecuencias a largo plazo*

Se ha cobrado conciencia de que las «las comunicaciones no median directamente el comportamiento explícito; más bien tienden a influenciar la forma con la que el destinatario organiza su propia imagen del ambiente» (Roberts, 1972, 361)

Las principales diferencias entre el nuevo y el viejo paradigma de investigación de los efectos son:

**Los estudios no son de casos individuales sino que se orientan a la cobertura global de todo el sistema de los media.**

- a) No se basan en datos extraídos principalmente de las entrevistas sino en metodologías integradas complejas.
- b) No se centran en la observación y estimación de los cambios de actitud, sino en la reconstrucción del proceso con el que el individuo modifica su propia representación de la realidad social.

(Noelle-Neumann, 1983)

Lo que se considera ahora relevante como efecto es un determinado tipo de efecto cognoscitivo. Se evidencia la interacción y la interdependencia permanentes de los factores que entran en juego en el proceso de influencia. Uno de los textos que marcó el cambio se titula significativamente *Return to de Concep of Powerful Mass Media* (Noelle-Neumann, 1973)

En el centro de la problemática de los efectos está la relación entre la acción constante de los mass media y el conjunto de conocimientos de la realidad social, que da forma a una determinada cultura interviniendo en ella de manera dinámica. En esta relación son importantes tres características de los media:

- La acumulación se refiere a la capacidad de los media de crear y sostener la importancia de un tema.
- La consonancia va unida al hecho de que en los procesos productivos de la información los rasgos comunes y los parecidos tienden a ser más significativos y numerosos que las diferencias.
- El concepto de omnipresencia concierne no sólo a la difusión cualitativa de los media, sino también al hecho de que el saber público –el conjunto de conocimientos, opiniones, actitudes, difundidos por la comunicación de masas– tiene la cualidad particular de que «es públicamente conocido».

Todo ello refuerza la disponibilidad a la expresión y a la visibilidad de los puntos de vista difundidos por los media. La opinión pública se regula y se adapta sobre la reflejada por los media, según un esquema de profecía que se autoverifica.

Es bien conocida la hipótesis bastante avalada por la investigación empírica sobre la Espiral del silencio propuesta por Noelle-Noelle-Neumann. Nada tiene de particular ni de sorprendente que su principal consecuencia sea el esquema de la profecía autoverificada. No obstante su eficacia comunicativa en cuanto a los efectos, siempre queda y debe quedar margen para que la percepción de la realidad se realice de manera espontánea según el propio criterio del sujeto que crea sus opiniones. A partir de esta evidencia y distinguiendo con claridad los hechos de carácter noticioso que integran a la información en sentido estricto de la mera opinión –es así que en los manuales de teoría de la comunicación de masas opinión e información aparecen opuestas y separadas–, cabe preguntarse si el fenómeno observado de la Espiral del silencio no es más un efecto indeseado para la propia información por lo que pueda tener de condicionante y limitación para la libertad de las personas a la hora crear sus opiniones y posicionarse responsablemente ante los hechos.

Aún así, lo cierto es que las concepciones sobre la información han acabado por evolucionar hacia la consideración de los efectos cognoscitivos que la información tiene sobre la forma con la que el destinatario organiza su propia imagen del ambiente, afectando de esta manera a la reconstrucción del proceso con el que el individuo modifica su propia representación de la realidad social.

### **La hipótesis de la «agenda setting»**

“La hipótesis... no sostiene que los media procuran persuadir[...] Los media, al describir y precisar la realidad externa, presentan al público una lista de todo aquello en torno a lo que tener opinión y discutir[...] El presupuesto fundamental de la agenda setting es que la comprensión que tiene la gente de gran parte de la realidad social es modificada por los media” (Shaw, 1979, 96, 101)

“En la medida en que el destinatario no está en condiciones de controlar la exactitud de la representación de la realidad social, sobre la base de ningún estándar al margen de los media, la imagen que se forma mediante esta representación acaba siendo distorsionada, estereotipada o manipulada” (Robets, 1972, 380).

La hipótesis por tanto plantea el problema de una continuidad a nivel cognoscitivo.

Además, la hipótesis señala la divergencia existente entre la cantidad de informaciones, conocimientos, interpretaciones, de la realidad social aprendida de los media y las experiencias de «primera mano», personal y directamente vividas por los individuos.

Al poner el acento en esta creciente dependencia cognoscitiva de los media, la hipótesis postula un impacto directo de los medios sobre los destinatarios, que se configura a partir de dos niveles: a) el «orden del día» de los temas, argumentos, problemas, presentes en la agenda de los media; b) la jerarquía de importancia y de prioridad con la que dichos elementos son dispuestos en el «orden del día».

### **Límites, problemas y aspectos metodológicos en la hipótesis de la «agenda-setting»**

Aunque el nivel de efecto medido por diferentes trabajos de investigación es aceptable hasta cierto punto para avalar la hipótesis, la verdad es que ni mucho menos lo es en términos absolutos:

- El diferente poder de agenda de los distintos media efecto.- Las noticias televisivas son demasiado breves, rápidas, heterogéneas, y están «hacinadas» en un formato temporal limitado; son demasiado fragmentarias para atener significativo efecto de agenda, mientras que la información impresa posee todavía la capacidad de indicar eficazmente la distinta importancia de los problemas presentados. Además, la omisión, la no cobertura de determinados temas ya sea intencional y sumisa o bien penalizada por la sencilla razón de que el acceso a fuentes alternativas es, las más de las veces, difícil y oneroso, constituye un problema que afecta a todos los medios por igual, de modo que debe ser considerada como un fallo del sistema informativo en su conjunto. Por otro lado, no es desdeñable que el efecto agenda se vea potenciado, aparte de y por la naturaleza del medio, por las *modalidades específicas* del propio medio. La televisión, por ejemplo, determina una *particular relevancia* en circunstancias como la interrupción de la programación ordinaria para informar sobre acontecimientos extraordinarios.
- ¿Efectos cognoscitivos o predisposiciones?- Los media «son eficaces en construir la imagen de la realidad que el sujeto va estructurando. Dicha imagen -que es simplemente una metáfora que representa la totalidad de toda la información sobre el mundo que cada individuo ha tratado, organizado y almacenado- puede ser concebida como un estándar[...que] incluye el marco de referencia y las necesidades, valores, creencias y expectativas que influyen lo que el destinatario extrae de una situación comunicativa» (Roberts 1972, 366). La información de la agenda del público pasa a ser algo mucho más complejo que la «simple» estructuración de un orden del día de problemas por parte de los media. La capacidad de influencia de los media sobre el conocimiento de lo que es importante y relevante varía según los temas tratados.

- ¿Qué conocimientos y que público para el efecto de agenda-setting?- La realización de un estudio por Benton-Frazier (1976) en el que se articula con mayor precisión el concepto de «conocimientos asimilados» dividiendo el tema elegido en tres niveles de profundidad cognoscitiva: a) el más superficial que incluye simplemente el «título» del área temática; b) conocimientos más articulados como los distintos aspectos de un problema, sus causas, las soluciones propuestas...; c) informaciones aún más específicas como las argumentaciones favorables o contrarias a las soluciones propuestas, los grupos que apoyan dichas soluciones...; arrojó como resultado que el impacto de la variante «centralidad del tema» decrece con la progresiva articulación de los niveles de conocimiento a los que se remite la agenda del público. Otro aspecto de la complejidad de la *hipótesis* se refiere a la valoración del efecto de agenda sobre los públicos cualitativamente e institucionalmente diferenciados. También los resultados de otro estudio realizado por Cook-Tayler y otros (1973) revelan que la influencia cognoscitiva sobre los temas se distribuye de forma heterogénea entre los distintos tipos de público, lo que acentúa la exigencia de apartarse de la hipótesis de la *agenda-setting*.
  
- Las agendas de los distintos media.- «Tal vez la mejor manera de describir y distinguir[...] influencias sea aplicar a los periódicos el papel de *agenda-setting* y a la televisión el de “enfaticación” (o *spot-lighting*). La naturaleza fundamental de la agenda parece a menudo estar organizada por los periódicos, mientras que la televisión esencialmente reorganiza o reconstruye los temas principales de la agenda» (McCombs, 1976,6). Desde este punto de vista resulta asimismo crucial el hecho de que los media posean distintos umbrales de importancia respecto los temas: éstos no son igualmente importantes para cada medio. Un ejemplo entre las conexiones de: a) criterios de importancia aplicados por los media, b) umbral de visibilidad de los temas, c) efectos de agenda diversamente articulados como resultado de la relación entre a) y b), es el ofrecido por la llamada *tematización*. Tematizar un problema significa colocarlo en el orden del día de la atención del público, concederle la importancia adecuada, subrayar su centralidad y su significatividad respecto al curso normal de la información no tematizada. Pero en el proceso de tematización parece estar implícita otra dimensión que no está ligada únicamente a la cantidad de informaciones y el tipo de conocimientos que producen la tematización sobre un acontecimiento: la naturaleza pública del tema, su importancia social. Como no podía ser de otro modo, la hipótesis de la *agenda-setting* se dispone a recoger las necesarias aportaciones del estudio de las condiciones sociales, profesionales y técnicas de transformación de los hechos en noticias y temas.
  
- La naturaleza y los procesos de la agenda-setting.- Conceptualizar únicamente la variante de la frecuencia del tema en los medios como índice de la percepción de la relevancia de dichos temas parece claramente insuficiente: el presupuesto de que la frecuencia de la explicitación de un argumento en los media es una indicación utilizada por los destinatarios para manifestar su significatividad, implica una idea reductiva del mensaje en la que todos los elementos para su comprensión e interpretación están contenidos explícitamente en él, lo cual no es cierto en ningún modo. Así, respecto a la función de los conocimientos ya almacenados en la memoria, parece realizarse una dinámica del proceso de *comprensión* y de *recuerdo* de los mensajes que limita el sentido de la hipótesis de la *agenda-setting*. El conocimiento adquirido precedentemente en torno a los acontecimientos parece incidir clarísimamente en dos direcciones: a) la memorización se concentra más sobre la

información ya adquirida que sobre la nueva, b) entre la información nueva, parece privilegiada la cronológicamente más reciente. Es decir, que resultaría acentuada (y eventualmente actualizada) la parte de conocimientos sobre el mundo en cierto sentido adquirida (Larsen, 1983). Además, MacKuen y Coombs (1981) también ratifican que la hipótesis de la *agenda-setting* contiene elementos que la llevan a confrontarse con los problemas de la comprensión y la memorización por su propuesta de dos modelos: el primero – el de *la atención*- sugiere que la receptividad del destinatario a la información nueva varía proporcionalmente a la atención respecto a la información presentada y a su capacidad cognoscitiva de tratarla adecuadamente, comprenderla, integrarla en los esquemas de conocimiento adquirido; el segundo modelo – del *enquadre cognoscitivo*- sostiene en cambio que los sujetos más atentos, interesados, con mayor competencia cognoscitiva, son también los menos influenciados.

- El parámetro temporal en la agenda-setting.- Más que otra cosa, este aspecto constituye un problema metodológico de primer orden porque influye de manera determinante en los resultados. Partiendo de una división más o menos operativa del tiempo en el que se deben llevar a cabo las medidas para poder determinar los efectos de la agenda, distinguimos:
  - a) El frame temporal, es decir, el período de recogida de los datos de las dos agendas (media y público)
  - b) El intervalo temporal (time-lag), es decir, el período que transcurre entre la recogida de datos de la variable independiente (la cobertura de los media) y la dependiente (la agenda del público)
  - c) La duración de la recogida de datos de los media, es decir, el período total de cobertura informativa durante el que se recoge la agenda
  - d) La duración de recogida de los datos de la agenda del público sobre el que se establece el conocimiento que posee el público sobre los argumentos más significativos
  - e) La duración del efecto óptimo, es decir, el período en el que se determina la máxima asociación entre la enfatización de los temas por parte de los media y su importancia para el público.

La realidad es que el conjunto de los trabajos realizados no llegan a indicaciones unívocas a cerca de la duración de estos periodos y no existen explicaciones bien fundadas y motivadas teóricamente sobre cual deba ser. Se reducen a meras estimaciones y conjeturas que varían enormemente según cuál sea el caso.

- Otras cuestiones en agenda.- McLeod-Becker-Byrnes (1974) distinguen hasta tres tipos de agenda del público según la relevancia, de tal modo que para ellos los estudios deberían diversificarse para poder dar cuenta de todas ellas. Otra tripartición de Becker-McCombs-McLeod se refiere al modelo del efecto de agenda según la influencia cognoscitiva: modelo de la conciencia, modelo de la relevancia y modelo de las prioridades. Dichas diferenciaciones son el síntoma de la exigencia de articular el núcleo principal de la hipótesis en direcciones más específicas. En este mismo sentido, la cuestión de cómo se originan las issues y se pueden clasificar para su tratamiento diferenciado no es menos relevante. Así, los temas han sido conceptualizados como: a) preocupaciones (concerns), b) «percepción de los problemas clave», c) «existencia de alternativas políticas», d) «controversias públicas», e) «razones o motivos subyacentes de una fisura política». Además, cabe

pensar que más que lineal, el proceso de «construcción de la agenda sea un proceso colectivo con un cierto grado de reciprocidad» (Lang-Lang, 1981, 465).

## De la sociología de los emisores al «newsmaking»

### Premisa

La segunda área de análisis comunicativo más reciente es la de los estudios sobre los emisores y sobre los procesos productivos en las comunicaciones de masas.

### Los estudios sobre los emisores: desde el «gatekeeper» al «newsmaking»

- *Los estudios sobre los gatekeepers.*- Kurt Lewin, observando los «canales» por los que discurre la secuencia de comportamientos relativos a un determinado campo de actividad, observa que algunas zonas pueden funcionar como «puertas» o «porteros». Las zonas de filtros pueden ser controladas, bien por sistemas objetivos de reglas, bien por *gatekeepers*: un individuo tiene el poder de decidir si deja pasar o bloquear la información. Aplicando el problema de la selección del *gatekeeper* al control del proceso informativo en su conjunto se aprecia que, en el proceso «... puede verse implicado mucho más que el simple rechazo o aceptación[...]. El *gatekeeping* en los mass media incluye todas las formas de control de la información, que pueden determinarse en la codificación de los mensajes, la selección, la formación del mensaje, la difusión, la programación, la exclusión de todo el mensaje o de sus componentes» (Donohue-Tichenor-Olien, 1972, 43). Lo sorprendente en este último caso es que diferentes estudios demuestran que el contexto profesional-organizativo-burocrático circundante ejerce una influencia decisiva sobre las elecciones de los *gatekeeper* antes que el escaso conocimiento del público y sus preferencias. La fuente principal de expectativas, orientaciones y valores profesionales no es el público, sino el grupo de referencia constituido por los colegas o los superiores. El periodista «en lugar de suscribir ideales sociales o profesionales, define sus propios valores al nivel más pragmático del grupo de redacción» (Breed, 1955, 335)
- *Los estudios sobre la «distorsión involuntaria».*- Trabajos más recientes sobre la producción de noticias ponen en relación la imagen de la realidad social suministrada por los media con la organización y la producción rutinaria de los aparatos periodísticos. Frente a la idea de manipulación deliberada por el poder político y comercial, la profesionalidad, con sus valores y sus rutinas, añade en sí misma importantes restricciones a la información producida (Golding-Elliot, 1979, 12). De este modo, de los media –que constituyen el núcleo central de la producción simbólica en las sociedades actuales- es necesario conocer no sólo los sistemas de valores, de representaciones, de imaginario colectivo que proponen, sino también la forma, los procesos, las restricciones y limitaciones con los que se lleva a cabo.
- *Aspectos metodológicos de los estudios sobre el newsmaking.*- Todos estos estudios tienen en común la técnica de la observación participante para recoger y obtener sistemáticamente las informaciones y los datos fundamentales sobre las rutinas productivas operantes en la industria de los media. A las conocidas limitaciones que este método presenta en general para cualquier investigación sociológica que lo emplee (relevancia y significación de los datos obtenidos, sistematicidad en la

obtención de ellos y en su posterior organización, estructuración y análisis...), hay que añadir una prolija relación para la investigación específica en los medios de las que la menor no es la posibilidad de que el investigador llegue a confundirse con un participante-de-pleno-derecho en la actividad observada.

### **El «newsmaking»: criterios de importancia y «noticiabilidad»**

En el proceso de elaboración de las noticias es necesario tener en cuenta la existencia de restricciones relacionadas con la organización del trabajo, sobre las que se construyen convenciones profesionales «que determinan la definición legítima de noticia, legitiman el proceso productivo[...] y contribuyen a prevenir las críticas del público» (Gabardino, 1982, 12). Se determina así un conjunto de criterios de importancia que definen la *noticiabilidad* de cada acontecimiento, es decir, su «aptitud» para ser transformado en noticia.

Fragmentación de la información y noticiabilidad.- El conjunto de factores que determina la noticiabilidad de los acontecimientos permite realizar cotidianamente la cobertura informativa, pero obstaculiza la profundización y la comprensión de muchos de los aspectos significativos en los hechos presentados como noticias. La noticiabilidad, por tanto, constituye un elemento de la distorsión involuntaria contenida en la cobertura informativa de los mass- media. Distorsión, fragmentación, dificultad de argumentar y tratar en profundidad y coherentemente los temas presentados, son características debidas a la forma y las limitaciones técnicas en la que se desarrolla la producción informativa por un lado, y por otro también son debidas a los valores y a la cultura profesional que los periodistas interiorizan y practican.

### **El «newsmaking»: los valores/noticia**

Dada la velocidad a la que se mueven los acontecimientos y la circunstancia de que la actualidad se hace obsoleta de un instante para otro según la relevancia y persistencia de los hechos, los valores/noticia deben permitir una selección material realizada apresuradamente, de forma casi «automática», caracterizada por un cierto grado flexibilidad y de comparación, que sea defendible post mortem y sobre todo que no sea susceptible de demasiados tropiezos. Estos valores/noticia están siempre presentes, pero su importancia es siempre complementaria de una valoración compleja que tiende a establecer un punto de equilibrio entre múltiples factores a la hora de determinar en la práctica qué es noticia y qué no lo es.

Los valores/noticia se derivan de aseveraciones implícitas o consideraciones relativas a:

- a) *Criterios sustantivos.*- Se articulan esencialmente en torno a dos factores: la importancia y el interés de la noticia. A su vez, la importancia viene determinada por cuatro variantes:
  1. *Grado y nivel jerárquico de los sujetos implicados en el acontecimiento noticiable.*
  2. *Impacto sobre la nación y sobre el interés nacional.*
  3. *Cantidad de personas implicadas en el acontecimiento (de hecho o potencialmente).*
  4. *Importancia y significatividad del acontecimiento respecto a la evolución futura de una determinada situación.*
- b) *Criterios relativos al producto.*- Se explican en términos de «consonancia con los procesos productivos, congruencia con las posibilidades técnicas y organizativas,

con las restricciones de realización y con los límites propios del medio» (Golding-Helliott, 1979, 144). Además, se suelen incluir la *brevidad*, la *novedad* y la *calidad* de la historia dentro de estos criterios.

- c) Criterios relativos al medio.- El medio es determinante. El ejemplo más evidente resulta ser la televisión. Sus requerimientos técnicos son de tal calibre que la cobertura o no de una noticia queda condicionada en una mayoría de casos por la obtención de imágenes directas o alusivas al hecho, por la posibilidades de anticiparlo para captar dichas imágenes, por la presencia de corresponsales que puedan ofrecer la narración del hecho, etc. El cruce de estas exigencias técnicas con los demás *valores/noticia* convierten la elección un proceso muy complejo.
- d) Criterios relativos al público.- Son los relativos al papel que desempeña la imagen del público compartida con los periodistas. Lo cierto es que, por un lado, los periodistas conocen poco a su público, por otro lado, las referencias y la alusión a las necesidades, a las exigencias de los destinatarios, es constante, y en las propias rutinas productivas están encarnadas convicciones implícitas sobre el público. Pero lo cierto es que el término de referencia constituido por el público y los límites de dicha referencia es uno de los puntos más interesantes y menos estudiados en la temática del *newsmaking*.
- e) Los criterios relativos a la competencia.- Según Gans, la situación de competencia determina tres tendencias que a su vez se reflejan sobre algunos de los valores/noticia precedentes, reforzándolos. Primero, las posibilidades de llegar el primero con una noticia de impacto se han reducido por la presencia de reporteros de todos en todas partes. La competencia por obtener exclusivas lo único que hace es enfatizar la tendencia a la fragmentación y a centrar la cobertura informativa en los personajes de elite y demás factores de la distorsión informativa que penalizan una visión articulada de la *realidad social*. Segundo, las expectativas recíprocas hacen que las noticias sean seleccionadas según lo que haga la competencia, convirtiéndose en una atadura común y frenando las innovaciones en la selección. Tercero, la competencia contribuye a establecer parámetros profesionales y modelos de referencia que limitan enormemente las posibilidades de innovación en las técnicas y procedimientos para la producción de información.

## Las rutinas productivas

Distinguimos tres fundamentales:

- o La recogida del material informativo.- El componente fundamental serán las *fuentes*. Estas tienden a permanecer difuminadas en la mitología profesional que tiende en cambio a enfatizar el papel activo del periodista, penalizando la aportación esencial de ellas. Distinguimos dos grandes categorías que son las *fuentes* en sentido estricto, entendidas como todo elemento, ya sea persona física o jurídica, organización, organismo, fondo documental, archivo de datos etc. que pueda proporcionar información relevante sobre el *hecho/noticia*; y las *agencias informativas*. Las fuentes no son todas iguales ni todas igualmente importantes, de la manera que el acceso a ellas y su acceso para los periodistas no está uniformemente distribuido. Normalmente, la red de fuentes que los aparatos mediáticos construyen para su funcionamiento refleja la estructura de poder existente, además de organizarse sobre la base de las exigencias planteadas por los procesos productivos de la

información. *Aquellas fuentes que se encuentran fuera de esas dos determinaciones difícilmente podrán influir en la cobertura informativa.*

- La selección de las noticias.- Esta se hace en función de las necesidades de organizar racionalmente el trabajo a fin de rutinizarlo. Además, tampoco deja de ser congruente con el conjunto de valores/noticia, que son los que harán posible la parte del trabajo restante de selección de los acontecimientos. Queda así descartada la mera selección subjetiva del periodista, si bien se trata de un proceso complejo que se desarrolla a lo largo de todo un ciclo productivo en el que concurren aspectos tanto objetivos como subjetivos de todas las instancias que participan en él. La importancia del hecho no es el único y exclusivo criterio.
- El editing y la presentación de las noticias.- «El proceso de tratamiento no puede ser explicitado en los informativos, ya que si lo fuese quebrantaría la creencia del público en la presentación del aparato de no crear noticias sino simplemente referirlas» (Altheide, 1978, 97). La fase de confección y presentación de los acontecimientos ajustados a los límites del formato y duración de los informativos consiste precisamente en anular los efectos de las limitaciones provocadas por la organización productiva para devolver a la información su aspecto de espejo de lo que sucede en la realidad exterior independientemente del aparato informativo.



#### **Consideración interesada de parte (nota del autor no original de Mauro Wolf)**

Damos aquí por concluida la labor de destilar y condensar el texto de Mauro Wolf. Como ocurre con toda sinopsis, al tomar por ese atajo se han perdido muchos de los lugares que conducían a nuestro destino, pero por una vez y sin que sirva de precedente, lo que nos interesaba era llegar cuanto antes para comprobar que había justo al final y no a lo largo del camino. Con total independencia de que en su momento volviéramos a transitar por este mismo lugar para hacer un mayor énfasis en ello, lo cierto es que las últimas investigaciones se muestran críticas con todo aquello que desvía a los medios de su cometido al reflejar la realidad social. Como vemos, eso, y no otra cosa, es lo que los receptores de los mensajes informativos esperan de los medios de comunicación de masas.

## Referencias Bibliográficas:

- Adorno, T. Horkheimer, M. (1966): Sociologica. Madrid: Taurus Ediciones
- Adorno, T. Television and the Patterns of Mass Media Culture, Quarterly of Films, Radio and Television, vol. 8, pag. 213-235, (reproducido en Rosemberg B.- White D. (eds.), Mass Culture. The Popular Arts in America, 1964, Free Press, Nueva York, págs. 474-488.
- Alan Dahl, R. (1971). Polyarchy; participation and opposition. New Haven: Yale University Press
- Almiron Roig, N. (2010). La regulación del pluralismo en Francia. Contexto, análisis e interpretación. *Revista Latina de Comunicación Social*, (65), 482-487
- Álvarez, J. T. (1991). Del viejo orden informativo. Madrid: Editorial Actas S.L:
- Asa B. y Burke P. (2002). De Gutemberg a Internet, una historia social de los medios de comunicación. Madrid: Taurus
- Bacon, F.: Novum Organon. Barcelona, Orbis, 1984
- Bell, D. (2006). El advenimiento de la sociedad post-industrial. Madrid: Alianza Editorial
- Bell, D. (2015). El final de la ideología. Madrid: Alianza Editorial
- Berlin, I. (1992). El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas. Barcelona: Ediciones Península. Historia/ciencia/sociedad
- Blázquez Fernández, N. (2002). La nueva ética en los medios de comunicación. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos
- Blázquez, N. (1993). Ética y Medios de Comunicación. Madrid: Biblioteca de autores cristianos
- Bordieu, P. (1987). Cosas dichas. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.
- Bonete Perales, E et al (1995). Éticas de la información y deontologías del periodismo. Madrid: Tecnos
- Briggs, A. y Burke,P. (2002). De Gutemberg a Internet, Una historia social de los medios de comunicación. Madrid: Taurus

- Bueno Gómez, N. (2007). Crítica de la ideología en Marx. *Eikasia. Revista de Filosofía*, III (13), 45-90.
- Caro López, C. y Bragado Lorenzo J. (2004). La censura gubernativa en el Siglo XVIII. *Hispania: revista española de historia*, (217), 571-60
- Casero Ripollés, A. (2009). El control político de la información periodística, *Revista latina de comunicación social*, (64), 354-366
- Castells, M. (2009) *Comunicación y Poder*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- De Blas Guerrero, A. y García Cotarelo, R. (2000). *Teoría del Estado*. Madrid: UNED
- De Gandillac, M. (1974). *Historia de la filosofía. Volumen V*. Madrid: ed. Siglo XXI
- De Matteis, R. (1995). Da'll epoca delle ideologie all' epoca de la informazione. *Mass-Media*, mayo-septiembre. Citado por Giovanni Sartori.
- De Pablos Coello, J.M. (2008) El frenesí informativo como desinformación. *Comunicar*, (31), 173-179
- De Pablos Coello, J.M. (2008). Propuesta de metodología para duelos mediáticos en periodismo político. Aplicación al tratamiento informativo de El País a la crisis entre Uribe y Chávez por los rehenes de las FARC (2007 – 2008). *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, (14), 149-173
- De Pablos Coello, J. M. y Ardébol Abreu, A. (2009). Prensa española y monarquía: el «silencio crítico» se termina. Estudio de caso. *Anàlisi*, (39), 237-253
- De Pablos Coello, J.M. y Ardébol Abreu, A. (2009). Prensa española, ante la condena de la ONU a Israel por la invasión a Gaza. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, (15), 189-206
- Descartes, R. (2007). *El discurso del método*. Madrid: Ed. Akal
- Dewey, J. (2004). *La opinión pública y sus problemas*. Madrid: Ediciones Morata S. L.
- Eagleton, T. (1997) *Ideología, una introducción*. Barcelona: Paidós Básica
- Echegoyen Olleta, J. *Historia de la Filosofía. Volumen 1: Filosofía Griega*. Editorial Edinumen.
- Echegoyen Olleta, J. *Historia de la Filosofía. Volumen 2: Filosofía Medieval y Moderna*. Editorial Edinumen.
- Escotado Espinosa, A. (1989). *Filosofía y metodología de las ciencias sociales*. Madrid: UNED
- Esteban, J.L. (2009). Modelos de periodismo local y estrategias ante la crisis: el caso del News & Observer. *Revista Latina de Comunicación Social*, (64), 151-160
- Ferrater Mora, J. (1979). *Diccionario de filosofía (III)*. Madrid: Alianza Editorial

- Foucault, M. (2012). Diálogo sobre el poder y otras conversaciones. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2006). Sobre la Ilustración. Madrid: Ed. Tecnos
- Freud, S. (2013). Psicología de las masas y análisis del yo. Madrid: Obras Completas de Sigmund Freud. UCM. (PDF). Recuperado el 08/03/2013. [http://fs-morente.filos.ucm.es/publicaciones/recursos/freud/Freud\\_Psicologia-de-las-masas.pdf](http://fs-morente.filos.ucm.es/publicaciones/recursos/freud/Freud_Psicologia-de-las-masas.pdf)
- From H. (2008). El miedo a la libertad. Barcelona: Paidós
- Galilei, G. (1976) Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre las nuevas ciencias. Madrid: Editora Nacional
- García Picazo, P. (2004). Teoría breve de las relaciones internacionales. Madrid: Ed. Tecnos
- García Sierra, P. (1999). Diccionario filosófico [307]. Filosofía en español. Recuperado 16/04/2017 <<< [Diccionario filosófico](#) >>> ([Pelayo García Sierra](#) · [Biblioteca Filosofía en español](#) · <http://filosofia.org/filomat>)
- Geymonat, L. (1969). Galileo Galilei. Barcelona: Península
- Guillamet, J. (2004) De las gacetas del siglo XVII a la libertad de imprenta del siglo XIX. En Álvarez Timoteo, J. Barrera, C. Bernedo, P. Cabrera, M<sup>a</sup> Á. Chuliá, E. Fernández Alonso, I. Guillamet, J. Martín de la Guardia, R. Ruiz, F. J. Sánchez Aranda, J. J. Shulze Schneider, I. Waisbord, S. y Zata del Pozo R.; coord. Barrera, C. *Historia del periodismo universal* (43-76). Barcelona: A&M Gráfica S.L.
- Grunig J.E. y Hunt T. (2003). Dirección de relaciones públicas. Barcelona: Ed. Ediciones S.A.
- Gustavo E. Sánchez A. José Guillermo Lopez S. María Eugenia Valencia A. Norman Rodrigo Arango L. Rubén D. y Aponte R. (2014). Historia y filosofía de la ciencia. Edad Media. Recuperado el 13/08/2014. Cali: Pontificia Universidad Javeriana
- Habermas, J. (2011). Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública. Barcelona: Ediciones G. Gili, S.A. de CV
- Habermas, J. (2010) Ciencia y técnica como «ideología». Madrid: Ed. Tecnos
- Habermas, J. (2010) Teoría de la acción comunicativa. (II). Madrid: Editorial Trotta
- Hall, S. (1996). The problem of ideology: Marxism without guarantees, en D. Morley y K.H. Chen (comps.), Stuart Hall. *Critical dialogues in cultural studies*. (25-45). Londres: Routledge.
- Hernández, C. (2009). Los medios que deforman y distorsionan la realidad. *Rebelión* (10-11-2009). Recuperado el 16/04/2007 <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=94921>

Hernández Rodríguez, C. (2012). La imbricación de masa y público: concepto para comprender la transformación estructural de la Opinión Pública. *IV Congreso Internacional de SLCS*, (179)

Hernández, C. (2009). La crisis de los medios tradicionales. Las malas prácticas en los medios de comunicación, sus causas y sus consecuencias. *I Congreso Internacional Latina de Comunicación Social*, (41)

Hirschberger, J. (1976). Historia de la Filosofía. Tomo I. Barcelona: Editorial Herder S.A.

Horkheimer, M. (2002): Crítica de la razón instrumental. Madrid: Editorial Trotta

Horkheimer, M. y Adorno, T. (2009). Dialéctica de la Ilustración. Madrid: Editorial Trotta

Horkheimer, M. (1966). La función de las ideologías. Madrid: Taurus ediciones S.A.

Hughes (1980) 13, citado por Corbeta, P. (2003). Metodología y técnicas de investigación social. Madrid: McGraw-Hill

Hull, L. W. H. (1970). Historia y Filosofía de la Ciencia. Barcelona: Ariel

Infoamérica. (2013). Robert Maynard Hutchins: perfil biográfico y académico. UNESCO. Recuperado el 06/07/2014

<http://www.infoamerica.org/teoria/hutchins1.htm>

Infoamérica (2013). Guy Durandin: Sinopsis de La mentira en la propaganda política y en la publicidad. Recuperado el 06/07/2014

<http://www.infoamerica.org/teoria/durandin1.htm>

Kaufmann L. (2003). Entre la ficción y la realidad. La opinión pública en la Francia del Siglo XVIII. *Historia Contemporánea*, (27), 581-600

<http://www.ehu.es/ojs/index.php/HC/article/view/5195>.

King Merton, R. (1962) Teoría y estructura sociales. Méjico D.F: Fondo de Cultura Económica

Kobach, B. Rosesntiel, T. (2003). Los elementos del periodismo. Madrid: Editorial Aguilar

Lakoff, G. (2007). No pienses en un elefante. Madrid: Editorial Complutense, S.A.

Lara, T. (2008). La nueva esfera pública. Los medios de comunicación como redes sociales. *Telos*, (76) <http://telos.fundaciontelefonica.com/>

Le Bon, G. (2013). Psicología de las masas. Ed. Último Reducto, (PDF). Recuperado el 05/03/2013 <http://lalegion.pe/Biblioteca/Politica/psicologiadelasmassas.pdf>

Lenin, V. (2004) ¿Qué hacer? Porto Viejo (Ecuador): Ediciones de la revolución ecuatoriana

Lippman, W. (2003). La opinión pública. Madrid: Cuadernos de Lagrange S.L.

- Luhman, N. (2000). La realidad de los medios de masas. Barcelona: Anthropos editorial
- Mannheim, K (1966) Diagnóstico de nuestro tiempo. Méjico: Fondo de Cultura Económica
- Maquiavelo, N. (1983). El Príncipe. Barcelona: ed. Teorema S.A
- Maquiavelo, N. (2012). De las conjuras. Madrid: ed. Taurus, Great ideas
- Maquiavelo, N. (2011) Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Constitución digital. Recuperado el 25/02/2013  
<http://constitucionweb.blogspot.com.es/2011/07/discursos-sobre-la-primera-decada-de.html>
- Marco Tulio, C. (1989). La república y las leyes. Madrid: Ed. Akal S.A. / Clásica
- Marx, K. (1987) Miseria de la filosofía. Méjico D.F: Siglo XXI Editores S.A. de cv
- Marx, K. (1989) Contribución a la crítica de la economía política. Méjico D.F: Editorial Progreso
- Marx, K. (2011). La cuestión judía. *Páginas malditas*: Sobre la cuestión judía y otros textos. Buenos Aires: Libros Anarres (PDF). Recuperado el 17/10/2016 [http://gci-icg.org/spanish/paginas\\_malditas.pdf](http://gci-icg.org/spanish/paginas_malditas.pdf)
- Marx, K. Engels, F. (1974) La ideología Alemana. Barcelona: Ediciones Grijalbo S.A.
- Marx, K. Engels F. (2000). Manifiesto comunista. Buenos Aires: ed. elaleph.con (PDF) Recuperado 17/04/2017  
<https://sociologia1unpsjb.files.wordpress.com/2008/03/marx-manifiesto-comunista.pdf>
- McNeil, H. W. (1963). The Rise of the West: a History of the Human Community whit a Retrospective Essay. Chicago: University Of Chicago Press
- Mondolfo, R. (2013). Los tres filósofos del Renacimiento. Buenos Aires: Ed. Losada
- Monzón, C. (2009). Opinión pública, comunicación y política, Madrid: Editorial Tecnos
- Navarro, V. (2008): Entrevista a Noam Chomsky. La situación política en Estados Unidos. Barcelona: Ed. Anagrama
- Noelle-Noelle-Neumann, E. (1995). La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra segunda piel. Madrid: Ediciones Paidós Ibérica
- Ortega y Gasset, J. (1979). La rebelión de las masas. Madrid: Alianza Editorial
- Oxford Dictionaries. (2017). Post truth definition. Oxford: Oxford University Press. Recuperado el 06/04/2017  
<https://en.oxforddictionaries.com/definition/post-truth>.

- Pascual Esteban, A. Tirado San Juan, V. y Verdú Venganza I. Echegoyen J. (coord.) (2008). Historia de la filosofía. Barcelona: Mare Nostrum
- Pérez Fuentes, J.C. (2010). Ética periodística. Principios, códigos deontológicos y normas complementarias. Leioa (Bizkaia): Universidad del País Vasco: Servicio Editorial
- Philips, P., Huff, M. y Roth A. (2009) Project Censored, Censored 2009: The Top 25 Censored Stories of 2007-08, Censored 2010: The Top 25 Censored Stories of 2008-09. California: Sonoma State University, A Seven Stories Press First Edition  
<http://www.projectocensurado.org/>
- Platón. (1994). La república. Barcelona: Edicomunicación, S. A
- Popper, K.R. (2006). La sociedad abierta y sus enemigos. Barcelona: Paid
- Ramos Fernández, F. (2013). El “tabú” periodístico de la monarquía en España. La crisis real y la crisis coyuntural. *Revista Latina de Comunicación Social*, (68), 217-247
- Rodríguez Dupla, L. (1995). Ética clásica y ética periodística. En Bonete Perales, E. (coord.); Éticas de la información y deontologías del periodismo (pp. 65-80). Madrid: Tecnos
- Rodríguez Piñuel, J.L. y Gaitan J.A. (2010). El discurso hegemónico sobre la verdad y la comunicación en la autorreferencia mediática en Prensa. *Revista Latina de Comunicación Social*, (65), 572-594
- Roiz, M. (2002). La sociedad persuasora, control cultural y comunicación de masas. Barcelona: ED. Paidós
- Rosental y Udin. (1965). Demócrito de Abdera. Diccionario Soviético de Filosofía. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos. Recuperado el 29/07/2014  
<http://www.filosofia.org/enc/ros/index.htm>
- Sabine, G. H. (2000). Historia de la teoría política. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España S.L.
- Sartori, G. (2012): Homo videns. Madrid: ed. Taurus
- Sauvy, A. (1971). La opinión pública. Barcelona: Oikos-tau, S.A.- ediciones
- Serrano, P. (2008) MEDIOS VILENTOS, Palabras e imágenes para el odio y la Guerra, Madrid: Ediciones Viejo Topo
- Serrano, P. (2009). Desinformación, Cómo los medios ocultan el mundo. Barcelona: Ed. Península
- Serrano, P. (2013). Civeractivismo. Página personal del periodista Pascual Serrano. Recuperado el 10/03/2013. <http://www.pascualserrano.net/noticias/ciberactivismo>
- Scheler, M. (1999). El saber y la cultura. Ed. elaleph.com, PDF. Recuperado el 05/03/2013:  
<http://www.seminariodefilosofiadelderecho.com/Biblioteca/S/cultura.pdf>

Soengas Pérez, X. (2009) Los límites de la información en los debates pactados. *Revista Latina de Comunicación Social*, (64), 988-999

Sotelo Enríquez, C. (2007). Introducción a la comunicación institucional. Barcelona: Editorial Ariel S.A.

Spengler, O. (1986). La decadencia de Occidente. Madrid: ed. Espasa Calpe

Tezanos, J.F. (1997) La explicación sociológica: una introducción a la sociología. Madrid: UNED

UNESCO (2003 – 2012). El desafío mundial de la alfabetización. Perfil de la alfabetización de jóvenes y adultos a mediados del Decenio de las Naciones Unidas de la Alfabetización. PDF. Recuperado el 29/03/2013  
<http://unesdoc.unesco.org/images/0016/001631/163170s.pdf#page=38&zoom=133,28,789>

van Dijk, Teun A. (1999). Ideología, una aproximación multidisciplinaria. Barcelona: Gedisa editorial

Vivanti (2013). C. Maquiavelo, los tiempos de la política. Barcelona: Paidós

Wolf M. (1987). La investigación de la comunicación de masas. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Wolton, D. (2011). Informar no es comunicar. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.

Wright Mills, C. (2000) La élite del poder. Méjico D.F: Fondo de Cultura Económica